
CUANDO EL HIELO
Quema
EL CORAZÓN DEL PRESIDENTE
P. KARLSEN

Copyright © Edición original 2025 por P. Karlsen.

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: Marzo 2025.

Título: Cuando el hielo quema. El corazón del presidente.

Puedes seguir a la autora a través de Facebook e Instagram y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

https://www.facebook.com/paula.karlsen.escritora.

Instagram: @p_Karlsen_books.

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

ÍNDICE:

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5

Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Agradecimientos:

“El amor no es perfecto, pero es nuestro.

Y eso lo hace inquebrantable.”



Capítulo 1

El sonido del despertador corta el silencio con una precisión casi quirúrgica. No es necesario que lo mire; sé que son las seis y treinta en punto. Siempre lo son. Me tomo un momento, con los ojos aún cerrados, para escuchar el silencio de la casa, el único ruido es el tictac del reloj de pared en el pasillo. Me incorporo despacio, colocando los pies en el suelo con cuidado.

El aire de la habitación está fresco, exactamente como me gusta. La manta queda doblada a un lado mientras me pongo las zapatillas y camino hacia el baño. Todo está tal como lo dejé anoche: el cepillo de dientes a la izquierda del lavabo, el jabón a la derecha, la toalla doblada en el gancho de la pared. Orden, siempre orden. Lo imprevisible me incomoda. Aquí, en mi casa, en mi rutina, soy yo quien tiene el control.

Abro el grifo con precisión, dejando correr el agua fría sobre mis manos antes de llevarla al rostro. El espejo frente a mí refleja una versión familiar: piel clara y lisa, ojos oscuros que siempre parecen un poco más serios de lo que realmente soy, y mi pelo largo cayendo desordenado sobre los hombros. Lo recojo en un moño improvisado antes de continuar con mi ritual. Cada gesto tiene un propósito, cada paso está calculado. El agua fría me despierta del todo, y la sensación es casi placentera.

Cuando termino, vuelvo a la habitación. El reloj digital marca las seis cuarenta y cinco. Todo marcha como debe. Abro el armario, y el leve aroma a madera y lavanda me envuelve. La ropa está organizada por colores, estaciones y ocasiones. Mis dedos recorren las perchas hasta que elijo una blusa blanca de seda con un corte impecable, un pantalón de pinzas gris oscuro y mis zapatos negros de tacón medio. Me visto con calma, cuidando cada detalle. Alisar las mangas, abotonar la blusa con precisión, ajustar el cinturón.

Frente al espejo de cuerpo entero, me detengo un momento. Soy alta, delgada, con una postura que algunos llaman altiva. No me molesta; sé que proyecto seguridad, aunque a veces por dentro todo sea un caos contenido. Paso las manos por mi pantalón para alisar los pliegues y recojo un mechón rebelde de mi cabello, que ya he cepillado hasta dejarlo liso y brillante.

A las siete exactas, estoy en la cocina. La cafetera automática comienza a trabajar, llenando la estancia con su aroma cálido y reconfortante. Preparo dos tostadas: una con mantequilla, la otra con mermelada de naranja amarga. Siempre las mismas. Me siento en la mesa junto a la ventana, observando el cielo, que empieza a teñirse de azul pálido. Desde aquí veo las calles de la urbanización en la que vivo aún dormidas, las primeras luces encendiéndose en las casas.

Este es mi momento favorito del día. El silencio, el orden, la calma antes de enfrentarme al mundo. Mis pensamientos son claros, organizados, y la ansiedad que a veces siento está en pausa, contenida dentro de este ritual.

A las siete y veinticinco termino el café y me levanto. Cojo mi chaqueta y mi bolso, perfectamente preparado desde anoche. Antes de salir, verifico tres veces que todo esté en su lugar: las ventanas cerradas, las luces apagadas, la llave en el bolso. A las siete y media, la puerta se cierra detrás de mí.

El aire fresco de Alcobendas me golpea suavemente en la cara mientras desciendo los escalones con mi bolso bien sujeto al hombro. Vivo en una casa en La Moraleja, una que compré el primer año de trabajo en la Universidad Carlos III como Doctora en Neurobiología.

El coche negro de la universidad ya me espera en la entrada, brillante y perfectamente estacionado junto a la acera. Luis, el chófer, baja del vehículo en cuanto me ve. Siempre lo hace, aunque yo insista en que no es necesario.

—Buenos días, doctora Herrera —me saluda con una inclinación de cabeza, educado como siempre.

—Buenos días, Luis —respondo con mi tono habitual, ni demasiado frío ni demasiado cercano.

Abre la puerta trasera y me deslizo al interior. El cuero del asiento tiene esa textura impecable que nunca cambia, como si el coche estuviera nuevo cada día. Dejo mi bolso a mi lado y me aseguro de que esté cerrado. Todo en orden. Luis vuelve al asiento del conductor y, con un movimiento fluido, el coche arranca.

Las calles de Madrid están tranquilas a esta hora. La ciudad todavía despierta, y los colores cálidos de las fachadas comienzan a iluminarse bajo la tenue luz de la mañana. A través de la ventana, observo los adoquines, las tiendas aún cerradas, los balcones decorados con plantas que cuelgan perezosamente. Es una ciudad que nunca pierde su encanto, aunque yo rara vez tenga tiempo para disfrutarla.

Luis sabe que prefiero el silencio durante el trayecto, pero a veces se aventura a romperlo con un comentario breve.

—Parece que tendremos un día soleado hoy, doctora.

—Eso parece —respondo, mirando por la ventana. El cielo está despejado, y aunque no soy especialmente aficionada al clima, reconozco que un día soleado siempre ayuda a que todo parezca más llevadero.

El trayecto dura unos veinte minutos, dependiendo del tráfico. Suelo aprovechar este tiempo para repasar mentalmente la agenda del día. Hoy tengo una reunión con los coordinadores del departamento, dos clases y, probablemente, algunas horas de trabajo en mi investigación sobre neuroplasticidad. Es un día lleno, pero no me incomoda. Prefiero estar ocupada; la actividad

constante me da estructura.

A medida que nos acercamos al campus de la Universidad Carlos III, mi mente empieza a organizarse con más claridad. El coche entra por la entrada principal, un camino flanqueado por árboles perfectamente alineados. La arquitectura moderna del edificio central destaca contra el cielo azul. Es un lugar imponente, y me siento orgullosa de trabajar aquí.

Luis detiene el coche frente al edificio del departamento. Antes de que pueda abrir la puerta, ya está ahí, sosteniéndola para mí.

—Gracias, Luis. Nos vemos a las seis —digo mientras recojo mi bolso y bajo del vehículo.

—Por supuesto, doctora. Que tenga un buen día.

Con paso firme, atravieso el hall principal de la universidad. El sonido de mis tacones resuena en el pasillo mientras camino con paso firme hacia mi despacho. El edificio está tranquilo a esta hora; apenas algunos colegas pasan de largo, ofreciéndome un saludo breve, al que respondo con un leve movimiento de cabeza.

Los pasillos empiezan a llenarse de estudiantes y colegas que me saludan con respeto. No es que lo busque, pero he aprendido a aceptar ese reconocimiento como parte de mi trabajo. A las ocho en punto, estoy frente a mi despacho, lista para comenzar la jornada.

Cuando llego, la placa junto a la puerta me recibe con la misma sobriedad de siempre: *"Dra. Carlota Herrera – Departamento de Neurociencias"*.

Abro la puerta y entro en mi espacio personal, un lugar donde todo está diseñado para favorecer la concentración y el orden.

El despacho es amplio, pero no excesivo. Las paredes son de un blanco impecable, reflejando la luz natural que entra a raudales por el ventanal que ocupa casi toda una pared. Desde aquí se ve la ciudad, una vista que muchos envidian, pero que para mí es solo un telón de fondo.

Llevo puesta una blusa blanca y un pantalón de pinzas gris oscuro, un conjunto profesional que no desentona con la sobriedad del lugar. Me acerco a mi escritorio, una superficie amplia de madera clara, sin más adornos que un portapapeles ordenado, un bolígrafo estilizado y mi iMac en el centro, esperando a ser encendido.

Paso la mano por la mesa, asegurándome de que esté limpia, aunque ya lo sabía.

En la pared opuesta, hay una estantería blanca, simétrica, llena de libros de neurociencia, biología y artículos académicos organizados por temas. Entre ellos, algunos títulos de lectura ligera, casi escondidos, que rara vez tengo tiempo de abrir. A un lado, un pequeño archivo con carpetas clasificadas por proyectos de investigación en curso. Todo tiene su lugar, su propósito.

El único toque personal en el despacho es una pequeña planta en un macetero blanco, colocada estratégicamente en la esquina del escritorio. No me gustan las decoraciones excesivas, pero la planta me recuerda que incluso en mi mundo estructurado, hay espacio para algo vivo, algo impredecible.

El despacho está tranquilo, silencioso, exactamente como lo dejé ayer. Mientras dejo mi bolso sobre la pequeña silla junto a la puerta y cuelgo mi americana en el perchero minimalista, mis ojos se detienen por un instante en la única pieza realmente personal del lugar: un marco

plateado, sencillo, que descansa al borde del escritorio.

La foto en su interior es cálida, familiar. Mis padres están en el centro, sonriendo como siempre, con su manera de irradiar esa serenidad que tanto echo de menos desde que vivo en Madrid. A su lado, mi hermana menor, que parece haber heredado toda su energía y espontaneidad. Están en el patio de la casa de Toledo, con el sol dibujando sombras suaves en las paredes de piedra. Yo eché esa foto una tarde de primavera, durante una de mis raras escapadas de fin de semana.

Me detengo un momento, rozando con los dedos el borde del marco, como si eso pudiera acercarme un poco más a ellos. Es una de las pocas cosas que me recuerda que hay algo más allá de este espacio blanco y ordenado, algo más allá de la rutina controlada que he construido aquí.

Respiro hondo y desvío la mirada hacia la ventana, donde la luz de Madrid entra a raudales, iluminando las estanterías y el escritorio. Me siento y enciendo mi Mac, pero el pensamiento de Toledo se queda conmigo unos segundos más. Un destello de nostalgia, fugaz, antes de sumergirme de nuevo en mi día. Me siento en la silla ergonómica, perfectamente ajustada a mi altura, y abro el portátil. El sonido característico del inicio llena el despacho, rompiendo por un instante el silencio.

Miro la pantalla del Mac mientras introduzco mi contraseña. En cuanto el escritorio digital se carga, abro mi agenda. Cada tarea, cada reunión, está perfectamente cronometrada. Nada está fuera de lugar. La sensación de control me reconforta.

Respiro hondo, con la tranquilidad de saber que el día acaba de comenzar y todo sigue en orden.

Con la luz del ordenador iluminando mi rostro, repaso las notas para la reunión de hoy. Es una presentación sobre los avances del proyecto de investigación en neuroplasticidad que coordino. Los puntos clave están listados en mi mente: resultados preliminares, conclusiones parciales, presupuesto necesario. Todo está bajo control, como siempre.

Mientras reviso un gráfico de barras que necesitaré para explicar las conexiones neuronales en el ensayo, un golpe suave en la puerta me hace levantar la vista.

—Adelante —digo con firmeza, sin apartar del todo la mirada de la pantalla.

La puerta se abre y, como esperaba, aparece Jon.

Alto, moreno, con ese aire despreocupado que parece atraer a todo el mundo en el departamento. Lleva una camisa ligeramente desabrochada y unos vaqueros oscuros. Una combinación informal que siempre le sienta bien.

—Buenos días, Carlota —dice con una sonrisa fácil mientras se apoya en el marco de la puerta.

—Jon —respondo, haciendo un esfuerzo consciente por no mostrar ninguna reacción que pueda malinterpretar.

Bloqueo el ordenador con calma, dejando las notas a un lado. Es educado, al menos, no entra directamente y se comporta como si este espacio fuera suyo. Aunque lo ha hecho otras veces.

—¿Interrumpo algo importante? —pregunta, con un tono ligero que insinúa que no le importa demasiado si lo hace.

—Estoy repasando para la reunión que tengo esta mañana —respondo.

Él asiente y entra, cerrando la puerta detrás de sí. No se sienta; solo se queda de pie, mirándome con esa expresión que conozco demasiado bien. Hay algo en su manera de ser que resulta atractivo para cualquiera, pero conmigo no funciona de la misma forma.

A veces nos acostamos.

Es fácil, sin complicaciones, y él parece entender perfectamente los límites que establecí desde el principio. Ninguna relación, ninguna expectativa. Para mí, el amor es solo una reacción química, un proceso que empieza con la liberación de dopamina y termina en un desajuste emocional que prefiero evitar. Controlar mi entorno es vital, y una relación, con sus variables impredecibles, no encaja en mi vida.

—Pensé que quizás querrías un café antes de que empiece el caos del día —dice, levantando una ceja con un gesto que probablemente funciona en muchas otras mujeres.

—No, gracias. Ya he tomado suficiente por hoy —respondo, cortante pero educada.

Él sonríe, como si eso no le afectara en absoluto. Es uno de los pocos que parecen no intimidarse por mi forma de ser, lo cual, en ocasiones, resulta curioso.

—Bueno, si cambias de opinión, estaré en la sala común —dice mientras abre la puerta nuevamente. Antes de salir, me mira una última vez.

—Buena suerte con tu reunión.

Asiento y vuelvo a encender el Mac en cuanto la puerta se cierra. No me molesta que entre, pero tampoco me afecta cuando se va. Es una constante, como el café de la mañana o el sonido del teclado bajo mis dedos.

Predecible, manejable. Justo como me gusta.



Capítulo 2

A las diez en punto, salgo de mi despacho con mis notas bien ordenadas en la carpeta que llevo bajo el brazo. El pasillo está más animado que a primera hora, con estudiantes y profesores cruzándose en direcciones opuestas. Camino con paso firme hacia la sala de juntas, ubicada en la segunda planta del edificio.

Cuando entro, ya están allí todos los miembros de mi equipo de investigación. Cinco en total, cada uno sentado alrededor de la mesa ovalada de cristal que domina el centro de la sala. Sus rostros se iluminan al verme entrar, como si mi presencia marcara el inicio oficial de la reunión.

—Buenos días —digo mientras tomo mi lugar en la cabecera de la mesa.

—Buenos días, doctora Herrera —responden casi al unísono.

La sala de juntas es moderna y funcional, con paredes de vidrio que dejan pasar la luz natural y

una pantalla enorme al fondo, donde solemos proyectar nuestras presentaciones. Coloco mi carpeta sobre la mesa y enciendo el portátil que ya está conectado a la pantalla.

—Bien, vamos a repasar los pasos a seguir en el proyecto de neuroplasticidad —digo mientras abro mi presentación. La primera diapositiva aparece en la pantalla: un esquema claro de los objetivos a corto y largo plazo.

Mi equipo está compuesto por personas muy competentes, algo que valoro profundamente. Marta, la más joven, es postdoc y siempre aporta una visión fresca. Ricardo, con más experiencia, suele ser meticuloso en los detalles técnicos. A mi izquierda está Elena, quien se encarga de la parte estadística, y a mi derecha, Andrés, que lidera la parte experimental. Todos son estudiantes de postgrado.

—Hemos avanzado significativamente en la recopilación de datos preliminares —digo, señalando un gráfico en la pantalla. Marta, como siempre, toma notas rápidas en su libreta mientras Ricardo asiente, pensativo.

Elena interviene, ajustando sus gafas:

—Los resultados de la última simulación confirman nuestra hipótesis inicial. La conexión sináptica mejora significativamente con los estímulos aplicados.

—Excelente. Eso refuerza la dirección en la que vamos —respondo, y paso a la siguiente diapositiva. —Ahora necesitamos concentrarnos en las pruebas con los sujetos de control. Andrés, ¿Cuánto tiempo te llevará tener todo listo?

—Podríamos comenzar la próxima semana si los materiales llegan a tiempo —dice él, seguro.

La reunión avanza con fluidez. Cada uno aporta su perspectiva, y yo me aseguro de que todo esté alineado con los objetivos del proyecto. Aunque valoro la colaboración, siempre mantengo un control estricto sobre el desarrollo. No dejo nada al azar.

Al final, cierro la presentación y vuelvo a mirar a mi equipo.

—Bien hecho. Si seguimos este ritmo, podremos presentar resultados parciales en el próximo congreso. Gracias a todos.

Recojo mis notas mientras ellos comienzan a levantarse. Algunos se quedan comentando detalles entre ellos, pero yo me retiro con la misma firmeza con la que llegué. Mi mente ya está en el siguiente paso.

De vuelta en mi despacho, dejo mi carpeta sobre el escritorio y reviso el horario del día.

Dos horas seguidas de clase, primero en el Aulario cinco: *Microbiología Molecular*, y luego en el Aulario seis: *Sistemas Neuronales Iniciales*. Las clases están diseñadas para alumnos de máster, un nivel en el que espero precisión y compromiso.

Enciendo el Mac y reviso rápidamente las diapositivas que proyectaré. Todo está en orden, como siempre. Cierro el portátil, guardo una copia en el pendrive y recojo los pocos materiales que necesito: mi carpeta, un marcador fluorescente y mis gafas de lectura, aunque rara vez las uso.

Cuando llego al Aulario cinco, la sala ya está medio llena. Los estudiantes entran en pequeños grupos, hablando entre susurros, y toman asiento en las filas. Me gusta observarlos en estos momentos, su energía mezclada de nervios y entusiasmo. Algunos me miran directamente al

entrar, evaluándome con curiosidad o inseguridad. Otros evitan mi mirada y se concentran en sus apuntes, probablemente esperando no ser los primeros en participar.

Hay miradas de admiración, de envidia, incluso de deseo. Lo noto en cómo algunos jóvenes, especialmente los más seguros de sí mismos, sostienen mi mirada un poco más de lo necesario. A veces, incluso esbozan una sonrisa sutil, como si eso pudiera distraerme. Pero no funciona. No aquí.

Camino hacia el centro del aula y dejo mis cosas sobre la mesa del profesor. Desde esta posición, puedo ver a todos. Mi postura es recta, segura. Hay algo en cómo me muevo que suele imponer respeto, y soy consciente de ello.

Cuando todos están sentados, empiezo.

—Buenos días. Hoy abordaremos los mecanismos moleculares de interacción en los sistemas microbiológicos. —Mi voz resuena clara en el aula.

Abro las diapositivas en la pantalla y camino hacia la pizarra, marcando el primer punto con el marcador en mano.

—La microbiología molecular no solo estudia los organismos a nivel microscópico, sino también cómo estos interactúan en sistemas complejos. Es esencial comprender estas dinámicas para avanzar en campos como la biotecnología o la medicina. —Hago una pausa breve, mirando a los estudiantes. Algunos asienten, otros toman notas rápidamente en sus portátiles.

Empiezo a escribir una fórmula en la pizarra, explicándola paso a paso. Mientras hablo, me aseguro de que mi tono sea didáctico pero firme. No soy de las que pierden tiempo en bromas o distracciones; cada minuto en esta clase tiene un propósito.

—¿Alguien puede explicarme por qué este mecanismo es relevante para las investigaciones actuales en biomedicina? —pregunto, mirando al grupo.

El silencio inicial no me sorprende. Siempre hay una pausa antes de que alguien reúna el valor para hablar. Finalmente, una mano se levanta.

—Sí, adelante. —Le doy la palabra a una estudiante de la tercera fila.

La clase fluye, con preguntas y respuestas intercaladas entre explicaciones detalladas. Los minutos pasan rápido, y cuando miro el reloj, ya es hora de cerrar.

—Para la próxima sesión, quiero que investiguen las interacciones genéticas en microorganismos extremos. Será la base para nuestro siguiente tema. Pueden retirarse.

Recojo mis cosas mientras los estudiantes se levantan y salen. Algunos se acercan para hacerme preguntas rápidas o comentar algo sobre el tema, pero yo mantengo mi atención en los preparativos para la siguiente clase. El Aulario 6 me espera, y los sistemas neuronales iniciales no se explicarán solos.

El final de la segunda clase llega con un alivio casi físico. Tras dos horas intensas, explicando cómo los sistemas neuronales iniciales se forman y desarrollan, estoy lista para desconectar. Recibo algunas preguntas de los estudiantes más interesados, las respondo con rapidez, y luego recojo mis cosas.

De vuelta en mi despacho, dejo los materiales sobre la mesa y enciendo mi móvil. Justo en ese

momento, suena una llamada. Es Jon.

—¿Carlota? —dice su voz al otro lado, relajada, casi casual.

—Jon. ¿Qué necesitas? —pregunto mientras me siento en mi silla estirándome ligeramente.

—¿Comemos juntos? Tengo algo de tiempo libre, y estoy seguro de que tú también podrías desconectar un poco.

Miro el reloj. Mi jornada en la facultad ha terminado, y aunque normalmente preferiría comer sola, algo en su tono me hace considerar la propuesta. Pienso en lo predecible que ha sido el día hasta ahora. Quizá un cambio no esté mal.

—De acuerdo. Nos vemos en la entrada en diez minutos —respondo, lacónica, pero directa.

Cuelgo el teléfono, recojo mis cosas, y salgo del despacho. No suelo regalar mi tiempo; es valioso, algo que cuido con rigor. Pero Jon… tiene ese aire despreocupado y seguro que, a veces, logra romper mi rutina.

Cuando llego a la entrada de la facultad, lo veo de inmediato. Está apoyado contra la barandilla, con las manos en los bolsillos y sus Ray-Ban oscuras cubriéndole los ojos. La postura relajada, el cabello despeinado con intención, y esa media sonrisa que parece hecha para llamar la atención. No soy la única que lo nota. Un par de estudiantes lo miran de reojo mientras pasan, murmurando entre ellas y riendo.

Él me ve acercarme y levanta una ceja, como si supiera exactamente el efecto que provoca.

—Carlota, siempre puntual —dice mientras se incorpora, quitándose las gafas con un movimiento que parece ensayado.

—Siempre eficiente —respondo, igual de tranquila, aunque hay un destello en mis ojos que él no pasa por alto.

Comenzamos a caminar hacia la salida, discutiendo a dónde ir. Mientras andamos mando un mensaje a Luis, el chofer, para avisarle de que no lo necesitaré para volver a casa. Jon propone un par de lugares informales, pero yo decido. Siempre me gusta tener el control, y hoy no es diferente.

—Vamos al bistró en la esquina de Serrano. Es tranquilo y la comida es decente —digo, firme.

Jon asiente, como si mi elección no le importara en absoluto. Pero mientras caminamos, lo miro de reojo. Su camisa abierta en el cuello, su forma de andar, esa sonrisa fácil que parece no abandonar su rostro. Hay algo en él hoy que me despierta un deseo que normalmente mantengo a raya.

Cuando llegamos a la acera, me detengo y lo miro.

—Hoy iremos a mi casa después de comer —digo, directa, sin dejar espacio para interpretaciones.

Jon sonríe con esa sonrisa ladeada que siempre me ha resultado un poco arrogante, pero hoy no me molesta.

—Como tú digas, Carlota. —Su tono tiene un leve matiz de satisfacción, como si hubiera ganado algo.

Pero no lo ha hecho. Yo decido. Siempre.

El BMW X5 de Jon brilla bajo el sol invernal, un azul eléctrico que no pasa desapercibido, igual que él. Es un coche llamativo, como su dueño: poco modesto y un tanto excesivo, pero siempre impecable. Deja el vehículo en un parking cercano al restaurante mientras yo lo observo desde la acera.

—Un coche discreto, como siempre —comento con un tono que roza la ironía.

Jon se encoge de hombros y me lanza una sonrisa despreocupada. —¿Qué puedo decir? Me gusta el estilo.

Entramos al restaurante, un bistró elegante pero tranquilo, con luz tenue y mesas de madera pulida. Nos acomodamos en una esquina junto a la ventana. Desde allí, puedo observar la calle mientras Jon y yo intercambiamos comentarios ligeros.

Hablamos de todo y de nada, como siempre hacemos.

El camarero deja los platos frente a nosotros y se retira con discreción. El bistró tiene una atmósfera tranquila, con una suave música de fondo y conversaciones que se mezclan sin llegar a ser molestas. Jon toma un sorbo de agua y me mira con una sonrisa abierta, esa que parece tan natural en él.

—Entonces, ¿Cómo les va a tus futuros neurocientíficos? ¿Alguno parece tener lo que se necesita para deslumbrar al mundo? —pregunta mientras corta su filete con precisión, como si la respuesta le importara de verdad.

—Algunos tienen potencial, pero el potencial no es garantía de nada —respondo, tomando un bocado de mi ensalada. Lo miro con calma antes de añadir—: Necesitan disciplina. Una mente brillante sin estructura es como un laberinto sin salida.

Jon se ríe, dejando el tenedor en el plato por un momento.

—Siempre tan pragmática. A veces olvido que la pasión no es algo que valores demasiado.

—No es que no la valore —replico, alzando una ceja—. Es que no sirve de nada si no está acompañada de método. Puedes ser apasionado, pero si no sabes canalizarlo, es inútil.

—Bien, entonces debo asumir que en tu aula nadie se atreve a improvisar —bromea, llevándose un trozo de carne a la boca.

—Improvisar está permitido, siempre y cuando sepan de qué están hablando. —Le devuelvo la mirada, casi desafiándolo.

Jon asiente, como si mi respuesta no le sorprendiera en absoluto. Luego, cambia de tema.

—En mi clase de bioquímica, en cambio, no dejo de ver cómo los estudiantes intentan convertirlo todo en una especie de drama personal. Ayer uno me preguntó si las reacciones químicas podían “sentir”.

Dejo el tenedor y lo miro, ligeramente incrédula.

—¿En serio?

—Totalmente. Al principio pensé que estaba bromeando, pero no. Era en serio. —Jon se reclina

en la silla, riéndose suavemente— Le expliqué que las reacciones químicas no sienten, pero que, si tanto le interesaba, tal vez debería cambiarse a psicología.

No puedo evitar soltar una pequeña risa.

—Bueno, al menos tienen curiosidad, aunque esté mal dirigida.

Jon se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Y tú? ¿Nunca tienes alumnos que hagan preguntas absurdas?

Me detengo a pensar por un momento.

—No absurdas, pero sí preguntas mal formuladas. Lo que suele pasar es que alguien se atreve a cuestionar un modelo establecido sin siquiera entenderlo. Es un mal hábito: querer revolucionar algo antes de aprender sus fundamentos.

—Eso suena como algo que dirías tú —comenta Jon, con una sonrisa divertida— Lo digo en serio, Carlota. No me sorprende que tus estudiantes te miren como si fueras un poco intimidante. Inalcanzable.

Me cruzo de brazos, inclinándome ligeramente hacia él.

—¿Y por qué me encontrarían intimidante?

—Porque lo eres. Eres brillante, estructurada, y no pierdes el tiempo. No muchos pueden seguirte el ritmo.

—O simplemente no lo intentan —respondo, encogiéndome de hombros, aunque sus palabras me resultan agradables de escuchar.

La conversación deriva hacia otros temas: anécdotas de clases pasadas, detalles sobre cómo algunos estudiantes parecen resistirse a aprender, y cómo otros sorprenden con destellos de genialidad. Es una charla fluida, salpicada de risas y comentarios irónicos.

Cuando terminamos de comer, Jon me observa desde su lado de la mesa, con esa mirada que conozco tan bien. El postre llega, pero ya sé que no lo tomaremos aquí. La decisión está tomada. Lo observo mientras se inclina ligeramente sobre la mesa, con esa sonrisa confiada y ese aire despreocupado que a veces encuentro irritante pero que, hoy, despierta algo distinto en mí.

—¿Y si tomamos el café en mi casa? —propongo, mirándolo a los ojos.

Jon se queda quieto por un segundo, como si evaluara si lo he dicho en serio. Luego, su sonrisa se amplía.

—Siempre me sorprendes, Carlota. Nunca das rodeos, ¿verdad?

Me encojo de hombros, tranquila.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es una simple transacción, pero de fluidos. Una manera efectiva de liberar endorfinas.

Jon suelta una carcajada divertida.

—Eso es lo que más me descoloca de ti. Siempre logras convertir algo tan… visceral en un análisis científico.

—Es lo que es —respondo, con un tono neutral.

Él asiente, aún con una sonrisa, y llama al camarero para pedir la cuenta. Mientras salimos del restaurante, siento su mirada en mí, una mezcla de curiosidad y deseo. Pero lo que más me interesa es la claridad de mi propia decisión.

De vuelta al parking, nos subimos al BMW. La ciudad pasa por la ventana mientras Jon conduce hacia mi casa, comentando algún detalle sobre su coche y lo bien que le responde el motor. Yo asiento sin prestar demasiada atención.

Mi mente ya está en lo que vendrá después.

Llegamos a la entrada de la urbanización y el conserje nos deja pasar al verme al otro lado del coche. Seguimos recto y llegamos a mi casa, una casa de dos plantas con piscina interior y exterior rodeada de arbustos para evitar miradas curiosas.

Jon aparca en la entrada frente a la cochera, que tengo pero no uso porque no conduzco, y nos bajamos. Subimos los escalones que separan la acera de la entrada y abro con las llaves. Tengo lector digital pero me gusta sentir el ruido de las llaves al girar el pestillo de la puerta. Soy clásica en eso. La urbanización tiene muchísima vigilancia por lo que no me preocupa no tener activado el lector. Con la alarma es suficiente.

Entramos y desconecto la alarma. Justo cuando me giro para cerrar la puerta, Jon se echa sobre mí y me agarra la cara con las dos manos. Empieza a besarme fuertemente. Siento su lengua hasta la garganta y noto su deseo creciendo cerca de mi entrepierna.

—Me pones como una moto, nena. Con tus salidas directas y tu sinceridad abrumadora. —susurra en mi boca entre beso y beso.

Empieza a desabrocharme la camisa a la vez que yo la suya. Se la quito y me deleito con sus músculos, está fibroso y musculado, es todo un espécimen que me alegra las hormonas. Lamo sus pezones y abro su cinturón mientras él ahoga gemidos.

Desabrocho sus pantalones y meto la mano en su bóxers y agarro su miembro que ya está erecto frente a mi. Me encanta su reacción, visceral, incontrolable.

—Si… nena …

Me arrodillo y lamo su glande. Jon gruñe y echa la cabeza hacia atrás. Me encanta chuparle la polla y lamerla de arriba a abajo para ver su reacción. Esa mezcla de deseo y desesperación. Lamo, chupo, muerdo, presiono y vuelvo a empezar mientras él me agarra por el pelo suavemente.

—Para… Carlota o me voy a correr aquí mismo. —me dice jadeando.

—Por mi perfecto…

—¡No! ¡Vamos a tu habitación!

Me separa de su gran polla, porque es una gran polla que me encanta, y se sube el pantalón.

—¡Vamos!

Me coge de la mano y tira de mí hasta mi habitación si detenerse un segundo a dejar las cosas. Corro tras él con la camisa desabrochada y observo todo por el suelo en la entrada. Empiezo a

sentir un poco de ansiedad pero la aplaco pensando que no pasa nada, después lo colocaré. Ahora el sexo es prioridad en mi cerebro.

Llegamos a mi habitación y me gira para empezar a bajarme los pantalones a la vez que yo tiro de los suyos.

—Eres preciosa y perfecta. Tan fría y caliente a la vez. —me dice.

—Deja de hablar y vamos a follar, Jon. Necesito que me folles ya, no aguanto más.

—¡Joder nena, cómo me pones! Me encanta tu falta de filtro.

Seguimos besándonos y acariciándonos hasta que caemos a la cama.

—Quiero follarte a cuatro patas, date la vuelta.

Me gira y se acerca a la mesita de noche donde sabe que guardo una caja de condones de su talla.

—Me encanta que seas previsora. Espero que no tengas de más tallas para otros.

—Eso ahora no es lo importante. ¡Vamos! Entra ya. — le increpo. Claro que tengo otras cajas de otros tamaños para otras ocasiones pero eso ahora no importa.

Me agarra por el culo y me inclina hacia adelante a la vez que entra en mí y me empala contra el colchón.

—¡Aahhhggg! —gemimos a la vez.

Inicia un ritmo de entradas y salidas que me vuelve loca mientras besa mi cuello y pellizca mis tetas.

—Si nena, apriétame. Así…

Entra y sale. Entra y sale. Y empiezo a gestar un enorme orgasmo que sé que que me va a dejar tranquila y relajada después de la mañana que he pasado. Jon me susurra palabras al oído que aumentan mi deseo y cuando sé que voy a explotar le aviso.

—Jon me queda poco, córrete conmigo. —Me gusta que se corra a la vez que yo porque siento su polla hincharse al máximo y me llena por completo.

—Estoy ya nena, vamos.. si..¡Ya!.

Exploto. Explotamos en un orgasmo desgarrador que me vuela la cabeza durante unos segundos. Oigo a Jon gruñir y gemir pero yo estoy en otro mundo en uno que no controlo pero me encanta. Me encanta la sensación orgásmica.

Empieza a empujar cada vez más despacio hasta que sale de mí y me arrastra con él.

—Joder, Carlota. Vas a acabar conmigo.

—No hay nada como una buena sesión de sexo para liberar endorfinas y relajarse. —le digo bajando de la nube.

—Si quisieras podríamos tener esto cada día, cada noche, cada vez que tú quisieras…

Me incorporo y lo miro con gesto extraño.

—¿Qué quieres decir?

—Podríamos… salir juntos y estar más tiempo juntos, tal vez…

—Jon, no. Lo hemos hablado muchas veces. No quiero sentimientos, ni amor ni romanticismo. Es solo sexo. Sexo.

Me levanto y voy al baño de mi habitación desnuda. No me avergüenzo de mi cuerpo. Lo cuido y lo mantengo con deporte.

—Carlota…

—Vístete, Jon. La comida ha acabado. —cierro la puerta tras de mí y oigo como Jon habla enfadado sobre que siempre cae y siempre lo mismo, que no aprende…

—Me voy Carlota. —me dice serio tras la puerta.

—Hasta mañana. —le digo y respiro sabiendo que se va.



Capítulo 3

Entro en la ducha y termino de relajarme con el agua cayendo por mi cuerpo. Ha sido una buena sobremesa.

Salgo de la ducha y miro la hora. Las cuatro y media. Perfecto. No he perdido mucho tiempo.

Voy a correr un rato antes de ponerme a reorganizar las tareas para mañana y revisar además mails y asuntos del proyecto.

El aire frío de la tarde golpea mis mejillas mientras ajusto los auriculares en su sitio. Me coloco bien la capucha de mi sudadera deportiva gris oscuro y echo a correr. El pavimento bajo mis zapatillas resuena con un ritmo constante, un latido mecánico que me resulta tranquilizador.

La urbanización está tranquila, salpicada de luces que apenas empiezan a encenderse. Hace frío en enero por aquí, el viento sopla muy desapacible. A lo lejos, un par de vecinos pasean con sus perros, envueltos en abrigos gruesos y bufandas. Levanto la mano ligeramente en señal de saludo al pasar, sin detenerme.

—¡Buenas tardes! —me saluda Carmen, la vecina del chalé amarillo, mientras recoge el periódico de su buzón.

Le sonrío brevemente y sigo corriendo. No me gusta detenerme cuando estoy concentrada; mi rutina es sagrada.

El frío muerde mis piernas a pesar de las mallas térmicas, pero no me importa. Sé que debo mantenerme en forma, tanto física como mentalmente. Correr es mi forma de liberar tensiones, de ordenar pensamientos que a veces se enredan más de lo que me gustaría.

A mitad del recorrido, al doblar la esquina de la avenida principal, lo veo. El hombre que siempre corre a la misma hora que yo. Alto, de complexión atlética, con una camiseta ajustada negra y pantalones de compresión. Su pelo oscuro está algo revuelto, y lleva una barba bien cuidada que le da un aire interesante.

Sospecho que quiere algo. Su presencia es demasiado constante, demasiado cercana, como si esperara encontrarme en cada vuelta. Lo he notado lanzándome miradas discretas, a veces incluso sonriendo cuando pasamos uno junto al otro.

Hoy no es diferente. Me saluda con un leve gesto de la cabeza mientras se cruza conmigo en el camino. Yo devuelvo el gesto, cortés pero distante, manteniendo mi ritmo sin vacilar.

Pienso en cómo lo percibo: atractivo, sí, pero no lo suficiente como para arriesgarme a algo con un vecino. Las relaciones cercanas complican las cosas y yo no necesito complicaciones.

Mientras sigo corriendo, me concentro en la música que suena en mis auriculares y en el sonido de mi respiración. Me gusta pensar que mi vida está perfectamente organizada, cada pieza en su sitio. Este hombre no es más que una variable inesperada y sé cómo manejar las variables.

Al llegar al último tramo, reduzco la velocidad y empiezo a caminar para enfriar los músculos. La sensación de satisfacción me recorre el cuerpo. Me siento despejada, lista para afrontar lo que queda de tarde.

Antes de entrar en casa, echo un último vistazo al camino detrás de mí. Él ya no está a la vista. Perfecto.

Después de una ducha rápida, con el pelo aún húmedo recogido en una coleta alta, bajo descalza a la planta baja. La temperatura en casa es de veintidós grados, constante durante todo el año, gracias a la calefacción eficiente y el circuito de agua que proviene de las placas solares. Noto la madera clara de los escalones caliente bajo mis pies, una sensación agradable tras la carrera. Desde el salón, se ve la puerta corredera que separa el despacho del resto de la casa, de cristal mate con un fino marco negro que encaja perfectamente con el estilo minimalista del espacio.

Abro la puerta y entro. El despacho es mi refugio. Las paredes están pintadas de un blanco puro, interrumpidas solo por una estantería empotrada que guarda libros perfectamente alineados, con lomos en tonos neutros y algunos ordenados por tamaño. Todo está en su sitio, como debe ser.

El escritorio, de líneas simples y madera clara, se sitúa cerca de la ventana que da al jardín. Sobre él, apenas unas pocas cosas: mi MacBook, un pequeño bloc de notas negro y un bolígrafo de punta fina. A un lado, una planta pequeña en una maceta blanca, suficiente para añadir un toque de vida sin desordenar el espacio, igual que en mi despacho de la facultad.

La silla es ergonómica, con tapizado gris y estructura metálica negra. Me siento en ella, dejando que el respaldo se adapte perfectamente a mi postura y enciendo el MacBook. La luz de la tarde entra a raudales por los cristales, tamizada por las cortinas de lino blanco que dejo siempre ligeramente abiertas ya que ningún vecino puede ver a través de la ventana.

El despacho refleja lo que necesito para mantenerme tranquila: equilibrio y simplicidad. Cada línea, cada objeto, está pensado para no distraerme. Aquí, el caos no tiene cabida.

Abro mi correo y reviso los mensajes pendientes mientras dejo que el silencio del espacio me envuelva. La tranquilidad es absoluta, salvo por el sonido ocasional del teclado bajo mis dedos.

Este es mi lugar, el único en el que siento que todo está bajo control.

El MacBook emite un leve brillo sobre el escritorio mientras reviso los informes más recientes de mi proyecto de neuroplasticidad. Los datos están en su mayoría alineados con mis expectativas, pero hay un par de gráficas que no terminan de cuadrar. Frunzo el ceño y apoyo la barbilla en una mano, sumida en los números y las hipótesis.

El sonido de mi móvil interrumpe el silencio. Giro los ojos hacia la pantalla: Mamá. Respiro hondo, consciente de que, aunque no me apetece hablar ahora, no puedo ignorarla.

—Hola, mamá —respondo con un tono neutral, sujetando el móvil entre la oreja y el hombro mientras sigo mirando la pantalla del portátil.

—¡Carlota, hija! ¿Cómo estás? ¿Has comido algo? Espero que no estés con el estómago vacío otra vez. —Su voz es cálida, cariñosa, pero me hace apretar los labios. Siempre lo mismo.

—Todo bien, mamá. He comido. No te preocupes —miento con un suspiro apenas audible.

—Bueno, ya sabes que no me gusta que pases tantas horas frente a ese ordenador. ¿Te has dado cuenta de que últimamente tienes ojeras? Lo digo porque tu hermana me enseñó una foto tuya del otro día y…

—Mamá. —Mi tono se endurece, aunque intento suavizarlo al instante—. Estoy bien, de verdad. Pero estoy ocupada ahora mismo con el proyecto. ¿Podrías llamarme sobre las nueve? Así ya habré terminado y podré hablar contigo con más calma.

Hay un breve silencio al otro lado.

—Claro, hija. No quería molestarte, solo asegurarme de que estás bien.

—Lo estoy. Gracias.

—Vale, entonces hablamos más tarde. Te quiero mucho, ¿sabes? Y tu padre y tu hermana también te mandan recuerdos.

Cierro los ojos un momento, sintiendo una pequeña punzada de culpa.

—Yo también te quiero, mamá. Mándales un abrazo de mi parte.

—Lo haré. Cuídate, Carlota.

La llamada termina, y dejo el móvil sobre la mesa con un leve golpe. Respiro hondo y vuelvo mi atención a las gráficas en la pantalla. Mi madre significa mucho para mí, pero en momentos como este, su preocupación constante puede ser agotadora. La entiendo, pero a veces desearía que entendiera que mi trabajo necesita prioridad.

Miro el reloj: seis y diez. Me queda tiempo suficiente antes de que la noche caiga por completo y mi mente decida cooperar. Ajusto los auriculares, abro un nuevo documento y me sumerjo de nuevo en mi mundo, donde las conexiones neuronales y las fórmulas químicas son mucho más fáciles de controlar que las emociones humanas.

A las ocho menos cuarto, me doy cuenta de que he terminado todo lo que tenía planeado para hoy. Cierro los archivos del Mac y me permito unos minutos de descanso. Mi cerebro necesita desconectar un poco antes de retomar cualquier tarea, aunque solo sea para evitar saturarme.

Abro el navegador y reviso las noticias. Lo hago rápido, saltándome los titulares sensacionalistas y buscando las secciones científicas. Nada demasiado relevante, solo algunos artículos sobre avances menores y estudios preliminares. Después, sin mucho entusiasmo, decido abrir Instagram.

Mi cuenta no tiene mucho que ofrecer. Es privada, y solo la utilizo para seguir páginas de neurología, laboratorios de investigación y algún que otro perfil académico que comparte contenido útil. Las publicaciones son escasas: alguna imagen de resonancias cerebrales que encontré fascinante o una fotografía que mi hermana me obligó a subir hace un par de años, un retrato que ella misma tomó mientras visitaba Toledo.

Mi feed es una mezcla de esquemas de sinapsis, fotos de conferencias y gráficos complejos que otros investigadores publican para generar debate. Me detengo en un post sobre la influencia del entorno en la plasticidad neuronal. El estudio parece interesante, y hago una captura de pantalla para leerlo con más calma más tarde.

Mientras sigo desplazándome, noto lo vacía que está mi lista de solicitudes de amistad. No dejo que nadie me siga salvo aquellos que considero relevantes para mi campo. Las redes sociales no son un espacio de interacción para mí; son herramientas.

Pienso en la diferencia entre mi perfil y los de otras personas de mi edad, llenos de fotos personales, viajes, reuniones sociales y eventos felices. No me molesta. Nunca he sentido la necesidad de compartir más de lo estrictamente necesario. Si alguien me mira desde fuera, probablemente pensará que llevo una vida aburrida.

Y no estaría equivocado, al menos no según los estándares actuales. Pero es mi vida, y es la que quiero.

Sigo explorando el feed durante unos minutos más, encontrando aquí y allá publicaciones que despiertan mi interés, hasta que el sonido del reloj me saca de mi ensimismamiento. Son las ocho. Podría seguir aquí un rato más, pero no es productivo.

Mientras deslizo el dedo por la pantalla, un pequeño aviso aparece en la parte superior: alguien ha respondido a mi comentario en una noticia sobre la eterna disputa entre el corazón y la razón en las emociones. Es una de esas discusiones que me divierte seguir, sobre todo porque suelo encontrar respuestas llenas de mitos románticos que me fascina desmontar.

El comentario es de un tal Luc Valois. Dice: *“Las emociones no son tan racionales como crees, son respuestas viscerales, instintivas. La razón llega después, cuando intentamos justificarlas.”*

Frunzo el ceño. No es la típica respuesta vacía que suelo ver, y el tono me parece deliberadamente provocador. Releo mi comentario anterior para asegurarme de que no haya un malentendido, pero no. Mi postura era clara: las emociones, aunque parezcan caóticas, están determinadas por procesos neuroquímicos y son perfectamente explicables.

Decido contestarle:

“Viscerales, sí, pero nada en el cuerpo humano es caótico. Las emociones son reacciones químicas que responden a estímulos. Podemos no controlarlas en el momento, pero eso no las hace irracionales. Todo tiene un origen y un propósito evolutivo.”

Envío el mensaje y vuelvo al feed, dispuesta a ignorarlo. Pero, para mi sorpresa, apenas pasan

unos segundos antes de que el teléfono vuelva a vibrar. Esta vez no es un comentario público, sino un mensaje privado.

Luc Valois: *"Interesante argumento. Pero eso suena más a una postura académica que a una experiencia personal. ¿Hablas como científica o como persona?"*

El mensaje me pone alerta. Me siento rígida en la silla, el móvil en mi mano como si se tratara de un objeto extraño. ¿Quién es este hombre? ¿Y por qué siente la necesidad de llevar la conversación a un plano más personal?

Dudo. Mi primera reacción es no abrir el mensaje, pero la curiosidad me gana. Toco el icono y lo leo de nuevo, más despacio. La pregunta tiene un punto de provocación que no sé si me gusta o me molesta.

Antes de contestar, hago lo que siempre hago: investigo. Entro en su perfil. Luc Valois, fotógrafo aficionado, según su descripción. Su feed está lleno de imágenes de paisajes impresionantes: montañas cubiertas de nieve, playas de arena negra, ciudades al atardecer. No hay rastro de fotos personales, ni de él ni de nadie más. Es como si su vida privada no existiera, solo el mundo a través de su lente.

Me intriga y, al mismo tiempo, me mantiene alerta. No suelo interactuar con desconocidos, mucho menos en privado, pero algo en su forma de escribir y en esas fotos cuidadas me hace dudar.

Finalmente, escribo:

"Ambas. Pero como científica puedo respaldarlo con hechos. La experiencia personal no siempre es fiable."

Pulso enviar y dejo el móvil sobre la mesa, intentando concentrarme de nuevo en lo que hacía antes. Pero mi mente vuelve al mensaje y a ese perfil anónimo con paisajes que parecen sacados de un catálogo de viajes. Por alguna razón, no puedo evitar preguntarme quién es ese tal este Luc Valois.

Las campanadas del reloj del salón marcan las ocho y cuarto. El móvil vibra una vez más sobre la mesa, pero decido ignorarlo. He tenido suficiente por hoy, incluso para mis estándares de autocontrol. Me levanto y me dirijo a la cocina, donde la rutina siempre me espera con precisión.

Abro el frigorífico y sonrío al ver el plato cubierto con papel film que Lola, mi asistenta, me ha dejado preparado. Esta mujer es un milagro para alguien como yo. Limpia la casa siguiendo mis instrucciones al pie de la letra y deja cada rincón impecable. Además, su habilidad para preparar cenas ligeras y equilibradas es insuperable. Esta noche toca crema de calabacín con una ensalada de quinoa y pollo a la plancha. Perfecto.

Caliento la crema en el microondas mientras pongo la mesa. Todo en su sitio: un vaso, un cubierto, una servilleta doblada simétricamente. Este pequeño ritual me da paz. Mientras ceno, dejo que mi mente divague un poco, repasando lo que queda por hacer esta semana. Sin embargo, el pensamiento de Luc Valois aparece, como un intruso inoportuno. Su comentario y esa pregunta que me hizo resuenan en mi cabeza.

"¿Hablas como científica o como persona?"

Sacudo la cabeza y decido no darle más importancia. Seguramente sea alguien que disfruta discutiendo por Internet, nada más. Pero esas fotos de paisajes… hay algo en ellas, una sensación de soledad que me intriga.

Termino de cenar y dejo los platos perfectamente apilados en el lavavajillas. Paso un trapo por la encimera, aunque está limpia, simplemente porque es parte de mi rutina. Luego, me dirijo al salón y escojo un libro de mi pequeña pero cuidada colección de clásicos. Hoy elijo Cumbres Borrascosas. Me acomodo en el sofá y dejo que las palabras de Emily Brontë me lleven a otro mundo, lleno de pasiones y tormentos que, aunque fascinantes, siempre me resultan ajenos.

A las diez, cierro el libro, apago las luces del salón y subo a mi habitación. La cama está perfectamente hecha, con las sábanas blancas y lisas, tal como me gusta. Me meto entre ellas y apago la lámpara de noche.

Sin embargo, mientras el sueño empieza a acercarse, el pensamiento de Luc Valois vuelve a colarse en mi mente. No es habitual que un desconocido deje una impresión en mí, y mucho menos alguien que conozco tan superficialmente. Pero hay algo extraño en él, en esas palabras, en esas imágenes…

Cierro los ojos con fuerza, decidida a olvidarlo. Mañana será otro día.



Capítulo 4

Lucien:

Mi despacho, amplio y decorado con una sobriedad que refleja mi posición, huele a madera encerada y cuero. Los rayos de sol que entran por los ventanales iluminan las estanterías llenas de libros y las condecoraciones que han marcado los hitos de mi carrera. Es mi lugar, mi fortaleza.

Todo está en completo silencio, salvo por el suave roce de mi pluma sobre el papel. Reviso por enésima vez los documentos del acuerdo sobre energías renovables que debo presentar la próxima semana. Sé que cada palabra debe ser perfecta; los ojos de todo el Parlamento estarán puestos en mí, como siempre. Pero hoy, mi mente está algo dispersa. El cansancio empieza a hacer mella, aunque mi expresión sigue siendo imperturbable.

Soy Lucien Deceraux, presidente de Bélgica.

Mi cargo me sitúa al frente de una monarquía parlamentaria, donde el peso de las decisiones recae, en gran medida, sobre mis hombros. No es algo nuevo para mí. Crecí en una familia donde la política no era solo una profesión, sino un legado. Mi padre fue presidente, y mi abuelo, un parlamentario destacado. Podría decirse que nací destinado a estar aquí, en el corazón del poder, pero no me gusta depender de herencias. Me he ganado este puesto con mi propio esfuerzo, y no me tiembla la voz al decirlo.

Llevo tres años en el cargo, tres años que han redefinido los estándares de nuestro país. Bélgica ha cambiado. Mi equipo y yo hemos trabajado incansablemente para reducir el desempleo, fomentar la innovación tecnológica y fortalecer los programas sociales. Las estadísticas hablan por sí solas: la economía ha crecido, la calidad de vida ha mejorado y, por primera vez en décadas, la ciudadanía vuelve a confiar en el gobierno.

Mi enfoque ha sido claro desde el principio. Soy pragmático, directo y, según dicen algunos, carismático. No me escondo detrás de discursos vacíos ni de promesas imposibles. Mi estilo no gusta a todos, pero es efectivo, y los números lo respaldan.

Ahora, con las elecciones a la vuelta de la esquina, las encuestas me son favorables. La reelección parece casi garantizada, pero no soy ingenuo. La política es volátil, y sé que el camino a la victoria nunca está completamente asegurado. Cada decisión cuenta, cada palabra pronunciada puede inclinar la balanza.

Ser presidente no es fácil. La presión es constante, las expectativas altas, y la mirada del público incesante. A veces me pregunto cómo he conseguido mantenerme entero en medio de todo esto. Tal vez sea porque, a pesar de todo, disfruto el desafío. Este país es mi responsabilidad, y no hay mayor honor que servirlo.

Aún así, detrás del líder carismático que los demás ven, hay un hombre que, de vez en cuando, necesita escapar.

Un suave golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. Levanto la vista con calma.

—Adelante —digo, dejando la pluma sobre el escritorio.

Mi secretaria aparece, siempre impecable, con su moño perfectamente recogido y esa expresión neutral que nunca deja entrever sus pensamientos.

—Señor presidente, tiene visita.

Frunzo levemente el ceño. No espero a nadie.

—¿Quién es?

—La señorita Corine Valhart. No está en la agenda, pero dice que es un asunto personal.

Personal. Qué término tan ambiguo. Suelto un leve suspiro y asiento.

—Déjala pasar.

La puerta se abre de par en par, y ahí está ella. Corine, con su vestido negro ajustado, sus tacones que resuenan con cada paso, y esa sonrisa que parece ensayada frente al espejo. Siempre hace una entrada dramática, como si la oficina fuera un escenario y yo su público.

—Lucien —dice arrastrando mi nombre de una forma que pretende ser seductora.

Me recuesto en la silla, cruzando los brazos mientras la observo. No digo nada. No necesito hacerlo. Ella ya sabe que tiene mi atención, o al menos, lo que queda de ella después de un día agotador.

—He pensado que podrías necesitar un descanso —añade inclinándose ligeramente sobre mi escritorio. Su perfume floral llena el espacio entre nosotros.

La observo en silencio durante unos segundos antes de levantarme con calma. Mi altura siempre juega a mi favor en momentos como este. Rodeo el escritorio, caminando hacia ella con movimientos deliberados.

—Corine, sabes que esto no significa nada, ¿verdad? —digo con un tono bajo y controlado, tan natural como respirar.

Ella sonríe, ladeando la cabeza mientras juega con el borde de mi chaqueta.

—No espero nada de ti, cariño —responde casi en un susurro.

Activo el interruptor en la pared, desactivando las cámaras. Sonríe.No por nerviosismo, sino porque sabe cómo funciona este juego. Sin grabaciones, sin pruebas, sin consecuencias. No es la primera vez que ha sucedido y, aunque prefiero mantener estas “visitas” al mínimo, entiendo su utilidad.

Corine es un escape. No hay emociones, ni expectativas, ni compromisos. Solo una transacción entre dos personas que saben exactamente lo que quieren. Hija de unos importantes empresarios del país, se *entretiene* conmigo por quien soy, no por amor.

Por ahora, esto es todo lo que estoy dispuesto a dar. Y, francamente, lo único que necesito.

Corine se acerca a mi sigilosa y me pide que me siente. Sabe que hoy no va a encontrar mucho más de lo que le ofrezco. Empieza a bajarme la cremallera del pantalón y mete su mano en mi bóxer cogiendo mi miembro ya erecto. Sabe lo que me gusta. Sonríe y se relame. Da una ligera lamida a la punta y mi excitación sube como siete niveles.

—Corine…

—Lucien, se que estás muy estresado, déjame a mi.

Continúa lamiendo de arriba a abajo y de abajo a arriba hasta que se introduce toda mi polla en su boca. Es grande y muy ancha por lo que le dan arcadas. No alardeo de mi tamaño pero tampoco me quejo. Corine empieza a chuparla suavemente hasta que le cojo el pelo y la empujo ligeramente contra mi centro.

—¡Agghh! —gimo. —Eres buena, lieverd.

Ella sonríe y sigue chupando a la vez que trata de contener las arcadas.

No tengo mucho tiempo hoy así que la levanto y la coloco boca abajo sobre mi escritorio para levantarle el vestido negro que lleva, coger un preservativo del cajón de la derecha y empalarla hasta la empuñadura.

—¡Agghh! —grita.

—¡Ssshhh! — le contexto. Todo está insonorizado pero no puedo fiarme.

Entro y salgo varias veces de ella. Es una preciosidad, pelirroja con curvas y siempre dispuesta a un encuentro sin compromiso.

Sigo empujando y ambos gemimos de placer. Se que le gusta y que le queda poco porque sus paredes me aprietan la polla. Sigo empujando cada vez más fuerte hasta que explota en un gran orgasmo y yo la sigo poco después tras varios empujones más.

Descendemos el ritmo poco a poco y salgo de ella. Me quito el preservativo y lo anudo. Le bajo la falda, no lleva bragas, como siempre y la ayudo a levantarse mientras me subo los pantalones.

—Puedes arreglarte en el baño de la derecha. —debo ser cordial con ella.

Yo prefiero llegar a casa y darme una buena ducha después de un eterno día. Me coloco bien la ropa, mi aspecto debe ser siempre impecable y la veo salir con una sonrisa en la cara. Se lo que quiere: cena, flores y paseos bajo la nube de fotógrafos pero no va a ser así. La conozco y se que va a la caza del personaje importante y si no caigo yo, hay otros en los que también está trabajando. La he investigado, a fondo.

—Lucien, lief… ¿Por qué no salimos a cenar? ¿Tú y yo solos?

—Corine, sabes que no va a pasar, no insistas.

—Tenía que intentarlo —me dice rozándome la mejilla con su dedo índice. Intenta besarme pero me aparto.

—Besos, no Corine. —Soy muy escrupuloso con quien me beso y no lo hago con todo el mundo.

—Está bien, me voy. —Avanza hacia la puerta mirándome de vez en cuando y aleteando las pestañas.

—Chao, Lucien.

—Adiós Corine, no vuelvas a aparecer sin estar pactado o no habrá otra ocasión.

Me mira enfadada y sale dando un golpe ligeramente más fuerte de lo normal. No me gustan las sorpresas y más desde que soy presidente. Todo puede volverse en mi contra, las improvisaciones no tienen cabida en mi día a día.

Corine se fue hace un rato, con la misma confianza con la que había llegado, flanqueada por mi equipo de seguridad, como siempre. No hizo falta intercambiar muchas palabras al despedirnos; ambos sabemos lo que es y lo que no. Ahora, el despacho está vacío y silencioso, salvo por el leve zumbido del sistema de ventilación. Miro por última vez los documentos sobre mi escritorio, ajusto mi reloj y me levanto.

Jake, mi jefe de seguridad personal, aparece en la puerta con su expresión seria de siempre. Es un hombre eficiente, alguien en quien confío plenamente.

—Señor, es momento de salir. Todo está listo.

Asiento y lo sigo al ascensor. Bajamos en silencio, ambos acostumbrados a la rutina. Jake tiene esa habilidad de estar presente sin ser intrusivo, algo que valoro más de lo que admito.

El ascensor se detiene en el aparcamiento subterráneo del Parlamento. Las luces blancas iluminan el espacio, donde un equipo de seguridad ya ha inspeccionado todo. Mi coche, un mercedes negro blindado, me espera en el centro del área. Es discreto, pero imponente, justo como debe ser.

Jake abre la puerta trasera y me deslizo en el asiento de cuero, dejando que la comodidad me envuelva por un momento. Me recuesto ligeramente mientras el coche se pone en marcha, saliendo del edificio bajo el control de un convoy perfectamente sincronizado.

El trayecto hacia Lambertmont es corto, pero suficiente para permitirme desconectar por unos

minutos. Miro por la ventana, observando las calles de Bruselas iluminadas por las luces de la ciudad. A esta hora, el tráfico es menos caótico, y la gente parece moverse con más calma. A veces envidio esa tranquilidad, esa rutina diaria sin agendas apretadas ni cámaras persiguiéndote a cada paso.

Cuando llegamos al Palacio de Lambertmont, la entrada principal ya está despejada. La mansión, con su fachada neoclásica y jardines impecables, se alza como un recordatorio constante de mi posición. No es solo mi hogar; es una extensión del cargo que represento. Aquí he recibido a líderes de todo el mundo, he cerrado acuerdos cruciales y he tomado decisiones que han moldeado el país.

Jake me acompaña hasta la puerta principal y luego se retira, dejándome algo de privacidad. Cruzo el amplio vestíbulo, iluminado por candelabros de cristal y subo las escaleras hacia mi estudio personal. A veces este lugar me resulta asfixiante, con toda su elegancia y formalidad. Pero otras, es el único sitio donde puedo pensar con claridad.

Me quito la chaqueta y la dejo sobre el respaldo de una silla. Me sirvo un vaso de agua y me siento frente a mi escritorio, un mueble antiguo de madera oscura que ha presenciado más reuniones privadas de las que podría contar. Aquí planifico, reflexiono y, ocasionalmente, trato de entender cómo un hombre como yo llegó a estar en el centro de todo esto.

Bajo al salón con paso tranquilo, las luces indirectas iluminan el espacio justo lo suficiente para crear una atmósfera acogedora. Marie, mi asistenta, ya tiene la mesa preparada, como siempre. Es eficiente y discreta, cualidades que valoro profundamente en alguien que trabaja tan cerca de mí.

La mesa está impecable, con un solo servicio dispuesto en perfecta simetría. Una sopa ligera, pan recién hecho y un poco de queso belga forman la cena que Marie ha preparado. Me siento en la cabecera, agradeciendo en silencio este momento de calma tras un día agitado.

Marie se queda cerca, como es su costumbre, esperando instrucciones. Termino la sopa y dejo la cuchara con cuidado sobre el plato.

—Gracias, Marie. Puedes retirarte por hoy. No te necesitaré hasta mañana por la noche.

—Por supuesto, señor Deveraux. Que descanse. —Me dedica una sonrisa educada y se marcha sin hacer ruido.

Siempre desayuno en el parlamento, así que las cenas aquí suelen ser breves y solitarias. No me molesta, estoy acostumbrado. Después de recoger mi servilleta y dejar todo en orden, subo las escaleras hacia mi habitación.

El dormitorio principal es amplio pero no recargado. Prefiero los espacios funcionales y limpios. Camino hacia el baño, donde me doy una ducha rápida. El agua caliente relaja mis músculos, y durante unos minutos dejo que el sonido constante del agua ahogue los pensamientos que no dejan de dar vueltas en mi cabeza.

Ya en el vestidor, preparo mi ropa para el día siguiente: un traje oscuro perfectamente planchado, una camisa blanca, y mi corbata favorita, azul con un discreto patrón geométrico. Cada detalle cuenta en mi posición; la imagen no es superficial, es estratégica.

Me tumbo en la cama, apoyando la cabeza en las almohadas. Con mi tablet en mano, reviso las

noticias. Escaneo titulares internacionales, leo algunos análisis económicos y reviso el impacto de mi última intervención en la Cámara. Mi mente nunca desconecta del todo, pero este es mi tiempo para estar al tanto sin la presión de un equipo esperándome.

Mientras paso de una noticia a otra, mis pensamientos se desvían por un instante. Recuerdo el intercambio de mensajes que tuve anoche, bajo el alias de Luc Valois. La conversación fue breve, pero algo en ella me llamó la atención. Esa mujer, Carlota, parece tan distinta a lo que suelo encontrar. Quizá sea su forma de escribir, directa y precisa, o el hecho de que no parezca impresionada por nada. Me sorprendo preguntándome si volverá a responder.

Cierro la tablet y apago la luz de la mesilla. Mañana será otro día lleno de responsabilidades, pero esta noche, me permito pensar en algo diferente.

Después de apagar la luz y cerrar los ojos, una idea me ronda la cabeza: volver a escribirle a Carlota. Tal vez fue su tono directo, casi brusco, lo que despertó mi interés. O quizás simplemente tengo curiosidad por alguien que parece tan diferente a las personas con las que trato a diario. Cojo el móvil de la mesilla y lo desbloqueo.

Bajo el alias de Luc Valois, entro a Instagram. No suelo escribir mensajes personales a desconocidos, pero esta noche hago una excepción. Tecleo con rapidez, sin pensarlo demasiado:

Yo: *"Creo que he perdido tu interés. ¿Te ha molestado algo de lo que te dije?"*

Espero unos minutos, observando la pantalla. Justo cuando estoy por rendirme y apagar el móvil, la notificación aparece.

Carlota: *"No suelo responder mensajes de desconocidos. Y menos cuando me escriben a estas horas."*

Frunzo el ceño pero sonrío ligeramente. Tiene carácter, eso está claro. Es un desafío, y me gusta.

Yo: *"¿De desconocidos o de fotógrafos aficionados? Tal vez los paisajes no son de tu interés, aunque creo que la neurociencia y las emociones podrían ser un buen punto en común."*

El mensaje tarda en ser leído, y la espera casi me divierte. Finalmente llega su respuesta.

Carlota*: "Mis intereses están en la ciencia, no en charlas triviales. No tengo tiempo para perder, Luc."*

Su tono es frío, pero también hay algo en su franqueza que me intriga. No es común que alguien me hable así, aunque no sepan quién soy.

Yo: *"Eficiente y directa. Me gusta. No quiero hacerte perder el tiempo, pero admito que nuestra breve conversación me dejó pensando. Las emociones, por ejemplo. Si son tan racionales como dices, ¿Por qué hay tantas decisiones humanas que contradicen la lógica?"*

Esta vez no responde de inmediato. Tal vez la he hecho reflexionar. Me acomodo en la cama, observando el móvil mientras me pregunto si fue demasiado intenso para alguien tan reservada. Entonces, su respuesta llega.

Carlota: *"Porque la lógica no siempre domina. Pero eso no significa que no pueda entenderse o incluso controlarse. Las emociones son reacciones químicas, no magia."*

Sonrío ante su firmeza. Hay algo fascinante en cómo estructura sus argumentos.

Yo: *“¿Y tú? ¿Siempre controlas tus emociones? ¿Nada se sale de tu esquema racional?”*

Espero. Esta vez, la respuesta es más breve.

Carlota: *“Hago lo que puedo.”*

Esa pequeña grieta en su muro me parece suficiente por ahora. No quiero presionar demasiado, pero estoy decidido a seguir charlando con ella.

Yo: *“Entonces tenemos algo en común: yo también hago lo que puedo. Tal vez no seamos tan distintos como parece, Carlota. ¿Puedo escribirte otro día?”*

Pasan unos segundos antes de que lea el mensaje. Cuando lo hace, no contesta de inmediato. Finalmente, aparece su respuesta:

Carlota: *“Si no insistes demasiado, quizá.”*

Me río en voz baja, satisfecho. Bajo el móvil y apago la luz de nuevo, dejando que el cansancio del día me alcance. Por alguna razón, esta conversación me ha dejado con una ligera sonrisa que no esperaba.



Capítulo 5

Me despierto con la alarma de siempre, a las seis en punto. Mi rutina no varía: ducha rápida, desayuno ligero, y luego mi ritual frente al espejo mientras ajusto cada detalle de mi atuendo. Hoy he optado por un conjunto negro elegante, sobrio pero impecable, con un toque de perfume suave que siempre me acompaña.

Cuando bajo al salón, cojo mi móvil de la mesa y lo desbloqueo sin pensar demasiado. Lo primero que noto es una notificación en Instagram. Es un mensaje de Luc Valois.

Por alguna razón, el simple hecho de ver su nombre me provoca una leve sonrisa, algo que no me pasa muy a menudo. Abro el mensaje.

Luc: *“Buenos días, princesa de hielo. ¿Cómo está tu reino esta mañana?”*

Ruedo los ojos, aunque no puedo evitar seguir sonriendo. Parece que le gusta desafiarme, y en parte lo disfruto. Le respondo antes de tomar el primer sorbo de café.

Yo: *“Frío, ordenado y sin dragones que molesten, gracias. ¿Qué haces por aquí tan temprano, dragón de fuego?”*

Su respuesta no tarda.

Luc: *“Calentando los cielos, por supuesto. Pensé que necesitarías algo de mi fuego para empezar tu día.”*

Me río por lo bajo, aunque intento mantener el tono seco. No quiero que piense que tiene

demasiada ventaja.

Yo: *"Gracias, pero puedo mantener mi temperatura perfectamente. No necesito a nadie que venga a derretirme."*

Luc: *"Eso dices ahora, princesa. Pero cuidado, los dragones somos persistentes. A veces el hielo no es tan fuerte como parece."*

Dejo el móvil sobre la mesa y termino mi café antes de responder. No quiero parecer demasiado interesada, pero tampoco quiero ignorarlo. Hay algo en su tono, entre desafiante y juguetón, que me intriga.

Yo: *"Quizá, pero el hielo sabe mantenerse firme. El fuego se consume solo si no tiene cuidado*."

Luc: *"Ah, pero el fuego también puede abrazar sin destruir. A veces el calor es justo lo que se necesita, incluso para el hielo."*

Me detengo un momento antes de contestar. Hay algo provocador en su mensaje, una sugerencia implícita que me hace dudar por un instante. Al final, decido seguir el juego, pero manteniendo mi distancia.

Yo: *"Eso suena como una excusa para invadir mi reino. Tendrás que probar que tu fuego no es un peligro."*

Luc: *"Un reto interesante. ¿Qué tal si empiezas por darme una oportunidad de demostrarlo?"*

Sonrío y me muerdo el labio, disfrutando de esta extraña conversación. Hace tiempo que no flirteo con nadie, y mucho menos de esta forma, tan indirecta y, al mismo tiempo, tan personal.

Yo: *"Veremos si sobrevives al frío primero, dragón. No te emociones demasiado."*

Luc:*"Ah, princesa de hielo, no sabes lo que un dragón puede soportar. Ten cuidado, o terminarás deseando un poco de mi fuego."*

La conversación se queda en el aire cuando miro el reloj. Es hora de prepararme para salir. Sin embargo, mientras bloque el móvil y me ajusto la americana frente al espejo, me doy cuenta de que estoy sonriendo más de lo que debería.

Dragón de fuego… Ya veremos cuánto dura tu resistencia.

Unas horas después en la facultad, termino de organizar unos documentos que me dejó un compañero en el buzón de mi despacho y decido salir a despejarme un poco. La mañana ha sido intensa y necesito un momento para respirar antes de seguir con el papeleo que me espera.

Camino por los pasillos del edificio de Ciencias de la Salud, observando cómo la luz del sol entra a través de las ventanas. Me detengo un momento frente a una sala de laboratorio; el sonido de los estudiantes trabajando me resulta reconfortante. Aunque suelo mantener distancia, no puedo evitar sentir cierta satisfacción al verlos tan entregados.

Mi destino es la pequeña cafetería del campus. Es un lugar tranquilo a esta hora, perfecto para tomar un café y revisar algunas publicaciones científicas en mi tablet. Mientras espero en la fila, escucho sin querer una conversación entre dos estudiantes a mi lado.

—¿Has oído hablar del nuevo proyecto de neuroplasticidad del departamento? —pregunta uno.

—Claro, es de la doctora Herrera. Dicen que es impresionante, pero también que es un poco… intimidante.

Me esfuerzo por no girarme, pero una ligera sonrisa se dibuja en mis labios. Intimidante, quizás. Precisa y directa, sin duda.

Cuando finalmente tengo mi café, me siento en una mesa cerca de la ventana. Quito la tapa de cartón y dejo que el aroma del café recién hecho me envuelva. Abro mi tablet y empiezo a leer un artículo sobre los últimos avances en inteligencia artificial aplicada a la neurociencia. Es fascinante cómo las redes neuronales artificiales se inspiran cada vez más en el funcionamiento del cerebro humano.

El tiempo pasa rápido, y para cuando me doy cuenta, la cafetería empieza a llenarse. Me levanto para regresar a mi despacho, pero al salir, escucho a alguien llamarme.

—¡Doctora Herrera!

Me doy la vuelta y veo a Sara, una de mis alumnas más aplicadas, acercándose con una carpeta en la mano.

—Disculpe que la moleste, pero quería consultarle algo sobre mi proyecto final.

—Claro, ¿por qué no pasas por mi despacho en unos veinte minutos? Estoy un poco ocupada ahora, pero podemos hablar después —respondo, manteniendo mi tono profesional.

Sara asiente rápidamente y se marcha, mientras yo camino de vuelta por el pasillo. Es curioso cómo, a pesar de mi aparente hermetismo, algunos estudiantes parecen decididos a buscar mi ayuda. Es algo que respeto.

De vuelta en mi despacho, cierro la puerta detrás de mí y vuelvo a mi rutina.

Me siento en mi silla, dejando la carpeta de Sara a un lado. Miro el reloj. Aún tengo diez minutos antes de que toque a mi puerta para nuestra tutoría. Decido aprovechar ese tiempo para organizar unas notas y revisar los últimos correos del departamento.

Sin embargo, mientras abro el portátil, una notificación en mi móvil llama mi atención. Es de Instagram. La pequeña burbuja con un número uno brilla en la esquina superior de la pantalla, indicándome que tengo un mensaje directo.

Respiro hondo, como si necesitara mentalizarme antes de mirar. Hace tiempo que no recibo mensajes que no sean sobre trabajo o ciencia. Todo esto es nuevo para mí. Pero sé quién es. Luc Valois.

La curiosidad vence a la lógica, y desbloqueo el teléfono. La conversación está ahí, esperando:

Luc:“*¿Siempre eres tan fría con la gente que te contradice?”* ❄ —es lo primero que leo, acompañado de un emoji de un copo de nieve.

Sin darme cuenta, una sonrisa ligera se forma en mis labios. Es un gesto raro en mí, pero su tono es… ¿provocador? Tecleo rápidamente:

Yo:“No soy fría, soy precisa. Hay diferencia.”

Apenas pasan unos segundos antes de que su respuesta llegue:

Luc:“*Princesa de hielo, entonces. Precisa y letal. ¿Así te describen tus colegas?”*

Me río para mis adentros. Este hombre no tiene miedo de ser directo. No estoy acostumbrada a este tipo de conversaciones fuera del ámbito académico.

Yo: *“Mis colegas me describen como eficiente, no letal.”* —respondo, intentando mantener la conversación neutra.

Luc: “*Lástima. Un poco de fuego puede ser útil para derretir el hielo.*”

El atrevimiento de su mensaje me descoloca. Mi primera reacción es dejar el móvil a un lado, ignorarlo. Pero algo me impulsa a seguir.

Yo : *“¿Y tú? ¿Qué eres? ¿El dragón de fuego?”*

Luc: *“Tal vez. O simplemente alguien que prefiere desafiar lo establecido. Las emociones no son frías ni racionales, Carlota. Son intensas, humanas. Eso es lo que las hace irresistibles.”*

Mi pulso se acelera al leerlo, pero no sé si es por la conversación o por la sensación de estar saliendo de mi zona de confort.

Yo: *“¿Por qué te importa tanto demostrarme que estoy equivocada?”* —tecleo finalmente.

Luc: *“Porque me intrigas.”*

Mi dedo se detiene sobre la pantalla. Esa última frase queda ahí, flotando en mi mente. Intriga. No es una palabra que suela escuchar dirigida a mí. Estoy a punto de responder cuando alguien llama a la puerta.

—Adelante.

Es Sara, puntual como siempre. Guardo el móvil en el bolsillo de mi bata y me dispongo a retomar mi rol de profesora. Pero, mientras le doy la bienvenida y la invito a sentarse, no puedo evitar pensar en el mensaje de Luc y en la sensación extraña que me ha dejado.

Después de un día largo, vuelvo a casa y todo está en su sitio, como siempre. Mi asistenta, Lola, se ha asegurado de dejar la cena lista y la casa impecable. Tras mi ritual nocturno —una ducha rápida, la crema hidratante aplicada con precisión y la ropa de cama perfectamente colocada— me siento en la cocina para cenar.

Mientras tomo la sopa caliente, agradezco el silencio. Me gusta la tranquilidad de la noche, esa sensación de tener el control total del tiempo, lejos de las preguntas de los alumnos, las reuniones y el ajetreo del campus.

Cuando termino, subo a mi dormitorio con un vaso de agua y mi libro de cabecera, un clásico que me acompaña en las noches de invierno. Me acomodo entre las sábanas blancas, pero antes de abrir el libro, desbloqueo el móvil por costumbre. Y ahí está: un mensaje de Luc.

Luc: *“¿Así que tu silencio es parte de tu encanto o sólo estás ignorándome, princesa de hielo?”*

Sonrío, a pesar de mi intención de mantenerme indiferente. Este hombre parece decidido a no dejarme ignorarlo.

Yo: *“Estaba trabajando, dragón de fuego. No todo el mundo tiene tiempo para filosofar sobre emociones”*. —tecleo.

Su respuesta llega casi al instante.

Luc: *"Eso es una evasiva, pero lo acepto. Aunque creo que la princesa de hielo también necesita algo más que trabajo. Relajarse, reír… vivir."*

Yo: *"Estoy perfectamente relajada, gracias."*

Luc: *"¿Sí? No lo parece. Pero en la única foto que tienes publicada te ves muy guapa. Aunque un poco seria, como si estuvieras evaluando el mundo desde tu torre de cristal."*

Parpadeo. No me gusta que comente mi foto, la única que publiqué obligada por mi hermana. Es una imagen mía en un museo, con el rostro relajado pero analítico, frente a una obra de arte. La idea de que alguien desconocido me evalúe de esa forma me incomoda.

Yo: *"No soy seria, simplemente no siento la necesidad de demostrar nada. Además, tú, no tienes fotos tuyas. Podrías ser un orco, por lo que sé."*

Espero que este comentario lo frene un poco, pero su respuesta me sorprende.

Luc: *"¿Un orco? Vaya. Ahora tengo una reputación que defender. Te aseguro que no soy un orco. Pero mantengo mi anonimato porque prefiero que las personas hablen conmigo sin prejuicios."*

Yo*:"Que conveniente"*.

Luc: "*Quizás. Aunque no creo que los prejuicios sean un problema para ti. Eres demasiado inteligente para eso."*

Me detengo, sopesando si responder. Algo en sus palabras me resulta halagador, pero también inquietante. No suelo permitir que las personas entren en mi espacio personal, y mucho menos alguien que se esconde detrás de paisajes y frases ingeniosas.

Yo: *"Sigo sin saber nada de ti. Solo paisajes y palabras. Puedo estar hablando con cualquiera."*

Luc: *"Y yo con la mujer más guapa y sexy que he conocido, aunque sea una princesa de hielo."*

Mi corazón da un pequeño salto, pero no lo admito. Tecleo rápido, buscando mantener la distancia.

Yo: *"Sexy y guapa no cuentan como argumentos racionales*".

Luc: "¿Por qué siempre necesitas un argumento? A veces las emociones hablan más que las palabras."

Me muerdo el labio y dejo el móvil a un lado. Mi intención es ignorarlo, pero después de unos segundos, vuelvo a cogerlo. Tecleo:

Yo: *"Quizás. Pero las emociones no me convencen."*

Luc: *"Todavía no. Dame tiempo, princesa."*

Cierro la conversación con un suspiro y bloqueo el móvil. Él puede ser intrigante, pero yo sé muy bien dónde poner los límites. Al menos, eso quiero creer.

Capítulo 6

Lucien:

Me acuesto en la cama, con el móvil aún en la mano. La conversación con Carlota me deja una sonrisa que no puedo controlar. Es fascinante, diferente a cualquier mujer con la que haya hablado antes. Esa mezcla de inteligencia, sarcasmo y frialdad despierta algo en mí que hace tiempo no sentía: curiosidad.

Carlota Herrera. Su nombre ya suena elegante y sofisticado, pero su foto en Instagram revela algo más: misterio. La seriedad en su expresión, la elegancia de sus gestos… Y esos ojos oscuros. Tan grandes y expresivos, incluso en una foto muy normal como la que tiene.

Dejo el móvil en la mesita y me paso la mano por el pelo, suspirando. Mi polla da un pequeño latigazo, me pone mucho esta chica con su aire estirado de hielo. Debe ser puro fuego, estoy seguro. Y voy a comprobarlo.

Estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero, pero con ella no será fácil. Es un reto, y eso solo lo hace más interesante.

Me levanto de la cama y voy hasta el escritorio que tengo en un rincón del dormitorio. Abro el portátil, dispuesto a indagar un poco más.

Tecleo “Carlota Herrera Universidad Carlos III Madrid” y, en segundos, tengo resultados que confirman lo que ya sabía: doctora en neurobiología, veintisiete años, reconocida en su campo, con publicaciones académicas que incluso yo, con mi limitado conocimiento científico, puedo apreciar.

—Una mujer brillante —murmuro para mí mismo, admirado.

Hay una foto en la página oficial de la facultad. Está en un grupo, rodeada de colegas, pero no hay duda de quién es. Aunque viste con sencillez, su presencia destaca. Preciosa y sexy. Parece inaccesible, como si estuviera en un nivel al que pocos pueden aspirar. Y eso solo aumenta mi intriga.

Cojo el móvil y llamo a Jake, mi guardaespaldas y hombre de confianza. Responde al segundo tono.

—¿Presidente? ¿Señor?

—Jake, necesito que investigues algo. Quiero información detallada sobre una persona: Carlota Herrera, doctora en neurobiología en la Universidad Carlos III de Madrid.

—¿Qué tipo de información?

—Todo lo que puedas conseguir sin levantar sospechas. Dirección, rutina, vida personal, fotos… Lo básico. Y, por supuesto, discreción absoluta.

Jake duda por un instante, pero asiente.

—Entendido. Le enviaré los datos en cuanto los tenga.

Cuelgo y me reclino en la silla, mirando la pantalla del portátil. No suelo involucrarme en la vida personal de nadie de esta manera, pero hay algo en ella que no puedo ignorar. Quiero saber más, entenderla, descubrir qué se esconde detrás de esa mirada seria y ese tono frío.

Mientras espero los resultados de Jake, vuelvo a abrir Instagram. Paso por las fotos de Carlota otra vez. Aunque su perfil es privado y casi vacío, puedo imaginar la vida que lleva. Me pregunto cómo será su casa, cómo suena su risa… si es que alguna vez deja que alguien la escuche.

—Carlota Herrera —murmuro de nuevo, probando su nombre en mis labios.

No sé exactamente por qué, pero tengo la sensación de que esta mujer va a cambiar algo en mí. Y eso me intriga tanto como me aterra.

Carlota:

Estoy revisando unas notas para el día siguiente cuando aparece la notificación en la pantalla de mi móvil: Luc Valois te ha enviado un mensaje. Dudo unos segundos antes de abrirlo. Es un hábito ya; no puedo evitarlo. Su mensaje es breve:

Luc: “¿Qué tal si hablamos por teléfono? Es más personal que escribir.”

Frunzo el ceño y ruedo los ojos. “Más personal” no es algo que me interese, especialmente con alguien a quien no conozco.

Contesto seca:

Yo: “*Prefiero no hacerlo. No es necesario.”*

Apenas he enviado el mensaje, suena una llamada. Es de Instagram. Me quedo paralizada mirando la pantalla. ¿De verdad está intentando llamarme? Estoy a punto de rechazarla, pero algo en mi interior me frena. Quizá la curiosidad. Al final deslizo el dedo para aceptar.

—Hola. —Mi voz suena firme, como siempre.

—Hola, princesa de hielo. —Su voz es profunda, grave, y con un ligero acento que no logro identificar del todo. No es español. Francés, holandés, de Luxemburgo o Bélgica.

Mi piel se eriza involuntariamente. Maldita sea.

—¿Qué parte de “no es necesario” no has entendido? —le digo, intentando mantener mi tono cortante.

—La parte en la que decidí que escucharte sería mucho más interesante que leerte. Y no me he equivocado. —Hay una sonrisa en su voz.

Suspiro, pero no puedo evitar que una pequeña sonrisa se forme en mis labios.

—¿Siempre eres tan insistente?

—Sólo cuando creo que vale la pena.

Hay un silencio breve en el que ninguno de los dos habla. De repente, soy consciente de mi respiración, de cada palabra que podría decir. Él no parece estar en absoluto incómodo.

—¿Siempre estás trabajando? —pregunta, rompiendo el silencio.

—Soy profesora universitaria. Va con el trabajo. —Respondo sin darle muchos detalles.

—¿Y alguna vez te permites desconectar, Carlota?

Mi nombre en su voz suena… diferente. Casi íntimo. No sé si me gusta o si me pone nerviosa.

—No me interesa desconectar. Tengo cosas importantes que hacer. —Cruzo las piernas en el sofá, adoptando una postura rígida aunque no pueda verme.

—Eso es una lástima. La vida es más interesante si aprendes a disfrutar el momento.

—¿Y tú qué sabes de mi vida? —replico, un poco a la defensiva.

—Nada, aún. Pero te imagino demasiado seria y con una agenda tan apretada que te olvidas de reír de vez en cuando.

Me muerdo el labio. No puedo negar que tiene algo de razón, pero no se lo voy a decir.

—Tal vez —respondo al final, en un tono casi inaudible.

—Definitivamente. —Ríe con suavidad, y su risa tiene un efecto desconcertante en mí.

Me giro para mirar el reloj. Ya son casi las once.

—Tengo que dejarte. Es tarde y mañana trabajo temprano.

—Deberías relajarte más, Carlota. Vivir un poco el día a día.

Su tono es cálido, persuasivo. Lo suficientemente convincente como para que por un segundo considere su consejo.

—Te tomaré la palabra… algún día. Buenas noches, Luc.

—Buenas noches, princesa de hielo.

Cuelgo antes de que pueda responder algo más y dejo el móvil sobre la mesa. Me paso la mano por la frente y suspiro. Su voz sigue resonando en mi cabeza, grave y calmada, y la forma en que pronuncia mi nombre…

No sé qué estoy haciendo hablando con un completo desconocido. Pero, por alguna razón, no me arrepiento de haber cogido la llamada.

Han pasado tres días desde la llamada de Luc, y todavía siento una mezcla de irritación y desconcierto cada vez que pienso en su voz, en la forma en que parecía leerme a través del teléfono. Ese hombre tiene algo que me inquieta profundamente, y no es solo el hecho de que me llamara sin mi permiso. Es su insistencia, su intensidad, esa manera de hablar como si me conociera desde siempre.

Estoy sentada en mi despacho, con un café humeante al lado, repasando las notas para mi

próxima clase. Sin embargo, no puedo concentrarme. Mi móvil, que descansa sobre la mesa, me ha estado enviando notificaciones esporádicas. Sé que algunos mensajes son de él. Luc.

No he abierto ninguno.

"No voy a contestarle", me digo por enésima vez. Es absurdo. Es un hombre al que ni siquiera conozco, que se esconde tras un pseudónimo y fotografías de paisajes. No tengo tiempo ni paciencia para este tipo de distracciones. Mi trabajo es mi prioridad, y él no tiene cabida en mi vida.

Abro uno de los mensajes de Instagram, solo para asegurarme de que no sea algo urgente.

Luc: *"¿Estás bien, princesa de hielo? Hace días que no sé de ti. Espero no haber hecho algo que te molestara. Si necesitas espacio, lo entiendo, pero espero que me lo digas."*

Sus palabras tienen un tono más serio esta vez, menos juguetón. Eso debería tranquilizarme, pero en lugar de eso, siento un leve cosquilleo de culpa en el estómago. No, no puedo permitirme caer en este juego.

Apago la pantalla del móvil y me obligo a concentrarme en los apuntes que tengo delante.

"Es lo mejor", pienso, casi como un mantra. "No voy a volver a contestarle. Es lo más sensato. Tengo mi vida bajo control y no necesito a un desconocido entrometiéndose en ella".

La decisión me da una fugaz sensación de alivio. Pero por alguna razón, la imagen de sus mensajes sigue rondando en mi mente el resto del día.

Estoy en mi despacho revisando los apuntes de la última clase cuando el sonido de mi móvil rompe el silencio.

Miro la pantalla: un número desconocido.

Frunzo el ceño, dejando el bolígrafo sobre la mesa. Rara vez contesto números que no reconozco, pero algo me impulsa a hacerlo esta vez.

—¿Diga?

—Hola, princesa de hielo.

La voz, grave y familiar, hace que se me ericen todos los pelos de la nuca. Aprieto los labios. ¿Cómo demonios ha conseguido mi número?

—Luc… —mi tono es gélido, con la intención de mantenerlo a raya.

—Vaya, me sorprende que no hayas colgado. —Hay un deje divertido en su voz.

—No suelo colgar a la gente hasta que me han dado una buena razón. Aunque creo que tú ya vas por buen camino.

—Eso suena prometedor. —Se ríe suavemente, y el sonido me molesta tanto como me desconcierta.

—¿Cómo has conseguido mi número? —pregunto con frialdad, aunque me esfuerzo por no parecer alterada.

—Tengo mis medios.

—Eso no es una respuesta.

—Digamos que tengo amigos útiles. —Su tono se vuelve más serio por un momento. —No quería asustarte, Carlota. Solo quería escucharte de nuevo.

Respiro hondo, intentando recuperar la compostura. Me inclino hacia atrás en la silla, mirando el techo de mi despacho.

—Esto es… inapropiado, Luc. Apenas nos conocemos.

—¿Y qué pasa si quiero conocerte más? —Su voz se suaviza, casi como si intentara derribar mis muros.

—¿Por qué? —pregunto sintiendo que el desconcierto se mezcla con algo más, algo que no quiero identificar como curiosidad.

—Porque me intrigaste desde el primer momento. Eres inteligente, directa… y fascinante.

Cierro los ojos un momento. Sus palabras me suenan demasiado calculadas, demasiado apasionadas para alguien que apenas sabe nada de mí.

—Eres muy intenso para ser un completo desconocido.

—Y tú eres demasiado distante para alguien que tiene tanto que ofrecer —Replica sin perder un ápice de calma.

—Eso no tiene nada que ver.

—Claro que sí, Carlota. ¿Qué temes?

Me quedo callada. Su tono no es burlón, sino genuino. Pero no pienso abrirme con un hombre al que no conozco, por muy encantador que suene su voz al otro lado de la línea.

—Mira, Luc, estoy muy ocupada. No tengo tiempo para esto. —Mi tono es cortante, tratando de marcar los límites.

—Está bien, princesa de hielo, no quiero quitarte más tiempo… hoy.

—Deja de llamarme así.

—Lo haré cuando dejes de actuar como tal. —Su risa suave se cuela al otro lado de la línea, desarmándome una vez más.

—Luc… —comienzo, pero no sé cómo terminar la frase.

—Me alegra haberte escuchado otra vez. Te dejo seguir con tus asuntos importantes, Carlota. Pero esto no acaba aquí.

Antes de que pueda responder, cuelga. Me quedo mirando el móvil, atónita y algo molesta. Dejo el aparato sobre la mesa con más fuerza de la necesaria y me paso las manos por el rostro.

¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Por qué no soy capaz de ser más tajante con este hombre? Respiro hondo, intentando reanudar mi trabajo, pero su voz y sus palabras siguen resonando en mi mente.

Lucien:

Estoy en mi despacho del Parlamento, sentado en mi silla de cuero, girando un bolígrafo entre mis dedos mientras mi mente regresa una y otra vez a Carlota. Esa voz. Esa manera en la que esquiva las preguntas personales y evita cualquier rastro de vulnerabilidad. Es un enigma. Uno que no puedo sacarme de la cabeza.

Acabo de colgar tras nuestra última conversación, y aunque fue breve y tensa por su parte, no puedo evitar sonreír. La princesa de hielo tiene más capas de las que deja entrever, y quiero descubrirlas todas.

—Señor Presidente. —Jake, mi jefe de seguridad, se acerca con una carpeta en la mano. Es eficiente y discreto, y siempre cumple con lo que le pido.

—¿Lo tienes? —pregunto, dejando el bolígrafo sobre la mesa.

Jake asiente y coloca la carpeta frente a mí. La abro con calma, aunque mi curiosidad está al borde de la impaciencia. Dentro hay información detallada: su dirección en Madrid, una pequeña pero elegante urbanización; los nombres de sus padres y de su hermana que aún viven en Toledo; su historial académico impecable. Incluso hay fotos: algunas de la universidad, otras tomadas en momentos cotidianos.

—Está limpia —dice Jake, cruzándose de brazos. Se queda a una distancia prudente, pero su tono es firme—. No hay nada sospechoso. Vive sola, no tiene relaciones recientes, y su vida parece girar en torno al trabajo.

Cierro la carpeta y apoyo los codos en el escritorio, entrelazando los dedos. Es justo como imaginaba. Una mujer centrada, disciplinada, y aún así… parece haber algo más debajo de esa fachada de perfección.

La idea de encontrarme con ella en persona empieza a tomar forma. Pero sé que no puedo simplemente aparecer en su puerta. No con mi posición. Sería inapropiado, por no decir arriesgado.

—Jake, ¿Sabes algo de su carrera?

—Sí, señor. Es doctora en neurobiología. Especialista en neuroplasticidad. Muy reconocida en su campo, según los informes.

Asiento lentamente, ya ideando un plan. Cojo el teléfono de mi escritorio y marco el número de Alain, un viejo amigo de mis días en la universidad. Es científico y dirige una organización internacional que promueve la investigación neurológica.

—Lucien, qué sorpresa. ¿A qué debo el honor? —dice Alain, siempre jovial.

—Necesito un favor —respondo, directo al grano—. Quiero que organices un congreso científico internacional sobre neurología. Algo grande, con los mejores nombres del sector.

—Eso es ambicioso. ¿Y cuál sería el objetivo?

—Promover la colaboración entre naciones, y de paso, promocionar los avances científicos. Yo me encargaré de incluirlo en mis discursos sobre educación e innovación. Además, quiero que

invites a la Universidad Carlos III de Madrid. Tienen a una investigadora brillante en neuroplasticidad.

Alain guarda silencio por un momento, seguramente procesando mi petición.

—Puedo hacerlo. Pero necesitaré un patrocinio importante para justificarlo.

—Considera que ya lo tienes. Solo avísame cuando tengas todo listo.

Cuelgo y me recuesto en la silla, satisfecho. Ahora solo es cuestión de tiempo. Si Carlota no viene a mí, yo crearé las circunstancias perfectas para cruzar nuestros caminos.

Me quedo un momento más en mi despacho, mirando por la ventana. La vista desde aquí es imponente: Bruselas iluminada en tonos cálidos mientras la noche empieza a caer. Pero mi mente no está en la ciudad ni en los documentos que esperan en mi escritorio; está en ella.

Carlota Herrera. Un nombre sencillo, pero cargado de carácter. Sé que no es como las demás personas con las que suelo cruzarme. No está deslumbrada por los títulos ni las apariencias, y es precisamente eso lo que me atrae. Es auténtica, y por eso no voy a presionarla más de la cuenta.

Jake, aún de pie en el despacho, se aclara la garganta, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Algo más, señor? —pregunta, siempre formal, aunque puedo notar la curiosidad en su tono.

—Sí, Jake. Necesito que coordines con mi equipo para que tengamos toda la logística lista cuando se anuncie el congreso. Me aseguraré de que tengamos una excusa para asistir.

—Entendido. —Asiente con seriedad, pero antes de que se dé la vuelta, añado:

—Y Jake… asegúrate de que esto no llegue a la prensa. Necesito discreción absoluta.

—Por supuesto, señor.

Cuando Jake sale del despacho, cierro los ojos por un momento y respiro profundamente. El aroma a cuero del sillón y madera pulida me envuelve, pero no me relaja del todo. Sé que estoy cruzando una línea peligrosa al involucrarme de esta manera. Soy el Presidente de Bélgica, con una reputación impecable que debo proteger a toda costa. Sin embargo, no puedo evitar sentir esta atracción inexplicable hacia Carlota.

No soy alguien que se deje llevar fácilmente por los impulsos. Mi vida está meticulosamente planificada, cada decisión calculada. Pero Carlota rompe todas mis reglas. Algo en ella me hace querer arriesgarme, salir de mi zona de confort.

Recojo la carpeta con su información y la guardo en un cajón bajo llave. Es tarde, pero decido quedarme un rato más en el despacho. Quiero escribirle de nuevo, aunque sé que debo ser prudente. No quiero asustarla, pero tampoco quiero perderla.

Cojo mi móvil y abro Instagram. Veo su foto de perfil, esa imagen seria y distante que tanto la caracteriza, y sonrío. Sé que será difícil ganarme su confianza, pero estoy dispuesto a intentarlo. Después de unos segundos, escribo:

“Espero no haberte incomodado antes. Sé que eres reservada y no quiero invadir tu espacio, pero hay algo en ti que me intriga. Buenas noches, princesa de hielo. Descansa y sueña con algo más que trabajo.

Releo el mensaje antes de enviarlo. Simple, pero directo. Es mi forma de decirle que no la voy a dejar ir tan fácilmente. Presiono “enviar” y dejo el móvil sobre la mesa. Ahora, todo está en sus manos.

El reloj marca las nueve y media cuando cierro el portátil tras revisar los últimos detalles de la agenda para mañana. Mi jornada está lejos de terminar, pero me esfuerzo por mantener la mente clara. Al día siguiente tengo una reunión con el rey, un encuentro importante que requiere precisión y tacto.

Sobre la mesa de mi despacho hay un dossier con los puntos a tratar: reformas presupuestarias, acuerdos internacionales pendientes y un par de asuntos relacionados con la cohesión política interna. Me detengo unos instantes en un informe sobre el impacto de nuestras nuevas políticas de sostenibilidad energética. Es un logro del que estoy particularmente orgulloso y sé que será bien recibido.

Respiro hondo y paso una mano por mi pelo mientras repaso mentalmente cómo enfocaré la reunión. El rey es una figura simbólica, pero su influencia sobre la percepción pública sigue siendo significativa. Mantenerlo informado y comprometido con mi visión es clave.

Antes de salir, hago una anotación final en mi libreta: “Presentar propuesta de inversión en innovación educativa.” Es una iniciativa que quiero conectar de alguna forma con el congreso que planeo, algo que vincule su relevancia con los objetivos de mi gobierno.

Jake entra en el despacho justo cuando cierro la carpeta.

—El coche está listo, señor. El perímetro está asegurado.

Asiento y me pongo en pie, recogiendo mi abrigo negro del respaldo de la silla. Mientras camino hacia el ascensor, con Jake a mi lado, mi mente vuelve a divagar, inevitablemente, hacia Carlota.

No puedo evitar sonreír de medio lado. Sé que estoy jugando con fuego al involucrarme de esta manera, pero hay algo emocionante en la idea de verla, no como Lucien Deceraux, sino como Luc Valois. Como un hombre corriente.

Subimos al coche en silencio. La noche es fría, y las luces de Bruselas parpadean en la distancia mientras avanzamos hacia mi residencia. Me recuesto en el asiento trasero y dejo que el paisaje pase fugaz ante mis ojos, como un telón de fondo que apenas registro.

Mi plan está claro: asistiré esporádicamente a este congreso como Luc Valois, un fotógrafo curioso e interesado en la neurociencia. Es la única forma en que puedo estar cerca de Carlota sin asustarla, sin imponerme como el hombre más visible de Bélgica.

La estrategia es arriesgada, pero sé que no puedo dejarla ir. Ella es distinta, y yo estoy dispuesto a jugar este juego, aunque las probabilidades no estén a mi favor.



Capítulo 7

Carlota

La mañana transcurre con la precisión habitual de mi rutina. Tras dejar mi abrigo en el perchero y encender el Mac, reviso los correos electrónicos pendientes mientras ordeno mentalmente las tareas del día. Pero mi concentración se ve interrumpida por el teléfono fijo del despacho, que apenas uso. Frunzo el ceño al ver en la pantalla el número de la oficina del rector.

Descuelgo.

—¿Sí?

—Buenos días, Carlota —responde el rector con su tono jovial habitual—. ¿Tienes un momento para hablar?

—Por supuesto —respondo, mientras cierro un par de pestañas en el ordenador y me recuesto en la silla.

—He recibido una invitación especial que podría interesarte. Es un congreso internacional sobre innovación en neurobiología, organizado por una comisión en Bélgica. La Universidad Carlos III ha sido invitada como participante destacada y, por supuesto, necesitamos que tú estés ahí.

Me quedo en silencio durante un segundo. Bélgica. Congreso internacional. Un cambio completo en mi rutina. Mi primera reacción es sentir un nudo en el estómago, una señal inequívoca de mi ansiedad ante lo inesperado.

—¿Cuándo sería? —pregunto, manteniendo un tono sereno mientras mi mente evalúa todos los posibles escenarios.

—En tres semanas. Es una oportunidad fantástica para exponer tus avances e investigaciones. El programa incluye una sesión especial para ponencias, y creo que tú podrías liderarla con tu trabajo sobre neuroplasticidad.

Cierro los ojos un instante, intentando procesar la magnitud de la propuesta. Es una oportunidad increíble, una que no se presenta todos los días, pero el cambio de rutina y el traslado a otro país me descolocan.

—¿Tendré apoyo logístico? —pregunto, buscando cualquier tipo de control que pueda mantener sobre la situación.

—Por supuesto, la universidad cubrirá todos los gastos. Además, yo mismo asistiré contigo, así que no estarás sola en esto.

Ese detalle me tranquiliza un poco. Respiro hondo y finalmente respondo.

—De acuerdo, rector. Acepto.

El entusiasmo en su voz es evidente.

—¡Perfecto! Sabía que dirías que sí. Comenzaré los preparativos y te mantendré informada.

Cuando cuelgo, siento el despacho más grande, como si el eco de la conversación lo llenara todo. Un congreso en Bélgica. Exponer mis investigaciones. Y un cambio abrupto en mi orden diario. Mi mente comienza a listar todo lo que necesito organizar: documentos, materiales, horarios.

A la vez, un pensamiento residual se asoma: Bélgica. Luc. ¿Será belga? No puedo evitar recordar

nuestros intercambios y cómo su presencia virtual se ha convertido en algo cotidiano, casi un ritual. Sacudo la cabeza y vuelvo a mi ordenador. Hay mucho por hacer antes de enfrentar lo desconocido.

El congreso ya está en marcha en mi cabeza. Desde que el rector me lo propuso, no he dejado de pensar en la estructura de mi ponencia. *"La Neuroplasticidad y su Evolución con la Edad"* es un tema que me apasiona y, al mismo tiempo, una oportunidad única para exponer mi trabajo a un público internacional. He pasado la mañana recopilando referencias y diseñando esquemas en mi despacho de casa.

Estoy tan concentrada que no me doy cuenta de que el timbre ha sonado hasta que Lola, mi asistenta, aparece por la puerta del despacho.

—Doctora, el señor Etxebarría está en la puerta.

Jon.Suspiro. No lo esperaba, pero tampoco es una sorpresa. Desde que nos vimos en la facultad el martes, no habíamos coincidido. Entre sus clases y las mías, los días se nos han ido.

Me levanto, me miro en el espejo de pie que tengo junto a la librería del despacho, y paso las manos por mi pelo para acicalarlo un poco. Llevo un pantalón negro cómodo y un jersey gris de cuello alto, nada fuera de lo común. No voy a cambiarme por Jon.

—Que pase —digo finalmente mientras recojo las hojas que tengo dispersas sobre la mesa.

Jon entra al despacho con su habitual porte despreocupado. Su chaqueta de cuero negra contrasta con su pelo oscuro desordenado, y sus gafas Ray-Ban están colgadas del cuello de su camisa.

—Siempre tan entregada a tus investigaciones, Carlota —comenta con una sonrisa ladeada, mientras mira a su alrededor. Su mirada se detiene un momento en la fotografía de mi familia sobre la repisa. Luego vuelve a mirarme—. ¿Cómo van los preparativos para el congreso?

—Muy bien, gracias. Estoy avanzando con los puntos clave de mi exposición —respondo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Estoy seguro de que serás la estrella del evento —dice acercándose con pasos medidos, sus ojos oscuros brillan con un destello confiado que sabe que me irrita tanto como me atrae.

—Es un congreso internacional, Jon, no un concurso de talentos —replico con una leve sonrisa.

Él se ríe y se apoya en el borde de mi escritorio.

—Siempre tan seria, Carlota. A veces creo que te vendría bien relajarte un poco más.

—¿Por eso estás aquí? ¿Para recordarme que me falta diversión en mi vida? —arqueo una ceja.

Jon me mira durante unos segundos, su expresión cambia a algo más intenso.

—Estoy aquí porque quería verte. Ha sido una semana agotadora, y necesitaba un descanso. Y tú, aunque no lo creas, eres un buen descanso para mí.

Esa última frase me pilla por sorpresa. No estoy acostumbrada a que Jon se ponga sentimental. Se perfectamente lo que quiere, y es mutuo, pero no es habitual que lo exprese con tanta claridad.

—Te agradezco el cumplido, pero tengo mucho trabajo por delante —digo con un tono neutral,

aunque siento un leve calor subiendo por mis mejillas.

—No estoy diciendo que dejes de trabajar —responde, inclinándose un poco más hacia mí—. Solo que, tal vez, puedas tomarte un pequeño descanso.

Lo miro fijamente, sopesando mis opciones. Sé que si accedo, no vamos a terminar simplemente charlando. Hay algo en Jon que siempre logra atravesar mis barreras, al menos en lo físico.

—Está bien, pero cinco minutos —cedo finalmente, moviendo una silla hacia él.

—Cuarenta y cinco por lo menos ¿No? —ríe.

—¡Menos lobos, caperucita!

—¡Ja ja ja!

—Vamos, anda. —Lo cojo de la mano para llevarlo a la habitación.

Él sonríe, triunfante, y yo no puedo evitar preguntarme si algún día dejaré de sentirme así con él: en control de todo, excepto de mis impulsos.

Sentada en la cocina, un rato después, sostengo una taza de café caliente entre mis manos. He dejado que Lola se fuera temprano, agradeciéndole como siempre su impecable trabajo. “Puedes descansar ya, Lola, yo me encargo de todo lo que queda,” le dije, y ella se fue con una sonrisa.

Jon está frente a mí, apoyado contra el marco de la puerta con su taza en mano. A pesar de su aparente tranquilidad, hay algo en su mirada que siempre me hace sentir como si estuviera siendo estudiada.

—¿Siempre trabajas tanto en casa? —pregunta mientras se sienta frente a mí, rompiendo el silencio.

—La ciencia no espera, Jon —respondo con una media sonrisa, dejando la taza en la mesa.

—No, pero tú sí deberías. No eres una máquina, Carlota.

La forma en que pronuncia mi nombre, con esa mezcla de familiaridad y algo más, me hace estremecer. Bebo otro sorbo, intentando que el calor del café me devuelva el control.

—¿Tú no trabajas nunca en casa? —le devuelvo la pregunta, intentando desviar la atención.

—A veces, pero no con la intensidad con la que tú lo haces. —Hace una pausa, inclinándose hacia adelante—. ¿Siempre has sido tan… estudiosa?

—Siempre he sido muy metódica, sí —respondo con sinceridad—. Supongo que es parte de mi personalidad.

—¿Eso significa que nunca te permites perder el control? —pregunta con un matiz de desafío en su voz.

Sus palabras me descolocan, pero no dejo que lo note. Estoy a punto de responder cuando, sin previo aviso, se inclina sobre la mesa y toma mi rostro entre sus manos y sus labios se encuentran con los míos.

El beso es intenso, como siempre lo es con Jon. No hay espacio para dudas ni vacilaciones. Sus

manos recorren mi cuello y luego mi espalda, atrayéndome hacia él con una seguridad que siempre me ha desconcertado. Me dejo llevar, mis dedos se entierran en su pelo mientras nos movemos casi al unísono, como si esto fuera lo único que importara.

Pero de repente, una imagen me invade: Luc. Su voz resuena en mi cabeza, la forma en que me llama “princesa de hielo,” su risa grave y su forma de retarme a relajarme.

¿Qué estoy haciendo?

La culpa me golpea como un balde de agua fría. Me aparto ligeramente, intentando ocultar la confusión en mis ojos mientras Jon me observa, respirando rápido. Tarde porque ya hemos tenido un momento de pasión hace un rato.

—¿Todo bien? —pregunta con una mezcla de preocupación y deseo en su mirada.

—Sí… —murmuro, evitando su mirada mientras me levanto de la silla y llevo mi taza al fregadero. Mi voz suena más fría de lo que pretendía—. Solo que tengo mucho en qué pensar.

Jon me sigue, pero esta vez mantiene la distancia.

—Carlota, si hay algo que no está bien…

—No es nada, Jon. Solo… tengo que concentrarme en el congreso. Ya sabes cómo soy —le digo mientras me vuelvo hacia él, obligándome a sonreír.

Él parece dudar, pero finalmente asiente y recoge su chaqueta del respaldo de la silla.

—De acuerdo. Pero si necesitas olvidarte de todo un rato, sabes dónde encontrarme.

Lo veo marcharse, sintiéndome más frustrada conmigo misma que nunca. ¿Por qué pienso en Luc, alguien que apenas conozco, mientras estoy con Jon?

Sacudo la cabeza, decidida a enterrar esos pensamientos. Regreso a mi despacho y me lanzo de lleno al trabajo, esperando que las palabras y las cifras me devuelvan el control que siento haber perdido.



Capítulo 8

Lucien

Estoy en mi despacho, con la luz tenue de la lámpara que ilumina los documentos sobre la mesa. Jake entra en silencio, como siempre, y deja un sobre sobre el escritorio. No me gusta que me interrumpan cuando estoy concentrado, pero esta vez levanto la vista con interés.

—¿Qué tienes? —pregunto, apoyándome en el respaldo de mi silla y cruzando las manos frente a mí.

Jake duda por un momento, algo poco habitual en él. Finalmente responde con voz neutra:

—Más información sobre Carlota Herrera. Ayer tuvo una visita en su casa. Un hombre, Jon… parece ser su compañero en la universidad.

El nombre hace que una chispa de celos irracionales me recorra. Cojo el sobre y lo abro, examinando las fotos que acompañan el informe. Jon está en la puerta de Carlota, entrando con la confianza de quien no necesita permiso.

—¿Quién es? —pregunto con la mandíbula tensa.

—Su compañero de departamento. Según lo que hemos encontrado, comparten cierta… cercanía. —Jake mantiene su tono profesional, pero hay algo en su postura que me irrita.

—¿Cercanía? —repito, lanzando el sobre sobre la mesa con desdén—. ¿Qué quieres decir exactamente, Jake?

—Lucien, con el debido respeto, esto comienza a parecerme excesivo. Ella no es una amenaza. Es una mujer normal, con una vida normal. Tal vez deberías…

Me levanto de golpe, interrumpiéndolo con una mirada fría.

—Tú no decides lo que es excesivo o no, Jake. Tu trabajo es seguir mis órdenes, nada más.

Jake asiente, apretando los labios.

—Entendido.

Lo veo salir del despacho y me dejo caer de nuevo en la silla, con los ojos fijos en las fotos de Carlota y ese tal Jon. ¿Qué hacía en su casa? ¿Por qué me molesta tanto?

Cojo mi móvil y busco el contacto de François, el amigo que está organizando el congreso. Marco su número sin pensarlo dos veces.

—Lucien, ¿qué tal? —responde con entusiasmo al segundo tono.

—François, necesito un favor.

—Dime.

—Quiero que todo esté perfecto para el congreso. Quiero que envíes un mensaje personal al rector de la Carlos III, asegurándote de que Carlota Herrera sea una de las ponentes principales.

—Ya está en la lista, como pediste. ¿Hay algo más?

—Sí. Asegúrate de que tenga una invitación especial a la cena de bienvenida. Quiero que se sienta valorada.

François duda un instante, pero finalmente responde:

—Hecho.

Cuelgo sin despedirme y miro el reloj. Son casi las diez de la noche, pero no me importa. Cojo el móvil de nuevo y busco la conversación con Carlota.

“No puedes ser tan directo, Lucien,” me digo, pero mi dedo ya ha presionado el botón de llamada. El tono suena, uno, dos, tres veces. Estoy a punto de colgar cuando su voz responde al otro lado:

—¿Luc? —responde, su voz ligeramente sorprendida, pero no del todo incómoda.

—Carlota —contesto, con un tono tranquilo, casi íntimo—. ¿Te interrumpo?

—Siempre lo haces —responde con ese filo que me intriga tanto, pero no cuelga.

—Es parte de mi encanto —bromeo, intentando suavizar su coraza.

—¿Cómo has conseguido mi número personal? —pregunta sin rodeos, aunque ya lo había hecho antes, en nuestra primera llamada.

—Te lo dije, tengo recursos —respondo, dejando un pequeño espacio para la intriga. No hay necesidad de recordarle que alguien como yo puede obtener cualquier información si realmente lo desea.

Ella suspira al otro lado de la línea, y puedo imaginarla llevándose una mano al puente de la nariz, frustrada y a la vez intrigada.

—No puedes hacer eso cada vez que quieras hablar conmigo, Luc.

—¿Y qué prefieres? ¿Que me quede en silencio? Porque créeme, Carlota, sería difícil. Pienso en ti más de lo que debería.

Se hace un silencio. No es incómodo, es… cargado.

—¿Por qué me llamas, Luc? —pregunta finalmente, su tono más suave ahora.

—Porque quería escuchar tu voz —respondo con sinceridad.

Ella no dice nada, pero sé que no cuelga porque no está lista para terminar la conversación.

—¿Y tú? ¿Qué haces? —pregunto, intentando llevar la charla hacia un terreno más relajado.

—Estaba repasando algunas cosas para un congreso que tengo en unas semanas —responde, pero hay un leve titubeo en su voz. Sé que no quiere abrirse del todo.

—Debes de estar agotada. Eres demasiado dura contigo misma.

—Soy eficiente. Hay una diferencia.

—Claro, pero incluso las máquinas necesitan descansar, ¿no? —bromeo.

Ella suelta un pequeño suspiro que casi parece una risa.

—Eres imposible, Luc.

—Y tú eres fascinante, Carlota. Por eso no puedo evitar llamarte.

—Deberías intentarlo —responde, pero su tono no tiene fuerza.

—Buenas noches, princesa de hielo —digo, dejándole saber que soy yo quien corta esta vez.

Antes de que pueda responder, cuelgo, con una sonrisa en los labios. Ella no lo sabe todavía, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea para encontrarme con ella en persona. La llamada termina, pero mi sonrisa persiste. No voy a dejar que ese tal Jon se interponga.

El coche oficial avanza con suavidad por las calles de Bruselas, escoltado por otros dos vehículos

de seguridad. Desde el asiento trasero, miro por la ventana sin realmente fijarme en nada. La ciudad está tranquila, envuelta en las luces anaranjadas de las farolas, pero mi mente está lejos de aquí.

Carlota.

Esa mujer es un enigma, y yo nunca he sido bueno resistiéndome a resolverlos. Cada palabra que dice, cada pausa al otro lado de la línea, me intriga más. Es como un juego de ajedrez en el que ella mueve las piezas con calma y precisión, mientras yo intento anticiparme a su estrategia. Pero hay algo que no sabe: *yo no pierdo.*

—Señor, estamos a cinco minutos de Lambertmont —dice Jake desde el asiento delantero, girándose ligeramente hacia mí.

—Gracias, Jake —respondo, sin despegar la mirada del cristal.

Me recuesto en el asiento de cuero y cierro los ojos por un momento. El congreso está a solo unas semanas, y cada detalle está cayendo en su lugar. Sé que estará allí. Mi equipo ya se ha asegurado de que su nombre esté en la lista de ponentes principales, justo donde quiero que esté.

Y cuando la vea…

La idea de su mirada fija en mí con esos ojos oscuros cargados de desconfianza, me acelera el pulso. Quiero romper esa coraza, quiero que esa princesa de hielo se derrita en mis manos. No solo en mi cama, aunque el pensamiento es tentador, sino también emocionalmente. Quiero verla perder el control, aunque sea un momento, y saber que he sido yo quien lo ha conseguido.

El coche se detiene suavemente frente a Lambertmont. Jake baja primero y verifica el perímetro antes de abrir mi puerta. Al salir, el aire frío de la noche me golpea, pero apenas lo noto.

—¿Todo tranquilo? —pregunto mientras camino hacia la entrada, rodeado por mi equipo.

—Sí, señor. Como siempre.

Le doy un asentimiento y subo las escaleras hacia mi residencia. El vestíbulo está iluminado, y Marie me espera para preguntar si necesito algo más.

—Nada más por esta noche. Puedes irte a casa —le digo con un gesto amable.

Ella asiente y desaparece por uno de los pasillos.

En mi habitación, me quito la chaqueta y me aflojo la corbata antes de dejarme caer en la silla frente a mi escritorio. Un mapa del congreso está desplegado frente a mí, y mis ojos se dirigen automáticamente al área de ponencias. Imagino su voz mientras habla de sus investigaciones, tan seria, tan centrada, mientras yo no podré evitar imaginarla en un contexto completamente distinto.

Sonrío para mí mismo.

—Nos veremos pronto, princesa de hielo —murmuro con una certeza inquebrantable.

Y cuando lo hagamos, ella descubrirá que no soy un hombre que deje pasar una oportunidad como esta.

Me sirvo un whisky después de la cena, un par de dedos, solo para relajarme. La jornada ha sido

larga, pero mi cabeza sigue trabajando a toda velocidad, con un único pensamiento rondando.

Antes de sentarme, publico en mi cuenta de Instagram una fotografía que eché durante mi último viaje oficial: un paisaje montañoso al amanecer, la niebla cubriendo los picos como un manto de seda. Es una de esas imágenes que, según ella, encajan con mi “anonimato seguro”, pero tiene su efecto.

Sonrío cuando veo su nombre aparecer en la notificación de un “me gusta”. Es seca, reservada, pero es imposible no notar cada pequeño gesto suyo. Es como descifrar un lenguaje en clave.

Dejo el vaso a un lado y decido llamarla. Esta vez no voy a esperar.

El tono suena una, dos veces, y estoy a punto de pensar que no va a cogerlo, pero entonces oigo su voz, baja y ligeramente cansada:

—¿Luc?

Su tono tiene esa mezcla entre curiosidad y desgana que me hace sonreír.

—Carlota. ¿Tan difícil es escribir un mensaje? —digo, dejando que la diversión se filtre en mi voz.

—Estaba ocupada. Tengo una vida, por si no lo sabías.

—Oh, claro, princesa de hielo. Siempre tan ocupada, tan… intocable. —Hago una pausa breve, dejando que mis palabras se deslicen. Su silencio del otro lado me da la señal para seguir.

—Aunque me cuesta imaginarte como alguien inaccesible después de verte en esa foto con tu hermana. Me sorprendes, Carlota. Pensé que no tenías un lado… humano.

—¿Has estado fisgoneando? —pregunta, esta vez más alerta.

—Es una red social. No es fisgonear, es observar. Y lo que he observado es fascinante.

Ella suspira, y puedo imaginarla cerrando los ojos, intentando mantener el control.

—¿Por qué me llamas?

—Porque no puedo dejar de pensar en ti —respondo con franqueza, dejando caer las palabras como si fueran lo más obvio del mundo.

—Eso no tiene sentido —murmura, y puedo oír la incomodidad en su voz.

—Claro que lo tiene. Eres una mujer brillante, intrigante y con una voz que podría provocar un subidón hormonal en cualquier hombre. ¿No lo habías pensado, Carlota?

Se ríe, aunque intenta sofocarlo.

—Eres idiota.

—Quizás. Pero también soy un idiota muy interesado en saber más sobre ti.

—No hay mucho que saber.

—Discrepo. Creo que hay más de lo que quieres mostrar.

Ella guarda silencio por unos segundos, y entonces me lanza un golpe que no veo venir:

—Y tú, ¿Por qué no muestras nada? ¿Por qué esconderte detrás de paisajes? Podrías ser un orco por lo que yo sé.

La carcajada que suelto es involuntaria, profunda, genuina.

—¿Un orco? Bueno, puedo asegurarte que no lo soy. Pero si tú eres una princesa de hielo, yo seré el dragón que te derrita por completo.

—Ridículo —responde, pero no puede ocultar el leve tono de diversión.

—Ridículo, pero efectivo.

—Es tarde, Luc. Debo dormir.

—Claro. Duerme bien, Carlota. Y, por favor, sueña conmigo.

—No creo que pase —responde con sequedad, pero puedo imaginarla sonriendo al colgar.

Cierro los ojos y me recuesto en mi silla, satisfecho. Esta mujer está en mi mente como una llama constante, y no tengo intención de dejarla apagarse.



Capítulo 9

El día ha llegado, y mi casa está en un caos controlado, como me gusta. Mi maleta está abierta sobre la cama, perfectamente organizada: ropa para las sesiones del congreso, un vestido de cóctel para la recepción y un par de zapatos cómodos para los traslados. Nada más y nada menos. He revisado la documentación dos veces y ahora estoy frente al espejo, ajustándome la bufanda.

El abrigo negro que he elegido es sobrio, elegante, lo justo para representar mi posición sin destacar más de la cuenta. No puedo evitar sentir un ligero nudo en el estómago; no por el viaje, sino por lo que implica. Cambiar mi rutina, enfrentarme a un entorno desconocido, pero al mismo tiempo, exponer mi trabajo frente a una audiencia internacional. Es un reto, y eso sí me motiva.

—Señora Herrera, el coche ya está abajo —me avisa Lola desde la puerta.

—Gracias, Lola. Puedes irte en cuanto me vaya. Nos vemos a mi regreso.

—Claro, que tenga buen viaje.

Le dedico una leve sonrisa y recojo mi bolso. Bajo al portal, donde el chófer de la universidad ya me espera.

—Al aeropuerto, por favor —le digo al subirme al coche.

El trayecto hasta el aeropuerto Adolfo Suárez es rápido y sin incidentes. Me relajo en el asiento, repasando mentalmente mi ponencia. Al llegar, veo al rector, Carlos González, esperándome en la terminal con una sonrisa cordial y un portafolios bajo el brazo.

—¡Carlota! —me saluda con entusiasmo—. ¿Lista para este gran evento?

—Lista, aunque algo nerviosa —admito con sinceridad mientras nos damos la mano.

—Normal, pero estoy seguro de que lo harás excelente. Tu trabajo siempre destaca.

Caminamos juntos hacia el control de seguridad, charlando sobre el programa del congreso y los temas que se abordarán.

Cuando llegamos al área de embarque, noto algo inusual al recoger nuestras tarjetas de embarque. Primera clase.

—No sabía que íbamos a volar en primera —comento, algo desconcertada.

Carlos sonríe y encoge los hombros.

—Es cortesía del congreso. Los organizadores han sido generosos con todos los ponentes principales.

—Bueno, parece que tendremos un viaje cómodo.

Nos dirigimos a la sala de espera exclusiva, algo que no suelo frecuentar. Me siento en uno de los sillones, con un café en la mano, y aprovecho para repasar una vez más las diapositivas de mi presentación. Mientras lo hago, Carlos me comenta algunos detalles sobre los asistentes más destacados del congreso.

Aunque intento mantenerme concentrada, no puedo evitar pensar en Luc Valois. ¿Estará en Bélgica? ¿Y si nos cruzamos? Desecho la idea de inmediato. Es improbable que alguien como él esté en un evento como este.

Subimos al avión poco después. Los asientos de primera clase son amplios y cómodos, y el servicio es impecable. Carlos se pone a leer unos informes mientras yo intento dormir un poco. Sin embargo, mi mente no me lo permite. Entre la emoción del congreso y la inesperada intriga de mis charlas con Luc, el sueño no me visita.

Cierro los ojos y dejo que el zumbido del avión me envuelva. Este viaje no es solo una oportunidad profesional, también podría marcar un antes y un después en mi vida.

El avión aterriza suavemente en Bruselas, y al bajar del avión, el frío europeo me golpea de inmediato, mucho más cortante que en Madrid. Me ajusto el abrigo y seguimos las señales hacia el área de recogida de equipaje. El rector y yo avanzamos con paso firme hasta la salida, donde un hombre alto, serio, vestido impecablemente, sostiene un cartel que dice “Señorita Herrera y Señor González”.

—Parece que aquí saben cómo recibirnos —comenta Carlos con una sonrisa mientras se acerca al hombre.

—Señor González, señorita Herrera, bienvenidos a Bruselas —dice el chófer con un leve acento francés. Hace un gesto elegante hacia un coche negro, un sedán amplio y reluciente, aparcado justo enfrente. Sin más, toma nuestras maletas y las coloca en el maletero con precisión militar.

Subimos al vehículo, y al instante noto el olor a cuero nuevo y a un ligero toque de colonia masculina que impregna el aire. El chófer, siempre serio, se acomoda al volante y arranca en

silencio.

Me acomodo junto a la ventana, incapaz de contener la fascinación mientras observo cómo Bruselas se despliega ante mí. Las calles están decoradas con luces invernales, aunque es evidente que la Navidadya ha acabado. Las avenidas amplias y los edificios de arquitectura clásica, con fachadas de piedra y detalles góticos, me recuerdan las fotos que he visto en los libros de historia.

Pasamos por lo que imagino que es la zona más céntrica, con pequeñas tiendas de lujo, cafeterías con letreros antiguos y chocolaterías cuyos escaparates parecen obras de arte. Un grupo de transeúntes cruza frente a nosotros; llevan abrigos gruesos y bufandas, con ese aire cosmopolita propio de una ciudad tan internacional.

—Es más bonito de lo que imaginaba —murmuro casi para mí misma.

—Bruselas tiene su encanto —responde Carlos, también mirando por su ventana—. Aunque creo que lo mejor es su chocolate.

Sonrío levemente, pero sigo con los ojos pegados al cristal. Pasamos por una plaza amplia, donde destaca un edificio majestuoso con una torre que se alza hacia el cielo: el Ayuntamiento, me imagino. Las farolas iluminan las calles empedradas, y todo parece sacado de un cuento.

El coche finalmente gira por una calle más tranquila, bordeada de árboles desnudos por el invierno. Frente a nosotros aparece un hotel de cinco estrellas, con una entrada imponente de cristal y mármol.

—Hemos llegado, señores —anuncia el chófer, deteniéndose frente a la puerta principal.

Un botones se acerca rápidamente para abrir la puerta del coche y ayudarnos con el equipaje. Bajo, inhalando el aire frío y fresco, y me detengo un momento frente al hotel. Esto es más de lo que esperaba, sin duda.

—No está mal, ¿verdad? —dice Carlos a mi lado, con una sonrisa divertida.

—Definitivamente, no.

Mientras cruzamos las puertas giratorias hacia el vestíbulo cálido y lujoso, no puedo evitar sentir una mezcla de emoción y nervios. Este viaje promete más de lo que imaginaba.

—Buenas tardes, señor González, señorita Herrera. Bienvenidos al Hotel Royale —nos saluda el recepcionista con una sonrisa perfectamente ensayada mientras coge nuestros documentos de identidad.

Carlos responde con su habitual confianza, pero yo me mantengo en silencio, aún abrumada por todo el despliegue. Después de unos momentos, el recepcionista levanta la vista con una expresión de orgullo.

—Señorita Herrera, se le ha asignado la suite presidencial.

—¿Perdón? —mi voz sale casi en un susurro, como si no hubiera escuchado bien.

—La suite presidencial, en el último piso. Es una habitación reservada generalmente para dignatarios y figuras importantes. Espero que sea de su agrado.

Carlos suelta una carcajada breve, dándome una palmada en el hombro.

—Vaya, Carlota. Parece que aquí saben lo importante que eres.

Intento responder, pero solo consigo asentir, algo desconcertada. La amabilidad del recepcionista continúa mientras nos entrega las tarjetas magnéticas de las habitaciones y nos explica los servicios del hotel. Finalmente, un botones me acompaña al ascensor, cargando mi maleta con facilidad.

Cuando las puertas del ascensor se abren, lo primero que veo es un largo pasillo decorado con alfombras gruesas y obras de arte que parecen dignas de un museo. El botones se detiene frente a una puerta doble de madera oscura, la desliza con una llave maestra y me hace un gesto para que pase.

—Disfrute de su estancia, señorita Herrera.

La suite es, sencillamente, espectacular. Una sala de estar amplia con sofás de terciopelo gris me da la bienvenida. Las paredes están cubiertas con paneles de madera oscura que combinan perfectamente con el suelo de mármol blanco. Una lámpara de araña de cristal ilumina el espacio con un brillo cálido y sofisticado.

En el centro de la sala, sobre una mesa de cristal, hay un ramo de rosas rojas perfectamente arreglado. La fragancia invade el aire, fresca y dulce. Entre los pétalos, una tarjeta blanca destaca. Me acerco, la tomo con cuidado y leo las palabras impresas con caligrafía elegante:

“Bienvenida a la ciudad. Espero que su estancia sea tan agradable como usted se merece.”

No hay firma, ni indicio alguno de quién la envió. Mi corazón da un leve salto, pero me obligo a mantener la calma. ¿Un detalle del hotel? ¿O algo más?

Con una sonrisa que no puedo evitar, dejo la tarjeta sobre la mesa y continúo explorando. Cruzo la sala y descubro una puerta que lleva a un dormitorio aún más impresionante. La cama es enorme, con un cabecero tapizado y sábanas de un blanco impecable. Frente a ella, un ventanal inmenso cubre toda la pared, ofreciendo una vista panorámica de Bruselas.

Me acerco a las ventanas y contemplo la ciudad iluminada bajo el cielo nocturno. Las luces de las farolas se reflejan en los canales, y las torres de los edificios históricos se recortan contra el horizonte. Es un paisaje que parece sacado de una postal.

Dejo escapar un suspiro largo. La magnitud de todo esto me supera, pero al mismo tiempo, siento una extraña calidez, como si este lugar estuviera destinado a ser parte de algo importante en mi vida.

—Bienvenida a Bruselas, Carlota —murmuro para mí misma, con una mezcla de nervios y emoción recorriendo mi pecho.

Acabo de dejar la tarjeta sobre la mesa cuando mi móvil vibra en el bolsillo de mi chaqueta. Miro la pantalla, y el nombre de Luc aparece iluminado. Suspiro con fuerza, dudando por un instante, pero finalmente deslizo el dedo para aceptar la llamada.

—¿Hola?

—Carlota, ¿Ya estás en Bruselas? —pregunta con una voz tranquila, casi demasiado relajada.

Frunzo el ceño de inmediato.

—Sí, ya estoy aquí. ¿Cómo lo sabes?

—He leído sobre el congreso. Es un evento importante, y sabía que no te lo perderías. ¿Cómo está todo? ¿La habitación es cómoda?

Mi mandíbula se tensa. ¿Cómo puede saber tanto?

—Está bien, gracias. Pero, sinceramente, me resulta un poco extraño que parezcas saber más de mi viaje que yo misma.

—No seas tan dura conmigo, princesa de hielo —replica con un tono entre juguetón y seductor —. Solo me he informado un poco. No es tan difícil si sabes dónde buscar.

—Eso no me tranquiliza. —Camino hacia el ventanal mientras hablo, intentando mantener la calma—. Mira, Luc, agradezco tu interés, pero no me gusta esta sensación de que alguien me esté vigilando.

—No es vigilancia, es… atención. Me importas, y me gusta saber cómo estás.

Ruedo los ojos, aunque sé que no puede verme.

—Bueno, estoy bien. Gracias por preguntar, pero ahora debo prepararme. Voy a almorzar con el rector.

—¿Y esta noche? —pregunta de repente.

—¿Qué pasa con esta noche?

—Cenemos juntos. Hay un restaurante aquí en Bruselas que te encantará.

El corazón me da un vuelco, y no sé si es por sorpresa o por alarma.

—No. No creo que sea una buena idea —respondo rápidamente, casi atropellando las palabras.

—¿Por qué no? Es solo una cena, Carlota. Nada más.

—No puedo, Luc. Lo siento. —Cuelgo antes de que pueda insistir más.

Dejo el móvil sobre la mesa con un golpe suave y me froto las sienes. Mi corazón late más rápido de lo que debería, y no sé si es por el descaro de su propuesta o porque, en el fondo, una pequeña parte de mí estaba tentada a aceptar.

—¿Qué demonios estoy haciendo? —murmuro.

Sacudo la cabeza, intentando despejar esos pensamientos. Me centro en lo inmediato: necesito ducharme y cambiarme antes de almorzar con el rector. No hay tiempo para distracciones.

Pero incluso mientras busco mi ropa en la maleta, su voz sigue resonando en mi cabeza. ¿Por qué Luc tiene ese efecto en mí? ¿Y cómo sabe tanto?

Después de arreglarme, bajo al restaurante del hotel, que resulta ser tan impresionante como todo lo demás aquí. Los techos son altos y están decorados con lámparas de cristal, las mesas están impecablemente dispuestas y un suave murmullo de conversaciones en varios idiomas llenan el espacio. Me siento un poco fuera de lugar, pero lo disimulo con la misma elegancia que me caracteriza.

Carlos me espera en una mesa cercana al ventanal. Está revisando algo en su móvil, pero al

verme, se pone de pie con una sonrisa amplia.

—Carlota, espero que hayas descansado un poco después del viaje.

—Un poco —respondo mientras me siento frente a él.

El almuerzo transcurre con una charla agradable. Carlos es un buen interlocutor, relajado y siempre atento. Me cuenta que tiene una reunión esa tarde con un colega belga para hablar de algunos proyectos conjuntos.

—Nos veremos mañana por la mañana para ir al congreso —me dice al terminar su café—. Por cierto, he echado un vistazo a tu presentación, y estoy seguro de que impresionará a todos.

—Gracias, Carlos. Lo haré lo mejor que pueda —respondo, intentando ignorar el nerviosismo que me genera la idea de exponer frente a tanta gente.

Cuando termino mi almuerzo, subo de nuevo a mi habitación. Estoy cansada, pero mi mente está demasiado ocupada como para pensar en descansar.

Camino de un lado a otro por la habitación, incapaz de concentrarme. La invitación de Luc sigue rondando en mi cabeza. Lo lógico sería ignorarla, no involucrarme más con alguien que apenas conozco y que, además, parece saber demasiado de mí. Pero hay algo en él que despierta mi curiosidad. Y, aunque no quiero admitirlo, también algo de emoción.

Finalmente, con un suspiro pesado, cojo mi móvil y abro el chat. Tecleo con rapidez antes de que pueda arrepentirme:

—Está bien, acepto. ¿Dónde y a qué hora?

Al poco tiempo de enviar el mensaje, la respuesta de Luc llega con precisión calculada:

—Perfecto. Te espero a las ocho en un pequeño restaurante llamado *Le Jardin des Saveurs*. Es tranquilo y discreto, ideal para una conversación. No te preocupes por el transporte, enviaré a un chófer a recogerte.

Mi pulso se acelera al leerlo. Una parte de mí se siente intrigada por el gesto, mientras que otra no puede evitar desconfiar. ¿Cómo es posible que alguien con tan pocas fotos y tan poco de sí mismo compartido pueda ser tan… imponente incluso en palabras?

Suspiro y dejo el móvil sobre la mesa, como si hacerlo pudiera aliviar la carga de mis pensamientos. Miro el reloj: son las cinco de la tarde. Tengo tres horas para prepararme.

Decido tomarme mi tiempo. Me doy una ducha relajante y, mientras el agua tibia corre por mi piel, me obligo a despejar mi mente. Esta no es más que una simple cena, me recuerdo. Un encuentro con alguien cuya identidad real ni siquiera conozco. ¿Estaré haciendo bien? Mi instinto, ese que casi nunca hago caso, me dice que si.

Una vez frente al espejo, me inclino por una camisa blanca de seda y una falda negra sencillo, elegante pero discreta, que llega justo por encima de las rodillas. Lo complemento con unos tacones moderados y un abrigo gris que combina con el clima frío de Bruselas. Me recojo el pelo en un moño bajo y añado un toque de maquillaje suave.

Al mirarme al espejo, me doy cuenta de que, aunque intento parecer tranquila, mi reflejo no engaña: estoy nerviosa.

A las siete cincuenta, bajo al vestíbulo del hotel. Un hombre trajeado, serio y con una placa que lleva mi nombre, se acerca a mí.

—Señorita Herrera, soy Jean. Estoy aquí para llevarla al restaurante.

Le dedico una breve sonrisa y asiento, siguiéndolo hacia el coche que espera afuera. Es un elegante sedán negro, discreto pero claramente caro. Me siento en el asiento trasero, y Jean cierra la puerta con cuidado antes de coger el volante.

Durante el trayecto, no puedo evitar mirar por la ventana. Las luces de Bruselas iluminan las calles empedradas, y a pesar de mi nerviosismo, me dejo cautivar por la belleza de la ciudad.

Cuando el coche se detiene frente a *Le Jardin des Saveurs*, un pequeño restaurante encantador con luces cálidas en la entrada, respiro hondo y me digo que debo mantener la calma.

—Llegamos, señorita Herrera —dice Jean mientras me abre la puerta.

—Gracias —respondo, saliendo del coche y ajustando mi abrigo.

Camino hacia la entrada del restaurante, donde sé que Luc me está esperando. Y aunque trato de mantener la compostura, no puedo evitar sentir que estoy a punto de entrar en un juego que no sé si puedo ganar.

El camarero me guía con pasos silenciosos hasta una zona separada del restaurante, una pequeña sección reservada detrás de una cortina de terciopelo oscuro. Cruzo el umbral y me detengo un instante, observando el espacio. Hay una sola mesa, pequeña y perfectamente iluminada por la suave luz de una lámpara colgante. En el centro, un ramo de flores frescas. Todo parece sacado de una postal de ensueño, pero mi corazón late con una mezcla de nervios y desconfianza.

Me siento despacio, alisando la falda de mi vestido con manos ligeramente temblorosas. Respiro hondo, intentando calmarme, aunque por dentro un torbellino de emociones amenaza con desbordarse. No puedo evitar preguntarme si estoy haciendo bien al estar aquí. ¿Y si todo esto no es más que un error?

—¿Le apetece beber algo mientras espera? —me pregunta el camarero con una sonrisa profesional.

—Un vino blanco, por favor —respondo con la voz algo más seca de lo normal.

Cuando se marcha, me quedo sola en el silencio. Mis ojos vagan por el restaurante, notando detalles que normalmente ignoraría: los reflejos en las copas perfectamente dispuestas, el suave crujido de los pasos de los camareros, el murmullo lejano de otras conversaciones.

Pasan unos minutos, y con cada uno de ellos mi incomodidad crece. La copa de vino llega, fría y delicada, y bebo un sorbo, pero no ayuda. Mi mirada vuela hacia el reloj de mi móvil. Cinco minutos tarde. Luego diez.

Un calor de enfado y humillación comienza a subir por mi cuello. ¿Y si me ha dejado plantada?

¿Y si no piensa venir? La idea de haber sido tan ingenua me carcome por dentro. ¿Qué sé realmente de él? Solo palabras y paisajes compartidos.

El camarero pasa cerca, y me esfuerzo por aparentar tranquilidad mientras sigo tamborileando los dedos contra la mesa. Me pregunto si debería marcharme, si debería dejar atrás esta absurda idea.

La copa de vino ya está medio vacía cuando decido que no voy a seguir esperando. Me inclino para coger mi bolso con mi mente ya maquinando una salida digna de este plantón.

Pero justo en ese instante, mi nombre suena detrás de mí, con una voz profunda, grave y cargada de una suavidad inesperada. Una voz que solo puede pertenecer a él.

Me detengo, con el bolso sujeto en uno de mis brazos, y mi corazón da un salto inexplicable.

—Carlota.

Mi nombre se desliza de sus labios con una seguridad que me desarma. Me giro lentamente, como si el tiempo se hubiese ralentizado, y entonces lo veo.

Luc está ahí, de pie a pocos metros, con una leve sonrisa que no es del todo arrogante, pero que tampoco carece de confianza. Lleva un jersey oscuro, de un tono entre el negro y el azul noche, que se ajusta lo suficiente a su figura para insinuar hombros anchos y una postura firme. Debajo, asoma el cuello impecable de una camisa blanca, contrastando con el tono cálido de su piel.

Sus pantalones chinos beige caen con precisión sobre unos zapatos bien cuidados, casuales pero elegantes. Todo en él parece perfectamente calculado, desde su ropa hasta su postura relajada, como si estuviera acostumbrado a dominar cualquier espacio que ocupe.

Pero lo que realmente me atrapa son sus ojos. Tienen un tono azul, profundo y magnético, que parece brillar bajo la suave luz del restaurante. Su mirada se clava en la mía con una intensidad que me deja sin aliento, como si pudiera ver más allá de lo que quiero mostrar.

Tiene el pelo castaño oscuro y está ligeramente despeinado, pero de una forma que parece intencionada, como si hubiese pasado la mano por él justo antes de entrar. Es un detalle pequeño, pero lo hace parecer menos formal, más accesible, aunque la fuerza de su presencia llena la habitación.

—Lamento haberte hecho esperar —dice con esa voz grave y un ligero acento francés que no sé si me tranquiliza o me inquieta más.

No sé cuánto tiempo paso observándolo, pero me doy cuenta de que mis dedos aún están aferrados al bolso. Lo suelto despacio, sintiéndome torpe bajo su mirada. Él da un par de pasos hacia mí, y la sonrisa en sus labios se suaviza, volviéndose casi… cálida.

—Espero no haber echado a perder la noche —añade, inclinando ligeramente la cabeza y con sus ojos nunca apartándose de los míos.

Quiero responder, pero las palabras no parecen salir. Por un instante, me siento pequeña, pero no en un mal sentido. Es como si todo en él exigiera atención, y yo, contra mi naturaleza, estuviera dispuesta a dársela.

Luc se inclina hacia mí con una naturalidad devastadora, y antes de que pueda reaccionar, deja un beso en mi mejilla. Su proximidad me envuelve en un aroma sutil, con notas amaderadas y

elegantes, mezcladas con algo fresco que no logro identificar. Es un perfume discreto, pero poderoso, como él.

El leve contacto de sus labios en mi piel envía un cosquilleo que recorre mi cuello y se instala, inexplicablemente, en mi pecho. Intento frenar la reacción física que amenaza con traicionarme. Pero es inútil; el calor que sube por mi cuerpo es incontrolable.

Entonces, como si no fuera suficiente, coge mi mano con cuidado, como si fuese algo delicado y valioso. Sus dedos son cálidos y firmes contra mi piel. Me observa con esos ojos azules intensos mientras lleva mi mano a sus labios. Su beso es apenas un roce, pero la electricidad que despierta en mí es abrumadora.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que lo escucha. Nunca he sentido algo así. Esto es absurdo, pienso, casi enfadada conmigo misma. Yo no soy una mujer que se deja sacudir por gestos tan simples, y mucho menos por un hombre al que apenas conozco. Pero aquí estoy, completamente fuera de mi, sosteniendo su mirada como si fuera lo único que me anclara a la tierra.

—Es un placer, por fin, conocerte en persona, Carlota —dice, con un tono que roza lo íntimo, como si esta cena fuera algo que ambos habíamos esperado durante mucho tiempo.

Trago saliva, intentando recuperar algo de compostura. Su voz, baja y ligeramente grave, acaricia mis oídos con esa cadencia francesa que hace que las palabras suenen más profundas de lo que probablemente son.

—El placer es mío —logro decir, aunque mi voz suena más suave de lo que esperaba.

Sonríe, como si supiera exactamente el efecto que ha causado. Sus dedos permanecen un instante más en mi mano antes de soltarla, y ese contacto fugaz deja una huella ardiente en mi piel. Estoy completamente descolocada, pero por primera vez en años, no estoy segura de si quiero volver a sentirme en control.

Luc pide una botella de vino tinto mientras yo hojeo el menú, fingiendo interés en los platos pero consciente de que mis sentidos están más enfocados en él que en cualquier otra cosa. Su presencia es abrumadora, aunque su voz, cuando comienza a hablar, tiene un tono relajado que parece suavizar el ambiente.

—Me intriga que no hables mucho de tu familia —dice de repente, apoyando los codos en la mesa y mirándome con una intensidad que hace que baje la mirada por un momento.

—No hay mucho que decir. Mis padres siguen viviendo en Toledo, donde nací, con mi hermana pequeña, Clara. Ella es todo lo contrario a mí, mucho más… espontánea —respondo, sonriendo un poco.

—¿Y tú no eres espontánea, princesa de hielo? —replica con una sonrisa ladeada, un tono provocador que me hace apretar los labios para no soltar una carcajada.

—Digamos que me gusta la planificación, la rutina. Mi hermana es la que siempre busca el caos. —Hago una pausa, jugando con la copa de vino. —¿Y tú? ¿Alguna familia que saque de quicio al gran Luc?

Su expresión cambia apenas, un destello de algo más vulnerable cruza sus ojos antes de que se incline hacia atrás y su sonrisa regrese.

—Mi hermana menor, Isabelle. Tiene una habilidad especial para crear problemas y luego mirarme a mí para solucionarlos. Pero es un buena chica, solo… demasiado idealista.

—Idealismo y problemas suelen ir de la mano —comento, y él asiente, riendo ligeramente.

El camarero nos sirve los primeros platos, y durante un rato la conversación gira en torno a nuestras infancias, mezclando anécdotas de su vida en Bélgica y mis recuerdos de Toledo. Cada cierto tiempo, me lanza comentarios cargados de doble sentido que logran arrancarme una risa, aunque trato de no parecer afectada.

—Entonces, tu hermana es la caótica. Pero tú… ¿Nunca has sentido la necesidad de romper tus propias reglas, Carlota? —pregunta de repente, su voz baja y seria.

Lo miro a los ojos, sorprendida por la dirección de su pregunta. Su tono es tan seductor que casi olvido que está hablando de algo tan inocente como mi personalidad.

—Digamos que prefiero mantener las cosas bajo control. —Me inclino un poco hacia él, alzando una ceja—. ¿Y tú? ¿Siempre rompiendo las reglas, Luc?

—Solo las que merecen ser rotas —responde, y su mirada se fija en la mía con una intensidad que hace que baje la copa de vino lentamente.

—¿Y cómo decides cuáles lo merecen?

Su sonrisa es lenta, peligrosa, y mi estómago da un vuelco.

—Digamos que tengo un instinto para identificar en lo que vale la pena arriesgarse.

Mientras tomamos el segundo, un filet mignon delicioso, Luc coge mi mano con una naturalidad que me desconcierta. Intento apartarla, pero él la mantiene suavemente en su lugar, como si le perteneciera.

—Nunca te he preguntado por qué elegiste la neurobiología —dice, clavando su mirada en la mía mientras lleva un trozo de carne a sus labios.

—Supongo que siempre me fascinó entender cómo funciona el cerebro, cómo procesamos las emociones, los recuerdos… —hago una pausa, dudando si continuar—. Aunque a veces creo que es una forma de mantenerme en control.

Él arquea una ceja, curioso.

—¿Control?

—Sí, bueno… —Bebo un sorbo de vino para darme un respiro—. El cerebro es como un mapa complicado, pero sigue siendo un mapa. Todo tiene una explicación, un patrón, incluso las emociones que creemos que nos dominan.

—¿Así que para ti todo tiene una lógica? —pregunta con un brillo divertido en los ojos.

—Por supuesto. Hasta el amor es una reacción química, Luc. Dopamina, oxitocina, serotonina… Una explosión controlada.

Él se ríe, una carcajada profunda y rica que resuena en mi pecho.

—Ah, princesa de hielo, ¿ahora entiendes tu apodo?. Pero me pregunto… —Se inclina hacia mí, y su voz se vuelve más baja—. ¿Qué pasaría si alguien lograra derretir ese hielo?

Me siento atrapada entre el calor de su mirada y el tono provocador de su voz. Carraspeo, intentando recuperar el control.

—Dudo que eso pase.

—¿Por qué?

—Porque yo no lo permitiría.

—¿Y si no pudieras evitarlo? —susurra, casi en un murmullo que hace que mi estómago se contraiga.

—Siempre se puede evitar, Luc —respondo con firmeza, aunque siento que la seguridad en mi voz flaquea un poco.

Él asiente lentamente, como si estuviera evaluando mi respuesta.

—Quizá tengas razón, Carlota. Pero lo bueno de la vida es que siempre nos sorprende, incluso a los que queremos tener todo bajo control.

Cambiamos de tema, pero la tensión queda flotando entre nosotros como una corriente eléctrica. Me cuenta sobre uno de sus viajes a Islandia, donde pasó una semana fotografiando glaciares.

—Es un lugar increíble. Puro silencio, solo tú y la inmensidad de la naturaleza. Me recordó que a veces es necesario detenerse y escuchar.

—¿Y qué escuchaste? —pregunto, intrigada.

—A mí mismo —responde, encogiéndose de hombros—. Y descubrí que no soy muy diferente a esos glaciares. Frío por fuera, pero con fuego debajo, esperando salir.

Sonrío, aunque siento un nudo en el estómago. Hay algo en sus palabras que me resulta demasiado familiar.

—¿Y tú, Carlota? ¿Alguna vez te has detenido a escuchar?

—No sé si quiero escuchar lo que podría decirme a mí misma —confieso, sorprendida por mi propia honestidad.

Luc me mira en silencio, como si quisiera decir algo, pero decide dejarlo pasar.

Cuando terminamos el plato, él se recuesta en la silla y me observa con esa intensidad que ya he empezado a reconocer.

—Gracias por aceptar venir esta noche.

—No sabía si debía hacerlo —admito, jugando con la servilleta entre mis dedos.

—¿Y ahora qué opinas?

Lo miro a los ojos y, por un momento, siento que podría derretirme bajo su mirada.

—Que todavía no sé si ha sido una buena idea.

Su sonrisa es lenta, cautivadora.

—Entonces, tendré que convencerte de que lo ha sido.

No respondo. Estoy demasiado ocupada intentando ignorar el cosquilleo que siento dentro de mi ser.

Lucien:

—Eres bueno, Luc.

Apoyo el codo sobre la mesa y la barbilla en el dorso de mi mano para quedarme mirándola. Ella me mira a su vez con atención, y las pupilas se le dilatan hasta que solo queda un fino anillo marrón. La imagen me recuerda a un eclipse total de sol.

Durante la cena, me entero de que tengo muchas cosas en común con mi inesperada compañera. Los dos tenemos una hermana menor. Nuestras familias nos vuelven locos, pero las queremos mucho. Le encanta escuchar rock, correr y disfrutar del aire libre. A mí también.

Cuanto más tiempo pasa, más creo que el destino ha traído a esta perfecta extraña a mi vida por algún motivo. Solo que todavía no he adivinado cuál.

El camarero retira los platos de la cena y los dos rechazamos el postre. Pero, conforme se acercaba el final de la noche, me molesta tener que separarme de ella. No recuerdo cuándo ha sido la última vez que he disfrutado tanto de la compañía de nadie tanto como de la preciosa mujer que tengo delante de mí.

Arrugo la servilleta y la dejo sobre la mesa.

—¿Puedo ser sincero contigo?

—Preferiría que lo fueras. —me dice.

—No quiero que la noche se acabe.

Se me quedó mirando sin pestañear.

—Yo tampoco. —contesta en voz baja, casi tímida.

—Eres preciosa.

—Y tú estás borracho.

Me río por lo bajo y levanto la copa con la mano que tengo libre.

—Este es solo la tercera copa de la noche, y ni siquiera me la he acabado.

—Entonces es que estás ciego.

—Si lo único que veo durante el resto de mi vida es a ti, entonces aceptaré contento mi destino.

Sus labios dibujan una sonrisa, y menea la cabeza.

—Cómo te gusta decir tonterías, ¿Eh, Luc?

Habría dado cualquier cosa por escuchar mi auténtico nombre de esos labios rosas, pero si le digo quién soy en ese momento, se largará en menos que canta un gallo. He tardado demasiado en confesarle la verdad esta noche y ya es tarde. El momento ideal habría sido cuando me di

cuenta de que es una chica asombrosa y correcta que habla todo el tiempo sinceramente. A lo mejor, después de tomar alguna copa más en su suite, como pienso hacer, puede que tenga la oportunidad de resolver la situación.

—No son tonterías.

Se mordisquea la esquina del labio inferior y me recorre la cara con la mirada, después desvía los ojos y luego vuelve a mirarme otra vez. Los iris le brillan, una chispa que me atrae tanto que hasta me inclino hacia ella. Ella imita mi postura,como si fuéramos dos imanes que han aceptado lo inevitable.

—¿Sueles ligar con extrañas en las redes y luego las llevas a cenar?

Yo niego con la cabeza.

—Tú eres la primera.

—¿En serio?

—¿No me crees?

—No.

Finjo sorprenderme y me llevo la mano al pecho.

—Ah, me siento ofendido.

Se acaba lo que le queda del vino y deja el vaso sobre la mesa.

—No estarás casado, ¿Verdad, Lu?

Arqueo las cejas.

—No.

—Bien.

—¿Por qué bien?

Extiende la mano sobre la mesa y me recorre con el dedo el dorso de la mano.

—Porque no me acuesto con hombres casados.

Capítulo 10

He perdido mi apreciada cabeza.

En algún momento entre la primera y la segunda copa, Luc, me ha embrujado. Por primera vez, no le veo explicación racional.

Durante la cena he descubierto que tenemos mucho en común, y a pesar de conocerlo desde hace menos de un mes, siento como si hubiese sido mucho tiempo atrás. Este extraño tiene algo que me atrae, y estoy impaciente por conocerlo mejor.

No sería mi primer rollo de una noche. Lo he hecho antes, casi todas mis relaciones son esporádicas. Pero no nos engañemos: al decirle a este espécimen que tengo delante que no me acostaba con hombres casados, me estoy metiendo de lleno en mi siguiente aventura.

Tampoco es que no pueda echarme atrás, si quiero. Él no armará ningún alboroto. Cada fibra de mi ser está dando botes por haberme tropezado con todo un caballero, y si pierdo el valor, entonces él me acompañará hasta la puerta de mi hotel, me estrechará la mano y se marchará. No hará falta disculparse. Si, estoy segura.

Pero el caso es que no quiero echarme atrás. Quiero lanzarme de lleno a la aventura.

A diferencia de mi último rollo de una noche, me apuesto todo el dinero, que no tengo, a que Luc tiene unas habilidades en la cama que me harán olvidar todos los desastres de situaciones pasadas. Su aptitud bajo las sábanas está escrita en sus labios llenos, en sus ojos color azul vibrante, traviesos e invitadores, en sus brazos bronceados y su pecho amplio, y en ese poder innato que hace que me lo imagine empotrándome contra la pared más cercana.

Siento un escalofrío de placer recorrerme la espalda.

Sí, por favor.

Mi valentía —o puede que algunos lo llamen estupidez— debería haberme sorprendido, o al menos haberme puesto un poco nerviosa. Sin embargo, solo siento un nudo de emoción en el estómago, y mi cuerpo está reaccionando con un cosquilleo de expectación.

Durante los últimos años he aprendido a fiarme de mi intuición, a escuchar a mi razón, y ahora los dos me dicen que el hombre que tengo delante es alguien en quien puedo confiar, aunque lo haya conocido en redes. A lo mejor es una fantasía suya, conocer a alguien por internet y disfrutar de un polvo de una noche. ¡Qué más da!

Tengo que admitir que esa idea también me parece interesante.

—Tú... Yo... —Frunce el ceño—. ¿Puedes repetirlo otra vez?

Me río por lo bajo.

—Mírate, Luc. No pensaba que fueses de los que se quedan mudos con facilidad. ¿Es porque estás acostumbrado a dar el primer paso y ahora se te han cruzado todos los cables? ¿No estás acostumbrado a que las mujeres lleven la iniciativa?

—No me conoces. —Me contesta serio.

—Y tú no me conoces a mí. —Arqueo las cejas, juguetona—. ¿Qué pasa si yo soy una asesina en serie? Una viuda negra que se aparea... y luego mata.

Se queda callado un momento, y luego echa la cabeza hacia atrás y soltando unas carcajadas.

—Carlota, creo que eres la mujer más increíble que he conocido en mucho tiempo.

—Gracias. Después del día que he tenido con el viaje y el cambio de aires, aceptaré el cumplido.

Su expresión se ensombrece. Otra prueba más de que ese hombre no es un cerdo misógino, sino todo un caballero.

Detengo mis pensamientos en seco. No puedo pensar eso de él. Le daré el beneficio de la duda. No. Por ahí no.

Se lleva mi mano a los labios y me besa la punta de los dedos.

Tiemblo al sentir sus labios aterciopelados rozarme la piel, y siento como unas mariposas en el estómago. Ha pasado un tiempo desde que me acosté con Jon, y mi reacción a ese simple contacto es bastante reveladora. Siento un calor que se extiende por toda mi piel, provocándome un cosquilleo delicioso a su paso y despertando unas oleadas iniciales de placer que me recorren el cuerpo.

Y eso que todavía no nos hemos liado.

—¿Nos vamos? —Su voz, profunda y rasgada, contrasta con sus ojos, que brillan con promesas calientes. Al menos, eso me parece a mí —y también lo espero—, por la forma en que se le dilatan las pupilas.

El sexo está bien. El sexo está muy, pero que muy bien.

—¿Tienes algún lugar adonde ir? —Podía llevarlo a mi hotel. Estoy segura de que nunca ha dormido en ninguno que tenga menos de cinco estrellas.

—Sí, vamos a tu hotel. Mejor en un lugar público.

Le ofrezco una sonrisa torcida. Perfecto. Yo controlo.

—Volvemos al modo asesino en serie.

Él me devuelve la sonrisa.

—Pensaba que habíamos dejado claro que esa eras tú. Y si esta será la noche en que mi vida acabe, prefiero que no sea en mi cama.

—Pues entonces, a mi hotel.

Siento como si estuviera flotando por dentro, sin ancla, y el pulso se me acelera cada vez más mientras él paga la cuenta y me acompaña a la calle, con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda. La llovizna que caía esta tarde ha parado, y una brisa templada me acaricia la piel sensible mientras caminamos hacia un mercedes negro parado en frente del restaurante.

—¿Está lejos tu hotel?

—A cinco minutos.

—Entonces no está lejos. —contesta, en tono divertido, lo miro para ver que, en efecto, una sonrisa asoma a sus labios.

—¿Te hace gracia algo?

—Sí. Tú.

Me ayuda a subir y pasa por el otro lado. Después de entrar se acerca a mí, hasta apoyarme contra la ventana del coche. El corazón me da un vuelco al sentir de repente su boca sobre la mía.

Apasionada. Urgente. Dominante.

Me derrito contra él cuando me agarra el pelo con una mano y la mandíbula con la otra, para colocarme en el mejor ángulo mientras arrasa con todo lo que siempre he pensado de un beso.

Su lengua me exige el acceso y yo se lo permito y le sigo el ritmo, caricia tras caricia.

Su pecho resuena con un gruñido posesivo, y noto que tiene el pene duro, lleno de promesas. Los latidos de mi corazón me ensordecen, la sangre me ruge por las venas, y las rodillas me fallan, una reacción física reflejo del efecto que ejerce en mí solo con un beso.

Y si así es como él besa, entonces el muy maldito me destrozará la vida para siempre.

Se separa, con el pecho dilatándose debajo de la chaqueta del traje mientras lucha por recuperar el aliento. Dispuesta a colaborar por completo, lo agarro de las solapas y vuelvo a arrastrarlo hacia mí. Esa vez soy yo quien marca el ritmo, la presión, y aunque destila autoridad por cada poro de su piel, me deja asumir el control, aunque solo sean unos segundos.

El chofer arranca el coche y rompe el hechizo. Me siento rápidamente en mi sitio, porque he estado todo el rato de lado, y me escondo en su pecho.

—¿Cinco minutos, dices?

—Si anda mucho el coche, podríamos llegar en cuatro.

—Y si vamos corriendo nosotros, igual podemos hacerlo en tres.

Se ríe por lo bajo.

—Me encanta la idea de oírte jadear, pero esperaba que la causa fuera distinta.

—Estamos perdiendo el tiempo.

Los ojos le arden como el fuego bajo la luz de las farolas, y se lame los labios.

—Tanta urgencia me está poniendo duro.

Me agarra de la mano y me la besa. El mercedes aparca en el garaje del hotel y subimos deprisa por el ascensor de este edificio imponente sin pasar por el vestíbulo, seguramente, lleno de gente. Soy consciente de lo que vamos a hacer y dudo un momento.

¿En qué me estoy metiendo?

—-¿Carlota?

Me saca dos pasos de ventaja cuando se da cuenta de que no lo sigo por el amplio pasillo que va a mi suite.

Parpadeo varias veces y luego sonrío al escuchar mi nombre de esos labios tan apetecibles, dejando atrás el momento de vacilación.

—Ya llego.

—Ah, sí, claro que sí lo vas a hacer.

Sonríe con malicia, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Es eso lo mejor que se te ocurre?

—Si estamos hablando de dobles sentidos, entonces sí, seguramente. Si hablamos de orgasmos, entonces no. Definitivamente, no.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿Verdad, Luc?

—Nunca he tenido quejas.

Me hace avanzar por el pasillo y —oh, sorpresa— mete una tarjeta en la ranura que había justo encima del teclado para después marcar el botón con las letras «LD». Suite Ático.

Las puertas se cierran, y no pierde el tiempo en atacar. Distrayéndome con sus labios, me saca la camisa de la cinturilla de la falda y desliza las manos por mi espalda desnuda. La piel se me pone de gallina en los brazos, en la nuca, en la espalda. Me abre el sujetador y aparta las copas para acariciarme los pechos. El estómago se me tensa cuando me pellizca los pezones, y gimo contra su boca.

Con las ropas retorcidas —o, bueno, al menos las mías, ya que él sigue todavía impecable—, me arrastra a lo largo del recibidor pintado de color crema con el suelo de baldosa gris. Una escultura de una mujer desnuda adorna una mesa enorme de cristal, pero no me detengo ni un segundo para apreciarla, ya lo hice antes. Tampoco me deja un momento para contemplar las luces de la ciudad al otro lado de los ventanales que tanto me han gustado. Todo pasa, borroso, de largo, mientras me arrastra con él.

Y entonces llegamos al dormitorio, dominado por una cama con al menos una cabeza más grande de ancho que de largo. Se quita la chaqueta y la tira sobre una silla con respaldo alto, y luego le sigue la corbata. Se desabrocha los dos primeros botones de la camisa y me enseña un pedazo de piel lisa y bronceada, con un poco de vello. No puede ser más perfecto. Luc está cumpliendo con todo lo que a mí me gusta. Un poco de vello pero no demasiado.

Se cierne sobre mí, como un depredador acorralando a su presa. Solo que yo estoy deseando aceptar mi destino.

—Quítate la ropa —ordena, con la voz ronca y desviando la mirada hambrienta hacia la blusa arrugada que me cuelga de la falda—. Hazlo despacio.

Trago saliva, me humedezco los labios y luego vuelvo a tragar saliva otra vez.

—Lo haré si tú también lo haces.

Sus labios se curvan, y sus dedos se dirigen hacia su camisa.

—Juntos.

Sincronizados, nos desabrochamos todos los botones y nos quitamos las camisas.

Dejo los brazos quietos y el sujetador se cae sobre la alfombra. He acertado con el suave vello de su pecho. Para lo que no me he preparado es para sus pectorales fuertes, para los músculos definidos de sus hombros y para esos bíceps que se abultan al flexionar los brazos. He supuesto que está en forma, pero una cosa era imaginar y otra muy distinta es verlos en realidad.

Y sus abdominales... La boca se me hace agua. Pero agua de verdad, al contemplar su perfil. Le daría todo lo que quisiera a cambio de la oportunidad de explorar cada relieve abdominal con la lengua.

Los pantalones, de corte bajo, dejan asomar los músculos en v de sus caderas. Una línea recta y fina de vello baja desde su ombligo y desaparece debajo de un cinturón negro grueso.

—La falda —ordena.

—Los pantalones —replico.

Sonríe, se desabrocha el cinturón y se lo quita. Lo tira sobre la cama, junto a su corbata. Se desabotona los pantalones, se baja la cremallera y yo me llevo la mano a la espalda para desabrocharme la falda.

Todo esto parece prohibido, sensual y me encanta. La respiración se me agita, y mi corazón se esfuerza el doble por gestionar la adrenalina que me corre por las venas.

Una gota de sudor resbala por entre mis omóplatos. No hace calor aquí, ni mucho menos. Sin embargo, la transpiración me humedece la piel. No me ha tocado desde que hemos entrado en la habitación, y, aun así, es el momento más sexy que he experimentado en mi vida. No soy más que un charco de deseo, necesidad y anhelo, hasta tal punto que hasta me duele por dentro.

Asombroso.

Se baja los pantalones y los deja caer a sus pies. Los aparta a un lado, y yo hago lo mismo, dándole una patada a mi falda, que va a parar a su pecho. Él la atrapa, riendo, y luego la tira al suelo.

—Déjate los zapatos puestos.

Lleva unos bóxers ajustados negros, y el perfil de su erección se nota debajo de la tela. Son de diseño, y seguramente valen más que mi traje para la cena, que tanto me ha costado elegir.

—¿Y qué hay de estas? —Me tira de la cinturilla de las bragas.

Los párpados le pesan.

—Quítatelas.

Me las deslizo por las piernas, meneando las caderas y rezando por parecer seductora y sexy. Hacer un striptease no es algo que lleve en la sangre precisamente, y nunca he estado con ningún chico que me lo haya pedido.

Hasta él.

Se quita los calzoncillos y, al fin, puedo dejar a mis ojos deleitarse con cada milímetro de su piel desnuda. Me recorre un estremecimiento, un asomo de inquietud al contemplar el tamaño de su miembro. Es más grande, mucho más, que el del resto de hombres con los que he estado. No solo es largo, sino también grueso, con el glande hinchado y goteando.

—No me irás a destrozar, ¿Verdad?

Sonrió con expresión depredadora.

—Espero que sí.

No se suponía que iba a pasar esto..., pero tampoco me quejo.

Lucien:

Me he muerto y he subido al cielo.

Aunque el infierno será algo más aburrido. El cuerpo de la mujer que tengo delante, desnudo salvo por un par de zapatos de tacón, es demasiado pecaminoso como para atravesar las puertas del paraíso.

No es solo su forma física lo que me abruma, sino también su personalidad, su mente, su cara preciosa y su pelo largo y moreno. Quiero recogerlo en mi puño mientras la ensarto por detrás.

Lo tiene todo, es la mujer perfecta, y todavía no la he tocado como debo. Me preguntó si la iba a destrozar, y aunque respondí que sí, se he equivocado por completo.

Es ella quien me va a destrozar a mí.

Y cuando me entierre en ella, todo cambiará.

En unos días ella volverá a Madrid, y yo tendré que dejarla marchar. Pero aunque se aleje pensando que nunca más volveremos a vernos, ya me aseguraré yo de que nuestros caminos se vuelvan a cruzar, y pronto. De que se crucen y se enreden, hasta tenerla tan arraigada en mi vida que nunca encontrará fuerzas para alejarse.

Cojo mi corbata de la cama y la llamo con un gesto. Ella da tres pasos, y se detiene contra mi cuerpo. Mi pene da un respingo y le rozo la parte baja del abdomen. Esta pequeña fricción me saca un gruñido de la garganta.

Le doy la vuelta y le coloco la corbata sobre los ojos, controlando cada sutil cambio en su lenguaje corporal. Ante cualquier señal de que no se encuentra cómoda, cambiaré de táctica. Pero el estremecimiento que le recorre el cuerpo es de expectación, de placer, y la piel se le eriza de una manera deliciosa.

—Confía en mí, Carlota.

—Lo hago.

Me agarro la base de la erección y le recorro la hendidura entre los glúteos con la punta, extendiendo la humedad que ha acumulado.

—Si explorara por aquí, ¿Me detendrías?

—Sí. Tienes que ganarte el acceso a mi culo, y con un rollo de una noche no bastará.

Me río por lo bajo. Es realmente magnífica. Descarada y segura de sí misma, y guapa a rabiar.

No creo en el amor a primera vista, pero creo en la obsesión, en el deseo ciego, y mi perfecta desconocida me ha cautivado hasta tal punto que no puedo soportar la idea de dejarla marchar.

Aunque no tengo otra opción.

Sin embargo, mi dulce princesa y yo estamos destinados a una relación mucho más larga que una sola noche.

—Tomo nota. —Le recorro cada una de las vértebras con el dedo, despacio, para poder apreciar su piel inmaculada—. ¿Cuáles son tus límites? —Aprieto la corbata—. ¿En esto no hay?

—No.

—¿Y si cojo el cinturón y lo uso para atarte las manos? ¿Y si te pongo de rodillas y disfruto de tu boca mientras tengas los ojos vendados y sigas atada, para que no puedas detenerme?

La recorre un escalofrío violento, de nuevo avivado por el deseo y la excitación, y no por el miedo. Un rubor delicioso se le extiende por la nuca, y apuesto a que también tiene las mejillas coloradas.

Su confianza en mí, en un extraño, es conmovedora y al mismo tiempo excitante.

No recuerdo la última vez que se me ha puesto tan dura, y mis pelotas están listas para disparar en cuanto me entierre en ella. Menos mal que me gusta correrme retrasando la satisfacción.

—Si haces eso, ¿Cómo te voy a decir si me parece demasiado?

Ah, así que se lo está pensando.

Que Dios me ayude, me he topado con mi mujer ideal.

—Créeme, no te daré más de lo que puedas soportar.

Ella asiente.

—Sabía que eras un depravado en la cama, Luc.

—¿En serio? —Cojo el cinturón y le coloco las manos en la espalda—. ¿Tan fácil soy de leer?

—Para mí sí. —Se encoge de hombros.

Siento una punzada en el estómago al recordar su descripción exacta de mí en el restaurante.

A la mayoría de gente le resultaba todo un reto leerme. Mi familia e innumerables socios en los negocios de la política me han dicho que tengo una cara de póker de primera que siempre expreso lo que yo quiero. Y, sin embargo, la mujer que tengo desnuda delante de mí es capaz de llegar al hombre que hay detrás de esta fachada.

—¿Y qué hay de ti, mi dulce Carlota? ¿Eres depravada?

Ella suelta una carcajada ronca.

—Fijémonos en las pruebas. Estoy aquí, completamente desnuda, vendada y atada, en una habitación de hotel con un hombre al que acabo de conocer de una red social. ¿Tú qué crees?

Le mordisqueo el lóbulo de la oreja.

—Creo que eres espectacular. Una mujer que sabe lo que quiere y que lo agarra. Es lo que me pone más cachondo. —Froto mi erección contra la raja de su culo una vez más—. Si no, no tienes más que verme.

Vuelve a reírse.

—Espero que no seas solo un charlatán.

—Ay, princesa…

La giro hacia mí y luego la empujo por los hombros hasta que se pone de rodillas.

Las pelotas se me tensan, y el pene se me hincha cuando abre sus mullidos labios rosados. Levanta su cara con forma de corazón, expectante, una mezcla embriagadora de pureza y comprensión.

Me la agarro desde la base y doblo las rodillas, presionando la punta sobre su boca.

Ella se inclina y se la mete dentro, y las mejillas se le ahuecan al chupar. Fuerte.

—¡Joder!

Casi exploto. Casi. Entierro las manos en su pelo para relajar su entusiasmo y cierro los ojos con fuerza hasta que recupero el control de mi cuerpo.

Joder.

Es una bruja.

Una hechicera.

Se ha adueñado de mí. Y todavía no hemos follado.

—Necesito ver esos ojos.

He cometido un error al vendarla. Suelo preferirlo así cuando una mujer me hace una mamada, pero los ojos de Carlota son demasiado bonitos, demasiado hipnotizadores, como para esconderlos.

Tiro de la corbata y ella parpadea varias veces; después me mira con las pupilas dilatadas y los ojos abiertos como platos y llenos de esa sinceridad que es tan difícil de encontrar.

Suelto un gemido y empujo con las caderas, estableciendo un ritmo que ella imita a la perfección. Tal y como ella es.

Perfecta.

Una diosa.

Mi ruina, un lugar en el que me quedaría contento durante toda la eternidad.

Vale, puede ser que mis pensamientos sean un poco moñas, pero, joder, la chupa mucho mejor que cualquiera de las mujeres con las que he estado. Con la cantidad exacta de succión, saliva y gemidos.

A los hombres nos gusta pensar que las mujeres se lo están pasando bien, que disfrutan dando placer dando como cuando lo reciben.

Carlota tampoco está fingiendo. Puedo distinguir la falsedad de la sinceridad.

Durante todo el tiempo mantiene la mirada fija en la mía mientras yo empujo una y otra vez, con mis caderas marcando un ritmo que me dice que me voy a correr mucho antes de hartarme.

Pero tenemos toda la noche.

A diferencia de mi climax, que es inminente.

—Mierda. Parpadea si no quieres que me corra dentro de tu garganta.

Me mira fijamente, y continua ahuecando las mejillas.

Exploto, y la fuerza del orgasmo arrasa con todo a su paso.

—Dios. Joder. Jodeeeeeer...

Las rodillas me flaquean, y la agarro más fuerte del pelo para ayudarme a continuar de pie.

Y sigo corriéndome.

Y ella continua tragando, con sus ojos color ámbar fijos en los míos mientras toma todo lo que yo tengo que darle.

El pene se me sale con un sonido sordo, y ella me sonríe, toda sensual y despeinada, por haberle revuelto sus ondas morenas todo el rato. Tiene una gota de mi semen en la comisura de los labios. Se la limpio con el pulgar, y luego hago que lo chupe también.

—Sabes a mar, pero también noto un toque de vino, Luc. Supongo que somos lo que comemos y bebemos.

La ayudo a levantarse, le suelto el cinturón y lo tiro a un lado.

—Entonces, estoy a punto de beber zumo de uva de tu sexo.

La agarro de la cintura y la echo sobre la cama, trepando sobre ella mientras estalla en risas. Adoro a las mujeres que se ríen durante el sexo. Debe ser divertido. Si no lo es, entonces es que estás haciendo algo mal.

Le sujeto los muslos con las palmas de las manos. Está brillante, con el cuerpo preparado, más que listo. Me quedo observándola unos segundos, admirando las vistas. Después le lamo la endidura, probando su sabor único. Nada de vino, solo un sexo dulce y delicioso.

Ella suelta un jadeo y enreda las manos en mi pelo. Cuanto más la devoro, más fuerte tira, hasta que casi parece que me está arrancando el pelo de raíz. Tampoco es que me importe. Volverá a crecer pronto.

—Joder, ay, Dios,Luc. Me estás matando. Ahí. Justo ahí. No pares.

Más puntos adicionales para una mujer que ya está rozando el máximo. Me encanta que me de instrucciones, que me diga qué es lo que la pone cachonda, qué es lo que más deseaba, lo que menos. Se leer el lenguaje corporal bastante bien, pero no hay nada que pueda sustituir a que una mujer te diga directamente qué es lo que le gusta entre las sábanas.

Así te ahorras el tener que suponerlo.

—Estoy muy cerca. Joder...

Separa las caderas de la cama, arqueando el cuerpo una y otra vez mientras me cabalga la cara. Le succiono el clítoris y se corre.

Fuerte.

Menos mal que no estamos en un hotel barato. Ya me he encargado yo de saber si estaba insonorizada la habitación. El personal habría llamado a la policía, a causa del nivel de decibelios de su grito.

—Madre mía, Luc. Podrías redactar un manual de instrucciones para aquellos desventurados que ni siquiera sabrían encontrar el clítoris ni aunque tuvieran un mapa. Ganarías una fortuna.

Me echo a reír y me tiro sobre la cama, colocándola sobre mí. Le meto el pelo detrás de las orejas, alzo la cabeza y la beso.

—Eres muy buena para mi ego.

—Y tú eres muy bueno aliviando el estrés.

Se frota contra mi semierección.

—¿Necesitas un minuto?

—Sí.

Ladea la cabeza y se ríe.

—Y yo que pensaba que eras Superman... ¿Qué vamos a hacer para pasar el rato?

—Se me ocurren unas cuantas cosas que nos mantendrán ocupados.

Bajo la mirada hacia sus pechos firmes. Todavía no he tenido suficiente de ellos.

La agarro de las caderas, la arrastro hacia arriba y me meto un pezón con forma de diamante en la boca, arrancándole un gemido.

—Deberías saber que me van mucho las tetas.

—Sí, lo supuse cuando te pillé dándome un repaso al escote esta noche.

—Bueno, en vista de dónde hemos acabado, creo que no pasa nada.

Los amaso entre mis manos, y luego le doy lametazos a cada uno de los pezones, prestándoles exactamente la misma atención hasta que ella empieza a removerse contra mi cuerpo.

—Creo que ya estás preparado.

Le doy la vuelta y la atrapo entre mis brazos.

—Te gusta estar al mando, ¿Eh, princesa de hielo?

—A veces. —Levanta los brazos por encima de la cabeza y se estira debajo de mí. —Y otras, soy totalmente sumisa. —Continúa con la farsa durante dos segundos completos—. Vale, eso último era totalmente mentira.

—No me digas. —Le acaricio la punta de la nariz con la mía, y después atrapo su labio inferior entre los dientes—. De todas formas, prefiero la igualdad.

—Sigue diciendo todas esas cosas maravillosas y voy a empezar a urdir maneras de clonarte. Y luego ganaré una fortuna.

Suelto una risita y estiro el brazo para coger la cajita de condones que tengo en la chaqueta de mi traje. Rompo el envoltorio y me deslizo el látex por la erección. Encajo la punta en su precioso coño y empujo, metiéndosela hasta el fondo.

—Me gustaría adherirme a ese acuerdo.

Me araña los hombros y arquea la espalda.

—Lo pensaré. Ahora deja de hablar y empieza a follar.

Salgo y vuelvo a entrar de nuevo, muy despacio.

—Dime que nos volveremos a ver.

—Luc...

—Dímelo, Carlota.

Ella menea la cabeza.

—No lo estropees. Es mejor así. Una noche increíble. Un recuerdo inolvidable. —Sonríe y aprieta los muslos hasta que siento que me presionaba el pene—. Y varios orgasmos alucinantes.



Capítulo 11

Me despierto con la luz matinal filtrándose a través de las cortinas gruesas de la suite. Mis ojos se ajustan lentamente al brillo suave, y una sensación de calma recorre mi cuerpo. No recuerdo haber dormido tan profundamente en meses.

Pero entonces, como un relámpago, los recuerdos de la noche anterior regresan. La cena, la conversación, el toque de sus manos… y luego el ascensor, el pasillo, la puerta cerrándose tras nosotros.

Mi corazón comienza a latir con fuerza mientras miro alrededor. La cama está deshecha, las sábanas revueltas, y la almohada a mi lado tiene la ligera hendidura de alguien que estuvo allí hace poco.

—¿Qué he hecho? —murmuro para mí misma, llevándome una mano a la frente.

Intento recordar cada detalle, pero mi mente se niega a cooperar del todo. La sensación de sus labios sobre mi piel, el peso de su cuerpo, su risa grave mientras susurraba cosas que no quiero admitir que me gustaron demasiado.

Me siento en la cama, tirando de las sábanas para cubrirme, aunque estoy sola en la habitación. Respiro hondo y miro alrededor, buscando algún indicio de su presencia. Entonces lo veo: una nota sobre la mesita de noche, doblada cuidadosamente.

La tomo con manos temblorosas y la abro. La letra es elegante, inclinada, casi antigua.

“Carlota,

Esta noche ha sido un regalo inesperado. Gracias por permitirme conocerte un poco más allá del hielo. Espero que este sea solo el principio.

—Luc”

Mi estómago se contrae al leer sus palabras, tan sencillas pero tan cargadas de significado. Quiero enfadarme, quiero convencerme de que esto no debería haber pasado, que fue un error

monumental. Pero en lugar de eso, siento una sonrisa formándose en mis labios.

—No, no, no —susurro, negando con la cabeza mientras doblo la nota de nuevo y la dejo donde estaba.

Me levanto de la cama, intentando no mirar el espejo mientras paso junto a él. No quiero enfrentarme a mí misma ahora, a la verdad reflejada en mis ojos.

Me dirijo al baño, buscando refugio en una ducha caliente que pueda lavar los recuerdos de la noche. Pero incluso mientras el agua cae sobre mi cuerpo, la sensación de sus manos, su voz grave susurrando mi nombre, todo sigue ahí, como una marca indeleble.

—Ha sido solo una noche —me digo en voz alta, intentando convencerme. Pero una parte de mí sabe que no fue solo eso. Y ese pensamiento me asusta más que nada.

Me arreglo con precisión, cada movimiento está calculado, intentando acallar el torbellino de pensamientos que amenaza con desbordarme. Mi ritual matutino es mi refugio. Me pongo un traje oscuro, elegante, con una camisa blanca perfectamente almidonada. Mi pelo va recogido en un moño bajo, está impecable. Mis tacones hacen eco en el suelo de mármol de la suite mientras recojo mi carpeta de notas y salgo de la habitación.

En el restaurante del hotel, Carlos, el rector, ya me espera. Está sentado en una mesa junto al ventanal, hojeando despreocupadamente su móvil. Al verme, levanta la vista y sonríe.

—¡Buenos días, Carlota! Estás impecable, como siempre. ¿Lista para un día intenso?

Le devuelvo la sonrisa, aunque me siento dividida.

—Buenos días, Carlos. Sí, lista… y nerviosa, como es normal.

Nos sirven un desayuno sencillo pero elegante. Mientras tomamos café, charlamos sobre la agenda del día y los asistentes al congreso. Carlos, siempre amable, trata de tranquilizarme.

—No tienes nada de qué preocuparte. Tu ponencia es brillante. Impresionarás a todos.

—Gracias, Carlos. Eso espero —respondo, aunque mi mente está distraída.

Al terminar, el chofer nos espera en la entrada del hotel, un hombre serio y profesional que abre la puerta del coche con precisión militar. Nos acomodamos en el asiento trasero y pronto estamos en marcha, cruzando las calles de Bruselas.

El coche avanza suavemente, por la ventana veo los edificios históricos y las plazas llenas de vida. Sin embargo, mi atención está en el discurso que tengo preparado para esta tarde. Repaso mentalmente cada palabra, cada diapositiva, intentando mantenerme enfocada.

El rector interrumpe mis pensamientos con una pregunta.

—¿Has dormido bien? —me pregunta con curiosidad, aunque su tono es informal.

—Sí, claro —miento rápidamente, ajustando mis papeles en el regazo—. La suite es impresionante.

Él asiente con una sonrisa, sin sospechar nada.

Finalmente, llegamos al Palacio de Congresos, un edificio imponente con una fachada moderna y una energía vibrante. A nuestro alrededor, veo a personas elegantes, científicas y académicas de

todo el mundo, entrando con carpetas, portátiles y acreditaciones colgadas al cuello.

—Aquí estamos —dice con entusiasmo—. Vamos a impresionarles, Carlota.

Asiento, inhalo profundamente y salgo del coche con determinación, dispuesta a afrontar lo que venga. Aunque, en el fondo, no puedo evitar sentir un ligero temblor al pensar que Luc podría estar en algún lugar de este palacio, observándome.

En el vestíbulo del Palacio de Congresos, un equipo de organización nos recibe con eficiencia. Nos entregan nuestras credenciales en una carpeta elegante, junto con un programa detallado del evento. Carlos y yo nos colocamos las identificaciones al cuello y ojeamos los folletos mientras caminamos hacia la sala principal.

El acto de inauguración promete ser impresionante. Un afamado científico, pionero en neurociencia y premiado en múltiples ocasiones, dará inicio al congreso con una conferencia magistral. Solo con leer su nombre, siento un leve nerviosismo al pensar en mi propia ponencia más tarde.

—Aquí está tu horario, Carlota —dice Carlos, señalándome una sección específica del programa —. Sala tres, a las dieciséis horas. Tienes tiempo suficiente para relajarte y prepararte.

Asiento mientras mis ojos recorren la lista de ponencias. Es un privilegio estar entre tantos nombres prestigiosos, y también una gran presión.

Nos guiamos por las señales hasta la sala de inauguración, un auditorio amplio y moderno con asientos perfectamente alineados y una atmósfera cargada de expectativas. Me acomodo en una de las butacas reservadas mientras Carlos se sienta a mi lado, revisando su propio itinerario.

—¿Sabes? —comenta en voz baja, inclinándose hacia mí—. Este tipo de eventos no solo son para compartir ciencia. También son una gran oportunidad para hacer conexiones. Aprovecha para conversar con otros científicos, incluso después de tu ponencia.

Le sonrío, aunque mi mente sigue atrapada en el programa, repasando mentalmente mis notas y los nombres de los asistentes importantes. Mientras espero el inicio, no puedo evitar mirar alrededor, buscando inconscientemente un rostro conocido entre la multitud. ¿Luc estará aquí? ¿Podría ser uno de los asistentes? Me reprendo por dejar que este pensamiento me distraiga.

Las luces comienzan a atenuarse, y el presentador sube al escenario, dando la bienvenida a los participantes con palabras de entusiasmo. La conferencia inaugural está a punto de comenzar, y me esfuerzo por enfocar mi mente en lo que importa: la ciencia, mi ponencia y el prestigio que esto puede aportar a mi carrera.

Tras un almuerzo ligero en la cafetería del Palacio de Congresos, donde el bullicio de los asistentes resuena entre mesas llenas de científicos y académicos, me dirijo al mostrador señalado para los ponentes. Allí me recibe una mujer con una sonrisa amable y profesional, que confirma mi nombre y me entrega un micrófono inalámbrico.

—La presentará el profesor Dupont, de la Universidad Libre de Bruselas —me informa.

Asiento y agradezco la información, aunque una punzada de nervios se instala en mi estómago.

Camino hacia la Sala tres, donde un pequeño equipo técnico me conecta el micrófono y comprueba los últimos detalles de la presentación. Desde el estrado, echo un vistazo al auditorio.

Es amplio, con asientos escalonados, y ya hay varias personas acomodándose, revisando folletos o conversando en voz baja. Reconozco a algunos asistentes importantes por sus nombres en el programa, lo que aumenta mi presión.

El profesor Dupont, un hombre de mediana edad, canoso pero con una mirada vivaz, se acerca para saludarme.

—Doctora Herrera, es un placer contar con usted hoy. Estoy seguro de que su ponencia será fascinante —dice con un acento francés impecable.

Le agradezco el gesto con una sonrisa, aunque mi mente está enfocada en mis notas y en controlar mi respiración.

Cuando el reloj marca las cuatro, Dupont sube al estrado y se coloca tras el atril. Con voz clara, da la bienvenida a los asistentes y me presenta. Habla de mi trayectoria, mis investigaciones sobre neuroplasticidad y la importancia de mi trabajo en la comprensión del cerebro humano a lo largo de las etapas de la vida. Escuchar mi nombre en un contexto tan formal me llena de una mezcla de orgullo y responsabilidad.

Subo al estrado, intentando ignorar las miradas de los asistentes que me observan con curiosidad y expectativa. Respiro hondo, me acerco al atril, ajusto el micrófono y miro al público.

—Buenas tardes a todos. Es un honor estar aquí hoy para hablar sobre un tema que considero no solo apasionante, sino crucial para entender nuestra evolución como seres humanos: la neuroplasticidad y cómo cambia con la edad.

Noto que mi voz llena el auditorio con seguridad, aunque los nervios iniciales me hacen agarrar el atril con algo más de fuerza de lo habitual. Decido empezar por lo fundamental:

—La neuroplasticidad es la capacidad del cerebro para adaptarse, reorganizarse y formar nuevas conexiones neuronales a lo largo de la vida. Este fenómeno, que antes se creía exclusivo de las etapas más tempranas del desarrollo, ahora sabemos que está presente en todas las edades, aunque con variaciones significativas.

La primera diapositiva proyecta un cerebro dividido en segmentos coloreados, ilustrando las zonas que muestran mayor plasticidad según la etapa de la vida.

—En los primeros años, el cerebro es como una esponja. La neuroplasticidad está en su punto álgido, permitiendo que absorbamos información a una velocidad casi milagrosa. Sin embargo, a medida que envejecemos, esta plasticidad no desaparece, sino que cambia de naturaleza.

Cito un estudio reciente en el que participé, donde se descubrió que los adultos mayores que aprendían nuevas habilidades manuales mostraban un aumento notable en la conectividad sináptica en el lóbulo frontal.

—Esto significa que la clave para mantener un cerebro sano no está solo en la genética, sino en nuestra capacidad para seguir aprendiendo, desafiándonos y adaptándonos. La frase “no se puede enseñar trucos nuevos a un perro viejo” es un mito que necesitamos desterrar de inmediato.

La diapositiva siguiente muestra una serie de gráficos que comparan la actividad cerebral de personas jóvenes y mayores durante una tarea compleja. Señalo el contraste en las imágenes, donde las zonas activas se distribuyen de manera diferente.

—Lo interesante es que, en los adultos mayores, el cerebro tiende a compensar la pérdida de plasticidad local aumentando la conectividad entre hemisferios. Es decir, el cerebro madura como un equipo que mejora su coordinación interna.

Mi voz se suaviza un poco mientras miro al público directamente.

—Y esto no es solo un dato científico. Es una lección sobre la resiliencia humana. Nuestro cerebro, incluso en la adversidad, busca formas de adaptarse y sobrevivir.

Termino hablando de las implicaciones clínicas de mis investigaciones. Explico cómo los descubrimientos sobre la neuroplasticidad pueden influir en tratamientos para enfermedades como el Alzheimer, el Parkinson o los accidentes cerebrovasculares.

—Si logramos identificar los estímulos adecuados para fomentar la plasticidad neuronal en cada etapa de la vida, podríamos diseñar terapias más efectivas, no solo para reparar el daño, sino para prevenirlo.

Cierro con una frase que siempre me ha inspirado:

—El cerebro humano es el órgano más adaptable que conocemos, pero su potencial depende de nuestra capacidad para entenderlo y cuidarlo.

El público me observa con atención, algunos asienten, otros toman notas. Los miro directamente, haciendo contacto visual con algunas personas, asegurándome de mantener su atención.

Al terminar, el auditorio estalla en aplausos. Aunque intento mantener mi profesionalidad, no puedo evitar sentir un calor agradable en el pecho. Mientras recojo mis notas, el profesor Dupont sube de nuevo al estrado para agradecerme y abrir el turno de preguntas.

Mientras las preguntas comienzan, me esfuerzo por mantener la calma. Respondo una tras otra con profesionalidad, incluso a las más técnicas. Entonces, al fondo de la sala, una mano se alza con confianza.

El murmullo que sigue me desconcierta. Algunas personas intercambian miradas y sonríen como si reconocieran al autor de la pregunta. Es un hombre alto, impecablemente vestido, con un aire inconfundible de autoridad. Luc.

Mis ojos se cruzan con los suyos, y el ligero temblor en mi pecho me recuerda lo que sucedió la noche anterior. Pero no puedo permitirme desconcentrarme, así que fijo mi mirada en él con profesionalismo.

—Mi pregunta es sobre la relación entre la neuroplasticidad y las emociones. Si el cerebro puede adaptarse a través del aprendizaje, ¿Diría usted que esto se aplica también a cómo sentimos y gestionamos nuestras emociones a lo largo del tiempo? ¿O las emociones son más resistentes al cambio que los procesos cognitivos?

El silencio se asienta en la sala, y puedo sentir el peso de su voz. Elegante, directa, con una pizca de desafío.

Doy un pequeño paso atrás para tomar aire antes de responder.

—Es una pregunta fascinante, y la respuesta tiene múltiples matices. La plasticidad no solo afecta las áreas responsables del razonamiento lógico, sino también aquellas relacionadas con la emoción, como el sistema límbico. Por ejemplo, las conexiones en la amígdala y el hipocampo

pueden ser moldeadas por nuestras experiencias, tanto positivas como negativas.

Hago una pausa, observando cómo los demás en la sala parecen escuchar con más atención.

—Sin embargo, las emociones tienen un componente visceral que no depende únicamente de las redes neuronales, sino también de la química cerebral y el cuerpo en general. Esto las hace parecer más resistentes al cambio. Pero con las intervenciones adecuadas, como terapia cognitivo-conductual o incluso prácticas como el mindfulness, podemos reentrenar nuestro cerebro para gestionar las emociones de una manera más saludable.

La sala asiente, satisfecha. Luc mantiene su mirada fija en mí, como si evaluara algo más que mis palabras.

—Gracias por la pregunta —digo, cerrando el turno de intervenciones—. Es un tema que me apasiona y que sin duda seguirá siendo objeto de futuras investigaciones.

Los aplausos son amables pero no eufóricos. Es un congreso científico, después de todo. Sin embargo, noto que Luc sonríe ligeramente antes de volver a sentarse. Mi corazón late con fuerza, pero mantengo la compostura.

Bajo del estrado con la sensación de haber dado un paso más allá de mi zona de confort. Mientras camino hacia los organizadores, siento la mirada de Luc seguirme. No es el lugar, no es el momento, me repito a mí misma.

A pesar del cansancio, me siento realizada. He dejado mi huella.

El rector se acerca a mí justo cuando bajo del estrado, con una sonrisa amplia y una mirada llena de admiración.

—Carlota, ¡Extraordinario! Has dejado a todos anonadados. Me han parado varios colegas para decirme lo brillante que eres. Puedes estar muy orgullosa.

—Gracias, Carlos —respondo, intentando disimular mi nerviosismo. Su alabanza es sincera, pero mi mente sigue atrapada en la aparición de Luc—. Ha sido una experiencia interesante.

—Venga, vamos a tomar un café. Te lo has ganado —me dice con entusiasmo, colocándome una mano en el hombro.

Le sonrío y asiento, aunque mi atención está en otra parte. Mientras caminamos hacia la cafetería del palacio de congresos, no puedo evitar girarme discretamente para buscar a Luc en el fondo de la sala. Mis ojos recorren cada rincón con ansias. Pero ya no está.

¿Cuándo se ha ido? ¿Por qué ha venido solo para hacer esa pregunta y desaparecer? Mi mente bulle con preguntas mientras tomo asiento frente a Carlos.

—Carlota, ¿Todo bien? —pregunta él, notando mi distracción.

—Sí, claro. Solo estoy un poco cansada —miento y cojo la taza de café que el camarero deja frente a mí.

La tarde transcurre entre ponencias interesantes y debates enriquecedores, pero mi mente sigue volviendo a ese instante. A su voz, a la intensidad de su mirada, al murmullo en la sala. Todo lo que creía controlado en mí parece tambalearse.

Cuando termina el programa del día, Carlos me propone cenar juntos en el restaurante del hotel para cerrar con tranquilidad una jornada tan completa.

—Te invito a algo. —dice, sonriendo—. No quiero que te sientas presionada, pero creo que será bueno desconectar un poco antes de la vorágine de mañana.

Acepto, aunque mi mente sigue divagando. Mientras subo a mi habitación para cambiarme, no puedo evitar preguntarme si Luc estará al tanto de cada uno de mis movimientos. ¿Vendrá de nuevo? ¿Me buscará?

Una parte de mí desea que lo haga. La otra no sabe cómo manejarlo.

Después de cenar con Carlos, regreso a mi habitación. El día ha sido largo, y mi cuerpo me lo recuerda con un leve cansancio en los hombros y las piernas. Después de una ducha relajante, dejo que el agua caliente arrastre parte de mi agotamiento. Al salir, sigo mi rutina de cuidado con precisión casi mecánica: crema hidratante, un toque de sérum para la cara y un masaje en las sienes para despejarme.

Me pongo un camisón sencillo, de seda suave, color marfil. Su tacto fresco y delicado es casi reconfortante, aunque el corte ligeramente ajustado y el escote sutil me recuerdan que hay un lado de mí que todavía ansía algo más, aunque no quiera admitirlo.

Me siento en la pequeña butaca junto a la ventana, el portátil en las piernas, y reviso las noticias del día. La mente, sin embargo, divaga. Luc. No he sabido nada de él desde esa pregunta en mi ponencia, desde esa mirada que parecía atravesarme como una corriente eléctrica.

¿Habrá vuelto a desaparecer? ¿Habrá perdido el interés? Me siento inquieta, casi irritada por esa posibilidad. ¿Qué estoy haciendo? Me reprendo en silencio, pero la intriga es más fuerte.

Justo cuando estoy a punto de cerrar el portátil y rendirme a la cama, un toque suave en la puerta me hace tensar los músculos.

¿Quién será a estas horas?

Me quedo inmóvil un momento, conteniendo el aliento mientras un escalofrío recorre mi columna. Miro hacia la puerta, preguntándome si debería abrir o simplemente ignorarlo. Pero la curiosidad, mezclada con un nerviosismo inexplicable, me empuja a levantarme.

Camino lentamente hasta la puerta, descalza, con el corazón acelerado.

—¿Quién es? —pregunto con voz firme, aunque mi interior está hecho un lío.

—Soy yo —responde una voz grave, familiar, con ese inconfundible acento francés.

Luc.

Capítulo 12

Cojo aire y abro la puerta con una mezcla de anticipación y nerviosismo.

Allí está Luc, impecable como siempre, con un abrigo oscuro que parece hecho a medida y una ligera sombra de barba que acentúa aún más sus rasgos marcados. Su mirada me atraviesa, cálida y penetrante, y siento que el mundo a mi alrededor se detiene.

Me observa de arriba abajo, deteniéndose por un momento en el delicado camisón que llevo puesto. Mis mejillas se encienden al notar cómo sus ojos brillan con algo más que admiración.

Es deseo, puro y descarado.

Sin decir una palabra, Luc da un paso hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros. Antes de que pueda reaccionar, su mano se posa firmemente en mi nuca y sus dedos rozan la base de mi pelo. Su tacto es cálido y decidido, y un escalofrío me recorre el cuerpo.

Nuestros ojos se cruzan, y por un segundo pienso que podría resistirme, pero su mirada es un imán, y mi voluntad se derrite. Se inclina hacia mí, y entonces lo siento sobre mi. Sus labios rozan los míos, suaves al principio, casi explorando, pero pronto se convierte en un beso tan profundo y apasionado que me deja sin aliento.

Me aferro instintivamente a su pecho, buscando equilibrio mientras el mundo parece tambalearse bajo mis pies. Sus labios son firmes, seguros y el sabor de su boca tiene un toque embriagador, como un vino intenso y perfectamente añejado.

Cuando finalmente se aparta, apenas un par de centímetros, nuestros alientos se mezclan en el aire.

—No podía esperar más —susurra con esa voz grave que me hace estremecer. —No puedo estar más sin ti.

Me quedo mirándolo, incapaz de articular palabra. La lógica me grita que debería decir algo, rechazarlo, poner distancia... pero todo en mí anhela volver a perderme en ese beso.

Me vuelvo a acercar a él y lo beso de nuevo cogiéndolo por las solapas del abrigo. Responde con una sonrisa y me agarra de los glúteos para levantarme. Se gira y me apoya contra la pared. Sus besos son ansiosos y empieza a bajar por mi cuello a la vez que me dice:

—Llevo esperando días para hacer esto.

Yo lo acaricio a la vez que él empieza a subir su mano a través de mi muslo. No se que me pasa pero solo puedo pensar en follar con este hombre. Me bajo de él para quitarle el abrigo. Lleva una camisa blanca impoluta, siempre va impecable y huele maravillosamente. Bajo las manos hasta su cinturón y lo desabrocho a la vez que él me agarra un pecho y comienza a masajearme mientras me besa. Abro la cremallera, bajo sus pantalones, sus bóxers y agarro su miembro justo

cuando escucho un gruñido salir de su boca.

Sus besos no cesan, parece que me fuese a devorar. Me besa y succiona con ansia. Masajea su miembro y me alza entre sus manos para dejarme caer en su polla erecta.

—¡Ahhhgggg! —gemimos al unísono.

Este hombre es el paraíso hecho carne y yo no soy de decir cosas tan a la ligera pero es que es perfecto. Justo lo que necesito. Me agarro a su cuello y empieza a entrar y salir a un ritmo cadencioso a la vez que yo me agarro de su cuello. Gemimos a las vez.

Es muy fuerte el momento.

—No voy a aguantar mucho, princesa. Llevo todo el día controlándome para no venir hasta aquí y empotrarte contra cualquier baño.

—Sigue y deja de hablar que pierdo la concentración.

Ríe bajito y me apoya más fuertemente contra la pared para arremeter más fuerte. Sus embestidas son duras y profundas. Me están llevando a un punto de no retorno.

—Si, Luc, sí…

Para un momento y me mira a los ojos. Los dos respiramos agitadamente.

—¿Por qué te detienes ahora?

Parece que vuelve en sí y continúa de nuevo.

—No pasa nada.

Me besa salvajemente y estallo en un orgasmo glorioso tras el cual él me sigue gritando mi nombre. Sujeta mi cuello entre sus dedos mientras empieza a bombear más suavemente para besarme y mirarme a los ojos.

—¿Qué me estás haciendo? —me pregunta mientras intenta recuperar el aliento.

Saca su miembro de mi cuerpo y me deja en el suelo. Se vuelve a acercar y me besa. Esta vez más despacio, saboreándome y saboreando el momento. Siento su semilla caer por mis muslos.

—Estoy limpio, nunca lo hago sin condón. No he estado con nadie más. —Me dice adivinado mis pensamientos.

—Yo tampoco, esto no puede volver a suceder. Tomo precauciones pero no quiero contraer ningún tipo de enfermedad infecciocontagiosa.

—Eres única rompiendo momentos —ríe contra mi boca.

—Vamos al baño, anda. Tal vez allí podamos probar…otras posturas.

Ríe abiertamente y me coge de la mano para llevarme a través de la suite. Parece que conoce perfectamente en camino.

—¿Has estado aquí muchas veces? —le pregunto.

—¿Y eso?¿Por qué lo preguntas? —me responde extrañado.

—Porque te mueves por aquí como si esta fuese tu casa.

—He estado en muchas habitaciones como ésta y casi todas tienen la misma distribución.

Abre el grifo de la enorme ducha de hidromasaje y me coge de la mano para entrar. Me da un beso y me abraza.

—Tienes mucho dinero entonces,¿No? —inquiero.

—¿Te supone un problema? —me mira sonriente.

—En absoluto, lo que hagas con tu dinero y cómo lo uses no es de mi incumbencia. —Le contesto molesta, más de lo que querría.

—No te enfades, ven.

Agarra un bote de gel y empieza a echarlo por todo mi cuerpo deteniéndose en las curvas de mi cuerpo y besándome a la vez.

—Eres una diosa, mi princesa de hielo con fuego dentro.

—Y tu todo un poeta.

—Seré el poeta que te la meta. —me dice sonriendo.

—Eres un vulgar. —lo miro ofendida pero con una sonrisa saliendo de mis labios.

—Nunca me han llamado eso precisamente pero este vulgar va a hacer que te corras esta noche tantas veces que mañana vas a ser incapaz de prestar atención a las ponencias del día.

—Eso no va a suceder.

—Ya lo verás.

Se acerca y me besa fuertemente.

Empezamos de nuevo a masajearnos y a acariciarnos hasta que nos echamos agua para no resbalar y comenzamos de nuevo otra sesión de sexo salvaje y húmedo, de nuevo sin condón. Ni el ni yo nos volvemos a acordar de ello en toda la noche. Ni en la cama, ni en el sofá ni en la mesa de la pequeña salita, ni en la alfombra…

Me despierto con los primeros rayos de luz que se cuelan por las cortinas, y siento un vacío extraño a mi lado.

La cama está fría, Luc se ha ido.

Por un momento, pienso que quizá lo he soñado, pero el desorden en las sábanas y el aroma inconfundible de su colonia en mi almohada me confirman que ha sido real.

Suspiro mientras me incorporo, sintiendo el cansancio en mi cuerpo, pero también una extraña satisfacción. Ha sido una noche intensa, de esas que no puedes olvidar fácilmente. Camino hacia el baño, y cuando me miro al espejo, me quedo observando mi reflejo.

Mis ojos están algo hinchados por la falta de sueño y mi pelo, un desastre completo. Parezco cualquier cosa menos la doctora Herrera, fría y controlada, que la gente está acostumbrada a ver. Pero, para mi sorpresa, sonrío. Mi cara es el reflejo de la pasión vivida, una chispa que no había sentido en años.

Dejo escapar una risa suave y me suelto el cabello antes de meterme en la ducha. El agua caliente cae sobre mi piel, relajando mis músculos y borrando los rastros de la noche. Mientras me enjabono, cierro los ojos y recuerdo sus manos en mi cuerpo, sus besos, su intensidad.

Una parte de mí intenta analizarlo, racionalizar lo que ha sucedido, pero otra, más visceral, me dice que no lo piense demasiado. Ha sido una noche inolvidable, y aunque sé que podría complicar mi vida, algo en mí se niega a arrepentirse.

Cuando termino, envuelta en la toalla, decido que hoy será un día largo, pero lo enfrentaré con esa energía que, a pesar de todo, Luc ha despertado en mí.

Después de la ducha, me visto con un traje sobrio pero elegante, adecuado para el segundo día del congreso. Un blazer gris claro, blusa blanca y pantalón de corte recto. Me recojo el cabello en un moño bajo y práctico, como suelo hacerlo en días importantes. Mi cara no muestra rastros de la noche anterior, salvo tal vez un brillo en mis ojos que intento disimular.

Bajo al comedor del hotel para desayunar, y me encuentro con el rector Carlos González, que ya está sentado con una taza de café y un plato de frutas. Cuando me ve, sonríe y levanta una mano para llamarme.

—Buenos días, Carlota. ¿Has dormido bien? —me pregunta con un tono amigable, pero yo detecto cierta curiosidad en su mirada.

—Sí, gracias, aunque fue una noche corta. Creo que el congreso me tiene más alerta de lo normal —respondo con mi tono neutral habitual mientras tomo asiento.

Un camarero se acerca y pido un café con leche y una tostada. Carlos empieza a hablar sobre las ponencias de la tarde y algunas reuniones informales que se están organizando entre los asistentes.

Sin embargo, mi atención no está del todo en la conversación. Miro de reojo alrededor del comedor, preguntándome si Luc estará cerca.

—¿Estás bien, Carlota? Pareces distraída.

—Sí, claro. Solo pensaba en los apuntes que quiero revisar antes de las charlas.

Carlos no insiste, y seguimos hablando mientras desayunamos. Sin embargo, mi mente está en otro lado. ¿Por qué se fue Luc sin despedirse? ¿Fue simplemente una noche más para él? El pensamiento me irrita más de lo que debería.

Al terminar el desayuno, Carlos se despide para asistir a una reunión breve con otros rectores. Yo, en cambio, decido dar un paseo por los alrededores del hotel antes de volver al congreso.

La brisa fresca de Bruselas me despeja la mente mientras camino por una avenida tranquila. Las

calles tienen esa mezcla de modernidad y tradición que caracteriza a la ciudad, pero ni siquiera el encanto del lugar consigue calmar mi confusión interna.

De repente, noto que mi teléfono vibra en el bolsillo. Lo saco y veo una notificación: un mensaje de Luc en Whattsapp. Mi corazón da un vuelco involuntario. Abro el mensaje.

Luc: *"Espero que hayas amanecido tan radiante como te vi anoche. Ten un día magnífico, princesa de hielo."*

No sé si reír o enfadarme. Su habilidad para desconcertarme es absoluta. Respondo tras unos segundos de duda.

Yo: "*Gracias por la despedida, por cierto."*

No pasan ni diez segundos cuando veo que está escribiendo.

Luc: "*No quería despertarte. Parecías demasiado tranquila, y, sinceramente, no pude resistirme a mirarte un poco más antes de irme."*

Mi respiración se acelera. Su respuesta es tan directa como siempre, y aunque intento mantenerme fría, su descaro me desarma.

Guardo el teléfono y sigo caminando, pero mi mente está atrapada en las palabras de Luc. Quizá este congreso sea más complicado de lo que imaginaba.

El día transcurre en una vorágine de ponencias y reuniones. Aunque estoy acostumbrada a absorber conocimiento y debatir sobre investigaciones, la magnitud del congreso me sobrepasa ligeramente. Cada intervención parece más brillante que la anterior, y las conexiones que estoy haciendo no tienen precio.

Por la tarde, después de una conferencia especialmente fascinante sobre la relación entre la neuroplasticidad y la inteligencia artificial, me encuentro con Johan De Vries, el rector de la Universidad Libre de Bruselas. Había oído hablar de él antes; es una figura respetada en la comunidad científica, con un carisma que se refleja en su forma de hablar.

Nos sentamos en un rincón tranquilo del salón donde hay dispuestas unas mesas para el café. Él sujeta una taza de té mientras me habla con entusiasmo sobre mi ponencia de ayer.

—Carlota, debo felicitarte. Tu exposición sobre la evolución de la neuroplasticidad con la edad fue impecable. Creo que has despertado mucho interés en la comunidad internacional.

—Muchas gracias, Johan. Lo cierto es que no esperaba tanto interés. Me alegra que haya sido bien recibida.

—No solo fue bien recibida —dice inclinándose un poco hacia adelante, con una sonrisa cálida —. Fue excepcional. Y, siendo sincero, me gustaría proponerte algo.

Lo miro con curiosidad mientras me llevo la taza de café a los labios.

—Nuestra universidad está en busca de mentes brillantes como la tuya. Estamos trabajando en varios proyectos relacionados con la neurobiología, todos con financiación europea y acceso a tecnología de punta. Sé que estás muy bien posicionada en Madrid, pero creo que podríamos ofrecerte un entorno de investigación incomparable.

Mis ojos se agrandan ligeramente ante sus palabras.

—¿Está hablando de…?

—De un puesto fijo en nuestro equipo de investigación —afirma, con seguridad—. Tendrías libertad para liderar tus propios proyectos, además de contar con un equipo de colaboradores internacionales. Sé que esto puede sonar repentino, pero quiero que lo pienses.

No sé qué responder al principio. Esto es algo que cualquier investigadora desearía: fondos, recursos y acceso a lo mejor de lo mejor. Sin embargo, el peso de tal decisión también me asusta. Mi vida en Madrid es estable y organizada. Mudarme a Bruselas sería un cambio radical.

—No sé qué decir, Johan. Es un honor que consideren mi trabajo para algo así.

—No espero una respuesta inmediata, por supuesto. Pero sí quiero que sepas que esta oferta no es algo que haga todos los días. Si decides aceptarla, contarás con todo el apoyo que necesites.

—Lo pensaré detenidamente —respondo, intentando mantener la calma, aunque mi mente ya está dando vueltas a mil por hora.

Johan asiente con una sonrisa comprensiva y se levanta para despedirse.

—Hazlo, Carlota. Creo que tienes un futuro brillante por delante y me encantaría que formaras parte de nuestra universidad.

Mientras lo veo alejarse, mi mente está en completo caos. Este ofrecimiento no es algo que suceda todos los días. ¿Estoy dispuesta a cambiar toda mi vida por una oportunidad así? No lo sé.

Decido enfocarme en el resto de las ponencias pero la conversación con Johan permanece en mi mente como un eco constante. Esta nueva situación me genera mucha ansiedad por lo que decido apartarla en mi mente y seguir con las actuaciones del día.

Esa noche me encuentro con un silencio inquietante. Luc no me ha escrito ni ha dado señales desde nuestra última conversación. Por más que intento enfocarme en el congreso y en la oportunidad que Johan me ha ofrecido, su ausencia es como una sombra que no puedo ignorar.

Después de cenar sola en mi habitación y repasar el itinerario de mañana, decido enfrentar el silencio. Con algo de nerviosismo, escribo un mensaje breve y directo:

“Espero que todo esté bien. Me extraña no saber nada de ti. Buenas noches.”

Pulso enviar y dejo el móvil sobre la mesita de noche, intentando no mirarlo cada cinco segundos. Me preparo para el día siguiente, que será crucial: una visita al Parlamento Europeo junto con Carlos y, por la tarde, la clausura del congreso.

Mientras me pongo el camisón y hago mi rutina de belleza, no puedo evitar pensar en si todo lo que ha pasado con Luc ha sido un juego para él. Quizás ya se ha cansado de mí, como temía al principio. Rechazo la idea con un movimiento brusco de la cabeza. No, no tiene sentido torturarme con hipótesis.

Me meto en la cama y cojo mi libro de lectura, pero ni siquiera logro concentrarme en la lectura. Miro el móvil de reojo y veo que no hay ninguna respuesta. El corazón me da un vuelco de decepción, pero intento calmarme.

“Es solo un hombre. No debería afectarme así.”

Sin embargo, mi mente no coopera. Me quedo despierta más de lo necesario, reflexionando sobre todo lo que ha pasado en los últimos días. Finalmente, el cansancio me vence y apago la luz, prometiéndome que mañana no pensaré en Luc. Mañana será un día dedicado exclusivamente a mi carrera, a mi futuro, y a disfrutar de una experiencia única en Bruselas.

Aunque, en el fondo, una pequeña parte de mí sigue esperando que el móvil emita una vibración antes de que me duerma del todo.

Lucien:

La mañana comienza con una tensión inesperada.

Estoy en mi despacho revisando unos documentos cuando Jake, con su rostro imperturbable pero serio, entra seguido por Elise, mi secretaria. Ambos intercambian una mirada, y antes de que puedan hablar, sé que algo no va bien.

—Señor Presidente, —empieza Elise, sosteniendo una tablet que extiende hacia mí— han salido estas fotos esta mañana. Está en todos los medios.

Cojo la tablet y veo la imagen: Carlota y yo saliendo del restaurante la otra noche, cogidos de la mano. El ángulo es perfecto para mostrar nuestras expresiones. Ella sale preciosa y, aunque yo parezco mantener la compostura, mi mirada hacia ella es imposible de ignorar. Bajo la foto, un titular que no deja espacio a la privacidad:

“¿Nueva conquista del presidente Deveraux? ¿Será esta la definitiva?”

El calor de la ira empieza a subir por mi pecho. Arrojo la tablet sobre la mesa, haciendo que resuene, y un montón de papeles caen al suelo. Me levanto y me giro hacia la ventana, ajustando la corbata con un tirón brusco mientras respiro profundamente para no explotar.

—Es mi vida privada —digo, con la voz más controlada de lo que siento—. Nadie tiene derecho a meterse en ella.

—Con todo respeto, señor —dice Jake desde detrás de mí—, usted sabe que la prensa no va a detenerse aquí. Carlota será el próximo objetivo. Ya están empezando a investigar quién es. Todo el mundo está deseando que siente cabeza, y si no manejamos esto con cuidado, la pondrán en el ojo del huracán.

Me doy la vuelta y miro a Jake fijamente. Tiene razón y eso me enfurece aún más. Sé cómo funciona este mundo pero no puedo soportar que intenten usar a Carlota para sus narrativas absurdas.

—¿Qué sugieres que haga? ¿Esconderme? —respondo con un tono que corta como un cuchillo.

—No, señor. Sólo tenga cuidado. Esto puede volverse algo más grande de lo que queremos controlar.

Elise interviene entonces, siempre práctica.

—Sugiero que no hagamos ningún comentario oficial. Deje que esto pase como un simple rumor. Si responde, les dará más material para seguir atacando.

Asiento lentamente, aunque mi mente sigue en otro lugar. Mi rabia no es solo por la prensa; es porque sé que Carlota no merece esto. Ella no buscó ser parte de mi mundo. Me acerco de nuevo a mi escritorio, pasando una mano por el cabello y miro a Jake.

—Asegúrate de que nadie pueda acercarse a ella. Si alguien intenta acosarla, quiero que me lo informes de inmediato.

Jake asiente.

—Ya estamos trabajando en eso, señor.

Elise recoge los papeles caídos y me dedica una mirada comprensiva antes de salir de la habitación. Jake se queda unos segundos más, observándome con esa mezcla de lealtad y preocupación que siempre lleva consigo.

Cuando se marcha, me dejo caer en mi silla, mirando la pantalla del ordenador con las fotos aún en mi mente. Por un instante, mis dedos tamborilean sobre el escritorio mientras considero mis opciones.

No puedo apartar a Carlota de esto, pero tampoco puedo exponerla más. Y, sobre todo, sé que no quiero apartarme de ella. Ahora solo queda decidir cómo protegerla mientras mantengo este vínculo que ya no puedo ignorar.

El teléfono en mi despacho suena al mediodía, interrumpiendo mi concentración en un informe que intento leer desde hace horas. Cuando veo el nombre del Rey en la pantalla, me enderezo de inmediato y contesto con voz firme pero cordial.

—Majestad, buenas tardes.

—Buenos tardes, Lucien —responde con su tono sereno pero directo—. Espero no interrumpir nada importante.

—Por supuesto que no, siempre es un honor hablar con usted.

El Rey guarda un breve silencio, suficiente para que yo intuya que lo que viene no será una charla ordinaria.

—He visto las noticias de esta mañana —dice finalmente—. Las fotos en las que apareces con tu… nueva amiga.

Mi mandíbula se tensa al instante.

—Majestad, lo lamento mucho. No pretendía causar este tipo de revuelo y mucho menos involucrarla a ella.

El Rey suelta una ligera risa, pero su tono es más paternal que burlón.

—Lucien, no estoy llamando para reprocharte. Estoy más interesado en saber qué significa esto para ti. La prensa puede ser implacable, pero sabes que mi preocupación es más estratégica que social.

—Entiendo, señor. Pero no hay nada oficial. Es algo… reciente.

—¿Reciente o indeciso? Porque si es lo primero, puede que sea adecuado e incluso te venga bien. Si es lo segundo, quizás deberías pensarlo dos veces antes de seguir adelante.

—Con el debido respeto, Majestad, no es tan sencillo.

El Rey guarda silencio unos segundos antes de continuar.

—Sabes que ya han empezado a investigar quién es. Tengo entendido que es una catedrática en neurobiología y que trabaja en España. Un perfil impecable, por lo que veo.

Mi pecho se contrae al escuchar cómo describe a Carlota. Es cierto, ella es todo eso y más, pero no puedo evitar sentir una punzada de incomodidad al saber que la están escrutando tan de cerca.

—Es una mujer brillante, Lucien. Y española, además. Esa conexión podría jugar a tu favor en el panorama político. Pero, más allá de eso, me parece que no podrías haber elegido mejor.

—Majestad, no sé si estamos en ese momento aún —respondo con cautela.

—Entonces decide pronto. Si no estás seguro, lo mejor sería cortar esto antes de que las cosas se compliquen más para ella. La prensa puede ser cruel y no quiero que nadie salga herido por esto, ni tú ni ella. Pero si es algo importante, no esperes demasiado. Haz un comunicado, anuncia tu relación. Este es un momento ideal para hacerlo.

El Rey hace una pausa, como si me diera tiempo para asimilar sus palabras.

—Eres el presidente más joven que ha tenido este país, Lucien. La gente te admira, pero también quiere verte más… humano, por así decirlo. Si decides seguir adelante, asegúrate de protegerla.

—Gracias, Majestad. Aprecio su consejo.

Cuando cuelgo, me quedo mirando el teléfono durante varios segundos. Las palabras del Rey resuenan en mi cabeza. No es solo una decisión personal; es una cuestión pública, política, y todo lo que haga o deje de hacer tendrá consecuencias.

Me levanto y camino hacia la ventana. Bruselas se extiende ante mí, tranquila y ordenada, pero en mi interior todo es caos. ¿Estoy listo para dar ese paso? ¿Y Carlota lo está? Más importante aún: ¿Quiero arrastrarla a este mundo, donde cada paso que damos será analizado y criticado?

Lo único que tengo claro es que no quiero perderla. Pero la pregunta es: ¿A qué precio?

Miro el reloj, calculando los minutos que faltan para la clausura del Congreso. Esta noche será decisiva, no solo para mí, sino para Carlota. Podría ser el comienzo de algo nuevo o el final antes siquiera de empezar.

Jake entra en mi despacho con mi discurso en la mano.

—¿Todo listo para esta noche? —me pregunta mientras deja los papeles sobre mi escritorio.

Asiento, aunque mis pensamientos están lejos de las palabras que voy a pronunciar frente a un público internacional.

—¿Y ella? —añade Jake, con esa mirada inquisitiva que siempre me lanza cuando cree que estoy cometiendo una locura.

—Ella no sabe nada —respondo, ajustándome la corbata frente al espejo—. Lo descubrirá esta noche, como todos los demás.

—¿Y estás seguro de que esto es lo que quieres hacer?

Me vuelvo hacia él, serio.

—No puedo seguir escondiéndome detrás de un pseudónimo. Carlota merece saber quién soy realmente. Si decide apartarse, lo entenderé. Pero si no…

Jake asiente, aunque sus ojos reflejan duda.

—Muy bien, señor. El coche estará listo en una hora.

Cuando se marcha, me acerco a la ventana. La ciudad sigue su ritmo habitual, pero mi mundo está a punto de cambiar. Esta noche, no solo será el presidente de Bélgica quien suba al escenario. También seré Lucien, el hombre que está dispuesto a arriesgarlo todo por una mujer que ha puesto su vida patas arriba.

Carlota:

La llegada al Palacio de Congresos es un desfile de luces y rostros solemnes. Los flashes de las cámaras iluminan la entrada principal, donde figuras destacadas del mundo político y científico desfilan con seguridad y elegancia. El rector Carlos y yo descendemos del coche escoltado que nos ha traído. Estoy nerviosa, más de lo que quisiera admitir, pero intento disimular con una sonrisa profesional. No sabía que era un COngreso tan súmamente importante en este país.

El interior del edificio es imponente, con techos altos y paredes de cristal que reflejan el ajetreo de los asistentes. Caminamos por el pasillo principal hasta llegar al gran auditorio, donde se llevará a cabo la clausura. Carlos charla con algunos conocidos, mientras yo me mantengo en segundo plano, observando los preparativos.

Nos indican nuestros asientos, en el centro de la tercera fila. A mi alrededor se sientan otros académicos y científicos, pero mi mente está en otra parte. No he sabido nada de Luc en todo el día, y una punzada de ansiedad me atraviesa. ¿Habrá cambiado de opinión sobre lo nuestro? ¿Habrá decidido simplemente desaparecer?

Las luces se atenúan, y el maestro de ceremonias sube al escenario para dar inicio al Acto de Clausura. Presenta a los organizadores del evento y destaca la importancia del Congreso como un puente entre la política y la ciencia.

—Ahora, damas y caballeros, es un honor presentarles a nuestro invitado de honor, el que va a realizar la clausura de este Congreso. Un hombre que entiende la importancia de la innovación científica para el desarrollo de nuestras naciones. Por favor, reciban con un fuerte aplauso al presidente de Bélgica, el señor Lucien Deveraux.

Mi cuerpo se tensa. ¿El presidente de Bélgica? ¡Vaya!

Siento que el mundo se detiene cuando un hombre alto y elegante sube al escenario con pasos firmes. Lleva un impecable traje oscuro, y su presencia llena la sala. Su cabello está perfectamente peinado, y cuando comienza a hablar, su voz grave resuena con autoridad y calidez.

Luc.

No puede ser.

Pero lo es.

Lucien sube al estrado con una presencia tan magnética que toda la sala parece contener la respiración. El maestro de ceremonias hace una breve pausa, y en ese silencio, Luc, Lucien se inclina hacia el micrófono. Su voz, profunda y serena, llena cada rincón del gran auditorio.

—Damas y caballeros, estimados colegas y amigos —empieza, su acento francés añade una suavidad inesperada a sus palabras—. Es un honor para mí estar aquí hoy, no sólo para celebrar los avances en el campo de la Neurociencia, sino también para reflexionar sobre el futuro que juntos estamos construyendo. Un futuro donde la ciencia y la política no son fuerzas separadas, sino aliados en la creación de un mundo más justo y próspero para todos.

Cada palabra cae sobre la audiencia con precisión, pero también con un carisma que mantiene la atención de todos los presentes. No puedo evitar sentirme atrapada en la magnética presencia de Lucien, pero mi mente sigue buscando respuestas, luchando con la confusión que provoca su doble vida. O su invención.

—La ciencia, como todos sabemos, no es solo un conjunto de teorías y experimentos —continúa mientras hace una ligera pausa para mirar al público, capturando su atención por completo—. La ciencia es la llave que abre puertas a nuevos conocimientos, a nuevas formas de entender nuestro mundo y nuestra existencia. Y es nuestra responsabilidad, como científicos y como políticos, asegurarnos de que esos conocimientos lleguen a quienes más los necesitan.

Siento cómo el nudo en mi estómago se va apretando más con cada palabra que Lucien pronuncia. Su voz, llena de autoridad, parece envolverme, pero hay algo en él, una mezcla de cercanía y distancia, que me hace sentir incómoda. ¿Cómo ha podido ocultarme quién es realmente? El hecho de que sea el presidente de Bélgica, que haya estado tan cerca de mi bajo una identidad falsa, me deja perpleja, incapaz de comprender por completo su motivación.

—Sabemos que los grandes avances de la humanidad no ocurren en el vacío. Son el resultado de un esfuerzo colectivo, de una colaboración entre naciones, entre disciplinas, entre mentes brillantes dispuestas a desafiar lo conocido. Este Congreso es un testimonio de esa colaboración. Pero la pregunta que debemos hacernos hoy es: ¿Estamos haciendo todo lo posible para aprovechar el potencial que tenemos a nuestro alcance? ¿Estamos poniendo la ciencia al servicio de todos?

Noto una mezcla de admiración y desconcierto. No puedo evitar escuchar el ritmo de su voz, como si cada palabra tuviera un poder persuasivo de seducción. ¿Cómo ha podido jugar conmigo así? Mi cabeza da vueltas, pero al mismo tiempo, no puedo evitar sentir la admiración que despierta su discurso.

Luc continúa hablando con pasión y energía, abordando la importancia de la cooperación internacional en la ciencia, la necesidad de avanzar más allá de las fronteras tradicionales y de seguir empujando los límites de lo posible.

—Este congreso, y todos los que siguen, son solo el comienzo de un viaje que espero recorrer con muchos de ustedes —su voz se vuelve más suave, casi confidencial—. Un viaje donde cada paso nos acerque más a la verdad, a la solución de los problemas que nos aquejan como

humanidad. Y cuando miramos al futuro, debemos recordar que no hay avance sin sacrificio, ni progreso sin valentía. La ciencia es nuestra oportunidad para cambiar el mundo, pero solo si estamos dispuestos a aceptar el desafío.

Con esas palabras, hace una pausa dramática. No puedo dejar de mirar sus ojos, esos ojos que siempre han sido tan misteriosos, tan cercanos y, sin embargo, tan distantes ahora mismo.

—Gracias —finaliza, sonriendo brevemente antes de inclinarse hacia el público, un gesto de humildad que contrasta con la intensidad de su discurso.

La sala estalla en aplausos, algunos se ponen de pie, pero sigo aquí, en mi asiento, con el corazón desbocado. ¿Cómo es posible que haya hecho todo esto, todo este teatro, solo para acercarse a mí? No puedo evitar sentirme atrapada entre la admiración por el hombre que tengo ante mi y el dolor de la verdad que ahora he descubierto.

Cuando el presidente termina su intervención, levanta la vista, agradecido por la ovación, y noto que mi cuerpo entra en modo automático, como si todo estuviera sucediendo a una velocidad que no puedo controlar. Cuando el ruido de los aplausos se desvanece, mi cabeza está llena de preguntas sin respuestas y lo único que deseo es salir de allí.

Al principio, me quedo sentada, sin mover un músculo. El mundo a mi alrededor está difuminado, como si todo lo que he pensado sobre esta situación, sobre Luc o Lucien o lo que sea, se desmoronara ante mis ojos. No me ha dicho nada. ¿Qué quiere realmente de mí? ¿Unos ratos en la cama?

Pero entonces, algo en mi interior me dice que no puedo quedarme más tiempo aquí sentada. No puedo seguir escuchando cómo otros lo elogian, cómo todo el mundo se arrodilla ante él. Se ha reído de mí. Me ha engañado para acostarse conmigo. Me siento pequeña, vulnerable, y a la vez furiosa. Con una fuerza que no sé de dónde sale, me pongo de pie y, sin mirar atrás, empiezo a caminar rápidamente hacia el pasillo lateral.

Es cuando me encuentro a mitad de camino hacia la salida que la sensación de desesperación me invade por completo. Tengo que irme. Tengo que irme de aquí. Y, sin pensarlo, empiezo a correr, a escapar de la sala, de Luc, de todo lo que acaba de descubrir.

Luc no es un fotógrafo, no es un hombre cualquiera. Es el presidente de Bélgica.

Mi corazón late con fuerza mientras atravieso el vestíbulo del Palacio de Congresos, ignorando los murmullos y las miradas curiosas. Necesito salir de aquí. Necesito aire. Necesito escapar.

Capítulo13

Lucien:

Las palabras de los rectores y las autoridades retumban en mis oídos, sus elogios a mi discurso, a mi presencia, como un eco distante. Mi mente no está aquí, no está en la ovación que me brindan, no está en las felicitaciones ni en las sonrisas que me rodean. Mi mirada está fija en el único lugar que realmente importa en este momento.

Carlota.

La veo, de reojo, levantarse abruptamente de su asiento. Su rostro, normalmente tan sereno, refleja algo entre la sorpresa y la ira. Y lo que me mata, lo que me perfora el pecho, es la rapidez con la que se aleja, como si estuviera huyendo de mí, como si quisiera desaparecer de mi vida de inmediato. Como si todo lo que había construido en estos días, todas nuestras conversaciones, todos esos momentos que hemos compartido, no significaran nada.

Mis músculos se tensan. No puedo dejarla ir así.

Un gesto imperceptible hacia Jake, mi seguridad, me indica que la siga. La mirada de mi asistente se cruza con la mía y, aunque no dice palabra alguna, entiendo que sabe lo que necesito. La sala de conferencias comienza a desvanecerse, la luz de la ovación desaparece en el aire como si nunca hubiera existido.

Mi única prioridad ahora es Carlota. La confusión, la rabia, la sorpresa que se refleja en su rostro se convierten en una avalancha de pensamientos y emociones.

Agradezco a todos por su atención pero mis palabras salen con un eco vacío, automático, casi como si no las estuviera pronunciando yo. Ya no me importa la multitud, ya no me importa el aplauso. Mi mente está completamente en ella. En su huida. En lo que acaba de suceder.

Escondo mi ansiedad detrás de una sonrisa que no sé si parece sincera o forzada, pero no importa. Me hago a un lado, dejando que mi seguridad y mi asistente me escolten, y me alejo de la sala con una rapidez que no me había permitido antes. Las voces de los presentes ya no son más que un murmullo en mi oído.

Cuando finalmente llegamos al coche, la puerta se cierra tras de mí con un sonido de clausura pero ni siquiera el ruido del motor me calma. Solo me queda una idea fija en la mente: debo encontrarla. Hablar con ella. Explicar lo que ha pasado, lo que soy realmente y por qué lo he hecho. No me puedo permitir que se aleje sin una respuesta.

El camino hacia el hotel es largo, pero no lo siento. Mi mente está corriendo a una velocidad que no puedo controlar, repitiendo una y otra vez lo que ocurrió, lo que debo decir. No tengo mucho tiempo. Si no actúo ahora, si no hago algo, la perderé para siempre.

Al llegar al hotel, siento como si me pesaran los pies, cargados de una tensión que nunca había experimentado. Mis empleados me siguen en silencio. Yo no puedo dejar de pensar en su reacción, en cómo la sorprendí, en cómo todo parece haber explotado en mi rostro. Pero no hay marcha atrás.

Estoy dispuesto a enfrentarla. No importa cuánto me cueste. Necesito hablar con ella. Necesito que me escuche.

Carlota:

El aire fresco de la tarde me golpea la cara con una intensidad fría que me hace parpadear, como si quisiera despejarme de la nube de confusión en la que me encuentro. Las calles de Bruselas se van oscureciendo, pero mi mente sigue atrapada en lo que acaba de suceder. Mi cuerpo está tenso, mi corazón aún late rápido como si hubiera corrido una maratón, pero no sé hacia dónde voy, ni qué hacer, ni por qué todo esto me ha afectado de la manera en que lo ha hecho. Mi cabeza no deja de dar vueltas a las palabras del presidente, a su revelación, a su presencia.

De repente, siento una sombra delante de mí. Alzo la vista, un hombre trajeado se me acerca. No tengo que mirarlo mucho para reconocer algo familiar en él. Su rostro está serio, su postura erguida, me resulta demasiado conocido. Lo he visto antes, en el aeropuerto, cuando llegamos a Bruselas. Él fue uno de los que me recogió, el que me acompañó mientras el rector y yo subíamos al coche. No sé qué hace aquí, pero no tengo ganas de enfrentarlo, no ahora.

—Señorita Herrera —dice en un tono firme pero respetuoso—, soy el guardaespaldas del presidente. Desea hablar con usted.

Una oleada de frustración me recorre y casi me sale una risa amarga.

—¿El presidente? —respondo, con la voz quebrada por la incredulidad y la rabia que se ha ido acumulando en mi pecho—. Que se meta el presidente donde le quepa.

El hombre me observa un momento y, por un segundo, parece dudar. Pero luego su rostro se suaviza con una ligera sonrisa, como si esperara una respuesta como esa.

—Entiendo que esté molesta —dice con una calma que no me gusta—. Pero el presidente realmente quiere hablar con usted. Es importante para él. Para aclarar las cosas.

No sé si es el cansancio, el frío o la frustración, pero algo en sus palabras me hace detenerme. Mi mirada se pierde en el río cercano, el agua refleja las luces tenues de la ciudad que van encendiendo los edificios. ¿Aclarar las cosas? ¿Qué cosas? ¿Acaso él espera que me tranquilice con unas palabras? ¿Que me explique lo que vi esta mañana?

No lo sé. Solo sé que estoy agotada de pensar. De sentir. Mi cabeza da vueltas y me siento agotada, como si estuviera cargando un peso que no puedo dejar ir.

Finalmente, sin decir una palabra, miro hacia el coche que está estacionado a unos metros. Está apagado, oscuro, pero parece esperar. La figura del guardaespaldas está ahí, aguardando mi decisión. Sigo mirando el coche, la incertidumbre se apodera de mí, pero, por alguna razón que no puedo explicar, mis pies comienzan a moverse en esa dirección. Mis piernas me llevan hacia él, y aunque no tengo idea de qué quiero o qué va a pasar, lo sigo hasta el coche.

Mis pensamientos se mezclan, mi corazón aún late rápido, pero es como si mi cuerpo tomara el control. El presidente quiere hablar conmigo y tal vez sea el momento de escuchar lo que tiene que decir. Quizás entonces entenderé algo. Quizás no me guste lo que descubra, pero necesito saberlo.

Al llegar al hotel me sorprendo de la seguridad que hay por todo el vestíbulo y por todas las salidas. Subimos en un ascensor y al abrir la puerta para entrar a la suite, observo lo mismo, mucha seguridad. Claro, es el presidente. ¿Dónde me he metido?

El guardaespaldas, Jake me ha dicho que se llama, me abre la puerta y repito antes de entrar:" Allá voy".

Vamos a solucionar esta pantomima.

El ambiente en la habitación está cargado de tensión. El guardaespaldas se queda en la puerta, vigilando, y yo doy un paso más adentro, mis zapatos resuenan levemente en la alfombra suave, pero todo me parece distante, como si estuviéramos en dos mundos paralelos. Las luces de la ciudad que se filtran por la ventana iluminan parcialmente la figura de Lucien que, de espaldas, está mirando a la calle como si estuviera esperando a que ocurriera algo.

Cuando se gira y me encuentra, sus ojos parecen atravesarme, como si en ese instante quisiera decirme algo, pero no sabe cómo. La mirada en su rostro refleja una mezcla de temor y, sí, algo que no sé cómo interpretar. Es como si estuviera esperando que lo juzgue, como si tuviera miedo de que todo lo que ha construido entre nosotros se derrumbara en un segundo. Pero hay algo en su expresión, un atisbo de devoción, que no puedo pasar por alto. No es el gesto de un hombre arrogante ni distante, sino de alguien que está intentando hacer frente a la tormenta que se avecina.

Yo, por mi parte, estoy furiosa, pero también confundida. No sé qué esperar, ni qué pensar. Todo ha sido tan rápido, tan caótico. Sus mentiras, sus datos ocultos… me siento traicionada y, al mismo tiempo, fascinada por cómo todo esto me afecta. No debería estar aquí, no debería sentir lo que siento.

Lo miro fijamente y, sin poder evitarlo, dejo que mi voz salga cargada de ironía, de rabia contenida.

—Hola, Luc —digo, pronunciando su nombre con la misma frialdad con la que intento mantener mi postura—. O debería llamarle… señor presidente.

La sonrisa que se forma en sus labios es casi imperceptible, pero se nota la tensión en el aire. El dolor y la curiosidad que ambos sentimos están flotando entre nosotros, como una niebla densa que no podemos disipar. Él no se altera, no se mueve de su posición, pero hay algo en sus ojos que cambia, como si se sintiera vulnerable por primera vez.

—Lucien está bien —responde con calma, sus palabras están cargadas de un tono más serio, más suave, como si estuviera buscando una conexión que aún no puede alcanzar. —Solo quiero explicarte, Carlota, quiero que sepas lo que está pasando… lo que de verdad está pasando.

Su voz suena sincera, casi demasiado sincera para lo que había esperado. Es extraño escucharle llamarme por mi nombre, sin adornos, sin artificios. Como si realmente quisiera que creyera en él, o tal vez como si me estuviera pidiendo que lo entendiera.

Me siento en la silla que tengo más cerca con mis manos aún temblando un poco por la adrenalina que corre por mis venas. No lo miro, pero escucho su respiración profunda, y sé que está esperando una reacción. Pero no sé qué quiero hacer con todo esto.

—¿Qué quieres que sepa exactamente? —pregunto, finalmente mirando hacia él, mi tono ahora es más suave, aunque aún cargado de desconfianza—. ¿Que todo lo que me dejaste ver de ti fue una mentira? ¿Que eres el presidente de Bélgica y yo he sido solo… una distracción?

Las palabras me salen más duras de lo que pensaba, como si al pronunciarlas pudiera alejar la

sensación de que, en algún lugar de mi interior, me duele. La idea de que tal vez nunca fui nada más que una simple casualidad en su vida.

Lucien da un paso hacia mí, sus ojos se suavizan, a pesar de que la tensión sigue flotando en el aire, un rayo de conflicto que no desaparece. Y aunque no lo quiero admitir, siento que de alguna manera, está a punto de decirme algo que va a cambiar todo.

Sus hombros caen levemente, como si la situación le estuviera afectando más de lo que esperaba. La calma con la que había hablado antes se ha desvanecido y ahora hay algo más vulnerable en su postura. Se pasa la mano por el pelo, como buscando las palabras correctas para explicar lo que quizás él mismo no tiene claro.

—No quería asustarte con mi verdadero nombre —dice finalmente y, aunque la suavidad en su voz es sincera, no logra deshacer el nudo de mis pensamientos.

—Quería que me conocieras por el hombre que soy, no por la figura que represento. Soy mucho más que eso, Carlota.

Sus palabras salen tranquilas pero no parece estar completamente convencido de lo que dice. Se acerca un poco más, y el espacio que había entre nosotros se hace más pequeño, como si de alguna forma quisiera que lo entendiera, o al menos, que lo escuchara.

Sin poder evitarlo, una risa baja y casi amarga escapa de mis labios. No puedo evitarlo. Su sinceridad, o lo que parece sinceridad, me confunde, me irrita aún más. Me apoyo en el respaldo de la silla, cruzando los brazos.

—No sé realmente quién eres, Lucien —le respondo, más fría ahora—. Solo sé quién has dejado ver, y eso… eso es lo que me hace dudar de todo lo que has dicho. Te felicito por la actuación. —Me río levemente, con un tono sarcástico—. Deberías recibir un premio por el papel tan bien interpretado. Me pregunto si los lugares que has fotografiado son verdad o si también son una fachada, como todo lo demás. Eres un buen presidente entonces, sabiendo interpretar tan bien un papel.

Mi mirada se fija en él con más intensidad, no porque quiera atacarlo, sino porque de alguna forma necesito comprender la verdad. Necesito saber si hay algo real detrás de todo este juego de sombras.

Lucien cierra los ojos un momento y luego sus manos se mueven a los costados como si estuviera tratando de mantenerse firme frente a la tormenta que ha desatado. No parece reaccionar con enfado, aunque podría hacerlo, en su lugar, su expresión es más resignada, también parece algo arrepentido.

—Todo lo que has visto… es real —dice con una calma tensa con su voz cargada con un leve dolor—. He estado en todos esos lugares, he vivido lo que he fotografiado, pero… no puedo tener una página personal con mi nombre. Represento un país, Carlota. No soy solo Lucien Deveraux; soy el presidente de Bélgica y esa no es una vida privada cualquiera. No puedo permitirme ser alguien más que la figura pública que todos esperan que sea.

Mis palabras salen sin que pueda evitarlo, como una ola que explota sin piedad.

—¿Y todo eso significa que, para mantener esa imagen, todo tiene que ser una mentira? ¿Que no puedes ser un hombre de verdad, con fallos, con dudas? —Mi voz se quiebra al final y no puedo

ocultar el resentimiento que siento al escuchar su justificación. —Porque si es así, Lucien, lo que estás haciendo no solo te va a llevar al fracaso, sino a tu país también. No se puede construir nada verdadero sobre mentiras, no importa cuán perfectas sean las fachadas.

Las palabras quedan flotando en el aire, pesadas, cargadas de mi frustración. Yo no sé qué quiero de él, ni si quiero seguir escuchando sus excusas. Pero en ese momento, no puedo evitar preguntarme si alguna vez, en algún rincón de su mundo, hubo algo real. Algo que no fuera un guion cuidadosamente escrito.

Lucien permanece en silencio durante unos largos segundos, como si las palabras que yo acabo de decirle le hubieran golpeado más fuerte de lo que esperaba. Sus ojos se suavizan, pero en su rostro no hay signos de ira ni de frustración, solo una calma tensa que se va haciendo cada vez más densa.

—Mi vida privada está separada de mi vida pública —dice, y aunque su tono es bajo, hay algo en su voz que me dice que lo que dice es una verdad absoluta para él. —No todo lo que ves tiene que ver con lo que soy como persona, Carlota. Pero lo que me molesta, lo que me duele, es que creas que te he engañado. Mi vida no es un juego para mí y no la utilizo para manipular a nadie.

Sus palabras caen sobre mí como una lluvia fría aún así, hay algo dentro de mí que se resiste a aceptarlas. La rabia y el dolor de la decepción lo bloquean todo. Me siento vulnerable, demasiado expuesta y no estoy segura de qué es real y qué es solo parte de un teatro al que me he metido sin querer.

—Eso es lo que haces con todas las mujeres, ¿Verdad? Le muestras tu perfil de fotógrafo de éxito y después no quieres saber nada más de ellas. Menuda farsa, te felicito. Te lo tienes bien montado.

—Eso no es verdad, jamás he mentido a nadie, contigo… fue diferente. Siempre creí que si te decía quien era huirías como estás haciendo ahora.

Miro sus ojos, profundamente, buscando alguna chispa de verdad. Lo único que encuentro es un profundo dolor que parece que no sabe cómo controlar. Mi respiración se vuelve más errática mientras pienso, siento, intento encontrar alguna lógica en todo esto. Pero lo único claro es que no puedo seguir aquí, que tengo que salir de este lugar y, sobre todo, de esta relación que nunca debería haber existido.

—No quiero hablar más contigo, Lucien —le respondo finalmente mis palabras salen firmes aunque mi garganta se cierre un poco al decirlas. —Mañana vuelvo a España. Necesito pensar en todo lo que ha pasado, necesito ordenar mis ideas.

Él no dice nada en un principio, solo me observa como si estuviera tratando de leer cada uno de mis gestos, cada una de mis palabras. Algo en sus ojos cambia, una pena que no puedo ignorar, pero esa tristeza no logra hacer que cambie de opinión. Me he cansado de vivir en este torbellino, de ser arrastrada por lo que no entiendo y lo que no quiero.

Siento su presencia más cerca y, antes de que pueda dar un paso atrás, su mano se mueve hacia mi rostro, acariciando mi mejilla con suavidad. Un toque que, aunque tierno, no hace más que aumentar la tormenta interna que siento. Cierro los ojos, conteniendo el aliento, y en mi pecho se mezcla una sensación de fragilidad que no quiero admitir. No quiero sentir esto. No quiero que el dolor y el deseo se mezclen de esta forma.

Él dice, en un susurro casi inaudible:

—Carlota… nuestra historia no ha terminado. No quiero que te vayas. No puedo dejar que esto termine así.

Al escuchar sus palabras, un nudo se forma en mi garganta. Me duele escucharlo y siento que en algún lugar de mi ser, hay una parte que realmente quisiera no estar haciendo esto, que quisiera no decir lo que le estoy diciendo. Pero tengo que ser honesta conmigo misma, aunque duela.

Abro los ojos y lo miro directamente a los de él, con la determinación que no había mostrado antes.

—Sí, Lucien, esta historia ha acabado. Y lo que tú necesitas ahora es seguir con tus cosas de… presidente. Tu vida pública. Yo necesito mi espacio, mi paz. Ya no hay nada más que discutir entre nosotros.

Sus ojos parecen vacilar, como si no supiera cómo reaccionar. Luego, una expresión de frustración cruza su rostro pero no dice nada. Solo da un paso atrás, dejándome el espacio que he pedido.

—No estás siendo justa, Carlota. No es lo que merezco… y no es lo que mereces.

Su voz se quiebra un poco al decirlo y me cuesta mantener la compostura, pero respiro hondo, empujando hacia afuera la vulnerabilidad que se apodera de mí. He tomado esta decisión y no puedo echarme atrás ahora.

—Te pido que te vayas —le digo, mi voz tiembla ligeramente por la emoción contenida, pero sale firme. —Por favor, vete.

Su expresión cambia. Hay una tristeza profunda en sus ojos, pero también una aceptación silenciosa. No dice nada más. Su postura se endurece y tras unos segundos que parecen eternos, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta.

Antes de irse, me lanza una última mirada. Sus ojos oscilan entre el dolor y el entendimiento, como si tratara de guardar cada momento, cada palabra que hemos compartido. Me parece que está diciendo adiós, pero ni siquiera yo misma sé si quiero escuchar esas palabras.

La puerta se cierra suavemente detrás de él y en este instante, noto la habitación más vacía que nunca.

Capítulo 14

Estoy sobrepasada por todo lo que ha sucedido en las últimas horas. Después de la despedida de Lucien, la tensión en mi cuerpo sigue aquí, densa, como una niebla pesada que no se quiere disipar. No tengo fuerzas ni ganas de bajar a cenar, así que le envío un mensaje al rector explicando que no me siento bien y que prefiero quedarme en la habitación para descansar. La

respuesta de Carlos no tarda en llegar: me desea pronta mejoría y le dice que si necesita algo, no dude en llamar al servicio de habitaciones.

No puedo dormir en toda la noche. Mi mente sigue corriendo a mil por hora, reviviendo cada palabra, cada gesto, cada segundo con Lucien. La mezcla de emociones me desconcierta más que nunca. No se qué esperar de todo esto, pero lo que tengo claro es que necesito un respiro. La idea de regresar a Madrid me da algo de alivio, un escape a todo lo que ha sucedido aquí en Bruselas.

Me levanto temprano, agotada, pero aún con la sensación de que el día no ha hecho más que empezar. Me arreglo meticulosamente. Mi mente sigue nublada, perdida en las complicaciones de los días pasados. Bajo al restaurante del hotel para desayunar, donde el rector ya me espera. Aunque Carlos parece estar de buen ánimo, no puedo evitar sentirme lejos, atrapada en mos propios pensamientos.

Después de un desayuno tranquilo, nos dirigimos hacia la salida del hotel. Siento alivio al pensar que pronto estaré en el coche, rumbo al aeropuerto, alejándome de todo lo que ha sucedido en estos días.

Sin embargo, al salir por la puerta del hotel, un periodista se cruza en nuestro camino. Con su cámara en mano y su mirada penetrante, no tarda en hacerme una pregunta que me deja completamente desconcertada:

—¿Es usted la nueva amante del presidente?

Me paro en seco, mi rostro palidece y un escalofrío me recorre el cuerpo. No sé cómo reaccionar. La pregunta me golpea con fuerza, como si fuera una bala directa a mi corazón. No tengo palabras, no sé qué decir, así que lo único que hago es mirarlo un segundo, espantada, y luego girarme rápidamente, entrando en el coche sin decir nada. Mi respiración se acelera mientras me siento en el asiento trasero, aún temblando por el impacto de las palabras del periodista.

El rector, sentado a mi lado en el asiento delantero, se da vuelta al oír el silencio tenso que ha quedado en el coche.

—¿Qué ha pasado, Carlota? —pregunta con tono preocupado, sin entender la escena.

Me tomo unos segundos para calmarme, respirando profundamente, y finalmente respondo, intentando mantener la compostura.

—No sé de qué habla —digo sonando más fría de lo que hubiera querido. —Simplemente se ha acercado y me ha hecho esa pregunta. No tiene sentido.

Carlos me observa un momento, desconcertado, pero no insiste. Sabe que algo más está pasando, pero decide no presionarme. El silencio se instala entre nosotros mientras el coche avanza, con la ciudad de Bruselas deslizándose por la ventana. Me siento como si todo mi mundo estuviera dando vueltas y no pudiera detenerlo.

El sonido del avión despegando es lo único que escucho, un zumbido bajo que retumba en mis oídos mientras observo a través de la ventana. La ciudad de Bruselas se va alejando poco a poco, desapareciendo entre las nubes que empiezan a envolvernos, como si todo lo que ha sucedido en estos días se desvaneciera también, difuso, casi irreal.

Sigo mirando por la ventana, pero mi mente sigue atrapada en todo lo que ha pasado. Mis pensamientos van y vienen como una tormenta, rápidos e intensos, sin descanso. No sé qué quiero, ni qué espero de todo esto. Lo único que siento ahora es la necesidad urgente de estar lejos, de darme espacio, de pensar.

Mi teléfono vibra en mi bolso y, al principio, no tengo ganas de mirarlo. Pero la curiosidad me gana, así que saco el móvil con manos temblorosas. El mensaje de Lucien está allí, en la pantalla, escrito con esa calidez que lo caracteriza, como si estuviera tratando de atravesar la distancia entre nosotros con solo unas palabras.

"Espero que tengas buen viaje, Carlota. Estoy dispuesto a esperar, quiero que pienses en todo lo que ha pasado. Creo que hay algo entre nosotros que vale la pena explorar. Estaré aquí cuando quieras volver a hablarme."

El mensaje se queda frente a mí, flotando en el aire mientras mi corazón late con fuerza en el pecho. No sé qué siento al leerlo. Una mezcla extraña de emoción, confusión y miedo. No sé si puedo seguir adelante con esto. No sé si puedo permitir que se acerque más. Pero al mismo tiempo, una pequeña parte de mí, esa parte que no quiero reconocer, se siente atraída por sus palabras, por su presencia, por todo lo que me ha dejado ver.

Respiro hondo y miro hacia fuera otra vez. La vista desde la ventana es tranquila, las nubes a lo lejos parecen infinitas. Pero por dentro, mi mente está lejos de esa calma. Mi corazón late más rápido mientras cierro los ojos un segundo, deseando que todo fuese más sencillo. No sé qué hacer con mis sentimientos, con la sensación de que he caído en algo que no sé si quiero, o si de verdad puedo manejar.

Decido no responderle.

No sé qué decir. No quiero comprometerme a nada cuando aún estoy tan perdida. Dejo el teléfono en mi regazo, como si soltarlo también soltara un poco de la presión que siento en el pecho.

El vuelo sigue su curso y el zumbido constante del avión me adormece poco a poco pero mis pensamientos no dejan de girar. La confusión, el deseo, el miedo, la emoción… todo se mezcla en mi interior y no sé cómo encontrar una salida. Por ahora, solo quiero llegar a casa, dejarlo todo atrás, y darme el tiempo que necesito para entender qué hacer con todo esto.

El resto del vuelo transcurre en un silencio inquietante, solo roto por los anuncios del capitán y el suave murmullo de los demás pasajeros. Me recuesto en el asiento con mi mente aún atrapada en la tormenta de pensamientos y emociones. La imagen de Lucien sigue allí, persistente. Sus ojos, su sonrisa, su tono tan seguro, tan… peligroso. Un presidente, un hombre con poder, con secretos. Pero también con una fragilidad que me inquieta.

Cuando finalmente llegamos al aeropuerto, el ruido de la gente, los anuncios en diferentes idiomas, las maletas que ruedan por el suelo… todo me hace sentir aún más distante de lo que acabo de vivir. El reencuentro con la realidad es brusco. El rector, siempre atento y cordial, me acompaña mientras vamos hacia el coche. No le menciono el incidente con el periodista, ni la sensación de haber sido invadida por la vida pública de un hombre al que apenas conozco. No somos amigos.

En el coche, el trayecto hacia mi casa es eterno. Todo parece borroso y ajeno. Ni siquiera

escucho mucho de lo que Carlos me cuenta sobre futuros proyectos y colaboraciones. Mi mente está centrada en una sola cosa: la respuesta que tengo que dar, el giro que mi vida podría tomar si dejo que Lucien se acerque aún más.

Cuando finalmente llego a mi casa, siento que no estoy lista para enfrentarme al ruido de la ciudad, ni a los ecos de todo lo que ha pasado. Mi teléfono sigue en silencio, sin mensajes nuevos. Algo dentro de mí esperaba que él me escribiera, pero nada llega. Tal vez eso me da un pequeño respiro, aunque la incomodidad persiste.

Me quito el abrigo, dejo caer la maleta y me siento en el sofá. Noto el vacío de mi casa pesado, como un recordatorio de lo que estoy tratando de ignorar. ¿Debería llamarlo? ¿Debería enfrentarme a la realidad de lo que significa estar con él? ¿Y si me arriesgo y me dejo llevar por esa atracción que no puedo controlar?

Esas preguntas me rondan sin cesar. Me levanto y me dirijo al baño en un intento de despejarme, de concentrarme en algo más sencillo. La ducha caliente me relaja por un momento pero apenas me ayuda a calmar la tormenta interna.

Cuando salgo, me envuelvo en una toalla y me siento frente al espejo, mirando mi reflejo. Mi mente sigue dando vueltas. Tal vez esta es la oportunidad que necesito para enfrentar lo que realmente quiero.

De repente, el sonido del teléfono interrumpe mis pensamientos. Un mensaje de Lucien. No lo había esperado, pero aquí está, justo en el momento en que estaba más vulnerable.

"Espero que hayas llegado bien, Carlota. Sé que esto no es fácil. Quiero que sepas que estoy dispuesto a esperar y a demostrarte que todo esto puede ser más que una historia pasajera."

Sus palabras me golpean de nuevo. Todo lo que he intentado evitar se me viene encima. Y aunque mi razón me dice que debería alejarme, mi corazón no para de latir más rápido cada vez que pienso en él. ¿Estoy lista para aceptar lo que él me ofrece? ¿O voy a seguir huyendo, aún sabiendo que el deseo es más fuerte que mi miedo?

Mi mano se extiende hacia el teléfono, pero algo dentro de mí me detiene. Este no es el momento para tomar una decisión apresurada. Y aunque sé que Lucien está esperándome, también sé que es mejor darme el tiempo que necesito para entender mis propios sentimientos. Por ahora, solo puedo esperar, respirar y tratar de encontrar mi camino.

Decidido. Mi carrera es lo que me ha costado años construir, lo que me define y lo que nunca puede estar a merced de una distracción por muy intensa que haya sido. Lucien, el presidente, las promesas y las complicaciones… todo eso no puede interferir en lo que he logrado hasta ahora. Lo sé con certeza, aunque mi corazón, en el fondo, aún resista.

Me pongo manos a la obra, ordenando la maleta con una meticulosidad casi automática, como si cada prenda que guardo me ayudara a quitarme de encima la carga emocional que me ha dejado todo lo vivido en Bruselas. Me concentro en cada botón, en cada pliegue de la ropa, casi como una forma de alejarme de las emociones y de la tensión acumulada. El ruido de la cremallera al cerrarse me trae una sensación de control, de regreso a mi vida, de vuelta a lo que soy.

La casa está en silencio solo se oye el sonido de mi respiración y mis pasos al caminar por la habitación. Cada rincón de la casa en la Moraleja me recuerda que este es mi espacio, mi refugio, y que aquí, lejos de las tentaciones de un mundo lleno de poder y glamour, puedo ser

simplemente Carlota.

Al llegar la noche, me siento a tomar una taza de té, como si eso pudiera aclarar mis pensamientos. La luz suave de las lámparas y el sonido tranquilo de la ciudad a lo lejos parecen darle un toque de calma a la casa. Pero incluso en la tranquilidad, mi mente sigue inquieta, buscando respuestas que aún no tengo.

Me doy una ducha reconfortante antes de irme a dormir, como si eso pudiera borrar las huellas de todo lo que ha pasado. Me siento en la cama, la misma cama que siempre ha sido un lugar de descanso y cierro los ojos aunque mi mente no para de girar.

El trabajo me espera mañana. Las investigaciones, las conferencias, los proyectos… todo eso me necesita y es lo único que me mantiene centrada en lo que realmente importa. Dejo que el sueño me envuelva, aún con la incertidumbre y la emoción de lo vivido. Mañana será otro día, y con él, mis prioridades estarán claras.

Y aunque el pensamiento de Lucien sigue ahí, en algún rincón de mi mente, me digo a mí misma que es hora de dejarlo atrás, por ahora. Mi vida y mi carrera deben ser mi objetivo. Seguiré adelante.



Capítulo 15

Me aferro a mi rutina como un salvavidas en medio de una tormenta.

Me levanto temprano, voy a la Universidad, imparto mis clases y finjo que mi mente no viaja a Bruselas cada vez que me detengo un segundo. No pienso en él. No lo hago.

Pero las noticias no ayudan. Desde que volví a Madrid, los medios no han dejado de especular sobre “la misteriosa neuróloga española” que acompañó al presidente de Bélgica en el congreso. No hay más fotos, no hay declaraciones, solo rumores. No le he contestado. No he respondido a su mensaje ni a los dos que lo siguieron. Porque si lo hago, abro una puerta que no sé si quiero cruzar.

Así pasa una semana.

Hoy, como cada tarde, recojo mis cosas y salgo del campus. El aire frío me golpea el rostro mientras camino hacia el aparcamiento. Es entonces cuando lo veo.

Lucien.

Está apoyado en un coche negro con aspecto de ser muy caro. No hay escoltas a su alrededor. Solo él. Lleva un abrigo negro largo que deja entrever una camisa blanca bajo un jersey azul. Sus ojos están cubiertos por unas gafas Ray-Ban negras y tiene los brazos cruzados. Es espectacular y está guapísimo. Todo el mundo lo mira de reojo, es inevitable.

Mi corazón se desboca y mi primer instinto es dar media vuelta, pero sus ojos me atrapan cuando

se quita las gafas lentamente. No es el presidente de Bélgica el que está ahí, es el hombre con el que pasé dos noches que no puedo olvidar.

—Carlota.

Su voz es grave, tranquila, me da un escalofrío al recordar cómo decía mi nombre en nuestros momentos íntimos. Hay algo más debajo de esa serenidad ensayada. Cansancio. Ansiedad. Necesidad.

Me detengo a unos pasos de él, tensa.

—¿Qué haces aquí?

—No podía esperar más. —Su mirada es firme—. Necesitaba verte.

Mi respiración se vuelve errática. No esperaba esto. Esperaba distancia, silencio. No su presencia imponente frente a mí.

—¿Y tu seguridad? —murmuro, mirando alrededor, sintiendo que en cualquier momento aparecerán sus escoltas.

—No los he traído. No he venido como el presidente de un país. He venido como un hombre que necesita explicarse.

¿Explicarse?

Cruzo los brazos, en guardia.

—¿Y qué quieres decirme, Lucien?

Su mandíbula se tensa.

—Que lo que sentí contigo no ha sido una mentira. Que lo que vi en tus ojos cuando me besaste esa noche no lo he visto en nadie más.

Mis labios se entreabren, pero no tengo respuesta.

—No quiero que esto termine con un malentendido —continúa y da un paso hacia mí—. No quiero perderte sin siquiera intentarlo.

Mi pecho arde, pero mi mente me grita que no. No puede ser tan simple.

Lucien extiende la mano, una súplica silenciosa.

—Hablemos. Solo eso.

Debería negarme. Debería dar media vuelta y seguir con mi vida. Pero mis dedos tiemblan cuando exhalo.

—Está bien.

Su expresión cambia. Es alivio, es esperanza. Abre la puerta del coche y yo, sin saber si estoy tomando la mejor decisión de mi vida o la peor, subo.

Lo que no sé es que esta noche cambiará todo otra vez.

El coche avanza por las calles de Madrid en silencio. No sé si he hecho bien en aceptar venir con él. Pero aquí estoy, con la mirada fija en las luces que parpadean a través de la ventana. Lucien

no ha dicho nada desde que subí. Solo me observa de reojo, como si temiera que vaya a cambiar de opinión en cualquier momento.

—¿Adónde vamos? —pregunto al fin, incapaz de soportar el silencio.

—A un lugar donde podamos hablar sin interrupciones. —Su voz es calmada, pero noto la tensión en su mandíbula.

Lo miro, desconfiada.

—Si me llevas a un hotel, me bajo aquí mismo.

Él deja escapar una leve risa, más resignada que divertida.

—No soy tan predecible, Carlota.

El coche se detiene en un semáforo y él gira el rostro hacia mí. Su mirada me atrapa. Es intensa, como si quisiera atravesar todas las barreras que he levantado.

—Quiero hablar, de verdad —insiste—. No he volado hasta aquí solo para llevarte a la cama.

Mi estómago se contrae ante la crudeza de sus palabras.

—Podrías haber llamado.

—Sabía que no me contestarías.

No lo niego. Porque es cierto.

El coche sigue avanzando y, unos minutos después, se detiene frente a un edificio discreto en el centro de Madrid. No es un hotel ni una embajada.

—¿Dónde estamos?

Lucien abre la puerta y sale antes de responder. Suspira mientras me espera junto a la acera.

—Es una propiedad privada. Aquí nadie nos molestará.

Dudo un instante, pero termino saliendo del coche. La puerta se cierra con un leve clic a mi espalda y, sin darme cuenta, ya estoy dentro de su mundo otra vez.

El apartamento es elegante y minimalista, con ventanales que dan a la ciudad ya iluminada. Nada ostentoso, nada que grite “aquí está el presidente de Bélgica”. Un refugio.

Lucien deja el abrigo en el perchero y camina hacia una pequeña barra de mármol.

—¿Vino?

—Agua.

Asiente y me sirve un vaso antes de entregármelo. Sus dedos rozan los míos y el contacto es como una corriente eléctrica que me atraviesa el cuerpo. Me aparto y me siento en un sofá de cuero oscuro.

Lucien se apoya en la barra, observándome.

—Gracias por venir.

No respondo. Solo sostengo el vaso entre mis manos mientras intento ignorar lo rápido que late

mi corazón.

—No te mentí sobre quién soy —dice tras un momento—. Solo omití mi cargo porque quería que me conocieras como Luc, no como el presidente.

—Pero tu vida es inseparable de tu cargo —le rebato, alzando la mirada—. No puedes ser solo "Luc" cuando te conviene.

Él suspira y pasa una mano por su cabello.

—Tienes razón. Pero cuando estoy contigo, quiero ser solo un hombre. No una figura pública.

Sus palabras me desarman.

—No es tan simple —murmuro, sintiéndome frustrada.

—Lo sé. —Lucien se acerca y se sienta frente a mí—. Pero no quiero que esto termine antes de haber empezado.

Mi respiración se vuelve inestable.

—¿Por qué yo? —pregunto en un susurro.

Él sonríe aunque intuyo algo vulnerable en su expresión.

—Porque contigo no tengo que fingir. Porque me miras sin expectativas ni exigencias. Porque cuando estamos juntos, el mundo desaparece por unas horas.

Un escalofrío recorre mi piel. Esto es una locura.

El apartamento es elegante, discreto y sorprendentemente acogedor. No hay nada ostentoso, pero cada detalle parece cuidadosamente elegido. Miro a mi alrededor para descargar un poco de tensión. El suelo de madera oscura contrasta con las paredes en tonos cálidos y la iluminación tenue crea un ambiente íntimo. No parece la residencia de un presidente en sus visitas, sino el refugio de alguien que busca escapar del ruido.

Desde donde estoy sentada, puedo ver un salón espacioso con un sofá de cuero negro, una mesa de centro de cristal y una librería con volúmenes en distintos idiomas. Hay una chimenea moderna, aunque apagada, y sobre ella, un cuadro abstracto en tonos azules y grises. Nada en este lugar grita "política".

Me giro hacia la cocina de concepto abierto. Minimalista, con encimeras de mármol negro y electrodomésticos de última generación, pero sin signos de uso frecuente. No hay fotos personales, ni objetos que delaten una rutina diaria. No es una vivienda habitual.

—¿Es tuyo? —pregunto, apoyando el vaso de agua en la mesa.

Lucien, que está sirviendo una copa de vino para sí mismo, levanta la vista con una leve sonrisa.

—Es un piso que puedo utilizar de vez en cuando.

Frunzo el ceño.

—¿Un refugio secreto?

Él deja la copa sobre la barra y se acerca, desabrochándose el primer botón de la camisa.

—Más bien un lugar donde nadie espera encontrarme.

Observo a mi alrededor con atención.

—No parece que pases mucho tiempo aquí.

—No lo hago. —Se encoge de hombros—. Necesitaba sentirme y que me sientas como alguien normal.

La normalidad. Algo que yo siempre he tenido y él nunca ha conocido.

Cruzo las piernas y lo miro con cautela.

—Y esta noche, ¿Quieres que finjamos que somos normales?

Lucien sonríe, pero su mirada es intensa.

—Quiero que esta noche seamos solo tú y yo. Sin cargos, sin responsabilidades.

Mi respiración se acelera. Este hombre es peligroso de la peor manera posible. Porque con cada palabra, con cada gesto, me arrastra más a su mundo.

Me pongo de pie, alejándome de la calidez de su presencia. Siento su mirada en mi espalda mientras camino hacia la ventana, observando la vista nocturna de Madrid. Las luces de la ciudad parpadean como si fueran parte de una vida que me es más cercana, más segura.

—No sé qué buscas con todo esto, Lucien —digo finalmente, sin mirarlo—. Lo nuestro no puede ser.

—¿Por qué?

Me giro y lo encuentro más cerca de lo que esperaba, con su expresión indescifrable y su copa de vino entre los dedos.

—¿De verdad lo preguntas? —suelto una risa incrédula, sacudiendo la cabeza—. Vives en otro país, en otro mundo. Eres el presidente de Bélgica, Lucien. ¡El presidente! —exagero la última palabra, como si así pudiera hacerle entender la locura de todo esto.

Él deja la copa sobre la mesa con calma y cruza los brazos.

—Y tú eres una brillante neurobióloga en España. ¿Y qué?

Lo miro con escepticismo.

—No podemos fingir que esto es normal.

—No quiero que sea normal —responde sin dudar—. Quiero que sea real.

Su voz baja y profunda, hace que un escalofrío me recorra la espalda. Me aprieto los brazos contra el pecho como si pudiera crear una barrera entre nosotros.

—No es tan simple.

Lucien da un paso hacia mí.

—No, no lo es. Pero nada que valga la pena lo es.

Cierro los ojos un instante exhalando con frustración. Este hombre tiene una forma de hablar que

desmonta mis barreras, pero no puedo permitírmelo.

—No podemos hacer esto —susurro, más para convencerme a mí misma que a él.

—Ya lo estamos haciendo.

Abro los ojos de golpe. Su mirada es intensa, determinada. No es un hombre que acepte un no fácilmente. Pero yo tampoco soy una mujer que se deje arrastrar sin pensar.

—No sé si quiero seguir con esto —confieso con el corazón latiéndome en la garganta.

Lucien se queda en silencio un momento, analizándome, como si intentara leer entre mis palabras. Luego, asiente lentamente.

—Entonces dime que me marche.

Trago saliva. Mis labios se separan pero no sale ningún sonido. Él se acerca un poco más, expectante. Solo tengo que decirlo. Solo tengo que pedirle que se vaya.

Pero la palabra no sale.

El silencio se hace insoportable. Lucien está demasiado cerca, demasiado presente y mi mente es un torbellino de pensamientos desordenados.

Esto es una locura.

La razón y la emoción pelean dentro de mí como dos fuerzas opuestas que me desgarran en direcciones diferentes. No quiero sentir esto. No quiero esta confusión, este deseo, esta absurda necesidad de dejarme llevar.

—Vete —susurro finalmente.

Lucien no se mueve. Su expresión cambia apenas, una leve sombra cruzando su mirada.

—Carlota…

—Vete —repito con más firmeza esta vez, obligándome a mantenerme erguida.

No puedo dejar que la debilidad me venza. No puedo permitirme flaquear.

Él aprieta la mandíbula, como si intentara contener una respuesta. Lo veo debatirse internamente, pero al final asiente.

—Si eso es lo que quieres…

No, no es lo que quiero.

Pero es lo que debo hacer.

—Sí —digo más fría de lo que me siento por dentro—. Es lo que quiero.

Lucien sostiene mi mirada durante unos segundos que se sienten eternos. Su expresión es dura, pero no enfadada. Herida, quizás. Pero no discute. Porque él es un hombre que entiende el poder de una decisión.

Y yo he tomado la mía.

Se gira y recoge su chaqueta del respaldo del sofá. Se la pone con movimientos pausados, casi

calculados. Me observa una última vez antes de dirigirse a la puerta.

—No voy a insistir si realmente crees que esto es un error —dice con voz grave y contenida—. Pero, Carlota…

Se detiene en el umbral, con la mano en el pomo.

—Si en algún momento te das cuenta de que también mereces algo más que solo el control… sabrás dónde encontrarme.

Y con esas palabras, se va.

La puerta se cierra y con ella, la sensación de algo que se rompe dentro de mí. Me quedo en medio del salón de un apartamento que no es el mío, con los brazos cruzados sobre el pecho, sintiendo cómo mi corazón se acelera y mi mente grita que he hecho lo correcto.

Pero entonces, ¿Por qué siento que estoy cometiendo un error?

Lucien:

Maldita sea.

Me quedo mirando a través de la ventana del coche unos segundos, viendo cómo su silueta desaparece por la calle. Se ha ido sin volver la vista atrás.

La rabia y la frustración hierven en mi interior como un incendio descontrolado. Aprieto los dientes, los puños, todo mi cuerpo está en tensión. Nunca he sido un hombre que acepte un no fácilmente y menos cuando sé que detrás de esa negativa hay algo más.

Saco el móvil del bolsillo con un movimiento brusco y marco el número de Jake.

—Sí, señor —responde al segundo tono.

—Acompaña a Carlota a su casa. No quiero que esté sola.

—¿Quiere que mantenga distancia o que intervenga y la lleve yo?

Cierro los ojos un momento. No está escapando físicamente, pero sí emocionalmente.

—No intervengas, solo asegúrate de que llega bien.

Cuelgo sin esperar respuesta y me paso una mano por el pelo, soltando un bufido de frustración. No sé cómo he llegado a este punto.

Yo, que siempre tengo el control. Yo, que manejo un país con mano firme. Yo, que he lidiado con opositores, con crisis políticas, con decisiones que podrían cambiar el rumbo de mi nación… Estoy aquí, sentado en el coche al lado de una casa cualquiera de Madrid, sintiéndome como un maldito adolescente rechazado.

Pero esto no ha terminado.

Carlota cree que puede encerrarse en su lógica, que puede protegerse tras sus barreras, pero está

equivocada. Ahora lo único que quiero es volver a mi casa y pensar. Necesito estrategia.

Porque no la voy a dejar escapar.

Arranco el coche y miro por la ventana mientras la ciudad se difumina en luces y sombras. Mi mandíbula sigue tensa. Siento la adrenalina en mi sangre, la misma que experimento antes de una negociación importante. Porque esto es una negociación, al fin y al cabo.

Carlota dice que nuestra historia es imposible. No, lo imposible es que me rinda ahora.

Ella es terca. Pero yo soy más terco.

Y si cree que puede apartarme con unas cuantas palabras afiladas, aún no me conoce en absoluto.

El teléfono vibra en mi bolsillo y salta el manos libres. Es Jake.

—¿Ha llegado? —pregunto sin preámbulos.

—Sí, está dentro —responde con su tono profesional de siempre. —La he visto entrar en la urbanización y subir a su chalet.

Me reclino en el asiento, soltando el aire por la nariz en un intento de calmarme. Bien. Al menos está a salvo.

Pero eso no me tranquiliza del todo. No después de cómo ha terminado esta noche.

—Quiero que prepares el avión —digo con firmeza. —Volvemos a Bruselas.

Jake guarda silencio unos segundos antes de responder:

—¿Tan pronto?

—No tengo nada más que hacer aquí.

O sí.

Pero ella me ha cerrado la puerta en la cara.

—Entendido —contesta. —Lo tendré listo en una hora.

Cuelgo sin decir nada más. Esto no ha terminado. Carlota cree que alejarme va a funcionar, pero se equivoca. Si necesito distancia para planear mi próximo movimiento, que así sea.

De vuelta en Bruselas, la agenda me devora desde el momento en que piso tierra. Jake y mi equipo me esperan en la pista y antes de que pueda quitarme el abrigo, ya tengo informes en la mano.

—La reunión con el gabinete económico es en una hora —me informa Elise, mi secretaria, ajustándose las gafas mientras revisa su tablet. —Después, almuerzo con el ministro de Asuntos Exteriores. A las cinco, entrevista con Le Monde sobre la crisis energética.

—Perfecto —digo con voz automática, sin prestarle demasiada atención.

Es lo que necesito. Ocupación. Trabajo. Política.

Pero, aunque intento centrarme, la imagen de Carlota despidiéndome en Madrid no me deja en paz. Esa mirada terca, esa forma de cerrar la puerta de nuestra relación sin temblarle el pulso.

Respiro hondo y camino hacia el coche oficial, escoltado por Jake y dos agentes más.

—¿Y qué quieres que haga con lo otro? —pregunta Jake en voz baja cuando nos acomodamos en el vehículo.

Lo miro de reojo.

—Con lo otro, ¿Te refieres a ella?

—Me refiero a lo que sigue en tu cabeza aunque actúes como si no estuviera ahí.

Chasqueo la lengua y miro por la ventana. Bruselas se despliega ante mí con su cielo grisáceo y el bullicio de la ciudad en pleno movimiento.

—Nada —murmuro. —De momento, nada.

Pero Jake me conoce demasiado bien como para creerme.

Porque sé que esto no ha terminado. Carlota puede pensar que ha cerrado la puerta pero yo encontraré la manera de abrirla de nuevo.

Capítulo 16

Cruzo el pasillo de la facultad con paso firme, intentando dejar atrás el cansancio que siento. Desde que volví de Bruselas, me he refugiado en mi rutina como un mecanismo de defensa. Doy mis clases, investigo, corrijo trabajos. Pero hay algo en el aire, una tensión latente que no consigo disipar.

Cuando llego a mi despacho, Jon está apoyado en el marco de la puerta con su sonrisa ladeada y su habitual aire despreocupado.

—Así que la gran doctora Herrera ha vuelto de su congreso internacional y ni siquiera ha venido a contarme nada —dice entrando sin esperar invitación.

Me acomodo en la silla, abro mi portátil y finjo revisar unos documentos.

—Ha sido intenso, muchas ponencias, reuniones, científicos brillantes… —digo con tono neutro.

—Y un presidente, por lo que he leído.

Mi cuerpo se tensa. Levanto la vista despacio y lo encuentro observándome con diversión.

—¿Qué has leído?

—Vamos, Carlota, está en todos los periódicos. “¿Nuevo romance para el presidente de

Bélgica?” —imita el tono sensacionalista de un presentador de noticias. —No tienes que contarme nada, pero… ¿es cierto?

Resoplo, cruzándome de brazos.

—No es cierto nada. Coincidimos en el congreso, hablamos, como con muchos otros asistentes.

Jon me observa con escepticismo, pero no insiste.

—Bueno, si algún día decides escribir tus memorias, avísame. —Me guiña un ojo y se despide con un gesto despreocupado.

Pero su comentario me deja inquieta. ¿Tanto ha salido en los medios?

No tengo mucho tiempo para pensarlo, porque, un par de horas después, recibo un mensaje del rector Carlos González, pidiéndome que pase por su despacho.

Cuando entro, está sentado detrás de su escritorio, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Carlota, siéntate —dice con tono cordial, aunque percibo algo más en su mirada.

Obedezco y espero.

—Verás —empieza, eligiendo sus palabras—. No quiero entrometerme en tu vida personal, pero… necesito saber si hay algo que deba preocuparme en relación con tu estancia en Bruselas.

Siento una punzada de incomodidad.

—¿A qué se refiere?

Carlos suspira y saca un recorte de periódico de su escritorio. Me lo desliza por la mesa. En la portada hay una foto de Lucien y yo saliendo del restaurante en Bruselas.

El titular es sensacionalista: *“¿Quién es la española que ha conquistado al presidente Deveraux?”*

Me tenso.

—No tiene ninguna importancia —respondo con voz contenida—. Es un malentendido.

El rector me observa con atención.

—Confío en ti, Carlota. Pero sabes cómo es la prensa. Si esto sigue creciendo, la universidad podría verse involucrada indirectamente. Solo quiero que lo tengas en cuenta.

Asiento, aunque mi mente está en otra parte.

Porque si esto ha llegado hasta aquí… ¿Qué otras consecuencias podría traer?

Cojo aire y enderezo la espalda, intentando mantener la compostura. No voy a dejar que un rumor ridículo interfiera en mi carrera.

—Carlos, esto es un error —digo con firmeza—. Coincidí con él en el congreso, sí, pero no hay nada más. Ya sabe cómo es la prensa, ven algo fuera de lo común y lo convierten en un escándalo.

El rector me observa en silencio durante unos segundos, como si estuviera calibrando mis palabras.

—Entiendo —dice finalmente—. Y no dudo de tu profesionalidad, Carlota. Solo quería asegurarme de que esto no se nos escapara de las manos.

—No hay nada que se pueda escapar de las manos porque no hay nada —insisto—. Esto desaparecerá en unos días, cuando encuentren otro tema del que hablar.

Carlos asiente y deja el recorte a un lado, como si el asunto estuviera zanjado.

—Muy bien. Confío en que no habrá más repercusiones.

Me levanto, queriendo dar por finalizada la conversación cuanto antes.

—Gracias por avisarme, rector.

Antes de salir, escucho su voz una última vez.

—Carlota…

Me giro.

—Solo un consejo: sé prudente. A veces, lo que menos esperamos puede cambiarlo todo.

Lo miro fijamente durante un segundo, luego asiento y salgo del despacho.

Mi corazón late con fuerza mientras camino por el pasillo de la facultad. No debería afectarme tanto.

Pero lo hace.

Porque por mucho que me esfuerce en negarlo, Lucien Deveraux ya ha alterado mi mundo más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Cierro la puerta de casa y dejo caer el bolso sobre la mesa del recibidor. Ha sido un día agotador. Me quito los zapatos y suelto un suspiro mientras me masajeo las sienes. Solo quiero ducharme, cenar algo ligero y dormir.

Pero justo cuando estoy a punto de dirigirme al baño, mi móvil vibra sobre la mesa.

Lucien.

Dudo un segundo antes de contestar. Sé que no debería hacerlo, que lo mejor sería ignorarlo, pero mis dedos actúan antes de que mi cerebro lo procese.

—Dime —saludo con frialdad.

—Bonsoir, ma belle —su voz grave y aterciopelada resuena al otro lado de la línea. Me estremezco aunque me esfuerzo en mantenerme firme—. Te echo de menos.

Cierro los ojos con fuerza. No. No voy a caer en esto otra vez.

—No puede ser, Lucien —respondo, seca—. No tiene sentido.

Se hace un silencio. Puedo escuchar su respiración contenida, como si intentara controlar su frustración.

—¿De verdad puedes decirme eso después de todo? —su tono ha cambiado, ahora es más áspero, herido—. No estoy dispuesto a fingir que lo nuestro no ha pasado.

—Pues hazlo. Porque es lo mejor —suelto, sintiendo un nudo en el pecho—. Lo que ocurrió en Bruselas fue un error.

—Un error… —repite con incredulidad—. Carlota, no mientas, ni a mí ni a ti misma.

Me paso una mano por la frente, agobiada. No quiero tener esta conversación.

—La noticia ha llegado a España, Lucien. Me han preguntado en la universidad, en mi propio despacho —mi voz tiembla de rabia—. ¿Te das cuenta de lo que significa? No puedo permitirme esto.

Él maldice en francés, furioso.

—Me encargaré de ello —afirma con decisión—. No permitiré que te veas perjudicada por mi culpa.

—No puedes controlarlo todo —le espeto—. Ni la prensa, ni lo que piensen los demás… ni a mí.

Se queda en silencio un momento, como si estuviera procesando mis palabras.

—Dame tiempo, Carlota —su tono es más bajo, más íntimo—. Déjame demostrarte que esto puede funcionar.

No. No puede.

Pero no soy capaz de decírselo en voz alta.

—Tengo que colgar —murmuro finalmente.

—Duerme bien, chérie.

Cuelgo sin responder.

Y, por mucho que lo intento, esa noche no logro conciliar el sueño.

Intento concentrarme en la pantalla del ordenador, en los artículos que tengo que revisar, en los correos pendientes, en los datos de la investigación que debo analizar. Pero mi mente está en otra parte.

Cada pocos minutos, sin poder evitarlo, desvío la mirada hacia la esquina del escritorio donde está mi móvil. Como si una fuerza invisible me empujara deslizo los dedos por la pantalla y abro el buscador.

Lucien Deveraux.

Aparecen titulares recientes. Muchos.

Respiro hondo antes de empezar a leer. La mayoría son artículos de política, análisis sobre su liderazgo, sus próximos movimientos en el Parlamento. Pero entonces, deslizo la pantalla y ahí están: las revistas del corazón.

“El presidente más codiciado de Europa: Lucien Deveraux, un soltero de oro con una agenda muy ocupada.”

“Rumores sobre un nuevo romance entre el presidente y la bellísima Corine Valhart.”

La foto que acompaña el artículo me golpea más de lo que quiero admitir. Lucien. Impecable en un esmoquin negro, con una sonrisa encantadora, de esas que derriten a cualquiera. A su lado, una mujer alta y sofisticada, con un vestido de satén azul que se ajusta a la perfección a su esbelta figura. Corine Vashart, hija de un importante empresario belga, exmodelo y, al parecer, una de las habituales en los círculos cercanos a Lucien.

Mi estómago se revuelve. No. No puede importarme.

Pero lo hace.

Con el ceño fruncido, sigo leyendo. Otro artículo habla de su familia, de su hermana Isabelle, que al parecer es discreta y elegante, una mujer con una vida intachable. Todo en torno a él parece tan… perfecto.

Todo tan fuera de mi alcance.

Apago la pantalla de golpe, como si con ese gesto pudiera alejar el malestar que se me ha instalado en el pecho. ¿Qué estoy haciendo?

Yo no soy así. No soy de las que se torturan con fotos en revistas. No soy de las que se quedan colgadas de un hombre imposible.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Apretando los labios.

Sintiendo celos de una mujer que ni siquiera conozco.

Mi móvil vibra sobre el escritorio y veo el nombre de Clara en la pantalla.

—Hola —respondo con un suspiro, apoyándome en el respaldo de mi silla.

—¡Carlota Herrera! —exclama mi hermana con un tono entre divertido y acusador—. ¿Desde cuándo sales en las revistas? ¿Me puedes explicar qué demonios está pasando?

Cierro los ojos un segundo y me paso una mano por la frente. Sabía que este momento llegaría.

—No es nada —digo, con la voz más indiferente que puedo fingir—. Solo estuve en un congreso en Bruselas y ya sabes cómo son los medios, exageran cualquier cosa.

—Ajá. ¿Y cómo encaja el presidente de Bélgica en todo esto? —pregunta con malicia—. Porque te recuerdo que hay fotos vuestras juntos, y no parecen exactamente fotos de una reunión académica.

Aprieto los labios. Claro que las ha visto. Todo el mundo las ha visto.

—No es lo que piensas.

—¿Y qué pienso? —pregunta con picardía—. ¿Que una prestigiosa catedrática de neurobiología ha logrado derretir el corazón del hombre más codiciado de Europa?

Pongo los ojos en blanco.

—Clara, por favor…

—Lo digo en serio, Car —su tono se suaviza—. ¿Por qué te cierras tanto? No importa de dónde sea, ni a qué se dedique. Si sientes algo por él, deberías darle una oportunidad.

Respiro hondo, tratando de mantener la calma.

—No es tan simple —le digo—. No es solo un hombre cualquiera, es un presidente. Vive en otro país, tiene otra vida, otras prioridades. Estas cosas no funcionan en la realidad, solo en las películas románticas.

—Claro que funcionan. Si dos personas quieren estar juntas, pueden superar cualquier obstáculo.

Me río con amargura.

—¿Quieres que te explique qué es lo que realmente ocurre cuando alguien cree estar enamorado?

—No, Carlota, no me vengas con una charla científica…

Pero ya estoy en marcha.

—El amor es una reacción química en el cerebro. La dopamina, la oxitocina y la serotonina nos hacen sentir eufóricos, apegados, obsesionados. Pero todo eso tiene una base biológica, no es destino, no es magia, no es algo superior. Es solo ciencia. Un impulso primitivo diseñado para la reproducción y la supervivencia de la especie.

—¿Y qué? —me interrumpe Inés—. ¿Eso lo hace menos real?

Abro la boca para responder, pero me quedo en silencio.

—Carlota, por favor —continúa—. No puedes pasarte la vida analizándolo todo con microscopio. A veces hay que sentir, arriesgarse.

Miro por la ventana de mi despacho. El cielo de Madrid está despejado pero yo me siento envuelta en una tormenta.

—No quiero hablar de esto —digo al final, con un susurro.

Mi hermana suspira.

—Solo piénsalo, ¿vale? No te cierres.

—Hasta luego, Clara.

Cuelgo antes de que pueda insistir más.

Me quedo un momento mirando el móvil en mi mano.

Luego lo dejo boca abajo sobre la mesa y vuelvo a centrarme en mis investigaciones.

Porque eso es lo único que realmente importa. O al menos, eso quiero creer.

Intento concentrarme mientras camino por los pasillos de la universidad con mis tacones resonando con determinación sobre el suelo de mármol. No voy a pensar en Clara. No voy a pensar en lo que me ha dicho.

Entro en el aula y dejo mi maletín sobre el escritorio con un gesto preciso. Al alzar la vista, encuentro a mis alumnos ya instalados, algunos revisando notas, otros murmurando entre ellos.

—Buenos días —saludo con voz firme mientras me coloco la bata sobre los hombros—. Hoy vamos a continuar con el estudio de la neuroplasticidad y su impacto en la recuperación de

lesiones cerebrales.

Comienzo a hablar con la seguridad que me caracteriza, sumergiéndome en la materia. Explico casos clínicos, estudios recientes, hipótesis sobre cómo el cerebro puede reconfigurarse para adaptarse a los cambios. Algo en mi interior se remueve al pronunciar esa palabra. Reconfiguración. ¿Puedo yo hacer lo mismo? ¿Adaptarme?

Sacudo esos pensamientos de mi cabeza y sigo adelante con la clase. Cuando llega el turno de preguntas, una joven levanta la mano en la última fila.

—Doctora Herrera, tengo una duda.

Asiento, indicándole que continúe.

—Sobre el Congreso de Bélgica… Usted habló de la influencia de las emociones en la plasticidad cerebral. ¿Cree que las emociones pueden reconfigurar completamente la forma en la que funciona nuestra mente?

Sé perfectamente lo que está haciendo. No es una pregunta inocente. Es una forma elegante de traer a colación lo que ha salido en las noticias. Mis alumnos no son ajenos a lo que circula en los medios, y aunque esta chica lo disfraza de curiosidad académica, puedo notar el brillo malicioso en sus ojos.

Respiro hondo y mantengo mi expresión neutra.

—Las emociones tienen un impacto significativo en la plasticidad cerebral —respondo con calma—. Sabemos que experiencias intensas pueden modificar conexiones neuronales y alterar patrones de pensamiento. Pero eso no significa que debamos dejarnos llevar sin control. Nuestro cerebro también es capaz de racionalizar y tomar decisiones lógicas, más allá de la efervescencia emocional.

Algunos estudiantes asienten, otros intercambian miradas. No les he dado la respuesta morbosa que querían.

Cierro mi maletín con un movimiento fluido.

—Eso es todo por hoy. Nos vemos la próxima clase.

Recojo mis cosas y salgo del aula con la cabeza alta, ignorando los susurros a mi espalda. Pero mientras camino por los pasillos, la pregunta sigue resonando en mi mente ¿Pueden las emociones reconfigurar por completo nuestra forma de pensar?

Me gustaría decir que no. Pero empiezo a temer que la respuesta sea distinta.

El sol del mediodía brilla con fuerza cuando salgo por las puertas de la facultad, lista para dirigirme a casa y tratar de despejar mi mente. Pero entonces los veo.

Una nube de periodistas se agolpa en la entrada, cámaras en alto con sus micrófonos apuntándome como si fueran armas cargadas. Sus voces se superponen en un caos ensordecedor:

—¡Doctora Herrera! ¿Qué nos puede decir sobre su relación con el presidente Deveraux?

—¿Desde cuándo se conocen?

—¿Es cierto que estuvo con él en Bruselas?

—¿Es usted su nueva amante?

—¿Qué piensa de su supuesta relación con Corine Valhart?

Mi cuerpo se paraliza. No puedo moverme. No puedo reaccionar. Mi mente, tan acostumbrada a procesar información con lógica y rapidez, se vuelve un vacío absoluto. ¿Cómo han llegado hasta aquí? ¿Cómo han sabido mi horario?

Una cámara se acerca demasiado y doy un paso atrás, chocando con la puerta de cristal. Estoy atrapada. El nudo en mi garganta se aprieta hasta el punto de asfixiarme.

De repente, una mano firme me agarra.

—¡Vamos! —La voz de Jon retumba cerca de mi oído.

Siento su agarre cálido en mi muñeca y, antes de que pueda reaccionar, me está arrastrando a través de la multitud. Su altura y complexión imponente le permiten abrirse paso entre los periodistas, bloqueando sus intentos de acercarse más.

—No hay nada de lo que hablar —gruñe con tono tajante.

Me aferro a él como un náufrago a un salvavidas mientras avanzamos entre cámaras y flashes cegadores. Me siento expuesta. Vulnerable.

Por fin llegamos al coche de la facultad. Jon abre la puerta y prácticamente me empuja dentro antes de cerrar de golpe y rodear el vehículo para entrar por el otro lado.

Me tiembla el pulso. No he dicho ni una sola palabra.

Jon enciende el motor y arranca, saliendo de allí a toda velocidad. Solo cuando dejamos atrás la universidad y los periodistas desaparecen del retrovisor, me atrevo a cerrar los ojos y dejar escapar un suspiro tembloroso.

Jon me observa de reojo, con el ceño fruncido.

—¿Quieres decirme qué demonios ha sido eso?

No puedo contestar. No sé qué decir. Lo único que sé es que el nudo en mi garganta no desaparece. Y que, por primera vez en mi vida, no tengo el control de nada.

Apoyo los codos en mis piernas y me cubro la cara con las manos, tratando de calmar el torbellino de emociones que me asfixia. No puede estar pasando esto. No a mí. No a Carlota Herrera, la mujer que siempre ha tenido el control absoluto de su vida.

Siento el coche en movimiento, pero no sé a dónde vamos. Solo escucho mi propia respiración entrecortada y los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos.

—Eh, tranquila —la voz de Jon es baja, calmada, como si hablara con alguien a punto de romperse—. Respira, ¿vale? No dejes que te afecte.

Siento su mano en mi espalda, dándome un leve toque de apoyo. No me aparto. No puedo apartarme.

—Esto es una locura —susurro, con la voz quebrada.

—Lo es. Pero ya sabes cómo es la prensa. Siempre buscan algo de lo que hablar.

Levanto la cabeza y lo miro con incredulidad.

—¡Pero no soy famosa, Jon! No soy una actriz ni una cantante, soy una maldita neurobióloga. ¡Esto no debería estar pasándome!

Jon suspira y le dice algo al chófer.

—Da una vuelta más, que se calme un poco.

El coche sigue en movimiento. Me paso una mano por la cara, sintiéndome agotada.

—Voy a ir contigo a casa. No quiero que estés sola con todo esto en la cabeza —dice Jon con firmeza.

Lo miro sin saber qué decir. No quiero estar sola, pero tampoco quiero hablar. Asiento en silencio.

Jon se recuesta en el asiento y mira por la ventana.

—No te preocupes, Herrera. Vamos a salir de esta.

Ojalá pudiera creerle.

Llegamos a la entrada de mi urbanización y respiro aliviada ya que aquí no pueden entrar, es una zona residencial privada y muy vigilada. Llegamos a casa y Jon me dice que me de una ducha mientras él prepara algo de comer.

La ducha me sienta fenomenal y relaja mis músculos. Bajo al salón y huele genial. Ha preparado unos filetes de ternera con una ensalada variada. Riquísimo.

Jon me escucha con atención mientras corta un pedazo de pan. Su expresión es neutra, pero lo conozco lo suficiente para saber que está analizando cada una de mis palabras.

—Así que… una simple cena —repite con escepticismo, llevándose un bocado a la boca.

Asiento y aparto la mirada, concentrándome en mi plato.

—Eso parece. Pero ya ves cómo es la prensa. Sacan conclusiones sin sentido y ahora estoy en medio de este circo.

Jon deja el tenedor sobre la mesa y me observa con detenimiento.

—¿Y por qué a ti? ¿Por qué justo tú? —inquiere con curiosidad—. Quiero decir, si el presidente de Bélgica cena con alguien, no es noticia mundial… a menos que haya algo más detrás.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo antes de responder.

—No lo sé, Jon. Tal vez porque soy española y mi presencia en el Congreso era pública. Tal vez porque no esperaban verlo con alguien que no pertenezca a su círculo habitual.

Jon ladea la cabeza, estudiándola.

—O tal vez porque hay algo que no me estás contando.

Me tenso, pero me obliga a mantener la compostura.

—No hay nada más que contar —digo con firmeza, dando un último sorbo a mi agua—. Y sinceramente, me gustaría olvidarme de este asunto lo antes posible.

Jon me observa un momento más y, finalmente, suspiro.

—De acuerdo. Pero si necesitas hablar… o si vuelven a acosarte esos buitres, avísame.

Le dedico una pequeña sonrisa, agradecida por su apoyo, aunque en el fondo se que no ha terminado de convencerlo. Ni siquiera yo misma estoy segura de lo que estoy sintiendo en este momento.



Capítulo 17

Lucien:

Estoy en mi despacho cuando Jake entra sin anunciarse. Su rostro serio me advierte de inmediato que no trae buenas noticias.

—Los periodistas españoles han empezado a acosar a Carlota —dice sin rodeos—. La esperaron fuera de la universidad y la siguieron hasta su casa, pero no pudieron entrar. La urbanización está bien protegida.

Cierro los ojos un momento, apretando la mandíbula. Esto era justo lo que quería evitar. Lo que temía que pasara.

—¿Está bien? —pregunto con voz tensa.

—Sí, al menos físicamente. Un colega suyo la ayudó a salir de allí y la llevó a su casa.

Mis dedos tamborilean contra el escritorio mientras intento contener la frustración que empieza a arder en mi interior. Sabía que la exposición mediática sería un problema pero ver cómo la prensa la acorrala y la despoja de su privacidad… eso me enciende por dentro de una manera que no esperaba.

—Esto no puede continuar así —murmuro, levantándome de mi silla—. Necesito hacer algo.

Jake me mira con cautela.

—Si me permite decirlo, señor, cuanto más se involucre, más interés generará. Si hace un comunicado, la atención será aún mayor.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Y qué propones? ¿Que la deje sola en medio de este caos?

Jake suspira y se cruza de brazos.

—Digo que hay que ser estratégicos. No puede aparecer en España como un caballero medieval

a rescatarla. Pero tal vez… pueda hacer que la presión desaparezca de otra manera.

Sus palabras se quedan flotando en el aire mientras mi mente trabaja a toda velocidad. Necesito protegerla. Necesito que la dejen en paz. Pero, sobre todo, necesito verla.

—Prepárame una llamada con mi equipo de comunicación —ordeno—. Vamos a resolver esto a mi manera. Y otra cosa… —Lo miro fijamente—. Quiero que me consigas un vuelo a Madrid. Hoy mismo.

El tono de llamada suena tres veces antes de que alguien conteste. Pero no es Carlota.

—¿Sí? —responde una voz masculina con un deje de hostilidad.

Mi cuerpo se tensa al instante. ¿Quién demonios es este?

—¿Dónde está Carlota? —pregunto sin rodeos.

—En la ducha.

Silencio.

Aprieto la mandíbula. No me gusta nada esto.

—Dile que la llama Lucien Deveraux. Esperaré.

—No creo que quiera hablar contigo, Deveraux —su voz es cortante, casi desafiante—. Ya le has causado suficientes problemas. Déjala en paz.

¿Quién demonios se cree este imbécil para decirme lo que tengo que hacer?

—Mira, no tengo ni idea de quién eres, pero el teléfono no es tuyo y lo que pase entre Carlota y yo no es asunto tuyo —le espeto con un tono gélido—. Así que pásamela. Ahora.

Escucho un resoplido desde el otro lado.

—No. Déjala tranquila.

Y entonces… me cuelga.

La rabia me sube en oleadas. Mis manos aprietan el móvil con tanta fuerza que apenas soy consciente del momento exacto en el que lo lanzo con furia contra la pared. El sonido del impacto resuena en el despacho, y la carcasa del teléfono se hace añicos sobre la alfombra.

Jake, que estaba a un par de metros, alza una ceja.

—¿Problemas?

Lo fulmino con la mirada.

—Consígueme otro teléfono. Y adelanta mi vuelo. Me voy a Madrid esta noche.

El reloj marca las cuatro en punto cuando Corine irrumpe en mi despacho, como si este lugar fuera suyo. Como si yo fuera suyo.

Va impecable, como siempre. Vestido de alta costura, perfume caro…. y esa mirada calculadora

que usa para medir a las personas como si fueran piezas en su tablero de ajedrez. Se acerca con paso seguro y sin pedir permiso se sienta en el sillón de enfrente, cruzando las piernas con una elegancia estudiada.

—Estás difícil de ver últimamente, Lucien —su voz es un ronroneo envuelto en reproche.

Me recuesto en mi silla con gesto cansado. No tengo paciencia para esto.

—Estoy ocupado, Corine. Lo sabes mejor que nadie.

Ella ladea la cabeza y sonríe con ese aire de seguridad absoluta que siempre la ha caracterizado.

—Siempre estás ocupado. Pero cuando se trata de ciertas compañías… parece que sí encuentras tiempo.

Mis ojos se estrechan. Sé exactamente a dónde quiere llegar.

—Si tienes algo que decir, dilo.

—Oh, por favor, Lucien —se inclina sobre el escritorio, dejando que su perfume inunde el espacio entre nosotros—. No me trates como a una idiota. Todo el país está hablando de la doctora española. La misteriosa mujer que ha logrado lo que tantas no pudieron.

La manera en que lo dice, con una mezcla de burla y resentimiento, me enerva.

—No tengo que darte explicaciones sobre mi vida, Corine.

Ella ríe suavemente y se recuesta en su silla, estudiándome con la mirada afilada de quien cree que tiene la ventaja.

—No necesito que lo hagas. Sé perfectamente cómo va a terminar esto.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Ah, sí? Ilumíname.

Sus labios se curvan en una sonrisa que no me gusta nada.

—Lo nuestro es inevitable, Lucien. Siempre lo ha sido. Desde que éramos niños. Nuestras familias, nuestra historia, nuestra posición. Tú y yo estamos hechos para esto. Y esa mujer… —su rostro se ensombrece por un segundo— es solo un desliz pasajero.

La furia me sube por dentro pero la mantengo a raya. A duras penas.

—¿Es eso lo que crees?

Corine se inclina hacia mí, con una mirada intensa, casi devoradora.

—No es lo que creo. Es lo que es.

La miro fijamente.

—Te equivocas.

Su sonrisa se borra por un instante, pero se recupera rápido.

—No, Lucien. Eres tú el que está equivocado. Y tarde o temprano, lo vas a entender.

Se levanta con la misma elegancia con la que entró y se arregla el abrigo con un gesto ensayado.

—Cuando termines con ella, aquí estaré —dice con una certeza helada antes de girarse y salir por la puerta, dejándome con la mandíbula apretada y los puños cerrados.

Que Dios me ayude, porque si alguien sigue insistiendo en decirme lo que tengo que hacer con mi vida, voy a perder la maldita cabeza.

La puerta apenas ha terminado de cerrarse tras Corine cuando Jake entra con su expresión severa de siempre. No necesito que hable para saber que viene a decirme algo que no me va a gustar.

—Lucien —su tono es firme, profesional—. Tenemos que hablar.

Me paso una mano por el pelo, frustrado.

—Si es sobre la prensa, ya sé que están como buitres con este asunto.

—No es solo la prensa. Es todo el maldito país. —Jake se cruza de brazos—. Los asesores están esperándote para discutir cómo vamos a solucionar esto. Y, con todo respeto, tienes que empezar a tomar decisiones.

Lo miro, sintiendo la presión creciente en mis sienos.

—¿Desde cuándo mi vida privada es un tema de Estado?

—Desde que te vieron con la doctora Herrera —su respuesta es seca—. Sabes cómo funciona esto. No eres un hombre común, Lucien. No puedes actuar como si lo fueras.

Aprieto la mandíbula y suelto un suspiro. No quiero tratar esto como un problema político. Pero sé que si no lo hago, otros lo harán por mí.

—Dales veinte minutos.

—Te esperan en la sala de juntas —asiente Jake y sale de la habitación.

Los asesores están sentados alrededor de la gran mesa de madera oscura cuando entro. Mi jefa de comunicación, Margot Legarde, está al frente. Es una mujer impresionante, con un aire de confianza que no necesita demostrar. Morena, alta y con unos ojos azules tan fríos como letales cuando está en su modo de estratega.

—Señor presidente —saluda, formal—. Vamos a ir directos al grano .

Tomo asiento sin responder, indicando con un gesto que continúe.

—La noticia de su relación con la doctora Herrera ha generado un impacto positivo en la opinión pública —empieza, deslizando unos informes sobre la mesa—. Las encuestas han subido un 7% en las últimas 24 horas.

Levanto una ceja, sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque la gente lo ve humano —interviene otro asesor—. Se aleja de la imagen de político distante e inaccesible. La doctora Herrera es una académica respetada, española, sin escándalos ni conexiones sospechosas. Es, en pocas palabras, una pareja ideal.

Me río con ironía.

—Parece que se han olvidado de preguntarle a ella si quiere ser parte de este circo.

Margot entrelaza los dedos sobre la mesa y me observa con calma calculada.

—Eso es lo que debe definir usted, presidente. Si esta relación es seria, el consejo es seguir adelante y hacerlo público de manera oficial. Si no lo es, tendrá que desvincularse de inmediato para evitar más daño mediático.

Sus palabras son como un golpe directo.

—Esto no es una estrategia de campaña —digo, con un tono más afilado de lo que pretendía—. Es mi vida.

—Exacto —responde Margot sin inmutarse—. Y la vida de un presidente no es solo suya.

Silencio.

Me recuesto en la silla, sintiendo que las paredes se cierran.

Carlota no me quiere cerca. No después de cómo han salido las cosas. Pero la idea de dejarlo estar… de simplemente fingir que todo esto nunca pasó… me revuelve el estómago.

—Piénselo bien, presidente —dice, inclinándose ligeramente hacia mí—. Porque en estos momentos, usted no es el único que tiene el poder de decidir.

Mis ojos se endurecen.

Oh, pero sí lo tengo. Y voy a usarlo.

Carlota:

La cuchara golpea suavemente el borde del cuenco mientras revuelvo el puré sin demasiado interés. Lola, mi asistenta, ha dejado la cena lista antes de irse, pero apenas he comido unas cucharadas. No tengo hambre.

Los últimos días han sido un caos con la prensa en la puerta de la Universidad, las miradas inquisitivas de mis colegas y la tensión constante de sentirme observada. No sé qué hacer.

Justo cuando suspiro y dejo la cuchara sobre el plato, el teléfono suena. Me sobresalto un poco y lo miro con recelo antes de cogerlo. Su nombre brilla en la pantalla.

Lucien.

Dudo por un segundo. No debería contestar. Pero mis dedos parecen tener voluntad propia, y antes de darme cuenta, el móvil ya está pegado a mi oído.

—Hola.

—Bonsoir, Carlota. —Su voz es profunda, suave. Como un murmullo que me envuelve.

Cierro los ojos un instante, intentando que el sonido de su voz no me afecte.

—¿Por qué llamas?

—Porque quiero oírte. Y porque sé que estás preocupada.

Exhalo despacio y miro la cena sin probar sobre la mesa.

—Lucien… no sé qué hacer. —Mi voz es un susurro.

—No tienes que hacer nada —responde con seguridad—. Yo me encargaré.

Me río con amargura.

—Por mucho que seas el presidente, no puedes cambiar lo que ya ha pasado. La caja de Pandora está abierta.

—Tal vez no pueda cerrarla, pero sí puedo controlar lo que salga de ella —su tono es firme, decidido—. No dejaré que esto te haga daño.

Un escalofrío me recorre la espalda. Siempre habla como si pudiera con todo. Como si el mundo entero se doblegara ante su voluntad.

—Lucien, no se trata solo de la prensa —murmuro—. Tú y yo vivimos en mundos diferentes. No tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo.

Su respuesta es inmediata, intensa. Me muerdo el labio.

—Solo dame tiempo, Carlota. Espera.

—¿Esperar qué?

—A que lo solucione. A que pueda demostrarte que esto no tiene que ser un problema.

Su voz es tan segura, tan convencida, que una parte de mí quiere creerle.

Cierro los ojos, sintiendo la opresión en el pecho. No quiero volver a ilusionarme.

—Tengo miedo —admito en un susurro.

Lucien tarda un segundo en responder, y cuando lo hace, su tono es más suave, más íntimo.

—No voy a hacerte daño.

Mis dedos aprietan el móvil con fuerza.

—Es tarde, Lucien. Tengo que descansar.

—Duerme bien, mon amour.

Cuelgo antes de que pueda decir algo más.

Me quedo con el móvil entre las manos, el corazón desbocado, mirando la pantalla negra.

¿Qué voy a hacer contigo, Lucien Deveraux?

El sonido de los nudillos contra la puerta resuena en la casa en mitad del silencio. Miro el reloj en la mesilla: las once de la noche.

Frunzo el ceño y cierro el libro que estaba leyendo. ¿Quién podrá ser a esta hora? ¿Y cómo ha pasado sin que me llame el guardia de seguridad?

Me levanto de la cama y me pongo una bata de seda sobre el camisón. Bajo las escaleras descalza, con el ceño fruncido, pensando que tal vez sea el guardia de seguridad de la urbanización. Quizás quieran comprobar algo.

Pero cuando miro por la mirilla, mi corazón se detiene.

Lucien.

Está ahí, de pie, con su abrigo negro y las manos en los bolsillos, con una mirada intensa que parece atravesar la puerta.

¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Por qué está aquí?

Dudo un segundo, pero mis dedos ya están bajando la manivela.

Apenas abro la puerta, él se abalanza sobre mí y me besa.

—Dios, te he echado de menos.

Sus labios caen sobre los míos con una necesidad feroz, como si hubiese estado conteniendo este momento durante días. Me quedo sin aliento.

Sus manos se aferran a mis muslos y, sin esfuerzo, me levanta, haciendo que mis piernas se cierren automáticamente alrededor de su cintura.

—Lucien… —jadeo contra sus labios, entre besos entrecortados.

Pero él no me deja hablar. No quiere que hable. Quiere que sienta.

Cierra la puerta de una patada y avanza conmigo en brazos, sin dejar de besarme, sin dejar de hacerme sentir que me ha echado de menos tanto como yo a él.

Y, por primera vez en días, dejo de pensar.

Lucien:

Entro bruscamente, arrollándola como un tren de mercancías. La levanto sin detenerme y cierro la puerta de una patada.

Esta vez, cuando la inmovilizo contra la puerta con las caderas, mi boca se estrella contra la suya silenciando cualquier protesta, cualquier comentario sarcástico y cualquier conversación entre ambos.

Esta boca lleva semanas atormentándome con observaciones agudas y palabras sarcásticas. En qué momento pensé que ella podría ser tierna y sumisa. No, Carlota Herrera contraataca. Y cuando le meto la lengua en la boca a la fuerza y ella suelta un gemido demoledor, me doy cuenta de que por fin voy a descubrir hasta qué punto hago que Carlota se moje.

Esta noche. Ahora. Por fin. Después de tanto tiempo.

No me la he ganado. No la merezco. Pero, por una vez en la vida, eso no va a impedirme coger lo que deseo. Lo que necesito. Soy el hombre, no el presidente.

—Dime qué quieres —susurra ella, rodeando mi cintura con los muslos, como si fuera un caballo al que estuviera espoleando para que fuera más rápido—. Dime qué puedo darte.

Cierro los ojos, disfrutando de la sensación de tenerla pegada a mi, y niego con la cabeza. Esta noche es mía.

—Querrás decir qué necesito. Y si te dijera todo lo que quiero hacerte, saldrías corriendo.

—Prueba a ver.

Mi miembro palpita encajado contra estas dichosas bragas negras que lleva debajo mientras se me pasan un montón de imágenes por la mente.

—Necesito chuparte los pezones tan fuerte y durante tanto tiempo que se te pongan duros cada vez que me veas. —pronuncio estas palabras como si tuviera la garganta llena de fragmentos de cristal —. Necesito hacer mío tu coño con la boca y con la polla. Necesito sentir cómo te corres en mi mano, en mi lengua, alrededor de mí. Necesito correrme tan dentro de ti que no consigas olvidarlo.

Carlota tiembla pegada a mí como si tuviera frío, pero la piel le arde por todo el cuerpo—. Necesito inclinarte hacia adelante y bajarte estas bragas mojadas para azotarte hasta dejarte el culo rojo. —le digo mientras rozo con mis dedos sus partes íntimas.

Este es el momento en el que ella se echará a reír o se pondrá a llorar.

Esta es la parte en la que me dice que estoy enfermo. Aun así, mientras contengo la respiración esperando su rechazo, me siento aliviadísimo por haber pronunciado por fin estas palabras. Por haber revelado finalmente mi necesidad de ella.

Carlota me interrumpe con la boca. Me atrae hacia ella y me besa como si se estuviera ahogando y solo yo pudiera salvarla. Vuelve a temblarle todo el cuerpo de tal forma que le entran ganas de disculparme por la confesión mientras le hago todas las guarradas con las que he fantaseado.

Se echa hacia atrás y me mira estupefacta, con los ojos brillantes.

—Vale. Venga, hagamos todo eso —dice con voz sensual.

Gruño.

—No puedes estar hablando en serio. —Es imposible que lo esté haciendo. Ella no entiende en qué se traducen todos esos momentos de anhelo, si me da libre acceso a su cuerpo. Carlota se lanza hacia delante y me muerde el labio inferior.

Saboreo la sangre.

—Esta es la parte en la que me dices que me largue —susurro.

Levanta los párpados y sus ojos marrones me desnudan el alma. La embisto con las caderas.

Suelta un pequeño jadeo que es como música para mis putos oídos.

—No me estás escuchando. Te he dicho que quiero utilizarte, destrozarte.

—Pues ya puedes ir empezando. —No se está burlando de mí. Lo está diciendo en serio.

—No es una broma,Carlota. Como empiece, no sé si podré parar.

—No quiero que pares. Quiero que confíes en mí y que tomes todo lo que desees.

«Joder. Joder. Joder».

Esa palabra se repite en mi cabeza mientras la sangre palpita dolorosamente en mi miembro.

Entreabre los labios como si supiera que el mero hecho de imaginarme la pone más cachonda.

Como si la tentación de verla acorralada contra una pared, jadeando, no fuera suficiente, agarro el amplio escote de su camisón y tiro de él hacia abajo.

Estoy perdido. Lo sabe. Estos pechos suaves y redondos con sus pezones erectos es la última patada en los huevos que puedo soportar. La levanto un poco más con otro empujón brusco y fuerte. Resuella como un caballo después de una larga carrera mientras me acerco cada vez más a ella. Le doy un largo lametón a ese pico rosado. Este pequeño anticipo hace que una descarga eléctrica me recorra todo el cuerpo.

Son perfectos. Redondos, tersos y firmes. Y estos preciosos pezones rosados me están pidiendo a gritos que los lama. Les concedo el deseo y, después de bañarlos a ambos con mi lengua áspera, me meto uno entero en la boca. Succiono para meter la punta más adentro y azotarlo con la lengua.

—Luc —susurra, enredando los dedos en mi pelo.

—No te olvides de respirar, corazón.

—Por favor, no pares —me suplica, retorciéndose contra mi.

La apartó de la puerta y la llevo hacia la luz. Quiero verla. Quiero memorizar cada momento de esta noche para poder recordarla durante el resto de mi vida.

Estrecho la cara de Carlota entre mis manos mientras me besa y me mordisquea los labios.

Recupero el control del beso metiéndole la lengua hasta el fondo, como pienso hacer con este coño húmedo y apretado que tengo reservado solo para mi.

Joder. Hay tantas cosas que quiero hacerle... que necesito hacerle. Es el bálsamo de mi estresada agenda, de mi estresada vida como presidente.

Como si me hubiera leído el pensamiento, se aparta y le estrujo las mejillas con una mano.

—Esta no va a ser la última vez. ¿Queda claro?.

Asiente, sin fiarse de su propia voz.

—Concéntrate en lo que tú necesitas ahora mismo y luego ya iremos tachando el resto de las casillas.

—Prométemelo —le pido, con voz ronca.

Pone cara de sorpresa.

—¿Que te prometa qué?

—Que no va a ser la última vez. — Necesito esa garantía. Necesito saber que puedo tenerla de nuevo.

Mirándome a los ojos, aprieta las piernas alrededor de mi cintura.

—Te lo prometo, Lucien. No vayas despacio. No pierdas el tiempo intentando ser romántico. Quiero que me folles como si no hubiera un mañana.

No tiene ni puta idea de lo que está pidiendo.

—¿Eres consciente de para qué me estás dando permiso? —le pregunto con voz ronca, medio esperando que ella entre en razón.

—Sí y yo también lo deseo —susurra ella. El dolor de huevos me está matando y no sé si sobreviviré al primer asalto, mucho menos ser físicamente capaz de participar en el segundo. Pero, qué coño, al menos voy a intentarlo—. Confía en mí. Enséñame lo que te gusta, Lucien.

—Por favor... —la forma en la que gime al pedirme es superior a mi mismo.

Veo pasar toda nuestra relación a cámara lenta, unos mensajes, unas llamadas y un par de citas con sexo de por medio y estoy perdido.

Tengo muy claro qué es lo primero que quiero hacer.

La mesa está vacía. Dejo a Carlota en el suelo y, justo cuando ella se dispone a protestar, le doy la vuelta y le pongo una mano entre los omóplatos.

Aumento la presión hasta que se coloca boca abajo sobre la mesa, con los pechos y la cara apoyados sobre la madera fría. Se pone de puntillas, separando los muslos para mi.

El mero hecho de tenerla en esta posición ya está haciendo estragos en mi tensión arterial.

Sin quitarle la mano de la espalda, me quedo mirando fijamente sus bragas negras mientras me aflojo el cinturón.

Inhala entrecortadamente al oír el tintineo de la hebilla.

—Respira, corazón —le ordeno, sacando el cinturón de las trabillas de un tirón. La punta de cuero del cinturón le azota la parte posterior del muslo al salir disparado y ella ahoga un grito.

Por el amor de Dios. Empieza a frotar su culo redondo contra mí como si le hubiera gustado. No puedo tener tanta suerte. No puedo ser tan afortunado.

Con cuidado, coloco una rodilla entre sus muslos y me bajo la cremallera. Mi polla, ahora solo cubierta por la ropa interior, se sacude aliviada, pero no puedo permitirme sacármela todavía, empuñarla y acariciar con el extremo sus nalgas de marfil.

Todavía no.

Cediendo a la hipnótica provocación de sus caderas, me froto contra ella. Una vez, dos, tres veces. Carlota empieza a gemir, suplicándome que haga algo para lo que no es capaz de encontrar palabras.

Con adoración, le acaricio la parte de atrás de la rodilla, subo por el muslo y le paso la mano por la curva del culo.

—Carlota… —digo mientras meto los dedos bajo el borde de sus bragas blancas y virginales.

—Sí —replica ella—. Sí, por favor.

Le bajo la ropa interior, dejando al descubierto sus firmes nalgas.

Esto es mi sueño. Mi fantasía. Me he masturbado tantas veces imaginándomela que casi me parece como si ya hubiera sucedido.

Noto cómo el oxígeno caliente entra en mis pulmones mientras acaricio con los dedos su preciosa piel.

Carlota está temblando como un flan.

—¿Estás nerviosa? ¿Quieres que pare? —susurro, inclinándome para darle un beso en el cuello.

—Ni se te ocurra —responde, con una voz tan trémula como sus piernas.

—Dime si es... demasiado.

Pongo la palma de la mano en uno de sus suaves glúteos y espero a que ella recupere la respiración. Entonces la aparto antes de volver a lanzarla hacia adelante. El azote resuena en el silencio de la habitación, seguido del brusco jadeo de Carlota. Siento un agradable escozor en la palma de la mano y se me estremece la polla al ver cómo su carne se sacude por el golpe. Se le está enrojeciendo con un rubor maravilloso.

Joder. ¿Cómo voy a volver atrás ahora? Va a pensar que soy un pervertido.

—Dime por qué lo has hecho… —susurra.

—¿Por qué?

—Dime por qué me has castigado.

Ay, Dios. Soy hombre muerto. Un puto hombre muerto.

—Por echarme el otro día y no querer volver a verme.

Aprieta las caderas contra mi, pidiéndome más.

Le doy otro azote. Este es más fuerte y ruidoso. Y esta vez, ella grita.

—¡Lucien!

Le he dado en la nalga opuesta y observo con un orgullo perverso cómo la huella de mi mano se va formando poco a poco en ella.

Estoy jodidísimo.

—Esta, por hacerme esperar semanas para dejarme hacer esto —gruño, metiéndome la mano en los calzoncillos para agarrarme la polla y pasarla por el punto en el que la he golpeado.

Ella se revuelve contra mi.

Otro azote.

—¡Sí! —jadea Carlota sobre la mesa.

—Ésta, por dejar que tu amiguito de la Universidad me colgara el teléfono. —Gira su cabeza con los ojos brillantes y una pregunta en su mirada.

Una vez más, calmo el punto pasando mi erección sobre la piel enrojecida.

Otro azote. Y otro. Y otro.

—¡Lucien!

Me arde la palma de la mano. El sonido de ésta entrando en contacto con su piel resuena en mis oídos como un canto de sirena mientras la sangre me vibra en las venas.

Lo necesitaba. Necesitaba el control, su control.

—¿Te arrepientes de haber dicho que sí? —le pregunto en voz baja, pasando la palma hormigueante por su culo enrojecido. Esperando, o más bien rezando, para que me de la respuesta correcta.

—Jamás —susurra, desafiante.

—Vamos a averiguarlo.

Rápidamente, vuelvo a ponerle las bragas en su sitio, ocultando esas marcas pecaminosas. No debería sentirme bien azotando a una mujer. Sin embargo, ver las huellas de mis manos sobre la piel de Carlota me hace palpitar la polla. El hecho de haberla marcado ha despertado en mi un instinto primario y posesivo que me ha puesto contra las cuerdas.

Carlota gime, decepcionada frustrada, mientras la levanto para sentarla sobre la mesa. Tiene la cara enrojecida, los labios hinchados por mis besos y marcas de dientes en el labio inferior. Su pelo es una maraña ahora mismo. Y sus tetas... Emiten su propio canto de sirena, pidiendo a gritos el contacto de mis manos y de mi boca.

—¿Eso ha sido todo? —se burla ella.

Mi erección responde al desafío.

—Ni de coña, corazón.

—Entonces, ¿por qué has parado?

Le separo bruscamente los muslos y me quedo mirando su entrepierna.

—Para asegurarme de que te gusta.

—Podría habértelo dicho yo...

Deja de protestar cuando le paso el pulgar sobre la mancha de humedad que tiene en la parte delantera de las bragas.

Me siento como un puto cavernícola.

—Vaya —gruño—. ¿Esto es por mí?

—Siempre es por ti.

—¿Siempre? —No me atrevo a mirarla a los ojos.

—Todos los hombres con los que he estado han perdido su cara desde el día en que te conocí —susurra ella.

Los celos y el orgullo me desgarran, acabando con cualquier rastro de caballerosidad. Quiero ser el único.

—Joder, Carlota. Esto no puede gustarte. —maldigo, metiéndole mano por debajo de las bragas —. No puedes dejar que te haga esto. —Introduzco un dedo en su interior y gruño cuando ella grita mi nombre.

No está húmeda, está mojada.

Calada. Empapada.

Y su interior no está simplemente tenso, está apretado. Contraído. Es como un torniquete resbaladizo que se cierra alrededor de mi dedo corazón.

Se abre para mi, apoyándose en las manos.

—Pues te dejo —susurra. Mientras pronuncia esas palabras, se estremece alrededor de mi dedo, volviéndome loco.

La penetro con un segundo dedo mientras embisto con mi erección la suave piel de su muslo. Sus pechos son demasiado tentadores. No puedo ignorarlos, así que bajo la cabeza para saborear los dos picos rosados, para llevármelos a la boca, chuparlos, morderlos y jugar con ellos.

—Joder —jadea.

Y justo cuando empiezo a convencerme de que estoy recuperando el control, ella baja la mano hacia la cintura de mis calzoncillos y me agarra la polla.

—Carlota —mascullo entre dientes cuando cierra los dedos alrededor de mi miembro, que empieza a palpitar en su puño. Como la mueva, me correré de inmediato. Para evitar hacer ese ridículo, pongo una mano sobre la de ella mientras le chupo los pezones hasta convertirlos en puntas de diamante.

Gime, acariciando con el pulgar la sensible hendidura de la punta.

Estoy goteando como un puto adolescente y Carlota esparce la humedad por todo el extremo de mi miembro.

Sólo tengo una salida. Una forma de distraerla para que no me haga llegar al clímax.

Manteniendo la mano sobre la de ella, introduzco los dedos en su estrecho canal y utilizo el pulgar para encontrar su delicado punto de terminaciones nerviosas que se encuentra entre los labios de su sexo.

—Muévete, Carlota —le ordeno.

Ella obedece. Eso sí que es un milagro. Casi como el que se está produciendo en mi interior.

—¡Lucien! Necesito... —No termina la frase. Está demasiado ocupada retorciéndose contra mi y gimiendo mientras unos temblores dignos de un terremoto sacuden su hermoso cuerpo.

La imagen de Carlota dejándose llevar hasta alcanzar el orgasmo es impresionante. Inolvidable.

Y lo que ocurre dentro de ella es algo mágico. Sus paredes se aferran a mis dedos con tal fuerza que me hacen ansiar sentir lo mismo en mi erección. Carlota me aprieta y me suelta, palpitando a mi alrededor conforme su clímax se despliega, estremeciéndose de placer mientras la miro para ser testigo de cada una de sus oleadas de placer. Es un privilegio hacer que se corra.

Se aferra a mi con su mano libre mientras se retuerce contra mí y alrededor de mi miembro.

Sigue y sigue y, cuando por fin sus ojos de color marrón vuelven a abrirse, están vidriosos y perdidos.

La levanto de la mesa y llevo su cuerpo cálido y maleable al dormitorio.

Me muero por follarla de un millón de formas. Deseo ponerle las nalgas rojas y hundirme entre sus piernas mientras ella se pone de puntillas para recibirme. Deseo empotrarla contra la pared para que no pueda escapar de mis fuertes embestidas.

Deseo que ella me cabalgue en el sofá, sentada a horcajadas en mi regazo mientras le lamo los pechos.

Pero esta primera vez necesito verlo todo.

—Qué convencional —se burla mientras la tumbo en la cama—.Creía que eras más de inclinar a las chicas sobre el brazo del sofá.

—Dame tiempo.

Cualquier rastro de humor desaparece cuando deslizo los pulgares bajo la cintura de los calzoncillos y me los quito. Observa aturdida cómo mi erección se yergue alta y orgullosa, como un guerrero.

—Joder —susurra.

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer —replico muy serio mientras me subo a la cama para situarme entre sus piernas y pongo las manos sobre sus delicados tobillos.

Capítulo18

Carlota:

El Lucien Deveraux desnudo que se encuentra arrodillado ante mi, con los párpados caídos y la erección más larga, gruesa y prominente que he visto jamás, dejaría alucinada a cualquier chica.

Recordaba que era grande. En realidad, el resto de su cuerpo ya era gigantesco. Pero esto es... impresionante.

Recuerdo aquel primer orgasmo que había tenido, el que me había dejado sin fuerzas y sin palabras. El que me había dejado agotada. Quiero otro de esos.

Quiero que Lucien me doble sobre todas las superficies planas de la casa y me azote el culo hasta que le suplique que me la metiera entera.

Quiero sentir su boca sobre mis pezones, y que los chupe, que tire de ellos, que me devore mientras me araña la piel con su ligera barba.

Quiero ser al mismo tiempo el lugar en el que Lucien se encuentre a sí mismo y el lugar en el que se pierda.

—Como no me toques ahora mismo, me muero —comento, como quien no quiere la cosa. Si sospechara cuánto deseo que me empotre es miembro grueso que tiene, me las arreglaré para negárselo.

—Estoy al límite, Carlota. No aguantaré mucho dentro de ti. —Su confesión reaviva el fuego que siento entre las piernas. Palpito desesperada alrededor del espacio vacío que hay en mi interior.

—Pues acaba de una vez con este suplicio —le pido.

—Antes quiero que me enseñes lo húmeda que estás por mí. Y luego voy a comerte el coño, porque me muero por descubrir a qué sabes desde que te vi la primera vez en la foto de Instagram, tan dura, remilgada, recatada y a la vez tan fogosa.

Trago saliva.

—¿Y después? —pregunto con un hilillo de voz.

—Después te voy a meter la polla y serás mía.

Dicho lo cual, vuelve a ponerse de rodillas, esplendorosamente desnudo.

—Si te vas de esta cama sin cumplir todo eso, te juro que te corto en pedacitos ese cuerpo de gigante que tienes y se lo doy de comer a los peces —le aviso.

Me agarra la mandíbula con una mano.

—Cielo, el único que puede hacer amenazas en la cama soy yo.

Me parece perfecto. Le doy un mordisco al pulgar y estoy a punto de correrme al ver cómo su polla se sacude entre esos muslos monumentales de piedra maciza.

—La única razón por la que vamos a salir de aquí, si acaso, será para rehidratarnos —me promete Lucien—. Y, como no te portes bien, te daré la vuelta y me aseguraré de que te acuerdes de mí cada vez que te sientes mañana. —Eso también me parece bien. Muy pero que muy bien.

—Ahora, enséñame cuánto puedes abrirte para mí. —Por una vez en la vida, no me importa obedecer.

Dejo caer las rodillas y me deleito con el gruñido que retumba en el pecho de Lucien mientras me mira fijamente. Se cierne sobre mi como un oso a punto de comerse a su presa.

—Joder, estás empapada. ¿Te gusta que te provoque?

El presidente de Bélgica me está diciendo guarradas, y yo me pongo eufórica al ver mi fantasía convertida en realidad.

—Sí —confieso con voz temblorosa.

—Buena chica.

Eso me hace sentirme valiosa y a la vez me martiriza, pero no tengo tiempo para preocuparme por cuál de las dos cosas es la más importante, porque Lucien vuelve a bajarme las bragas por los muslos. Solo que en esa ocasión me las quita del todo. Maldice entre dientes, mirándome como si estuviera en trance, y mete las palmas de las manos bajo mis nalgas para levantarme.

El primer lengüetazo casi me hace gritar y jadear de dolor a Lucien por su gesto. Por fin está ocurriendo de nuevo. El objeto de mis fantasías está... Joder..., me está comiendo el coño. Estoy ya demasiado excitada y sensible, y los fuertes embates de la lengua de Lucien en mi entrada, acompañados por los largos lametones con los que me recorren, me hacen clavarle las uñas en los bíceps.

—Me encanta cómo sabes —dice él, interrumpiendo el asalto para morderme el interior del muslo. —Necesito más tiempo. Necesito estar más tiempo contigo —me pide.

—Sí. Vale. —susurro mientras mis entrañas se convierten en lava.

—Mírame, Carlota —me ordena.

Con un esfuerzo heróico, consigo levantar los párpados. Parece un demonio del placer entre mis piernas. Me está arañando el interior de los muslos con la barba mientras saca la lengua para acariciarme el clítoris.

—Ahhgg. —me dejo caer de nuevo sobre la almohada.

—Mírame —repite. Levanto la cabeza, frustrada. —Dame más tiempo.

—Vale, sí, lo que tú digas.

—A partir de ahora, eres mía. —Lucien me aprieta las caderas y el culo con las manos—. Dilo, Carlota.

—Prométemelo. —Me muerdo el labio. No quiero hacer esa promesa. Me obligaría a cumplirla. Y no estoy nada segura de esta relación o lo que sea. Lucien pone una mano sobre uno de mis

pechos y empieza a acariciarme el pezón—. Prométemelo —me exige mientras tantea mi entrada con su dedo delicioso y lleno de talento.

Desesperada y anhelante, y tal vez porque en lo más profundo de mi ser deseo hacerle esa promesa, sucumbo.

—Vale. De acuerdo.

Me introduce dos dedos hasta el final y empieza a meterlos y sacarlos mientras se pone encima de mí.

—Buena chica —me susurra al oído, antes de mordisquearme la oreja. ¿Qué dice de mí que disfrute tanto oyéndolo decir esas palabras? Ya me preocuparía de eso más tarde. Después de otro orgasmo—. ¿Quieres más?

Noto el peso de su cuerpo sobre mí, pegándome al colchón.

Me siento como si tenerlo encima fuera lo más natural del mundo.

Cierra los ojos y pega su frente a la mía.

—Cielo —suspira—. No me digas que sí solo porque te lo haya pedido. O porque tenga los dedos dentro de ti.

—Pues entonces sácalos —le ordeno.

Con un gemido, obedece. Lo observo fascinada cómo se los lleva a la boca para volver a saborearme como si fuera un postre caro.

—Quiero hacerlo, Lucien. Quiero sentirte. Por favor.

—Eres un puto sueño hecho realidad —susurra con fervor.

—Solo una cosa —digo mientras él se agarra la polla con la mano y acerca la gruesa punta a mi entrada, como si se tratara de un beso, o de una promesa. Esto basta para que pierda el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunta, bruscamente.

El vello de su pecho me hace cosquillas al respirar.

—Como te contengas, te daré un rodillazo en los huevos y luego me tocaré hasta correrme yo sola mientras te quedas mirando —le advierto.

Esboza una sonrisa incrédula y perversa.

—Eres increíble en la cama. Me gusta tu crudeza. Vas a acabar conmigo.

Dios, espero que no.

Presiona un poco más y me estremezco cuando me introduce los primeros cinco centímetros. A pelo. Al natural. Sin ninguna barrera entre nosotros.

—Llevo esperando estar dentro de ti mucho tiempo. Así que prepárate.

—Dios, espero que lo estés diciendo en serio.

No hay ninguna advertencia. Se limita a penetrarme con un único movimiento brutal,

enterrándose en mi.

—¡Luc!

—¡Joder, Carlota! —Su rugido resuena en mis oídos.

Curiosamente, aún no estoy preparada para todo lo que él necesita para recibirlo en mi interior. Estoy estirada al máximo. Puede que incluso un poco más. Siento dolor, una especie de molestia aguda, pero también algo muchísimo más intenso. Cierta plenitud, la sensación de tener su grueso miembro en mi interior sin nada que los separara. Es tan íntimo.Tan carnal.

Contraigo los músculos alrededor de su polla y Lucien jadea entre dientes.

—Aún falta un poco, cielo. Necesito que te relajes.

Suelto una risita nerviosa.

—Oblígame.

Se retira y vuelve a embestirme un par de veces más antes de metérmela entera, de asentar hasta el último centímetro de su miembro en mi interior hambriento. De fundirse conmigo.

Ninguno de los dos nos movemos mientras intentamos acostumbrarnos a las nuevas sensaciones. Me siento como si me hubieran partido por la mitad. Sin embargo, el placer, la alegría y la naturalidad del cuerpo de Lucien uniéndose al mío son inimaginables. Las veces anteriores no fueron tan íntimas… roza el alma.

Es tan perfecto que estoy aturdida. Tanto tiempo deseando que llegue este momento de nuevo y, ahora que lo he hecho, ahora es mejor incluso de lo que jamás he imaginado, me siento abrumada.

Me cuesta respirar mientras intento relajarme alrededor de su miembro. Está sudando por el esfuerzo que le supone contenerse. Necesito que se sienta libre dentro de mí. Necesito ser el lugar en el que se sienta bienvenido. Y para que eso suceda, tengo que relajarme.

Me obligo a respirar hondo un par de veces. A la tercera, Luc emite una especie de quejido ahogado y sale de mi casi por completo.

El alivio de la presión que espero nunca llega. Simplemente, vuelvo a sentirme vacía.

—Lucien, por favor.

—Estás llorando —susurra él, suavemente. Parece alarmadado.—¿Por qué? ¿Te hago daño?

—Porque es perfecto —respondo, sollozando—. Porque te necesito. Necesito sentirte sobre mí, que me hagas sentir segura, preciosa y deseada.

—Carlota... —mi nombre suena como una oración quebrada.

Alentándolo con mi cuerpo, subo más las rodillas.

—Por favor.

Cuando Luc vuelve a hundirse en mí, me resulta de nuevo excesivo e insuficiente. Pero, esta vez, él se retira más rápido y me embiste con más fuerza.

«Así. Así. Así».

Marca un ritmo que me resulta imposible seguir mientras su cuerpo se introduce en el mío.

Eso es lo que necesito, el sitio en el que debo estar. Recibiendo sus embestidas poderosas. Relajando mi cuerpo para acomodarme a él. En cierto modo, al darle a Luc lo que necesita me lo doy también a mi. Me aferro a él, clavando las uñas en sus hombros mientras él entierra la cara en mi pelo y me folla.

Cada acometida, cada vez que él me la mete hasta el fondo, cada golpe de sus testículos entre mis muslos y cada gruñido se convierte en una mezcla embriagadora para mis sentidos. Me siento más cerca de él que de cualquier otro ser humano del planeta.

Me pregunto si nuestras almas se estarán tocando. Si se estarán fundiendo en una sola. Y no sé ni de dónde sale este pensamiento tan emocional. Dios mío, va a cambiar mi ser por completo.

El ritmo que Lucien ha impuesto es brutal. Ambos sudamos mientras me obligo a aceptar hasta el último centímetro de él. Hasta el último de sus secretos y deseos inconfesables.

Estoy eufórica. El ascenso está siendo larguísimo, y nunca he llegado tan alto. El temblor empieza en mis paredes internas y se extiende por todas partes, desde las raíces de mi pelo hasta la punta de mis dedos. Algo que mi cuerpo nunca ha experimentado está a punto de suceder.

—Noto cómo me aprietas cada vez más. ¿Sientes cómo se hincha mi polla dentro de ti? —me pregunta mientras sigue empujándome.

Me inclino hacia atrás, levantando las caderas para recibir sus embestidas.

—Cielo… Esta es mi chica —susurra—.Te vas a correr en mi polla. Y cuando lo hagas me vas a apretar con tanta fuerza que me vas a exprimir hasta la puta última gota.

No soy capaz de ver más allá de la imagen que él está pintando. Clavo los talones en su culo musculoso y desnudo, animándolo a ir más rápido, a penetrame con más fuerza.

Podré soportarlo. Soportaría cualquier cosa con tal de tener el privilegio de sentir cómo se libera dentro de mí.

—Sí, Lucien… —susurro, sabiendo que lo volveré loco.

—Eso es, cielo. Tómalo.

Mi cuerpo está lleno de destellos de luz. De nervios excitados por la sensación de ser dominada. No sabía que me sentiría así. No sabía lo tremendamente maravilloso que es.

Lucien vuelve a meter las manos debajo de mi para levantarle las caderas y abrirme las nalgas mientras me penetra una y otra vez.

La escalada ha terminado. He llegado a la cima, a la cumbre, y me preocupa seriamente no sobrevivir a la caída. Pero él no va permitirme dar marcha atrás.

—Ahora, corazón. Ahora —gruñe mientras me embiste de nuevo. Esa vez, se queda dentro por completo.

Mis músculos comprimen cada centímetro de su enorme erección. Tiene que dolerle. No hay espacio suficiente para él.

Por una fracción de segundo, temo no volver a relajarme. Que tendré que pasarme el resto de mi

vida apretando la polla perfecta de Lucien, aún mucho después de que él se vaya de mi lado.

Pero entonces se tensa contra mi, en mi interior. Y ahí, en ese punto tan profundo de mi ser al que nadie ha llegado jamás, Lucien sucumbe con un grito de triunfo. Siento cómo su semilla, caliente y densa, me llena las entrañas mientras la primera cuerda de mi liberación se desata.

Mi cuerpo estalla como si me hubieran dado una orden. Mis músculos se relajan cuando él se retira, pero vuelven a tensarse cuando me penetra de nuevo. Me retuerzo contra él, aferrándome con fuerza a mi pilar, a Lucien, mientras el mundo no para de girar.

Cada vez que me contraigo a su alrededor, él eyacula más profundamente. En sincronía, nuestros cuerpos sostienen juntos un orgasmo interminable, utilizándonos mutuamente para alargar el más absoluto de los placeres.

Qué experiencia tan reveladora. Definitivamente, esto marcará un antes y un después en mi vida. Un antes y un después de sentir a Lucien corriéndose dentro de mí.

Ha sido cálido y reconfortante, caótico y perfecto. Y quiero más.

—Mi chica. *Mi princesa de hielo que quema*. —susurra Lucien con voz entrecortada, moviendo las caderas contra mi para prolongar las últimas oleadas de nuestro orgasmo conjunto.

Capítulo 19

Lucien:

El amanecer entra tímidamente por las aberturas de las cortinas, proyectando sombras doradas sobre la piel desnuda de Carlota.

No quiero moverme.

Quiero quedarme así, observándola, memorizando cada curva de su espalda y el lento subir y bajar de su respiración.

Anoche fue… No hay palabras. Fue un caos de emociones, de besos desesperados y caricias que hablaban más que cualquier discurso. Fue una batalla entre lo que ella rechaza con la razón y lo que ambos sentimos con cada fibra de nuestro ser.

Lentamente, deslizo los dedos por su espalda, apenas un roce, pero suficiente para sentir la calidez de su piel.

Carlota se mueve ligeramente, su cuerpo se estremece con mi caricia y emite un suspiro antes de abrir los ojos. Esos ojos oscuros y hermosos que me han perseguido incluso en mis sueños.

Pero en cuanto entra en sí, su mirada cambia. Se endurece. Su mente despierta antes que su corazón.

—¿Qué hemos hecho? —su voz es apenas un murmullo, pero en ella ya hay alarma.

Se aparta de mí, sentándose en la cama y llevándose las sábanas al pecho como si quisiera protegerse. De mí. De lo que siente.

—Carlota… —intento tocarla, pero ella niega con la cabeza.

—No. No, Lucien. Esto es un error. Un completo error.

Mis músculos se tensan. ¿Error?

—¿Un error? —repito, mi voz sale más fría de lo que quisiera.

—No hay solución para esto. No puede haberla —su respiración se agita, como si estuviera intentando convencerse a sí misma más que a mí—. Vives en otro país, eres el presidente de Bélgica, por Dios, ¡¿cómo iba a funcionar esto?!

Me incorporo lentamente, apoyando los antebrazos sobre mis rodillas, y la observo.

—Lo que pasó anoche no fue un error y lo sabes.

Carlota aprieta la mandíbula, desviando la mirada.

—Fue un desliz —insiste, con la voz tensa.

Quisiera reírme de su terquedad. Pero no es gracioso. Es desesperante.

—¿Un desliz? —me acerco, forzándola a mirarme—. Si fue solo un desliz, ¿por qué cada vez que estoy cerca tiemblas? ¿Por qué me miras como si odiaras lo que sientes?

Ella entreabre los labios, pero no dice nada. Porque sabe que tengo razón.

—Carlota, no voy a rendirme —le digo en voz baja—. Sé que esto no es fácil, pero no me importa lo complicado que sea. Estoy aquí, ¿no? ¿Eso no significa algo?

Ella cierra los ojos por un segundo y cuando los abre, su mirada está decidida.

—Significa que debemos parar antes de que sea demasiado tarde.

Y con esas palabras, se levanta de la cama, dejando un vacío helado a mi lado.

Carlota:

El agua caliente cae sobre mis hombros, envolviéndome en un calor efímero que no logra borrar el frío que se ha instalado en mi pecho. No sé qué hacer. No sé cómo manejar esto, cómo hacer que todo vuelva a mi control, a mi orden.

Pero no puedo. Porque él está aquí.

Escucho el sonido de la puerta abriéndose, y antes de que pueda girarme, siento su presencia tras de mí. Cálida. Abrumadora. Inequívoca.

—Lucien… —susurro, sin girarme.

—No voy a dejar que te encierres en tu mente y huyas de mí. —su voz es grave, firme, pero serena.

Cierro los ojos. Eso es precisamente lo que quiero hacer. Huir.

Pero él no me deja.

Sus manos se deslizan suavemente por mis brazos, recorriéndolos con lentitud, sin apresurarme, como si entendiera que necesito tiempo. Que necesito procesar.

—No sé cómo hacer esto —admito en voz baja, con el agua resbalando por mi rostro.

Lucien suspira y me gira con delicadeza hasta que nuestros ojos se encuentran. Su mirada es intensa, vulnerable, sincera.

—No tenemos que saberlo ahora —dice—. No tenemos que tener todas las respuestas. Solo tenemos que dar un paso cada vez pero juntos.

Me muerdo el labio y niego con la cabeza.

—Tú vives en Bruselas. Yo en Madrid. No es solo la distancia, Lucien. Es todo lo que implica.

—Dímelo —susurra—. Dime qué te preocupa.

Suspiro y paso las manos por mi rostro, frustrada.

—¡Todo! —exclamo—. Eres famoso, eres el maldito presidente de Bélgica. Rico, guapo, deseado por miles de mujeres. Tienes una vida completamente pública y yo… —mi voz se quiebra—. Yo no sé vivir con eso. Me genera ansiedad.

Él me observa en silencio, sus ojos recorren mi rostro como si estuviera absorbiendo cada una de mis palabras.

—Soy introvertida, Lucien —continúo, más calmada—. Me gusta mi trabajo, mi rutina, mi anonimato. Tú eres todo lo contrario. Eres un huracán de atención, de carisma, de miradas puestas en ti todo el tiempo. ¿Cómo puede funcionar algo así?

Lucien da un paso más cerca.

—Precisamente por eso te quiero a ti —dice, y el peso de sus palabras me deja sin aire—. Porque eres diferente a todo lo que conozco. Porque no te dejas deslumbrar por lo que soy, porque me miras y no ves al presidente, sino al hombre.

Trago saliva, mi corazón late con fuerza contra mis costillas.

—¿Y qué pasa cuando el mundo nos arrastre? ¿Cuando esto se haga insoportable para mí?

—No vamos a dejar que pase —afirma con seguridad—. Vamos a hacerlo a nuestro ritmo. Poco a poco. Daremos los pasos que tengamos que dar.

Quiero creerle. Quiero aferrarme a su voz, a su determinación.

Pero sigo aterrada.

Y él lo sabe.

Lucien acerca sus manos a mi rostro y me acaricia la mejilla con una ternura que me desarma.

—No tienes que decidir nada ahora, Carlota —susurra—. Solo quiero que me dejes estar aquí.

Y por primera vez, en lugar de resistirme, asiento.

Remuevo distraídamente mi café, todavía procesando todo lo que Lucien acaba de decirme. La idea de una declaración pública me incomoda. Demasiado.

—No sé, Lucien… —suspiro, evitando su mirada—. No estoy acostumbrada a esto.

—Lo sé —responde con suavidad—. Pero necesito que entiendas algo. Si no hago la declaración, los medios seguirán especulando, seguirán persiguiéndote, tratando de sacarte cualquier cosa. En cambio, si dejo claro que estamos juntos, que no hay más historia que esa, con el tiempo se cansarán.

Aprieto los labios. Con el tiempo. Esas palabras me inquietan. Porque no hay garantías.

—¿Y si no se cansan? —pregunto al fin, alzando la mirada.

Lucien apoya los codos en la mesa y me observa con paciencia.

—No puedo prometerte que desaparecerán de la noche a la mañana —admite—. Pero sí puedo prometerte que haré todo lo posible para protegerte de esto.

Suspiro y dejo la cucharilla a un lado.

—De acuerdo… —cedo, aunque mi voz no suena convencida del todo—. Pero ni una palabra más. Ni entrevistas, ni apariciones juntos en eventos oficiales.

Lucien sonríe con ternura.

—Lo que tú digas, mon amour.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero no puedo evitar que mis labios se curven en una pequeña sonrisa.

¿En qué momento he llegado a este punto?

Él sigue comiendo con la naturalidad de quien tiene la certeza de que todo saldrá bien, como si no estuvieran hablando de un cambio radical en su vida.

—Y en cuanto a los viajes… —continúa él—. Quiero que vengas a Bruselas siempre que puedas. Y cuando yo no pueda venir aquí, quiero que uses mi avión.

Dejo caer el tenedor sobre el plato.

—¿Tu avión? —pregunto, entre incrédula y divertida—. ¿El dinero de los contribuyentes te lo permite?

Lucien suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—El jet es privado, de mi familia —explica—. Tenemos empresas de moda y joyería en toda Europa. El avión lo utilizamos para los negocios.

Parpadea, sorprendida.

—Espera… ¿Tu familia tiene un imperio de moda y joyas?

Lucien se encoge de hombros con una sonrisa traviesa.

—¿Qué creías? No nací en la política, cielo.

Apoyo un codo en la mesa y lo observo con escepticismo.

—¿Y en qué momento ibas a contarme esto?

Él se inclina sobre la mesa y me roba un beso rápido antes de responder:

—En algún momento. Pero me gusta sorprenderte.

Suspiro y niego con la cabeza, reprimiendo una sonrisa.

—Eres imposible. ¡Y no me gustan las sorpresas! ¡Las odio!

Lucien le guiña un ojo.

—Y sin embargo, aquí estás.

No respondo. Solo lo miro, todavía sintiendo esa inquietud en el pecho. Porque esto es una locura.

Pero es nuestra locura. Y, aunque me cueste admitirlo, no quiero renunciar a ella.

Lucien me observa con atención, esperando mi reacción. Yo bajo la mirada, removiendo los restos de café en mi taza. No me gusta esto. Sé que es su trabajo, que tiene responsabilidades que lo llevan de un país a otro, que su vida está llena de viajes, reuniones y compromisos… Pero no puedo evitar sentirme inquieta.

—Voy a estar fuera unos días —repite con suavidad, como si quisiera medir mis emociones—. Visitaré varios países para afianzar relaciones y firmar nuevos acuerdos. También tengo una reunión en Estrasburgo con la Unión Europea.

Asiento en silencio. Su mundo es tan grande, tan inmenso, que a mi lado parece inalcanzable.

—Hablaremos por videollamada siempre que pueda —añade, tratando de tranquilizarme—. Y si necesitas algo, lo que sea, llámame. Siempre.

Levanto la vista y lo encuentro mirándome con esa intensidad que parece atravesarme.

—¿Siempre? —susurro, sin poder evitar el escepticismo en mi voz.

Lucien sonríe con dulzura y me acaricia la mejilla.

—Siempre que esté disponible —admite con honestidad—. Pero si no puedo contestar, te devolveré la llamada en cuanto pueda.

Sigo sin estar segura. No sé si puedo acostumbrarme a esto. A esperar llamadas, a depender de tiempos que no controlo, a ser la sombra de un hombre que pertenece a su país antes que a sí mismo.

Él parece notar mi duda, porque suspira y me atrae hacia su pecho, rodeándome con sus brazos fuertes.

—Va a funcionar, Carlota —susurra contra mi cabello—. Confía en mí.

Cierro los ojos, dejando que su calidez me envuelva. Quiero creerle. Quiero creer que podemos encontrar un punto de equilibrio, que esto no es una locura destinada a romperse.

Pero el miedo sigue ahí.

—Lo que tenemos es sincero y verdadero —continúa Lucien, con voz baja pero firme—. Y no

voy a dejar que nada lo destruya.

Su convicción me desarma. Yo no estoy acostumbrada a esto. A alguien que lucha por estar conmigo, a alguien que no duda ni se replantea si vale la pena intentarlo.

Trago saliva y levanto la cabeza para mirarlo.

—No sé cómo hacer esto… —confieso en un susurro.

Lucien roza mi mejilla con los labios en un gesto tierno.

—No tienes que saberlo —dice con suavidad—. Lo descubriremos juntos.

Y, por primera vez en todo el día, siento que tal vez… solo tal vez, esto pueda funcionar.

Lucien entrelaza su mano con la mía mientras caminamos por el pasillo privado del restaurante. Es mediodía. Todo es elegante, sofisticado, impecable. Las paredes están cubiertas de madera oscura, las lámparas de cristal emiten una luz cálida y tenue, y el aroma a trufa y especias flota en el aire.

Accedemos desde el parking, rodeados por su equipo de seguridad. Jake camina un paso por delante, atento a cada detalle. Estoy fuera de mi zona de confort. Este no es mi mundo, y aunque intento mantener la compostura, no puedo evitar sentirme intimidada.

Cuando llegamos al salón privado, un maître de traje impecable nos recibe con una leve inclinación de cabeza. Lucien le dedica una sonrisa cordial antes de soltar mi mano para ayudarme a sentarme.

—Estás preciosa —murmura, con ese tono grave y cálido que hace que me estremezca—. Carolina Herrera te sienta de maravilla.

Bajo la vista, acariciando con la yema de los dedos la tela del vestido rojo que elegí. Es sencillo pero elegante, con un corte que realza mi figura sin ser ostentoso. Lo compré en un arrebato, sin pensar que acabaría usándolo en una situación así.

—Tienes un gusto exquisito —añade con una sonrisa ladina—. No entiendo por qué te sientes intimidada. Estás a la altura de todo esto.

Hace un gesto con la mano, señalando el lujo que nos rodea, pero su mirada azul está fija en mí.

—No hablo de altura física, por supuesto —añade, divertido.

Alzo una ceja y cruzo los brazos.

—Muy gracioso, señor presidente —respondo, rodando los ojos.

Lucien se ríe, relajando la tensión en mis hombros. Me gusta cuando es así. Cuando no es la figura pública, cuando no es el hombre que todos admiran y analizan, sino simplemente él… Lucien.

El camarero llega con el menú, pero apenas puedo concentrarme en los nombres de los platos franceses. Mi estómago está revuelto, no sé si por la tensión o por la emoción de estar aquí con él.

—Voy a pedir por ti —dice Lucien, notando mi indecisión.

—¿Y si no me gusta? —arqueo una ceja.

—Confía en mí —su voz es un susurro cargado de significado.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que deberían. Eso es justo lo que me cuesta: confiar. No porque él me haya dado razones para dudar, sino porque mi propia mente me grita que esto es una locura, que nuestras vidas son incompatibles.

Pero ahora mismo, en este lugar, con la calidez de su presencia envolviéndome, quiero intentarlo.

Así que asiento y dejo que ordene por los dos.

—Bien —dice con una sonrisa satisfecha—. Ahora dime… ¿qué estás pensando?

Lo miro a los ojos y, por primera vez, decido ser honesta.

—Que me asusta lo mucho que me gustas.

Lucien se queda en silencio un segundo, sorprendido. Pero entonces su expresión se suaviza, y sus dedos buscan los míos sobre la mesa, entrelazándolos con ternura.

—Entonces estamos en la misma situación, Carlota —responde, su pulgar acariciando el dorso de mi mano—. Porque tú me tienes completamente fascinado.

Un señor se acerca a nuestra mesa y yo entro en pánico. Se presenta como el embajador de Estados Unidos en España y saluda a Lucien efusivamente como si se conocieran de tiempo.

Mi corazón da un vuelco cuando escucho a Lucien pronunciar esas palabras con total naturalidad.

—Le presento a mi pareja, Carlota Herrera.

El alto diplomático, un hombre de cabello entrecano y porte distinguido, me dedica una sonrisa cordial mientras me estrecha la mano.

—Es un placer, señorita Herrera. Debo decir que hacen una pareja formidable.

Mi garganta se seca, y apenas puedo devolver la sonrisa mientras Lucien se mantiene imperturbable, como si esa declaración no hubiera cambiado por completo el ritmo de mi corazón.

—Espero que algún día coincidamos para cenar con mi esposa —añade el diplomático antes de despedirse con un gesto amable.

Cuando se aleja, mi mente sigue procesando lo que acaba de ocurrir. “Mi pareja”. Lucien me ha presentado como si nuestra relación estuviera definida, como si yo hubiera aceptado de antemano un papel que aún no sé si puedo desempeñar.

Cojo la copa de agua y bebo un sorbo para disimular mi nerviosismo. No quiero montar una escena aquí, en medio de un restaurante de lujo, rodeados de seguridad.

Lucien, en cambio, parece completamente tranquilo. Con una sonrisa satisfecha, desliza su silla más cerca de la mía hasta que su rodilla roza la mía debajo de la mesa. El contacto me provoca un escalofrío.

—Te has puesto tensa —susurra cerca de mi oído, su voz acariciándome la piel como una caricia

invisible—. ¿Es por lo que he dicho?

—¿Cómo no voy a estarlo? —murmuro sin mirarlo—. Me has presentado como tu pareja sin preguntarme.

—¿Y acaso no lo eres?

Me giro para enfrentarlo, con el tenedor del postre aún en la mano. Su mirada azul está fija en la mía, intensa y tranquila a la vez, como si no hubiera ninguna duda en su mente.

—Lucien…

—No voy a dejar que sigas huyendo de esto, Carlota. —Su tono es bajo, casi persuasivo—. Nos gusta estar juntos. Lo que hay entre nosotros es real. ¿Por qué te empeñas en negarlo?

No tengo una respuesta sencilla. Porque sí, lo que hay entre nosotros es intenso, magnético, adictivo. Pero también es imposible… ¿o no?

Él sonríe al ver mis mejillas ruborizadas y baja la voz aún más, con un tono travieso.

—Además, estabas preciosa cuando te sonrojaste.

Muerdo mi labio, incapaz de contener la sonrisa.

—Eres insoportable.

—Y tú adorable cuando te pones así.

Levanto la cuchara con un poco de mousse de chocolate y, sin pensarlo mucho, la llevo a su boca para hacerlo callar. Lucien se la come con una sonrisa pícara y lame la cuchara lentamente, sin apartar sus ojos de los míos.

Es un juego peligroso el que estamos jugando y la única a la que le va a explotar el la cara es a mi, lo presiento. Y eso que soy una persona racional pero las estadísticas lo dicen y la probabilidad de que esto funcione es muy baja.

Ay.

El coche se desliza por las calles de Madrid en silencio. Lucien está sentado a mi lado, con una mano descansando sobre su muslo y la otra sosteniendo la mía. Su tacto es cálido, seguro, pero no intento apartarme.

Miro por la ventana, viendo las luces de la ciudad parpadear a medida que nos acercamos a mi urbanización. Parte de mí siente alivio de que se marche. Necesito mi espacio, mi rutina, mi orden. Pero otra parte, más callada y traicionera, siente un vacío anticipado al pensar en su ausencia.

Cuando llegamos, Jake baja primero y echa un vistazo rápido antes de abrirnos la puerta. Lucien no suelta mi mano mientras me ayuda a salir del coche. La brisa de la noche es fresca, y me arropo instintivamente con los brazos.

Nos quedamos parados frente a la entrada de mi casa, bajo la luz tenue de los faroles del jardín. Lucien me observa con esa intensidad que hace que me olvide de respirar.

—Mañana salgo para Malta —me dice con voz suave.

Asiento, sin saber bien qué decir.

—Estaré fuera varios días, pero te llamaré. Quiero escucharte, saber cómo estás.

—Sabes que no soy muy de llamadas… —respondo, intentando restarle importancia.

Lucien sonríe, con esa media sonrisa suya tan característica.

—Lo sé, pero me gusta escucharte de todas formas.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Hay tantas cosas que aún no he procesado, tantas dudas, tantos miedos. Pero él no parece tener ninguna.

De repente, se acerca y me envuelve en un abrazo profundo y cálido, su brazo firme rodeando mi cintura, su otra mano acariciando mi cabello. Cierro los ojos, inhalando su aroma, sintiendo su fuerza, su presencia.

—Piensa en mí —susurra contra mi oído.

Mi corazón late más rápido.

Antes de que pueda responder, sus labios encuentran los míos en un beso profundo, lento, sincero. Se toma su tiempo, como si quisiera grabar este momento en mi piel, en mi memoria. Mis manos se aferran a su abrigo sin darme cuenta, como si una parte de mí no quisiera dejarlo ir.

Cuando finalmente nos separamos, me siento mareada. Perdida.

Lucien me mira una última vez, deslizando sus dedos por mi mejilla antes de dar un paso atrás.

—Nos vemos pronto, Carlota.

Y sin más, se gira y sube al coche.

Me quedo allí, de pie en la entrada de mi casa, viendo cómo su coche desaparece en la distancia.

Y por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta de que la soledad ya no me resulta tan cómoda como antes.

Me muevo por la casa en piloto automático, tratando de seguir mi rutina nocturna como si nada hubiera cambiado. Me desmaquillo lentamente frente al espejo del baño, aunque mis mejillas aún conservan el leve sonrojo de los besos de Lucien. Es extraño cómo siento tanto su ausencia.

Me pongo el pijama de seda y me meto en la cama con un libro en las manos, intentando concentrarme en la lectura. Pero es imposible. No dejo de pensar en él. En cómo me ha mirado antes de irse, en la forma en que me ha abrazado, como si quisiera dejarme su calor impregnado en la piel.

El móvil vibra sobre la mesita de noche. Mi corazón da un vuelco.

Es Lucien.

“Ya estoy en casa, pero ya no es lo mismo sin ti. Me he acostumbrado a tenerte cerca y me cuesta estar aquí sin pensar en ti. Ven a Bruselas cuando puedas. Quiero hacer vida de pareja contigo. No solo a ratos, no solo en escapadas. Quiero compartir el día a día contigo.”

Dejo el móvil sobre mi pecho y cierro los ojos. Él lo hace parecer tan sencillo… Como si todo pudiera resolverse con solo quererlo. Pero yo sé que no es así. Nuestros mundos siguen siendo demasiado distintos.

Y sin embargo…

Cuando me permito imaginarlo—verme en Bruselas con él, compartiendo mañanas de café, noches de vino y conversaciones a media luz—siento un cosquilleo en el estómago que no sé si es miedo o deseo.

Dudo unos minutos. Respiro hondo. Mi pulso se acelera cuando tomo el móvil y empiezo a escribir.

"Yo también lo estoy deseando."

En cuanto lo envío, me invade una sensación extraña, una mezcla de ansiedad y calidez que me mantiene despierta. Me giro en la cama, abrazando la almohada, con un suspiro.

Es una locura.

Pero quizá… quizá es una locura que quiero vivir.

El sonido insistente del teléfono me arranca del sueño sin piedad. Es domingo, mi único día sin despertador, y alguien está llamando como si el mundo se estuviera acabando.

A tientas, con los ojos medio cerrados, cojo el móvil de la mesita de noche y veo el nombre de mi hermana parpadeando en la pantalla. Contesto con la voz pastosa del sueño.

—¿Qué pasa? —murmuro, todavía desorientada.

—¡Eres una zorra! —grita al otro lado de la línea—. ¿Cómo no me avisas de que lo tuyo con el presidente iba en serio? ¡Me entero por Instagram, Carlota! ¡Por Instagram!

El sueño se me va de golpe.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De las fotos. ¡Las fotos de ayer en el restaurante! Están por todas partes. Hay una en la que te está susurrando al oído mientras comes el postre y otra en la que le das una cucharada de postre a él. Sois tendencia mundial.

Me incorporo de golpe en la cama. El corazón me late en la garganta.

—No puede ser… —susurro, pero ya tengo las manos temblando mientras aparto el edredón y corro hacia el escritorio, donde tengo el portátil.

Mi hermana sigue hablándome, pero ya no la escucho. Mis dedos apenas aciertan a teclear mientras busco su nombre en internet. Y ahí están.

Las fotos.

Aparecen en todos los medios digitales. En redes sociales, la gente ha hecho montajes, memes, debates enteros sobre nuestra "relación de ensueño". En la primera imagen, Lucien está peligrosamente cerca de mi oído, con esa media sonrisa seductora, y yo, completamente ajena a

las cámaras, estoy sonriendo mientras me llevo una cucharada de tarta a la boca.

La segunda es peor. Le estoy dando una cucharada a él. La mirada que me lanza en esa imagen… Dios.

Me llevo una mano a la boca. Siento una oleada de vergüenza y ansiedad. No es solo la imagen en sí, es lo que representa. La gente ya nos ha etiquetado como "la pareja del momento". Hay titulares como:

"*Carlota Herrera, la científica que conquistó al presidente.*"

"¿Ciencia y política? La improbable historia de amor entre Lucien Deveraux y la brillante neurobióloga española."

"*Romance de película: el presidente belga y su misteriosa pareja.*"

Cierro los ojos un segundo. Me duele la cabeza.

—Carlota —dice mi hermana con un tono más suave—, respira. Sé que esto te abruma, pero tienes que tranquilizarte. No es el fin del mundo.

Me paso la mano por la cara y apoyo los codos en la mesa.

—¿Cómo no va a ser el fin del mundo? Yo no pedí esto.

—No, pero… ¿realmente te molesta? O te molesta porque te asusta.

Me quedo callada.

—Lucien parece estar completamente loco por ti —continúa—. Y tú… tú nunca has estado así por nadie.

Trago saliva. No sé qué decir. No sé qué pensar.

Miro la pantalla otra vez y veo su rostro en las fotos. Su sonrisa. Su mirada clavada en mí como si fuera lo único en la habitación.

Dios.

Mi hermana tiene razón. Estoy aterrada.



Capítulo 20

El sonido del teléfono me vuelve a sacar de mi ensimismamiento. Miro la pantalla. Lucien.

Dudo un segundo antes de contestar, todavía con el estómago revuelto por todo lo que acabo de ver en internet. Pero aprieto el botón verde y acerco el móvil al oído.

—Hola… —mi voz suena más temblorosa de lo que me gustaría.

—Hola, princesa —su tono es cálido, como si estuviera sonriendo al otro lado—. ¿Cómo estás?

Suspiro.

—No lo sé, Lucien. He visto unas fotos… y todo lo que están diciendo. Es demasiado.

—Lo sé —su voz se vuelve más seria—. Y voy a solucionarlo. He dado órdenes para que refuercen la seguridad a tu alrededor. No permitiré que los periodistas te acosen.

Me muerdo el labio. Suena tan seguro, tan resuelto… pero esto no es solo un problema de seguridad. Es mi vida entera expuesta ante el mundo.

—No sé si puedo con esto… —confieso en un susurro.

Hay un silencio al otro lado. Luego su voz se vuelve más profunda, más intensa:

—Carlota, necesito que me digas si quieres seguir adelante conmigo. Si lo estás, en cuanto vuelva de mi viaje haré el comunicado oficial. Pero quiero que estés segura.

Mi corazón late con fuerza. No es justo. ¿Cómo voy a estar segura de algo tan inmenso, tan abrumador?

Me cubro los ojos con una mano y respiro hondo.

—Lucien…

—No lo pienses demasiado —me interrumpe suavemente—. Solo siente.

Cierro los ojos. Siento. Siento su voz acariciándome a través del teléfono, su ternura, su determinación. Siento el recuerdo de su piel contra la mía, de su risa en mi oído, de la forma en que me mira como si yo fuera lo único que importa.

—Ya te echo de menos —añade en un susurro.

Mi garganta se cierra. No quiero admitir que yo también.

Pero lo hago.

—Yo también te echo de menos —murmuro al final, rindiéndome a la verdad.

Él suspira, y casi puedo imaginar su sonrisa.

—Por cierto… —Lucien hace una pausa, y por el tono de su voz sé que va a soltar alguna de sus bromas.

—¿Qué? —pregunto con suspicacia.

—Que estás preciosa en las fotos.

Pongo los ojos en blanco, aunque sé que puede notarlo en mi tono cuando le respondo.

—No empieces.

—No, en serio —insiste con diversión—. Me alegra que el mundo sepa que la mujer más brillante y guapa es mi pareja.

Mi estómago da un vuelco. Mi pareja. Lo dice con tanta seguridad, con tanta naturalidad, que siento vértigo.

—Lucien…

—Yo lo tengo clarísimo, mon amour —continúa—. Y espero que, cuando vuelva, podamos pasar unos días juntos tras el comunicado.

Me muerdo el labio, dándome un segundo para procesar sus palabras. Es demasiado pronto. Es demasiado intenso. Pero la idea de verlo de nuevo, de sentirlo cerca… me atrae más de lo que quiero admitir.

—Ya veremos —digo finalmente, en un intento de no sonar demasiado entregada.

Él se ríe bajo, como si pudiera leerme la mente.

—Me lo tomaré como un sí.

—Pues no deberías.

—Oh, Carlota… —suspira con esa voz suya tan profunda—. No sabes mentir.

Y, antes de que pueda encontrar una respuesta, cuelga.

Me quedo mirando el teléfono, con el corazón latiéndome en la garganta. Porque, aunque no quiera admitirlo… Lucien tiene razón.

Necesito salir un rato a correr, como es domingo puedo hacerlo por la mañana. Me abrigó bien, ya que aún hace bastante frío y me coloco los auriculares para no escuchar nada más. La urbanización es lo suficientemente grande como para correr siete u ocho kilómetros sin salir de ella.

Salgo a la calle y empiezo el trote. Hace frío pero me vendrá bien para despejar la mente.

De repente, el chico que solía saludarme con amabilidad cada mañana, ahora se presenta como periodista, pidiéndome una entrevista. Yo me asusto un poco pero antes de que pueda reaccionar, aparece un hombre, alto, con presencia imponente, de mirada seria y gesto inflexible para ahuyentarlo como si fuera un insecto molesto.

—Será mejor que te largues —repite con voz firme.

El periodista me lanza una última mirada, como si esperara que yo interviniera, pero no puedo articular palabra. Finalmente, resopla y se aleja, mascullando algo por lo bajo.

Intento recuperar el aliento mientras observo al desconocido que se ha plantado a mi lado con los brazos cruzados.

—¿Quién eres? —pregunto, aunque ya intuyo la respuesta.

El hombre me mira con serenidad, pero también con la autoridad de alguien que no acepta discusiones.

—Alex. Su guardaespaldas.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Mi qué?

—El señor Deveraux me ha contratado para asegurarme de que no le molesten ni le sigan los periodistas. Es evidente que empiezan a acercarse demasiado.

Aparto la mirada, todavía procesando la situación.

—Esto es una locura…

—Es lo necesario —me corrige él—. No puede salir sola por ahora.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—Esto es ridículo, yo no necesito un…

—El presidente no opina lo mismo —me interrumpe con calma—. Y tiene razón.

Abro la boca para protestar, pero me detengo. Sé que no va a servirme de nada. Lucien ha tomado su decisión y, como todo en su vida, es inamovible.

Suelto un suspiro largo y cansado.

—Esto no puede estar pasándome.

—Créame, señorita Herrera —dice Alex con un leve atisbo de diversión en sus ojos oscuros—, a mí tampoco me hace gracia tener que perseguir a una científica por todo Madrid en lugar de estar en una misión de verdad.

Le fulmino con la mirada.

—¿Me acabas de llamar carga?

—No. Pero tampoco es una agente de élite. —Se encoge de hombros—. Te guste o no, necesito seguirla de cerca.

Cruzo los brazos, sintiéndome atrapada.

—¿Y qué? ¿Me vas a escoltar mientras corro?

—Por supuesto.

Aprieto los dientes. Esto es demasiado. Pero cuando veo a lo lejos al periodista que aún me observa, con el teléfono en la mano, me doy cuenta de que… quizás Lucien tenga razón.

Este es el precio de estar con él. Y todavía no sé si estoy dispuesta a pagarlo.

Al llegar a casa, me detengo en la entrada para recuperar el aliento. No puedo evitar girarme y mirar a Alex.

Ha corrido tras de mí durante todo el trayecto, manteniendo siempre una distancia prudente, pero sin perderme de vista ni un segundo. No ha mostrado señales de agotamiento, ni siquiera de molestia. Parece hecho de piedra, con su postura firme y su respiración perfectamente controlada.

—¿Siempre corres con traje? —pregunto con una ceja arqueada.

—Cuando me toca seguir a una científica que decide improvisar rutas, sí. —Su respuesta es seca, sin un atisbo de broma.

Me cruzo de brazos y le observo con detenimiento. Ahora que puedo fijarme mejor en él, parece incluso más intimidante en reposo. Es alto, de complexión fuerte, con el cabello castaño muy corto, casi rapado en los lados. Su mandíbula es cuadrada, firme, y sus ojos oscuros analizan

todo a su alrededor con un aire calculador.

Definitivamente, un militar.

—¿Quieres un café? —pregunto finalmente.

Parece sorprendido por mi ofrecimiento, pero su rostro se mantiene impasible.

—Si no es molestia.

—Lo es —respondo con ironía mientras abro la puerta—, pero ya te lo he ofrecido.

Pasa al interior con pasos controlados, con ese aire de seguridad que parece llevar de serie. Me sigue con la mirada mientras preparo dos tazas de café, como si evaluara cada uno de mis movimientos.

—Así que… ¿exmilitar? —pregunto mientras dejo la cafetera en marcha.

—Ejército de tierra. Estuve en misiones en el extranjero.

—¿Y ahora trabajas de guardaespaldas?

—La vida cambia.

Su tono cortante me deja claro que no va a extenderse en detalles.

Le sirvo el café y me siento frente a él, apoyando los codos sobre la mesa. Bebo un sorbo y observo cómo lo toma él, sin azúcar ni leche. Directo. Fuerte. Como él.

—Supongo que estarás acostumbrado a proteger a políticos y empresarios.

—Algunos. Aunque la mayoría no salen a correr sin avisar a su equipo de seguridad.

—No tengo equipo de seguridad —le recuerdo.

—Ahora sí.

Ruedo los ojos y suspiro.

—No voy a acostumbrarme a esto.

—Lo harás. —Me mira fijamente—. Y será mejor que lo hagas rápido.

Le sostengo la mirada un momento y, por alguna razón, su actitud no me molesta tanto como debería. Sí, es brusco, directo y demasiado serio, pero hay algo en él que transmite confianza. Es profesional, eso es evidente.

Bebo otro sorbo de café y niego con la cabeza.

—Necesito una ducha. Puedes irte, no voy a salir en toda la tarde.

Alex deja su taza en la mesa y se pone de pie con calma.

—Seguiré cerca.

—Por supuesto que sí —murmuro con ironía mientras lo acompaño a la puerta.

Cuando se marcha, su silueta se pierde entre los árboles de la urbanización. No me queda duda de que sigue vigilando.

Cierro la puerta y me apoyo la frente contra la madera, exhalando un suspiro largo.

Mi vida ha dado un giro tan inesperado que todavía no sé si quiero reír, llorar o huir.

Después de una larga ducha, en la que dejo que el agua caliente se lleve parte de la tensión acumulada en mi cuerpo, me envuelvo en un albornoz y bajo a la cocina.

Preparo un té de menta, disfrutando del aroma fresco que se eleva con el vapor. Me siento en el sofá con mi libro sobre innovaciones neurocientíficas. Sumergirme en la lectura siempre ha sido mi refugio, mi forma de recuperar el control cuando todo parece demasiado caótico.

Paso las páginas con interés, absorbiendo cada descubrimiento, cada avance, cada teoría… pero por mucho que intento concentrarme, mi mente divaga en otra dirección.

Miro el móvil que reposa sobre la mesa de centro.

Lucien.

Sin pensarlo demasiado, desbloqueo la pantalla y busco su contacto. Son las ocho, tal vez aún pueda cogerme la llamada.

Marco su número y espero. Uno, dos, tres tonos… nada.

Resoplo y dejo el móvil de nuevo en la mesa. Seguro que sigue en reuniones o en alguna cena formal en Malta. Me imagino la escena: él, impecable con su traje, rodeado de ministros, empresarios y líderes europeos, con toda la sala pendiente de cada palabra suya.

Y las mujeres… Por supuesto que habrá mujeres, todas observándolo con admiración, tratando de captar su atención, riendo de sus comentarios, seduciéndolo con miradas estratégicas.

Aprieto los labios y sacudo la cabeza. Ridículo.

No soy así. No soy una mujer celosa.

Cierro el libro con un suspiro y me levanto. No voy a obsesionarme con esto.

Después de cenar algo ligero, me acomodo en el sofá y enciendo la televisión. Necesito distraerme. Netflix me ofrece un sinfín de opciones, pero ninguna me convence del todo. Estoy a punto de seleccionar una película al azar cuando mi móvil vibra sobre la mesa.

Lucien.

Mi estómago da un vuelco involuntario antes de responder.

—¿Sí?

—Bonsoir, mi princesa de hielo.

Su voz ronca y cálida me envuelve al instante, como si en lugar de estar a miles de kilómetros de distancia, estuviera justo a mi lado, susurrándome al oído.

—No soy de hielo, solo práctica —respondo, intentando sonar neutral, aunque sé que mi tono no es tan firme como me gustaría.

Él suelta una risa baja.

—¿Así me recibes después de que haya estado todo el día esperando este momento?

—No me lo ha parecido mucho cuando te he llamado hace unas horas —replico, recostándome contra los cojines del sofá.

—Estaba en una cena de trabajo —se justifica—. Acabo de llegar al hotel y lo primero que he hecho ha sido llamarte.

—Vaya honor.

—Siempre lo tienes, cielo.

Cierro los ojos un instante. Su voz tiene ese efecto en mí, esa forma de colarse bajo mi piel y hacerme olvidar cualquier barrera.

—¿Cómo ha ido tu día? —pregunta con verdadero interés.

—Normal. He salido a correr… y he conocido a mi nuevo guardaespaldas.

—¿Alex?

—Sí. Es… intenso.

Lucien suelta una leve carcajada.

—Es muy bueno en su trabajo.

—También muy seco.

—Eso significa que no se distraerá contigo. Mejor.

Ruedo los ojos, aunque él no pueda verlo.

—No necesito un guardaespaldas, Lucien.

—Lo tienes igualmente.

Su tono es firme, categórico, sin espacio para negociación.

—¿Siempre eres así de obstinado?

—Cuando se trata de tu seguridad, sí.

Suspiro, sin ganas de discutir. Es inútil, y en el fondo, saber que se preocupa por mí me provoca una calidez inesperada.

—¿Qué hacías antes de que te llamara? —pregunta, cambiando de tema.

—Pensaba en qué ver en Netflix.

—Si estuviera contigo, elegiría por ti.

—¿Y qué pondrías?

—Seguramente algo aburrido, en blanco y negro, para que te durmieras en mi pecho.

Sonrío sin querer. Es increíble cómo sabe desarmarme con tan poco.

—No sé si prefiero eso o un thriller psicológico que me haga cuestionar la vida.

—Con lo que te gusta analizarlo todo, seguro que adivinarías el final en los primeros diez minutos.

Suelto una risa suave.

—Tal vez.

Hay un pequeño silencio, pero no es incómodo. Es de esos silencios que notas como una caricia, como una presencia cálida al otro lado del teléfono.

—Te echo de menos —dice finalmente más grave y más bajo.

Mis dedos juegan con el borde de la manta sobre mis piernas.

—Solo llevas un día fuera.

—Aún así.

Cierro los ojos un instante. No quiero admitirlo, pero yo también lo echo de menos.

—Cuando vuelva, quiero verte.

—Lo sé.

—Dime que también quieres verme.

Muerdo mi labio inferior, sintiendo ese vértigo que me genera la velocidad con la que todo está ocurriendo. Pero, al mismo tiempo, no puedo negar que lo deseo.

—Quiero verte.

Él exhala suavemente, satisfecho.

—Dormiré mejor sabiendo eso.

Sonrío, sintiendo una calidez inesperada en el pecho.

—Buenas noches, Lucien.

—Dors bien, mi princesa.

Cuelgo el teléfono y dejo escapar un suspiro. Definitivamente, esto se me está yendo de las manos.

Capítulo 21

Lucien:

El día ha sido eterno.

Desde que aterrizamos en Estrasburgo por la mañana, no he hecho más que ir de una reunión a otra, algunas realmente importantes y otras absolutamente inútiles. La burocracia de la Unión

Europea es un laberinto sin fin, lleno de formalidades innecesarias y discursos vacíos. A veces me pregunto cómo es posible que algo funcione en este caos.

Ahora, la jornada termina con una cena de gala en un salón de techos altos, lámparas de araña resplandecientes y camareros moviéndose con precisión quirúrgica entre las mesas vestidas de blanco impoluto. Es el escenario de siempre: lujo, sonrisas medidas y conversaciones llenas de diplomacia cuidadosamente calculada.

Me ajusto el puño de la camisa bajo la chaqueta de mi esmoquin mientras camino hacia mi asiento. Cuando veo quién está sentada a mi derecha, suprimo una maldición.

Élise Filaveur.

Hija del presidente de Francia. Rubia, esbelta, sofisticada y con una sonrisa que pretende ser inocente, pero que esconde intenciones demasiado obvias. No es la primera vez que coincidimos en eventos de este tipo y, en más de una ocasión, ha sido descarada en sus insinuaciones.

—Monsieur Deveraux, qué placer volver a verte —dice con esa voz aterciopelada que usa cuando quiere conseguir algo.

Le ofrezco una sonrisa educada, la misma que uso con todos los presentes.

—Mademoiselle Filaveur. Un honor.

Nos sentamos, y en cuanto el primer plato llega a la mesa, ella inicia su juego.

—Me han dicho que has estado muy ocupado últimamente —dice, con los dedos jugando con el tallo de su copa de vino—. Entre Bruselas, Madrid y ahora Estrasburgo… No sabía que los asuntos diplomáticos incluyeran visitas tan frecuentes a España.

Ahí está.

Levanto la copa a mis labios, saboreando el vino antes de responder.

—Mis viajes obedecen a intereses políticos, como siempre.

—Oh, por supuesto —responde, fingiendo indiferencia—. Aunque debo admitir que me sorprende. No imaginaba que tu tipo de… relaciones personales fueran por ese camino.

Su sonrisa es venenosa. Sabe exactamente lo que insinúa.

Mantengo mi expresión impasible. No pienso darle el gusto de una reacción.

—Las revistas siempre exageran, lo sabes bien.

Ella suelta una risita melodiosa y se inclina ligeramente hacia mí, acortando la distancia de manera innecesaria.

—¿Exageran? Quizá podríamos salir a cenar en París y comprobar si también exageran con nosotros. Seguro que los titulares serían fascinantes.

Me obligo a mantenerme relajado, aunque mi paciencia está al límite.

—Prefiero no mezclar política con mi vida personal —respondo con diplomacia, llevándome un bocado a la boca para cortar la conversación.

—Oh, qué lástima —dice con fingido desánimo—. Estoy segura de que podríamos llevarnos

muy bien.

Me limito a esbozar una sonrisa que no llega a mis ojos.

El resto de la cena transcurre en la misma dinámica. Ella sigue con sus comentarios sutiles, insinuaciones envueltas en palabras elegantes, y yo esquivo cada una con la destreza que los años en política me han otorgado.

Las cámaras no tardan en hacer su trabajo. Destellos de flashes, fotos estratégicamente tomadas, imágenes que mañana inundarán los medios.

Genial. Justo lo que me faltaba.

Pienso en Carlota. En su incomodidad con la atención mediática, en la ansiedad que le provocan los titulares. Cuando vea esto, se pondrá nerviosa.

Mierda.

No puedo permitir que esto la haga retroceder. Mañana, a primera hora, haré el comunicado. Es hora de formalizar lo que ya es evidente.

Carlota es mi pareja, y no hay nada ni nadie que vaya a cambiar eso.

El hotel es puro silencio.

Las luces del pasillo están atenuadas y solo se oye el eco de mis pasos sobre la moqueta gruesa del hotel. Estoy agotado, pero mi cabeza no deja de dar vueltas. Las sonrisas fingidas, las conversaciones vacías, las miradas calculadas.

Deslizo la tarjeta y entro en la suite. Un espacio amplio y elegante que no me dice absolutamente nada. Demasiado frío, demasiado impersonal.

Me quito la chaqueta y la tiro sobre un sillón. Me desabrocho el primer botón de la camisa y camino hasta la ventana. Desde el piso treinta y cinco, Estrasburgo se extiende ante mí, iluminada y ajena a mis pensamientos.

Pero yo no pienso en Estrasburgo.

Pienso en ella.

En su mirada inteligente y esquiva. En la forma en que se muerde el labio cuando está nerviosa. En el roce de su piel de terciopelo contra la mía, en sus caricias suaves pero intensas.

Daría cualquier cosa por estar con ella ahora mismo.

Suspiro y paso una mano por mi pelo, despeinándolo. Son las dos de la mañana. Estará dormida. Mejor no la molesto. Pero la necesito.

Busco mi teléfono en el bolsillo y lo desbloqueo. Abro nuestra conversación y, sin pensarlo demasiado, comienzo a escribir.

“Me gustaría que estuvieras aquí. No sabes cuánto. Cerrar los ojos y encontrarte a mi lado, sentir tu cuerpo entre mis brazos, perderme en ti hasta olvidar el mundo. Me haces falta, Carlota. Duerme bien, ma princesse.”

Lo releo. Es sincero, directo. Como lo que siento por ella.

Presiono enviar y dejo el móvil en la mesilla. Me desvisto con movimientos mecánicos y me meto en la cama, dejando que el cansancio me venza.

Cierro los ojos con una sola imagen en mi mente: su rostro, su boca, su piel.

Y la certeza de que, aunque la distancia nos separe, ella es lo único que realmente deseo.

Carlota*:*

El café humea entre mis manos, pero apenas lo noto.

Estoy sentada frente a Jon en una mesa junto a la ventana de la cafetería de la universidad. El murmullo de otros profesores y alumnos nos envuelve, pero mi atención está completamente centrada en él y en la expresión de falsa indiferencia con la que me observa.

—Así que… ¿cómo va tu romance presidencial? —pregunta con retintín, removiendo su espresso con aire distraído.

Levanto una ceja y le doy un sorbo a mi café antes de responder.

—Va bien.

Mi respuesta es corta, seca. No me gusta su tono.

Jon sonríe con cierto desdén y saca su móvil del bolsillo. Algo en su expresión me inquieta. Desliza el dedo por la pantalla un par de veces y luego me lo pone delante.

—¿Bien, dices?

Miro la imagen en la pantalla. Y siento un golpe directo al estómago.

Lucien.

Con una mujer.

Una rubia impresionante, de vestido negro ajustado y sonrisa perfecta.

La imagen es de anoche, en la cena de gala de Estrasburgo. Están sentados juntos, él inclinado ligeramente hacia ella, y ella con una mano delicadamente apoyada en su brazo mientras ríe. La escena destila complicidad, intimidad.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Hacen una buena pareja, ¿verdad? —Jon suelta la frase con total naturalidad, pero sé que disfruta cada segundo de mi incomodidad.

—Es solo una foto —murmuro, devolviéndole el móvil sin mirarlo a los ojos.

—Claro… —responde con sarcasmo, guardando el teléfono—. ¿Cuántas cenas así tendrá en un mes? ¿Cuántas mujeres espectaculares se le insinúan en cada evento? ¿Y cuántas veces crees que resistirá antes de ceder a la química?

Levanto la vista y lo fulmino con la mirada.

—No sé qué intentas decirme, Jon.

Él se encoge de hombros y se recuesta en la silla con aire satisfecho.

—Solo que tú mejor que nadie sabes cómo funciona esto, Carlota. Lo enseñas cada día en tus clases. Cuando la química aparece, cuando el deseo se enciende, da igual quién seas o con quién estés. Todo lo demás desaparece.

Mis dedos aprietan con fuerza la taza. No quiero darle la razón. No quiero admitir que una parte de mí está ardiendo de celos, de inseguridad, de rabia.

Jon sonríe con suficiencia, como si pudiera ver a través de mi fachada.

Tengo que irme.

Empujo la silla hacia atrás y me levanto de golpe.

—Tengo que volver a mi despacho —digo con frialdad.

—Por supuesto. No dejes que la bioquímica te arruine la fantasía.

Me alejo sin responder, sintiendo su mirada clavada en mi espalda.

Cuando llego a mi despacho, cierro la puerta y me apoyo contra ella.

No debería molestarme.

Pero lo hace.

Me duele el pecho. La imagen de Lucien inclinado hacia esa mujer, su expresión relajada, su sonrisa… se clava en mi mente como una espina envenenada.

Suelto un suspiro tembloroso y cierro los ojos.

No soy así.

No soy una mujer celosa.

No lo soy.

¿O sí?

Me inclino sobre el escritorio y apoyo la frente en mis manos. No puedo concentrarme. Las palabras en la pantalla del ordenador se mezclan en un borrón ilegible. He releído el mismo párrafo tres veces sin asimilar nada.

La imagen de Lucien con esa mujer en Estrasburgo sigue ahí, clavada en mi mente como una maldita espina que no puedo arrancar. Y lo peor es que sé que no debería sentirme así.

No somos una pareja convencional. No hay promesas de exclusividad, no hay normas establecidas. Pero eso no cambia lo que siento.

Y lo que siento es intenso, abrasador, aterrador.

Me echo hacia atrás en la silla y cierro los ojos, masajeándome las sienes. No sé cómo gestionar esto. Nunca he estado enamorada. Nunca he sentido esta necesidad irracional por alguien. Siempre he creído que el amor es química, reacciones cerebrales explicables, patrones evolutivos… pero esto no tiene sentido.

No puedo controlarlo.

Y eso me aterra.

Porque si Lucien me deja… me destrozará. No solo el corazón. Me destrozará la mente.

Abro los ojos de golpe y me levanto de la silla, sintiendo una energía desesperada recorrer mi cuerpo. Necesito hacer algo. Algo que me saque de este estado de frustración, ansiedad y rabia contenida.

Camino por el despacho de un lado a otro, con los brazos cruzados y los dientes apretados.

¿Qué hago?

¿Qué necesito para calmar esta tormenta dentro de mí?

Un grito.

Un golpe.

Correr hasta que me fallen las piernas.

O quizá…

Un mensaje.

Miro mi móvil sobre la mesa. No. No voy a escribirle. No voy a ser esa mujer. La que necesita reafirmación constante. La que se deja llevar por impulsos irracionales.

Pero la necesidad de oír su voz me consume.

Agarro el móvil con rabia y lo aprieto en mi mano. Lo que siento por él es demasiado fuerte. Demasiado intenso para alguien que jamás ha querido depender de nadie.

Y sin embargo…

Estoy cayendo.

El teléfono suena apenas dos veces antes de que su voz profunda y cálida inunde mis oídos.

—Mon amour… —dice con suavidad—. Qué alegría escuchar tu voz.

No respondo al instante. Tengo un nudo en la garganta y la ansiedad me oprime el pecho. No sé cómo sacar lo que siento sin parecer irracional, sin parecer débil.

Pero él no me da tiempo a pensar demasiado.

—Sé lo que te preocupa. —Su tono es seguro, firme, como si hubiera estado esperando esta llamada—. La mujer de anoche es la hija del presidente francés. Me sentaron con ella en la cena de gala. Es una relación diplomática, nada más. No significa nada.

Contengo la respiración.

—Lucien…

—Escúchame bien, Carlota. —Su voz se vuelve más intensa, más profunda—. Tú eres la única mujer de mi vida. No hay otra para mí. No la ha habido desde que entraste en mi mundo y lo

sacudiste todo.

Mis ojos se nublan. No quiero llorar. Pero una lágrima traicionera se desliza por mi mejilla.

—No quiero que sufras por esto, por mí. —Continúa con dulzura—. Mi corazón, mi alma, mi todo… es tuyo. Solo tuyo.

Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro tembloroso. ¿Cómo puede decir esas cosas con tanta seguridad? ¿Cómo puede entregarse así, sin miedo?

—Confío en ti —susurro con voz entrecortada—. Pero… te necesito cerca.

Es lo único que logro articular. No quiero sonar desesperada, pero lo estoy. Lo necesito. No quiero que la distancia y las noticias me consuman.

Lucien deja escapar un leve suspiro antes de hablar con determinación.

—Iré esta noche a Madrid.

Abro los ojos de golpe.

—¿Qué?

—No puedo soportar que estés así. Voy a pasar un par de días contigo.

Mi corazón se acelera.

—Lucien, no hace falta que…

—Sí, hace falta. —Su tono no admite discusión—. Voy a hacer público nuestro comunicado antes de volar. Será un comunicado oficial por escrito desde la presidencia. Te lo enviaré en unos minutos.

Me quedo en silencio. Es demasiado. Es real.

—Dime que está bien —pide con voz suave—. Dime que te hace feliz que vaya.

Sonrío con los ojos húmedos.

—Me hace feliz.

Lucien suspira, aliviado.

—Entonces espérame, princesa. En unas horas estaré contigo.

Mi ordenador emite un leve sonido cuando recibo un nuevo correo. Sé que es él.

Con el corazón latiéndome en las sienes, hago clic en el mensaje. En el remitente aparece el correo oficial de la Presidencia de Bélgica. Respiro hondo antes de abrirlo.

El asunto es simple y directo:

<<Comunicado Oficial de la Presidencia del Reino de Bélgica>>

Mis manos tiemblan levemente cuando deslizo el cursor y abro el documento adjunto. La cabecera lleva el sello del gobierno belga y la firma de Lucien al final del texto.

Empiezo a leer:

COMUNICADO OFICIAL

La **Presidencia del Reino de Bélgica**, en ejercicio de su compromiso con la transparencia y el respeto a la privacidad, desea aclarar la reciente información publicada en diversos medios de comunicación sobre la vida personal del Presidente **Lucien Deveraux**.

El Presidente confirma su relación con la **Dra. Carlota Herrera**, catedrática de Neurobiología en la Universidad Carlos III de Madrid. Se trata de una relación que pertenece al ámbito estrictamente privado y que, como cualquier otra, merece el respeto y la discreción que corresponden a toda persona, independientemente de su posición pública.

En este sentido, la Presidencia solicita a los medios de comunicación y a la opinión pública que se aborden estos asuntos con el **rigor periodístico y el respeto** debido, evitando la difusión de especulaciones o información no contrastada que pueda afectar la vida privada de los implicados.

El Presidente agradece el interés de la ciudadanía y **reafirma su compromiso con la transparencia en el ejercicio de su cargo**, sin que ello implique la vulneración del derecho a la intimidad que todo individuo merece.

Atentamente,

Lucien Deveraux

Presidente del Reino de Bélgica

Parpadeo un par de veces. Lo ha hecho.

Es oficial.

Mi nombre está ahí, junto al suyo, en un comunicado institucional. No hay rumores, no hay especulaciones. Lo ha reconocido de forma pública y formal.

Un escalofrío me recorre la espalda. Me apoyo en el respaldo de la silla y cierro los ojos un momento. Todo el mundo lo verá. Toda España, toda Bélgica…

Miro la pantalla de nuevo. Ha pedido respeto. Ha exigido rigor. Ha blindado nuestra privacidad.

Y, lo más importante, no ha titubeado en nombrarme.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Lucien.

“Es oficial, ma princesse. Ahora, espérame.”

Sonrío, aún con la respiración entrecortada. Ahora sí, ya no hay marcha atrás.

Mi corazón late desbocado, como si quisiera salirse de mi pecho. No puedo creer lo que acaba de pasar.

Leo de nuevo el comunicado en la pantalla, incapaz de procesarlo del todo. ¿De verdad yo soy esa mujer mencionada en un documento oficial del gobierno belga? ¿De verdad el hombre que dirige un país entero ha salido públicamente a pedir respeto por nuestra relación?

Apoyo una mano en mi pecho, intentando calmar la emoción que me sacude por dentro. Quién me lo iba a decir a mí, tan recta, tan analítica, tan científica… enamorada.

Y no de cualquiera. De Lucien Deveraux.

El sonido del móvil me sobresalta un rato después. Al ver la pantalla y reconocer el número de mi madre, un nudo de emoción se forma en mi garganta.

—¡Carlota! —Su voz llega a mis oídos antes incluso de que pueda saludar—. ¡Dios mío, hija, lo acabo de ver en la televisión! ¡Es la noticia del día!

Oigo el sonido de la tele de fondo, un murmullo donde alcanzó a distinguir palabras sueltas como *presidente de Bélgica, relación oficial, doctora española.*

—Mamá… —Intento hablar, pero ella me interrumpe, eufórica.

—¿Pero por qué no nos habías dicho nada, hija? ¡Con razón estabas tan misteriosa! Ay, Carlota, hija, qué elegantes salís en las imágenes, qué porte, qué distinción…

De fondo, escucho la voz estridente de mi hermana gritando:

—¡¡Tía, eres TRENDING TOPIC en todas partes!! ¡Estás en las noticias de todos los canales, esto es histórico!

Mi respiración se entrecorta. ¿De verdad estoy en las noticias?

—Mamá, yo…

—¡Te lo mereces, hija! ¡Se os ve tan bien juntos! —Continúa, sin dejarme terminar—. Ese hombre te mira como si fueras lo más importante del mundo. ¡Y qué presencia tiene! Se nota que es un caballero, un hombre serio.

No sé si reír, llorar o hiperventilar. No estaba preparada para esto.

Entonces, escucho la voz grave de mi padre al otro lado de la línea.

—Carlota.

Contengo el aliento.

—Papá.

—¿Es esto lo que quieres?

Su tono es calmado, firme. Trago saliva, sintiendo un pequeño temblor en las manos. Sí.

—Sí, papá.

Un segundo de silencio.

—Entonces tienes todo mi apoyo.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Gracias, papá.

—Y que no se te olvide que te queremos mucho, ¿vale?

Me río entre lágrimas.

—Yo también os quiero.

Mi madre vuelve a tomar el teléfono, con su entusiasmo inagotable.

—Hija, cuando vengas a Toledo tenemos que celebrarlo, ¿vale? ¡Esto hay que festejarlo en familia!

Mi hermana grita otra vez desde el fondo.

—¡Cuando Lucien venga a conocernos quiero fotos con él! ¡Me da igual que sea presidente!

Sacudo la cabeza, sonriendo con emoción y diversión a partes iguales.

—Mamá, de verdad… tengo que procesarlo todo.

—Vale, vale, cariño. Te dejo tranquila. Pero que sepas que estamos muy felices por ti.

Cuelgo con el corazón aún acelerado. No puedo creerlo.

Todo el mundo lo sabe.

Y, por primera vez en mi vida, no me importa.

Con una sonrisa todavía dibujada en mis labios, apago el iMac y comienzo a recoger mis cosas. Mi cabeza sigue dándole vueltas a la llamada de mis padres, a las palabras de mi padre, al grito eufórico de mi hermana.

Quién me iba a decir que mi vida iba a cambiar de esta forma en cuestión de días.

Pero justo cuando guardo mi cuaderno en el bolso, llaman a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abre con suavidad y, para mi sorpresa, aparece el rector Carlos.

Me incorporo de inmediato, con respeto. No es habitual que venga a mi despacho sin previo aviso.

—Doctora Herrera.

—Señor rector.

Él avanza con su elegancia habitual y cierra la puerta tras de sí. Lleva una expresión afable, aunque con un deje de solemnidad en el rostro.

—No quiero quitarte mucho tiempo, sé que debes estar abrumada con todo lo que está pasando. —Se acerca unos pasos y me mira con orgullo—. Solo quería felicitarte personalmente.

Trago saliva, sorprendida.

—¿Felicitarme?

—Por supuesto. —Esboza una sonrisa—. Tu compromiso con el presidente de Bélgica ha sido noticia en toda Europa, y aquí en la Universidad estamos muy orgullosos de ti.

¿Compromiso?

Siento un ligero mareo. Sé que se refiere a mi relación con Lucien, pero escuchar esa palabra me hace sentir vértigo.

—Señor rector…

Él levanta una mano, cortés.

—No te preocupes, no quiero meterte presión. Solo quería recordarte que esta Universidad es tu casa. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

Su tono es cálido, cercano. No sé por qué, pero me emociono.

—Gracias.

—Sabemos que, con tu relación con el Presidente, es posible que tu vida tome otros rumbos. —Hace una pausa y me mira con seriedad—. Pero, si decides irte, solo te pido que no nos olvides.

Siento un nudo en la garganta.

—No he pensado en irme.

Las palabras salen de mi boca antes de poder analizarlas. Y son sinceras.

—Pero si en algún momento lo hago, no abandonaré este lugar. —Mi voz es firme—. Aquí me han tratado demasiado bien como para hacerlo.

Carlos asiente, satisfecho.

—Eso nos alegra oírlo. Queremos seguir contando contigo, aunque sea unas horas a la semana.

Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que él da un paso adelante y, con cierta incomodidad pero con afecto sincero, me abraza.

No sé cómo reaccionar. Nunca hemos sido cercanos, pero entiendo el gesto. Es un reconocimiento, una despedida velada y, sobre todo, una muestra de orgullo.

Le devuelvo el abrazo con torpeza, sin saber muy bien cómo gestionar tanta emoción en un solo día.

Cuando salgo de la facultad, siento todas las miradas sobre mí.

No necesito oír los murmullos para saber lo que dicen.

Soy la noticia del momento.

Respiro hondo y sigo caminando.

Salgo de la facultad con la sensación de que cada paso que doy es observado. Las miradas, los susurros, las sonrisas cómplices… todo está ahí, flotando en el aire.

Pero antes de que pueda sumergirme demasiado en mis pensamientos, una sombra se desliza a mi lado.

—Hola, señora presidenta.

Me giro y me encuentro con Alex, mi guardaespaldas, con una media sonrisa burlona en el rostro.

Resoplo y le lanzo una mirada de advertencia.

—Métete en tus asuntos, Alex.

Él suelta una carcajada breve y continúa caminando a mi lado con ese aire relajado que parece tener siempre, como si nada en el mundo pudiera alterarlo.

Cuando llegamos a la salida, veo un coche negro obstentoso esperándome. No es el de la universidad.

—¿Y el chófer habitual? —pregunto con el ceño fruncido.

—Lucien ha enviado otro. —Alex me abre la puerta trasera con profesionalidad, pero con ese brillo divertido en los ojos que me hace sospechar que está disfrutando de la situación más de lo necesario—. Tienes coche presidencial ahora, jefa.

—No soy su jefa.

—Bueno, no oficialmente.

Me fulmina con una sonrisa traviesa y yo solo puedo negar con la cabeza mientras entro en el coche. Este hombre es un idiota.

Pero un idiota que, para mi desgracia, me cae bien.

Antes de subir, Alex echa un vistazo rápido alrededor, revisa el perímetro con gesto serio y, cuando se asegura de que todo está en orden, se monta delante.

Al girarse hacia mí, se quita las gafas de sol y me guiña un ojo.

—Todo bien, señora presidenta.

Le dedico una mirada de advertencia, pero él sigue con su show.

—Vas a ser una primera dama fabulosa. Solo no olvides a tu patria, ¿ok?

Lo miro con cara de pocos amigos.

Él se echa a reír a carcajadas.

—Eres idiota.

—Y tú poderosa.

Pongo los ojos en blanco y miro por la ventanilla, pero no puedo evitar sonreír.



Capítulo 21

Cuando el coche se detiene frente a mi casa, Alex baja primero, como siempre. No me deja abrir la puerta hasta que da un vistazo rápido alrededor, analizando cada rincón con esos ojos de lobo entrenado.

—¿De verdad es necesario todo esto? —pregunto, cruzándome de brazos mientras lo veo inspeccionar la entrada.

Me dedica una mirada seria, esa que me recuerda que, por mucho que bromee, se toma su trabajo muy en serio.

—Sí. Ahora eres alguien importante y relevante en la vida de alguien importante y relevante.

Pongo los ojos en blanco.

—Vaya definición.

Él ignora mi sarcasmo y abre la puerta de casa, entrando primero.

Lo veo recorrer el recibidor con paso seguro, echando vistazos a las esquinas, como si esperara que un espía se descolgara del techo en cualquier momento.

—¿Todo en orden, agente especial? —ironizo cuando vuelve junto a mí.

Me lanza una mirada de advertencia, pero en sus labios se dibuja una media sonrisa.

—Por ahora.

Suspira y se cruza de brazos, mirándome con un gesto más profesional.

—Voy a hablar con los de seguridad de la urbanización y a establecer un perímetro. Quiero evitar incidentes, sobre todo con la prensa.

Asiento, porque sé que tiene razón. No puedo evitar sentirme extraña en mi propia casa, como si de repente hubiese pasado a ser un lugar menos mío y más de todos.

—Si quieres comer algo antes de irte, puedes quedarte.

Alex niega con la cabeza.

—Gracias, pero tengo trabajo.

—¿Siempre tan profesional?

Me lanza otra de sus sonrisas canallas antes de girarse hacia la puerta.

—Siempre.

Lo veo salir, cerrar la puerta tras de sí y me quedo en el silencio de mi casa. Respiro hondo.

Parece que mi vida ya no me pertenece del todo.

Después de comer lo que me ha dejado preparado mi asistenta, una ensalada de quinoa con pollo y un poco de pan integral, me doy una ducha larga, dejando que el agua caliente relaje mis músculos. Necesito despejarme. Demasiadas emociones en un solo día.

Cuando salgo, envuelta en un albornoz, cojo el portátil y me acomodo en el sofá con una taza de

té. Sé que no debería hacerlo, pero necesito saber qué se dice de mí.

Abro varias páginas de noticias y en todas hay algún titular con mi nombre. Mi nombre. Me sigue resultando surrealista.

En la televisión, los canales de televisión no dejan de hablar de nosotros. Imágenes de nuestra comida en el restaurante, de mi discurso en el congreso, de Lucien en diferentes viajes oficiales… Incluso han conseguido fotos mías de la universidad, de mi graduación, algunas de conferencias en las que he participado. Me veo a mí misma en pantalla y se me hace extraño. Como si estuvieran hablando de otra persona.

Algunos periodistas me tratan con respeto, analizan mi trayectoria y se muestran sorprendidos de que una científica haya captado la atención del presidente. Otros, en cambio, son más mordaces. Me tachan de oportunista, de ser una desconocida que ha sabido jugar bien sus cartas.

Me arde la sangre. No por mí, sino por lo injusto que es que una mujer no pueda estar con un hombre poderoso sin que se asuma que tiene algún tipo de agenda oculta.

Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria y lo dejo sobre la mesa. Mi ansiedad sube.

Respiro hondo.

No puedo dejar que esto me afecte. Sé quién soy y sé lo que siento por Lucien. Pero, ¿seré capaz de soportar este escrutinio constante?

Mientras sigo viendo la televisión, me detengo en un canal bastante popular por las tardes. Están emitiendo un debate sobre nuestra relación.

En pantalla, una de las periodistas más conocidas del país, María Fernández, habla con entusiasmo sobre la noticia del momento. Me sorprende lo bien que me describe, y mi pecho se llena de un extraño orgullo al escucharla.

—Lo que estamos viendo aquí es una historia que rompe los estereotipos de siempre —dice la periodista, gesticulando con pasión—. Carlota Herrera no es la típica mujer que aparece en los titulares por estar con un hombre poderoso. Es una científica brillante, una de las neurobiólogas más destacadas de su generación, catedrática, con una trayectoria impecable. ¡Estamos hablando de una mujer que ha trabajado toda su vida por sus méritos y que representa el modelo de la mujer española actual!

Los tertulianos asienten y ella continúa, con una sonrisa convencida en los labios:

—Lo interesante de esta historia no es solo el romance con el presidente de Bélgica, sino lo que simboliza: una mujer trabajadora, empoderada, que no necesita de nadie para brillar por sí misma. Y ahora, con esta relación, demuestra que se puede ser profesional, independiente y al mismo tiempo vivir el amor sin renunciar a nada.

Me quedo mirando la pantalla, absorta, sin saber cómo reaccionar.

—¿Creéis que esto cambiará la visión que se tiene de las parejas de líderes mundiales? —pregunta uno de los colaboradores.

—Absolutamente —responde María, con seguridad—. Lucien Deveraux no ha elegido a una modelo, una actriz o una socialité. Ha elegido a una científica. A una mujer que habla de igual a igual con los grandes intelectuales y que ha conquistado con su inteligencia, su carácter y su

independencia. Es un mensaje poderoso para todas las niñas y mujeres que nos están viendo: el éxito profesional y el amor no tienen por qué estar reñidos.

Mi corazón late con fuerza. No sé si estoy preparada para que me vean de esa manera.

Pero si algo tengo claro es que no soy ninguna oportunista.

Y si la gente empieza a verme como un modelo de mujer fuerte e independiente, tampoco voy a dejar que me minimicen.

Apago la televisión con un suspiro y cierro el portátil. Necesito desconectar del caos mediático y centrarme en lo que realmente importa: mi trabajo.

Miro el reloj. En media hora tengo una reunión online con mi equipo de investigación sobre neuroplasticidad. Abro mis notas, repaso los últimos avances y organizo mis ideas. Me aferro a la ciencia como un ancla, como el único terreno que sigue siendo predecible en mi vida.

Cuando llega la hora, me conecto a la videollamada. Las caras familiares de mi equipo aparecen en pantalla, y me siento aliviada. Durante un rato, hablamos de los progresos, de los próximos experimentos y de los ajustes en nuestras hipótesis.

Entonces, Sara, una de mis investigadoras más brillantes, sonríe y cambia de tema.

—Carlota, antes de que terminemos… —dice con una expresión casi tímida—. Quiero aprovechar para felicitarte por tu compromiso.

Me tenso ligeramente, pero ella sigue hablando con sinceridad.

—Siempre he admirado tu trabajo, tu inteligencia y tu dedicación —continúa—, pero ahora también te admiro como mujer. No es fácil estar en el foco mediático y seguir firme en lo que uno es. Eres un ejemplo para muchas de nosotras.

Su comentario me toma por sorpresa. No suelo recibir este tipo de reconocimiento en mi entorno científico. La ciencia es fría, objetiva, alejada de sentimentalismos.

—Gracias, Sara… —respondo, sin saber muy bien qué decir—. Eso significa mucho para mí.

Ella sonríe y los demás asienten, mostrando su apoyo.

Por primera vez en el día, siento que puedo respirar con calma.

Porque aquí, en mi equipo, soy simplemente Carlota, la neurobióloga. Y eso no va a cambiar.

Estoy a punto de colocar el pescado en la sartén para la cena, cuando llaman a la puerta. Mi corazón da un vuelco.

Me limpio las manos en un paño y camino hacia la entrada, sintiendo un leve temblor en las piernas. No espero a nadie.

Respiro hondo y abro la puerta.

Y ahí está él.

Lucien.

Vestido con un traje impecable, oscuro y elegante, como siempre. Su camisa blanca contrasta con su piel bronceada y su cabello, engominado con ese aire de perfección que parece natural en él. Está afeitado, radiante, con ese aroma embriagador que me hace perder el sentido.

Y entonces veo lo que lleva en las manos.

Un estuche cuadrado de terciopelo oscuro. Y un ramo de rosas.

No cualquier ramo. Al menos cincuenta rosas rojas, intensas, vibrantes, perfectas.

—Hola, preciosa —susurra con esa voz profunda que me envuelve.

Se inclina y me besa, un beso profundo, lento, lleno de todo lo que no hemos dicho en estos días de distancia.

Cuando nos separamos, me entrega las rosas. Son preciosas, huelen a amor, a pasión, a eternidad. Voy al salón y las dejo con cuidado sobre la mesa, mi pecho sube y baja con una emoción que me es difícil controlar.

Cuando me giro, Lucien ya ha cerrado la puerta y ha reducido la distancia entre nosotros.

Me coge de la cintura, sus ojos azules brillan con algo que no logro descifrar del todo. Pero lo siento.

Lo siento en su mirada, en la forma en la que sujeta mi cintura con firmeza pero con ternura.

Me besa de nuevo, más intenso esta vez, con una pasión que me consume, que hace que todo lo demás desaparezca. Solo él. Solo nosotros.

Nos separamos con un leve jadeo y él desliza el estuche en mis manos.

—Ábrelo —dice suavemente.

Mis dedos tiemblan mientras levanto la tapa.

Y ahí está.

Un anillo de compromiso.

Delicado, elegante, con un diseño clásico pero con personalidad. Un fino aro de oro blanco y en el centro, un pequeño diamante que brilla con la misma intensidad con la que él me mira.

Siento un nudo en la garganta, la emoción oprimiéndome el pecho.

—Carlota —su voz es un susurro lleno de amor—. Eres la mujer de mi vida.

Levanto la mirada y veo la verdad en sus ojos.

No hay dudas.

No hay miedo.

Solo amor.

Mis manos tiemblan ligeramente cuando toco el anillo. Es precioso. Delicado, elegante, pero con una presencia innegable. Como él. Como nosotros.

Levanto la mirada y encuentro sus ojos fijos en los míos, llenos de amor y de una certeza que me abruma. No hay duda en su expresión, solo seguridad, solo entrega.

—Carlota —su voz es un susurro grave, acariciándome el alma—, quiero que seas mi esposa. No ahora, cuando estemos los dos preparados. No porque el mundo nos mire, no porque sea lo que esperan de nosotros, sino porque no imagino mi vida sin ti.

Siento que me falta el aire.

No es solo el anillo. No es solo la petición. Es la forma en la que me mira, la manera en la que su sola presencia llena cada espacio de mi ser.

—Lucien… —Mi voz es apenas un hilo, cargada de emoción.

—No tienes que responder ahora si no quieres. Pero quiero que sepas que esto es real. Que te elijo a ti, hoy, mañana y siempre. Guárdalo para cuando estés más segura.

Con una sonrisa temblorosa, cojo el anillo y, con un gesto lento, lo deslizo en mi dedo. Me queda perfecto, como si siempre hubiese estado destinado a estar ahí.

Levanto la mirada y la emoción en su rostro me hace sentir un calor indescriptible en el pecho. Sus ojos brillan con una intensidad que me hace sentir la mujer más amada del mundo.

En un instante, me envuelve en sus brazos y me levanta del suelo, girando conmigo con una risa ahogada en pura felicidad. Su rostro se hunde en mi cuello y me besa.

Me aferro a él, a su calor, a su esencia, sintiendo cómo su corazón late contra el mío.

Nos sentamos en el sofá, sin dejar de abrazarnos. Mi cabeza se apoya en su pecho, sus manos me acarician la espalda suavemente.

—Te he echado mucho de menos —susurra contra mi pelo.

Cierro los ojos y me aferro más a él.

—Yo también. No sabes cuánto.

Levanto la cabeza y encuentro su mirada fija en la mía. Su pulgar roza mi mejilla con dulzura antes de inclinarse y besarme. Es un beso lento, profundo, lleno de todo lo que hemos contenido estos días.

Nos separamos apenas unos milímetros, nuestras respiraciones entrelazadas.

—No vuelvas a tardar tanto en volver —susurro, sonriendo contra sus labios.

Lucien deja escapar una risa grave antes de besarme otra vez, sellando con ese beso la promesa de un futuro que ahora es real. Ahora somos nosotros.

Lucien me inclina sobre el sofá y sigue besándome mientras mete sus manos por debajo de la sudadera.

—No llevas sujetador, preciosa.

Me roza disimuladamente la parte baja de mi pecho mientras la otra mano empieza a bajar por los pantalones para adentrarse en mi zona íntima.

Gimo y seguimos besándonos a la vez que siento como me baja los pantalones. Me incorporo y

me ayuda a quitarme la sudadera. Estoy completamente vestida ante él que permanece vestido y en toda su gloria. Se quita la corbata y la lleva sobre mi cabeza para atarme los brazos.

—Ahora muy quieta, princesa, quiero ver todo el fuego que eres capaz de sacar de tu apariencia de hielo.

Me ata las manos sobre mi cabeza y empieza a desabrocharse la camisa muy muy despacio mientras yo lo observo excitada. Este hombre es todo un espécimen, tan alto, fuerte y musculoso. Con sus trajes a medida no se observa todo lo que tiene debajo. Su pecho musculado y definido aparece ante mí y se me seca la boca. Muero por acariciar sus músculos con mi lengua, recorrer cada hendidura poco a poco hasta gastarlo. Intento levantarme y me lo impide.

—Quieta, cielo. Estás a mi merced, déjame disfrutar un rato de tu cuerpo, yo solo. Déjame saborearte suavemente y a conciencia.

Sus palabras hacen que me moje sin poder evitarlo. Es tan sexy y arrebatador que no puedo parar de comérmelo con los ojos.

—Y ahora, a por mi premio.

Se inclina hacia mí y me abre las piernas para ponerlas sobre sus hombros a la vez que pasa su lengua por mi clítoris con un enorme lengüetazo que me hace ponerle a mil en una décima de segundo. Empieza a lamer succionar y pasar la lengua sobre mis partes más íntimas y me siento ya casi a punto.

—Me encanta tu coño, preciosa. Me lo comería para cenar todas las noches. ¿Me dejarás cenar todas las noches de su cuerpo?

—Si… —logro decir.

Sigue lamiéndome mientras sube mi excitación y cuando sabe que estoy a punto por mis gemidos, para. Se levanta y me mira sonriente.

—¡Lucien! —le grito enfadada.

—Tranquila pequeña, ahora viene lo mejor. Se baja del sofá y se quita los pantalones y los bóxers de un tirón. Su glorioso miembro salta ante mi.

Se acaricia de arriba a abajo y me resulta tan excitante que vuelvo a estar en la cima.

—Lucien…

—A ver, a ver… tal vez en tu precioso coñito… o en tu culo… —abro mucho los ojos y sonríe — quizás otro día. ¿Qué tal tu boca? ¿Me la chuparías hasta hacer que me corra dentro de tu boca preciosa?

—¡Si..! —gimo extasiada.

Me desata la corbata y antes de que me de cuenta me gira sobre el sofá y me inclina a la vez que mete su polla en mi hasta el fondo.

—¡Agggghhh! —gemimos a la vez.

Permanece un rato quieto para que me acostumbre a él y a su enorme y gruesa erección. Empieza a moverse con embistes cada vez más rápidos y casi no puedo aguantar cuando siento en mi

nalga un chasquido. Me azota e inmediatamente gimo fuertemente.

—Eso es preciosa, vamos dámelo.

Oigo sus palabras y recibo otro azote en la otra o nalga que hace que me corra con sus embistes. Acelera cuando nota mis paredes apretarse y se corre a la vez que empiezo a bajar de intensidad. Se mueve cada vez más despacio hasta que sale de mí y me da pequeños besos por la columna.

—Eres un sueño. —me dice jadeante.

Me tumbo sobre el sofá intentando recuperar el aliento y se acerca a mi para cogerme de la mano. Me levanta y me abraza. Me coge de la mano y nos dirigimos a la ducha.

Allí, repetimos de nuevo con besos y promesas de noches como esta que estamos teniendo.

Capítulo 22

La cena transcurre en una atmósfera cálida y tranquila, un contraste delicioso con la intensidad de nuestro reencuentro en el sofá. Lucien parece relajado, con la corbata aflojada y la chaqueta descansando sobre el respaldo de una silla. Me mira con una sonrisa satisfecha mientras lleva la copa de vino a sus labios.

—Debo decir que has superado mis expectativas —comenta, señalando su plato vacío—. Este pescado estaba exquisito.

Sonrío, sintiéndome halagada. Cocinar es algo que disfruto, pero que él lo aprecie de esa manera me llena de una calidez inesperada.

—Me alegra que te guste. Aunque ya que hablamos de superar expectativas… —levanto una ceja con picardía—, la próxima vez tú cocinas.

Lucien suelta una carcajada grave y encantadora.

—Hecho. Pero te advierto que mi punto fuerte no es la cocina… —dice con fingida solemnidad —, así que mejor acompañamos la cena con un buen postre de chocolate belga.

Río mientras llevo mi copa a los labios.

—Trato hecho.

El ambiente es perfecto. Por primera vez en días, me siento completamente en paz.

Mientras recogemos la mesa, él me coge de la mano y me acerca a su pecho. Me envuelve en un abrazo lento, sin prisas, su mentón apoyado en mi cabello.

—Voy a quedarme aquí dos días —susurra contra mi piel—. He organizado algunas reuniones con empresarios españoles interesados en invertir en Bélgica. Trabajaré por las mañanas mientras tú estás en la Universidad, pero las tardes y noches serán nuestras.

Levanto la cabeza y lo miro con sorpresa.

—¿Has reorganizado tu agenda para quedarte más tiempo?

Lucien sonríe con ternura y acaricia mi mejilla con su pulgar.

—Sí. Necesitaba verte. Estar contigo. No quiero que pasemos tanto tiempo separados.

Mis ojos se nublan con una emoción que no esperaba. Dios… ¿Cómo ha pasado esto? ¿Cuándo he llegado a sentirme así por alguien, hasta el punto de que su presencia lo cambie todo?

—Y el viernes… —continúa, bajando la voz—, volaremos juntos a Bruselas.

Parpadeo, sorprendida.

—¿A Bruselas?

Asiente con una sonrisa.

—Sé que el lunes es festivo en Madrid, así que tendremos un puente largo. Quiero que vengas conmigo. Quiero enseñarte mi casa, mi mundo.

Mi respiración se acelera. La idea de viajar con él me emociona y me asusta a partes iguales.

—Alex nos acompañará —añade con naturalidad—. Es tu escolta personal, así que viajará con nosotros.

Ruedo los ojos y sonrío.

—Vaya, qué sorpresa. No me extraña nada.

Lucien ríe suavemente y me aprieta más contra su pecho.

—No te preocupes, apenas lo notarás. Además, le caes bien.

—Sí, lo sé. Me llama “señora presidenta” para fastidiarme.

Lucien se ríe con ganas y me besa la frente.

—Eso es porque disfruta sacándote de quicio.

Lo miro y sus ojos reflejan un cariño sincero, un amor que apenas empiezo a comprender.

—¿Vendrás conmigo? —pregunta en un susurro, con un brillo de esperanza en la mirada.

Tomo aire y sonrío.

—Sí. Iré contigo.

Y en ese instante, sé que mi vida está cambiando para siempre.

Los dos días siguientes transcurren como en una nube. Me aferro a la rutina de la Universidad con más fuerza que nunca, como si eso pudiera anclarme a la realidad mientras todo a mi alrededor cambia a una velocidad vertiginosa. Lucien tiene sus reuniones por la mañana en hoteles de lujo o en sedes de empresarios influyentes, y yo imparto mis clases como si todo siguiera igual. Pero no es así.

Algunos alumnos se quedan al final de la clase para felicitarme.

—Profesora Herrera, enhorabuena por su compromiso —me dice una chica con una sonrisa tímida—. Espero que no deje de dar clases, es la mejor profesora que tenemos.

Me río con nerviosismo, sin saber muy bien cómo manejar la situación.

—Gracias. No tengo planeado irme, al menos de momento.

Un chico de las primeras filas se cruza de brazos y sonríe.

—Lo dice como si no supiera que ahora su vida ha cambiado. No es solo una profesora, es… —hace un gesto con las manos, buscando la palabra—. La prometida del Presidente de Bélgica.

Sus palabras me golpean con fuerza. Lo sé, claro que lo sé, pero escucharlo en voz alta lo hace aún más real.

Les sonrío con amabilidad, recogiendo mis cosas.

—Soy lo que siempre he sido: una profesora de Neurobiología. Nada más.

Ellos asienten, aunque no parecen del todo convencidos, y me dejan ir.

Por las tardes, me encuentro con Lucien en mi casa y salimos a pasear por Madrid. Esos momentos son nuestros pequeños respiros de normalidad. Él cambia sus impecables trajes por ropa más informal: vaqueros, jerséis de lana y zapatillas cómodas. Yo hago lo mismo, y juntos nos perdemos por calles menos concurridas, disfrutando de una intimidad que pocos imaginarían.

Nos detenemos en pequeñas cafeterías donde nadie nos molesta, paseamos por el Retiro, nos sentamos en un banco mientras él habla de sus recuerdos de infancia en Bruselas y yo le cuento anécdotas de mi vida en Toledo.

—No sé cómo lo haces —le digo una tarde, mientras compartimos un helado—. Eres un presidente formidable, siempre piensas en tu país, en su futuro… He leído sobre ti, eres muy valorado.

Lucien me mira con esa intensidad que me hace estremecer.

—Hago lo que debo. Pero también quiero vivir, Carlota. Y ahora mismo, vivir significa estar contigo.

Mi corazón late con fuerza, pero no digo nada. Solo sonrío y entrelazo mis dedos con los suyos.

Las noches…

Las noches son un torbellino de emociones. Todo el control que trato de mantener durante el día desaparece cuando estamos solos en mi casa.

Lucien no es un amante paciente. Es intenso, apasionado, hambriento de mí. Y yo, que siempre he vivido con la cabeza fría y el corazón bajo control, descubro que en sus brazos no hay reglas, no hay ciencia, solo un deseo crudo y arrollador.

Las sábanas se arrugan bajo nuestros cuerpos, las respiraciones se mezclan en la penumbra, el tiempo se detiene.

Cuando todo acaba y nuestros cuerpos aún tiemblan por la intensidad del momento, él me rodea

con sus brazos y me besa el pelo.

—No quiero que esto termine nunca —susurra contra mi piel—. No sé qué me has hecho, pero no quiero un solo día sin ti.

Yo tampoco lo quiero. Pero sé que el amor es un riesgo. Y con Lucien, ese riesgo es absoluto.

Alex me espera, ya el viernes, junto al coche con su habitual actitud imperturbable, aunque cuando me acerco noto un brillo divertido en sus ojos.

—¿Lista, señora presidenta? —bromea, abriéndome la puerta.

—No empieces, Alex… —resoplo, pero no puedo evitar sonreír.

—Tranquila, solo es mi trabajo —dice con tono despreocupado. Pero sé que no es solo eso. Sé que en estos días ha desarrollado un sincero aprecio por mí, como yo por él.

Subimos al coche y en menos de media hora estamos en el aeropuerto, donde nos esperan en una terminal privada. El jet de Lucien es impresionante. Un fuselaje blanco inmaculado con detalles en dorado y el emblema de la familia Deveraux en la cola. Lujo, poder y exclusividad en estado puro.

Subo la escalerilla y, nada más entrar, un equipo de personal uniformado me recibe con una sonrisa profesional.

—Señorita Herrera, bienvenida a bordo —dice una azafata con voz melosa.

Doy un rápido vistazo al interior. Es un avión hecho para la comodidad extrema. Asientos de cuero beige, moqueta oscura, una mesa de reuniones, un pequeño salón con sofás y una barra de bar perfectamente surtida. Al fondo, veo a Lucien revisando unos documentos, vestido impecablemente con un traje azul marino. Su mera presencia impone.

Cuando me ve, su rostro se ilumina y se acerca sin dudarlo.

—Mi amor… —murmura antes de coger mi cara entre sus manos y besarme sin importarle los testigos.

Mi piel arde, no sé si por el beso o por todas las miradas que caen sobre nosotros. Me pongo colorada como una adolescente.

Nos sentamos en la mesa donde nos servirán el almuerzo. La tripulación se mueve con eficiencia, pero hay alguien que llama especialmente mi atención. Una azafata rubia, alta, con el uniforme ajustado hasta lo imposible y una actitud que me resulta insoportablemente evidente.

Desde el primer momento solo tiene ojos para Lucien.

—Señor presidente, ¿le apetece un vino blanco para acompañar el almuerzo? —pregunta con una sonrisa sugerente, ignorándome por completo.

Lucien ni siquiera la mira al responder:

—Sí, y para mi prometida también.

Pero la mujer sigue centrada solo en él. Se inclina demasiado al servirle, dejando a la vista un

escote que parece a punto de salirse del uniforme. Luego le roza el brazo con descaro al retirarse.

Mi mandíbula se tensa.

Observo toda la escena sin perder detalle. ¿Habrán tenido algo? ¿Es una de esas mujeres que han pasado por su vida en sus viajes? No puedo evitarlo, los celos me hierven por dentro.

Respiro hondo, manteniendo mi tono lo más tranquilo posible.

—Lucien… ¿Tus azafatas siempre visten así? Porque en otras aerolíneas llevan hasta un pañuelo al cuello… y aquí parece que el uniforme incluye un escote obligatorio.

Lucien alza la vista de su copa y me mira con una sonrisa ladeada, entre divertido y sorprendido.

—¿Estás celosa, mon amour?

Cruzo los brazos, alzando una ceja.

—No, solo observo con rigor científico.

Lucien se ríe suavemente y desliza su mano sobre la mía, apretándola con calidez.

—No tienes motivos, Carlota. Eres la única mujer que importa en este avión… y en mi vida.

Las palabras me calman, pero no puedo evitar lanzar una última mirada de advertencia a la azafata.

Si creía que podía coquetear con mi prometido delante de mí, estaba muy equivocada.

No puedo creer lo que estoy viendo. Vuelve a la carga.

La azafata sigue inclinándose demasiado al servirle, rozando a Lucien con descaro, con esa sonrisa que ahora entiendo perfectamente. No es simple admiración profesional, no es un juego inocente. Es alguien que ya ha tenido lo que yo tengo ahora… y que quizá lo quiera recuperar.

Lucien parece finalmente darse cuenta de la situación. Se mueve en su asiento, incómodo. La observa con el ceño ligeramente fruncido y con esa expresión fría y controlada que sé que usa cuando algo le molesta.

—Puedes retirarte —le dice en tono cortante.

La mujer parpadea, sorprendida por el cambio de actitud. Luego asiente con una sonrisa tensa y se aleja con su bandeja, pero no sin antes lanzarme una mirada de reojo.

Siento que me hierve la sangre. No me gusta esto. No me gusta sentirme así.

Vuelvo la vista a Lucien y, sin pensarlo dos veces, suelto la pregunta antes de poder detenerme:

—¿Te la has tirado?

Lucien alza la cabeza de golpe, visiblemente sorprendido por mi tono directo. Se le escapa una ligera exhalación antes de responder.

—Sí… alguna vez —admite con calma. Pero luego sacude la cabeza—. Carlota, eso no importa ahora.

Mi cuerpo se congela. Alguna vez…. eso quiere decir varias veces.

Lo miro fijamente, sin pestañear, manteniendo la expresión neutra que tanto me ha servido en mi vida profesional, pero por dentro… por dentro ardo. De rabia, de celos, de inseguridad. Todo me explota dentro, una tormenta que no puedo controlar.

Me esfuerzo por no apretar la mandíbula. No quiero que note cuánto me ha afectado esa respuesta.

Dirijo la mirada al fondo de la cabina y me encuentro con Alex.

Está observando la escena con atención. Su postura es relajada, pero su mirada me analiza con precisión. Es como si pudiera ver a través de mí, como si entendiera lo que estoy sintiendo. Y, en ese momento, me sostiene la mirada con intensidad, como si me dijera: "Respira. No le des el gusto de mostrar que te ha dolido."

Vuelvo los ojos a Lucien, que me observa con cautela.

—A partir de mañana, ella trabajará en otro de los aviones de mi compañía —me dice, como si eso pudiera disipar el incendio que me devora por dentro—. No tendrás que verla nunca más.

Asiento lentamente, como si estuviera conforme, pero por dentro no lo estoy.

Porque aunque sé que su pasado no debería afectarme y que sé que es un hombre con historia, con amantes, con experiencias… la realidad es que no puedo evitarlo.

No puedo evitar odiar la idea de que otras hayan tenido sus manos sobre él, su boca, su piel…

Y, sobre todo, no puedo evitar odiar cómo esta sensación me debilita.

El avión desciende suavemente sobre la pista de aterrizaje en Bruselas. Desde mi ventanilla puedo ver la ciudad extendiéndose bajo nosotros, con su mezcla de edificios históricos y rascacielos modernos. Es de noche y las luces iluminan las calles con un resplandor dorado, reflejándose en el suelo húmedo por la lluvia reciente.

Lucien sujeta mi mano mientras el avión toca tierra. Su pulgar traza círculos lentos sobre mi piel, como un gesto automático de calma, de posesión. Me giro para mirarlo y me sonríe, aunque sé que su mente ya está en otra parte.

Cuando bajamos, un coche oficial nos espera en la pista. Un mercedes negro, elegante y discreto, con los cristales tintados. Alex se adelanta, revisando el perímetro antes de abrirnos la puerta trasera.

—Bienvenida a Bruselas, señora —me dice con un leve tono burlón cuando subo al coche.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero no puedo evitar esbozar una sonrisa.

Nos ponemos en marcha hacia la casa de Lucien, pero casi ni hemos salido del aeropuerto cuando su teléfono suena. Es su línea presidencial. Se tensa al ver el número en la pantalla y me lanza una mirada rápida antes de responder.

—Deveraux.

Su voz es firme, inmediata. Se convierte en el presidente en un instante.

Yo me quedo en silencio, observándolo. Su rostro se endurece mientras escucha a la persona al

otro lado. No puedo escuchar la conversación completa, pero capto palabras clave: “urgente”, “Parlamento”, “negociaciones”.

Finalmente, cuelga y suspira, pasándose una mano por el cabello.

—Tengo que ir al Parlamento ahora mismo. Ha surgido un problema con una de las reformas económicas. Necesitan mi intervención inmediata.

—¿Ahora? —pregunto, intentando ocultar mi decepción.

Él asiente y me aprieta la mano con fuerza.

—Te llevarán a mi casa. No tardaré más de unas horas, te lo prometo.

Intento no mostrar mi frustración. Sé que este es su mundo. Yo misma tengo una carrera que exige dedicación absoluta, así que no puedo reclamarle nada.

El coche se detiene frente a la casa, y apenas tenemos tiempo de bajar cuando otro vehículo oficial ya está esperando para llevarse a Lucien. Se acerca a mí, me sujeta la cara entre sus manos y me besa con intensidad.

—Nos vemos en unas horas, cielo.

Asiento en silencio, observándolo alejarse hacia su otro coche. Cuando desaparece por la avenida, me giro hacia las enormes puertas del palacio.

Estoy sola. En Bruselas. En una casa que parece un palacio.

Y, por primera vez, siento realmente el peso de lo que significa estar con él.

El coche avanza lentamente por el camino de entrada después de cruzar una gran verja de hierro forjado. Mi respiración se acelera ligeramente. No sé si es por la emoción o por la inquietud de encontrarme sola en un lugar tan desconocido. La casa se alza cual palacio imponente ante mí, con su fachada elegante y solemne, y una fuente en el centro de la entrada que deja escapar el murmullo constante del agua.

El coche se detiene justo en la escalinata de mármol que lleva a la puerta principal. Me cuesta reaccionar por un momento. Estoy aquí. En Bruselas. En la casa de Lucien.

Completamente sola.

Alex baja primero y me abre la puerta, vigilando a su alrededor con gesto profesional. Parece relajado, pero sé que nada le pasa desapercibido.

—Si necesita algo, aquí tiene mi número —dice con su tono firme y directo mientras me tiende un papel con su contacto.

Le miro con un atisbo de gratitud. Su presencia, aunque sea en segundo plano, me reconforta más de lo que quisiera admitir.

—Gracias, Alex. Puedes tutearme.

Él asiente y se marcha, dejándome en la entrada. El silencio me envuelve inmediatamente.

La puerta se abre y una mujer algo mayor, de rostro amable y uniforme impoluto, me recibe con una sonrisa servicial.

—Bienvenida, señorita Herrera. Soy Marie, el ama de llaves. Cualquier cosa que necesite, estaré a su disposición.

Intento devolverle la sonrisa, pero siento un nudo en el estómago.

—Gracias, es un placer.

Marie me hace un gesto para que la siga mientras me guía por la entrada. El vestíbulo es impresionante. Un techo altísimo, lámparas de araña, paredes adornadas con molduras doradas y un suelo de mármol que refleja la luz con un brillo tenue. A mi derecha, una gran escalera de caracol asciende a la planta superior.

—El salón principal está por aquí —me dice, llevándome a través de un arco imponente.

El salón es enorme. Techos altos con frescos delicados, cortinas de terciopelo azul oscuro, una chimenea de mármol blanco y un conjunto de sofás de cuero oscuro dispuestos alrededor de una elegante mesa de centro. En una de las paredes hay un gran ventanal que da a los jardines traseros, iluminados tenuemente por las farolas del exterior.

—El señor Deveraux ha pedido que le preparemos todo lo necesario para su estancia —dice Marie con tono cordial—. Si me acompaña, le enseñaré su habitación.

Asiento y la sigo escaleras arriba. Cada paso que doy me hace sentir más pequeña, más fuera de lugar.

Cuando llegamos al dormitorio, Marie abre la puerta y me deja entrar primero. Casi pierdo el aliento.

Es una habitación majestuosa. Una cama inmensa con dosel y sábanas de un blanco impoluto ocupa el centro. A los lados, dos mesillas con lámparas de cristal que proyectan una luz cálida y acogedora. Hay un gran ventanal con cortinas gruesas y elegantes, y junto a él, un pequeño sofá con una mesa de lectura. En la pared opuesta, un tocador de madera oscura con un espejo ornamentado.

—Espero que encuentre todo de su agrado, señorita Herrera.

—Sí… es perfecto —murmuro, todavía abrumada.

Marie asiente y se retira con una leve inclinación de cabeza.

Cuando la puerta se cierra tras ella, el silencio me golpea con fuerza.

Estoy sola. En este enorme lugar. Con un nudo de ansiedad en el pecho.

Suspiro y me dejo caer en el borde de la cama, frotándome las sienes. Mi móvil vibra en mi bolso. Lo saco con rapidez, con una pequeña esperanza latiéndome en el pecho. Es Lucien.

“*Preciosa , siento haberme ido nada más llegar, pero te prometo que en unas horas estaré contigo. Todo el fin de semana será nuestro. Te compensaré como mereces.”*

Una mezcla de alivio y ansiedad me recorre.

Lo necesito aquí. Necesito que me abrace, que me haga sentir que pertenezco a este mundo, a su mundo. Pero hasta que eso ocurra, me siento pequeña y fuera de lugar.

Respondo con un simple *“Te espero*.”

Y me quedo sentada en la inmensa cama, con la sensación de que el palacio entero pesa sobre mí.

Me levanto de la cama y respiro hondo. Necesito una ducha. Quizás así consiga relajarme un poco, sacudirme este sentimiento de desubicación que me oprime el pecho.

El baño es espectacular, como todo en este lugar. Un mármol beige cubre el suelo y las paredes, el espejo es enorme y está iluminado con una luz tenue y cálida. Pero lo que más me llama la atención es la bañera exenta, con grifos dorados y una ducha de efecto lluvia en una esquina.

Abro el agua caliente y dejo que el vapor llene la estancia antes de desnudarme y entrar. El agua caliente resbala por mi piel y cierro los ojos, disfrutando del alivio momentáneo. Quiero que arrastre toda la tensión acumulada, los celos irracionales, la incertidumbre de estar en este lugar que aún no siento mío.

Lucien llegará en unas horas. Hasta entonces, estoy sola.

Cuando salgo, envuelta en una toalla mullida, me miro en el espejo. Mis ojos reflejan un cansancio que no es solo físico, sino mental. Todo ha pasado demasiado rápido. Hace apenas unas semanas, mi vida era completamente distinta. Yo tenía el control absoluto de mi mundo, de mis emociones, de mis planes. Ahora, estoy en Bruselas, en una casa palaciega, esperando a un hombre al que amo con una intensidad que me asusta.

Me visto con algo cómodo, un conjunto de punto en tonos suaves, y bajo las escaleras despacio. Los tacones de anoche han dejado un ligero dolor en mis pies descalzos, pero agradezco el contacto con la madera pulida.

Marie me espera en la cocina con una sonrisa amable. La cocina es impresionante. Mucho más cálida y acogedora que el resto del palacio. Los muebles son de madera oscura, las encimeras de mármol blanco y hay una gran isla central con taburetes altos. En una esquina, un horno de piedra y una campana de cobre reluciente le dan un aire rústico pero elegante.

—Le he preparado la cena, señorita Herrera —me dice Marie, señalando la mesa con delicadeza —. Espero que sea de su agrado.

Me acerco y veo un plato exquisitamente presentado: un solomillo en su punto perfecto, acompañado de verduras salteadas y una copa de vino tinto.

—Muchas gracias, Marie. Tiene una pinta estupenda.

—Estoy en la casita de al lado si necesita cualquier cosa. Hay un intercomunicador en la sala junto al teléfono.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

La veo marcharse y, en cuanto la puerta se cierra, el silencio vuelve a envolverme.

Me siento en uno de los taburetes altos y tomo un sorbo de vino antes de probar la comida. Es deliciosa, pero no la disfruto del todo.

Estoy sola en una cocina enorme, en un país extranjero y con un título que no he buscado: la prometida del presidente.

Miro alrededor mientras corto la carne con lentitud. Todo es perfecto, lujoso, impresionante. Y, sin embargo, una sensación de vacío se instala en mi pecho.

¿Dónde encajo yo en todo esto?

Llevo años creyendo que las emociones no son más que reacciones químicas. Y ahora estoy aquí, con el corazón enredado en un huracán que no sé manejar.

Me obligo a seguir comiendo, aunque siento cada bocado como piedras en mi garganta. No quiero que Lucien me vea frágil cuando llegue.

Pero esta noche, por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente perdida.



Capítulo 23

Decido subir a la habitación de Lucien antes de que llegue, para tratar de sentirme un poco más en casa. Ahora que caigo, la asistente Marie me ha dado una habitación diferente. Había pensado que íbamos a dormir juntos, no sé. Aquí en Bruselas será diferente.

La enorme cama domina la estancia, la habitación es fastuosa y mi atención se va al centro de ésta donde una una caja de terciopelo azul desentona entre las colchas y las sábanas impolutas. La cojo y la abro, no puedo evitarlo, parece que me llama.

Mi corazón late con fuerza cuando descubro una pulsera de diamantes preciosa con un grabado en francés. Al girarla, leo con un nudo en la garganta:

"A mon amour éternel, Corine."

La caja también contiene una foto de Lucien y la tal Corine en un evento formal, ella con la misma pulsera en la muñeca, sonriendo radiante a la cámara.

Justo en ese momento, escucho pasos detrás de mi.

—¿Bonita, verdad? —dice una voz femenina.

Me giro y ahí está la supuesta Corine, apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados y una sonrisa triunfal en los labios.

—¿Vas a usar mis sobras y querida?

El aire en la habitación se vuelve eléctrico en el momento en que su voz, profunda y aterciopelada, rompe el silencio. Me giro lentamente, todavía sosteniendo la pulsera entre mis dedos, y la veo apoyada en el marco de la puerta, observándome con una mezcla de diversión y superioridad.

Es espectacular. Alta, rubia, de esas bellezas refinadas que parecen sacadas de una portada de revista. Lleva un vestido azul oscuro de terciopelo con vuelo en la falda que resalta cada curva de su figura perfecta. Su pelo está recogido con un descuido estudiado y sus labios rojos se curvan en una sonrisa llena de suficiencia.

—¿Bonita, verdad? —murmura, señalando la pulsera con un leve movimiento de cabeza.

Me quedo bloqueada. No sé qué decir. No esperaba encontrarme con ella, mucho menos así, con su maldita joya en mis manos.

—Perdón, no quería… —Empiezo a hablar, pero ella me corta con una leve carcajada.

—Oh, tranquila, no tienes que darme explicaciones. Es normal que sientas curiosidad por las cosas de Lucien. Después de todo, somos pareja desde hace muchos años.

La sangre se me hiela en las venas.

—¿Pareja?

Corine asiente con una expresión de fingida compasión, avanzando con paso seguro hasta situarse justo frente a mí. Huele a perfume caro y a seguridad absoluta.

—Sí. Tenemos una relación abierta desde hace tiempo, pero últimamente, digamos que se le ha ído un poco la cabeza. —Levanta una mano y se toca la sien con el dedo, como si hablara de un niño confundido. —Pobrecito, está estresado.

La furia empieza a hervir dentro de mí, pero me obligo a mantener la compostura. No le voy a dar el placer de verme tambalear.

—No me ha hablado de eso —digo, con una voz más firme de lo que esperaba.

Corine suelta una risa suave y menea la cabeza.

—Por supuesto que no. ¿Cómo te lo iba a decir? Si apenas te conoce. Imagino que en unos días te hablará de la situación por si te interesa compartirlo conmigo. Pero créeme, volverá a mí, como siempre lo hace. Lo nuestro es algo que no puedes entender. Es demasiado intenso, demasiado real.

Cada palabra suya es como un puñal clavándose en mi estómago, pero me aferro a la idea de que Lucien me ha elegido a mí. Que me ha pedido matrimonio.

—No creo que a Lucien le gusten las sobras —le suelto con una media sonrisa, intentando recuperar terreno.

Corine entrecierra los ojos, pero no se inmuta. Al contrario, su expresión se torna aún más condescendiente.

—Oh, querida, qué adorable eres —dice, inclinándose un poco hacia mí, como si me confiara un secreto. —Lucien y yo tenemos un acuerdo. Siempre ha sido así. Él juega un rato, se distrae, y luego vuelve a casa.

Me obligo a respirar profundamente. No voy a caer en su juego.

—Está comprometido conmigo.

Corine suelta otra carcajada, genuinamente divertida.

—¿Comprometido? —replica, con una risa suave y burlona—. Oh, cariño… Eso no significa nada. Lucien se compromete con muchas cosas. Con su país, con su imagen, con alianzas estratégicas. Tú solo eres otra pieza en el tablero.

La forma en que lo dice, con esa maldita seguridad y esa arrogancia, me da ganas de gritarle que se calle. Pero me quedo inmóvil, con el estómago hecho un nudo.

—Te equivocas —digo, intentando que mi voz suene firme, aunque siento que se me escapa el control.

Corine suspira y niega con la cabeza, como si le diera pena verme en esta situación. Como si yo fuera una niña ingenua a la que hay que abrirle los ojos.

—Mira, no te lo tomes a mal —dice, con una falsa dulzura—. Eres bonita, inteligente, y estoy segura de que en la cama eres… eficiente. Pero Lucien y yo tenemos una historia. Algo que no puedes reemplazar, por mucho que ahora te ponga en un pedestal.

Sus palabras me queman por dentro.

—Si tan segura estás, ¿por qué has venido?

Ella sonríe. Triunfante. Como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Porque quiero que lo entiendas antes de que te hagas más ilusiones —contesta, alisando una arruga inexistente en su vestido— Porque tarde o temprano él volverá a mí, y prefiero que lo sepas ahora a que te lleves una sorpresa desagradable.

Suena tan convencida, tan segura de sí misma, que me dan ganas de gritarle que se largue de la casa, de mi vida. Pero me quedo ahí, con el pecho apretado, intentando que no vea lo que realmente me está haciendo sentir.

—Lucien no es un hombre al que se le pueda retener —continúa Corine, con esa maldita sonrisa condescendiente—. No importa cuánto te ilusiones, cuánto te esfuerces, cuánto creas que puedes ser suficiente para él. Al final, Lucien siempre vuelve a lo que conoce. A lo que le hace sentir seguro.

Cruzo los brazos sobre el pecho, tratando de protegerme del torrente de emociones que me está provocando. Rabia, inseguridad, celos… Pero no pienso darle el placer de verme tambalear.

—Eso es lo que tú quieres creer —respondo, con voz firme—. Pero él me pidió matrimonio a mí.

Por un instante, su expresión se endurece. Es mínimo, un destello en sus ojos perfectos. Pero lo veo. Y eso me da fuerzas.

—Sí, lo sé —dice con ligereza, como si no le importara—. Una jugada brillante, la verdad. Una mujer española, inteligente, con un gran prestigio académico… Su imagen pública queda impecable.

Suelta una risa suave y empieza a caminar por la habitación, observándola como si estuviera evaluando mi espacio, mi vida.

—No te equivoques, Carlota —murmura, sin mirarme—. Yo no estoy aquí para pelear contigo. Llevamos juntos muchos años. Sé lo que le gusta, sé lo que necesita.

Se gira hacia mí con una media sonrisa venenosa.

—Y sé que tarde o temprano va a necesitar algo más que una mujer que lo mire con admiración y crea en sus promesas.

Me muerdo la lengua para no soltarle algo que realmente nos haría perder las formas. Pero la sangre me hierve. ¿Cómo se atreve a hablar así?

—Lucien y yo estamos construyendo algo real —digo, alzando la barbilla—. No es un juego, no es una estrategia.

Corine suelta un leve suspiro, como si realmente le diera pena mi ingenuidad.

—Oh, querida… Todos creemos que somos la excepción.

Se acerca a mí con un andar pausado y elegante. Su perfume es intenso, embriagador. Todo en ella está diseñado para desestabilizarme.

—Mira, solo te diré una última cosa para que no te hagas más daño del necesario —susurra, inclinándose ligeramente hacia mí—. Esta noche, cuando termine su reunión, me llamará. Nos veremos antes de que venga a fingir contigo.

Mi corazón se detiene un segundo.

—¿Qué? —pregunto, con un hilo de voz.

Corine sonríe. Vibra de satisfacción al ver mi reacción.

—Siempre lo hace —dice, encogiéndose de hombros—. Sabe que estoy aquí, que lo espero. A Lucien le gusta el poder, la seguridad… El control. Y conmigo no tiene que fingir nada.

Cruza los brazos y me dedica una última mirada de triunfo.

—Pero bueno, no me hagas caso. Mejor me voy, tengo cosas que hacer. Y, quién sabe, quizás dentro de un rato Lucien también.

Me guiña un ojo y gira sobre sus tacones, caminando con la seguridad de quien cree que ya ha ganado la batalla.

Me quedo ahí, inmóvil, sintiendo cómo la rabia y el dolor me invaden el pecho. No quiero creerle, no puedo. Pero su voz resuena en mi cabeza.

“A Lucien le gusta el poder, la seguridad… el control.”

Y no puedo evitar preguntarme si, después de todo, yo solo he sido un capricho pasajero.

Me siento en la cama con la mirada perdida, la pulsera aún en mi mano, fría, como si ya no tuviera ningún significado. Siento un nudo en el pecho, una opresión insoportable.

Las palabras de Corine me resuenan en la cabeza una y otra vez. “Siempre vuelve a lo que conoce.” “A Lucien le gusta el control.” “Va a llamarme esta noche.”

Apreté los dientes. No. No iba a dejar que me rompiera.

Miro la pulsera con furia creciente. Un símbolo de su supuesto amor…. ¿Pero qué valgo yo en todo esto si?¿No soy más que un juego, un adorno en su vida perfecta?

Un grito de rabia se ahoga en mi garganta mientras lanzo la pulsera con todas mis fuerzas. Choca contra la pared con un sonido seco y cae al suelo, fría e inerte como todo lo que ahora siento dentro de mí.

No puedo seguir aquí. No quiero.

Me levanto de golpe, voy a mi supuesta habitación y abro el armario. Empiezo a meter mi ropa en la maleta sin cuidado, sin orden. Me da igual. Lo único que quiero es salir de este sitio.

Cojo mi móvil con manos temblorosas y busco el número de Alex. Mi único punto de estabilidad en este caos.

—¿Sí? —su voz suena alerta al otro lado.

—Ven a buscarme —le ordeno, con un tono tenso, al borde de quebrarme—. Ahora.

Silencio. Luego un ligero suspiro.

—Dame dos minutos —responde sin hacer preguntas.

Cuelgo y cierro la maleta con un tirón brusco. No espero a Lucien. No espero explicaciones, ni disculpas.

Yo no soy la mujer que se queda esperando con las sobras.

Me planto frente a la maleta cerrada, respirando con dificultad. El corazón me late desbocado, pero no es de amor. Es de rabia, de humillación.

Camino de un lado a otro de la habitación, sin saber qué hacer con mis manos, con mi cuerpo, con toda esta energía contenida que amenaza con estallar. No puedo llorar. No quiero llorar.

Pocos minutos después, un golpe seco en la puerta me sobresalta. Alex.

Me acerco de inmediato y abro sin dudar. Allí está, imponente, con su chaqueta de cuero y su mirada seria. Sus ojos recorren mi rostro con rapidez y veo en ellos lo que no dice en voz alta: sabe que algo ha pasado.

—¿Lista? —pregunta con su tono seco de siempre.

—Sí —respondo, cogiendo la maleta. Pero antes de dar un paso más, algo dentro de mí se retuerce. No puedo salir huyendo sin más.

Doy media vuelta y me dirijo al pequeño escritorio donde Lucien parece que deja siempre sus cosas cuando viene a la habitación. Cojo un papel, un bolígrafo y escribo con letras firmes, sin titubeos:

"No seré una más en tu colección. No soy una sombra ni un entretenimiento pasajero. Tampoco quiero una relación abierta ni la fachada perfecta de tu vida. Te he seguido hasta tu casa, tu mundo, otro país, Lucien. Pero no voy a esperar a que decidas qué lugar ocupo en tu vida. Que seas feliz."

Firmo con mi nombre, doblo la hoja y la dejo sobre ese escritorio. Que la lea cuando llegue, cuando descubra que no estoy esperándolo como una idiota.

Respiro hondo y me giro hacia Alex.

—Vámonos.

Él asiente sin una palabra más y coge mi maleta con facilidad, guiándome fuera de esa habitación donde hace apenas unas horas pensaba que tendría un futuro, segura. Qué ingenua he sido.

Bajamos por los pasillos en silencio. Mi piel arde, mi pecho está tenso, mi mente repite una y otra vez lo que Corine me ha dicho.

Al llegar a la puerta principal, el aire frío de la noche me golpea el rostro. Me sienta bien.

Alex abre la puerta del coche y me mira.

—¿A dónde, jefa?

Parpadeo. No lo sé. No tengo un plan. No sé qué sigue después de esto.

Pero lo que sí sé es que no me quedaré aquí.

El coche avanza por las calles de Bruselas y yo miro por la ventanilla, perdida en mis propios pensamientos.

La ciudad brilla con las luces de la noche, reflejándose en los adoquines mojados por una lluvia reciente. Todo parece en calma afuera, pero dentro de mí hay una tormenta desatada.

—Necesito pensar, Alex —digo finalmente, con la voz más firme de lo que esperaba. No quiero quebrarme. No ahora.

Él asiente, sin apartar los ojos de la carretera.

—Te llevo a un hotel. Uno discreto. Nadie te molestará.

Agradezco que no haga preguntas, que no intente consolarme con palabras vacías. Agradezco su presencia silenciosa, su lealtad sin condiciones.

Apoyo la frente contra el cristal frío de la ventanilla. No puedo permitirme decisiones impulsivas. No puedo ser ese tipo de persona.

"No pienses en caliente, Carlota. En caliente se cometen errores. En caliente se dice lo que no se debe. Se hace lo que luego se lamenta."

Siempre he creído que los humanos nos diferenciamos de los animales por nuestra capacidad de razonar, de no dejarnos arrastrar por los instintos. Pero ahora mismo me siento más animal que nunca.

Me duele. Me duele en lo más profundo de mi pecho. Un dolor sordo, punzante, insoportable.

El coche se detiene frente a un edificio discreto, de fachada elegante. Un hotel pequeño, pero de calidad.

Alex baja primero, habla con el recepcionista, se encarga de todo. Yo apenas me muevo.

Cuando abre la puerta del coche y me mira, veo en sus ojos algo que no reconozco. Quizás preocupación. Quizás comprensión.

—Ven, jefa —dice, con su tono seco de siempre.

Me esfuerzo en sacar fuerzas de donde no las tengo y salgo del coche con la maleta en la mano.

La recepción está en penumbra, con luces cálidas que no encandilan. Todo es silencioso, casi irreal.

—Tienes la habitación 305 —me informa Alex, entregándome la tarjeta.

—Gracias… por todo —susurro, mirándolo a los ojos por primera vez en toda la noche.

Él asiente.

—Sube, descansa. Yo estaré cerca.

No pregunto dónde. Sé que cumplirá su palabra.

Cojo el ascensor y cuando la puerta de la habitación se cierra detrás de mí, el silencio me golpea con fuerza.

Estoy sola. Completamente sola.

Camino hasta la cama, dejo la maleta en el suelo y me siento en el borde. Todo lo que ha pasado esta noche se repite en mi cabeza una y otra vez.

Corine. Su voz. Sus insinuaciones.

Lucien. Su traición. Su silencio.

Me llevo las manos al rostro y cierro los ojos con fuerza. No voy a llorar. No ahora.

Respiro hondo y me tumbo en la cama, mirando el techo.

Tengo que pensar.

Fríamente.

Como la mujer racional que soy.



Capítulo 24

Lucien:

Me paso una mano por el rostro, agotado. La jornada ha sido interminable, llena de reuniones, decisiones y problemas que resolver. Finalmente, con todo en orden, lo único que deseo es llegar a casa y estar con Carlota.

Saco el teléfono y marco su número. Su móvil está apagado.

Frunzo el ceño. No es propio de ella. Pero es tarde, quizás simplemente se ha ido a dormir.

—Llévame a casa, Jake —digo, cerrando los ojos unos segundos mientras el coche avanza por las calles silenciosas de Bruselas.

El trayecto es corto y, al llegar, Jake reduce la velocidad. Abro los ojos y algo no me cuadra. La casa está completamente a oscuras.

Demasiado oscura.

Me incorporo en el asiento, alerta.

—Qué raro… —murmura Jake, con la vista fija en la mansión—. ¿Marie no suele dejar luces encendidas cuando estás fuera?

Asiento, con el ceño fruncido. Un mal presentimiento se instala en mi pecho.

—Quédate en el coche. Voy a entrar primero. —me dice.

Baja con rapidez y se aproxima a la puerta principal. La encuentra cerrada, como siempre. Todo parece en orden, pero algo no me cuadra.

Saco el móvil y llamo a Marie.

—Señor Deveraux —contesta la asistenta, con voz somnolienta.

—Marie, ¿sabes dónde está Carlota?

—Oh… la dejé en la cocina, estaba cenando. ¿No está en la habitación?

Siento un escalofrío en la nuca.

—No.

—Dios mío…

No espero más. Abro la puerta y entro.

—Carlota —la llamo, mi voz resuena en la casa en completo silencio.

Nada.

Un silencio demasiado denso.

Mi instinto se enciende en alerta. Camino a grandes zancadas hasta la cocina. La mesa sigue puesta, pero está vacía. El plato con la cena apenas ha sido tocado. Algo ha pasado.

Jake entra detrás de mí, con la mano en la funda de su arma, atento.

—Voy a revisar las cámaras —digo, ya con el móvil en la mano. Siento un nudo en el estómago que no puedo ignorar.

Abro la aplicación de seguridad y retrocedo la grabación de las últimas horas. Y ahí la veo.

Corine.

Entrando en la casa.

Hablando con Carlota.

Palidezco.

De puta madre.

Ahí está, en la pantalla de mi móvil, moviéndose con esa seguridad que siempre la ha caracterizado.

La veo entrar en la casa, veo a Carlota quieta frente a ella, rígida, desconcertada.

El video no tiene sonido, pero su lenguaje corporal me lo dice todo.

Carlota se cruza de brazos, su expresión se endurece, pero Corine da un paso más, inclinándose hacia ella con esa actitud felina y calculadora que la ha hecho temida en los círculos políticos.

La conozco. Sé cómo manipula, cómo enreda las palabras para conseguir lo que quiere.

Carlota se queda inmóvil.

Pero su cara cambia.

Primero incredulidad. Después dolor. Finalmente, rabia.

Corine sonríe y se gira para irse.

Veo a Carlota tensar la mandíbula, sentarse en la cama, girarse y marcharse a toda prisa después de tirar la pulsera que le regalé a Corine hace años y que no sé qué hace en mi casa.

Un rugido de ira me sube por la garganta y cierro el puño con tanta fuerza que casi estrello el móvil contra la mesa.

—¿Qué demonios ha hecho? —gruño, con el corazón latiéndome con violencia.

Jake se acerca y mira la pantalla, comprendiendo al instante.

—Mierda…

Busco a Carlota en las grabaciones. Veo cómo sale de la casa con su bolso, su abrigo y un rostro completamente cerrado.

La veo llamar a alguien. Alex.

Y minutos después, él aparece en la puerta, la escolta hasta un coche y se marchan.

Mi respiración es errática, siento la sangre hervirme en las venas.

Llamo a Carlota otra vez. Móvil apagado.

Intento controlarme, pensar con claridad, pero el miedo me aprieta el pecho.

¿Qué diablos le ha dicho Corine? ¿Qué ha pasado para que Carlota se marche así? ¿Y por qué demonios no estoy con ella ahora mismo?

No puedo respirar.

El aire me quema en los pulmones, la rabia me hierve en la sangre. No sé dónde está Carlota. No sé qué le ha dicho Corine, pero sé que la ha herido.

Marco el número de Alex.

Contesta al segundo tono, su voz firme, sin alterarse.

—Señor presidente.

—¿Dónde está? —escarbo las palabras entre los dientes, tratando de contener la furia.

—La señorita Herrera está segura.

Aprieto los puños.

—Dime dónde.

—Lo siento, pero mi prioridad es su bienestar. Cuando ella lo considere, lo llamará.

Su tono es educado, pero no cede ni un centímetro.

—¡Soy su prometido y te pago yo, maldita sea! —rujo, golpeando la mesa con el puño.

—Y yo su escolta, señor —responde con calma—. No discuto órdenes.

Silencio.

Un silencio tan denso que podría partirse con un cuchillo.

Finalmente, Alex cuelga.

Grito. Un rugido de pura frustración, de furia descontrolada.

Me paso la mano por el pelo, caminando en círculos como un león enjaulado. ¿Cómo se ha torcido tanto esto?

Llamo a Corine.

Responde con su tono meloso de siempre.

—Chérie… ¿a qué se debe esta llamada tan intempestiva?

—¿Qué demonios le has hecho a Carlota? —escarbo cada palabra con veneno.

Silencio.

Después, una risita.

—Oh, mon amour, nada en especial. Solo pasé por casa a verte, pero aún no habías llegado. La saludé e intercambiamos algunas palabras, nada importante.

Miente.

—No vuelvas a acercarte a ella —mi voz es acero—. No vuelvas a entrar en mi casa.

—¿Tu casa? —su tono se vuelve ácido—. ¿La misma en la que hemos pasado tantos momentos juntos? ¿La misma en la que me suplicabas que me quedara un poco más?

—Devuelve cualquier llave que tengas. No eres bienvenida.

—Oh, Lucien, no seas dramático…

Cuelgo.

No quiero escucharla más. No quiero que su voz manche más mi vida.

—Jake —miro a mi jefe de seguridad—. Cambia todas las cerraduras y códigos de acceso ahora mismo.

—Sí, señor.

No puedo estarme quieto.

No puedo pensar con claridad.

Solo una cosa es segura: voy a encontrar a Carlota, cueste lo que cueste.

No puedo esperar más.

He dado vueltas por toda la casa, he cambiado las cerraduras, he bloqueado accesos, he echado a Corine de mi vida. Pero nada de eso importa si Carlota no está aquí.

Marco su número otra vez, con el miedo clavado en el pecho. Si no contesta, me volveré loco.

El tono suena una vez.

Dos.

Tres.

—¿Carlota? —mi voz se quiebra en el instante en que la escucho respirar al otro lado. —¿Dónde estás mi amor? Ven a casa.

—Estoy bien, Lucien.

—Dime dónde estás. Voy a buscarte ahora mismo. Voy a explicarte todo. Nada es cierto.

—No, Lucien… necesito pensar.

Su tono es suave, pero distante. No como la Carlota que me miraba ayer con los ojos llenos de amor.

—No tienes que pensarlo —digo rápido, desesperado—. No creas a Corine. Es una arpía venenosa, una manipuladora. No tiene ningún poder sobre nosotros, sobre lo que tenemos tú y yo. Vuelve a casa. Te explicaré lo que quieras saber, mi amor, por favor…

—Lucien… —su voz tiembla un poco, y me aferro a ese mínimo temblor como un hombre que se ahoga y agarra una cuerda.

—Por favor, ma vie, por favor… no la dejes envenenarte.

Silencio.

—Lucien, quiero dormir.

—Carlota, no…

—Hablamos mañana. Lo prometo.

Sus palabras son suaves, pero firmes. No me deja opción.

Cierro los ojos y apoyo la frente en la pared. Duele.

—No quiero colgar —susurro.

—Yo tampoco, pero lo necesito.

Aprieto los dientes. Respiro hondo. No quiero hacerle más presión.

—Está bien… —mi voz apenas es un murmullo—. Pero prométeme que mañana hablaremos.

—Lo prometo.

—Carlota… —cierro los ojos—. Te quiero.

No responde de inmediato, pero la escucho respirar hondo, como si también estuviera conteniendo algo.

—Buenas noches, Lucien.

Y cuelga.

Me quedo con el móvil en la mano, con el pecho pesado, con la sensación de que si no la recupero pronto, la perderé para siempre.

Me giro a Jake con la mandíbula apretada.

—Encuéntrala.

Jake asiente sin hacer preguntas y desaparece por la puerta. Confío en él. Sé que en cuestión de minutos me traerá la información que necesito.

Camino por el salón en la penumbra, con las manos en la cintura y la cabeza baja. No puedo perderla. No así. No por las mentiras de Corine, por un maldito malentendido que jamás debió

ocurrir.

El móvil vibra en mi mano.

—¿Sí?

—La hemos localizado, señor. Está en un hotel del centro. Ya he enviado seguridad.

Asiento despacio. Está segura. Está protegida.

Pero no conmigo.

Cuelgo sin decir nada más. Me paso las manos por el pelo y respiro hondo. Le daré unas horas.

Hasta el amanecer.

Ni un minuto más.

Cuando abra los ojos, yo estaré ahí. Esperándola. Haciéndole entender que esto no es algo de lo que pueda huir. Que yo no la voy a dejar marchar.

Que la amo.

Y que voy a pelear por ella.



Capítulo 25

El amanecer se filtra lentamente por los ventanales, tiñendo la habitación de un dorado pálido. No he dormido más de dos horas. La ansiedad ha sido un nudo implacable en mi pecho, y el colchón ajeno solo ha amplificado mi sensación de abandono.

Me giro despacio, con la intención de levantarme, pero en cuanto giro la cara el aire que exhalo se queda atrapado en mi garganta.

Lucien está aquí.

Sentado al borde de la cama, mirándome.

Sus ojos están oscuros, cansados, con una sombra de desesperación que me deja sin aire. No dice nada. Solo me observa como si temiera que fuera a desvanecerme ante él.

Mi corazón da un vuelco. No sé cuánto tiempo lleva aquí. No sé cómo ha entrado ni qué ha visto en mi rostro dormido.

Pero su expresión me rompe.

—Has venido… —mi voz es apenas un susurro, quebrada entre la sorpresa y el dolor.

Lucien parpadea, despacio, y sus labios se entreabren como si quisiera responder, pero parece no

encontrar las palabras.

—No he podido quedarme lejos.

Su voz es baja, rasposa, cargada de emociones que no puedo descifrar del todo. Sus ojos recorren mi rostro como si buscaran algo, como si necesitaran leerme, entenderme.

Yo también lo miro. Está vestido igual que anoche, la camisa arrugada, la corbata ausente. Tiene el rostro tenso y los nudillos blancos por la fuerza con la que los mantiene apretados sobre sus rodillas.

—¿Cuánto llevas aquí?

—El tiempo suficiente para verte despertar, princesa.

Su respuesta es un puñal directo a mi corazón.

Cierro los ojos un instante, intentando ordenar el caos dentro de mí, pero su sola presencia lo desbarata todo aún más. Me siento tan vulnerable. Tan expuesta.

Lucien extiende una mano, con duda, con miedo, como si temiera que me apartara.

Pero no lo hago.

No puedo.

Porque, por mucho que duela, él sigue siendo mi refugio.

Y, joder, lo he echado mucho de menos.

—Lucien…

No puedo evitarlo. Una lágrima traicionera se desliza por mi mejilla mientras Lucien coge mi mano con suavidad, con esa calidez que siempre me desarma.

—Carlota, escúchame. —Su voz es baja, temblorosa. Me está suplicando.

Intento apartar la mano, pero él la aferra con más fuerza, como si soltarme no fuera una opción.

—Corine no es mi pareja. No lo ha sido nunca.

Sus palabras me atraviesan, pero mi corazón sigue encogido, atrapado entre el dolor y los celos hirvientes que no consigo domar.

—¿Y entonces qué es? —Mi voz sale rota, pero también cargada de rabia contenida.

Lucien respira hondo, sujeta mi mano entre las suyas y me mira con una desesperación que me parte en dos.

—Alguien con quien he tenido contacto, sí. Sobre todo, sexual. Pero nada más. Nunca ha significado nada para mí. Nunca.

Cierro los ojos con fuerza. Duele. Duele saberlo, duele imaginarlo.

Duele que otra mujer haya tenido lo que ahora es mío.

—¿Y cómo ha entrado? —pregunto con un nudo en la garganta.

—No lo sé. —Su mandíbula se tensa. Está furioso, pero no conmigo. —Seguramente copió las

llaves y los códigos de seguridad en algún momento. Me aseguré de cambiar los accesos anoche. No volverá a entrar.

Abro los ojos y lo miro, buscando algo en su rostro. Verdad. Seguridad. Algo a lo que aferrarme.

Pero lo único que siento es esa punzada punzante en el pecho.

—La pulsera… —susurro, con la garganta cerrada.

Lucien frunce el ceño, como si por un momento no supiera de qué hablo. Luego suspira.

—Le hice algún regalo en su momento, sí. Pero no significa nada, Carlota. Nada.

Me muerdo el labio, sintiendo otra lágrima resbalar por mi mejilla. No quiero llorar. No quiero sentirme así.

—Lo he pasado fatal, Lucien. —Mi voz tiembla, me odio por ello, pero es imposible contenerlo. Mi estómago se ha hecho un nudo desde el momento en que esa mujer ha abierto la boca.

Él cierra los ojos un instante y aprieta mi mano con más fuerza.

—Lo sé, mon amour. Lo sé. —Su pulgar acaricia mi piel con ternura, pero yo sigo atrapada en la maraña de emociones que me ahoga.

—No me gusta esta situación. No me gusta tu pasado persiguiéndome, ni la sensación de que en cualquier momento otra mujer puede aparecer reclamando un trozo de ti.

Lucien se inclina hacia mí y su frente casi roza la mía.

—No hay nadie más, Carlota. Solo tú.

Sus palabras deberían reconfortarme, pero mi pecho sigue comprimido. Mi mente aún es un campo de batalla.

No sé qué hacer.

No sé si puedo soportarlo.

Lucien suspira con fuerza y desliza una mano por su rostro, agotado. Tiene los ojos rojos, la voz quebrada. Parece… destruido.

—Volvamos a casa. —Su tono es suave, pero suplicante. No es una orden, es un ruego.

Siento un nudo en la garganta. Quiero creer en él, quiero abrazarlo, quiero borrar esa sombra de su rostro… pero no puedo.

—No sé… —mi voz es apenas un susurro. Bajo la mirada, incapaz de sostener la suya.

Lucien suelta un leve gemido, como si mis palabras le clavaran un puñal en el pecho.

—Carlota, por favor. No he dormido nada. Ha sido una noche horrible. —Coge mi rostro con ambas manos, obligándome a mirarlo. Sus dedos tiemblan. Lucien nunca tiembla.

—Solo quiero dormir contigo. —Su frente se apoya en la mía, su aliento caliente acaricia mis labios. Está roto. Y yo también.

Cierro los ojos con fuerza. Maldita sea, ¿por qué duele tanto?

—Estoy cansado de todo. —Su voz es un susurro rasgado. —De esta vida, de esta presión, de los engaños, de las apariencias…

Sus labios rozan mi frente con ternura, y cuando habla de nuevo, su tono se quiebra.

—Eres mi rayo de sol, Carlota. —Mi pecho se contrae al oírlo. —Mi soplo de aire fresco.

Mis dedos se aferran a las sábanas. Quiero creerlo.

Pero mi mente aún es un caos y mi corazón un campo de batalla.

Lucien suspira y me suelta despacio, como si supiera que no puedo darle una respuesta ahora.

—Vamos a Lambermont. Desayunemos allí.

Lo miro, sin comprender.

—Y después, duerme conmigo. En casa. —Su mirada se clava en la mía, firme pero vulnerable. Me está dando tiempo. Me está dando una salida.

—Cuando despiertes, decides.

Me quedo en silencio, mordiéndome el labio. No sé qué hacer.

Pero asiento.

Porque, a pesar de todo, no puedo rechazarlo.

Lucien me envuelve en un abrazo fuerte, como si temiera que fuera a desaparecer de entre sus brazos. Su pecho sube y baja con respiraciones profundas, temblorosas. Sus labios rozan mi frente con ternura, una y otra vez, pero no se atreve a besarme en los labios.

No dice nada. Solo me sostiene.

Suspira contra mi piel, sus manos acarician mis brazos mientras me ayuda a vestirme. Sus dedos rozan mi piel con una delicadeza dolorosa, como si yo fuera de cristal. Me sube la cremallera del jersey, me alisa el pelo por detrás. Es tierno. Demasiado tierno. Casi parece que tiene miedo.

—Vamos, mon amour. —Su voz es un susurro quebrado.

Empieza a recoger mis cosas, despacio, asegurándose de no olvidar nada. Pero no deja de tocarme. Un roce en mi cintura, una caricia en mi mano, un leve apretón en mi hombro. Me necesita cerca.

Llama a Jake y le da instrucciones con calma. Demasiada calma. No me suelta ni un segundo.

Cuando bajamos al garaje, Alex ya nos espera. Apoya una mano en la puerta del coche y me observa con esos ojos analíticos que siempre parecen saberlo todo.

—¿Todo bien, jefa?

Dudo un segundo, pero finalmente asiento.

—Sí.

Alex no parece muy convencido, pero no insiste. Me abre la puerta trasera y Lucien sube después de mí, asegurándose de que esté cómoda antes de sentarse a mi lado.

El trayecto hasta Lambermont es silencioso. Lucien no suelta mi mano en ningún momento. La acaricia con el pulgar, la envuelve entre las suyas, a veces la acerca a sus labios y la besa con un suspiro ahogado. Sabe que no está todo arreglado.

Cuando llegamos, Marie está en la entrada. Su rostro refleja una mezcla de preocupación y culpa.

—Señorita Herrera, lo siento muchísimo. —Me mira con angustia—. No debí dejarla sola, debí…

Lucien levanta una mano con suavidad, cortándola.

—No fue tu culpa, Marie. —Su voz es firme, pero amable—. Corine ya no está en esta casa ni volverá a estarlo.

Marie baja la cabeza, aún apenada, pero asiente.

Lucien me rodea los hombros con un brazo y me acerca a él mientras caminamos hacia el interior.

—Vamos a desayunar.

Su tono es suave, casi suplicante. Quiere recuperar la normalidad. Quiere recuperarnos.

Y aunque mi corazón sigue en un torbellino de emociones, dejo que me guíe. Porque parte de mí también lo quiere.

Marie ha preparado un buffet impresionante, pero se mueve por la cocina con una energía nerviosa. Me sirve una taza de café con manos temblorosas, pero antes de que pueda disculparse de nuevo, Lucien le dice con calma que puede irse a descansar.

No tengo hambre. El cansancio pesa demasiado.

Lucien se sienta frente a mí, paciente, con su café y unas tostadas con aguacate. Me observa con discreción, sin presionarme, dejando que yo marque el ritmo.

—¿Quieres dormir un poco? —pregunta en voz baja, revolviendo su café.

Niego con la cabeza. Si me meto en la cama ahora, me perderé aún más en mis pensamientos.

—Quizás después del mediodía.

Lucien asiente con una pequeña sonrisa y entonces propone algo que me sorprende.

—Podríamos salir a pasear por la ciudad.

Lo miro, dubitativa.

—¿Podemos?

Él suspira y se inclina ligeramente hacia mí.

—No puedo ir solo, claro. Los escoltas estarán cerca.

La realidad de su vida me golpea con fuerza. Nunca podrá hacer nada sin seguridad, sin cámaras, sin miradas. Por lo menos en Europa, siempre estará vigilado.

Aún así, asiento.

—Está bien. Vamos a pasear.

Nos preparamos y salimos. Afuera, el aire de Bruselas es fresco, con un sol tímido asomando entre las nubes. Caminamos por la ciudad, escoltados pero juntos. Lucien lleva gafas de sol, pero su porte y su presencia son inconfundibles.

A medida que avanzamos, la gente empieza a reconocerlo. Algunos se acercan con admiración, le piden fotos y lo felicitan. Me miran a mí también, algunos con curiosidad, otros con calidez.

—Felicidades, señorita Herrera. —me dice una mujer mayor, con una sonrisa amable—. Hacen una pareja preciosa.

Lucien me mira de reojo y aprieta mi mano suavemente.

—Gracias, madame. —respondo con una sonrisa tímida.

A pesar de todo, es bonito ver cómo lo quieren, cómo lo respetan. Y, en cierto modo, cómo me están empezando a aceptar a su lado.

Después de un largo paseo, almorzamos en un restaurante elegante con una zona reservada. Nos reciben con elogios y halagos, nos tratan con una atención exquisita.

Lucien me observa mientras tomo un sorbo de vino blanco.

—No sabes cuánto te he echado de menos.

Levanto la mirada y lo encuentro observándome con intensidad.

—Lucien…

—No tienes que decir nada ahora. —su tono es suave, pero firme—. Solo quería que lo supieras.

Y lo sé. Lo veo en sus ojos, lo siento en la forma en que me mira, en cómo busca cualquier excusa para tocarme.

Mi corazón sigue dolido, pero late más fuerte cuando estoy con él. Y eso, por ahora, es suficiente.

Capítulo 26

Volvemos a casa en silencio, pero un silencio cómodo. Lucien no suelta mi mano en todo el camino, como si temiera que, si lo hace, me desvaneceré.

Al llegar a Lambermont, me acaricia el dorso de la mano con el pulgar y me dice en voz baja:

—Haz lo que quieras, estás en tu casa.

Asiento y le dedico una pequeña sonrisa.

—¿Y tú?

—Debo hacer unas llamadas de trabajo. Volveré en una hora.

Lo veo alejarse por el pasillo y suspiro. Todo esto sigue pareciendo un sueño extraño del que aún no despierto.

Decido subir a su habitación. Es extrañamente acogedora para ser la de un hombre que vive en medio del poder. Tonos neutros, decoración elegante pero sobria, un leve aroma a su perfume impregnando las sábanas.

Entro al baño y me doy una ducha caliente, dejando que el agua me relaje los músculos tensos. Cuando salgo, envuelta en una toalla, me miro al espejo. Mis ojos están cansados, pero mi rostro sigue siendo el mismo. Soy Carlota Herrera, la científica, la mujer independiente. Pero también soy ahora la prometida de un hombre que pertenece al mundo.

Me pongo ropa cómoda, unos pantalones de algodón, un jersey suave, y me dejo caer en la cama. Cojo el móvil y, casi por inercia, empiezo a leer las noticias.

Las imágenes de esta mañana ya circulan por toda la prensa. Lucien y yo paseando por Bruselas, sonriendo a la gente, tomados de la mano.

“La pareja del momento”, “Lucien Deveraux y Carlota Herrera conquistan Bruselas”, “Una historia que une a dos países”.

Las palabras se sienten irreales. Algunos artículos destacan lo contenta que está la gente, lo bien que nos ven juntos. Otros analizan cómo su popularidad y liderazgo están beneficiándose de nuestra relación.

Mi estómago se encoge.

¿Soy solo eso? ¿Un golpe de imagen para su mandato?

Intento ignorar el pensamiento y sigo deslizando la pantalla, pero mis párpados se van cerrando poco a poco. El cansancio me vence.

No sé en qué momento dejo el móvil a un lado ni cuándo apoyo la cabeza en la almohada, rodeada por su aroma.

Lo último que siento antes de rendirme al sueño es el eco de su voz en mi cabeza:

“Haz lo que quieras, estás en tu casa.”

Me despierto lentamente, con el suave murmullo de la calle filtrándose a través de las cortinas. Al abrir los ojos, descubro que Lucien duerme a mi lado, su respiración pausada y su brazo envuelve mi cintura. Durante un instante, todo parece perfecto, como si el mundo se detuviera en ese tierno silencio.

No me muevo; me dejo envolver por la calma que irradia su presencia. Su rostro, sereno y vulnerable en el sueño, me conmueve profundamente. Me pregunto cómo he llegado a sentir tanto amor y a la vez tanto dolor, y en ese momento, me permito sentir la ternura de la situación.

Con delicadeza, deslizo mi mano hacia la mejilla de Lucien. Su piel es suave, casi como seda, y sus ojos, aún cerrados, reflejan una paz que contrasta con el torbellino de emociones que llevo dentro. Siento cómo, al tocarlo, se estremece ligeramente y una leve sonrisa se dibuja en sus

labios, como si en sueños supiera que estoy allí.

—Lucien… —susurro, con voz trémula.

Él abre lentamente los ojos y, al encontrar los míos, se queda quieto, como si el tiempo se hubiera ralentizado. Su mirada, profunda y sincera, me transmite un mensaje sin palabras: estoy aquí, contigo, y todo estará bien.

—Carlota —dice en un tono suave, con la vulnerabilidad de quien se deja llevar—. Me he dormido. —me dice somnoliento.—No quiero que sientas que te he abandonado. Quiero estar a tu lado, aunque sea en silencio, ayudándote a encontrar la calma.

Mi corazón late con fuerza, mezclando la emoción, el consuelo y la incertidumbre. Sé que los últimos días han sido tormentosos, llenos de celos, dolor y decisiones difíciles. Pero en este momento, en la intimidad de esta habitación, solo existe la ternura de este despertar compartido.

Me acerco más a él, dejando que su calor me envuelva. Con una sonrisa apenas perceptible, le acaricio la mejilla con el dedo índice, sintiendo la suavidad de su piel y el murmullo de su respiración.

—Te he echado mucho de menos, Lucien —confieso en un susurro, y mis palabras se mezclan con el sonido de la mañana.

Él asiente lentamente, y sin decir nada, se inclina para besarme suavemente en la frente. Es un beso tierno, sin la urgencia de la pasión desatada de otras noches, sino lleno de la promesa silenciosa de estar juntos, de reconstruir algo en medio de tanto caos.

—Quiero que descanses —me dice con cuidado—. Mañana hablaremos, aclararemos lo que ha pasado y decidiremos qué hacer. Pero ahora, solo déjame estar aquí contigo, en paz.

En ese instante, dejo que todas las inquietudes se disuelvan. Me siento protegida, valorada y comprendida en la sencillez de este despertar. Con el corazón latiendo fuerte y los ojos fijos en el rostro de Lucien, comprendo que, a pesar del dolor y las dudas, este tierno momento es un bálsamo que me permite soñar con un mañana en el que podamos hallar la calma y la felicidad juntos.

Y, mientras el sol se aleja lentamente y baña la habitación con su luz dorada, me permito creer, aunque sea por un breve instante, que el amor y la ternura pueden curar incluso las heridas más profundas.

La idea de salir a cenar me parece agotadora. No quiero enfrentarme al mundo esta noche, a las miradas, a los comentarios, a la presión constante de ser la mujer del momento. Así que, cuando Lucien me sugiere salir, simplemente niego con la cabeza y le digo, con una media sonrisa cansada, que prefiero quedarme en casa, cenar algo ligero y ver una película. Hemos dormitado casi toda la tarde y no me apetece nada salir.

Lucien me observa por un instante, como si evaluara si estoy bien, pero su expresión pronto se suaviza y me regala una sonrisa sincera.

—Me parece un plan estupendo —dice con un brillo travieso en los ojos—. No recuerdo la última vez que tuve una noche tranquila en casa.

Sus palabras me enternecen. Siempre lo veo como el hombre fuerte y decidido, el presidente que lleva un país sobre sus hombros, pero en este momento es solo Lucien, el hombre que me ama y que, como yo, necesita un respiro del mundo.

Decidimos cenar en la sala de estar, algo sencillo. Marie nos prepara una tabla con quesos, pan recién horneado y algo de vino. No es una cena elaborada, pero es perfecta. Nos sentamos juntos en el sofá, con la bandeja entre los dos, compartiendo bocados y sonrisas entre conversaciones ligeras.

—Me gusta verte así —me dice de repente, apoyando el codo en el respaldo del sofá mientras me observa con intensidad.

—¿Así cómo?

—Relajada. En casa. Conmigo.

Su voz tiene un tono cálido, y mi corazón se encoge un poco. ¿Es esto lo que le falta? Momentos simples, lejos de los protocolos y la política, lejos de las apariencias.

Elijo una película sin pensarlo demasiado, algo romántico pero con comedia, sin dramas pesados. Nos sentamos en el sofá, y él me rodea con un brazo mientras yo me echo contra su pecho. Su calor es reconfortante, su aroma familiar, y me permito disfrutar de la sensación de estar segura en su abrazo.

Durante la película, a veces hace comentarios en voz baja, burlándose de alguna escena absurda o susurrándome alguna broma al oído que me hace reír suavemente. En un momento, se inclina y deposita un beso en mi pelo, sin decir nada más. Es un gesto simple, pero lo siento en el alma.

Cuando la película termina, el reloj marca la medianoche. Ninguno de los dos se mueve de inmediato. Su mano dibuja círculos lentos en mi espalda, y yo cierro los ojos, disfrutando del momento.

—Gracias por quedarte conmigo esta noche —murmura más bajo, más íntimo.

Levanto la cabeza para mirarlo, y en sus ojos veo algo más que gratitud. Es amor, es ternura, es una promesa silenciosa de que, a pesar de todo, él está aquí, conmigo.

No respondo con palabras. En su lugar, me acerco lentamente y le beso. Es un beso pausado, sin urgencia, sin más intención que la de sentirnos el uno al otro.

Cuando nos separamos, nuestras frentes quedan juntas, respirando el mismo aire.

—Vamos a dormir —susurra, acariciando mi mejilla con la yema de los dedos.

Asiento y, sin soltar su mano, nos levantamos juntos y caminamos hacia la habitación. Esta noche, no hay más dudas, no hay más preguntas. Solo él y yo, en un rincón del mundo donde todo parece estar en calma, al menos por ahora.

Nos deslizamos bajo las sábanas sin prisa, sin necesidad de palabras. La habitación está en penumbra, iluminada solo por la luz tenue de la luna que se cuela por los ventanales. Me giro hacia él, y Lucien me observa con esa intensidad que hace que todo mi cuerpo se estremezca.

Sus dedos acarician mi rostro con delicadeza, como si quisiera memorizar cada línea, cada contorno. Me inclino ligeramente y dejo un beso suave en la comisura de sus labios. El suspira,

cerrando los ojos por un instante, y cuando los abre de nuevo, veo reflejado en ellos todo lo que siente por mí.

—Te quiero —susurra como una caricia.

Mi corazón se encoge, y no necesito responder con palabras. Lo beso despacio, dejando que mis labios hablen por mí. Nos tomamos nuestro tiempo, explorándonos con ternura, sin prisas.

Sus manos recorren mi espalda, mi cintura, mis caderas, mientras yo me aferro a su cuello, sintiendo su respiración entrecortada contra mi piel.

Cuando finalmente nos fundimos en uno, todo es delicado, pausado, como si quisiéramos alargar el momento, como si quisiéramos quedarnos atrapados en esta burbuja de calma y amor. Cada caricia es un susurro, cada beso una promesa silenciosa.

Cuando finalmente nos fundimos en uno, todo es delicado, pausado, como si quisiéramos alargar el momento, como si quisiéramos quedarnos atrapados en esta burbuja de calma y amor. Cada caricia es un susurro, cada beso una promesa silenciosa.

Lucien me sostiene con una dulzura que me desarma, sus manos recorren mi piel con una devoción que me hace sentir adorada, amada, protegida. Sus labios rozan mi cuello, mis hombros, mientras su cuerpo se mueve con el mío en una sincronía perfecta, en un vaivén lento y profundo que nos deja sin aliento.

Nuestros jadeos se mezclan en el aire, enredados con los latidos acelerados de nuestros corazones. En este momento, el mundo exterior no existe, no hay dudas, no hay miedos, solo nosotros dos entregándonos el uno al otro con una confianza absoluta.

Cuando el clímax nos alcanza, lo hace con una intensidad que me deja sin fuerzas. Me aferro a él, a su calor, a su presencia, mientras su cuerpo tiembla junto al mío. Nos quedamos abrazados, respirando juntos con su piel pegada a la mía y con sus dedos trazando círculos lentos en mi espalda.

No quiero que este momento termine, no quiero moverme de su lado. Me acurruco contra su pecho, y él me envuelve con sus brazos, sosteniéndome con una ternura infinita.

—Descansa, mon amour —murmura contra mi pelo, dejando un beso en mi frente.

Cierro los ojos, sintiendo su respiración acompasada con la mía, y por primera vez en mucho tiempo, me dejo llevar sin miedo. Me duermo enredada en él, en su calor, en su amor, con la certeza de que, pase lo que pase, esta noche le pertenezco y él me pertenece a mí.

Me despierta un movimiento constante de mi cuerpo y un calor mezclado con excitación en todo mi cuerpo, mi principalmente en mis partes íntimas.

Poco a poco vuelvo a la realidad cuando escucho gemidos de Lucien, incluso los míos de los que aún no soy muy consciente. Abro los ojos y veo que estoy tumbada de lado y Lucien me sujeta la pierna derecha hacia arriba a la vez que me penetra fuertemente por detrás y sujeta mi pelo con su puño cerrado.

—¡Ahhhggg! —gimo de placer. Casí estoy a punto de llegar al orgasmo.

Se acerca mí y me susurra al oído entre gemidos:

— Anoche ya fui lo suficientemente suave contigo. Ahora me vas a pagar con osgasmos los momentos tan terribles que pasé sin tí. —gruñe mientras me penetra bruscamente. —No vas a salir de esta cama hasta que tus piernas no paren de temblar y mi polla se quede seca.

Me da un azote fuerte en la misma nalga que me tiene sujeta y grito. Casi alcanzo el orgasmo con el subidón de placer que siento.

—¡Lucien! —abro la boca y mete sus dedos índice y corazón en mi boca para que los chupe.

—Lucien, ¿qué? —sigue penetrándome a la vez que sus dos dedos se acercan a mi clítoris y giran suavemente para llevarme al límite del placer.

—Dime princesa, ¿qué quieres?¿Quieres que te folle más fuerte? ¿Quieres que te meta mi polla por tu precioso culo?

—¡No!

—¿No?¿Cómo que no? —me susurra a la vez que me da otro azote.

—No ahora… —acierto a decir.

—Perfecto, esta es mi chica. Hoy vamos a follar hasta quedarnos sin fuerzas, hasta que te arda tu precioso coñito.

—Eres muy vulgar para ser presidente de gobierno.

—No sabes cuánto…

Me da otro azote y sigue empujando sin control hasta que no puedo volver atrás. Aprieto su miembro y le advierto.

—Lucien, no puedo más…

—Córrete preciosa, córrete para mí…

Y exploto. Miles de chispas salen de mi cuerpo. El placer me inunda y aprieto el miembro de Lucien a la vez que él se mueve dentro de mí más rápido hasta que escucho su gruñido y explota dentro de mí.

No usamos protección desde hace tiempo por lo que noto su semen caliente entrar a chorros en mi cuerpo.

Sigue empujando aunque cada vez más suave hasta que para y sale de mi. Me gira para verme la cara y echa mi cuerpo sobre el suyo. Sin dejarme apenas respirar me besa suavemente. Su lengua entra en mi boca con fuerza y me saborea sin tregua.

Siento su semen salir de mi cuerpo y caer sobre su muslo.

—Lucien… —intento separarme, la situación es un poco embarazosa para mi.

—¡No! —me aprieta contra él. —No te separes de mi, Carlota. ¡Eres mía! No te vas a ir a ninguna parte.

—Lucien… —insisto. —No me gustan estos términos de propiedad. —Salgo poco a poco de la nebulosa post orgásmica.

—Carlota, estamos hechos el uno para el otro. Eres mía igual que yo soy tuyo. Soy tuyo desde el primer día en que hablé contigo. —me declara.

—Eres un zalamero charlatán. Por eso eres tan buen presidente. —le digo alegre.

—Y no olvides guapo, irresistible y carismático. —me contesta sonriente a la vez que me vuelve a besar.

Me pega contra sí mismo e intento separarme pero no me deja.

—Déjame disfrutar de ti, Carlota, no te separes. —Sigue con sus besos en el cuello. Es muy cariñoso, mucho más que yo y me lo demuestra constantemente.

Me encanta, tengo que reconocerlo.

—Podemos continuar en la ducha. —le digo, realmente me siento incómoda y pegajosa.

—Mmm.. perfecto. Me gusta la idea.

Se separa de mí y me agarra de la mano para ir a su baño. Es cierto que no puedo caminar tras la noche que hemos pasado. Es increíble e insaciable. Siento su semen caer por mis muslos mientras nos acercamos a la ducha de hidromasaje. No me puedo quejar de la ducha de mi casa pero esta es impresionante.

—Ven, princesa, necesitamos que tu hielo vuelva a surgir. —me dice en broma.

—Eres idiota.

Sonríe y me besa. El agua está caliente y entro bajo el chorro de la ducha. Mi cuerpo se relaja con el calor del agua y siento felicidad y tranquilidad. Parece amor, no estoy muy segura de ello. Para mi el amor no es muy tangible.

De repente, sus manos llenas de jabón enjabonan mis pechos, mis caderas, mis muslos, mis brazos, mis partes íntimas…

—Preciosa… —me susurra. —Mi princesa de hielo.

Me acerco al agua de la ducha para limpiar el jabón de mi cuerpo y al acabar me giro para ver como su gran erección vuelve a apuntar en mi dirección. Se yergue frente a mí augurando promesas de placer inigualable. Se me hace la boca agua y me agacho sin pensarlo. Lamo el líquido preseminal que sale de su glande y me la meto hasta el fondo de la garganta.

—¡Joder, Carlota! —gime echando su cabeza hacia atrás mientras sujeta mi pelo. Entro y salgo con fuerza aguantando las arcadas porque es muy grande.

—Vas a matarme, preciosa. No voy a poder aguantar mucho más… —gime en susurros.

Chupo y lamo unas cuantas veces más hasta que siento su miembro tensarse y lo sujeto fuertemente contra mi para que no salga.

—¿Seguro, princesa? —me dice con la voz entrecortada.

Sigo chupando fuertemente su miembro hasta que siento su semen caliente bajar a chorros por mi garganta. Lucien grita fuertemente y me levanta para besarme salvajemente.

—Te quiero, nena. Te quiero. —me declara.

Siento de nuevo ese cosquilleo de felicidad en todo mi cuerpo y no puedo evitar contestarle:

—Yo también.



Capítulo 27

La terraza es un rincón encantador, con un suelo de piedra clara y una barandilla de hierro forjado cubierta en algunas zonas por enredaderas. A pesar de ser invierno, hay calefactores estratégicamente colocados que mantienen el ambiente cálido y acogedor. Una mesa de madera con un centro de flores frescas está dispuesta con una vajilla elegante, tazas de porcelana y una bandeja con croissants, frutas y zumos naturales. Al fondo, el parque se extiende con sus senderos tranquilos y árboles altos, algunos desnudos por la estación, pero aún majestuosos.

Lucien no deja de sonreír. Me observa mientras unto mantequilla en una tostada y me pregunta con naturalidad qué me gustaría hacer hoy. Le digo que me apetece un paseo relajado, nada demasiado formal, solo disfrutar de la ciudad sin prisas.

Justo cuando estamos debatiendo sobre los mejores lugares para visitar, suena la puerta y Marie aparece con una gran sonrisa.

—Señor, ha llegado su hermana.

Lucien se levanta de inmediato, visiblemente contento, y una mujer de cabello castaño claro, con unos ojos vivaces y una sonrisa radiante, entra en la terraza. No necesita presentación; hay algo en su expresión que irradia calidez y familiaridad.

—¡Carlota! —exclama con entusiasmo, avanzando hacia mí sin titubeos.

Me levanto y apenas tengo tiempo de reaccionar antes de que me abrace con fuerza, como si nos conociéramos de toda la vida. Me sorprende su efusividad, pero de inmediato me relajo y le devuelvo el gesto con una sonrisa.

—Es un placer conocerte —digo, un poco abrumada, pero encantada por su energía.

—¡Por fin! —exclama ella, apartándose para mirarme bien—. Llevaba tiempo queriendo conocerte, pero mi querido hermano es tan celoso con su vida privada que casi me tengo que colar en su agenda. Soy Isabella.

Lucien se ríe y niega con la cabeza, cruzándose de brazos.

—No exageres, sabes que siempre eres bienvenida.

—Sí, sí, lo que tú digas —responde con picardía antes de volver a centrarse en mí—. Eres aún más impresionante en persona, Carlota. Ya había visto fotos tuyas, pero ahora entiendo por qué mi hermano no puede apartar los ojos de ti.

Me ruborizo ligeramente, y Lucien simplemente sonríe, complacido.

—Siéntate con nosotros —le digo, indicándole la mesa—. Todavía queda café y algo de desayuno.

—Encantada —dice, tomando asiento sin dudarlo—. Tenemos mucho de qué hablar.

Nos miramos y no puedo evitar sentir una calidez especial con ella. Su energía, su espontaneidad… Me hace sentir bienvenida, como si de verdad estuviera entrando en la familia.

—¡Madre mía, Carlota, la boda va a ser increíble! —exclama la hermana de Lucien con una emoción contagiosa mientras se lleva una taza de café a los labios—. Yo ya me la imagino… Toledo es una ciudad preciosa, las calles, la historia… ¡Será la boda del año! ¡No!¡Del siglo!.

Suelto una risa nerviosa y miro a Lucien de reojo, pero él solo suspira con paciencia, como si estuviera acostumbrado a las efusividades de su hermana.

—Isabella,¿puedes respirar un momento? —dice él con una sonrisa divertida, apoyando el codo en la mesa y mirándola con indulgencia—. Aún no hemos hablado de nada de eso.

—Bueno, bueno, no hace falta hablarlo para saber qué ocurrirá tarde o temprano —responde ella con total seguridad, guiñándome un ojo como si fuera un secreto compartido—. Además, ¿Te imaginas el vestido, las flores, la prensa volviéndose loca?

La observo, un poco abrumada por su entusiasmo, pero al mismo tiempo, hay algo en ella que me hace sentir bien. Es diferente a Lucien, más espontánea, más expresiva, pero se nota el cariño entre ellos, el vínculo fuerte que comparten.

—Toledo es una ciudad maravillosa —digo al fin, intentando desviar un poco la conversación—. Crecí allí.

—¡Lo sé! —dice, entusiasmada—. He estado investigando. Sus calles empedradas, las vistas desde el Alcázar… ¡Puro romance!

Lucien se pasa una mano por el pelo y sacude la cabeza, riendo.

—Isabella, por favor, deja de acosar a Carlota con tus fantasías matrimoniales. ¿Por qué no nos cuentas cómo va tu trabajo?

—Oh, bien jugado, hermanito —bromea ella, apoyándose en el respaldo de la silla—. Pero vale, te lo concedo.

Me sonríe con complicidad y cambia de tema con la misma naturalidad con la que había entrado hablando de bodas.

—Estoy terminando un proyecto increíble para una galería de arte en el centro de Bruselas —dice, entusiasmada—. Quieren algo moderno, pero con toques clásicos. Ya sabes, juego de luces, texturas… Estoy disfrutándolo muchísimo.

—Debe ser fascinante poder transformar espacios de esa manera —comento con sinceridad.

—¡Lo es! —asiente ella—. Pero lo mejor es que hoy es domingo y no tengo que trabajar, así que puedo secuestrarte y mostrarte Bruselas como se debe.

Miro a Lucien, que la observa con diversión y cariño, y no puedo evitar sonreír. Me gusta Isabella. Su energía, su manera de hacerme sentir bienvenida.

—Me parece una gran idea —digo al fin.

—¡Perfecto! —exclama ella—. Voy a hacer que te enamores de esta ciudad tanto como de mi hermano.

Lucien suelta una risa baja y coge mi mano por debajo de la mesa, entrelazando sus dedos con los míos con suavidad.

—Eso es imposible —susurra, lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche.

Y en ese momento, siento que, pese a todo lo ocurrido, estoy exactamente donde debo estar.

El mercado de antigüedades de Bruselas tiene un encanto especial, con sus callejuelas adoquinadas y los puestos llenos de libros viejos, relojes de bolsillo y pequeñas piezas de arte olvidadas por el tiempo. Me pierdo entre ellos, acariciando las portadas de cuero desgastado de algunos libros, hojeando páginas amarillentas con historias que ya nadie recuerda.

—Te gustan demasiado los libros viejos —dice Lucien a mi espalda en voz baja y cálida cerca de mi oído.

Sonrío sin apartar la vista del libro que sostengo.

—Tienen alma —respondo—. Como las cosas que han sobrevivido a muchas vidas.

Él se inclina un poco más rozando mi cuello con la punta de su nariz.

—Me gusta cómo miras las cosas —susurra, y el escalofrío que me recorre la piel es inmediato.

Antes de que pueda responder, un vendedor mayor nos interrumpe con una sonrisa amable y nos ofrece probar un anillo antiguo, una joya de oro con un pequeño zafiro incrustado. Lucien lo coge entre los dedos y, con una mirada traviesa, lo desliza en mi dedo anular sin previo aviso.

—¿Sientes las vidas del anillo? Tal vez perteneció a una princesa rusa, de hielo, que quiere que lo heredes para que te cases conmigo —bromea en voz ronca llena de diversión, pero en sus ojos hay algo más profundo, un destello que me revuelve el estómago.

—Lucien… —murmuro, intentando no mirarlo demasiado tiempo porque sé que me perdería en esos ojos grises.

—Te queda bien —dice, ignorando mi desconcierto—. Deberíamos llevárnoslo.

Mi boca se entreabre, buscando una respuesta que no llega, pero justo en ese momento Isabella vuelve con una lámpara de cristal en las manos, sin darse cuenta de lo que acaba de ocurrir.

—¡Mirad qué maravilla! Es art déco original, quedaría perfecta en tu despacho.

Lucien me sonríe de lado y con un último roce de su pulgar sobre mi mano, me quita el anillo con delicadeza y lo devuelve al vendedor.

—Nos lo pensaremos —dice con tono ligero, como si nada hubiera pasado.

Pero yo sé que sí ha pasado. Y que mi corazón aún late demasiado rápido.

Más tarde, mientras paseamos por una plaza concurrida, un grupo de personas lo reconoce. Se acercan con entusiasmo, felicitándolo, pidiendo fotos, comentando lo feliz que se ve con su "preciosa prometida". Me siento ligeramente incómoda, todavía adaptándome a esta nueva atención, pero Lucien, con su facilidad innata para controlar estas situaciones, sonríe, se toma fotos, agradece con elegancia.

Entonces, sin previo aviso, su mano busca la mía y entrelaza nuestros dedos con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo.

Mi corazón se detiene un segundo.

Levanto la vista hacia él, sorprendida, pero Lucien sigue atendiendo a la gente con calma, como si no acabara de marcarme con ese gesto tan público y, al mismo tiempo, tan íntimo.

Yo debería soltarme. Debería decirle algo. Pero no lo hago.

Porque, aunque no quiero admitirlo, me gusta la forma en la que me sujeta. Me gusta que el mundo nos vea así.

Y eso me asusta.

Esa noche, la cena transcurre entre risas y conversaciones ligeras. Isabella es un torbellino de energía, entusiasmada por cada pequeño detalle, contándome anécdotas de su infancia con Lucien, de su trabajo como diseñadora y de sus lugares favoritos en Bruselas. Me resulta fascinante lo distinta que es a él: tan efusiva, tan espontánea, sin ese velo de contención que siempre cubre a su hermano.

Yo sonrío y la escucho, sintiéndome extrañamente cómoda en su compañía. Es imposible no contagiarse de su alegría.

Lucien, por su parte, está más callado, pero se le nota relajado, como si le gustara vernos interactuar. Sin embargo, de vez en cuando, mira su teléfono con el ceño fruncido, hasta que finalmente lo deja sobre la mesa y se pone de pie.

—Perdonadme, tengo que hacer una llamada importante. No tardaré.

Nos besa a ambas en la mejilla antes de desaparecer por el pasillo. Isabella lo sigue con la mirada y luego me guiña un ojo con picardía.

—Siempre está trabajando, ¿verdad? —suspira, pero su tono no es de reproche, sino de cariño.

—Parece que sí —digo, sonriendo levemente.

—Bueno, por eso es quien es. Pero contigo parece… diferente.

Parpadeo y la miro con curiosidad.

—¿Diferente cómo?

Apoya el codo en la mesa y la barbilla sobre su mano, analizándome con ojos brillantes.

—Más relajado. Más… real. Como si contigo pudiera respirar sin que todo el peso del mundo recayera sobre sus hombros.

Bajo la mirada, removiendo distraídamente mi copa de vino. Su comentario me llega más de lo que debería.

Poco después, Lucien regresa. Isabella se levanta enseguida y lo abraza.

—Es tarde y tengo que madrugar. Ha sido un placer conocerte, Carlota —me dice con calidez, abrazándome también—. Espero verte muy pronto.

—Yo también —respondo sinceramente.

La vemos marcharse y, tras eso, Lucien y yo nos quedamos en el salón, disfrutando de un silencio cómodo.

—¿Te ha gustado Isabella? —pregunta, inclinándose en el sofá para acercarse un poco más a mí.

—Mucho. Es encantadora.

Lucien sonríe con ternura.

—Siempre ha sido así. Alegre, libre. La envidio un poco por ello.

Lo miro, y hay algo en su expresión que me remueve por dentro. Me acerco instintivamente y apoyo una mano sobre la suya.

—Eres libre, Lucien. De otras maneras, pero lo eres.

Sus ojos se oscurecen un poco antes de entrelazar nuestros dedos con suavidad.

—Mañana te vas —dice en voz baja, con una seriedad que me oprime el pecho.

Asiento despacio.

—Sí. Mi avión sale por la mañana.

Aprieta ligeramente mi mano, como si no le gustara la idea.

—No tienes que irte. Puedes trasladarte aquí conmigo. Mi avión te llevará a Madrid cada vez que quieras dar una clase. No tendrás que renunciar a nada.

Lo miro sorprendida. Es la primera vez que dice algo así, con tanta claridad.

—Lucien… es muy pronto para eso —respondo con suavidad.

Él me observa con intensidad, sus dedos acariciando el dorso de mi mano.

—Lo sé. Pero quiero que lo pienses.

Desvío la mirada, sintiendo una punzada en el pecho.

—Hablaremos de ello poco a poco, ¿de acuerdo?

Lucien suspira, pero asiente. Luego, con delicadeza, me atrae hacia él y me besa en la frente, dejándome sin aliento.

—De acuerdo. Pero esta noche… solo quédate conmigo.

Y así lo hago. Toda la noche.

La mañana llega demasiado rápido. Pasamos la noche entre besos y confidencias, entre caricias suaves y palabras susurradas en la oscuridad. Lucien me mantiene entre sus brazos, como si pudiera retenerme un poco más, como si el tiempo se doblara a su voluntad solo por desearlo con fuerza. Pero no es así. El amanecer nos alcanza y con él, la certeza de que debo partir.

Nos arreglamos juntos, en un ritual silencioso y cargado de significado. Se mueve despacio, ayudándome a abrochar los botones de mi blusa, deslizándome la chaqueta sobre los hombros con ternura. No deja de mirarme con esos ojos profundos que me hacen sentir cosas que aún no sé si quiero nombrar.

El desayuno transcurre en calma, pero la tristeza flota en el aire. Lucien está callado, taciturno. Juega con el borde de su taza de café más de lo que bebe. De vez en cuando, me lanza una mirada que me dice todo lo que no está diciendo: No quiero que te vayas.

El trayecto al aeropuerto es silencioso. Su mano se mantiene sobre mi muslo y sus dedos trazan círculos distraídos sobre la tela de mi pantalón, como si quisiera memorizarme. Yo solo lo observo, grabando en mi mente la curva de su mandíbula, el ceño levemente fruncido, la tensión en sus labios.

Cuando el coche se detiene, Lucien se gira hacia mí. Su mirada es intensa, desesperada en su contención.

—Cuídate, mon amour.

Me inclina el rostro con suavidad y me besa, un beso largo, profundo, como una súplica muda, como si con él pudiera convencerme de quedarme. Suspiro contra su boca y lo abrazo con fuerza, sintiendo su calor, su respiración agitada, su corazón latiendo contra el mío.

Pero tengo que irme.

Con un último roce de nuestras frentes, abro la puerta y salgo, donde Alex ya me espera para acompañarme hasta el avión. Doy un par de pasos, pero antes de entrar, me giro para verlo. Lucien sigue ahí, con la puerta del coche abierta, observándome con un peso insoportable en la mirada. Luego, con un suspiro resignado, se sube de nuevo y su chofer lo lleva al Parlamento. Vuelve a su realidad, a su deber.

Yo, en cambio, subo al jet y me acomodo junto a Alex. Respiro hondo, intentando calmar la sensación de vacío que me oprime el pecho.

El capitán aparece poco después y nos informa con voz firme:

—Señorita Herrera, hay fuertes tormentas en la zona de Marsella y Madrid, justo por donde realizamos el trayecto. No podemos despegar hasta que las condiciones mejoren. Calculamos que será posible volar a primera hora de la tarde.

Levanto la mirada con sorpresa y, a continuación una sonrisa ilumina mi rostro. Unas horas más. Puedo tener unas horas más con Lucien.

—Alex, llévame con él —le pido sin dudar.

Él asiente sin hacer preguntas, como si lo supiera desde antes que yo.

Y así, con el corazón latiéndome con fuerza de la emoción que siento en el pecho, salimos del aeropuerto y volvemos a buscarlo.

El Parlamento se alza imponente ante mí, cuarenta minutos después, cuando el coche se detiene en la entrada lateral. Alex sale primero, mostrando su identificación a los guardias de seguridad que custodian la zona. Hablan en voz baja y noto que mencionan mi nombre. Los guardias asienten con respeto y me observan con una especie de reverencia que me descoloca.

—Puede pasar, señorita Herrera —dice uno de ellos con tono formal, haciéndose a un lado para dejarnos entrar.

Sigo a Alex por los pasillos amplios y sobrios del edificio. Todo aquí tiene un aire solemne, con una seguridad férrea y movimientos controlados. Apenas unas pocas personas caminan por los pasillos, y cada una de ellas parece pertenecer a la maquinaria exacta de este lugar.

En la recepción, una mujer joven me recibe con profesionalidad.

—Necesitará un pase de visita, señorita Herrera. Solo por el día de hoy.

Me entrega una tarjeta identificativa que cuelgo en mi chaqueta sin pensar demasiado. Un guardia se nos une para acompañarnos hasta la zona de los despachos, una sección restringida donde pocos pueden entrar, y mucho menos sin cita previa.

El corazón me late con fuerza cuando nos detenemos frente a una amplia recepción privada. Detrás de un gran escritorio de madera oscura, una mujer de mediana edad nos sonríe con calidez.

—Señorita Herrera, qué alegría conocerla en persona. Enhorabuena por su compromiso —dice con un tono lleno de afecto.

Parpadeo, confusa.

—¿Compromiso?

Ella asiente con una sonrisa.

—Se habla mucho de usted y del señor presidente. Es un placer tenerla aquí.

Me remuevo un poco, incómoda con la idea de que todo el Parlamento parezca saber más de nuestra relación de lo que sé yo misma.

—He venido a ver a Lucien, es una sorpresa de última hora.

—Qué detalle tan bonito. Sin embargo… —hace una pausa, como si dudara en continuar—. Él tiene una visita en este momento.

Algo en su tono me eriza la piel.

—¿Quién?

Ella baja la mirada a su agenda y responde con calma:

—Madame Corine Valhard.

El nombre cae sobre mí como un golpe seco en el estómago. Todo mi cuerpo se tensa y siento cómo la sangre se me escurre del rostro. Mis manos se cierran en puños y miro de reojo a Alex, que también se ha puesto alerta.

No.

No puede ser.

No quiero pensar. No quiero imaginar. No quiero recordar sus palabras venenosas la última vez que la vi.

Sin decir nada más, me giro sobre mis talones y avanzo hacia la puerta del despacho.

—Señorita Herrera, espere… —dice la secretaria con tono preocupado.

No la escucho.

Mis pasos son firmes, decididos. La rabia y el miedo se entremezclan en mi pecho mientras mi mano se posa sobre el pomo de la puerta.

Necesito saber qué está pasando ahí dentro.

Abro la puerta sin pensarlo dos veces, con el pulso acelerado y el corazón golpeando con fuerza en mi pecho.

Lucien está sentado tras su enorme escritorio, con el ceño fruncido y la mirada clavada en algo que hay bajo la mesa. Parece concentrado, como si estuviera procesando algo. Pero cuando levanta la vista y me ve allí, en el umbral de su despacho, su rostro se descompone.

—Carlota… —su voz es apenas un susurro, como si mi nombre se le quedara atrapado en la garganta.

Lo miro fijamente, confusa, buscando respuestas en su expresión. Deslizo la vista por la estancia, pero no veo a nadie más.

Hasta que ella se levanta.

Mi estómago se revuelve.

Corine se incorpora lentamente desde detrás del escritorio, con una sonrisa satisfecha y subiéndose los tirantes del vestido por los hombros. Se relame los labios, desperezándose como si hubiera sido interrumpida en plena faena. Su pelo está algo revuelto, y su sujetador, visible bajo el vestido mal colocado, deja claro lo que acaba de ocurrir.

Mi cuerpo se queda completamente inmóvil.

No.

No puede ser verdad.

Mis oídos zumban y siento que el suelo se inclina bajo mis pies.

Corine me mira con diversión y, con fingida sorpresa, exclama:

—¡Ah! Tu prometida. ¡Sorpresa!

Su tono es burlón, venenoso. Se pasea un poco, como si todo esto fuera un juego, como si supiera que ha ganado.

No puedo moverme. Mi respiración se vuelve superficial, mis piernas pesan toneladas. Quiero reaccionar, gritar, pero me siento atrapada en una pesadilla de la que no puedo despertar.

La voz de la secretaria rompe el silencio incómodo.

—Señor presidente, lo siento muchísimo, yo no sabía…

Ese es el detonante.

Mi cuerpo se sacude como si me hubieran despertado de golpe y la furia explota en mi interior con una violencia incontrolable.

—¡Eres un cabrón de mierda! —escupo las palabras con una mezcla de rabia y dolor desgarrador.

Corine suelta una risita. Lucien se pone de pie de inmediato, se sube la cremallera y extiende una mano hacia mí. Su rostro está pálido como el de un muerto.

Pero no me quedo para escuchar sus excusas.

Me giro sobre mis talones y salgo corriendo del despacho, con el pecho ardiendo y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Carlota, espera! —escucho su voz detrás de mí, desesperada.

No me detengo.

Alex ya está en movimiento. Lo veo llevarse el teléfono al oído mientras apresura el paso a mi lado.

—Traed el coche, ahora. —Su voz es firme, fría.

Arranco el pase de visita de mi chaqueta y lo tiro al suelo con desprecio. Siento las lágrimas deslizándose por mis mejillas, calientes e incontenibles.

La gente me mira mientras cruzo la recepción a toda velocidad, pero no me importa.

Cuando alcanzo la salida, el coche negro ya está esperando. Alex me abre la puerta y entro dentro sin pensarlo.

Justo cuando las puertas se cierran, escucho a Lucien llamándome desde los pasillos.

—¡Carlota! ¡Por favor!

Pero es demasiado tarde.

El coche arranca y lo último que veo antes de que desaparezca del retrovisor es su figura inmóvil en la entrada lateral del Parlamento.

El móvil vibra en mi mano con insistencia. Veo el nombre en la pantalla: Lucien.

El pecho se me encoge, pero sin dudarlo, le quito el sonido y lo dejo caer sobre mi regazo, como si fuera veneno. No pienso contestar. No ahora. Quizás nunca.

Miro a Alex a través del retrovisor. Su expresión es seria, pero en sus ojos hay algo más: preocupación. Él no pregunta nada. No tiene que hacerlo. Lo ha visto todo.

—Lo siento —dice finalmente, con voz grave pero sincera—. Voy a ayudarte a volver a casa. No tienes que preocuparte por nada. Yo cuidaré de ti.

Sus palabras deberían reconfortarme, pero solo hacen que el nudo en mi garganta se haga más

grande. No quiero que nadie tenga que cuidar de mí. No quiero ser la mujer humillada, la engañada, la que se convierte en el centro de las miradas de lástima.

Aprieto los labios y miro por la ventanilla. Bruselas pasa de largo, borrosa, ajena a mi tragedia personal.

No sé qué duele más: si la traición en sí o la sensación de haber sido utilizada. Todo este tiempo… ¿Qué he sido para él?

Una fachada. Una maldita fachada.

Las palabras de Corine vuelven a mí como un veneno que se filtra en mi sangre:

"Volverá conmigo. Lo vuestro no tiene futuro."

Y lo peor es que tenía razón. Todo este tiempo he sido una ilusión, un elemento más en su estrategia política, en su impecable imagen pública. Qué conveniente, la brillante neurobióloga española, la catedrática, la mujer independiente que se enamora del presidente. Una historia perfecta para los medios.

Qué estúpida he sido.

El teléfono vuelve a vibrar. Lo apago sin siquiera mirarlo.

Alex no dice nada, pero sujeta el volante con más fuerza.

—He encontrado un vuelo —me informa tras unos minutos en silencio—. Es un poco más largo, pero evitarás las tormentas.

Asiento mecánicamente.

—Londres y luego Madrid. Business class. Salimos en cuatro horas.

—Está bien.

Mi voz suena vacía.

No lloro. No lo haré.

Las lágrimas están ahí, atrapadas en mis ojos, en mi garganta y en mi pecho. Pero no caerán. No voy a permitirlo.

Porque lo que siento no es solo dolor. Es rabia.

Rabia contra él. Contra Corine. Contra mí misma.

Porque, ¿es que no he pasado años defendiendo que el amor no es más que una reacción química? ¿Que el cerebro nos engaña con la dopamina y la oxitocina? ¿Que no existe tal cosa como el destino o la media naranja?

Y sin embargo, ahí estaba yo, enredada en el engaño más primitivo de todos.

Creyendo.

Esperando.

Sintiendo.

La ironía es tan cruel que me dan ganas de reír. Pero no lo hago.

Miro la pista de aterrizaje cuando llegamos al aeropuerto. La ciudad de Bruselas queda atrás cuatro horas después y, con ella, dejo la ilusión de lo que pudo haber sido.



Capítulo 28

Lucien:

Entro en mi despacho con el peso de un hombre que ha perdido algo demasiado valioso. La soledad en este espacio, que tantas veces ha sido mi refugio, ahora me asfixia. Echo de menos su voz, su mirada inquisitiva, su forma de ocupar el espacio como si siempre hubiera pertenecido a mi mundo.

Cierro los ojos por un instante y me obligo a recomponerme. No puedo permitirme debilidad. No ahora. Soy el Presidente.

Enciendo el ordenador y me sumerjo en mi trabajo. Modo presidente. Conferencias con mandatarios, reuniones diplomáticas, decisiones de estado que requieren mi atención. Pero mi mente divaga, se escapa hacia ella, hacia Carlota.

Cuando finalmente hago una pausa tras organizar el día, le pido un café a mi secretaria. Poco después, llama a la puerta y entra con la taza en la mano, pero su rostro cambia cuando dice:

—Señor presidente, la señorita Corine Valhart solicita verle.

Siento cómo la ira sube por mi pecho como una ola imparable. Aprieto la mandíbula.

—Hazla pasar.

Voy a deshacerme de ella de una vez por todas.

Corine entra como siempre: sibilina, melosa, con esa falsa dulzura que esconde veneno. Su vestido negro resalta sus curvas y su cabello cae en ondas perfectas.

Me observa con esa sonrisa de media luna que tanto detesto.

—Mon amour, qué seriedad.

Cierro los puños sobre la mesa.

—¿A qué has venido, Corine?

Ella se acerca lentamente, deslizándose como un felino.

—Quería verte. El otro día no tuvimos tiempo de hablar... después de que tu prometida me echara.

Su tono burlón me enciende la sangre.

—Por tu culpa —espeto—. Entraste en mi casa, la manipulaste, la envenenaste con mentiras.

Corine suspira y se acerca más.

—Oh, Lucien... No fueron mentiras. No del todo.

—¡Basta! —digo, poniéndome de pie—. Se acabó, Corine. No quiero verte más. No eres bienvenida ni aquí ni en mi vida.

Ella ladea la cabeza y sonríe.

—Siempre dices lo mismo... y siempre vuelves a mí cuando la necesitas.

—No te necesito.

Pero ella ignora mis palabras. Da un paso más, hasta quedar justo frente a mí. Pone sus manos en mis hombros y, antes de que pueda apartarla, me empuja contra mi silla y caigo en ella. Se desliza ágilmente entre mis piernas y se arrodilla.

—Yo sé lo que necesitas. La española no sabe dártelo.

Intento apartarme, pero Corine es rápida. Desliza sus manos hacia mi cinturón y baja la cremallera de mis pantalones.

—¡Basta, Corine!

Pero ella se abre el vestido, dejando su sujetador de encaje negro a la vista, y mete la mano en mi bragueta.

La rabia explota dentro de mí. La agarro del pelo con fuerza y la intento levantar, haciéndola soltar un jadeo. Ella se agarra a los lados de mi silla.

—¿Crees que esto va a funcionar? ¿Crees que puedo desearte? —gruño con furia, acercando su rostro al mío al agacharme para hablar con ella—. ¡Estás enferma!

Y entonces, la puerta se abre.

Escucho su voz antes de verla. Susurro su nombre sorprendido y sin saber como procesar la situación.

—¡Eres un cabrón de mierda!

Carlota está aquí.

Su rostro se ha puesto pálido. Sus ojos están abiertos de par en par. Su respiración es entrecortada.

Y yo... yo aún tengo a Corine sujeta por el pelo, despeinada, con el vestido medio caído y mi cremallera abierta.

Miro a Carlota desesperado, pero sé lo que ha visto. Sé lo que cree que ha visto.

—¡Carlota, no!

Pero ella ya está corriendo fuera del despacho, y su dolor es un puñal que me atraviesa el pecho.

Carlota:

El vuelo ha sido largo, incómodo y silencioso. No he dormido ni un segundo. Solo he mirado por la ventana con la mente en blanco, reviviendo la escena una y otra vez hasta sentir que la rabia me asfixiaba.

Cuando por fin llego a casa, el silencio me envuelve como una manta pesada. Dejo caer la maleta en la habitación sin preocuparme por deshacerla. Todo me parece ajeno, frío. No tengo hambre, pero, Lola, mi asistenta me ha dejado la cena servida en la mesa. No la toco.

Voy directamente al baño y abro el grifo de la ducha. Me desvisto lentamente, sintiendo cada prenda como si pesara toneladas. El agua caliente cae sobre mi piel, pero no me reconforta. Me restriego con fuerza, como si pudiera borrar todo lo ocurrido, pero las imágenes siguen ahí, clavadas en mi mente.

Lucien, sentado en su escritorio.

Lucien, pronunciando mi nombre con los ojos abiertos de horror.

Lucien… con ella entre sus piernas.

Cierro los ojos con fuerza y apoyo la frente en la pared de la ducha. Mi respiración es entrecortada. Un sollozo amenaza con escapar, pero me obligo a tragármelo. No voy a llorar. No por él.

Cuando salgo, envuelta en una toalla, enciendo el teléfono. Y entonces la pantalla se ilumina de inmediato con un torrente de notificaciones.

Llamadas perdidas. Mensajes. Todos de Lucien.

“Carlota, por favor. Déjame explicarte.”

“Te juro que no es lo que piensas. Llámame.”

“Te necesito.”

“No puedes desaparecer así.”

“Dime dónde estás.”

“Perdóname.”

Su desesperación me golpea como un puñetazo en el estómago, pero ignoro los mensajes. No quiero leer más. No quiero saber más de él.

Entonces, una notificación distinta aparece.

Mamá.

Respiro hondo, obligándome a contener los sollozos. Me limpio la cara con la mano antes de hablar. No voy a preocuparla. No quiero preguntas. No quiero darle explicaciones que ni siquiera yo sé cómo darme a mí misma.

—Hola, mamá.

Intento que mi voz suene normal, pero sé que tiembla un poco.

—Hija, qué alegría escucharte. ¿Cómo te ha ido?

Cierro los ojos un instante, tragándome el nudo que tengo en la garganta.

—Fenomenal. —Fuerzo una sonrisa, como si eso pudiera reflejarse en mi tono de voz—. Ha sido un viaje increíble. He conocido cosas de la ciudad que me han gustado mucho.

—Me alegro tanto, Carlota. Te notaba un poco agobiada últimamente. Un cambio de aires siempre viene bien.

Asiento, aunque ella no pueda verme.

—Sí, la verdad es que sí.

Mi reflejo en el espejo me devuelve la mirada vacía. No me reconozco. Estoy cansada, agotada en un nivel que no es solo físico.

—¿Y qué tal con Lucien? —pregunta con tono curioso.

Mi estómago se contrae, pero me obligo a mantener la compostura.

—Bien. Todo ha ido bien.

No puedo decir más. No quiero.

Ella sigue hablándome de cosas triviales: la vecina que ha cambiado las plantas del balcón, mi padre que ha tenido que llevar el coche al taller, mi hermana que ha preguntado por mí. Yo la escucho, asintiendo de vez en cuando, respondiendo con frases cortas. Me aferro a esa normalidad, aunque por dentro me siento en ruinas.

Después de un rato, mamá bosteza al otro lado de la línea.

—Bueno, no te entretengo más. Debes estar cansada. Descansa, cariño. Te quiero.

—Yo también, mamá.

Cuelgo antes de que mi voz me traicione.

Dejo el teléfono sobre la mesilla y me tumbo en la cama, mirando el techo. El cansancio me aplasta, pero sé que el sueño no llegará.

Porque en cuanto cierre los ojos, solo veré una cosa.

A Corine, relamiéndose los labios.

El móvil vibra una última vez antes de apagarse por completo en mis manos. Su nombre desaparece de la pantalla como si nunca hubiera estado ahí. Como si todo lo que ha pasado entre nosotros hubiera sido un espejismo. Un error.

Me quedo mirando la oscuridad de la habitación, sintiendo el peso de mi propia decisión hundiéndose en mi pecho. Lo he hecho. He cerrado la puerta.

Respiro hondo, pero el aire no llena mis pulmones del todo. Siento un vacío que no sé cómo describir. No debería sentirme así. He hecho lo correcto. He tomado el control, como siempre.

He puesto fin a una historia que nunca debió haber comenzado.

Y sin embargo…

Me levanto, con pasos lentos, sintiendo mis extremidades pesadas como el plomo. Me dirijo al baño y aplico mis cremas de noche. Mientras extiendo por toda la cara la hidratación sigo pensando:

¿Por qué me duele tanto, si yo sabía que esto podía pasar? ¿Por qué he sido tan ingenua?

He pasado años estudiando el cerebro humano, desmontando la ilusión del amor, demostrando que no es más que una reacción química. Y aun así, he caído.

Yo, Carlota Herrera, la mujer que siempre ha tenido el control, la que nunca ha creído en cuentos de hadas, la que ha huido del amor como de una enfermedad incurable, he terminado en el centro de una humillación pública, como una más.

Como una estúpida.

Siento rabia. Rabia contra él, contra Corine, contra mi propia debilidad.

Pero más que nada, siento tristeza.

Porque, aunque mi mente me dice que he hecho lo correcto, aunque sé que este dolor es temporal, aunque sé que mañana sí que me levantaré y volveré a ser la mujer que siempre he sido, esta noche…

Esta noche me permito sentir.

Me permito recordar su risa, su voz grave diciéndome que era su rayo de sol, su manera de mirarme como si fuera la única persona en el mundo.

Me permito romperme.

Cuando salgo del baño, mis movimientos son mecánicos. Me quito el chándal que tenía puesto, me pongo el pijama más cómodo que encuentro y me meto en la cama.

Me abrazo a la almohada y siento cómo el nudo en mi pecho se aprieta hasta que duele.

Y entonces, finalmente, dejo que las lágrimas caigan.

Solo esta noche.

Solo esta vez.

Mañana no habrá más Lucien.

No más presidente.

No más engaños.

Solo yo y mi vida.

La vida que he construido con tanto esfuerzo.

La única que puedo permitirme.

El amanecer baña mi habitación con una luz fría y desangelada. Me siento en la cama con la

mirada fija en el ventanal, sin realmente ver nada. No he dormido bien. He dado vueltas toda la noche, reviviendo una y otra vez la escena en su despacho, la expresión en su rostro cuando me vio entrar, la manera en que Corine se incorporó con esa maldita sonrisa de triunfo.

Sacudo la cabeza y respiro hondo. No voy a pensar en eso. No más.

Me levanto con pesadez y voy al baño. El espejo no es amable. Ojeras marcadas, los ojos ligeramente hinchados. Suspiro y me mojo la cara con agua fría antes de comenzar con mi rutina de maquillaje. Base, corrector, iluminador. Piel impecable. Como si nada hubiera pasado.

Desayuno en silencio, una taza de café negro y un trozo de pan tostado que apenas puedo terminar. No tengo hambre, pero tampoco puedo permitirme debilidad. Cuando estoy lista, cojo mi bolso y salgo, pero al abrir la puerta me encuentro con Alex esperándome en la entrada.

—Buenos días, doctora.

Parpadeo, confundida.

—¿Qué haces aquí?

—Voy a llevarte a la Universidad.

Frunzo el ceño.

—No lo necesito, Alex. Ya no soy nadie para el presidente.

Él no se inmuta.

—Yo no trabajo para el presidente. Trabajo para ti.

Su respuesta me deja sin palabras por un segundo. Alex siempre ha sido un hombre de pocas palabras, discreto, eficiente. Y, de algún modo, en este momento siento que es un ancla en medio de la tormenta.

Asiento, sin discutir más. No tengo fuerzas para pelear por esto.

El trayecto hasta la Universidad es silencioso. Miro por la ventana, observando Madrid despertar. La gente camina con prisa, los coches avanzan en las avenidas con la impaciencia de cada mañana. Todo sigue igual, como si mi mundo no se hubiera desmoronado en las últimas veinticuatro horas.

Cuando nos detenemos en la entrada de la facultad, cojo aire antes de hablar.

—Alex.

Él me mira a través del retrovisor.

—Detén cualquier acercamiento por parte de Lucien. No quiero saber nada de él. No quiero llamadas, no quiero mensajes, no quiero excusas ni súplicas. Hazle saber que no quiero nada con él, que me deje en paz.

Alex asiente sin preguntar, sin dudar.

—Entendido, doctora.

Me bajo del coche con una sensación extraña en el pecho. Como si al decir esas palabras hubiera sellado definitivamente la distancia entre Lucien y yo. Como si ya no hubiera vuelta atrás.

Y eso es lo que quiero, ¿verdad?

Camino por los pasillos de la facultad con la cabeza alta. Algunos compañeros me saludan, otros me miran con curiosidad. Seguro que han visto las noticias. No me importa.

Entro en mi despacho, cierro la puerta y dejo mi bolso sobre el escritorio. Enciendo mi iMac y me dejo caer en la silla, lista para ponerme al día con el trabajo.

Mi vida sigue. Como siempre. Como debe ser.

Las horas de la mañana transcurren con una normalidad asfixiante. Me sumerjo en el trabajo, reviso artículos pendientes, preparo las diapositivas para mis clases y respondo correos con una eficacia mecánica. Si alguien me observa, no notaría nada extraño. Pero dentro de mí hay un peso, un vacío que se aferra a mi pecho como una sombra.

Cuando llega la hora de mi clase, me obligo a respirar hondo y a componer la expresión de siempre: profesional, serena, imperturbable. Entro al aula y comienzo a hablar con la seguridad de siempre. Mis alumnos toman apuntes, algunos hacen preguntas, y yo respondo con precisión. Todo está en orden. Todo es igual que siempre. Y, sin embargo, siento que camino sobre una fina capa de hielo, como si en cualquier momento pudiera resquebrajarse y arrastrarme al fondo.

Al mediodía, Jon me espera en la cafetería de siempre. Lleva su bata abierta sobre la camisa y la corbata deshecha, con ese aire desenfadado que parece parte de su personalidad. Sonríe al verme, pero cuando me siento frente a él su expresión cambia.

—Estás muy seria —dice sin rodeos, entrelazando los dedos sobre la mesa—. ¿No te ha sentado bien el viaje?

Aparto la mirada y revuelvo distraídamente la ensalada que he pedido sin hambre.

—Ha sido… intenso —murmuro, sin querer dar más detalles.

Jon chasquea la lengua y se inclina ligeramente hacia mí.

—Carlota, deja esa relación. No tiene futuro.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada firme. No hay burla, no hay provocación, sólo una certeza tajante en su voz.

—No sabes nada de mi relación, Jon.

—Sé lo suficiente. Sé que te está afectando, que no eres la misma. Y sé que él no es para ti.

Aprieto los labios y suelto el tenedor con más fuerza de la necesaria sobre el plato. No quiero discutir, no quiero hablar de Lucien, no quiero que nadie se atreva a decirme lo que debo hacer.

—Estoy bien —digo al final, con una calma forzada.

Jon me observa un segundo más, como si buscara en mi rostro algo que yo no quiero mostrarle. Pero finalmente suspira y se reclina en su silla.

—Como quieras. Pero no te pierdas, Carlota.

El comentario me deja con una extraña sensación en el pecho.

Terminamos la comida con una conversación ligera sobre el trabajo, pero siento su mirada sobre

mí de vez en cuando, como si siguiera analizándome.

Cuando vuelvo a mi despacho, recojo mis cosas con movimientos metódicos. Es temprano, pero ya no quiero estar aquí. Necesito salir, respirar, perderme en el ruido de la ciudad.

El pasillo está lleno de voces y pasos apresurados, pero yo camino en silencio, con la vista al frente.

Nadie sabe que he roto con Lucien. Nadie lo ha mencionado. Tampoco ha salido en los medios.

Y así es mejor.

Si nadie lo dice en voz alta, tal vez sea más fácil fingir que nunca ocurrió.

Lucien:

Respetar su decisión es lo más difícil que he hecho en mi vida.

Cada noche, mis dedos flotan sobre la pantalla de mi móvil, luchando contra el impulso de llamarla, de suplicarle que me escuche, que me deje explicarme de nuevo. Pero no lo hago. No quiero que me odie más de lo que ya lo hace. No quiero que me vea como un hombre desesperado, aunque lo estoy.

Carlota se ha convertido en un fantasma inalcanzable, una ausencia que pesa más que su presencia.

Cada día, mi mente la dibuja en los espacios donde solía estar. La imagino en su despacho, absorta en sus investigaciones, con el ceño fruncido y mordisqueando el extremo de su bolígrafo. La imagino en sus clases, caminando entre los estudiantes con esa seguridad inquebrantable que siempre me ha fascinado. La imagino en su casa, sola, en la cama donde dormimos juntos, convenciéndose de que nunca sentirá mi calor otra vez.

Pero no puedo dejarla ir. No del todo.

Así que hago lo único que me queda. Le envío flores.

Cada mañana, una caja de peonías blancas llega a su despacho de la Universidad. Sin tarjeta, sin remitente. Solo ellas, frescas y perfectas, como un susurro de lo que no puedo decirle en voz alta. Sé que las recibe. Sé que las ve. No sé si las guarda o las tira a la basura con rabia, pero la imagino cada vez que las encuentra en su escritorio. Y eso es suficiente para mí.

Marie me dice que es inútil, que si de verdad la amo, debería dejarla en paz. Pero no puedo. No puedo apartarme por completo. No cuando aún la siento tan cerca, cuando cada noche la sueño con una nitidez que me deja aturdido al despertar.

Las semanas pasan y el silencio de Carlota sigue siendo un puñal en mi pecho. No responde, no me menciona, ni siquiera hay rumores en la prensa sobre nuestra ruptura. Nadie lo sabe, nadie sospecha. Pero yo lo sé. Y cada día es una maldita tortura.

No puedo hacer nada. No puedo presentarme en su puerta y exigirle que me escuche. No puedo obligarla a creerme, a confiar en mí de nuevo. Y, lo peor de todo, no puedo evitar el miedo que

me carcome por dentro.

Miedo de que, con cada día que pasa, me esté olvidando un poco más.

Carlota:

Llegoega a casa antes de lo habitual. La casa está en silencio, con la misma quietud impersonal de siempre, pero hoy me pesa más de lo normal. Dejo el bolso sobre la mesa de la entrada y me quito los tacones con un suspiro cansado. No he comido apenas, y mi estómago se queja, pero no tengo ganas de cenar.

Cruzo el salón sin encender las luces y me dejo caer en el sofá. Sé que debería hacer algo, cualquier cosa para distraerme. Leer un artículo, ver una serie, preparar las clases del día siguiente. Pero mi mente está saturada, agotada de tanto intentar mantenerme firme.

Cierro los ojos y, sin quererlo, la imagen de Lucien inunda mi mente. Su sonrisa ladeada, la forma en que me miraba cuando creía que yo no me daba cuenta, la calidez de sus manos sobre mi piel. El sonido de su risa grave, el peso de su cuerpo junto al mío en la cama.

Aprieto los párpados con más fuerza, como si así pudiera desterrarlo de mis pensamientos.

No más Lucien. No más engaños.

Me pone de pie de golpe y me dirijo al dormitorio. Me desvisto rápidamente y me meto bajo la ducha, dejando que el agua caliente arrastre la tensión de mis músculos. Permanezco allí más de lo necesario, con las manos apoyadas en la pared y la cabeza inclinada hacia abajo, respirando hondo.

Cuando salgo, me pongo un pijama cómodo y recojo mi pelo aún húmedo en un moño. En la cocina, se sirvo una copa de vino y me siento en la encimera, mirando la calle vacía de la urbanización a través del ventanal.

Madrid sigue su curso. Las luces de las parpadean, un coche pasa de vez en cuando, la vida continúa.

Y yo…

Yo debería hacer lo mismo.

Pero ¿cómo se sigue adelante cuando sientes que algo dentro de ti se ha roto?

El café de la tarde humea entre mis manos, pero no lo siento.

Estoy en mi despacho, con la vista fija en la pantalla del ordenador, tratando de concentrarme en el informe que debo entregar la próxima semana. Sin embargo, mi mente es un caos. Me digo a mí misma que ya no pienso en él, que cada día es más fácil, que su ausencia es una sombra que se difumina poco a poco. Pero es mentira.

Respiro hondo y decido distraerme. Abro un periódico digital. Un hábito sin importancia, una costumbre de siempre. Pero en cuanto la página carga, mi cuerpo se tensa como un resorte.

Ahí está.

Lucien.

Lucien en la portada.

Lucien en una fotografía impecable, vestido con su traje perfectamente ajustado con su abrigo oscuro cayendo con elegancia sobre sus hombros. Su expresión es relajada y su sonrisa, discreta pero presente. A su lado, una mujer. Alta, esbelta, de cabello rubio y suelto que brilla bajo las luces de la calle. Viste un abrigo beige ceñido a la cintura y unos tacones finos. Sus labios están curvados en una sonrisa radiante, y su mano… su mano descansa sobre el brazo de Lucien con una familiaridad que me hiela la sangre.

Leo el titular con el corazón golpeándome el pecho.

"El presidente Lucien Deveraux disfruta de una velada en Bruselas acompañado de la empresaria francesa Sophie Moreau."

El artículo no tarda en hundir la daga un poco más.

"Después de semanas de especulación sobre su vida amorosa, el presidente ha sido visto con la reconocida empresaria Sophie Moreau, fundadora de una prestigiosa firma de moda y una de las mujeres más influyentes de Francia. La pareja ha disfrutado de una elegante cena en un exclusivo restaurante del centro de Bruselas, saliendo juntos y compartiendo sonrisas cómplices. ¿Es este el inicio de una nueva relación para el presidente?¿ Qué ha pasado con la neurobióloga española?"

Cómplices.

No sé cuánto tiempo paso mirando la pantalla, sin moverme, sin parpadear. Todo en mi interior se retuerce. No debería dolerme. No debería importarme. Yo rompí con él. Yo fui quien le dijo que no quería más excusas, más te quiero falsos. Fui yo quien se alejó.

Pero lo que veo en esa foto me golpea como una bofetada.

Lucien no parece abatido. No parece hundido. No parece un hombre destrozado por la pérdida. Está ahí, en la ciudad donde me prometió amor eterno, acompañado de otra mujer que ahora ocupa el lugar que hace unas semanas era mío.

El aire en mi despacho empieza a pesar. Mi pecho se agita. Me obligo a apartar la mirada, pero la imagen ya está grabada en mi mente.

Cierro el portátil de golpe y me levanto bruscamente de la silla. Necesito aire. Necesito salir. Necesito… no pensar.

Pero es demasiado tarde.

La herida que creía que empezaba a cicatrizar vuelve a sangrar.

Marcharme para no sentir

Recojo mis cosas con movimientos automáticos, mi bolso, mi abrigo ligero, las llaves. Apenas noto el peso de los libros en mi brazo, apenas escucho el murmullo de los estudiantes que todavía deambulan por los pasillos. Todo a mi alrededor parece lejano, como si caminara en una realidad difusa, como si de repente mi presencia aquí fuera un error, un malentendido.

El aire de marzo es más cálido que en semanas anteriores. El invierno empieza a ceder su lugar,

pero yo sigo sintiendo frío por dentro. Salgo de la facultad con pasos rápidos, sin despedirme de nadie. Alex me espera en la entrada, apoyado en el coche con su postura tranquila de siempre. Cuando me ve, frunce el ceño.

—¿Todo bien?

No contesto. Simplemente subo al asiento trasero y fijo la vista en la ventana.

Él se pone al volante y arranca sin hacer más preguntas. Pero el silencio no dura demasiado.

—He visto las noticias —dice finalmente, su voz neutra pero cautelosa—. ¿Quieres que investigue?

Cierro los ojos un segundo.

—No.

—Carlota…

—No, Alex —repito, esta vez con más dureza. Giro la cabeza y lo miro con frialdad—. Ya no estamos juntos, su vida privada no me interesa.

Mentira. Me interesa.

Me interesa tanto que siento el pecho desgarrado, que tengo la imagen de Lucien con esa mujer grabada en la mente como una maldita maldición. Cada vez que cierro los ojos lo veo, con su sonrisa serena, con su postura relajada, como si lo nuestro jamás hubiera pasado, como si yo hubiera sido solo un suspiro en su vida.

Aprieto los labios y me obligo a mirar por la ventana mientras el coche avanza por las calles de Madrid. Las luces de la ciudad empiezan a encenderse y la tarde se tiñe de un tono dorado que debería ser hermoso, pero para mí no significa nada.

Siento rabia.

Siento dolor.

Siento humillación.

Me engañó. Me mintió. Me juró amor y en cuestión de semanas ya está con otra como si nada.

¿Qué esperaba? ¿Que creyera sus palabras, que pensara que aún me ama mientras comparte cenas elegantes con una mujer que ni siquiera sé de dónde ha salido?

¿Quién me manda flores? ¿Él? ¿O acaso tiene a alguien en su equipo haciéndolo por él mientras sigue con su vida sin esfuerzo alguno? ¿Y si es otra persona y yo pienso que es él y en ningún momento ha pensado en mí?

Me muerdo el labio con fuerza y me cruzo de brazos, tratando de contener la rabia que me quema por dentro. No quiero llorar. No quiero sentir.

—Te llevo a casa —dice Alex en un tono que no admite discusión.

Asiento, porque ya no tengo energía para pelear.

Me abrazo a mí misma, mirando la ciudad que pasa fugaz tras la ventana. Quiero apagar mi mente, pero los pensamientos me atormentan como un eco cruel.

Lucien con otra.

Lucien sonriendo.

Lucien… sin mí.

Y yo aquí, fingiendo que no me importa mientras me estoy muriendo por dentro.



Capítulo 29

Alex me mira de lado, porque ya no me siento detrás, me siento a su lado. Hemos compartido demasiados viajes, horas y silencios como para seguir teniendo esa barrera guardaespaldas-protegida. Ya no necesita protegerme de nada y aquí sigue. Ya no hay periodistas apostados en la entrada de la urbanización ni en las salidas del campus para preguntarme qué tal mi relación con el presidente. Ya no hay relación. Su vida sigue, la mía también.

¿Qué habría pasado si en lugar de esas tormentas hubiera habido un estupendo sol ese fatídico día? Me lo he preguntado mil veces. Habríamos seguido juntos sin que yo me enterara de sus encuentros sexuales con Corine ni otras tantas mujeres que imagino tendrá en su agenda de presidente carismático.

Basta. No quiero pensarlo más.

—Carlota… —me susurra Alex mientras conduce por las calles.

—Alex, no. —Le vuelvo a decir por enésima vez. No quiero saber nada.

—Tal vez si me dejarás hablar un poco dejarías de martirizarte por unos instantes —mira de vez en cuando hacia mí con actitud preocupada.

—Alex, ya está todo dicho, ¿No lo ves? Ha seguido con su vida, ahora tiene una famosa empresaria de la moda. Ella está más relacionada con el mundo empresarial de su familia. Es perfecta para él.

—¿Tú crees? —me debate.

—Totalmente —afirmo con contundencia.

Es un exitoso político que no necesita el amor, solo los contactos y los beneficios para su puesto. Seguro que una alianza con una buena familia francesa le reportará más beneficios que estando conmigo.

Quiero parar ya de pensar así. Últimamente, estos pensamientos negativos me rondan a veces y hoy el detonante de las imágenes con la otra mujer hace que vuelva a entrar en bucle. Nunca me había pasado, debo controlarme. Los inhibidores de proteínas actúan cuando mis pensamientos se atascan y vuelven y vuelven.

Decido que necesito alejarme de Madrid por unos días, respirar aire diferente, desconectar de todo lo que me está quemando por dentro. La ciudad me está asfixiando, y mis pensamientos sobre Lucien no me dejan ni un segundo de paz. El ruido, las caras, las calles… todo me recuerda a él, y no quiero seguir atrapada en eso.

Agarro mi teléfono y llamo a mi madre. Sé que se va a alegrar mucho de escucharme, y en este momento, necesito esa calidez, esa seguridad que solo ella me puede dar.

—¡Hola, mamá!

—¡Carlota! —me responde su voz alegre, tan cálida como siempre—. ¿Cómo estás, hija mía? Hace mucho que no hablamos, ¿todo bien?

Sonrío, a pesar del nudo que siento en el estómago. Su voz es como un refugio, un recordatorio de lo que realmente importa.

—Pues… necesito un cambio de aires, mamá. ¿Puedo quedarme unos días en casa? Estoy agotada.

—¡Por supuesto! —responde enseguida, sin dudar—. Qué alegría, cariño. La casa siempre está abierta para ti. Aquí te esperamos. Además, ya sabes que tienes todo lo que necesites. ¿Cuándo vienes?

Me siento aliviada solo de escucharla. Es lo que necesito. Regresar a mis raíces, a lo que siempre ha sido mi refugio.

—Mañana por la tarde, creo. Solo quería avisarte.

—Perfecto, te esperamos con los brazos abiertos. Te quiero mucho, hija.

—Yo también te quiero, mamá. Nos vemos pronto.

Cuelgo el teléfono, y aunque aún siento el peso de la tristeza, una pequeña chispa de alivio se enciende en mi pecho. Toledo será el lugar donde me esconderé de todo esto, aunque sé que no puedo huir de mis propios sentimientos. Pero tal vez allí, rodeada de mi familia, con la calidez de la casa de mis padres, pueda encontrar un poco de paz para pensar.

Guardo el teléfono y me recuesto en el respaldo de la silla. Miro hacia la ventana, pero esta vez no veo Madrid, no veo el tumulto. Solo veo lo que me queda por hacer: tomarme este tiempo, pensar con calma y esperar a que la tormenta en mi cabeza se calme, aunque sé que tardará.

El sol de la tarde comienza a descender, pero aún hay luz. La idea de tomar algo en una terraza me parece perfecta. Quiero despejarme un poco, sentir el aire en la cara, salir de mi burbuja de pensamientos. Alex se ofrece a llevarme a Toledo, pero le pido que paremos un momento antes de llegar a casa para prepararlo todo, como una pequeña pausa antes de la tormenta que me espera.

—¿Te apetece una caña, Alex? —le pregunto con una sonrisa tímida, algo en mí necesita un respiro antes de seguir adelante con todo.

Él me mira por un instante con ojos como platos, como si estuviera decidiendo si aceptar o no, pero pronto asiente.

—Claro, vamos —responde con tono relajado.

Caminamos unos minutos hasta encontrar una terraza con un ambiente castizo, de esas que tienen la típica mesa de hierro forjado y las sillas de madera, con flores a su alrededor y una vista tranquila de la calle. El aire es fresco, y la ciudad está empezando a tranquilizarse. Es una de esas horas en las que la gente comienza a relajarse después de un día largo, y parece que la ciudad te recibe con calma.

Nos sentamos y hacemos un pedido. Yo pido una caña, él una cerveza. Mientras esperamos, miramos la gente pasar. No hay prisas, solo el sonido suave del bullicio de Madrid y las conversaciones lejanas.

—¿Toda? —me pregunta Alex refiriéndose a la cerveza, rompiendo el silencio.

—Sí, claro —respondo con una pequeña sonrisa, aunque sé que no es completamente cierto. Mis pensamientos siguen enredados, pero la pregunta me hace darme cuenta de que, en este momento, estoy aquí, con él, y eso al menos me da una sensación de normalidad.

Alex se toma de un trago su cerveza y se acomoda mejor su la silla, mirando la calle como si quisiera analizar cada movimiento. Creo que está un poco ansioso por no poder controlar todo lo que le rodea en este momento.

—Sigo aquí, para lo que necesites —dice con tono serio—. No me quejo de mi trabajo. Y… bueno, de ti tampoco, la verdad. Aunque, claro, siempre soy el que se queda en las sombras.

Lo miro, notando en su tono de voz que, en cierto modo, también tiene una visión más profunda de las cosas.

—¿No tienes ganas de cambiar eso? —le pregunto con curiosidad, porque, por un momento, me pregunto cómo será su vida más allá de estar todo el día detrás de mí.

—¿El qué? —me pregunta, con una leve sonrisa que no logra ocultar su genuina confusión.

—El estar con alguien, tener una relación más allá del trabajo. —le aclaro.

Se echa a reír levemente, un poco burlón, pero sin maldad.

—Nada de eso. Estoy bien como estoy. Me gusta mi trabajo, me gusta protegerte y estar contigo, pero no necesito complicarme la vida. Prefiero que mis relaciones sean con el trabajo y con la gente que importa. Y tú, Carlota, eres de esas personas en este momento —dice, y me mira con una mirada de comprensión y confianza.

Me sorprende que me diga eso, pero me siento agradecida. Agradecida por la sinceridad, por el hecho de que no me vea como un problema o una carga. Simplemente, soy parte de su vida, como él es parte de la mía, en estos momentos.

—Gracias, Alex —le digo, sonriendo genuinamente, aunque hay algo de tristeza detrás de mis palabras.

Él levanta su jarra, como si celebrara algo.

—Salud, entonces. Por la ex presidenta que nunca deja de ser presidenta, al menos para los que estamos cerca de ti.

Sonrío al escuchar lo de “ex presidenta”, el título aún me resuena en los oídos, pero sé que, aunque me lo diga, ya no soy esa mujer. O tal vez, aún lo soy, pero no en el mismo sentido. Todo ha cambiado. Pero hoy, en esta terraza, rodeada de la gente común y un amigo que me respeta, por un segundo, me siento un poco más en paz.

—Salud —respondo, levantando mi vaso también. Y por un momento, el ruido de la ciudad, de mis pensamientos, se desvanece un poco.

El coche avanza, al día siguiente, por las calles de Toledo, mi ciudad, mi refugio, mi hogar de siempre. A través de la ventanilla, contemplo su silueta recortada contra el cielo de la tarde, majestuosa y eterna. La piedra centenaria de sus murallas refleja los últimos destellos del sol,

dándole ese aire de fortaleza indestructible, de ciudad de leyenda que nunca se rinde al paso del tiempo.

Entramos por una de sus puertas monumentales y siento cómo mi pecho se llena de una emoción que nunca cambia. Aquí, cada piedra tiene una historia, cada calle empedrada guarda secretos de siglos. El eco de los pasos resuena entre los muros antiguos, enredándose con las voces de turistas maravillados y de toledanos que viven sin prisa, como si fueran parte de la historia misma.

Pasamos junto al Alcázar, imponente y solemne, testigo de batallas, de reyes y emperadores, de victorias y derrotas. Su silueta se alza sobre la ciudad como un guardián eterno. Más allá, la catedral gótica me asoma entre los tejados rojizos, con sus agujas tocando el cielo y su campana, que alguna vez escuché de niña y que siempre me ha parecido la voz de Toledo llamando a sus hijos.

Las calles se estrechan a medida que nos adentramos en el casco antiguo, un laberinto de piedra y tiempo, de balcones de hierro forjado, de faroles que, al caer la noche, encienden una magia especial. Los escaparates exhiben espadas forjadas con el acero toledano, dorados damasquinados y cerámicas pintadas a mano con azules imposibles. Los olores a mazapán y a cocina castellana se mezclan en el aire, trayéndome recuerdos de inviernos familiares, de meriendas dulces en los cafés escondidos entre plazuelas.

Pasamos por el puente de San Martín, donde el Tajo se extiende como un espejo de aguas profundas y silenciosas. El río abraza la ciudad como un amante fiel, reflejando en sus aguas la historia de siglos. Desde aquí, Toledo parece un cuadro pintado con tonos ocres y dorados, con el cielo castellano extendiéndose sobre ella, inmenso y azul.

Cierro los ojos por un momento y respiro hondo. Estoy en casa. Estoy en Toledo, donde todo empezó y donde, quizá, pueda encontrar algo de la paz que he perdido.

El coche se detiene justo al cruzar el río, donde las luces de los vehículos de seguridad parpadean en un control que no esperaba. Frunzo el ceño y miro a Alex, que ya baja la ventanilla para hablar con uno de los agentes. Desde mi asiento, veo cómo intercambian algunas palabras en tono bajo. Algo dentro de mí se tensa.

—¿Qué ocurre? —pregunto, sintiendo un leve cosquilleo de inquietud en el estómago.

Alex se gira hacia mí, con su expresión serena de siempre, pero puedo notar cierta cautela en su mirada.

—Es por la conferencia del clima, hay reuniones a nivel europeo. Han reforzado la seguridad en la ciudad.

Mi pecho se contrae, y sin pensarlo demasiado, formulo la pregunta que hasta ahora no había querido plantearme.

—¿Lucien está aquí?

El silencio dura apenas un segundo, pero es suficiente para que mi corazón se acelere. Alex suspira y asiente.

—Sí, ha llegado esta mañana.

Me inclino un poco hacia él, entrecerrando los ojos con una mezcla de sorpresa y frustración.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

Alex mantiene su tono calmado, pero puedo ver cómo tensa la mandíbula antes de responder.

—Carlota, nunca me dejas hablar de él. No me has dado oportunidad de mencionarlo.

Aprieto los labios y bajo la mirada, sintiéndome atrapada entre la rabia y el desconcierto. No puedo discutirle eso. He puesto un muro entre Lucien y yo, he prohibido su nombre en mi vida, pero ahora la realidad me sacude con fuerza.

—Además —añade Alex—, los mandatarios se mueven por zonas distintas a la gente. No te lo habrías encontrado de todas formas.

Sus palabras deberían tranquilizarme, pero en lugar de eso, un torbellino de emociones me revuelve por dentro. Saber que él está aquí, en mi ciudad, respirando el mismo aire, a pocos kilómetros de mí… me inquieta, me desarma. Miro por la ventanilla, hacia las calles iluminadas de Toledo, y siento una punzada en el pecho.

No quiero verlo. No quiero sentir nada. Pero mis manos tiemblan ligeramente sobre mi regazo, traicionándome.

Cuando la puerta de casa se abre, el aroma a pan recién horneado y a café me envuelve como un abrazo invisible. Y, antes de que pueda dar un paso dentro, siento los brazos de mi madre rodearme con fuerza, cálidos y reconfortantes, como solo ella sabe hacerlo.

—¡Mi niña, qué alegría verte! —su voz es pura ternura, una melodía que me transporta a mi infancia.

Cierro los ojos un instante, dejándome envolver por su amor, por su calidez. Mi madre siempre ha sido así: fuerte y amorosa, con una sonrisa que ilumina cualquier rincón, con una capacidad infinita para hacerme sentir en casa, sin importar cuán lejos haya estado.

Apenas me suelta cuando un torbellino de energía choca contra mí.

—¡Carlota! —Mi hermana menor me abraza con efusividad, apretándome tanto que casi me hace perder el equilibrio.

Sonrío y le acaricio el cabello mientras ella se separa y me mira con esos ojos chispeantes llenos de emoción.

—¡Por fin estás aquí! ¿Te quedas muchos días? ¿Me has traído algo? ¿Has visto ya a Lucien?

La última pregunta me hace tensarme por dentro, pero sonrío con naturalidad y sacudo la cabeza, esquivándola con un gesto. Antes de que pueda responder, Alex carraspea desde la puerta.

—Os dejo, así tenéis tiempo en familia. Tengo que hacer unas gestiones.

Lo observo con atención, notando el leve brillo en su mirada, la manera en la que no especifica cuáles son esas gestiones. Sé que lo más probable es que vaya a ver a Lucien. Alex es leal, pero también es uno de sus hombres de confianza.

—Gracias por traerme, Alex.

—Siempre —dice él con una ligera inclinación de cabeza antes de desaparecer por el sendero.

Entramos en la casa, que sigue igual que siempre, impregnada de recuerdos, de fotografías enmarcadas, de muebles de madera que crujen con historia. Respiro hondo y dejo mi bolso sobre el sofá, recorriendo cada rincón con la mirada. Aquí todo es paz, todo es hogar.

Mi madre nos lleva a la terraza, una pequeña maravilla soleada pero cubierta, con enredaderas trepando por los barrotes y cojines de colores sobre las sillas de hierro forjado. Nos sentamos con una taza de café humeante entre las manos, y el calor del líquido se extiende hasta mi pecho, relajándome.

Mi hermana, sin embargo, no pierde el tiempo.

—Bueno, ¿y qué? —dice con una sonrisa traviesa—. ¿Vas a ir a verlo al hotel?

Levanto la vista de mi taza y la miro, sintiendo cómo mi corazón da un vuelco. La ansiedad se enreda en mi pecho, y aunque intento disimularlo, el solo hecho de imaginarme frente a Lucien me sacude por dentro. Está aquí. En Toledo. A pocos kilómetros de mí.

Y por primera vez, me pregunto… ¿qué haré si lo veo?

Escucho la puerta abrirse y el sonido inconfundible de los pasos de mi padre entrando en casa. Su voz retumba con su habitual tono enérgico, acompañado de un leve gruñido de fastidio.

—¡Toda la ciudad está patas arriba con la seguridad! —exclama, dejando las llaves sobre la mesa de la entrada—. Han cortado calles, hay controles en cada esquina… ¡Ni que fuéramos la capital del mundo!

Sonrío con ternura. Mi padre siempre se ha quejado del tráfico y de cualquier alteración en la rutina de Toledo. Me pongo de pie y camino hacia él con los brazos abiertos.

—¡Papá!

Su ceño fruncido se suaviza al verme, y en un segundo me estrecha contra su pecho con un abrazo fuerte, de esos que te hacen sentir en casa de verdad.

—Mi niña, qué alegría verte —dice, separándose un poco para mirarme con orgullo—. Estás más delgada… ¿comes bien?

—Sí, papá, no empieces —le respondo con una risa ligera, pero por dentro mi pecho está tenso, como si esperara algo.

Y no tarda en llegar.

—Hoy he conocido a tu… amigo.

Mi cuerpo se tensa de inmediato.

—¿A quién?

—A Lucien —responde con naturalidad mientras se deja caer en una de las sillas de la terraza y se sirve un poco de café de la cafetera que mi madre ha dejado en la mesa—. Han traído a varios líderes al ayuntamiento para enseñarles cómo gestionamos los edificios históricos y el Alcázar. Y me ha tocado explicarle algunas cosas al Presidente de Bélgica.

El café en mi taza se vuelve amargo de repente.

—¿Y qué tal? —pregunto intentando sonar indiferente, aunque mi madre me lanza una mirada de reojo.

—Un hombre muy correcto, educado. Me ha parecido serio pero amable, muy interesado en la historia de la ciudad. Hemos hablado un rato y, bueno… lo he invitado a venir a casa este fin de semana si tiene tiempo.

El aire se me para en la garganta.

—¿Qué?

Mi padre asiente con normalidad, como si no acabara de soltarme la bomba más inesperada del día.

—Sí, le dije que si tenía un hueco, sería bienvenido. Me pareció lo adecuado, después de todo…

No escucho el resto. Mi mente se nubla con un torbellino de emociones. Mi corazón se acelera con una mezcla de ansiedad, anhelo y rabia. No quiero verlo. No puedo verlo. Pero al mismo tiempo, la idea de estar tan cerca de él hace que algo en mi interior se mueva con fuerza.

¿Vendrá? ¿Aceptará la invitación? ¿O estará demasiado ocupado con su “amiga” la francesa?

—¿Y bien? —La voz de mi padre me saca de mis pensamientos—. ¿Por qué no estás con él?

Levanto la mirada y me esfuerzo por mantener la compostura.

—Tiene mucho trabajo estos días —digo sin darle importancia, encogiéndome de hombros—. Y yo quería pasar tiempo con vosotros.

Mi madre sigue observándome en silencio, su mirada escudriñadora se clava en mí como si pudiera leer lo que realmente pasa por mi cabeza. Aparto la vista y doy un sorbo al café, esperando que el calor me ayude a tragar la angustia que se me ha instalado en el pecho.

La noche avanza con la calidez familiar que tanto extrañaba. Después de la cena, ayudo a mi madre a recoger la mesa mientras mi padre y mi hermana charlan en la sala, ajenos a la tensión que se cierne sobre nosotras. El agua corre en el fregadero mientras mi madre enjuaga los platos con movimientos pausados. Sé que está esperando el momento adecuado para decir algo. Lo intuyo en la manera en que sus manos se detienen más de la cuenta sobre un vaso, en cómo suspira con cierta pesadez.

—Carlota —dice al fin, sin girarse hacia mí—. ¿Qué ha pasado?

Mi cuerpo se tensa.

—¿A qué te refieres?

Ella apaga el grifo, se seca las manos con un paño y se apoya contra la encimera, cruzándose de brazos.

—Sabes exactamente a qué me refiero. A Lucien. A que te brillan los ojos cuando alguien menciona su nombre, pero estás aquí, y no con él. A que no has dicho una palabra sobre lo que ha pasado, pero tienes el corazón roto.

Trago saliva y aparto la vista, fingiendo estar demasiado ocupada colocando los cubiertos en su

sitio. Pero su mirada está fija en mí, esperando.

Suspiro y cierro los ojos un momento antes de hablar.

—Me engañó, mamá —susurro, con la voz ahogada por la rabia y el dolor—. Con una mujer de su pasado… la encontré en su despacho. Con él.

Mi madre frunce el ceño.

—¿Lo viste?

—No necesitaba ver más. Estaba allí, entre sus piernas, subiéndose el vestido como si fuera lo más normal del mundo. Y él… él no dijo nada, se quedó pálido, como si no supiera qué hacer.

Mi madre se mantiene en silencio, procesando mis palabras. Su expresión es de incredulidad, pero también de duda.

—Hija… ¿Y no crees que deberías hablar con él?

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Para qué? ¿Para que me diga que fue un error, que no significó nada? ¡Claro que no significó nada! Para él, yo tampoco lo significo…

—Carlota —su voz es serena, pero firme—. No puedes hacerle el vacío para siempre. Si te engañó, que tenga el valor de decírtelo a la cara. Y si no fue así, que pueda explicarse.

El aire se me queda atascado en la garganta.

—No confío en él —admito, con un hilo de voz—. Pero lo quiero, mamá. Lo quiero mucho. Y me está matando por dentro.

Siento el nudo en mi pecho volverse insoportable, y mi madre, sin dudarlo, me envuelve en un abrazo. Me aferro a ella como si fuera mi único refugio, dejando que su calor y su ternura me sostengan cuando siento que me estoy desmoronando.

—Mi niña… —susurra, acariciándome el cabello—. No puedes vivir con esta herida abierta. Tienes que enfrentarlo, sea cual sea la verdad.

Cierro los ojos y dejo que una lágrima silenciosa resbale por mi mejilla. Sé que tiene razón. Pero el miedo a lo que pueda descubrir me paraliza. Porque si resulta que todo fue un error, si hubo algo que no entendí… entonces ¿por qué sigo sintiéndome tan rota por dentro?

El aire fresco de la mañana huele a tierra húmeda y a flores que comienzan a despertar con la primavera. Camino junto a mi hermana Clara, disfrutando del sol que empieza a entibiar las calles empedradas de mi ciudad. Toledo resplandece con su luz dorada, y por un momento me permito respirar sin peso en el pecho.

—Te hacía falta esto —dice Clara, sonriendo mientras me da un leve codazo—. Se te ve más tranquila.

Asiento, aunque en mi interior sé que la tranquilidad es solo aparente. He aprendido a llevar mi dolor con elegancia, a esconderlo en cada respiración.

Cruzamos la muralla y nos dirigimos al quiosco de churros, ese pequeño rincón al otro lado de la muralla donde, según mi padre, hacen los mejores churros de España. El olor a masa recién frita y chocolate espeso me envuelve y, por primera vez en mucho tiempo, sonrío sin esfuerzo. Desayunamos allí, disfrutando del crujir de los churros y de la calidez del momento. Me aferro a la normalidad como si fuera un salvavidas.

Cuando regresamos a casa, el sonido de los cubiertos y las risas de mi familia llenan el comedor al mediodía. Me siento en la mesa con ellos, disfrutando del almuerzo con esa paz efímera que solo mi hogar puede darme. Pero entonces llaman a la puerta.

El silencio se instala un instante en la casa mientras mi madre se levanta a abrir. Desde la mesa, veo a un hombre trajeado, con porte impecable y expresión solemne. Lleva en las manos un sobre de un color marfil elegante, con un sello oficial.

—Señorita Herrera —dice, dirigiéndose a mí—. Traigo una invitación formal.

Me quedo sin respiración.

Mi madre coge el sobre y lo abre con cuidado cuando asiento sin levantarme. Lee rápidamente y me mira con una mezcla de emoción y expectación.

—Es para esta noche —dice—. Una cena con el presidente de Bélgica.

Mi padre se inclina sobre la mesa, emocionado.

—¡Qué honor, Carlota! ¡No todos los días se recibe una invitación como esta!.—me guiña un ojo. Si él supiera.

Mi corazón late con fuerza. Sé lo que significa. Sé quién estará allí.

Lucien.

Han pasado dos meses desde la última vez que lo vi. Dos meses en los que he intentado reconstruirme, convencerme de que su recuerdo no me duele, de que ya no lo amo. Y ahora, en cuestión de segundos, el universo me lo pone de frente de nuevo.

Aprieto el borde de la servilleta entre mis dedos y trato de controlar la oleada de emociones que me invade. Anhelo. Esperanza. Dolor.

—¿Vas a ir? —pregunta Clara, observándome con atención.

Miro el sobre. Miro a mi familia, que espera mi respuesta con entusiasmo. Y finalmente asiento, con un hilo de voz.

—Sí. Voy a ir.

Porque, por mucho que me duela, sé que no puedo huir de esto para siempre. Ha llegado la hora de aclarar lo que pasó ese día.

El vestido negro con pequeña pedrería se desliza sobre mi piel como una segunda capa, ligera y elegante. Me miro al espejo una última vez, ajustando un mechón de cabello detrás de la oreja. Respiro hondo. No sé cómo voy a reaccionar al verlo, qué sentiré cuando nuestros ojos se encuentren después de dos meses de silencio y heridas abiertas.

Salgo de casa y allí está Alex, esperándome con una sonrisa.

—Estás preciosa, Carlota.

—Gracias —respondo con una leve sonrisa, aunque mi mente está lejos de este momento.

Subo al coche y me siento en el asiento trasero. Mis manos descansan sobre mi regazo, pero no puedo evitar entrelazar los dedos con nerviosismo. La ciudad pasa ante mis ojos en un parpadeo de luces y sombras, pero mi mente está atrapada en un solo pensamiento: Lucien.

¿Qué dirá cuando me vea? ¿Se sorprenderá tanto como yo al verlo? ¿Habrá cambiado?

Diez minutos después, el coche se detiene frente a un restaurante exclusivo, con una fachada de piedra iluminada con luces cálidas. Antes de que pueda procesar lo que sucede, Alex abre la puerta y me ofrece la mano para bajar.

Y entonces, los flashes.

Docenas de cámaras estallan en una sinfonía de luces y preguntas atropelladas.

—¡Señorita Herrera! ¿Es cierto que ha vuelto con el Presidente?

—¿Qué significa esta cena?

—¿Habrá reconciliación?

Siento mi respiración atrapada en la garganta. No esperaba esto. ¿Cómo se ha filtrado la información tan rápido? Miro a Alex, que me hace un leve gesto de calma y me guía con seguridad hacia el interior.

El maître me recibe con solemnidad, inclinando ligeramente la cabeza.

—Señorita Herrera, su mesa la espera.

Camino tras él, tratando de recuperar la compostura. El restaurante es un rincón de historia y lujo, con techos medievales y gruesos muros de piedra que le dan una atmósfera cálida y solemne. El murmullo de las conversaciones se mezcla con el sonido del río que corre justo fuera de los ventanales.

Y entonces lo veo.

Sentado, al fondo del salón, esperándome junto a una mesa apartada con vistas al río.

Lucien.

El aire se me escapa en un susurro imperceptible.

Está más delgado, como si el tiempo hubiese dejado huella en su cuerpo del mismo modo que en mi alma. Su traje oscuro se amolda perfectamente a su figura, lleva una camisa blanca impecable y una corbata oscura, sobria. Pero es su rostro lo que me desarma. Más serio, más maduro, con el peso de algo que no sé si es arrepentimiento o resignación.

Su cabello ha crecido un poco, más largo en los laterales, peinado con una ligera capa de gomina que le da un aire más descuidado, más irresistible si cabe. Su mandíbula está más marcada, su mirada más intensa. Dios, sigue siendo tan guapo que duele.

Se levanta en cuanto me ve y, por un momento, parece que todo el restaurante se desvanece. Solo

estamos él y yo.

Sus ojos recorren cada centímetro de mí, con ese fuego contenido que reconozco demasiado bien. No dice nada al principio, solo me observa, como si quisiera grabar cada detalle en su memoria. Como si no creyera que realmente estoy aquí.

Doy un paso hacia él y mi corazón late con fuerza. Dos meses de distancia, de rabia, de dolor… y, aun así, lo único que siento ahora es un anhelo feroz, incontenible.

Él es el primero en hablar, su voz profunda y cargada de emoción.

—Carlota…

Mi nombre en sus labios es un golpe directo al pecho.

No sé qué responder. No sé cómo actuar. Pero sé una cosa con certeza: este encuentro lo cambiará todo de nuevo. Para bien o para mal.

—Hola…

Mi voz suena más suave de lo que esperaba, casi un susurro tembloroso que delata mi vulnerabilidad.

Él esboza una leve sonrisa, esa sonrisa suya que siempre me ha desarmado, la que apenas eleva las comisuras de sus labios pero ilumina sus ojos. Y entonces, con una calma devastadora, extiende la mano y sujeta la mía con una ternura exquisita.

Su contacto es un incendio en mi piel. Tibio, firme, tan familiar y al mismo tiempo tan distante. Me deja un beso suave en el dorso de la mano, un roce delicado que me eriza hasta el alma.

—Gracias por venir, ma belle. —Su voz grave me envuelve, cada palabra está cargada de un significado que no sé si estoy lista para descifrar—. Estás preciosa… Tan increíblemente radiante como una noche de verano en la Toscana, cuando la luna toca los viñedos y todo se tiñe de oro.

Mi corazón se retuerce en el pecho. ¿Cómo puede seguir diciendo cosas así? ¿Cómo puede seguir teniendo este poder sobre mí?

Lucien me invita a sentarme y, aún con el pulso acelerado, me siento en la silla frente a él. Sus ojos me devoran, recorriendo mi rostro, deteniéndose en cada detalle como si quisiera grabarlo en su memoria.

—Estás más delgada —susurra con una mezcla de preocupación y admiración—, pero sigues igual de guapa y encantadora.

Mi garganta se cierra. No quiero que me mire así. No quiero que note que he sufrido, que mi cuerpo ha llevado la carga de este dolor tanto como mi alma.

Pero no me da tiempo a responder. Se inclina un poco hacia mí, su mirada azul atrapándome en una prisión de nostalgia y deseo.

—Carlota… Lo siento. Por todo. —Su voz se quiebra apenas un instante, pero lo suficiente para que mi corazón se contraiga—. No puedo soportar la idea de que hayas sufrido por mi culpa. Sé que te he hecho daño y quiero aclarar las cosas de una vez.

No sé qué decir. Las palabras se ahogan en mi garganta, atrapadas entre la rabia, el dolor y este amor maldito que se niega a morir. Le quiero. Dios, le quiero tanto que duele. Pero ¿puedo confiar en él?

Siento sus ojos sobre mí, esperando, rogando una respuesta. Pero antes de que pueda hablar, Lucien levanta la mano y llama al camarero.

—Por favor…

El camarero asiente, toma las bebidas y se aleja con eficiencia. En cuanto nos quedamos nuevamente solos, Lucien me observa con intensidad.

—No quiero que te vayas esta vez sin saber la verdad, Carlota. Sin saber lo que realmente pasó.

Su tono es una promesa, una súplica. Y yo… Yo estoy a punto de perderme en él de nuevo.

Bajo la mirada y respiro hondo. No quiero que me conmueva. No quiero que su voz me haga temblar. Pero entonces, su mano atrapa la mía con una calidez firme, con ese toque que había creído perdido para siempre.

—Cariño…

Su voz es un susurro rasgado por la emoción. Aprieta un poco mi mano, como si temiera que me esfumara en cualquier instante.

—Te he echado tanto de menos… Mi vida sin ti es un infierno. No tiene sentido: mi trabajo, mi dedicación, nada… Sin ti, sin tu apoyo, sin tu presencia nada es lo mismo.

Cierro los ojos un segundo. No quiero escuchar esto. No así.

—He echado de menos a mi princesa de hielo.

Esa maldita frase. La que siempre decía con orgullo, con ternura, la que antes me hacía sonreír y ahora me atraviesa como un puñal.

Aparto la mano bruscamente y lo miro fijamente.

—Para. —Retiro la mano. Mi voz sale seca, fría y cortante. No necesito halagos. No quiero caricias vacías. Solo la verdad. —Dime qué pasó.

Lucien sonríe. No una sonrisa cualquiera, sino esa sonrisa suya, mezcla de nostalgia y admiración.

—Dios… Cómo te he echado de menos. —Se inclina apenas hacia mí, con los ojos clavados en los míos—. Tu forma de ser, tan directa, tan al grano.

Su confesión me desarma, pero me obligo a mantenerme firme. No voy a caer. No todavía.

Justo cuando abre la boca para hablar, el camarero se acerca con el vino.

—Señorita, señor presidente. El vino que han seleccionado.

Lucien suspira suavemente y se reclina en su asiento, dejando que el protocolo siga su curso. El camarero vierte el vino en su copa y él la toma entre sus dedos largos y elegantes, girando el líquido oscuro con la mirada fija en mí.

—El chef sugiere el solomillo con reducción de vino tinto y patatas trufadas. También tenemos

lubina al horno con salsa de cítricos.

Lucien me mira.

—Lo que prefieras, ma belle.

Siento un escalofrío con ese “ma belle” y carraspeo, recomponiéndome.

—Solomillo está bien.

Lucien asiente.

—Para mí igual.

El camarero se retira con una leve inclinación y la tensión vuelve a envolvernos en cuanto nos quedamos solos de nuevo.

Lucien apoya los codos en la mesa y entrelaza los dedos. Me mira con una intensidad que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Voy a empezar desde el principio. Porque quiero que escuches la verdad, Carlota. No quiero que te vayas de aquí sin saber lo que realmente pasó aquella mañana.

Sus palabras me atraviesan. Respiro hondo. Estoy lista. O al menos eso quiero creer.

Lucien me mira fijamente, con una intensidad que me incomoda, pero no bajo la vista. No quiero que vea cuánto me duele esto. No quiero que sepa lo que siento.

—Entró sin avisar. —Su voz es grave, pausada, cargada de una angustia que intenta controlar—. No la invité, Carlota. Se me echó encima antes de que pudiera reaccionar. Y cuando estaba intentando apartarla… tú entraste.

Aprieto los dientes. No quiero recordarlo. No quiero ver de nuevo aquella imagen en mi mente.

—Lo que viste… —sigue, con un tono más bajo, más apesadumbrado— no fue lo que parecía. No hubo nada, Carlota. Nada.

Las palabras flotan entre nosotros como un veneno lento.

—No me importa lo que viste, ni lo que crees. Lo único que me importa es que sepas la verdad.

Cruzo los brazos, aferrándome a mi propia piel. Quiero creerlo. Quiero aferrarme a sus palabras. Pero… ¿y si es mentira? ¿Y si me vuelve a hacer daño?

—Ya no tiene acceso a mí. —Su tono es firme, decidido—. He cortado todo contacto. Tiene prohibido acercarse a mí. En el Parlamento, en cualquier evento, en cualquier sitio. Todos lo saben. Todos.

Su sinceridad me golpea con fuerza, pero mi corazón sigue encerrado tras el muro que construí para protegerme de él.

—Me aseguré de que nunca vuelva a hacerte daño.

No respondo. No sé qué decir.

El camarero regresa con la cena y la coloca con precisión sobre la mesa. El aroma del solomillo llega hasta mí, pero no tengo hambre. No puedo pensar en comida ahora mismo.

Comemos en silencio. Un silencio insoportable, denso, cargado de cosas que ninguno de los dos se atreve a decir.

Lucien se mueve con elegancia, cortando la carne sin prisa. Su mandíbula se tensa, sus ojos no dejan de observarme. Pero yo me mantengo impasible. No puedo ceder. No aún.

Pasados unos minutos, él deja el tenedor sobre el plato y suspira.

—Di algo.

Levanto la vista lentamente y me encuentro con sus ojos. Esos ojos que tantas veces me han desarmado. Esos ojos que, a pesar de todo, sigo extrañando.

Tomo la copa de vino con una calma fingida y doy un sorbo antes de responder, con una frialdad que no siento de verdad:

—No confío en ti.

El impacto de mis palabras es inmediato. Lucien parpadea, como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

El aire se vuelve más denso. Yo misma siento una punzada de dolor al decirlo, pero es la verdad.

Lucien aprieta los labios y asiente despacio, como si estuviera procesando mi respuesta. Pero en sus ojos… en sus ojos hay algo más. Un destello de desafío, de lucha. Como si se negara a rendirse.

—Entonces dime qué debo hacer.

Su voz es un susurro, pero cargado de emoción.

Y por primera vez en semanas… siento miedo. Porque si hay algo que me aterra más que haberlo perdido, es la posibilidad de volver a creer en él… y que me destroce otra vez.

Capítulo 30

Me levanto de la mesa de golpe, con el corazón latiéndome en la garganta.

—Esto es un error. —Mi voz apenas es un susurro, pero sé que él me ha oído.

Lucien alza la vista con el ceño fruncido, como si mis palabras fueran un golpe directo al pecho.

—Carlota…

—No quiero esto. —Doy un paso atrás, sintiendo la desesperación en mis propias palabras—. No quiero tu mundo, tu vida llena de inseguridad, de compromisos, de juegos políticos. No quiero volver a sufrir.

Mis manos tiemblan. Me cuesta respirar.

—Tienes que olvidarme.

Antes de que pueda detenerme, me giro y salgo corriendo.

Empujo la puerta de la cocina y atravieso el restaurante sin mirar atrás. Oigo voces a mi alrededor, pero no me detengo. Necesito salir de aquí.

Cuando atravieso la puerta trasera, el aire frío y húmedo me golpea en la cara. Está lloviendo.

El agua cae en gruesas gotas sobre mi piel, empapándome en segundos. Pero no paro. No puedo parar.

Corro por las calles adoquinadas, los tacones resbalan sobre la piedra mojada, pero sigo adelante. Tengo que alejarme de él.

—¡Carlota! —Escucho su voz detrás de mí, firme, desesperada.

Pero no me vuelvo.

Sigo avanzando hasta que mis fuerzas me fallan y, sin darme cuenta, llego a una calle más apartada. La lluvia cae con más fuerza, mis pulmones arden y mi cuerpo tiembla de frío.

Entonces, me detengo.

Me giro lentamente. Y ahí está.

Lucien se acerca a mí con su respiración entrecortada, su traje empapado y su pelo húmedo cayendo en desorden sobre su frente. Incluso así, sigue siendo el hombre más irresistible que he visto en mi vida.

Sus ojos me buscan con intensidad. Con anhelo. Con amor.

—Te quiero.

Sus palabras son un susurro, pero resuenan como un trueno en mi pecho.

—Te quiero más que a nada, Carlota. Y esa es mi única verdad.

Mis labios se separan, pero no encuentro palabras.

—Voy a lograr que vuelvas a confiar en mí. —Su voz se rompe un poco, pero su determinación es feroz.

Mis lágrimas se mezclan con la lluvia. Todo dentro de mí grita que huya, que me aleje, que lo deje atrás.

Pero no puedo.

Él da un paso hacia mí. No me muevo. No quiero moverme.

La lluvia sigue cayendo, empapándonos, pero ya no importa.

Lucien alza una mano y la desliza lentamente por mi mejilla, su tacto es cálido a pesar del frío. Me está tocando como si temiera que me rompiera en mil pedazos.

—Carlota… —Su voz es una súplica, una promesa.

Y entonces, me besa.

Es un beso desesperado, cargado de todo lo que hemos callado, de todo lo que hemos perdido y de todo lo que aún existe entre nosotros.

El mundo desaparece.

Sus labios son cálidos y firmes contra los míos, su aliento sabe a vino y a deseo, sus manos se hunden en mi pelo mojado mientras me acerca más a él.

Y yo me pierdo.

Le rodeo el cuello con los brazos, aferrándome a él como si fuera mi única ancla en medio del caos. Porque lo es.

Porque, a pesar de todo… sigo amándolo.

El destello de una cámara me devuelve a la realidad.

Lucien y yo seguimos besándonos bajo la lluvia cuando un resplandor nos alerta. Mi respiración se entrecorta, mis labios aún hormiguean por la intensidad del beso, pero cuando levanto la vista, veo una silueta en la esquina de la calle. Un periodista. Nos están fotografiando.

—Mierda… —susurra Lucien, su voz es grave y tensa.

Jake aparece de la nada y nos hace una señal. Un mercedes negro frena junto a la acera y Lucien me sujeta de la mano, llevándome con él sin soltarme.

Nos metemos en el coche en completo silencio. Mi corazón late frenético, la ropa mojada se me pega al cuerpo y mis manos siguen temblando, pero ya no sé si es por el frío o por él.

No hablamos en todo el trayecto. Solo respiramos en la misma sintonía.

Cada segundo juntos es como caminar en el borde de un precipicio.

Cuando el coche se detiene, reconozco el hotel. Su hotel.

Lucien me guía a través del vestíbulo con rapidez. El personal nos mira con discreción, pero nadie dice nada. En pocos minutos, estamos en su suite.

La puerta se cierra tras de mí y el silencio nos envuelve.

Mis manos cuelgan a los lados, mis labios siguen hinchados por su beso, mi corazón martillea en el pecho. No sé qué hago aquí. Pero tampoco quiero estar en otro lugar.

Lucien se deshace de su chaqueta empapada y llama a Jake para pedirle ropa para mí. Una muda completa.

—Voy a encargarte algo cómodo —dice con voz baja, observándome—. No quiero que pases la noche así.

Asiento, incapaz de hablar.

Se acerca con pasos tranquilos y me toma de la mano. Sus dedos están cálidos, firmes, como si quisiera asegurarse de que sigo aquí. De que no voy a desaparecer.

—Ven.

Me lleva al baño, iluminado con una luz tenue y cálida. Es amplio, elegante, y en estos momentos parece el único lugar seguro en el mundo.

Lucien abre la ducha, dejando que el vapor se eleve en el aire. La calidez envuelve la estancia y su mirada me recorre con ternura y anhelo. No hay prisa en sus movimientos. Solo devoción.

Empieza a desvestirme con una paciencia que me desarma.

Sus manos desabrochan la cremallera de mi vestido empapado y lo deslizan lentamente por mi cuerpo. Me tiembla el pulso cuando sus dedos rozan mi piel, pero no dice nada.

Sólo se toma su tiempo.

Cuando finalmente me deja sin ropa interior, me abraza. Un gesto simple, cálido. Doloroso en su ternura.

Apoyo la frente en su pecho y cierro los ojos. No quiero pensar. No quiero recordar. Solo quiero sentirlo.

Siento su aliento contra mi pelo cuando susurra:

—Estás helada.

Se separa solo un poco y se quita la camisa, revelando su torso esbelto y marcado. Después, se deshace del resto de su ropa hasta quedar con nada más que su piel y su mirada sobre mí.

Entonces, entramos juntos en la ducha.

El agua caliente me envuelve y dejo de temblar.

Lucien coge una esponja y la desliza con suavidad por mis hombros, mis brazos, mi espalda. Me limpia como si fuera un tesoro frágil. Sus manos recorren mi piel con delicadeza, con un anhelo contenido que puedo sentir en cada caricia.

No hay urgencia. No hay palabras. Solo él y yo en este instante suspendido en el tiempo.

Cuando me enjabona, lo hace con tanta ternura que mis ojos se llenan de lágrimas. Me besa los hombros, el cuello, los párpados cerrados.

Cada beso es una disculpa, una promesa.

Cuando finalmente salimos, me envuelve en una toalla gruesa y mullida. Se anuda otra alrededor de la cintura y me sienta en un taburete. Entonces, empieza a secarme el cabello con la misma paciencia con la que me ha tocado toda la noche.

Mis ojos están cansados. Me encuentro agotada, vulnerable.

Pero, por primera vez en meses, también me siento a salvo.

Lucien se inclina y me deja un beso en la frente, un roce suave, reverente.

—Voy a traer tu ropa —dice con voz ronca.

Asiento.

Cuando la puerta se cierra tras él, me abrazo a la toalla y respiro hondo.

Mi reflejo en el espejo me devuelve la imagen de una mujer diferente. Una mujer que, después

de tanto tiempo, vuelve a sentirse viva.

Me quedo unos minutos en el baño, envuelta en la toalla, sintiendo el calor del agua aún en mi piel. Mi mente está enredada en todo lo que ha pasado. El beso bajo la lluvia. Su voz llamándome. Sus manos despojándome de todo el dolor sin decir una sola palabra.

Me miro en el espejo. Mis ojos brillan de una forma que no veía desde hace meses. Mis mejillas están sonrojadas, mi pelo húmedo cae en ondas sobre mis hombros. Me veo diferente. Me veo más viva y más vulnerable al mismo tiempo.

Y todo es por él.

Un leve golpe en la puerta me saca de mis pensamientos.

—Carlota, tu ropa.

La abre un poco y me extiende una bolsa. La tomo sin mirarlo, temiendo que si lo hago me derrumbe.

—Gracias.

No responde, pero siento su presencia al otro lado, esperando.

Cuando reviso la bolsa, veo que ha elegido ropa cómoda y elegante. Un conjunto de lencería de seda, un jersey de cashmere color crema y unos pantalones suaves. Me visto con calma, sintiendo la textura delicada en mi piel. Incluso en esto, Lucien se asegura de que me sienta cuidada.

Cuando abro la puerta y salgo, lo encuentro sentado en un sillón, con un vaso de whisky en la mano. Está descalzo, con solo unos pantalones oscuros y la camisa desabrochada.

Sus ojos se levantan en cuanto me ve y, por un instante, parece que el aire se vuelve más espeso.

—Estás preciosa —dice con suavidad.

No sé qué responder. Me siento expuesta, más de lo que me gustaría.

Lucien deja el vaso en la mesa y se levanta con calma. Se acerca, sus pasos son tranquilos pero su mirada es intensa. Se detiene frente a mí, lo suficientemente cerca para sentir su calor.

—Gracias por quedarte —susurra, su voz es grave, casi temblorosa.

No me toca, no me presiona. Espera.

Y, por primera vez en mucho tiempo, soy yo quien da el primer paso.

Llevo una mano a su pecho, sobre la tela de su camisa entreabierta. Siento su corazón latir con fuerza bajo mis dedos.

—No sé qué estoy haciendo aquí… —susurro.

Él cierra los ojos un segundo, como si mis palabras lo atravesaran.

Cuando los abre, su mirada está llena de algo que no sé si puedo soportar.

—Estás aquí porque aún me amas. Igual que yo a ti.

Trago saliva, mi pecho sube y baja rápidamente. Todo en mí quiere resistirse. Quiere luchar contra lo que siento, contra la forma en la que su simple cercanía me hace perderme.

Pero no puedo.

Lucien levanta una mano y me acaricia la mejilla con el dorso de sus dedos. Un roce tan tierno que me quiebra.

—Dime que no es verdad, Carlota. Mírame a los ojos y dime que no me quieres.

Mi garganta se cierra. No puedo decirlo.

Él lo sabe.

Se inclina lentamente y deja un beso en mi frente, en mis párpados, en mis mejillas. Sus labios son suaves, delicados. Me besa con una devoción que me desarma.

Y cuando finalmente roza mi boca, el mundo desaparece.

No hay dudas. No hay pasado.

Solo él.

Solo nosotros.

Lucien apoya su frente contra la mía, sus manos acarician con suavidad mis mejillas y mi pelo húmedo. Sus ojos, tan intensos y tan llenos de emoción, parecen atravesarme.

—No necesito nada más esta noche —susurra—. Solo dormir contigo en mis brazos.

Mi pecho se aprieta al escucharlo. Hay tanta verdad en sus palabras, tanta necesidad en su mirada.

—No he podido dormir tranquilo desde ese día —continúa, deslizando sus dedos por mi mandíbula, bajando hasta mi cuello con una ternura que me hace estremecer. —No hay nadie más para mí, Carlota. Solo tú. Te necesito como respirar.

Me rindo.

A su amor, a su verdad.

Lo beso de nuevo, despacio, saboreándolo y sintiendo su calor. Sus manos recorren mi espalda con calma, como si quisiera memorizarme. Y yo hago lo mismo.

Nos desnudamos sin prisa, sin urgencia. No hay desesperación, solo el deseo de sentirnos.

Nos deslizamos bajo las sábanas y él me envuelve en su abrazo, su pecho cálido contra mi espalda. Siento su respiración en mi cuello con su corazón latiendo al mismo ritmo que el mío.

—Eres mi paz —susurra contra mi piel.

Cierro los ojos y me dejo llevar. Por primera vez en meses, me siento segura.

Protegida. Amada.

Nos giramos y quedamos frente a frente. Nuestros ojos se encuentran en la penumbra de la habitación. Acaricia mi espalda con calma, como si quisiera memorizarme. Y yo hago lo mismo.

Lucien acaricia mi rostro con la yema de sus dedos, como si temiera que desapareciera. Yo hago lo mismo, recorriendo cada facción, cada línea de su rostro que conozco tan bien.

Nos besamos suavemente, sin urgencia, solo sintiéndonos, saboreando cada instante. Cada caricia es una promesa.

Mis párpados comienzan a pesarme, el sueño me arrastra poco a poco.

Pero antes de rendirme por completo, lo último que escucho es su voz, ronca y susurrante contra mi piel:

—Duerme, mon amour. Mañana seguiremos luchando.

Lucien:

Carlota duerme.

Su respiración es pausada y tranquila. Mis ojos recorren cada rasgo de su rostro dormido, tan perfecto, tan frágil y a la vez tan fuerte. Me enerva pensar en todo el tiempo perdido, en estos meses de vacío y desesperación, en las noches interminables en las que he dormido solo, sin ella en mi cama, sin su calor, sin su perfume. Todo por su maldito orgullo, por su cabezonería, por su empeño en alejarse de mí.

Aprieto la mandíbula, controlando la rabia que me recorre como un veneno ardiente.

Pero se acabó.

Pataleará, gritará, intentará rebelarse... pero no lo voy a permitir.

Es mía.

Y no voy a dejar que se aleje otra vez.

Está muy equivocada si cree que voy a volver a respetar su espacio. No hay espacio entre nosotros. No lo habrá nunca más.

Se ha terminado la separación, la distancia, la tortura. Volverá conmigo a Lambermont, y si quiere viajar a Madrid para dar sus clases y seguir con sus investigaciones, que lo haga.

Le pondré un avión privado, un despacho con su nombre en cualquier laboratorio que desee. Le daré el maldito mundo si lo pide.

Pero lejos de mí, nunca más.

La observo, la acaricio con los dedos apenas rozando su piel, como si fuera un susurro.

Tan delicada, tan mía.

Si alguien intenta separarnos otra vez, lo destruiré.

Sea quien sea.

Necesito oír su voz diciéndome que me perdona, que me quiere. Que esto no ha sido solo un instante de debilidad, sino la confirmación de que no podemos estar separados.

La aprieto suavemente contra mi pecho, enterrando el rostro en su pelo. Su aroma me envuelve, su calor me calma.

Respiro hondo, dejando atrás la rabia, la ansiedad, la impaciencia.

Solo necesito su amor.

Con ese pensamiento, por primera vez en meses, cierro los ojos y duermo.

El cielo de Toledo empieza a clarear, tiñendo la suite de un tono azul pálido. No me muevo. No quiero despertarla.

Su respiración es tranquila, acompasada con la mía. Está aquí. Conmigo.

Paso los dedos por su espalda desnuda, recorriendo su piel con suavidad. No puedo dejar de tocarla, de memorizar cada centímetro de su cuerpo. Ha sido una locura estar tanto tiempo lejos de ella. Un castigo innecesario.

Me inclino y le deposito un beso en la sien. No voy a dejarla escapar otra vez.

Carlota se revuelve ligeramente entre mis brazos, suspira, y sé que está despertando. Sus pestañas tiemblan, su respiración cambia.

Cuando abre los ojos y me encuentra mirándola, veo el destello de duda en su mirada.

No la dejaré dudar.

—Buenos días, cariño. —Mi voz es ronca, suave.

Ella parpadea, confundida, como si no estuviera segura de si esto es real.

Paso un dedo por su mejilla, la acaricio con ternura y determinación.

—No voy a dejarte ir otra vez.

Ella aparta la mirada, mordiéndose el labio. Puedo ver su lucha interna. Su razón contra su corazón.

No le daré opción.

—Dime que no me has echado de menos —susurro, inclinándome hasta rozar su boca—. Dímelo y te dejaré en paz.

Carlota se tensa. Sus manos descansan sobre mi pecho, su piel arde contra la mía.

Pero no lo dice.

Porque sería una mentira. Y los dos lo sabemos.

Capítulo 31

Estoy harta de luchar, harta de ser la dura, la valiente, la de hielo como me dice él. Lo echo tanto de menos que me duele todo el cuerpo del anhelo.

Se acabó. Me abalanzo sobre él y ya no hay vuelta atrás.

Manos. Besos. Dientes.

No sé dónde acaba él y dónde empiezo yo. Aunque da igual. Lo único que importa es eso. Su sabor y su tacto, más potentes y más embriagadores que cualquier droga.

Le envuelvo el cuello con los brazos y él me coloca las piernas alrededor de su cintura para apoyarme contra la cama.

La compostura que él mismo ha mantenido hasta este momento queda hecha trizas a nuestro alrededor. Ahora es todo lujuria pura y dura y no hay cabida para algo tan pulcro como la razón.

Empieza besándome el cuello hasta llegar al pecho y noto el calor de su aliento en la piel.

Me cubre un pezón con la boca, me lo chupa y tiró de él hasta que casi me desmonto entera, y un escalofrío me envuelve de arriba abajo.

Me agarra por las caderas con una fuerza suprema y la desesperante necesidad que yo siento, me lleva a clavarle los dientes en la curva que le une el cuello con el hombro.

Somos sudor y calor y salvaje abandono, todo en uno, y no quiero que esta sensación termine nunca.

Me da un azote y la sensación familiar me desarma.

—Jamás vuelvas a huir de mí. Eres mi vida, mi corazón. No me arranques mi otra mitad…

Me quita una mano de las caderas. Oigo el sutil sonido que emiten las sábanas al levantarse de encima nuestra.

La ardiente y dura punta de su polla me roza la vulva. Me pongo tensa. No se con cuantas ha estado desde que nos separamos.

—Ponte un condón. —le digo firme.

Me mira extrañado y abre los ojos desmesuradamente.

—¿Crees que he estado con otras mientras no estábamos juntos? ¿Lo has estado tú? —me dice con rabia. —¿Tenías ganas de ofrecer tu dulce coñito a otro que no fuese yo, Carlota?

Niego con la cabeza.

—Pues yo tampoco.No he estado con nadie desde que estuvimos juntos la última vez, la noche antes de tu partida.

Jadeo de dolor y necesidad y me acerco a él. Lo beso y me responde con fuerza.

Meneo las caderas a modo de dolorosa súplica, pero Lucien no se mueve, joder.

—Mírame —me ordena con rudeza.

Bajo la barbilla y pestañeo para deshacerme de la neblina que me cubre los ojos. Siento cierta estupefacción y una pizca de algo más primario.

La lujuria se ha cargado su refinado porte. Ahora, en su rostro se aprecian unas marcadas líneas que le enfatizan aún más los pómulos y se le ha ensombrecido la mirada.

Apenas lo reconozco. Sin embargo, el persistente e intenso dolor que siento en la entrepierna parece responder, con insensato abandono, a esta nueva versión de Lucien.

Primero noto una punzada de dolor y, acto seguido, una candente oleada de placer. Ha pasado mucho tiempo. Me he estado divirtiendo con distintos juguetes y hombres a lo largo de los últimos años, pero ninguno ha sido tan grande ni me la ha metido tan hondo. Esta constante dilatación me deja sin aire en los pulmones y el cuerpo se me va moviendo y retorciendo de forma involuntaria para que pueda acomodarme a él.

—Por favor…

Ni siquiera tengo claro si le estoy suplicando si que pare o que haga que me corra. Las dos. O ninguna. Da igual.

—¿Por favor, qué? ¿Carlota?

Lo único que sé era que ansío algo que solo puede ofrecerme él y que deseo, desesperadamente, que pueda darse cuenta él solito porque, ahora mismo, yo soy incapaz de acordarme hasta de mi nombre.

—Lucien…

Me agarra por los muslos para que no me mueva mientras me la saca. Lo hace despacio, hasta dejarme solo la punta de la polla dentro. Y entonces me embiste de nuevo. Más hondo. Más rápido. Más fuerte.

La poca coherencia que pudiese quedar en mí se ha hecho trizas mientras Lucien me folla, porque esto no es hacer el amor, no, esto es follar. Lo hace con tantísima fuerza que me tiemblan hasta los huesos. Se vuelve todo borroso. Le clavo las uñas en los hombros sin poder dejar de chillar y gemir, sonidos que se mezclan con sus gruñidos y el grave.

Mi cuerpo entero es un torbellino de emociones. Puedo probarlo todo, pero no sería suficiente.

«Más. Necesito más».

Me roza el cuello con los dientes.

—¿Aún crees que puedes estar sin mí? —me suspira al oído, provocándome, justo cuando vuelve a penetrarme con brutalidad.

Una candente sensación me recorre entera. Se me saltan las lágrimas de los ojos y me agito, descontroladamente, cual potro salvaje al que nadie ha montado nunca. El corazón me late desbocado, cierro los puños y abro la boca para chillar con una imprudencia evidente hasta que Lucien me la tapa con su enorme mano. El amortiguado sonido de mi grito se le cuela a través de la mano.

—Sssh —sisea en voz tan baja que parece hasta dulce en comparación con la crueldad con la que folla—. No querrás que llame alguien para ver que pasa y vea cómo te destrozo este coño tan bonito con mi polla, ¿verdad?

Aquellas inesperadas palabras tan vulgares, pronunciadas con un acento tan aristocrático, me llevan al límite.

—Dios, Lucien…

El orgasmo se apodera de mí en un sinfín de placenteras olas que me hacen encoger hasta los dedos de los pies y perder todos los sentidos. Me quedo ida un segundo y, de pronto, vuelvo a la realidad.

Sus regulares y profundos empellones se vuelven erráticos. Empieza a respirar con los dientes apretados y yo me agarro a él con fuerza; estoy demasiado aturdida como para hacer otra cosa que no sea sujetarme a él mientras se corre, por fin, en un ruidoso orgasmo.

Oh, Dios mio.

Intento decir algo, pero mis cuerdas vocales han decidido ponerse de huelga. Estoy agotada y saciada a más no poder.

Al final se nos normalizan las pulsaciones. Sale de mi interior y, con cuidado, me coloca encima suyo para abrazarme y darme besos pausados en el hombro.

No puedo mirarlo. No sé cómo me siento ni sé qué decirle en este momento.

Lo miro, poco tiempo después, aún tumbada en la cama y con la sábana cubriéndome el cuerpo desnudo. Lucien se ajusta los gemelos de la camisa blanca, con movimientos seguros y decididos. Es tan imponente, tan seguro de sí mismo. Su traje oscuro resalta su porte, su cabello ligeramente húmedo aún cae en suaves ondas sobre su frente.

—No pongas esa cara —dice sin mirarme, mientras anuda su corbata frente al espejo.

No me doy cuenta de que estoy frunciendo los labios hasta que me lo dice.

—Solo estoy procesando la orden —respondo con un deje de ironía, pero él no se inmuta. Lucien se gira, aún con la corbata en las manos, y me observa. Su mirada es intensa, firme.

—No es una orden, Carlota. Es lo que debe pasar. Lo que los dos queremos. —Hace una pausa y camina hasta el borde de la cama, inclinándose un poco—. Dímelo, ¿no quieres estar conmigo?

Mi cuerpo se estremece al instante. Lo quiero. Lo quiero tanto que me duele.

Pero el miedo sigue ahí, agazapado en mi pecho.

—Lucien... —mi voz suena ahogada, pero él niega con la cabeza y me interrumpe.

—No voy a esperar más. No después de todo lo que hemos pasado.

Su determinación me desarma. Me obliga a enfrentar lo que ya sé, lo que he tratado de negar.

Lo amo, lo he amado todo este tiempo, y estar lejos de él ha sido insoportable.

—Vienes conmigo esta noche —sentencia, con un tono firme pero sin dureza. —Organiza lo que necesites y dile a tus padres que te recogeré.

Trago saliva. Mi cabeza me grita que proteste, que no se puede decidir mi vida con tanta facilidad. Pero él ya me ha ganado.

Lucien se inclina aún más y desliza los dedos por mi mejilla.

—Te lo debo —susurra—. Y tú me lo debes a mí.

No puedo resistirme más. Cierro los ojos un segundo y cuando los abro, él ya se ha enderezado.

Se coloca la corbata con maestría, se pone la chaqueta y toma su reloj de la mesilla.

Es hipnótico verlo vestirse, tan meticuloso, tan masculino.

Cuando se acerca a la puerta, me mira una última vez.

—Te veré esta noche. No intentes escapar.

Me lanza una sonrisa ladeada y desaparece.

Y yo me quedo aquí, en su cama, con el corazón latiéndome en el pecho como un tambor.

Me visto con calma después de que Lucien se marcha. Voy hasta donde dejé mi ropa anoche y me deslizo dentro de mi blusa y mis vaqueros con movimientos automáticos, aún sintiendo su presencia en cada rincón de la habitación. Noto cada prenda que me pongo extraña, como si no encajara del todo en este momento que todavía me envuelve con su intensidad.

Pido el desayuno al servicio de habitaciones y, cuando llega, el aroma del café caliente y la repostería recién horneada me envuelve. Como despacio, saboreando cada bocado, intentando ordenar mis pensamientos. Anoche fue un torbellino, pero ahora, con la luz del día, lo veo con más claridad. No hay escapatoria. Y no la quiero.

Lucien no me ha dado opción, y lo peor es que no quiero una opción. Lo quiero. Lo he querido cada día que hemos estado separados y no pienso seguir fingiendo que puedo vivir sin él.

Después de desayunar, llamo a Alex para que me lleve de vuelta a casa de mis padres. Al llegar, mi madre y mi hermana me reciben con una sonrisa cómplice.

—Bueno, bueno… —dice mi hermana cruzándose de brazos—. ¿Y esa cara? No hace falta que digas nada, se nota a kilómetros lo que ha pasado.

Ruedo los ojos, pero una sonrisa traicionera se me escapa.

—No digas tonterías…

—Oh, por favor, Carlota —interviene mi madre, riendo—. Es la primera vez en semanas que te veo con esa luz en los ojos.

Suspiran con entusiasmo cuando me dejo caer en el sofá del salón, justo frente a ellas.

—¿Y bien? —insiste mi hermana—. ¿Vas a contarnos o tenemos que adivinar las cosas?

Tomo aire y lo suelto lentamente, aún asimilando la magnitud de lo que voy a decir.

—Quiere que me vaya con él a Bruselas —confieso finalmente—. Vendré y volveré a Madrid por mi trabajo, pero… me iré con él.

Mi madre y mi hermana se quedan en silencio durante un segundo antes de que un grito ahogado de emoción rompa la pausa.

—¡Sabía que esto pasaría! —dice mi hermana, saltando de su asiento y abrazándome con fuerza —. ¡Dios, Carlota, esto es de película!

Mi madre sonríe, pero su expresión es más serena, más profunda. Se inclina hacia mí y me toma la mano con dulzura.

—Me alegra que sigas a tu corazón, hija —dice con ternura—. Siempre has sido racional, siempre has tenido todo bajo control… Pero a veces, solo a veces, hay que dejarse llevar.

—No sé si esto es dejarme llevar o si me han arrastrado con la corriente —bromeo, aunque en el fondo sé que he tomado mi decisión.

—No, cariño —mi madre niega suavemente—. Esto es amor. Y lo sabes.

Sus palabras me estremecen por dentro. Amor. Lo que he tratado de esquivar, de racionalizar, de encapsular en una simple reacción química. Pero no hay fórmula que explique lo que siento cuando estoy con Lucien.

—Sabes que es lo correcto, Carlota —añade mi madre—. Confía en tu razón, pero también en lo que sientes.

Cierro los ojos un instante, absorbiendo cada palabra y cada emoción. No hay más lucha, no hay más dudas. Voy a Bruselas con él.

Y esta vez, no hay vuelta atrás.

El sonido de una puerta que se abre me saca de la conversación con mi madre y mi hermana. Mi padre entra en casa con el ceño fruncido y resoplando, como siempre que vuelve de uno de sus paseos matutinos por Toledo. Se sacude el abrigo y lo cuelga en el perchero antes de pasar al salón, donde estamos sentadas con las tazas de café casi vacías.

—¡La ciudad está imposible! —exclama, dejando las llaves sobre la mesa con un golpe seco—. No se puede dar un paso sin encontrarse una barrera de seguridad o a un grupo de periodistas metiendo el micro en la cara de cualquiera que parezca mínimamente importante.

Mi madre y mi hermana sueltan una risita. Yo solo le miro, sintiendo cómo mi pecho se aprieta de ansiedad. Sé que tarde o temprano hablará de Lucien, y no sé si estoy lista.

—Es lo que tiene una cumbre internacional, papá —le dice mi hermana con diversión—. Los grandes jefes de Estado están reunidos aquí, en nuestra ciudad.

—Sí, sí, lo que tú quieras, pero parece que uno de esos jefes de Estado tiene un interés particular en nuestra familia.

Me congelo. Su tono no es acusador, ni siquiera molesto, pero hay algo en su mirada que me inquieta. Se sienta en su butaca favorita, nos observa a las tres y después se gira directamente hacia mí.

—Así que te vas a Bruselas.

No es una pregunta, es una afirmación. Trago saliva. Mi madre y mi hermana me miran expectantes. Asiento con la cabeza y dejo la taza sobre la mesa para que no tiemble entre mis manos.

—Sí, papá. Pero vendré a Madrid todas las semanas.

Mi padre me estudia durante unos segundos que se me hacen eternos. Luego asiente despacio y suspira.

—Supongo que era cuestión de tiempo. Ese hombre… —se detiene un momento, buscando las palabras—. Se nota que está loco por ti.

Me quedo sin aire. No esperaba eso.

—¿No estás enfadado?

—¿Enfadado? —Se encoge de hombros—. No soy un necio, Carlota. He visto cómo te mira y cómo hablas de él, aunque intentes disimular. Sé que eres lista y que no te irías con cualquiera. Solo espero que te cuide bien y que te respete.

Mi madre sonríe y mi hermana me lanza una mirada burlona. Siento un nudo en la garganta. Mi padre siempre ha sido reservado con sus emociones, pero ahora, con esa simple aceptación, me demuestra más de lo que podría haber imaginado.

Antes de poder responderle, la televisión capta nuestra atención. El volumen no está demasiado alto, pero las palabras "*Cumbre del Clima en Toledo"* nos hacen girarnos. En la pantalla aparece Lucien, impecable en su traje oscuro, de pie en un gran escenario junto a otros líderes mundiales. Habla en neerlandés con su habitual voz firme y pausada, y el público le escucha con atención.

Es hipnótico.

Es el hombre más carismático de esa sala, el más poderoso. Y es el hombre que anoche me abrazó con devoción en su cama.

No puedo apartar la mirada mientras sus manos se mueven con precisión, enfatizando cada palabra. Mi pecho se llena de algo tibio y doloroso al mismo tiempo. He intentado resistirme a él, a su mundo, a su poder… pero verlo ahí, en su elemento, me desarma.

Entonces, cuando termina su discurso, un periodista levanta la voz desde la multitud.

—Señor presidente, hay nuevos rumores sobre su relación con la doctora Carlota Herrera. ¿Puede confirmarlos?

Mis ojos se abren de par en par.

—Oh, Dios mío… —susurra mi hermana.

Mi padre se inclina un poco hacia la televisión, expectante. Yo siento cómo la sangre me abandona el rostro.

Lucien mantiene la calma. Su expresión no cambia, su porte sigue siendo el de un hombre que controla cada palabra que dice.

—Mi vida personal no es importante para el futuro del mundo —responde con serenidad.

Su tono es neutral, pero yo le conozco. Sé que, detrás de esas palabras diplomáticas, está la furia de un hombre que odia que se metan en su vida privada.

El periodista intenta insistir, pero Lucien ya se ha girado para marcharse.

Mi padre asiente, impresionado.

—Sabe lo que hace —comenta—. No ha negado nada, pero tampoco les ha dado carnaza.

Yo no puedo decir nada. Mi corazón late demasiado rápido y mis manos están frías.

Entonces, mi teléfono vibra.

Lo agarro con dedos temblorosos y veo su nombre en la pantalla.

Lucien: *"Te recogeré a las siete. Quiero hablar con tu familia antes de irnos."*

Me muerdo el labio. No puedo evitar la punzada de ansiedad, pero tampoco la de emoción.

—¿Es él? —pregunta mi madre con una sonrisa.

Asiento, sin poder evitar que un atisbo de sonrisa se dibuje en mis labios.

—Viene a las siete. Quiere hablar con vosotros antes de irnos.

Mi hermana chilla de emoción. Mi madre sonríe con ternura.

Y mi padre… simplemente asiente.

—Bien. Entonces veremos si realmente merece a mi hija.

A las siete en punto, el timbre de casa suena con un eco que me hace contener el aliento. Me pongo en pie de un salto, nerviosa, mientras mi madre y mi hermana intercambian miradas emocionadas. Mi padre, en cambio, se cruza de brazos con expresión seria, aunque sé que en el fondo está expectante.

Respiro hondo y voy a abrir la puerta. Y ahí está.

Lucien se ve imponente con su abrigo negro perfectamente ajustado, su porte erguido y esa mirada azul que me atrapa de inmediato. Pero hay algo más en él esta noche, algo solemne.

—Buenas noches, cariño —dice en voz baja, dedicándome una leve sonrisa antes de inclinarse

para besar mi mejilla con ternura.

Siento mi piel arder. Nunca antes lo había traído a casa de mis padres de esta manera, y saber lo que está a punto de hacer hace que mis manos suden de puro nerviosismo.

—Pasa —susurro, haciéndome a un lado.

Lucien avanza con seguridad y al instante su presencia llena la estancia. Mi madre lo recibe con una sonrisa amable, mi hermana lo observa con fascinación y mi padre… mi padre lo escruta con la intensidad de un hombre que no da su aprobación fácilmente.

—Señor Herrera, gracias por recibirme —dice Lucien, dirigiéndose directamente a él, dándole la mano.

—Dado que te llevas a mi hija, al menos merezco verte cara a cara —responde mi padre, sin cambiar su expresión seria.

Lucien asiente, con esa tranquilidad que lo caracteriza, y se inclina ligeramente.

—Precisamente por eso estoy aquí.

El silencio se vuelve espeso en la sala. Yo apenas respiro. Mi madre me coge de la mano con emoción y mi hermana contiene un gritito.

Lucien da un paso adelante y, con la elegancia de un hombre que ha hecho esto muchas veces en la política, pero nunca en su vida personal, habla con firmeza:

—Señor Herrera, quiero pedirle formalmente la mano de su hija. No solo porque la quiero con todo lo que soy, sino porque no imagino mi vida sin ella. Quiero que sea mi compañera, mi igual, la persona con la que compartiré mis días. Sé que esta decisión no es sencilla para su familia, pero le prometo que siempre la cuidaré y la respetaré.

Mi corazón se acelera a niveles peligrosos. Mis piernas se sienten débiles. Mi madre ya tiene los ojos vidriosos y mi hermana se lleva una mano a la boca.

Mi padre lo mira durante un largo segundo que se me hace eterno. Luego, con lentitud, suelta un suspiro pesado.

—Siendo sincero, no es fácil dejar ir a una hija. Pero ella ya ha tomado su decisión —dice, mirándome con ternura—. Lo único que quiero es que la hagas feliz.

Lucien asiente con solemnidad.

—Lo haré. Cuidaré de ella como se merece.

Mi madre solloza de emoción y mi hermana finalmente deja escapar su chillido ahogado. Yo sigo paralizada, sintiendo que el aire es demasiado denso a mi alrededor. Esto es real. Lucien acaba de pedirme formalmente en matrimonio.

Él gira hacia mí, sus ojos clavados en los míos.

—¿Lista, mi amor?

No sé cómo responder. Solo asiento y me aferro a su brazo, porque si no lo hago, creo que me desplomaré.

Nos despedimos entre abrazos y lágrimas contenidas. Mi madre me besa en ambas mejillas y me susurra que confíe en mi corazón. Mi hermana me dice que es como una historia de película. Y mi padre, con una mano en mi hombro, simplemente me dice que sea feliz.

Salimos de casa y entonces lo veo.

Una comitiva oficial.

Dos coches negros, luces intermitentes, guardaespaldas apostados en la calle como si fuera la visita de un rey. La vergüenza me golpea como un mazazo.

—Oh, no… —susurro, sintiendo que mi rostro arde.

Lucien sonríe con diversión y me toma de la cintura.

—¿Esperabas otra cosa? —pregunta con inocencia fingida.

—Podríamos haber ido en tu coche como personas normales —me quejo en voz baja.

—Mi amor, nunca más haremos nada de manera normal.

Me revuelvo incómoda mientras me ayuda a subir al coche principal. Jake ya está dentro, con su mirada seria de siempre. En cuanto la puerta se cierra y el coche arranca, Lucien coge mi mano y la besa con suavidad.

—Deberías acostumbrarte. A partir de ahora, esto será tu día a día.

Lo miro, con el corazón latiendo demasiado rápido.

Y por primera vez, acepto que mi vida acaba de cambiar para siempre.

El coche avanza con suavidad por las calles iluminadas de Toledo, dejando atrás mi hogar y todo lo que he conocido hasta ahora. Miro por la ventanilla, intentando asimilar la magnitud de lo que estoy haciendo, pero entonces Lucien aprieta ligeramente mi mano y me obliga a mirarlo.

Está tranquilo, con esa seguridad implacable que siempre lo rodea. Su otra mano descansa sobre su muslo, relajada, mientras su mirada azul se clava en la mía con un destello de satisfacción.

—Todo está listo para cuando lleguemos a Bruselas —dice, con su tono sereno y organizado—. Marie y una estilista han preparado ropa nueva para ti, así no tendrás que preocuparte por hacer maletas ni perder tiempo en detalles.

Frunzo el ceño.

—¿Ropa nueva?

—Sí. He pensado que así podríamos evitar el ajetreo de empaquetar todo. Además, podremos ir a tu casa de La Moraleja cuando tengamos un hueco y recoger lo que quieras llevarte con calma.

Lo miro con incredulidad. Claro que ha planeado todo hasta el último detalle. Claro que ya ha decidido cómo será mi vida sin siquiera preguntarme.

Suelto su mano con suavidad y me giro hacia él.

—Lucien, para.

Él parpadea, sorprendido por mi tono.

—¿Qué ocurre?

Cruzo los brazos, sintiendo cómo una ligera frustración empieza a arder en mi pecho.

—Que dejes de organizar mi vida —digo con firmeza—. Entiendo que quieras que todo sea fácil, pero necesito ir viendo las cosas poco a poco.

—Solo intento facilitarte la transición —se justifica, con el ceño ligeramente fruncido.

—Lo sé —respondo con más suavidad—. Pero en mi vida mando yo, aunque esté contigo.

Su mandíbula se tensa un poco, como si estuviera conteniendo una réplica automática. Pero en vez de discutir, se queda callado, analizando mis palabras.

—Lucien, esto es nuevo para los dos —continúo—. Vamos a adaptar los planes a ambos calendarios, no sólo al tuyo.

Finalmente, su expresión se suaviza y suelta un leve suspiro.

—Tienes razón —admite, con esa media sonrisa que tanto me desarma—. A veces se me olvida que no todo el mundo sigue mi ritmo.

Levanto una ceja.

—Y que yo no soy “todo el mundo”.

Él ríe por lo bajo y desliza los dedos por mi mejilla con ternura.

—No, mi amor, tú eres única. Eres todo mi mundo.

Dejo que su caricia me calme un poco, pero entonces él vuelve a hablar con un brillo especial en la mirada.

—Solo queda un detalle más.

Lo miro con cautela.

—¿Cuál?

Lucien se inclina ligeramente hacia mí, como si estuviera a punto de contarme un secreto.

—Este fin de semana iremos a conocer a mis padres.

Me quedo completamente inmóvil.

—¿Qué?

—Están deseando conocerte —dice con tranquilidad—. No hablan de otra cosa desde que les dije que finalmente volvíamos a estar juntos.

Mis latidos se disparan.

—Lucien…

—Será algo íntimo, sólo nosotros y ellos en su casa de campo. Nada de protocolos ni formalidades.

—¡Pero es que…! —me llevo una mano a la frente—. Es demasiado pronto, acabamos de volver…

—Carlota —su tono es bajo, persuasivo—, te van a adorar. Y créeme, mi madre ya te considera parte de la familia.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Ya le has hablado de mí?

Lucien sonríe con picardía.

—Oh, créeme, sabe todo lo que hay que saber sobre ti.

Suelto un suspiro pesado y dejo caer la cabeza contra el respaldo del asiento.

Voy a conocer a los padres del hombre más terco y dominante del mundo. ¿Cómo serán?

Cierro los ojos un segundo, intentando calmar mi ansiedad. Lucien aprovecha y me besa suavemente la sien.

—Te prometo que será más fácil de lo que piensas.

Abro los ojos y lo miro fijamente.

—Eso ya lo veremos.



Capítulo 32

Llegamos a Madrid cuando la noche ya ha caído por completo. La ciudad sigue vibrante, con sus luces titilando en la distancia mientras el coche avanza con suavidad hacia mi casa en La Moraleja. Estoy agotada, pero al mismo tiempo llena de una paz que no sentía en mucho tiempo.

Al llegar, apenas cruzamos la puerta, Lucien me coge de la mano y me guía hasta la habitación. No hay prisa, no hay necesidad de más palabras. Nos desvestimos con calma, dejando atrás la tensión del viaje, y nos metemos en la cama, abrazados bajo las sábanas.

—No quiero separarme de ti nunca más —susurra contra mi cabello, su voz ronca por el sueño.

Acaricio su rostro con ternura, sintiendo su respiración cálida contra mi piel.

—No lo harás —le prometo, cerrando los ojos—. Esta vez no.

Él me aprieta más contra su cuerpo, dejando pequeños besos en mi frente, en mis mejillas, en mis labios.

—Te quiero, Carlota —dice con esa intensidad que siempre me deja sin aire.

—Y yo a ti —susurro, sintiendo cómo el sueño me vence.

Dormimos así, abrazados, aferrándonos el uno al otro como si el mundo pudiera desvanecerse en cualquier momento.

A la mañana siguiente, despierto con el sonido de Lucien vistiéndose. Lo observo desde la cama mientras se abotona la camisa con precisión y se ajusta la corbata frente al espejo. Su porte impecable y su elegancia innata siguen dejándome sin aliento.

Se gira y me dedica una sonrisa al notar que lo observo.

—Buenos días, mi amor.

Me estiro con pereza y le devuelvo la sonrisa.

—Buenos días.

Se acerca y se inclina para dejarme un beso en los labios.

—Tengo que irme ya —dice en voz baja—. Mi vuelo sale en dos horas.

Siento un nudo en el estómago, pero asiento.

—Nos veremos en unos días.

—Sí, pero no sabes cuánto voy a echarte de menos.

—Yo también.

Me besa una vez más, más profundo esta vez, como si quisiera llevarse un pedazo de mí con él. Luego, con un último roce de sus dedos en mi mejilla, sale por la puerta con su comitiva esperándolo abajo.

Me quedo en la cama unos minutos más, dejando que la realidad me alcance. Hoy empieza una nueva etapa para mí.

Después de ducharme y vestirme con ropa profesional, salgo hacia la Universidad. El trayecto me resulta extraño, como si todo hubiera cambiado de la noche a la mañana. Tal vez porque, en cierto modo, así ha sido.

Al llegar, me dirijo directamente al despacho del rector. Carlos me recibe con una sonrisa amable, aunque se nota que ya sabe el motivo de mi visita.

—Carlota, adelante, siéntate.

Me siento frente a su escritorio, sintiéndome extrañamente nerviosa.

—Quería hablar con usted sobre mis horarios —digo con firmeza—. Como sabe, mi situación personal ha cambiado y voy a estar entre Madrid y Bruselas a partir de ahora.

Carlos asiente, sin sorpresa.

—Me lo imaginaba. ¿Qué propones?

—Quisiera concentrar mis clases y tutorías en tres días: martes, miércoles y jueves. De esa forma, podría seguir con mi investigación sin interrupciones y no tendría que abandonar mi labor aquí.

El rector se inclina ligeramente hacia adelante, pensativo.

—Es una propuesta razonable —dice tras unos segundos—. Y dado tu desempeño y compromiso con la Universidad, no veo problema en concederlo.

Suelto un leve suspiro de alivio.

—¿Entonces está de acuerdo?

Carlos sonríe.

—Por supuesto. No queremos perder a una de nuestras mejores investigadoras.

Me río suavemente, sintiendo una mezcla de emoción y gratitud.

—Gracias.

—Te deseo mucha suerte en esta nueva etapa —dice con sinceridad—. Y, Carlota…

—¿Sí?

Carlos me mira con curiosidad y una pizca de diversión.

—Dime, ¿Cómo es eso de estar casada con un jefe de Estado?

Me sonrojo al instante y niego con la cabeza.

—¡No estamos casados!

Carlos se ríe y se encoge de hombros.

—Todavía.

Sacudo la cabeza con una sonrisa y me levanto para salir. Siento su mirada divertida en mi espalda mientras cierro la puerta.

Parece que la noticia ya ha corrido por todas partes. Y apenas está empezando.

Salgo del despacho del rector sintiéndome más ligera, como si me hubieran quitado un peso de encima. Todo está encajando poco a poco. Mi vida en Madrid no desaparece, simplemente se adapta a mi nueva realidad.

Decido ir a mi despacho para revisar algunos correos y ponerme al día con mi investigación. Al entrar, todo sigue tal y como lo dejé: los papeles apilados en mi escritorio, las notas sobre mi última línea de trabajo y la pizarra llena de fórmulas y esquemas. Respiro hondo, sintiendo ese aroma familiar a libros y café que siempre impregna el ambiente.

Me siento y enciendo el ordenador. Mientras la pantalla se ilumina, no puedo evitar sonreír. Hoy es un buen día.

Reviso mis correos con atención. Hay algunos mensajes de alumnos con dudas sobre su trabajo de fin de curso, otro de un colega invitándome a una conferencia en Barcelona, y uno de Jon, mi compañero de departamento, que me hace fruncir el ceño.

”¿Es cierto lo que dicen? ¿Te vas con el presidente de Bélgica? Si es así, tenemos que hablar. Llámame cuando puedas.”

Suspiro y apoyo la espalda en la silla. Jon siempre ha tenido una manera peculiar de meterse en mi vida, aunque nunca le he dado derecho a hacerlo. No tengo ganas de explicaciones, pero sé

que no podré esquivarlo para siempre. Decido ignorarlo por ahora y concentrarme en mi trabajo.

Paso la mañana revisando documentos, tomando notas y organizando el material para mis próximas clases. Me sumerjo en mi mundo, en la ciencia, en lo que siempre me ha dado estabilidad.

A mediodía, salgo del edificio y decido almorzar en una cafetería cercana. Pido una ensalada y un café y me siento junto a la ventana, disfrutando del sol que se filtra entre las ramas de los árboles. Me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no tengo esa sensación de vacío en el pecho.

Mientras remuevo el café con la cucharilla, mi móvil vibra sobre la mesa. Es un mensaje de Lucien.

"Te echo de menos. No sabes lo insoportables que son estas reuniones sin ti."

Sonrío y le respondo al instante.

"*Seguro que lo llevas con la misma elegancia de siempre. Nos vemos pronto."*

Cierro los ojos un momento, disfrutando de la calidez del sol en mi rostro. Hoy es un buen día, pero sé que lo será aún más cuando lo vuelva a ver.

Estoy removiendo la espuma de mi café distraídamente cuando una sombra se cierne sobre la mesa. Levanto la mirada y veo a Jon de pie frente a mí, con su sonrisa ladeada y esa expresión de suficiencia que siempre le ha caracterizado.

—¿Puedo sentarme? —pregunta sin esperar respuesta, dejándose caer en la silla frente a mí.

Suspiro y dejo la cucharilla sobre el plato. No tengo ganas de discutir, pero sé que esto no será solo una charla amistosa.

—Te leí esta mañana —comento con indiferencia, llevándome la taza a los labios.

—Y decidiste ignorarme —responde él con un deje de reproche divertido.

—No tenía mucho que decir —le respondo con sinceridad.

Jon se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. Su mirada, oscura y penetrante, me estudia con detenimiento.

—Así que es cierto. Te vas con él.

—Voy a Bruselas, pero seguiré trabajando aquí —aclaro con firmeza.

—Ah, claro, claro —asiente, aunque su tono es escéptico—. ¿Y crees que eso va a durar?

Frunzo el ceño, incómoda con la insinuación.

—¿A qué te refieres?

Jon sonríe de lado y se encoge de hombros.

—No me malinterpretes, Carlota. Me alegro por ti… más o menos. Pero ya sabemos cómo funcionan estas cosas. Un hombre como él, con tanto poder, con tanto control… —Hace una pausa y me observa con intensidad—. ¿De verdad crees que no va a cansarse de tener que compartirte con otra vida?

Cruzo los brazos sobre la mesa, en un intento de protegerme de sus palabras.

—No tienes ni idea de cómo es él.

—Tal vez no. Pero sí sé cómo eres tú. Y sé que, cuando todo esto empiece a agobiarte, cuando necesites un respiro de su mundo de seguridad, protocolos y cámaras… yo seguiré aquí. Siempre he estado aquí.

Su voz es suave, persuasiva, como si estuviera dándome una verdad innegable. Pero lo único que siento es una mezcla de incomodidad y fastidio.

—No necesito un plan de escape, Jon. Y tampoco necesito que me esperes.

Él suelta una leve carcajada y se echa hacia atrás en la silla, divertido.

—Ya veremos.

Se levanta con calma, dejándome ahí, con la sensación de que acaba de dejar una sombra sobre mi buen día.

Suspiro, pago la cuenta y salgo de la cafetería con la cabeza llena de pensamientos contradictorios. Sé que Jon no es una amenaza real, pero sus palabras se me quedan grabadas más de lo que me gustaría.

Llego a casa al anochecer, aún con el peso de la conversación en mi mente. Me quito los zapatos y me dejo caer en el sofá, pero antes de que pueda relajarme, mi móvil vibra en mi bolso.

Es Lucien.

Sonrío y contesto de inmediato.

—Hola.

—Bonsoir, mon amour —su voz profunda me envuelve al instante—. ¿Cómo ha ido tu día?

—Bien. He hablado con el rector, ya tengo mis horarios ajustados.

—Me alegra. ¿Has comido bien?

Sonrío. Siempre se preocupa por cada detalle.

—Sí, en una cafetería cerca de la facultad.

Del otro lado del teléfono hay un silencio breve, pero significativo.

—Con Jon.

No es una pregunta, es una afirmación. Me acomodo en el sofá, sintiendo que su tono ha cambiado.

—Sí, se presentó allí y se sentó conmigo.

Lucien suspira y, aunque su voz sigue siendo calmada, noto el leve filo de la tensión.

—No me gusta ese hombre, Carlota.

Ruedo los ojos y sonrío con suavidad.

—No tienes por qué preocuparte. Jon no significa nada para mí.

—Eso lo sé. —Su voz se endurece levemente—. Pero sé cómo te mira. Y sé que no eres un simple colega para él.

Muerdo mi labio, sin saber bien qué responder.

—No quiero que nadie te haga dudar de nosotros —añade con un tono más bajo, pero cargado de emoción—. Ni siquiera él.

Mi corazón se aprieta un poco.

—No lo hará —le aseguro—. No hay nada que pueda decirme que cambie lo que siento por ti.

Lucien suspira, esta vez más relajado.

—Bien. Porque cariño, ya no pienso dejar que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

Su voz me atraviesa con una mezcla de firmeza y amor absoluto.

—Te quiero, Carlota. Y haré todo lo que sea necesario para que siempre lo recuerdes.

Cierro los ojos, sintiendo el calor de sus palabras envolverme como un abrazo.

—Yo también te quiero, Lucien.

Su suspiro al otro lado de la línea me dice que está sonriendo.

—Descansa, mon amour. Nos vemos pronto.

Cuelgo con el corazón latiéndome fuerte en el pecho.

Jon puede decir lo que quiera. Pero mi lugar está con Lucien.

El sonido del teléfono me saca de mis pensamientos. Es Alex, puntual como siempre. Me avisa de que todo está listo y que me espera abajo para llevarme a la facultad. Suspiro y me estiro en la cama antes de levantarme, sintiendo el fresco de la mañana en la piel. Hoy es un día importante.

Me ducho rápido y me visto con un conjunto sencillo pero elegante, consciente de que necesitaré proyectar seguridad en las reuniones de hoy. Mientras desayuno un café rápido, reviso mentalmente lo que debo hacer: primero, pedir unos días de permiso para organizar mi traslado a Bruselas y ajustar mis nuevas responsabilidades en la Universidad. Luego, reunirme con mi equipo de investigación en neuroplasticidad para explicarles la situación y estructurar nuestra forma de trabajo en adelante. No pienso abandonar mi investigación, es parte de mi vida, y gracias a la tecnología podré seguir con reuniones online y visitas presenciales para supervisar los avances.

Cuando bajo, Alex ya está esperando junto al coche, impecable como siempre. Me abre la puerta y, al acomodarme en el asiento, me lanza una mirada cómplice a través del retrovisor.

—¿Lista para otro gran día, doctora?

Asiento con una leve sonrisa, pero mi mente sigue ocupada en todo lo que está por venir. Hoy es un punto de inflexión, una transición entre mi vida en Madrid y la nueva etapa que me espera. Una mezcla de emoción y nervios se instala en mi pecho mientras el coche se pone en marcha rumbo a la universidad.

Llego a mi despacho y cierro la puerta tras de mí, dejando escapar un suspiro. Necesito un momento para organizarme, dejando mi bolso sobre la mesa y encendiendo el ordenador. Hoy es un día de trámites y organización, un paso más hacia el cambio definitivo.

Abro el correo y redacto rápidamente mi solicitud de permiso por traslado de domicilio. Explico que necesitaré unos días para instalarme y ajustar mi nueva rutina, asegurando que mi trabajo no se verá afectado. Antes de enviarlo, reviso cada palabra para que suene formal pero directa. Cuando finalmente pulso “enviar”, una sensación extraña me recorre el cuerpo. Es real. Ya no hay vuelta atrás.

Con eso hecho, me concentro en preparar mis clases. Abro mis notas, reviso el material de las próximas sesiones y organizo las diapositivas que utilizaré. A pesar del torbellino emocional en mi interior, mi mente se enfoca en la neurobiología, en la estructura del sistema nervioso y sus maravillosas capacidades de adaptación. Son conceptos que me encantan, que me dan estabilidad cuando todo a mi alrededor cambia.

Una vez lista para las clases, reviso el reloj y me doy cuenta de que es hora de reunirme con mis responsables de equipo. Me levanto, recojo un par de documentos y salgo del despacho con paso firme.

Al llegar al laboratorio, veo que ya están todos esperándome. Algunos están revisando datos en las pantallas, otros hojean informes. Jon está de pie junto a la pizarra, escribiendo algo con su habitual concentración.

—Buenos días a todos —digo con voz clara, captando su atención.

Todos giran hacia mí y dejo los papeles sobre la mesa central antes de apoyarme levemente en ella.

—Quería informaros de algunos cambios en la organización del equipo. Como sabéis, seguiré liderando la investigación en neuroplasticidad, pero mi residencia se trasladará a Bruselas.

Algunos se miran entre sí, pero nadie parece sorprendido. Saben de mi relación con Lucien, aunque siempre he mantenido mi vida privada al margen del trabajo.

—Eso no significa que nada vaya a cambiar en nuestra forma de trabajar. Seguiremos con las reuniones online y haré visitas presenciales para supervisar los avances. Lo importante es que el equipo siga funcionando con la misma dinámica y que mantengamos el nivel de excelencia que siempre hemos tenido.

Hay un murmullo de asentimiento, algunas preguntas técnicas sobre la logística del nuevo sistema de reuniones. Respondo con seguridad, asegurando que mi compromiso con el proyecto sigue intacto.

Jon, con los brazos cruzados, me observa con su típica expresión indescifrable.

—Así que, oficialmente, te vas —dice con una leve sonrisa, pero con un matiz de burla en la voz.

—Oficialmente —respondo sin darle más importancia.

Él asiente lentamente y aparta la mirada, como si procesara la noticia.

La reunión concluye sin problemas y, al salir del laboratorio, siento un peso menos sobre mis hombros. Todo está en marcha. Ya no hay obstáculos. Ahora solo queda esperar a que llegue

mañana y emprender, juntos, el camino a nuestra nueva vida.

Paso la tarde organizando todo con calma, tratando de mantener mi mente ocupada para no pensar demasiado en lo que siento. Abro el armario y observo mi ropa, sabiendo que solo debo llevar lo esencial. No me voy para siempre, seguiré viniendo cada semana, tres días aquí, cuatro allá. Esta casa seguirá siendo mi hogar, mi refugio en Madrid.

Elijo ropa cómoda para los días de trabajo en la Universidad y algunas prendas más elegantes para reuniones en Bruselas. Doblo con cuidado cada prenda, asegurándome de que todo esté en orden dentro de la maleta. Luego, paso al baño y recojo mis artículos de aseo. Cepillo de dientes, perfumes, cremas, mi maquillaje… Solo lo imprescindible.

Cuando termino, me siento en el borde de la cama y respiro hondo. Es extraño saber que, a partir de mañana, mi rutina cambiará completamente. Estoy entusiasmada, sí, pero también nerviosa. No sé qué me espera exactamente en Bruselas, solo sé que Lucien estará allí, y eso debería bastar.

El sonido del móvil me saca de mis pensamientos. Lo cojo y veo su nombre en la pantalla.

—Hola —respondo con una sonrisa que él no puede ver, pero seguro que escucha en mi voz.

—No puedo esperar a verte —dice directamente, su voz baja y envolvente—. Mañana por la mañana Jake te recogerá en la universidad y te llevará a casa.

Me estremezco al escucharle decir “casa”. Como si ya perteneciera a ese lugar, como si Bruselas fuera ya mi hogar.

—Está bien —contesto, tratando de sonar serena.

—Cuando te instales, te espero en el Parlamento para almorzar. Hay un restaurante que quiero que conozcas.

—Parece que lo tienes todo planeado —digo con un suspiro divertido.

—Siempre —responde con seguridad—. Y aún más cuando se trata de ti.

Cierro los ojos y me muerdo el labio, sintiendo cómo un calor familiar se instala en mi pecho. Me encantaría que estuviera aquí ahora, que me abrazara, que me dijera en persona lo mucho que me ha echado de menos.

—Descansa, cariño —dice suavemente—. Mañana empieza nuestra nueva vida juntos.

Asiento, aunque él no pueda verme.

—Descansa tú también. Buenas noches.

Cuelgo y me quedo un momento mirando la pantalla. Mi corazón late con fuerza, entre la emoción y la incertidumbre. Mañana todo cambiará. Mañana empiezo una vida a su lado.

Capítulo 33

Bajo del jet privado de Lucien con el aire fresco de Bruselas acariciándome el rostro. Jake, siempre profesional e imponente, me hace un gesto para que le siga hasta el coche negro que nos espera en la pista. Alex ya está sentado en el asiento delantero, como siempre, atento a todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Me tranquiliza saber que sigue siendo mi guardaespaldas. En este nuevo mundo, en esta nueva vida, al menos tengo la certeza de que él estará ahí.

El trayecto hasta Lambermont es corto, y observo por la ventanilla la ciudad con curiosidad. Es un lugar precioso, elegante y con historia. Pero aún no sé si podrá ser mi hogar.

Al llegar, la puerta principal se abre y Marie me recibe con una sonrisa impecable, de esas que nunca dejan ver demasiado.

—Bienvenida, señorita Herrera —dice con cortesía—. Es un placer tenerla aquí.

—Gracias, Marie —respondo con educación.

Entro con paso firme, aunque el ambiente me resulta ajeno. No es la primera vez que estoy en esta casa, pero ahora es diferente. Ahora, este lugar se supone que también me pertenece.

Alex lleva mis cosas a la habitación principal sin decir nada, y lo sigo con la mirada. Estoy algo cansada del viaje, pero decido sacar lo imprescindible de mi maleta. Quiero sentirme cómoda, aunque no pueda evitar la sensación de estar fuera de lugar.

Mientras doblo algunas prendas sobre la cama, Marie se acerca solícita.

—No se preocupe por su ropa, señorita —dice con su tono educado, pero frío—. En el vestidor que comparte con el señor hay todo lo que pueda necesitar. No tendrá que usar lo que ha traído de España.

Me detengo un segundo. Sus palabras me incomodan. ¿Qué quiere decir con eso? Mi ropa siempre ha sido elegante, apropiada. Mi asistente en Madrid jamás se ha atrevido a opinar sobre mi estilo. Solo obedece, sin emitir juicios.

Aprieto los labios, sintiendo una leve punzada de irritación. Pero no digo nada. No quiero parecer susceptible por una simple sugerencia.

—Gracias, Marie —respondo con tono neutro y continúo con lo mío.

Decido ignorar el comentario y prepararme para la comida con Lucien. Escojo un traje de falda en un tono pastel, delicado pero sofisticado. Algo que me haga sentir yo misma.

Cuando bajo las escaleras, escucho un murmullo proveniente de una de las habitaciones cercanas. No tengo intención de espiar, pero la voz de Marie es clara.

—Sí, ya se ha instalado… —dice con tono bajo pero nítido—. Trae ropa impropia de su posición, nada tan sofisticado como lo que usted tiene.

Me detengo en seco.

El corazón me late con fuerza. No sé con quién habla, pero sé que no debería estar escuchando esto.

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Con quién está hablando? ¿Con quién está comparándome?

De repente, esa sensación de no encajar se hace más profunda. ¿Es esto lo que realmente piensan aquí de mí? ¿Qué no pertenezco a este mundo?

Respiro hondo y me recompongo. No voy a permitir que me afecte, es solo la encargada de la limpieza de la casa. Pero algo en mi interior me dice que debo estar alerta.

Salgo por la puerta de Lambermont y encuentro a Alex esperándome junto a un sedán negro. Se inclina ligeramente al abrir la puerta.

—Jake está con Lucien —me informa con naturalidad.

Asiento y entro en el coche, sentándome a su lado en el asiento delantero sin pensarlo demasiado. Pero en cuanto cierro la puerta, él me lanza una mirada de desaprobación.

—Deberías sentarte atrás, Carlota. Eres la novia del presidente. Debes ejercer ese puesto.

Lo miro con incredulidad antes de soltar un suspiro.

—No digas tonterías, Alex. Mientras no sea un acto oficial, no voy a comportarme como si fuera parte de una realeza a la que no pertenezco.

Él sonríe levemente, pero no replica.

Mientras avanzamos por las calles de Bruselas, no puedo evitar pensar en lo que he escuchado antes. Algo en la actitud de Marie me inquieta, y no quiero dejarlo pasar.

—Quiero que estés atento a la encargada de la casa de Lucien —le digo con tono serio—. Hay algo en ella que no me gusta, se ha metido un poco…en mis asuntos.

Alex ladea la cabeza, como si mi comentario no lo sorprendiera en absoluto.

—No es propio de una limpiadora hacer preguntas fuera de lugar ni opiniones acerca de nada que no se le pregunte. —coincide—. No te preocupes, no le quitaré el ojo de encima.

Su respuesta me da algo de tranquilidad. Sé que Alex es leal y tiene buen instinto para detectar amenazas, por pequeñas que sean.

El coche se detiene en una entrada lateral del Parlamento. No usamos las puertas principales, casi nunca se hace, y eso me parece lógico. La discreción es clave en este entorno.

Al bajar, la seguridad nos guía hacia el interior sin demasiados trámites. Me entregan una identificación temporal en recepción, y cuando la recojo, la chica que atiende me sonríe con amabilidad.

—Señorita Herrera, no tendrá que recoger una tarjeta cada vez que venga. Desde ahora, puede entrar cuando quiera.

Me sorprende su afirmación, pero asiento sin hacer preguntas. Parece que ser la pareja del presidente me otorga privilegios, aunque no estoy segura de cuánto me gusta eso.

Subimos en el ascensor, y mis pensamientos siguen dando vueltas. Todo aquí es demasiado estructurado, demasiado calculado. No hay margen para el error ni para la improvisación. No

puedo evitar recordar la última vez que estuve aquí.

Cuando llegamos a la planta de Lucien, su secretaria se acerca de inmediato. Su rostro se ilumina con una sonrisa sincera.

—¡Señorita Herrera! Bienvenida a Bruselas. Es un placer tenerla aquí. Soy Elise.

Es la primera persona que realmente parece alegrarse de mi llegada. Su calidez es inesperada y reconfortante.

Le devuelvo la sonrisa, sintiendo que, al menos por un instante, no todo en este mundo es tan frío y calculado.

Alex abre la puerta con suavidad y doy un paso dentro del despacho. La habitación es amplia, de techos altos y decorada con un equilibrio entre sobriedad y elegancia. Al fondo, sentado tras un escritorio de madera oscura, Lucien revisa algo en la pantalla de su ordenador.

Cuando levanta la vista y me ve, su expresión cambia por completo. Sus ojos se iluminan, y la seriedad que cargaba en los hombros desaparece en un instante.

Está guapísimo con su traje azul marino, impecablemente cortado el cual resalta su figura esbelta y poderosa. La camisa blanca, perfectamente ajustada, le da un aire de sofisticación, mientras que la corbata en un tono burdeos agrega un contraste elegante. Su pelo parece ligeramente despeinado tras una larga mañana de trabajo aunque le da un toque irresistible.

Alex cierra la puerta tras de mí, y antes de que pueda decir nada, Lucien se levanta de su asiento con determinación. En un par de zancadas ya está frente a mí.

Me envuelve en un abrazo firme, apretándome contra su pecho con necesidad contenida. Respiro su aroma, una mezcla de su colonia amaderada y el inconfundible rastro de su piel. Me besa, primero con delicadeza, pero pronto el beso se vuelve más profundo, más desesperado.

Suspira contra mis labios, como si hubiera estado reteniendo el aire desde la última vez que nos vimos.

—Dios, Carlota… Te he echado tanto de menos.

Su voz es un murmullo grave, cargado de emoción.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la calidez de su cuerpo, por la sensación de que aquí, en sus brazos, es donde pertenezco. Todo el cansancio del viaje, la incertidumbre de esta nueva etapa, incluso mis recelos sobre el cambio, desaparecen por un momento.

Estoy aquí. Con él. Y eso es lo único que importa ahora.

Lucien desliza su mano por mi cintura con naturalidad, como si llevarme pegada a su lado fuera lo más normal del mundo. Salimos de su despacho y caminamos por los pasillos del parlamento, donde algunas personas nos saludan con inclinaciones de cabeza y sonrisas discretas. Alex nos sigue unos pasos detrás, siempre atento.

—Vamos al restaurante de aquí dentro. La comida es excelente, y así no tenemos que perder tiempo con desplazamientos —me dice Lucien, rozando mis nudillos con el pulgar mientras sostiene mi mano.

Asiento, aunque mi atención se dispersa en cada detalle. El poder que emana de este edificio es

palpable, y la forma en la que la gente lo observa con respeto me recuerda, una vez más, quién es. No es solo Lucien, mi Lucien. Es el presidente de Bélgica.

Llegamos al restaurante y un maître nos recibe con una sonrisa cortés antes de guiarnos a una mesa cerca de los ventanales. La vista de Bruselas desde aquí es impresionante.

Justo cuando nos estamos sentando, una mujer se acerca con paso seguro. Es alta, con el cabello castaño recogido en una coleta pulcra y unos ojos azules que parecen analizarlo todo en cuestión de segundos. Su traje de chaqueta ajustado realza su figura esbelta, y sus tacones hacen que su presencia sea aún más imponente.

—Señor presidente —saluda con profesionalismo, aunque en su mirada hay un brillo sutil cuando lo observa.

Lucien le sonríe con cortesía, pero no suelta mi mano.

—Carlota, te presento a Juliette Lambert, mi jefa de prensa. Juliette, ella es Carlota Herrera.

—Es un placer conocerte, Carlota —dice Juliette, tendiendome la mano.

Le devuelvo el gesto con educación, aunque no puedo evitar notar cómo sus ojos vuelven a desviarse sutilmente hacia Lucien, como si estuviera acostumbrada a tener su atención y evaluara mi presencia con discreción.

—Lucien me ha hablado mucho de ti —añade, con una sonrisa que pretende ser cordial, pero que percibo cargada de otra intención.

—Espero que sólo cosas buenas —respondo con una media sonrisa.

Juliette suelta una leve risa y desvía la mirada hacia Lucien, pero él sigue centrado en mí.

—Por supuesto. Es una historia poco común. No todos los días una científica española conquista el corazón del presidente de Bélgica —dice con un tono ligero, pero sus palabras me hacen sentir examinada.

Lucien aprieta ligeramente mi mano, como si notara mi incomodidad.

—Carlota no ha conquistado solo mi corazón —dice con naturalidad—. Ha conquistado mi vida entera.

Mi estómago se contrae. Su mirada es tan intensa, tan devota, que por un momento todo lo demás desaparece.

Juliette mantiene la sonrisa, aunque en su expresión percibo algo más… Una mezcla entre admiración y algo parecido a la resignación.

—Bueno, debo volver a mi mesa. Nos vemos luego, señor presidente —dice finalmente.

Lucien asiente, sin soltarme en ningún momento.

Cuando se marcha, me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Me obligo a soltar el aire lentamente mientras bajo la vista hacia la carta del restaurante.

Lucien se inclina un poco hacia mí.

—¿Todo bien?

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos escrutándome.

—Sí, claro. Solo que… —hago una pausa y esbozo una sonrisa—. Te rodeas de gente demasiado guapa.

Él ríe bajo y se acerca aún más, inclinándose hasta que sus labios rozan mi oído.

—Solo tengo ojos para ti, mi amor.

Sus palabras, su cercanía, la forma en la que su voz se desliza como un secreto íntimo, disipan cualquier atisbo de inseguridad.

Puede que el mundo lo mire, que lo admiren, que lo deseen. Pero aquí, ahora, está conmigo. Y eso es lo único que importa.

La comida es exquisita, servida con precisión y esmero, como todo en este entorno tan cuidadosamente orquestado. Lucien y yo charlamos con naturalidad, dejando que la conversación fluya entre bocados perfectamente sazonados. Me pregunta por el viaje, por cómo me he instalado en Lambermont, si todo está a mi gusto.

Le sonrío y asiento.

—Sí, todo está bien. Es una casa preciosa —respondo, aunque en mi mente resuena la conversación de Marie con esa persona desconocida.

No quiero mencionárselo ahora. No aquí.

Lucien asiente con satisfacción y me mira con ternura mientras juega distraídamente con los dedos de mi mano sobre la mesa. Me cuesta concentrarme en la comida cuando él me mira así, con esa mezcla de devoción y anhelo que me hace sentir única en su mundo.

Pero no estamos solos.

Mientras charlamos, noto cómo las miradas se deslizan hacia nosotros, disimuladas pero constantes. Algunas mujeres susurran entre sí, fingiendo interés en sus platos pero sin perder detalle de nuestros gestos. Es inevitable. Él es el hombre más poderoso de este país, y yo… soy la mujer que ahora ocupa su corazón y su espacio.

Intento ignorarlo, pero es difícil cuando cada movimiento nuestro parece analizado y juzgado.

Entonces, un hombre joven y apuesto se acerca a la mesa con paso seguro. Su traje está impecablemente cortado, su cabello rubio oscuro bien peinado y sus ojos grises denotan inteligencia y determinación.

Se detiene junto a Lucien y le dedica una leve inclinación de cabeza antes de girarse hacia mí con una cortesía calculada.

—Señor Presidente. —Su voz es firme y profesional—. Señorita Herrera, un placer conocerla. Soy Adrien De Wilde, Vicepresidente del Gobierno.

Me extiende la mano y yo la estrecho con educación. Su expresión es serena, pero su mirada es aguda, como si evaluara cada detalle.

—Encantada, señor De Wilde.

—Bienvenida a Bélgica —añade con corrección antes de volver su atención a Lucien—. Te

recuerdo que en media hora tenemos la reunión con los ministros para revisar la sesión del parlamento de dentro de dos días.

Lucien asiente, sin soltar mi mano.

—Lo sé, Adrien. Estaré allí.

El vicepresidente le dedica un asentimiento más y luego se marcha con la misma elegancia con la que llegó.

Observo a Lucien mientras su mirada lo sigue un instante antes de volver a posarse en mí.

—No te preocupes, no tardaré —dice con suavidad, apretando ligeramente mi mano.

—No me preocupa —respondo, con una sonrisa ligera—. Tienes un país que dirigir.

Él me observa en silencio por un segundo, y entonces, con una lentitud deliberada, me lleva la mano a los labios y deja un beso suave en mis nudillos.

—Tú eres lo más importante para mí.

Sus palabras me envuelven como una promesa, y por un momento, el murmullo del restaurante, las miradas curiosas y la presencia de su gobierno desaparecen.

Solo quedamos él y yo.

Salimos del parlamento y en la entrada nos despedimos. Lucien me sostiene la mano un instante más de lo necesario, sus dedos acarician los míos antes de soltarme con suavidad.

—Nos vemos esta noche, ma chérie.

Asiento con una sonrisa ligera y lo observo alejarse hacia una gran sala con una mesa redonda donde ya lo esperan varios ministros. Me giro y camino junto a Alex hacia la salida. El aire de Bruselas es fresco y, por alguna razón, me apetece caminar un poco.

—Quiero dar un paseo —le digo mientras bajamos las escaleras del edificio.

Alex no se sorprende, pero saca el teléfono y murmura unas palabras en francés.

—Voy contigo, pero tendremos más seguridad cerca. Es necesario.

Suspiro.

—¿Siempre va a ser así?

—Sí —responde sin rodeos—. Debes acostumbrarte. Ahora eres una persona importante en este país.

Frunzo el ceño, no porque me moleste la seguridad, sino porque todo esto aún me resulta extraño. No quiero ser importante para nadie más que para Lucien y para mi trabajo. Sin embargo, entiendo que la sombra de su poder lo cubre todo, incluso a mí.

Caminamos por la ciudad hasta llegar a la Avenue Louise, una de las calles más exclusivas de Bruselas. Las boutiques de diseñadores internacionales se alinean con escaparates impecablemente iluminados, mostrando piezas de lujo que solo unos pocos pueden permitirse.

Entonces, mis ojos se detienen en una tienda en particular: *Maison Moreau.*

El nombre resplandece en letras doradas sobre un fondo negro elegante. Reconozco la firma al instante. Es la marca de Sofia Moreau, la diseñadora con la que vi a Lucien hace semanas, muy acaramelados en una foto. La imagen vuelve a mi mente como un pinchazo molesto. Sé que no significa nada, sé que él me ha elegido a mí, pero la sensación no desaparece del todo.

Desde el escaparate, los maniquíes exhiben vestidos exquisitos, confeccionados con telas etéreas y cortes impecables. Son creaciones únicas, pensadas para mujeres que viven rodeadas de lujo y exclusividad. Mujeres como Sofia Moreau.

Pero no voy a entrar.

No quiero darme el gusto de alimentar una inseguridad absurda.

—¿Te apetece echar un vistazo? —me pregunta Alex.

—Prefiero un café —digo con decisión.

Alex asiente y señala una cafetería elegante justo enfrente.

Le Petit Palais.

El lugar es acogedor y sofisticado, con grandes ventanales y una decoración de inspiración parisina. Entramos, y el aroma a café recién molido me envuelve de inmediato.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, y mientras el camarero toma nuestro pedido, observo el ir y venir de la gente en la avenida. Mi vida ha cambiado tanto en tan poco tiempo…

—¿En qué piensas? —pregunta Alex, mirándome con atención.

—En todo —respondo con una media sonrisa—. En lo rápido que ha pasado todo, en lo diferente que es mi vida ahora…

—Lo harás bien —me asegura él—. Solo tienes que encontrar tu ritmo.

Asiento, pero en el fondo sé que hay cosas que aún no termino de procesar.

—Sigo pensando en lo de la asistenta de Lucien.

—¿Con quién crees que estaba hablando? —me pregunta Alex.

—No tengo ni idea, pero no me gustó nada que insinuara que mi ropa no es buena o que la de la persona con la que hablaba es mejor. No tiene que meterse en mis asuntos personales.

—Pues no, pero ahora eres tu la dueña de la casa, sino te gusta algo dilo. Tu mandas. Háblalo con Lucien y corrígela o échala. Con lo que te sientas mejor.

—Gracias Alex. Me siento más tranquila.

—Háblalo con Lucien, creo que debería saberlo. Habla con él como lo has hablado conmigo. No lo dejes al margen.

—Te estás convirtiendo en mi nuevo mejor amigo. —le digo con una sonrisa.

Él abre mucho los ojos y me dice serio:

—Eso parece.

Después de una tarde entretenida con Alex, decidimos volver a casa de Lucien. Alex se va a su zona de vigilancia y yo entro. Marie está en la cocina preparando la cena y me saluda con un escueto “hola”. Me tiene preocupada esta señora, tiene atribuciones aquí que no sé cuales son pero parece ser la que manda en la casa, no Lucien.

Decido subirme a la habitación un rato para mirar unas cosas en mi portátil mientras llega Lucien. Un rato después, Lucien entra en la habitación con el ceño ligeramente fruncido. Deja su chaqueta sobre una silla y afloja la corbata mientras me observa con atención.

—¿Qué ocurre, princesa? ¿Por qué estás en la habitación?

Me siento en el borde de la cama, con el portátil entre las manos. No quiero sonar caprichosa, pero necesito ser honesta.

—No me siento a gusto en tu casa, Lucien —confieso, levantando la mirada hacia él.

Su expresión se endurece apenas un instante, pero luego camina hacia mí y se arrodilla frente a la cama, tomando mis manos con suavidad.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Dudo un momento. No quiero parecer paranoica, pero hay algo en la actitud de Marie, en la forma en que todo parece estar dispuesto para que encaje en su mundo sin que yo tenga opción de decidir, que me hace sentir fuera de lugar.

—No sé… Siento que todo está demasiado planeado para mí. No me gusta que alguien decida por mí lo que debo usar, lo que debo hacer. Ni siquiera mi asistenta en Madrid se metía en mis asuntos. Marie es muy dispuesta y no me gusta.

Lucien suspira y me acaricia los nudillos con el pulgar.

—Entiendo que pueda ser abrumador. Pero esta es tu casa, Carlota. No quiero que te sientas como una invitada. Puedes hacer lo que quieras, decirle a Marie lo que tiene que hacer o lo que no debe, eres la jefa cariño.

Levanto una ceja.

—Pues no me siento así, más bien desplazada.

Su mandíbula se tensa, pero no por enfado, sino por frustración.

—Dime qué necesitas para sentirte mejor. Haré lo que sea necesario.

Lo miro fijamente. Es sincero, lo sé. Pero esto no es algo que él pueda arreglar con una orden.

—Solo dame tiempo para adaptarme —le pido en voz baja—. Déjame hacer las cosas a mi manera.

Lucien asiente lentamente y se inclina para besar mi frente.

—Tómate el tiempo que necesites, pero prométeme que si hay algo que te molesta, me lo dirás.

—Te lo prometo.

Sus labios rozan los míos en un beso suave, y por un instante, toda la incomodidad desaparece. Aquí, en sus brazos, es donde realmente me siento en casa.

Vuelve a mirarme como enfadado cuando otra vez, le hablo de Marie. Estamos sentados en el salón después de la cena, con las luces tenues y el fuego de la chimenea iluminando la estancia con una calidez reconfortante. Me tiene acurrucada contra su costado, su brazo rodea mis hombros, pero noto cómo su cuerpo se tensa al escuchar mis palabras.

—¿Estás segura de lo que escuchaste? —pregunta en voz baja, aunque su tono no es de incredulidad, sino de análisis.

Asiento despacio.

—No sé con quién hablaba, pero dejó claro que no me considera adecuada para estar aquí. Y… no sé, Lucien. No quiero ser paranoica, pero su actitud me incomoda. Siempre está observandome, siguiéndome a todas partes.

Lucien suspira y me acaricia el brazo con lentitud, como si intentara calmarme.

—Marie lleva años trabajando para mí. Es muy eficiente y siempre ha sido discreta. No tengo razones para dudar de su profesionalidad…

Me aparto un poco y lo miro directamente.

—No estoy diciendo que no haga bien su trabajo, pero hay una diferencia entre ser eficiente y ser entrometida.

Él me observa con intensidad, sus ojos oscuros reflejan una mezcla de pensamientos que no logro descifrar. Después de un momento, asiente con seriedad.

—Si algo te hace sentir incómoda, es suficiente para que yo tome cartas en el asunto.

Su respuesta me sorprende un poco.

—¿De verdad?

Lucien me toma la mano y la lleva a sus labios, besando mis nudillos con ternura.

—Carlota, eres mi prioridad. No quiero que haya nada ni nadie que te haga sentir fuera de lugar. Me aseguraré de que Marie entienda cuál es su papel y dónde están los límites.

Sus palabras deberían tranquilizarme, pero hay algo en su tono, en la forma en que su mandíbula se tensa levemente, que me hace saber que ya está planeando la manera más efectiva de resolver esto. Y viniendo de Lucien, eso puede significar muchas cosas.

Me recuesto contra su pecho y cierro los ojos por un momento.

—No quiero problemas, solo quiero sentirme bien aquí —murmuro.

Él me estrecha entre sus brazos y me besa la frente con delicadeza.

—Y así será, ma chérie. Te lo prometo.

El silencio nos envuelve, y aunque quiero confiar en que todo irá bien, una pequeña parte de mí no puede evitar preguntarse hasta dónde llegará Lucien para asegurarse de que nada se interponga entre nosotros.

Nos vamos a la cama y dormimos abrazados.

A la mañana siguiente Lucien sale con prisa, tiene muchas reuniones por la ciudad y yo tengo una reunión con mi equipo de neuroplasticidad. Lucien me ha comentado en el desayuno que en unos días tendré listo un despacho exclusivamente para mí, que use mientras el suyo. Es un amor de hombre, super atento conmigo.

Entro en el despacho de Lucien con el tiempo justo para preparar mi reunión. Extiendo mis documentos sobre la mesa, enciendo mi portátil y repaso mentalmente los puntos clave que debo tratar con mi equipo. Todo tiene que salir bien. No puedo permitirme errores.

Justo cuando voy a conectarme, la puerta se abre y Marie entra con una taza en la mano.

—He pensado que un café te sentaría bien para empezar la mañana —dice con su sonrisa impecable.

Alzo la vista apenas un segundo y asiento, aunque preferiría que simplemente se marchara.

—Gracias, déjalo ahí, por favor.

Pero entonces, justo cuando se inclina para dejarlo en la mesa, suelta un pequeño jadeo y el café caliente cae directamente sobre mi blusa.

El impacto del líquido ardiente me hace saltar de la silla con un grito ahogado.

—¡Mierda! —exclamo, apartándome instintivamente mientras el calor me quema la piel.

Marie lleva las manos a la boca, con el rostro lleno de falsa consternación.

—¡Oh, lo siento muchísimo, madame! Ha sido un accidente, de verdad…

No la escucho. Solo siento el ardor en mi piel y la tela pegándose a mi cuerpo. Salgo apresurada del despacho y corro hacia el baño, respirando agitadamente.

Abro el grifo con torpeza y dejo correr el agua fría sobre mis manos, esperando que alivie el escozor. Miro mi reflejo en el espejo y veo la marca roja extendiéndose en mi piel. Mi respiración es irregular, mi corazón late con furia.

Marie aparece tras de mí, con su tono meloso de siempre.

—Madame, lo siento de verdad. No sé qué me ha pasado…

—Déjame sola, por favor —digo con la voz tensa.

Ella duda un segundo, pero finalmente se marcha. Aprieto los labios, conteniendo la rabia que me arde tanto como la quemadura.

No tengo tiempo para esto.

Subo a la habitación a toda prisa, me quito la blusa manchada y elijo lo primero que encuentro: una camisa blanca impecable. Me miro en el espejo mientras me la abrocho con dedos temblorosos. La irritación en mi piel sigue allí, pero lo que más me quema es la sensación de haber sido humillada de la forma más burda posible.

Respiro hondo y bajo corriendo de nuevo al despacho.

Cinco minutos tarde.

Cinco minutos tarde.

Es imperdonable.

Me siento con rapidez y observo el desastre sobre la mesa. Mis papeles están empapados de café, mi portátil manchado. Aprieto los dientes y lo limpio apresuradamente, rogando que siga funcionando. Lo enciendo, esperando que no me falle ahora, que no se arruine mi mañana más de lo que ya está.

La pantalla cobra vida y la reunión comienza. Me obligo a respirar hondo, a sonreír levemente y a fingir que todo está bajo control. Pero por dentro, mi ansiedad ruge con fuerza, como una tormenta lista para desatarse.

Me esfuerzo por concentrarme en la reunión, enfocándome en la conversación con mi equipo sobre los últimos avances en nuestra investigación sobre neuroplasticidad. Estamos revisando datos clave, contrastando hipótesis, analizando los efectos de ciertos estímulos en la regeneración neuronal. Me aferro a los gráficos y los informes en la pantalla, tratando de ignorar el ardor persistente en mi pecho.

Cada cierto tiempo, mi rostro se crispa en una mueca de dolor cuando el roce de la tela sobre la piel irritada me recuerda el accidente con el café. No puedo evitarlo, pero intento disimularlo lo mejor posible. Necesito que esta reunión fluya sin distracciones.

De repente, la puerta se abre de golpe y Marie entra, armada con un cubo, una escoba y un trapo.

Empieza a moverse por la habitación sin disimulo, arrastrando sillas, sacudiendo cuadros y barriendo con exagerada dedicación.

El sonido del cepillo contra el suelo, los golpes secos de los muebles desplazándose, su presencia invasiva… todo me crispa.

Mi respiración se acelera.

Intento ignorarla y seguir con la reunión, pero la irritación se instala en mi pecho, sumándose al ardor de la quemadura.

—Como decía, la estimulación cognitiva en pacientes con daño cerebral ha mostrado…

Otro golpe.

Marie mueve una silla con más fuerza de la necesaria.

Parpadeo, con los nervios crispados.

—Un momento, por favor.

Muto el micrófono y levanto la mirada hacia ella, esforzándome por mantener la calma.

—Marie, por favor, necesito que salgas. Estoy en una reunión importante.

Ella se gira con su sonrisa impecable y su tono servicial que ahora me suena insultante.

—Termino enseguida, madame. Solo un minuto más.

Se da la vuelta como si nada, ignorándome, y sigue sacudiendo las estanterías.

Aprieto los puños. La irritación crece dentro de mí como un nudo de ansiedad cada vez más opresivo.

Intento retomar la conversación con mi equipo, pero ya no puedo concentrarme. Su presencia es una distracción constante, un desafío silencioso que me altera más de lo que quiero admitir.

Los minutos pasan y ella sigue ahí, ocupándose de tareas que claramente podría hacer en otro momento.

Mi paciencia llega al límite.

Golpeo la mesa con la mano abierta y me levanto de golpe.

—¡Fuera!

La palabra estalla en el aire, con una rabia contenida que apenas logro dominar.

Marie se detiene en seco y me mira con fingida sorpresa, como si realmente no entendiera mi enfado.

—Madame… solo estaba haciendo mi trabajo.

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —repito, la voz firme y cortante.

Ella frunce los labios y entrecierra los ojos con altivez.

—Le diré al señor Deveraux que me ha tratado con desprecio.

La sangre me hierve.

—Dile lo que quieras —espeto, señalando la puerta —pero, ¡sal del despacho ahora!.

Marie me sostiene la mirada un instante antes de girarse con dignidad exagerada y marcharse cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Me dejo caer en la silla, con el corazón latiendome en las sienes y el pecho ardiendo más por la frustración que por la quemadura.

Cierro los ojos un momento y respiro hondo antes de volver a activar el micrófono.

—Siento mucho por la interrupción. Continuemos.

Mi equipo asiente y retoman la conversación, pero yo sigo con el cuerpo tenso, los nervios crispados, un dolor cada vez más intenso y la sensación de que Marie ha cruzado un límite que no voy a dejar pasar.

Capítulo 34

Tan pronto como finaliza la reunión, el dolor en mi pecho se vuelve insoportable. La quemadura late con un ardor constante y cada roce de la tela lo empeora. Pero más que el dolor físico, lo que

me oprime el pecho es la desesperación, la impotencia, la sensación de que algo está fuera de mi control y que no puedo permitirme flaquear. Subo a la habitación para no encontrarme con la dichosa mujer.

Mi respiración se entrecorta y, con las manos temblorosas, cojo el móvil y llamo a Alex.

—¿Sí? —responde enseguida, con su tono serio y alerta.

—Alex… —Mi voz se quiebra y siento que las lágrimas quieren brotar, pero las reprimo. No quiero llorar—. Necesito que vengas.

Solo hay un segundo de silencio antes de que su respuesta llegue firme.

—Voy.

Cuelgo y me siento en el borde de la cama, con la vista fija en el suelo, tratando de calmarme. No quiero exagerar. No quiero parecer débil. Pero el ardor es insoportable y la desesperación me carcome por dentro.

Escucho pasos apresurados en la entrada y, en cuestión de segundos, Alex aparece en la puerta.

Me mira y frunce el ceño al instante.

—¿Qué ha pasado?

Respiro hondo y me levanto, desabrochando lentamente los primeros botones de la blusa.

—Marie… —trago saliva—. Me echó el café encima. Dice que fue un accidente, pero…

Deslizo la tela con cuidado, dejando al descubierto la piel enrojecida sobre mi pecho.

Alex da un paso adelante y su expresión cambia al instante.

—Mierda —murmura, inclinándose para observar mejor la herida. Su mandíbula se tensa—. Coge tu bolso. Vamos al hospital.

—¿Al hospital? —Mi estómago se revuelve.

—Ahora mismo.

Su tono no deja espacio para discusión.

Me doy prisa en coger mi bolso y salimos de la habitación. Mientras bajamos las escaleras, Alex ya está llamando a alguien.

—Jake, necesito que localices a Lucien —dice con urgencia cuando la llamada es respondida—. No me coge el teléfono y es importante.

No escucho la respuesta del otro lado, pero Alex suelta un resoplido.

—Vamos camino al Hospital Edith Cavell. Carlota tiene una quemadura grave.

Aprieto los labios, sintiendo un escalofrío. ¿Grave?

Alex cuelga y me abre la puerta del coche con rapidez. Me acomodo en el asiento, con las manos apretadas sobre el regazo.

—No me gusta cómo se ve esa quemadura —dice Alex mientras arranca y toma velocidad—.

Hay que revisarla cuanto antes.

Miro por la ventanilla, sintiendo que todo dentro de mí está revuelto. El dolor, la rabia y la impotencia.

Y, por encima de todo, la certeza de que Marie no se tropezó por accidente.

El coche se desliza suavemente por la rampa del garaje del Hospital Edith Cavell, un hospital exclusivo en Bruselas, por lo que parece. Desde que Alex hizo la llamada, todo está preparado para recibirme con discreción. El vehículo se detiene en un área privada y, en cuanto Alex baja, abre mi puerta con rapidez.

—Vamos —dice, su tono firme pero contenido.

Siento un nudo en el estómago mientras salgo del coche y camino a su lado. Mi pecho sigue ardiendo y, aunque trato de no pensar en lo que acaba de pasar, la ansiedad no me suelta.

Entramos directamente a un pasillo reservado, sin cruzarnos con nadie más. Una enfermera nos guía hasta una consulta donde un médico, un hombre de unos cincuenta años con expresión serena, ya nos espera.

—Señorita Herrera, bienvenida —dice con amabilidad, extendiendo la mano para estrechar la mía—. Soy el doctor Bernard. Tome asiento en la camilla, por favor.

Subo con cuidado, desabrochando los primeros botones de la blusa mientras él se pone los guantes. Cuando deslizo la tela, Alex, que está apoyado contra la pared con los brazos cruzados, tensa la mandíbula y aparta la vista.

El doctor examina la zona con atención.

—No se preocupe —dice tras unos segundos—. Parece más grave de lo que es. La piel está enrojecida y sensible, pero no hay ampollas ni signos de quemadura profunda.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Dolerá mucho tiempo?

—Le molestará un par de días. Le recetaré una crema regeneradora y analgésicos para el dolor, pero sanará sin problemas.

Asiento, sintiéndome un poco más tranquila.

—Gracias, doctor.

Él me dedica una sonrisa y se aparta mientras una enfermera entra en la sala con el material para las curas. Es una mujer de unos treinta años, de cabello castaño recogido en una coleta alta y ojos vivaces que me transmiten calma de inmediato.

—Hola, Carlota —saluda con una sonrisa cálida—. Soy Emilie, te haré las curas.

—Gracias, Emilie.

Se pone los guantes y empieza a trabajar con suavidad. Primero limpia la zona con delicadeza, aunque no puedo evitar hacer una mueca cuando el frío del antiséptico toca mi piel.

—Lo siento, sé que escuece un poco —dice con voz comprensiva—. Pero te prometo que en

unos minutos te sentirás mejor.

Asiento, tratando de relajarme.

—Vaya, así que eres la novia del Presidente —comenta con un tono amistoso mientras aplica la crema—. Debe de ser toda una experiencia.

Me río, aunque todavía estoy demasiado tensa.

—Digamos que no me aburro.

—Y con razón. Es un hombre muy guapo, aunque seguro ya te lo han dicho mil veces.

Levanto la mirada y me encuentro con la expresión de piedra de Alex, quien sigue apoyado contra la pared con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Su tensión es palpable, como si estuviera conteniendo algo a duras penas.

—Sí, me lo han dicho —respondo con una sonrisa leve, sin saber muy bien qué decir.

Emilie termina de aplicar la venda y me da unas indicaciones sencillas.

—Listo, solo cuida la zona y sigue aplicando la crema. En pocos días estarás como nueva.

—Gracias —respondo con sinceridad, bajando de la camilla.

Me vuelvo hacia Alex, quien de inmediato se endereza y camina hacia mí.

—Nos vamos —dice con un tono seco.

Parece que está a punto de explotar. Y, honestamente, no lo culpo.

El camino de regreso a casa transcurre en un silencio tenso. Alex conduce con el rostro pétreo, sujeta el volante con fuerza y mantiene la vista fija en la carretera. Sé que está conteniendo su enfado, que su paciencia ha llegado al límite.

—Alex… —mi voz suena cansada, pero intento suavizar el ambiente—. Estoy bien.

—No, Carlota. No lo estás —su mandíbula se tensa aún más—. Y esto no puede seguir así.

Suspiro, masajeando con cuidado la zona vendada sobre mi pecho. Aún arde un poco, pero la crema ha aliviado el dolor.

—Hablaré con Lucien —continúa Alex con determinación—. Esto se ha terminado.

No respondo. Sé que tiene razón. Marie ha cruzado una línea, y lo que antes podía parecer pequeñas molestias ahora se ha convertido en algo peligroso.

Cuando llegamos a Lambermont, Alex me abre la puerta del coche y me ayuda a bajar con suavidad, aunque sus movimientos siguen siendo tensos. Caminamos juntos hacia la entrada y, en cuanto cruzamos el umbral, Marie aparece en el vestíbulo con una expresión preocupada.

—¡Señorita Carlota! —exclama con dramatismo—. ¿Está usted bien? ¡Qué terrible accidente!

Su tono dulce suena tan falso que me pone la piel de gallina. No tengo fuerzas para responderle. Pero Alex sí.

—Haz las maletas y lárgate —le espeta sin rodeos.

Marie abre los ojos con fingida sorpresa.

—Yo solo sirvo a la casa, cuido del señor y de la señorita…

—Cuidas demasiado de lo que no te incumbe —la interrumpe Alex, su voz como una piedra afilada—. No quiero verte aquí cuando volvamos.

Marie se cruza de brazos, altiva.

—Solo el Presidente puede despedirme.

Sin decir más, gira sobre sus talones y desaparece en dirección a la cocina.

Cierro los ojos por un segundo y respiro hondo.

—¿Lo ves? —susurro—. No se irá así de fácil.

Alex me observa con dureza.

—Lucien se enterará de esto hoy mismo —afirma—. No voy a permitir que esto continúe.

Asiento en silencio y saco el móvil para llamar a Lucien. Pero no contesta. Era de esperarse. Debe estar en plena reunión, preparando la sesión del parlamento. No puedo molestarlo con algo así. No ahora.

—¿Quieres que comamos aquí? —pregunta Alex, pero su tono deja claro que él tampoco quiere hacerlo.

Niego con la cabeza de inmediato.

—No. No quiero estar aquí ahora mismo.

Alex asiente y me guía de vuelta al coche sin decir una palabra más. Mientras nos alejamos de la casa, miro por el retrovisor y siento un escalofrío recorrerme la espalda. Algo dentro de mí me dice que esto no ha terminado.

El restaurante italiano al que llegamos es acogedor, con una decoración rústica y cálida que me hace sentir lejos de la tensión que he dejado atrás en Lambermont. El aroma a pasta recién hecha y especias envuelve el ambiente, y por primera vez en todo el día, siento que puedo respirar con algo de tranquilidad.

Alex y yo nos sentamos en una mesa junto a un ventanal que da a una pequeña calle empedrada. El camarero nos atiende con una amabilidad sincera, y pronto estamos disfrutando de un plato de pasta deliciosa y un vino suave que me ayuda a relajarme.

Mientras saboreo un bocado, una voz familiar me hace levantar la vista.

—¡Carlota! —dice una figura rubia que se acerca con una sonrisa radiante.

Es Emilie, la enfermera que me ha atendido hace apenas unas horas. Su energía es contagiosa, y su presencia me reconforta.

—¡Qué casualidad encontrarte aquí! —exclama, apoyando una mano en el respaldo de mi silla —. ¿Cómo te encuentras?

Le sonrío con gratitud.

—Mucho mejor, gracias a ti.

Emilie parece aliviada. Luego saca su teléfono y me tiende una tarjeta con su número.

—Llámame cuando quieras tomar un café o simplemente charlar un rato. No todo el mundo tiene la oportunidad de hacer una amiga en Bruselas tan rápido.

Me río suavemente y cojo la tarjeta.

—Lo haré. Gracias, Emilie.

Ella nos dedica una última sonrisa antes de despedirse y volver a su mesa. Alex la observa con atención hasta que se marcha, y luego me mira con una ceja arqueada.

—Parece simpática.

—Lo es —respondo, guardando la tarjeta en mi bolso.

Terminamos la comida en un ambiente un poco más relajado, y cuando nos levantamos para irnos, siento que he recuperado un poco de control sobre el día. Sin embargo, en cuanto salimos del restaurante, mi teléfono suena con insistencia.

Miro la pantalla y mi corazón da un vuelco. Lucien.

Contesto de inmediato.

—Carlota… —su voz suena tensa, urgente—. ¿Estás bien? Jake me ha contado lo que ha pasado. ¿Dónde estás?

Cierro los ojos un instante, sintiendo un nudo en la garganta.

—Estoy bien, Lucien. He salido a comer con Alex. No quería estar en la casa.

—Dios… —suspira con alivio—. Casi me da un infarto cuando me lo han dicho. Siento no haberte podido coger el teléfono antes, cariño.

—No es tu culpa —digo con sinceridad—. Hablaremos en casa, ¿de acuerdo?

Lucien duda un segundo antes de responder:

—Sí. Iré lo antes posible. Te quiero.

Cuando cuelgo, Alex ya está abriendo la puerta del coche para que suba.

El camino de vuelta parece diferente. Aunque el dolor en mi pecho sigue presente, ahora hay algo más. Una sombra de incertidumbre que no puedo ignorar.

Cuando llegamos a Lambermont, la casa está extrañamente silenciosa. Alex entra primero, con el gesto alerta, y yo lo sigo hasta la cocina. No hay rastro de Marie.

—¿Ves? —murmuro—. No está.

Alex frunce el ceño y asiente.

—Mejor.

Pero algo en mi interior me dice que esto aún no ha terminado.

Subo a la habitación y me dejo caer en la cama, sintiendo el peso del día sobre mí. Cierro los ojos por un momento, esperando que cuando los abra, todo esto no sea más que un mal sueño. Pero sé que no lo es. Sé que algo se avecina. Y eso me aterra.

Estoy sentada en la cama, con el albornoz bien sujeto y el cabello aún húmedo tras la ducha. He vuelto a imprimir los documentos que quedaron inutilizables por el café derramado y los repaso en silencio, tratando de concentrarme, pero mi mente sigue atrapada en los acontecimientos del día.

De repente, escucho la puerta de la entrada cerrarse con firmeza. Lucien.

Unos segundos después, la puerta de la habitación se abre y allí está él. Con el rostro tenso, la mandíbula apretada y la preocupación grabada en sus ojos oscuros. Apenas me da tiempo a reaccionar antes de que cruce la distancia entre nosotros y me envuelva en un abrazo fuerte, desesperado.

—Carlota… —susurra contra mi pelo, aferrándome con fuerza.

Un gemido de dolor escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo. Él se aparta al instante, mirándome con el ceño fruncido.

—¿Te duele?

—Un poco —murmuro, evitando su mirada.

Pero él no lo deja pasar. Con cuidado, desliza su mano hasta el borde de mi albornoz y lo abre ligeramente para observar la zona quemada. Su expresión se endurece de inmediato.

—Merde… —maldice entre dientes, sus ojos recorriendo la piel enrojecida con furia contenida —. Esto no debería haber pasado. No volverá a suceder.

Su tono es bajo, pero cargado de una determinación feroz. Sé que está tratando de contener su ira, pero sus puños cerrados a los costados delatan lo mucho que le cuesta.

—Voy a revisar las cámaras —dice con una frialdad que me hace estremecer—. Voy a hablar con Marie, y si descubro que esto no ha sido un accidente, te juro que no volverá a pisar esta casa.

Asiento, pero no quiero pensar en Marie ahora. Solo quiero que él esté aquí, que me calme, que me haga olvidar este día horrible.

Lucien parece leerme el pensamiento porque su expresión suaviza un poco. Se inclina y roza mis labios con los suyos en un beso delicado, como si temiera lastimarme.

—Ahora mismo lo único que importa es que estés bien —susurra contra mi boca—. Quiero cuidarte, mon amour.

Su ternura me desarma por completo.

Me coge de la mano y se levanta, tirando suavemente de mí para que lo siga.

—Acompáñame al baño. Quiero ducharme… y quiero que estés conmigo.

Su mirada me envuelve, cálida y protectora, pero también cargada de algo más profundo, algo que me hace sentir segura incluso en medio del caos.

Agarro su mano y lo sigo. Esta noche, solo quiero perderme en él.

Lucien:

Carlota duerme profundamente a mi lado, su respiración es suave y acompasada. Su piel aún huele al jabón de la ducha, y su rostro, relajado en el sueño, es la única cosa que consigue calmar la tormenta que arde dentro de mí.

Pero no puedo dormir.

No hasta saber la verdad.

Me levanto con cuidado, asegurandome de no despertarla, y salgo de la habitación en completo silencio. Desciendo las escaleras con pasos firmes y directos hacia mi despacho. La casa está en calma, pero yo siento un fuego arder en mi interior. Si Marie ha hecho esto a propósito, si hay algo más detrás de su actitud, lo sabré esta noche.

Me siento frente a mi ordenador y accedo a la base de datos de seguridad. No tardo en encontrar las grabaciones del día. Voy a ver cada minuto, cada movimiento.

La primera escena es suficiente para que mi mandíbula se tense. Marie entra con el café. Su actitud parece servicial, pero algo en su postura me incomoda. Demasiado forzada. Entonces, el "accidente". Veo cómo el líquido caliente cae sobre Carlota y cómo ella huye al baño con la mano sobre el pecho.

Podría haber sido un error. Pero no lo creo.

Sigo observando. Carlota vuelve con la cara compungida y con ropa diferente. Se siente y parece retomar su reunión. Minutos después, Marie regresa con los utensilios de limpieza. En plena reunión. Empieza a mover sillas, a barrer, a hacer ruido innecesario. Su expresión es la de alguien que sabe exactamente lo que está haciendo: molestar, incomodar y desafiar.

Hija de puta. Carlota parece que la echa con un grito y ella indignada sale del despacho.

Pero lo peor viene después.

La veo entrar a la despensa. Cree que allí no hay cámaras. Error.

Toco el volumen y escucho claramente su conversación. Es tan idiota que ha puesto el manos libres.

—Ya está instalada —susurra Marie.

—¿Y? —responde una voz femenina al otro lado del teléfono.

¡Corine!

Mi sangre se hiela.

—Es una cualquiera —continúa Marie, con desprecio—. Viste como una provinciana, no tiene clase ni educación para este mundo. No es como tú. Hoy le he dejado claras las cosas con un par

de incidentes.

—Ten cuidado, que no te pillen —responde Corine con frialdad—. Pronto saldrá de la casa con el rabo entre las piernas. Mientras, que disfrute de todos los lujos que tiene.

—No por mucho tiempo. —suelta una risa ávida.

Cierro los puños con tanta fuerza que me duelen las palmas. ¿Qué demonios significa esto?

Sigo escuchando, pero la llamada se corta poco después. Marie guarda el móvil y sale de la despensa como si nada hubiera pasado.

Respiro hondo y cierro los ojos un segundo, tratando de contener la ira que hierve en mis venas. Ya es suficiente.

Mañana, Marie estará fuera de esta casa. Y no solo eso. Va a enfrentar las consecuencias.

Agarro el teléfono y envío un mensaje a Jake.

"Mañana quiero a Marie fuera. Prepara una denuncia. Acoso y maltrato a Carlota. Quiero que esto llegue hasta el final."

No pienso permitir que nadie le haga daño a la mujer que amo.

Miro hacia la escalera, hacia donde Carlota sigue dormida.

Mañana, todo esto acaba.

Me despierto antes que ella. Siempre lo hago. Me gusta verla así, relajada, con el cabello desparramado sobre la almohada, los labios entreabiertos, el cuerpo cálido y envuelto en las sábanas.

Mía. Solo mía.

Acaricio su mejilla con la yema de los dedos y trazo el contorno de su mandíbula, de su cuello, de su clavícula. Es perfecta.

No quiero despertarla bruscamente, quiero que sea lento, que se pierda en el mismo deseo que yo. Me acerco y le dejo un beso en el hombro desnudo, luego otro en su cuello, y cuando rozo su piel con mi lengua, la siento estremecerse.

Gimo bajo. Está despertando.

—Mmm… —suspira, moviéndose bajo mi cuerpo—. Lucien...

Su voz somnolienta es mi perdición. Deslizo mis labios hasta su oído y murmuro:

—Buenos días, mon amour.

Sus ojos aún no se han abierto del todo, pero ya me está buscando. Su pierna se enreda en la mía, sus brazos se deslizan por mi espalda, sus dedos presionan la piel de mis hombros. La quiero así siempre, necesitada de mí, hambrienta de mi cuerpo.

No hay prisas esta mañana. La hago mía lentamente. Quiero sentir cada parte de ella, quiero grabarme cada jadeo, cada gemido ahogado, cada latido acelerado de su corazón contra mi

pecho.

Mis labios recorren su piel mientras me hundo en ella, y su boca busca la mía con desesperación. Nos besamos con hambre, con ansia, con todo lo que somos.

Cuando su cuerpo tiembla contra el mío, cuando mis propios músculos se tensan al borde del abismo, susurro su nombre contra sus labios y dejo que el placer me consuma.

Después, la envuelvo entre mis brazos, con la respiración aún agitada. Ella se acurruca contra mi pecho y me besa el cuello, enredando sus dedos en mi pelo.

—Buenos días —murmura, sonriendo.

Sonrío contra su frente y le doy un último beso antes de susurrar:

—Buenos días, mi amor.



Capítulo 35

La ducha me revitaliza, me despeja y, sobre todo, me da la oportunidad de relajarme un poco antes de enfrentar el día. Cuando salgo envuelta en mi albornoz, con la piel aún tibia por el agua caliente, me siento en la orilla de la cama y deslizo con suavidad la crema sobre la zona de la quemadura.

Lucien me observa desde el umbral del baño, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Esa expresión en su rostro me dice que sigue furioso.

—Hoy acaba todo esto —afirma con voz firme, pero pausada. Se acerca y se agacha frente a mí, sujetando mis manos entre las suyas—. No quiero que vuelvas a preocuparte por nada, Carlota. Eres mi prioridad. Esta es tu casa desde el momento en que cruzaste esa puerta, y nadie te hará sentir lo contrario.

Sus palabras, su tono, su mirada… todo me envuelve en una sensación de seguridad que nunca había sentido antes. Sé que no es solo una promesa, es una declaración absoluta de lo que va a hacer.

Asiento despacio, acariciando con mis dedos la piel cálida de su rostro.

—Lo sé, Lucien. Y te lo agradezco, pero quiero encargarme yo de buscar a alguien de confianza.

Su gesto se suaviza un poco.

—Por supuesto —dice sin dudarlo—. ¿Tienes a alguien en mente?

Pienso en ello un instante antes de responder:

—Sí, en España. Es la hermana de mi asistente, y estaba buscando trabajo. Es organizada, discreta y de absoluta confianza.

Lucien me sonríe, deslizando su pulgar sobre mis nudillos en un gesto cariñoso.

—Entonces, pregúntale. Puede quedarse en la casa de al lado si acepta. Marie se irá en cuanto hable con ella.

Cierro los ojos un segundo y exhalo despacio. Es un peso que se disuelve en mi pecho.

—Gracias —murmuro, y me inclino para besar sus labios con ternura, dejando que en ese contacto se fundan todas mis emociones: la gratitud, el amor, la seguridad de que estoy con la persona correcta.

Él me atrae hacia su pecho, envolviendome en sus brazos con firmeza. Su corazón late fuerte contra mi mejilla y siento cómo deja caer un beso en mi cabello.

—Siempre —susurra, y en su voz está la promesa de que, pase lo que pase, él siempre estará a mi lado. —Te quiero. No lo olvides nunca.

—Yo también Lucien, y no lo digo por decir.

—Lo sé, mi princesa de hielo. Lo sé.

Bajar de la mano con Lucien me da una sensación de calma y pertenencia que nunca antes había experimentado. Su mano firme envuelve la mía con calidez, y mientras nos dirigimos a la cocina, su voz me envuelve con planes para la mañana.

—Quiero que vengas hoy al Parlamento —me dice con una sonrisa—. Isabelle también estará allí. Quiero que estés a mi lado mientras doy mi discurso.

El brillo en sus ojos, esa intensidad con la que me mira cuando me dice algo importante, hace que mi pecho se caliente con una emoción dulce y nueva.

—Me encantaría —respondo sin dudarlo, apretando ligeramente su mano.

Llegamos a la cocina y nos movemos con facilidad entre los muebles, preparando el desayuno en una especie de danza improvisada. Él se encarga del café mientras yo corto el pan y extiendo el tomate sobre las tostadas. Me pasa el jamón cocido con una sonrisa traviesa y, sin poder evitarlo, me inclino y deposito un beso fugaz en su mejilla.

—Así da gusto empezar el día —susurra, guiñandome un ojo mientras vierte el café en las tazas.

Nos sentamos a la mesa, disfrutando del desayuno con risas y miradas cómplices. Es una escena tan cotidiana y natural que me sorprende lo feliz que me hace.

Pero entonces la burbuja se rompe.

Marie entra en la cocina como si nada hubiera pasado, como si no hubiera echado el café hirviendo sobre mí el día anterior, como si no hubiera perturbado mi reunión con sus provocaciones.

—Buenos días, señor, señora —dice con voz serena.

Mi cuerpo se tensa al instante. Mis sentidos se ponen en alerta.

Lucien deja la taza con un leve golpe en la mesa y se vuelve hacia mí. Su mirada me lo dice todo.

—Sube a arreglarte, te espero en media hora —dice con suavidad, pero con un tono que no deja espacio a discusión.

Sé que este es su modo de decirme que no me preocupe, que él se encargará de todo.

Me levanto con calma, aunque mis piernas desean apresurarse. Paso junto a Marie sin mirarla, sintiendo su presencia como una sombra densa tras de mí. No pienso darle más espacio en mi vida del que ya ha robado.

Cuando salgo de la cocina, justo antes de subir las escaleras, me detengo un instante y miro por el rabillo del ojo. Veo cómo Lucien se levanta con su imponente presencia y le indica con un gesto que lo siga al despacho.

Sé que este es el final. Y no puedo estar más aliviada.

Lucien:

Entro en el despacho y dejo que Marie pase delante de mí. Cierro la puerta con firmeza y me giro despacio, cruzándome de brazos. Mi mirada es fría, dura, sin espacio para la compasión.

—Habla —le espeto sin rodeos.

Marie baja la cabeza y empieza a llorar, pero no me conmueve. Sé perfectamente que las lágrimas pueden ser una herramienta de manipulación tanto como una expresión de culpa.

—Señor, yo… la señora Corine me amenazó —balbucea entre sollozos—. Me dijo que si no la ayudaba, arruinaría a mi familia. No sabía qué hacer…

Mi mandíbula se tensa al escuchar ese nombre. Otra vez Corine. Otra vez su influencia en mi vida, tratando de envenenar todo lo que toco.

—¿Y crees que eso justifica lo que hiciste? —pregunto con dureza—. Echaste café hirviendo sobre mi mujer. La acosaste mientras trabajaba. La hiciste sentir insegura en su propia casa.

Marie solloza con más fuerza y niega con la cabeza, temblando.

—No sabía qué hacer… —repite, casi suplicando—. Tenía miedo.

—¿Miedo? —mi tono es seco, afilado—. ¡Tendrías que haber hablado conmigo! ¡Yo soy tu jefe, no Corine! ¡Yo te habría ayudado!

Ella me mira con ojos llenos de arrepentimiento, pero ya es tarde.

—Lo siento, señor… de verdad. No quería hacerle daño.

—Pero lo has hecho. Y no puedo permitirlo. Ya no confío en tí para desempeñar el puesto que tenías.

Camino hacia la puerta y la abro, dejando claro que la conversación ha terminado.

—Recoge tus cosas. Le diré a Jake que te acompañe a la salida. Te daré una carta de recomendación para que encuentres trabajo en otra casa, pero aquí ya no eres bienvenida.

Marie solloza de nuevo y junta las manos, desesperada.

—¡Por favor, señor, déme otra oportunidad!

—No hay lugar para el perdón. Demasiado hago dándote una recomendación.

Mis palabras son duras, pero la realidad es aún más cruel. No hay segundas oportunidades cuando se trata de la seguridad de Carlota.

Salgo del despacho sin mirarla una vez más. No hay nada más que decir.

Carlota:

Me miro en el espejo y aliso con suavidad el vestido de invierno que encontré en el armario. Es

precioso, elegante y abrigado, perfecto para el día de hoy. Me recojo un poco el pelo con los dedos, dejando que caiga suelto y natural sobre mis hombros, y me aplico un poco de maquillaje, lo justo para resaltar mis rasgos sin exagerar.

Respiro hondo antes de salir de la habitación. Hoy es un día importante para Lucien, y quiero estar a su lado.

Bajo por las escaleras con paso seguro y lo veo de pie en la entrada, abrochándose la corbata con gesto concentrado. Su elegancia es innata, pero hay algo en la forma en la que se viste, en la seriedad con la que se prepara, que me recuerda la magnitud de su responsabilidad.

Cuando levanta la vista y me ve, su expresión cambia. Sus ojos se iluminan y una sonrisa suave se dibuja en sus labios.

—Estás preciosa —dice con voz baja, cargada de cariño.

Me acerco y le ayudo con la corbata, ajustandola con cuidado mientras él me rodea la cintura con una mano. Su mirada me envuelve, intensa y cálida.

—¿Lista para acompañarme en un día lleno de discursos y política? —pregunta con un tono juguetón, aunque en el fondo noto su tensión.

—Lista para estar a tu lado —respondo sin dudar.

Saliendo al exterior, la brisa fría de la mañana nos recibe. Jake y Alex nos esperan junto a una comitiva de seguridad, preparados para escoltarnos al Parlamento. Lucien me coge de la mano con naturalidad, entrelazando nuestros dedos con firmeza, como si quisiera sentirme cerca en todo momento.

Nos sentamos en los asientos traseros del mercedes y el vehículo arranca suavemente. Lucien sigue serio, ensimismado en sus pensamientos, pero de vez en cuando me besa la mano con ternura, como buscando un ancla en medio de su agitado mundo.

Lo observo en silencio, sin querer interrumpir su concentración. Sé que está nervioso, que esta sesión es crucial y que cada palabra que diga hoy puede cambiar el rumbo de decisiones importantes.

Así que simplemente aprieto su mano entre la mía y le sonrío suavemente, asegurandole sin palabras que aquí estoy, a su lado, en todo momento.

Al bajar del coche, me envuelve la majestuosidad del Parlamento. La fachada imponente, las columnas que se elevan con elegancia, la historia que parece grabada en cada piedra… Es un mundo tan distinto al mío, pero aquí estoy, caminando de la mano de Lucien, con la seguridad de que pertenezco a su lado.

Entramos por una puerta lateral y avanzamos por los pasillos hasta su despacho. Dentro, el ambiente es tenso. Asesores, ministros y su vicepresidente están ya reunidos, algunos revisando documentos, otros murmurando entre ellos. Hay una energía contenida, una expectación en el aire.

Lucien me suelta la mano con suavidad y adopta de inmediato su porte de líder. Es impresionante ver cómo cambia, cómo su rostro se vuelve serio y cómo su mirada se agudiza con determinación. Este es su mundo, donde cada decisión pesa ydonde cada palabra debe ser

medida.

Yo me quedo a un lado, sin saber muy bien qué hacer. No quiero interrumpir, pero tampoco quiero quedarme como una simple espectadora. Estoy aquí por él, pero también siento que este no es mi lugar.

Justo en ese momento, una voz familiar me llama.

—¡Carlota!

Me giro y veo a Isabelle avanzando hacia mí con una gran sonrisa. Siento un alivio inmediato cuando me envuelve en un abrazo cálido. Su energía es contagiosa, su cercanía me reconforta.

Lucien nos mira y se acerca a mí, ignorando completamente a todos los que están en la sala. Me agarra la cara con una ternura que me deja sin aliento y, delante de todos, me besa con suavidad.

—Nos vemos después —me susurra contra los labios—. Te quiero.

El murmullo en la sala se apaga por un instante. Siento las miradas sobre nosotros, pero lo único que importa es la sinceridad en sus ojos, la seguridad en su voz.

Mi corazón late con fuerza mientras lo miro. Es la primera vez que lo dice así, en público, sin reservas.

Con una sonrisa temblorosa, asiento y le acaricio la mejilla.

—Yo también te quiero.

Él sonríe de lado, con esa expresión segura que me vuelve loca, y luego se gira para empezar su reunión.

Isabelle y yo salimos del despacho con una sensación extraña en el pecho, una mezcla de emoción, orgullo y una pizca de vértigo. Estoy enamorada de un hombre que pertenece al mundo entero, pero que, en este momento, me ha demostrado que su mundo soy yo.

Cuando entramos en un palco al que me ha llevado Isabelle para asistir a la sesión, lo primero que noto es la elegancia del lugar. La vista panorámica del Parlamento, las butacas de terciopelo y la iluminación tenue pero sofisticada. Todo aquí respira poder y distinción.

Sin embargo, lo que realmente me deja sin aliento es la pareja que ya está sentada en unas sillas de la derecha.

Se levantan en cuanto nos ven entrar, y de inmediato me doy cuenta de quiénes son.

La mujer, de cabello rubio ceniza perfectamente peinado en ondas suaves, tiene un porte sofisticado y sereno. Su vestido en tonos marfil y dorado resalta su piel luminosa, y los pendientes de perlas que lleva parecen tan naturales en ella como su sonrisa. Es bellísima, pero lo que más impacta es su presencia, la elegancia con la que se mueve, la forma en que sus ojos claros me analizan con curiosidad y calidez.

El hombre a su lado es imponente, alto y de rasgos cincelados, con un cabello plateado que solo refuerza su atractivo. Su traje está impecablemente cortado, su porte es recto, seguro, de alguien que ha pasado toda su vida en el poder. Pero cuando sus ojos se posan en mí, lo único que veo es

amabilidad.

Isabelle sonríe y nos presenta.

—Carlota, te presento a Clarise y Jean-Pierre Deveraux, los padres de mi hermano. Y los míos. Ja ja ja.

Mi corazón da un vuelco.

Ellos se acercan con naturalidad, sin titubeos, sin esa frialdad que imaginé en una familia de su posición.

Clarise es la primera en hablar.

—Así que tú eres la famosa Carlota… —Su voz es melodiosa, con ese acento francés elegante y pausado—. Por fin nos conocemos.

Me toma de las manos con suavidad y sus dedos son cálidos, firmes. No hay falsedad en su gesto, sino un genuino interés.

—Es un placer, señora Deveraux —respondo con educación, intentando mantener la compostura.

Ella sonríe con ternura.

—Llámame Clarise, querida. Eres parte de nuestra familia ahora.

Antes de que pueda procesar esas palabras, el padre de Lucien me tiende la mano con una leve inclinación de cabeza.

Me cuesta respirar por un momento. No esperaba esto. No esperaba tanta calidez, tanto reconocimiento inmediato.

Isabelle, a mi lado, sonríe con satisfacción, como si hubiera estado esperando este momento.

Me esfuerzo en devolver la sonrisa, aunque dentro de mí, una emoción inesperada me embarga. Estoy de pie, frente a los padres del hombre que amo, y en sus ojos no hay juicio, sólo aceptación.

El padre de Lucien me observa con ojos perspicaces mientras estrecha mi mano con firmeza. Es un hombre elegante, de facciones marcadas y porte distinguido. Su traje oscuro está impecablemente planchado, su corbata perfectamente anudada. A simple vista, impone respeto. Pero su sonrisa, aunque contenida, es cálida.

—Así que tú eres Carlota —dice con voz profunda y pausada—. Mi hijo no deja de hablar de ti.

Me sorprende su franqueza, pero me mantengo serena.

—Espero que para bien —respondo con una pequeña sonrisa.

Clarise, su esposa, ríe con suavidad. Es una mujer bellísima, con el cabello recogido en un moño sofisticado y unos ojos azul grisáceo que me analizan con una mezcla de curiosidad y aprobación.

—Solo cosas buenas, te lo aseguro —interviene ella—. Nos ha hablado de tu carrera, de tu inteligencia… y de lo feliz que lo haces.

Esa última parte me golpea más fuerte de lo esperado. Desvío la vista un instante hacia el

hemiciclo, como si necesitara un respiro antes de responder.

—Lucien también me hace feliz —confieso—. Es… extraordinario.

—Lo es —asiente su padre—. Demasiado, a veces.

Hay un matiz en su tono que me intriga.

—¿Demasiado?

El señor Deveraux entrelaza las manos sobre su bastón.

—Siempre ha sido el mejor en todo lo que se ha propuesto. Ambicioso, decidido, brillante. Pero esa brillantez también puede volverse solitaria.

Algo en su mirada me hace entender que no está hablando sólo de política.

—Creo que eso es parte de lo que lo hace tan admirable —digo con sinceridad—. No tiene miedo de tomar decisiones difíciles.

—No, no lo tiene. Pero incluso los hombres como Lucien necesitan un hogar al que volver.

Siento un pequeño nudo en la garganta. Sé lo que intenta decirme. Sé lo que me está pidiendo sin decirlo directamente.

—Lo tiene —respondo con suavidad—. Siempre lo tendrá.

Nos miramos en silencio un segundo más. Luego, el señor Deveraux asiente, como si hubiera encontrado en mis palabras lo que necesitaba escuchar.

—Bien —dice simplemente. Y por primera vez, su expresión se suaviza.

Justo en ese momento, la música ceremonial comienza a sonar. Es la señal de que la sesión está a punto de empezar. Me giro, mi mirada se pierde entre los escaños y las figuras que empiezan a tomar asiento.

Me siento junto a Isabelle y los padres de Lucien, con el corazón latiendome con fuerza. La conversación con el padre de Lucien ha sido agradable; es un hombre inteligente, con una carrera política impecable, y me ha impresionado su visión pragmática del liderazgo. Pero ahora, toda mi atención está en la sala que se extiende ante nosotros.

El Parlamento es imponente. Desde aquí arriba, el semicírculo de bancadas se abre majestuoso, un teatro de poder donde cada escaño representa una voz, una ideología, un fragmento del destino del país. La cúpula de cristal deja entrar una luz tenue que otorga solemnidad al ambiente. El eco de pasos, el murmullo de conversaciones contenidas, la sensación de que algo importante está a punto de comenzar… Todo tiene un aire trascendental.

Los parlamentarios van entrando uno a uno, algunos conversando en voz baja, otros revisando documentos, algunos con el ceño fruncido, concentrados. Hay tensión en el aire, pero también determinación. Son hombres y mujeres que, pese a sus diferencias, están aquí para decidir el futuro de Bélgica.

De pronto, la música ceremonial resuena en la sala. Un himno solemne, una melodía que marca el inicio de la sesión. Los asistentes toman asiento, las voces se apagan. Todo el parlamento contiene el aliento.

Y entonces, las puertas principales se abren y él entra.

Lucien.

El presidente.

Mi Lucien.

El impacto es inmediato. Toda su bancada se pone de pie al unísono y el aplauso retumba en la sala, firme, unánime. Es un reconocimiento, un respeto absoluto a su liderazgo. Es su partido mostrándole lealtad, fuerza.

Y él, con su porte imponente y su expresión resuelta, avanza con paso seguro. Su traje oscuro, perfectamente cortado, realza su presencia. Cada mirada está sobre él, cada movimiento suyo transmite autoridad, control y carisma.

Me cuesta respirar.

Este es el hombre al que amo. El hombre que lleva sobre sus hombros el destino de un país entero. El hombre que, aún con todo este poder, esta responsabilidad, esta presión… sigue encontrando tiempo para besarme la mano, para susurrarme que me ama.

Lucien llega a su asiento, se gira levemente y eleva la vista hacia el palco.

Nuestros ojos se encuentran.

Solo un segundo. Solo un instante. Pero es suficiente.

Sabe que estoy aquí.

Y cuando se sienta, con la misma elegancia y solemnidad con la que ha entrado, el Parlamento entero sigue su ejemplo.

La sesión comienza.



Capítulo 36

Me acomodo en mi asiento, con la vista fija en Lucien. Su sola presencia impone. De pie, en el centro del hemiciclo, domina la sala con su porte seguro, su traje perfectamente ajustado y su expresión firme y decidida.

Lucien da un paso adelante con su mirada recorriendo la sala. Su postura es firme, su presencia magnética. El murmullo del Parlamento se apaga en cuanto empieza a hablar. No necesita levantar la voz para captar la atención de todos. Su tono es claro, preciso y lleno de convicción.

—Señoras y señores, hoy estamos aquí para decidir el futuro de nuestro país. Para tomar una decisión que no solo nos afectará a nosotros, sino a las generaciones que vendrán después.

Hace una pausa, dejando que el peso de sus palabras cale en cada uno de los presentes.

—Durante demasiado tiempo hemos postergado lo inevitable. Hemos mirado hacia otro lado mientras el aire que respiramos se vuelve más tóxico, mientras nuestros océanos se llenan de residuos, mientras el cambio climático avanza sin freno. Pero ya no podemos darnos ese lujo. Hoy es el día en que decidimos si seremos líderes del cambio o si permitiremos que otros nos arrastren hacia el pasado.

Un murmullo recorre la sala, pero nadie interrumpe. Todos están pendientes de él.

—Nuestro plan de reciclaje y energías renovables no es una propuesta improvisada. Es el resultado de años de estudio, de datos, de expertos que han dedicado su vida a encontrar soluciones viables para nuestro país. No se trata solo de una cuestión ambiental, sino también económica. Cada euro invertido en sostenibilidad es un euro invertido en empleo, en innovación, en competitividad.

Hace una pausa y cambia ligeramente su tono, volviéndose más cercano, más personal.

—Sabemos que los cambios generan dudas, que las transiciones pueden ser difíciles. Pero les pregunto: ¿Qué alternativa tenemos? ¿Seguir dependiendo de combustibles fósiles que nos atan a una economía obsoleta? ¿Permitir que nuestros ciudadanos sigan pagando facturas energéticas altísimas cuando podríamos producir nuestra propia energía de manera limpia y eficiente?

Algunos diputados asienten. Veo incluso a miembros de la oposición inclinándose hacia adelante, escuchándolo con atención.

—Y no nos quedamos solo en las grandes industrias —continúa—. Queremos que cada ciudadano pueda formar parte del cambio. Por eso, hemos diseñado un plan de subvenciones para la compra de vehículos eléctricos. Sabemos que no todos pueden permitirse un coche nuevo, por eso vamos a ayudarles. Vamos a hacer que el transporte sostenible deje de ser un privilegio y se convierta en una opción real para todos.

El tono de Lucien se eleva ligeramente, su pasión se siente en cada palabra.

—Este no es solo un proyecto. Es un compromiso. Con nuestra gente, con el resto de la Unión Europea, con nuestro planeta y con el futuro. Y es un compromiso que asumo con determinación, porque creo en él.

La sala contiene la respiración.

—No estamos aquí para debatir si el cambio es necesario. El cambio es urgente, es inminente. Y hoy tenemos la oportunidad de liderarlo. Tomemos la decisión correcta. Hagamos historia.

Por un segundo, hay un silencio absoluto… y luego el Parlamento entero estalla en aplausos.

Los diputados de su partido se ponen de pie de inmediato. Algunos opositores tardan un poco más, pero incluso ellos terminan por levantarse. El sonido del aplauso resuena en toda la sala, en las galerías, en cada rincón del edificio.

Yo me uno a ellos. No puedo evitarlo. La emoción me desborda. Siento un orgullo inmenso al verlo ahí, logrando lo que se propuso, llevando a cabo su visión con una determinación inquebrantable.

Miro a su padre. Tiene una leve sonrisa en los labios. Clarise también aplaude, con elegancia,

pero con una chispa de admiración en los ojos. Isabelle me aprieta la mano con emoción.

Lucien recibe los aplausos con la misma compostura de siempre, aunque puedo notar el leve brillo en su mirada. Sabe que ha ganado. Y yo también lo sé.

Cuando el sonido empieza a apagarse, el Presidente de la Cámara pide que se preparen para la votación. Sé que el resultado será positivo. No podría ser de otra manera. Lucien ha conquistado la sala como siempre.

Cuando Lucien entra en el despacho, su sonrisa ilumina la habitación. Su energía es arrolladora y su entusiasmo palpable. Abraza a sus padres con afecto, besa a Isabelle en la frente y luego… sus ojos se clavan en mí.

Antes de que pueda reaccionar, sus manos firmes me rodean la cintura y me alza en el aire, girándome con facilidad. Dejo escapar una risa sorprendida y cuando mis pies vuelven al suelo, su boca encuentra la mía en un beso apasionado, sin importarle quién nos esté mirando.

—Mamá, papá… —su voz resuena en la sala con orgullo y determinación. —Os presento a Carlota Herrera, mi futura esposa, mi inspiración, mi musa… mi mujer.

El aire se detiene en mis pulmones. Mis ojos se abren de par en par y siento cómo mi piel arde al notar todas las miradas sobre nosotros. Los padres de Lucien sonríen y comienzan a aplaudir, seguidos de Isabelle, que parece a punto de gritar de emoción.

Pero antes de que pueda procesar lo que acaba de decir, Lucien mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca una pequeña caja de terciopelo azul, parecida a la anterior.

Mi corazón se acelera. Ahora sí.

—Carlota… —Su voz es más baja ahora, pero firme, cargada de emoción. Lentamente, se arrodilla ante mí, sin apartar su intensa mirada de la mía.

Mi pecho sube y baja con rapidez, siento que me falta el aire.

Lucien abre la caja y un anillo asombroso de diamantes reluce bajo la luz del despacho. Es elegante, majestuoso, pero sin ser ostentoso. Perfecto. Como si hubiera sido hecho solo para mí.

—Desde que llegaste a mi vida, todo ha cambiado. Has traído luz, pasión, inteligencia… me has hecho querer ser un hombre mejor. He construido un país, he luchado en batallas políticas, pero contigo… quiero construir un hogar.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—No quiero un solo día sin ti, Carlota. No quiero que haya una mañana en la que no te despierte a mi lado. Quiero compartirlo todo contigo. Mis días, mis noches, mis victorias, mis fracasos. Mi vida.

Siento las piernas temblorosas, la garganta seca.

—Carlota Herrera, ¿quieres, ahora sí, casarte conmigo?

El mundo entero desaparece. Solo existe él. Su voz, su mirada… su amor.

Mis labios se entreabren, pero las palabras no salen al principio. Siento cómo las lágrimas

escapan por mis mejillas.

Y entonces, respiro hondo, sonrío y digo, con voz temblorosa pero firme:

—¡Sí! ¡Sí quiero!

La sala estalla en aplausos y vítores, en alegría. Isabelle me abraza chillando, los padres de Lucien sonríen con emoción. Lucien se levanta rápidamente, me envuelve en sus brazos y me besa con un amor y una devoción que me dejan sin aliento.

Soy suya.

Es mío.

Y vamos a casarnos. *Ahora sí.*

El restaurante, al que vamos tras la Sesión del Congreso, es de una exclusividad impecable, con techos altos, lámparas de cristal que proyectan una luz cálida y elegante, y un servicio que se mueve con precisión y discreción absoluta. Mesas separadas lo suficiente para garantizar privacidad, manteles de lino impoluto y una vajilla que seguramente cuesta más que un coche de lujo. La música de fondo es suave, apenas perceptible, lo justo para acompañar la conversación sin interferir en ella. En cada rincón se respira opulencia y poder.

La comida transcurre con risas y conversaciones animadas entre Lucien, su familia y yo. Disfruto del ambiente, de la celebración, de la forma en que Lucien me mira con orgullo. Todo es perfecto… hasta que me levanto para ir al baño.

Camino por el pasillo de mármol negro hasta el tocador, un espacio igual de lujoso con espejos dorados y lavabos de mármol pulido. Y entonces, allí, junto al tocador, me la encuentro. Sofía Moreau.

Es imposible no reconocerla. Alta, despampanante, con un vestido ceñido que grita “dinero” y un perfume intenso que se queda en el aire. Sonríe con esa confianza de quien sabe que es una mujer espectacular y da un paso hacia mí.

—Carlota Herrera, ¿verdad? —dice con voz sedosa. Su mirada se desliza por mí como si me estuviera evaluando—. Te conozco por la prensa.

Me mantengo firme. No me gusta su tono, su forma de mirarme.

—Un placer —respondo escuetamente, sin ofrecerle más conversación.

Pero Sofía no ha terminado. Se cruza de brazos y ladea la cabeza con fingido interés.

—Has tenido suerte con Lucien —comenta con una sonrisa que no me gusta nada—. Has conseguido lo que otras no pudimos.

Mi mandíbula se tensa.

—El anillo es fabuloso —continúa, echando un vistazo a mi mano—, pero… tu ropa… No sé si es la más apropiada para la ocasión. Tal vez deberías pasarte por una de mis tiendas.

Su tono es dulce, pero cada palabra está afilada como una navaja. Otra con la ropa.

La rabia me sube por la garganta, pero no voy a darle el gusto de verme afectada. Le dedico una sonrisa fría antes de responder:

—No creo que haga falta. Por lo visto, lo que llevo puesto ha sido suficiente para que Lucien me haya pedido matrimonio. Algo que no ha pasado con otras, ¿no crees?

El rostro de Sofía se tensa apenas un segundo antes de que recupere su sonrisa impecable. Yo, sin decir más, me doy la vuelta y salgo del baño con la cabeza bien alta, sintiendo su mirada clavada en mi espalda.

Vuelvo a la mesa con el pulso acelerado y todavía con la rabia bullendo en mi interior. Me obligo a respirar hondo y a mantener el porte, pero no puedo evitar que mi expresión siga tensa. Me siento y tomo un sorbo de agua, intentando despejarme, pero cuando levanto la mirada, Lucien me está observando con el ceño fruncido.

Me conoce demasiado bien. Sabe que algo ha pasado.

—¿Todo bien? —pregunta en voz baja, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Sí —respondo de inmediato, sin darle margen para seguir indagando. No pienso desperdiciar esta comida hablando de Sofía Moreau ni de ninguna otra mujer que haya pasado por su cama.

Estoy harta de lidiar con las sombras de su pasado. Lo entiendo, claro que lo entiendo. Lucien no es un hombre fácil de olvidar, y menos aún si ha compartido su cama. Pero eso no significa que deba soportar que cada una de sus antiguas amantes me analice y me juzgue como si tuviera derecho a hacerlo.

Me niego a darle más vueltas. Tomo mi copa de vino y me esfuerzo en participar en la conversación con Isabelle, ignorando la sensación de molestia que sigue instalada en mi pecho.

Pero entonces la veo.

Sofía Moreau entra en el comedor con un vestido aún más ajustado de lo que recordaba, sus tacones resonando sobre el suelo de mármol con un ritmo calculado. Su cuerpo se mueve con una sensualidad exagerada, como si estuviera desfilando, y su mirada va directa a Lucien.

Oh, no. No me fastidies.

La observo sin pestañear mientras se acerca a nuestra mesa con esa sonrisa que me resulta terriblemente falsa. Y lo peor de todo… es que Lucien se levanta para saludarla.

Siento un latigazo de rabia en el pecho.

—Lucien… —su nombre sale de los labios de Sofía con un tono meloso, como si pronunciara el de un amante. Y entonces le da un beso en la mejilla… demasiado cerca de la boca para mi gusto.

Mi mandíbula se tensa tanto que me sorprende no escuchar el crujido.

—Sofía —responde Lucien, con cortesía, aunque sin demasiada calidez.

Ella se aparta apenas un poco y se gira hacia sus padres y su hermana como si fueran viejos conocidos.

—Señor y señora Deveraux, Isabelle… Qué gusto verles.

¿Perdona?

¿Desde cuándo esta mujer tiene la confianza de llamar a su hermana por su nombre de pila y con esa familiaridad? Isabelle sonríe con educación, pero sus padres apenas le devuelven el saludo con un gesto.

Yo no digo nada. No pienso gastar una sola palabra en ella.

Sofía clava los ojos en mí y su sonrisa se amplía con una satisfacción casi imperceptible. Quiere provocarme. Y lo peor es que lo está consiguiendo.

Aprieto los dedos alrededor de la copa y mantengo mi rostro inexpresivo, pero por dentro… estoy lista para romperle la cara con la botella de vino.

No me gusta esto. Yo no soy así.

Me mantengo en silencio, con mi copa en la mano, observando la escena con una sensación de incomodidad creciente. Intento respirar con normalidad.

"Soy fría, soy racional, sólo es un engaño." Me repito a mi misma.

Clarise sonríe con cortesía y la saluda con amabilidad:

—Sofía, querida, qué sorpresa. Gracias por los vestidos que me enviaste, son absolutamente fabulosos.

Sofía ladea la cabeza con falsa modestia y posa una mano en el respaldo de la silla vacía junto a Lucien.

—Me alegra mucho que le hayan gustado, señora Deveraux. Ya sabe que siempre elijo lo mejor para usted.

La manera en que lo dice, con esa voz aterciopelada y ese deje de cercanía, me crispa los nervios.

Isabelle le devuelve el saludo, aunque sin el entusiasmo con el que suele tratar a la gente. Apenas le dedica un "hola" seco y vuelve a mirar su copa de vino. Bien, al menos alguien aquí no parece encantado con su presencia.

Lucien se mantiene firme, con los labios apretados y una expresión neutra, pero no la interrumpe. Sofía sabe que tiene la atención de todos y sigue con su espectáculo.

—Señor Deveraux —dice, dirigiéndose al padre de Lucien—, ¿cómo está? Hace mucho que no lo veo. ¿Qué tal los negocios?

El señor Deveraux la observa con educación, pero con la misma frialdad que su hija.

—Bien, Sofía, gracias. ¿Y tu padre? Hace tiempo que no sé de él.

—Oh, ya sabe cómo es, siempre ocupado con los negocios —responde ella, con una sonrisa que me parece demasiado estudiada.

Yo sigo sin abrir la boca. No es mi lugar meterme en esta conversación… pero tampoco me gusta nada lo que estoy viendo.

Sofía parece encajar en este círculo con demasiada naturalidad. Demasiada confianza, demasiada historia compartida.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Antes de que pueda darle más vueltas, Sofía se sienta en la silla vacía junto a Lucien, como si tuviera todo el derecho del mundo a sentarse allí.

Pero Lucien no se lo permite.

—Sofía, esta es una celebración privada, en familia —dice con voz firme, sin mirarla directamente.

La sonrisa de Sofía se congela apenas un segundo, pero se recupera rápido. Su mirada se desliza de Lucien a mí, y veo algo peligroso en su expresión, algo que me hace sentir un nudo en el estómago.

Y entonces dice, con una dulzura afilada como una cuchilla:

—Oh, claro… Perdona, Lucien. No recordaba que ya no soy de la familia.

¿Cómo?

Mi respiración se detiene un segundo.

La frase queda suspendida en el aire como una bomba a punto de estallar.

Sofía me mira con satisfacción apenas disimulada. Isabelle desvía la mirada con incomodidad. El señor Deveraux chasquea la lengua y Clarise se lleva la copa a los labios sin decir nada.

Yo… yo estoy paralizada.

Sofía no es solo una ex amante. Parece que fue mucho más.

Lucien fue suyo en algún momento. Perteneció a su mundo, a su vida.

Y ahora está aquí, con su aire de sofisticación y su perfume envolvente, haciéndome sentir como una intrusa. Como si yo fuera la que no encaja.

Trago saliva y aprieto la servilleta sobre mi regazo.

No voy a darle la satisfacción de reaccionar. No aquí, no delante de todos.

Pero por dentro… mi pecho arde de celos y de rabia.

No puedo respirar bien. Me falta el oxígeno. El aire del restaurante parece denso, cargado, y mi pecho sube y baja con demasiada rapidez.

Sofía se despide con esa sonrisa felina y sibilina, como si acabara de ganar algo. Como si acabara de dejar una bomba en la mesa y estuviera disfrutando del espectáculo.

Lucien no dice nada. Nadie dice nada. Solo se escucha el tintineo de los cubiertos, el roce de las servilletas contra la tela de la mesa, el murmullo de otras conversaciones a nuestro alrededor. Pero yo solo oigo mi propio corazón latiendo desbocado.

Otra vez esa sensación.

Arenas movedizas.

Otra vez esa punzada de inseguridad, de no saber si Lucien está realmente conmigo o si solo soy la sustituta de alguien más. Si algún día otra mujer se me acercará con la misma condescendencia venenosa, insinuando que estuvo en mi lugar. Que alguna vez fue “familia”.

Estoy harta.

No pruebo el café. No me entra. Sólo quiero salir de aquí.

Cuando la comida finalmente termina, nos levantamos de la mesa y nos despedimos de los padres de Lucien. Clarise me toma la mano con elegancia y me dice con una sonrisa cordial:

—Carlota, me encantaría que vinieras un día a casa a tomar un aperitivo.

Asiento de manera automática, con la cabeza aún revuelta, sin pensar demasiado en lo que digo.

—Sí… claro, quedaremos un día.

Clarise sonríe y asiente, como si ya contara con ello.

Isabelle, en cambio, se acerca más y me da un beso en la mejilla. Antes de apartarse, me susurra al oído:

—No le hagas caso a esa arpía. Sofía es mala y ambiciosa. Nunca quiso a mi hermano.

Levanto la mirada y la veo con una expresión seria pero leal. Me está advirtiendo, pero también me está diciendo que está de mi lado.

Le aprieto la mano en agradecimiento antes de separarnos.

El señor Deveraux me dedica una leve inclinación de cabeza, con la cortesía de un político de la vieja escuela.

—Carlota, ha sido un placer conocerte. Espero verte pronto.

—El placer ha sido mío —respondo con una sonrisa educada que no llega a mis ojos.

Lucien y su familia se despiden con abrazos y besos, y yo me mantengo a su lado, fingiendo compostura. Pero por dentro…

Por dentro estoy hirviendo.

En cuanto entramos en el coche y las puertas se cierran, dejo escapar el aire de golpe. Lucien se sienta a mi lado, en silencio. Miro por la ventana, con el corazón apretado y los puños cerrados sobre mi regazo.

No quiero hablar.

No quiero preguntar.

Porque tengo miedo de la respuesta.

Capítulo 37

Lucien:

Otra vez la misma mierda.

Sofía.

Apareciendo cuando menos se la espera, con su veneno disfrazado de cortesía, con esa lengua afilada y esa sonrisa de serpiente.

Desde el momento en que Carlota volvió del baño, supe que algo había pasado. No ha dicho nada, porque es demasiado elegante para armar una escena en público.

Pero su mirada, la rigidez en sus hombros, la forma en que apartó la vista cuando entramos en el coche... lo dice todo.

Sofía le ha dicho algo que la ha herido.

Aprieto los dientes, conteniendo las ganas de dar un puñetazo al asiento de enfrente. Estoy harto. Harto de que el pasado siga metiéndose en mi vida. Harto de que cada vez que doy un paso hacia adelante, alguien intente joderlo todo.

Sofía nunca me quiso. No a mí. Quería el título, el poder. Ser la mujer del Presidente. Y mientras tanto, se follaba a todo lo que se le cruzaba por delante, como si yo fuera un idiota que no veía nada. No soportaba perder el control y al final, lo perdió todo.

Y ahora vuelve a aparecer, con ese tono condescendiente, como si aún tuviera algún derecho sobre mi vida.

Maldita mujer.

Carlota sigue en silencio, con la mirada fija en la ventana. Ni un reproche, ni una pregunta. Pero esa sonrisa que me dedica cuando le cojo la mano... una mierda de sonrisa. No le llega a los ojos.

No lo soporto. Necesito descargar esto ya o voy a explotar. En cuanto lleguemos, me iré a correr. Lo siento por Jake, pero va a tener que seguirme el ritmo.

La ayudo a bajar del coche, sosteniendola con cuidado. Sé que está molesta, pero no dice nada. Ese silencio me jode más que cualquier grito.

Caminamos hacia la casa, y cada paso que damos, siento cómo se levanta una barrera entre nosotros. Le pregunto si quiere algo, pero su respuesta es seca: Está bien.

No, no lo está.

Entramos en el salón, me aflojo la corbata con un suspiro frustrado y me quito la chaqueta, dejándola caer sobre una silla. Me siento a su lado, necesito sentirla cerca. Coloco sus manos entre las mías y las beso. Su piel está fría, tensa. Su rabia y su dolor están ahí, latentes, aunque ella siga callada.

—Habla conmigo —mi voz suena más suave de lo que esperaba, casi como una súplica.

Carlota levanta la mirada y cuando sus ojos se clavan en los míos, siento el golpe en el pecho antes de que abra la boca.

—Estoy harta. — no tiembla, es firme, contenida—. Harta de tus ex parejas, harta de que me acorralen, de que intenten hacerme sentir mal. De que atenten contra mi integridad. Da igual cómo las llames, exnovias, examantes, exfollamigas… siempre aparece una más.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo. No tengo defensa ante eso. No puedo borrar mi pasado, no puedo hacer que no exista. Pero no quiero que eso la haga sufrir.

Me acerco más y, con la mano aún sobre la suya, la beso. Despacio, con ternura, con la necesidad de calmarla, de demostrarle que ella es la única que me importa.

—Te quiero —mi voz es baja, sincera—. No puedo cambiar lo que hice antes de conocerte, pero mi futuro es tuyo. Todo lo que soy y todo lo que seré. No dejes que nadie te haga dudar de eso.

Carlota aprieta los labios, una lágrima rueda por su mejilla. Me inclino y la beso ahí, justo donde la salada gota ha dejado su rastro. La quiero tanto que a veces me aterra no ser suficiente para ella.

Carlota no dice nada al principio. Su pecho sube y baja con una respiración tensa, contenida. Sé que sigue dolida, que mi pasado la sigue persiguiendo, aunque intente ignorarlo. Paso un dedo por su mejilla, limpiando los restos de su lágrima, y le sujeto el rostro con suavidad para obligarla a mirarme.

—Dime qué quieres que haga —mi voz es baja, casi un susurro.

Sus labios se separan ligeramente, pero no habla. Sus ojos oscuros me escanean, buscando respuestas que quizás ni yo tengo. Finalmente, suelta un suspiro entrecortado y se aparta un poco, rompiendo el contacto.

—No es lo que hagas, Lucien... — su tono es amargo, cansado—. Es lo que ya ha pasado. Siempre hay algo, siempre alguien. Y yo... yo no soy como ellas.

Frunzo el ceño y me inclino hacia adelante, molesto, no con ella, sino con esa idea absurda.

—Por supuesto que no eres como ellas. —respondo con un deje de rabia—. No estarías aquí si lo fueras.

Carlota me observa, su mandíbula está tensa, como si quisiera discutirlo. Sé que mi historial no ayuda. Sé que ver a Sofía hoy ha sido otro maldito recordatorio de lo que fui antes de conocerla. Pero lo que ella no entiende es que nada de eso importa ahora.

—¿Cómo esperas que no me afecte? —continúa—. Entras en un sitio y todas las mujeres te miran como si tuvieran derecho sobre ti. Como si yo no existiera.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. Odio que se sienta así. Odiaría aún más que empezara a dudar de sí misma por mi culpa.

—Si pudiera borrar todo lo que pasó antes de ti, lo haría. Pero no puedo —respondo con honestidad—. Lo único que puedo hacer es asegurarte que ya no hay nadie más. Que nunca lo habrá.

Carlota cierra los ojos un momento y luego asiente, pero su expresión sigue tensa.

No me cree del todo. No todavía.

Así que no lo pienso más. Me muevo rápido, decidido. La cojo por la cintura y la atraigo hacia mí, haciendo que quede a horcajadas sobre mis piernas. Suelta un leve jadeo, sorprendida, pero no se aparta. Sus manos se aferran a mis hombros y sus ojos se clavan en los míos con intensidad.

—Escúchame bien —murmuro contra su boca—. No eres una más. Nunca lo has sido. Nunca lo serás.

La beso con la misma desesperación que llevo dentro. Con la rabia de saber que mi pasado la atormenta, aunque yo la adore. Con la urgencia de hacerle entender que solo ella me importa.

Carlota se rinde bajo mis labios, pero sé que esto no se acaba aquí. No mientras las sombras del pasado siguen acechando.

Carlota:

Me reclino en la silla, estirando los brazos tras varias horas de trabajo. Perderme en mis proyectos siempre ha sido mi refugio, mi equilibrio. Me hace sentir en control, centrada, lejos de todas las emociones que a veces amenazan con desbordarme.

Cuando Lucien entra en el despacho, apenas levanto la vista, pero el beso que deja en mi cabeza me hace cerrar los ojos por un instante.

—He encargado la cena. Te espero en el salón —su voz es calmada, segura, como si supiera que no me negaré.

Asiento sin decir nada y lo veo salir antes de volver la mirada al móvil. Aún tengo algo que hacer.

Marco el número de mi Lola asistenta en Madrid, y tras un par de tonos, responde con su energía habitual.

—¡Carlota! ¿Cómo va todo por Bruselas?

—Bien, trabajando como siempre. —respondo con naturalidad—. Escucha, en dos días regreso a Madrid, y quería preguntarte algo.

—Dime.

—¿A tu hermana Anie le interesaría venir a trabajar aquí? Sería un empleo a tiempo completo, con vivienda aparte. Quiero a alguien de confianza en esta casa, y ella me inspira esa confianza.

Hay un silencio breve al otro lado de la línea, seguido de un suspiro pensativo.

—La verdad… prefiero irme yo a Bruselas contigo —responde al fin—. Anie puede quedarse en la casa de La Moraleja, pero yo quiero seguir trabajando contigo, donde sea que estés.

Parpadeo, sorprendida. No esperaba esta respuesta, pero la idea me agrada más de lo que pensaba.

—¿Estás segura, Lola? Es un cambio importante. Será dedicación completa con comidas y limpieza——. Tendrás una casa al lado de la nuestra pero no es España.

—Estoy totalmente segura, Carlota. Me adapto rápido, y me gustaría estar allí para asistirte mejor. Necesito un cambio de aires y eres la mejor jefa que he tenido.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. No podría haber pedido una mejor respuesta.

—¡Soy la única! — río. —Entonces, hecho. Nos vemos en dos días en Madrid y organizamos todo.

—¡Perfecto! Nos vemos pronto. Hasta luego señorita Herrera.

—Hasta pronto, Lola.

Cuelgo con una sensación de satisfacción y respiro hondo. Todo va encajando. Sé lo que quiero, sé lo que necesito, y poco a poco lo estoy construyendo.

Me levanto del escritorio y salgo del despacho con pasos seguros. La cena me espera, y aunque aún haya sombras a mi alrededor, yo decido hacia dónde voy.

Bajo al salón y lo encuentro allí, esperándome con una sonrisa suave y una mesa preparada con velas encendidas. La luz tenue crea un ambiente acogedor, y el aroma de la cena recién servida llena el espacio con calidez. Es un detalle sencillo, pero lo aprecio más de lo que puedo expresar.

Lucien, vestido con ropa cómoda, se apoya en la mesa con naturalidad, observandome con esa mirada que a veces me desarma.

—No me he cambiado para la cena —digo con una pequeña sonrisa, sintiéndome un poco fuera de lugar.

Él niega con la cabeza, su expresión es serena.

—No tienes que hacer nada que no quieras, Carlota. Haz lo que desees, estás en tu casa.

Sus palabras me envuelven como un bálsamo. Mi casa. No sé en qué momento empecé a considerarla así, pero suena bien. Suena correcto.

Me siento frente a él y respiro hondo. Por primera vez en todo el día, me permito relajarme. La conversación fluye sin presiones, sin sombras del pasado. Hablamos de cosas sencillas, de nuestras rutinas, de los días que vienen. Lucien me observa con atención mientras hablo, y esa sensación de ser escuchada y respetada me llena de calma.

Esto es lo que quiero. Trabajar, vivir, construir algo sólido y estable.

Y aunque el mundo a veces parezca temblar a mi alrededor, aquí, en este momento, todo está en su lugar.

Me despierto envuelta en el calor de Lucien, con su brazo firme rodeando mi cintura. La noche ha sido intensa, llena de deseo y de algo más profundo que aún me cuesta nombrar. Me giro lentamente y lo observo. Dormido, parece menos imponente, más accesible. Paso suavemente los dedos por su cabello y, como si lo sintiera, gruñe levemente antes de abrir los ojos y dedicarme una sonrisa perezosa.

—Buenos días, mi mujer.

Mi estómago se aprieta ante esa frase. No sé si alguna vez me acostumbraré a escucharla de sus labios.

Después de un par de besos robados y alguna que otra caricia traviesa, finalmente se levanta para ir a su despacho. Se viste con la precisión de siempre, elegante incluso en los gestos más automáticos. Antes de salir, me besa en la frente y me dice que no trabaje demasiado.

—Ya veremos —respondo con una sonrisa mientras lo veo marcharse.

Hoy tengo un objetivo claro. Necesito mi propio espacio.

Me levanto con decisión y recorro la casa hasta encontrar la habitación perfecta para transformarla en mi despacho. Es amplia, con grandes ventanales que dejan entrar la luz de la mañana. Será mi refugio, mi lugar de trabajo, mi zona de control.

Llamo a Alex sin perder tiempo.

—Necesito que me localices a diseñadores de interiores. Quiero alguien con buen gusto, discreto y que trabaje rápido.

—Entendido, Carlota. Para media tarde tendrás a alguien en la casa.

Sonrío satisfecha. Me gusta rodearme de gente eficiente.

Todavía es temprano y tengo el resto de la mañana libre, así que decido hacer algo que llevo tiempo posponiendo: socializar.

Cojo el teléfono y busco el número de Emilie, la enfermera que me atendió cuando llegué herida. Parecía amable y, si voy a estar aquí, necesito rodearme de personas en las que pueda confiar.

—¡Carlota! —su voz suena sorprendida al otro lado de la línea.

—Emilie, quería invitarte a un aperitivo. Es hora de empezar a hacer amigas.

—¡Por supuesto! Me encantaría. ¿Dónde nos vemos?

Sonrío. Es un primer paso hacia una vida más allá de Lucien, más allá de la política y de las sombras del pasado. Hoy es un buen día para empezar.

Capítulo 38

La cafetería es moderna y luminosa, con grandes ventanales que dejan entrar la luz de la tarde y una decoración minimalista pero acogedora. Me gusta el ambiente, relajado pero con ese toque sofisticado que parece impregnarlo todo en esta ciudad.

Emilie ya está sentada cuando llego, moviendo distraídamente un cubierto de la mesa. Me recibe con una sonrisa amplia y sincera, algo refrescante en un lugar donde la mayoría de las sonrisas suelen ser calculadas.

—¡Carlota! Me alegra verte.

—Lo mismo digo —respondo mientras me acomodo en la silla frente a ella—. Necesitaba un descanso del trabajo. Y también conocer a alguien fuera del círculo de Lucien.

Emilie suelta una risa suave.

—Bueno, con el círculo que tiene, no me extraña que quieras respirar un poco de aire fresco.

—No tienes idea… —murmuro con una sonrisa, recordando los recientes encuentros desagradables con ciertas mujeres del pasado de Lucien.

Pedimos unas tapas y una copa de vino blanco cada una. La conversación fluye con naturalidad, algo que agradezco. Emilie me cuenta sobre su trabajo en el hospital, sobre las largas horas y los casos difíciles, pero también sobre los momentos que la hacen amar su profesión.

—No hay nada como ver a un paciente recuperarse después de haber estado al borde… es una sensación indescriptible.

Asiento, entendiendo perfectamente esa pasión por lo que se hace.

—Te entiendo más de lo que crees. En España, trabajo en la universidad y en mis propios proyectos de investigación. Me encanta la docencia, pero la neurobiología es mi verdadera pasión.

—¿Neurobiología? —pregunta con interés—. ¡Vaya, impresionante!

—Bueno, si te gustan los cerebros, sí —bromeo, haciendo que ambas riamos.

Seguimos conversando entre sorbos de vino y bocados de comida, hablando de todo un poco: viajes, anécdotas, incluso cotilleos inofensivos sobre algunos pacientes que Emilie ha atendido en el hospital. Es agradable, un respiro de la intensidad que me rodea últimamente.

Cuando salimos de la cafetería, el aire frío de Bruselas me golpea el rostro, pero no es lo único que me impacta. Un grupo de periodistas y fotógrafos nos esperan en la acera. Los flashes empiezan a saltar de inmediato, como si hubieran estado al acecho todo el tiempo.

—¡Señorita Herrera! ¿Cuándo será la boda?

—¿Cómo fue la pedida de mano?

—¿Es cierto que Lucien sigue en contacto con Sofía Moreau?

Mi mandíbula se tensa, pero pongo mi mejor cara impasible. No pienso darles el placer de una reacción.

Alex aparece de inmediato, colocando un brazo firme para escoltarme hacia el coche. Emilie me sigue de cerca, algo desconcertada.

—¿Siempre es así? —me pregunta en un susurro, mientras nos metemos en el vehículo.

Suspiro y me recuesto contra el asiento con una sonrisa resignada.

—Bienvenida a mi vida. Es lo que tiene salir con el hombre más guapo de Bélgica.

Emilie suelta una carcajada mientras el coche arranca. Yo también río, aunque en el fondo sé que esta es solo una pequeña muestra de lo que me espera.

El coche avanza por las calles de Bruselas mientras Emilie se acomoda en el asiento y me mira con algo de duda, como si estuviera debatiéndose entre contarme algo o no. Finalmente, suspira y se decide.

—Carlota… sé que no es asunto mío, pero como ahora estás con Lucien, creo que es mejor que sepas ciertas cosas.

Levanto una ceja, intrigada. No me gusta la dirección que está tomando la conversación, pero tampoco puedo ignorar la curiosidad que me invade.

—¿De qué hablas?

Emilie se humedece los labios antes de continuar.

—Sobre Sofía Moreau. Lucien y ella estuvieron juntos mucho tiempo… cinco años, para ser exactos. Estaban prometidos.

Mi estómago se contrae ante la revelación. Cinco años. No es un simple romance pasajero ni una aventura sin importancia. Es una relación con un peso real, con historia, con… futuro. O, al menos, lo tuvo.

Miro a Emilie, esperando que continúe, aunque una parte de mí teme lo que va a decir.

—¿Y qué pasó?

—Bueno… oficialmente la relación terminó de la noche a la mañana. Se suponía que iban a casarse y, de repente, todo se rompió sin explicaciones. Las malas lenguas dicen que fue Lucien quien la engañó, que tenía otras mujeres… pero yo nunca me lo creí.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Porque Sofía nunca me pareció el tipo de mujer que acepta ser la víctima. Demasiado calculadora, demasiado ambiciosa. Siempre daba la sensación de que estaba con él por lo que representaba más que por lo que era. Y Lucien… no sé, dudo que arruinara algo tan serio por un simple desliz.

Las palabras de Emilie me dejan pensando. Cinco años juntos. Un compromiso. Una ruptura repentina.

¿Por qué Lucien nunca me lo ha contado? ¿Por qué no ha mencionado que Sofía fue mucho más que una ex cualquiera?

El coche llega a su casa y se detiene suavemente frente a la entrada. Emilie me sonríe, ajena al torbellino de pensamientos en mi cabeza.

—Me ha encantado pasar la tarde contigo. Si necesitas cualquier cosa, aquí estoy. Eres una chica estupenda, Carlota.

Le devuelvo la sonrisa, agradecida por su sinceridad, aunque mi mente sigue atrapada en lo que

acaba de decirme.

—Gracias, Emilie. Nos vemos pronto.

Ella baja del coche y se aleja con paso ligero. La observo por la ventanilla unos segundos antes de echarme en el asiento y soltar un suspiro largo.

Cinco años. Prometidos.

Sofía Moreau no era una simple exnovia de Lucien. Era la mujer que casi se convierte en su esposa.

Cuando el coche se detiene frente a Lambermont, bajo con rapidez. La idea de tener mi propio despacho en la casa me llena de entusiasmo. Al acercarme a la entrada, veo a una chica joven esperándome. Tiene el rostro alegre, unos rizos castaños que le caen sobre los hombros y un aire profesional pero cercano.

—¡Hola! —dice con energía, extendiéndome la mano—. Soy Elike Fontaine, diseñadora de interiores. Un placer conocerte, Carlota.

Su actitud me contagia y le estrecho la mano con una sonrisa.

—Igualmente, Elike. Gracias por venir tan rápido.

—Por supuesto, me encanta trabajar en proyectos desafiantes —responde con entusiasmo—. Y tengo que decir que he investigado un poco sobre ti y tu perfil profesional. Quiero que este espacio sea funcional y perfecto para ti.

Me sorprende su nivel de dedicación. Eso es justo lo que necesito, alguien eficiente y resolutivo.

—Eso suena estupendo. Ven, te enseño la habitación.

La guío por la casa hasta la estancia que quiero convertir en mi despacho. Es espaciosa, con techos altos y grandes ventanales que dejan entrar mucha luz natural. Elike entra y recorre el espacio con la mirada, analizando cada rincón.

—Bien, aquí tenemos potencial —dice mientras saca su tablet y empieza a hacer notas—. ¿Qué necesitas exactamente?

Me cruzo de brazos, pensando.

—Un lugar donde pueda trabajar con tranquilidad, con una gran mesa de trabajo y una librería amplia. También me gustaría que fuera acogedor, pero sin perder elegancia.

Elise asiente con rapidez, ya imaginándose el diseño.

—Perfecto. Esta noche te enviaré un diseño preliminar, y si te gusta, mañana mismo me pondré manos a la obra. Para mediados de la semana que viene, estará terminado.

Su eficiencia me impresiona. Es joven, pero claramente sabe lo que hace.

—Me encanta tu rapidez —le digo con sinceridad—. Confío en tu criterio, así que espero con ganas el diseño.

Ella sonríe ampliamente.

—No te preocupes, Carlota. Te va a encantar.

La acompaño a la puerta y nos despedimos. Mientras la veo marcharse, siento una gran satisfacción. Poco a poco, estoy haciendo de esta casa mi hogar.

Subo a mi habitación y me quito la ropa con tranquilidad. Necesito una ducha para despejarme y relajarme. Mientras el agua caliente resbala por mi piel, cierro los ojos y sonrío. Hoy ha sido un buen día.

Mientras espero a que el agua alcance la temperatura perfecta, me recojo el pelo en un moño alto y suspiro, disfrutando del vapor que empieza a llenar el baño. Entonces oigo la puerta abrirse con suavidad.

Antes de que pueda reaccionar, unos brazos fuertes me rodean por la cintura y un cuerpo cálido y firme se pega contra mi espalda. Un aliento familiar y ardiente roza mi oído antes de que sus labios bajen por mi cuello, dejando besos húmedos y lentos.

—Te he echado demasiado de menos —murmura Lucien con voz grave y cargada de deseo.

Su tono es posesivo, hambriento y necesitado. Siento sus dedos recorrer mi abdomen, subir despacio hasta mis pechos, mientras su otra mano se desliza más abajo, reclamandome sin preámbulos.

—No te gires —ordena en un susurro contra mi piel—. Voy a hacerlo rápido. Lo necesito.

Su dominio me acelera el pulso. Me inclina ligeramente, sujetándome firme contra los azulejos calientes y entonces lo siento. Fuerte. Urgente. Sin tregua.

El agua cae sobre nosotros en un murmullo constante mientras Lucien se mueve dentro de mí con hambre contenida. Sus manos sujetan mis caderas con fuerza, su boca jadea contra mi hombro, su cuerpo choca contra el mío en un ritmo que me deja sin aliento.

El placer crece rápido, brutal, intenso, sin margen para el pensamiento, solo para la sensación pura y absoluta de ser suya.

Cuando todo termina, Lucien me abraza contra su pecho con respiración aún agitada en mi oído. Nos quedamos unos segundos así, recuperando el aliento, dejando que el agua nos limpie, que el calor calme la necesidad voraz que nos ha arrastrado.

Entonces, con movimientos más lentos y suaves, me enjabona la piel con las manos, deslizandolas por mi espalda, por mis brazos, por mis piernas, con una ternura que contrasta con la crudeza de hace unos minutos.

—Podría quedarme aquí toda la noche —susurra, besando mi hombro.

Sonrío, apoyando la cabeza en su pecho.

—Pero tenemos que cenar.

Ríe bajo, con esa voz suya que siempre me hace estremecer.

—Verdad. Pero primero, déjame saborearte un poco más.

Nos besamos bajo el agua, despacio esta vez, sin prisas, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Y por un momento, me lo creo.

Cuando salimos de la ducha, Lucien me envuelve en una toalla con cuidado, como si me

estuviera protegiendo de algo invisible. Me mira con esos ojos oscuros y fieros que me devoran y me pertenecen al mismo tiempo.

—Vamos, preciosa. Vamos a preparar la cena.

Y, con una sonrisa satisfecha en los labios, le sigo.

Preparamos la cena juntos, algo ligero pero delicioso: una ensalada fresca con aguacate y frutos secos, y un pescado a la plancha con limón y especias. Lucien se mueve con naturalidad por la cocina, ayudándome a cortar ingredientes, sirviendo el vino, robándome besos entre tarea y tarea. Me hace sonreír sin darme cuenta.

Nos sentamos a la mesa, frente a frente. Es un momento de calma, de complicidad silenciosa, de miradas que no necesitan palabras.

Mientras cenamos, le cuento que la próxima semana, cuando regrese, vendrá conmigo mi asistenta de Madrid.

—Se establecerá en la casa a partir de ahora —le explico, mientras pincho un trozo de pescado con el tenedor—. Así podré organizarme mejor con mis clases y mis proyectos.

Lucien asiente con satisfacción.

—Me parece perfecto. Marie ya ha sacado todas sus cosas de la casa de al lado —dice con tono despreocupado, como si no quisiera darle más importancia—. Está todo limpio y despejado, cerraduras cambiadas, códigos de seguridad nuevos.

Me sorprende su eficiencia, aunque no debería. Lucien no deja cabos sueltos, no permite que nada ni nadie altere su mundo. Y, ahora, su mundo me incluye a mí.

—Gracias por encargarte de todo —le digo con sinceridad.

Él me dedica una sonrisa encantadora.

—Solo quiero que estés tranquila.

Tomo un sorbo de vino antes de soltar la siguiente frase.

—Mañana por la noche viajaré a Madrid. Prefiero dormir allí y estar descansada para mis clases y proyectos.

Lucien deja su copa en la mesa y me observa con atención.

—Sabes que podríamos buscarte algo aquí en Bruselas. No tienes que ir y venir todo el tiempo.

Le sostengo la mirada y niego con suavidad.

—Estoy muy contenta con mi trabajo, Lucien. Por ahora, no voy a dejarlo.

Hay un momento de silencio, un cruce de emociones en el aire. Sé que no le gusta la idea de que me vaya, pero también sé que me respeta. Y eso es lo que más valoro de él.

Finalmente, se inclina sobre la mesa y me acaricia la mano con el pulgar.

—Si es lo que quieres, lo respeto —dice, con esa voz grave que siempre me desarma—. Pero te echaré de menos.

Sonrío y aprieto su mano con ternura.

—Y yo a ti.

El resto de la cena transcurre en un ambiente cálido y tranquilo. Nos conocemos, nos entendemos, nos pertenecemos en la medida justa de la libertad y el amor. Y eso me hace sentir segura, querida, en casa.

El domingo transcurre en una burbuja de calma y deseo. Nos quedamos en casa, sin prisas, sin horarios, sin interrupciones. Lucien está especialmente pegajoso, y aunque intento preparar mi maleta para el viaje, no deja de buscarme, de abrazarme por la espalda, de robarme besos en el cuello.

—Tres días son demasiado tiempo —murmura contra mi piel, deslizando sus manos por mi cintura mientras intento doblar una blusa.

—No exageres, Lucien —río, apartandolo suavemente—. Tres días pasan volando.

Pero él no parece convencido. Me gira entre sus brazos y me mira con esos ojos oscuros llenos de intensidad.

—Para ti, tal vez. Para mí, van a ser un infierno.

Sonrío, apoyando las manos en su pecho.

—Eres un exagerado.

—No. Solo soy un hombre que se ha acostumbrado a dormir contigo cada noche y a despertarte cada mañana entre besos.

Su voz baja y rasposa me estremece. Me besa con lentitud, con posesión, como si intentara dejarme su marca antes de que me vaya. Y funciona. Me derrito en sus brazos, olvidándome por un momento de la maleta y del viaje.

Cuando conseguimos separarnos, con la respiración agitada, me dedica una sonrisa pícara.

—Te llamaré todas las noches —dice, acariciando mi mejilla con el dorso de la mano.

—Por supuesto —asiento, con ternura—. Hablaremos de nuestro día.

—Y si quieres, podemos tener sexo telefónico.

Me echo a reír.

—Lucien, por favor. Eso lo hacen los adolescentes.

Él se acerca aún más, sus labios apenas rozando los míos.

—Pues entonces soy un adolescente contigo.

Su confesión me desarma. Nunca imaginé que este hombre, poderoso, temido, tan acostumbrado a tener el control, pudiera volverse así conmigo. Me hace sentir especial, única.

—Eres imposible —susurro contra su boca.

—Lo sé. Pero soy tuyo.

Y vuelve a besarme, robándome el aliento y cualquier intento de terminar de preparar mi maleta.

Capítulo 39

Llego a Madrid temprano, respiro el aire frío de la mañana y Alex me lleva directa a la facultad. Aún tengo tiempo antes de mi primera clase, así que voy a la cafetería a desayunar tranquila. Me siento en una mesa junto a la ventana, con un café caliente y una tostada, mientras leo en mi tablet las últimas publicaciones científicas. Disfruto de este momento de calma, de la rutina conocida, de estar en mi entorno.

Pero mi tranquilidad dura poco.

—Vaya, mira quién está aquí —la voz de Jon me saca de mi lectura. Levanto la vista y lo veo frente a mí, con una sonrisa ladeada y ese brillo pícaro en los ojos.

—Hola, Jon —respondo, sin demasiado entusiasmo.

Se sienta sin pedir permiso y deja su bandeja en la mesa.

—¿Qué tal tu vida de primera dama? —pregunta, burlón.

Ruedo los ojos.

—No soy ninguna primera dama.

—Vives con el presidente de Bélgica. Diría que lo eres, al menos extraoficialmente.

—Solo estoy en Bruselas unos días a la semana. Mi vida sigue aquí, en la Universidad, en mi trabajo.

Jon me observa con atención mientras bebe un sorbo de café.

—Podríamos retomar lo nuestro esos días —dice, sin rodeos.

Lo miro, atónita.

—Jon… tengo pareja.

—¿Y? —se encoge de hombros con absoluta tranquilidad—. Tu presidente seguramente hará lo mismo cuando no estés.

Siento un vuelco en el estómago. Mi rostro no refleja nada, pero por dentro, una punzada de celos y rabia me atraviesa.

—No tienes ni idea de lo que dices —contesto, con voz neutra.

Él sonríe con suficiencia.

—Créeme, Carlota, los hombres como él no son de una sola mujer.

Sus palabras se me clavan como una espina en la mente. No pienso darle el gusto de reaccionar, así que simplemente recojo mis cosas y me levanto.

—Tengo clases que preparar. Nos vemos luego.

Salgo de la cafetería con paso firme, pero su comentario sigue dando vueltas en mi cabeza. ¿Podría ser cierto? ¿Lucien sigue acostándose con otras cuando no estoy?

Sacudo la cabeza. No voy a caer en ese juego. Confío en él. Pero la duda, como un veneno lento, ya se ha instalado en mi interior.

La mañana transcurre entre clases, reuniones y horas en el aulario, envuelta en el ritmo frenético que tanto me gusta. Es un placer estar de vuelta, caminar por los pasillos de la facultad, intercambiar ideas con mis alumnos, debatir con mis colegas. Aquí, en este mundo de conocimiento y ciencia, me siento completamente en mi elemento.

Entre una clase y otra, mi móvil vibra en el bolsillo de mi bata. Lo saco y veo tres notificaciones.

Lucien*: "Te echo de menos. Mucho."*

Sonrío sin poder evitarlo. Me gusta que me extrañe, aunque solo llevamos unas horas separados.

El segundo mensaje es de Clara.

Clara: *"Estoy en Madrid. ¿Nos vemos esta tarde?"*

Levanto una ceja, sorprendida. No sabía que venía, pero me alegra. Mi hermana es directa, divertida y su compañía siempre es agradable.

El último mensaje es de un número desconocido.

Desconocido: "*Buenos días, Carlota. Soy Clarise Deveraux. Me gustaría invitarte a almorzar este viernes en el restaurante L'Ambroisie. Será un placer pasar un rato contigo."*

Parpadeo, un poco sorprendida. La madre de Lucien no ha perdido el tiempo en buscarme. No tengo razones para rechazarla, así que acepto.

Carlota: "*Será un placer. Nos vemos el viernes."*

Guardo el móvil y sigo con mis clases.

Cuando por fin termina la jornada, salgo de la facultad con el sol de la tarde sobre mi rostro y el aire fresco de Madrid llenando mis pulmones. Respiro hondo y sonrío. Me gusta esta sensación de autonomía, de independencia, de hacer lo que me apasiona.

Me dirijo a casa, disfrutando del trayecto. Tengo toda la tarde por delante, planes con Clara y un almuerzo intrigante el viernes. Sí, sin duda, me gusta estar aquí.

Llego a casa y apenas cruzo la puerta, Lola aparece apresurada, con un gesto nervioso pero decidido.

—Ya he preparado las maletas para el viaje —me dice, con una sonrisa contenida.

Dejo mi bolso en el recibidor y me giro para mirarla con atención.

—Lola, ¿estás segura de esto? Es un gran cambio.

—Más que segura —responde con firmeza—. Necesito cambiar de aires. He dejado a mi pareja de toda la vida… ya no funcionábamos. Y la verdad, me atrae mucho la idea de vivir en Bruselas. Me encanta trabajar contigo, y además, el presidente… bueno, es un honor formar

parte de su equipo.

La observo unos segundos, intentando descifrar si en sus palabras hay alguna duda, pero parece convencida.

—Tendrás más trabajo, ya lo sabes —le advierto—. Pero también tendrás una casa propia al lado de la nuestra, así que tendrás tu espacio. Además, contarás con chófer para tus compras y salidas.

Sus ojos se iluminan con una mezcla de entusiasmo y alivio.

—¡Vaya! ¡Increíble, Carlota! Gracias por confiar en mí.

Le sonrío y asiento. Me alegra verla ilusionada con esta nueva etapa.

Más tarde, cuando ya he terminado de organizar algunos detalles, Clara llega a casa con su energía habitual.

—¡Por fin te veo! —exclama, dándome un fuerte abrazo.

—Te echaba de menos —le respondo, correspondiendo el gesto.

—Anda, vamos a tomar un café por ahí. Cuéntame cómo va tu vida de futura primera dama.

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa y nos echamos a reír. Nos abrigamos y salimos a caminar por las calles de Madrid, disfrutando del frío de la tarde y del simple placer de estar juntas.

Entramos en una cafetería acogedora, con luz tenue y una decoración elegante pero cálida, de esas que invitan a pasar la tarde sin prisa. Nos sentamos junto a la ventana, donde el cristal empañado por el contraste del frío exterior y el calor interior nos aísla del bullicio de la calle.

Clara se quita el abrigo y lo deja sobre la silla, frotándose las manos para entrar en calor.

—Esto es justo lo que necesitaba —dice suspirando—. Un buen café y una charla contigo.

Sonrío mientras hojeo la carta, aunque ya sé lo que quiero.

—Lo mismo digo. Te echaba de menos.

Nos atiende un camarero amable y pedimos dos cafés con leche bien calientes y un par de tostadas con aguacate. En cuanto se aleja, Clara me mira con curiosidad.

—Venga, cuéntamelo todo. Te noto con cosas en la cabeza.

Respiro hondo y apoyo los codos en la mesa.

—No es nada grave, pero… hay un par de cosas que me han tenido dándole vueltas.

Clara alza una ceja, expectante.

—¿Lucien?

Asiento.

—He descubierto que estuvo prometido cinco años con una mujer llamada Sofía Moreau.

—¿Cinco años? —Clara abre los ojos, sorprendida—. ¿Y qué pasó?

—Se dejaron de la noche a la mañana, nadie sabe muy bien por qué, pero hay rumores de que

Lucien la engañó… aunque Emilie, una enfermera que he conocido , dice que fue ella quien le puso los cuernos a él.

Clara chasquea la lengua.

—Uf, esos rumores nunca traen nada bueno. ¿Y tú qué piensas?

Me quedo en silencio un momento, removiendo la cucharilla en mi café.

—No sé, pero el otro día, en un almuerzo con su familia, ella apareció. Se notaba que aún se siente con derecho sobre él. Me dijo cosas desagradables en el baño y luego se atrevió a acercarse a la mesa, como si nada.

Clara resopla, indignada.

—Menuda pieza.

—Lo peor fue su reacción cuando Lucien le dijo que era una comida privada. Ella le contestó: "No recordaba que ya no soy de la familia".

Clara frunce el ceño.

—Eso es raro.

—Mucho. Y no es lo único. También está Corine, su exfollamiga, que me odia y parece que quiere boicotearme.

Clara da un sorbo a su café y me mira fijamente.

—Carlota, escúchame bien. Lucien no parece un hombre que se ande con juegos y mucho menos con una mujer a la que le ha pedido matrimonio.

—Eso mismo pienso yo —digo con un suspiro—. Pero a veces no puedo evitar dudar.

—Mira, como diría papá, "ese hombre se viste por los pies". Se le nota que va de frente y que te quiere. No dejes que unas brujas con ganas de llamar la atención te hagan perder la perspectiva.

Sonrío y le aprieto la mano sobre la mesa.

—Gracias, Clara. Necesitaba oír eso.

—Para eso están las hermanas —dice con una sonrisa—. Y ahora dime, ¿qué tal es vivir con el presidente de Bélgica?

Nos echamos a reír y seguimos charlando mientras disfrutamos de nuestro café, con la sensación de que, por un rato, todo está en calma.

Regresamos a casa después de nuestro café, con la noche ya cayendo sobre Madrid. Clara se quita los zapatos y se deja caer en el sofá con una manta, mientras yo preparo algo ligero para cenar. Ponemos música suave de fondo y charlamos sobre tonterías, disfrutando del tiempo juntas. Me encanta tenerla aquí, me da una sensación de hogar que a veces extraño.

Justo cuando estamos terminando de cenar, mi móvil vibra sobre la mesa. Lo cojo y veo el nombre de Lucien en la pantalla.

—Es él —le digo a Clara con una sonrisa.

Ella hace un gesto de «adelante, cógelo» y me llevo el teléfono al oído.

—Hola.

Su voz profunda me envuelve al instante.

—Mon amour… —su tono es bajo, casi ronco—. Acabo de llegar a casa y ya no aguanto más. Te echo de menos.

Mi estómago da un vuelco y mi piel se eriza con solo oírlo.

—Han pasado solo unas horas, Lucien.

—Son demasiadas. Esta separación de tres días es una mierda.

Su voz tiene ese deje brusco y posesivo que hace que me recorra un escalofrío.

—Pon la cámara —ordena en un susurro—. Quiero verte.

Muerdo mi labio, sintiendo el calor subir por mi cuello.

—No puedo, está mi hermana conmigo.

Se queda en silencio unos segundos y luego suelta un gruñido frustrado.

—Dime que es broma.

Me río, divertida.

—No, es verdad. Está aquí en el sofá, acurrucada con una manta.

Lucien suelta un suspiro dramático.

—Maldición. Me estabas tentando y ahora me dejas así.

Su queja me arranca otra sonrisa.

—Lo haremos otro día —le digo con voz dulce.

—Lo haremos en cuanto pongas un pie en Bruselas —su tono es bajo, decidido—. No voy a dejarte dormir.

Mi pulso se acelera y siento la calidez recorrerme de pies a cabeza.

—Te tomo la palabra.

—No sabes lo que acabas de hacer, Carlota… —su risa es oscura, peligrosa—. Prepárate.

Nos despedimos después de unas palabras más suaves, él diciéndome que duerma bien y que sueñe con él, y yo asegurándole que sí, que lo haré. Cuando cuelgo, Clara me mira con una ceja arqueada.

—¿Está muy desesperado sin ti o me lo ha parecido?

Me echo a reír y dejo el móvil sobre la mesa.

—Digamos que… no lleva bien la espera.

Clara niega con la cabeza, divertida.

—Definitivamente, estás con un hombre intenso.

—Mucho —admito, sintiendo aún el calor en mi piel—. Pero me encanta.

Terminamos la noche con una copa de vino y una charla tranquila. Pero mientras Clara habla, mi mente sigue atrapada en la voz de Lucien y en la promesa implícita en sus palabras.

Llego a la facultad temprano, con el café en la mano y mi mente enfocada en la reunión del departamento. Me siento bien, centrada, como si estos días en Madrid fueran un respiro para mi cabeza. La reunión transcurre sin incidentes, solo temas administrativos y proyectos de investigación que ya tenía controlados.

Cuando termina, Jon se acerca con su andar despreocupado y una media sonrisa en los labios.

—Voy contigo al despacho —dice sin preguntar.

Suspiro, pero no protesto. Caminamos juntos por los pasillos mientras él me lanza miradas de reojo, como si estuviera midiendo mi humor.

—¿Y qué tal va todo con el presidente? —pregunta con su tono habitual, entre divertido y mordaz.

—Bien.

—¿Solo bien?

Le lanzo una mirada, sin ganas de darle más información.

Cuando llegamos a mi despacho, cierro la puerta tras nosotros y dejo mis cosas sobre la mesa. Me giro hacia él, esperando que diga lo que tenga que decir para poder trabajar. Pero en lugar de eso, saca su móvil y empieza a deslizar la pantalla.

—Tengo algo que enseñarte.

Levanto una ceja, impaciente.

—¿Qué?

Jon me extiende el teléfono con una expresión que no me gusta.

Miro la pantalla y mi estómago se revuelve al instante.

Las imágenes son nítidas. Lucien, mi Lucien, entrando a un restaurante con Sofía Moreau. Luego más fotos de ellos hablando en la puerta, demasiado cerca, como si compartieran confidencias. Y la última, la que me clava un puñal en el pecho, Sofía subiendo al coche con él.

Mi mano se tensa alrededor del móvil, pero mi rostro permanece impasible. Me obligo a respirar hondo y a devolverle el teléfono con la misma expresión fría de siempre.

—Negocios —digo con voz firme—. Sofía es empresaria de moda, y Lucien tiene intereses en ese sector.

Jon suelta una carcajada sarcástica.

—Vamos, Carlota, no me jodas. ¿De verdad te crees eso?

Lo miro sin pestañear.

—Me creo lo que sé.

—Lo que sabes o lo que quieres creer —responde, cruzándose de brazos—. No te das cuenta, pero los cuernos te están lloviendo.

Un latigazo de rabia me sube por la espalda, pero no lo dejo ver. No le voy a dar esa satisfacción.

—No me hagas perder el tiempo, Jon.

—No quiero que te hagan daño.

Se acerca, bajando la voz, con esa falsa ternura que me crispa los nervios.

—Yo estaría sólo por y para ti, Carlota. No necesitaría a nadie más.

Lo fulmino con la mirada.

—Mi vida amorosa no es tu problema.

Jon suspira con exageración y se aparta con un gesto derrotado.

—Tú verás. Pero no digas que no te lo advertí.

—No necesito advertencias —digo con frialdad—. Necesito trabajar.

Me giro y enciendo mi ordenador, ignorándolo deliberadamente. Sé que sigue ahí unos segundos más, como esperando que cambie de opinión. Pero no lo haré.

Finalmente, escucho la puerta abrirse y cerrarse.

Solo cuando estoy completamente sola, permito que la ansiedad me golpee con toda su fuerza. Mi pulso se acelera, mi pecho se siente pesado, y mi mente no deja de repetir las imágenes una y otra vez.

Lucien. Sofía. El coche. Otra vez la misma sensación.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Negocios, me repito.

Pero la duda se ha instalado en mi pecho como un veneno lento.

Miro la pantalla del móvil y un escalofrío me recorre la espalda. Un número desconocido. Un mensaje corto, directo, venenoso.

“*La relación entre Lucien y Sofía nunca ha acabado.”*

Automáticamente, mis dedos tiemblan cuando abro las imágenes adjuntas. Son las mismas que Jon me ha enseñado, pero hay más. Fotos de Lucien con Corine, saliendo juntos por la puerta trasera de otro restaurante. La calidad es nítida, el ángulo demasiado preciso. No parecen forzadas. Alguien quiere que las vea.

Leo el resto del mensaje y siento una opresión en el pecho, como si una mano invisible me apretara la garganta.

“Serás la primera dama de cara a la palestra, pero la ignorada dentro de su casa. Eres poca

cosa para un hombre como Lucien. Siempre habrá una o varias mujeres dispuestas a satisfacer sus necesidades sexuales.”

El aire me falta.

El pulso me retumba en los oídos.

Un calor insoportable me sube por la nuca y una angustia sofocante me estruja el estómago. No me gusta esto. No me gusta no tener el control, no saber qué está pasando realmente. No me gusta que alguien pueda jugar conmigo de esta manera.

Mis manos se crispan sobre el móvil. Respiro hondo y lo apago. No quiero ver más, no quiero leer más.

Me levanto de golpe y salgo de mi despacho, necesito moverme, hacer algo, aferrarme a la rutina. Si me quedo aquí, si dejo que estos pensamientos me envuelvan, me hundiré.

Las clases transcurren como siempre, con preguntas de alumnos, explicaciones sobre neurobiología, diapositivas proyectadas en la pantalla. Me obligo a concentrarme, a actuar con naturalidad, pero siento la ansiedad latiendo bajo mi piel, la sensación de que el suelo bajo mis pies es inestable.

Cuando vuelvo a mi despacho, durante un momento, me siento más tranquila. Al menos aquí todo sigue igual, ordenado, predecible.

Pero la sombra de la duda sigue allí, esperando el momento de devorarme.

El teléfono fijo de mi despacho suena de repente, cortando el silencio. Me sobresalto un poco, casi nunca lo uso.

Descuelgo con desgana y escucho la voz de la secretaria de la facultad.

—Doctora Herrera, tiene una llamada del señor Deveraux.

Mi cuerpo se tensa de inmediato. ¿Lucien? No, imposible. Si fuera él, llamaría a mi móvil. ¡Ah!, lo tengo apagado.

Respiro hondo y respondo con calma medida.

—Dígale que estoy en clase.

Cuelgo antes de que pueda replicar. No quiero hablar con nadie ahora mismo. Y menos con él.

Termino de recoger mis cosas con rapidez, queriendo salir cuanto antes de la facultad. La mañana ha sido demasiado larga, y mi cabeza aún sigue dando vueltas a todo lo ocurrido. Justo cuando salgo por la puerta de mi despacho, me encuentro con Carlos, el rector.

—Carlota, ¿tienes cinco minutos?

Me frunzo el ceño. No tengo ni un minuto, pero Carlos siempre ha sido un buen compañero, así que asiento con un suspiro.

—Tengo prisa, pero dime.

Me hace una seña para que lo siga hasta un rincón más tranquilo del pasillo. Su expresión es serena, pero hay algo en su mirada que me dice que sabe demasiado.

—He visto las fotos —dice sin rodeos.

El corazón me da un vuelco.

—No sé de qué hablas —respondo con voz neutra.

Carlos suspira y sacude la cabeza.

—No subestimes lo rápido que corren los rumores, Carlota. Pero escúchame bien. No hagas caso. Tú eres una mujer íntegra y profesional, y el presidente, al margen de todo, es un hombre íntegro. No dejes que habladurías o fotos sacadas de contexto te afecten. Relativiza las cosas.

Lo miro en silencio, sin saber qué decir. No esperaba esto. No esperaba un consejo bien intencionado en medio de la tormenta.

Finalmente, asiento.

—Gracias, Carlos. Lo tendré en cuenta.

Me despido rápidamente y salgo de la facultad con pasos firmes. Pero por dentro, la incertidumbre sigue ardiendo en mi pecho.

Alex me deja en la puerta de casa y entro con pasos pesados, sintiendo el cansancio acumulado del día. En cuanto cruzo el umbral, Lola me recibe con una sonrisa cálida y me indica que me ha dejado la comida lista.

—Te hará bien comer algo rico —dice con ese tono amable que siempre usa.

Cuando veo el plato servido en la mesa, algo dentro de mí se alivia. Es un pequeño consuelo, pero suficiente para hacerme sentir un poco mejor. Me siento y como en silencio, tratando de despejar mi mente.

Después de un rato, me tumbo en el sofá, cerrando los ojos por unos segundos. Sé que tarde o temprano tendré que encender el móvil, enfrentar lo que venga.

La pantalla se ilumina con una avalancha de notificaciones. Veinte llamadas perdidas. Cuarenta mensajes. Todos de Lucien.

Mi estómago se encoge mientras deslizo los mensajes uno a uno. Al principio, hay textos tranquilos, preguntando dónde estoy, por qué no respondo. Luego, la desesperación se filtra en sus palabras:

“Carlota, dime algo. Me estás matando.”

“No entiendo qué pasa. ¿Por qué me ignoras?”

“Si estás enfadada, dímelo. Pero no me hagas esto.”

“Dios, Carlota, solo dime que estás bien.”

Suelto un suspiro largo y marco su número. No pasan ni dos segundos antes de que responda.

—Carlota. —Su voz es grave, cargada de tensión.

Me humedezco los labios, intentando mantenerme firme.

—He visto las fotos. He visto tu salida al restaurante con Sofia Moreau y otras imágenes con

Corine,¿no habías dicho que habías cortado toda relación con ella?.

Silencio. Lo escucho respirar hondo antes de contestar, y su tono cambia, volviéndose más duro, más contenido.

—Era una reunión de negocios. Nada más. No pensé que los fotógrafos estarían allí. Y lo de Corine no es cierto, deben ser antiguas.

—Ya… —digo con voz neutra.

—Carlota no me hagas esto —gruñe. Está molesto, pero no grita. Su rabia es controlada, pero palpable—. La próxima vez lo haré a través de mis empleados. No volveré a entablar conversación con ella directamente.

Aprieto los dientes.

—No es eso lo que quiero. No tienes que cambiar nada. Eres libre de hacer lo que quieras. Soy yo la que tiene que acostumbrarse.

Otra pausa. Esta vez, su silencio es más largo.

—Entonces dime la verdad —dice al fin—. ¿No confías en mí?

Cierro los ojos. Me aprieta el pecho, la ansiedad me oprime la garganta. No sé qué responder. Porque quiero confiar. Pero la inseguridad sigue ahí, como una sombra persistente.

El silencio entre nosotros es doloroso, casi insoportable. Sé que está esperando una respuesta, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—Carlota. —Su voz baja una octava, no es un ruego ni una súplica. Es una advertencia. Quiere que le diga la verdad.

Me paso una mano por la frente, sintiendo la presión latir en mis sienes.

—No es tan fácil —respondo al fin—. No se trata solo de confiar o no confiar. Se trata de… de todo lo que implica estar contigo.

—Eso es una excusa. —Su tono es más áspero ahora, más brusco—. ¿De qué tienes miedo exactamente? ¿De que me acueste con Sofía? ¿Con Corine? ¿Con cualquier otra mujer? ¿De que todo lo que tenemos sea una mentira?

Cada palabra suya es un dardo.

—No lo sé. —Mi voz es un susurro, pero lo suficientemente clara como para que él lo escuche.

—No puedes seguir huyendo cada vez que algo te supera, Carlota.

Mis dedos aprietan el móvil con fuerza.

—No estoy huyendo —espetó—. Solo… Necesito espacio.

Él suelta un resoplido seco.

—¿Espacio para qué? ¿Para dejar que tu mente cree escenarios que no existen? Joder, Carlota, estoy harto de que dudes de mí.

Su brusquedad me hace hervir por dentro.

—¿Y qué quieres que haga, Lucien? ¿Que simplemente lo ignore cuando me mandan fotos tuyas con tus ex? ¿Cuando la gente me dice que soy una idiota por pensar que tú, el hombre más deseado de Bélgica, vas a conformarte solo conmigo? Todo esto me genera mucha ansiedad, no puedo controlarlo.

—Eso es exactamente lo que quiero que hagas, quiero que confíes en mí de una vez. Cuando me veas en la cama tú, tú misma, con otra entonces, créetelo pero mientras tanto, no. Porque yo no soy "el hombre más deseado de Bélgica" cuando estoy contigo. Soy sólo yo. Soy tuyo. No sé porqué se empeñan en separarnos pero te aseguro que no hay nadie más, no necesito a nadie más que a ti. Quiero ser la persona que mereces.

Mi pecho se contrae.

—No lo parece —susurro, apenas capaz de sostener mis propias palabras.

Lucien no responde de inmediato. Se hace un silencio largo, tenso.

—Voy a demostrarte que lo soy. Te lo juro. —Su voz es baja, intensa, como una promesa inquebrantable—. Pero, por favor, deja de hacer esto. Deja de dudar de mí.

Me muerdo el labio, sin saber qué responder.

—Vuelve a casa pronto —añade con suavidad—. Te necesito aquí.

Cierro los ojos y asiento, aunque él no pueda verme.

—Nos vemos el viernes, Lucien.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más.

La ansiedad me consume desde que me he levantado. Otro día más, trabajo y casa. Todo a la misma hora, siempre los mismos pasos. Necesito cada cosa en su sitio, cada objeto alineado a la perfección, cada minuto calculado. Me repito que tengo el control, pero sé que me estoy perdiendo en un bucle del que no sé salir. Hacía años que no me ocurría, y ahora me está devorando.

Ceno en silencio, empujando la comida con el tenedor sin apenas probarla. Miro el móvil sobre la mesa. Han pasado dos días y no he hablado con Lucien. No he querido saber nada, necesitaba un respiro. No he visto las noticias, no he dejado que mi madre ni Clara me digan nada sobre él. Pero lo necesito. Ya no puedo estar sin él.

Cojo el teléfono para mandarle un mensaje. Mis dedos tiemblan cuando escribo el mensaje. Solo dos palabras:

"*Te necesito.*"

La llamada entra al instante.

—Carlota. —Su voz es firme, pero hay preocupación en ella—. ¿Qué ocurre?

Trago saliva con dificultad.

—No lo sé… —Suspiro, incapaz de encontrar las palabras—. No puedo controlar esto. No sé cómo gestionar nada. Se me está yendo de las manos y…

—Mírame.

La pantalla se ilumina con su videollamada. Dudo un segundo antes de aceptarla. Lucien está ahí, en su despacho, con la camisa remangada y el ceño fruncido, mirándome con una intensidad que me atraviesa.

—Mírame, Carlota. —Su voz es baja, segura.

Levanto la vista, con los ojos ardiendo.

—Te quiero. Te quiero con toda mi alma.

Me tapo la boca con una mano, temblando.

—Tú puedes con todo —continúa—. Eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida. Fuerte, brillante, determinada… Y sí, controladora. —Su sonrisa se suaviza—. Pero controlar no significa que tengas que cargar con todo sola.

Una lágrima me resbala por la mejilla.

—No sé cómo hacer esto…

—Sí que lo sabes. —Su tono es tierno, pero firme—. Solo tienes que confiar en ti. Y en mí.

Bajo la cabeza, incapaz de sostener su mirada.

—Carlota, mi casa está aquí para ti. Nuestra casa. Ven cuando estés lista, pero nunca dudes de que te estoy esperando. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

El llanto me sacude en silencio. Me siento frágil, vulnerable, pero sus palabras me envuelven como un ancla, como una promesa.

—No sé qué haría sin ti.

—Por suerte, no tendrás que averiguarlo. —Su sonrisa es tierna—. Porque nunca voy a dejarte.

Me paso la mano por la cara, intentando secar las lágrimas, pero siguen cayendo. No sé por qué me afectan tanto sus palabras. Quizá porque siento que son verdad, quizá porque las necesito más de lo que quiero admitir.

Lucien sigue ahí, mirándome desde la pantalla, esperando. Su paciencia me desarma. Siempre me desarma.

—No quiero perderte —susurro, con la voz rota.

Él frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Eso no va a pasar, Carlota. Nunca.

Trago saliva, sintiendo que mi pecho se aprieta.

—Es que… no sé cómo gestionar esto, Lucien. Me da miedo.

—Lo sé. —Su voz baja un poco, volviéndose más suave—. Pero no tienes que hacerlo sola. Estoy aquí.

Cierro los ojos un instante, intentando calmarme. Su respiración en la línea es constante, su presencia me da paz.

—Voy a verte mañana. —Mi voz suena más firme, aunque sigo temblando por dentro—. Almuerzo con tu madre, pero por la tarde quiero volver a casa.

Lucien sonríe, y esa sonrisa lo ilumina todo.

—Eso es lo que más quiero escuchar hoy.

Suspiro y apoyo la cabeza en la palma de la mano.

—Te echo de menos.

—Yo también. —Su expresión se suaviza—. Tanto que duele.

Nos quedamos en silencio unos segundos, simplemente mirándonos. Sus ojos son mi refugio.

—Voy a intentar dormir un poco —murmuro, aunque no estoy segura de si podré.

—Hazlo, amor. —Su tono es bajo, íntimo—. Y sueña conmigo.

Cierro los ojos y sonrío apenas.

—Siempre.

—Te quiero. —me dice.

—Y yo a ti. —le contesto. Por que sí, lo quiero, con toda mi alma, mi cabeza y mi corazón.

Cuelgo la llamada y dejo el móvil sobre la mesa. Mi ansiedad sigue ahí, pero algo dentro de mí se ha calmado. Mañana volveré a casa. A nuestra casa.



Capítulo 40

Bajo la escalerilla del avión con paso firme, sintiendo el aire fresco de Bruselas rozar mi piel. Once de la mañana. Estoy en casa.

Mi falda de vuelo se mueve suavemente con la brisa, y el jersey de cachemira me envuelve con su calidez. Me siento más tranquila, más centrada. Todo está en su sitio, todo está bajo control. Lo que ocurrió anoche no se repetirá. Puedo controlar esto, no más bajones.

Alex me sigue en silencio, siempre atento, siempre profesional. Frente a nosotros, un Bentley negro espera junto al jet. No es el habitual, es uno de los oscuros de Lucien. Mi corazón late más rápido.

Alex se adelanta y abre la puerta trasera. Me acerco con calma, pero en cuanto me inclino para entrar, lo veo.

Lucien está ahí, sentado, mirándome.

Su expresión es intensa, ardiente. No dice nada, pero sus ojos hablan por él. Antes de que pueda reaccionar, sus manos me sujetan por la cintura y, con un movimiento firme y decidido, me atrae hacia él y me sienta sobre sus piernas.

Un leve jadeo escapa de mis labios. No me lo esperaba.

Él me envuelve con sus brazos, sujeta mi rostro con una de sus manos y hunde la cara en mi cuello. Su aliento caliente me acaricia la piel y su cuerpo irradia una tensión contenida.

Nos quedamos así, respirándonos.

—Carlota… —susurra, su voz ronca, casi quebrada.

Me aprieta más contra él, como si quisiera asegurarse de que realmente estoy aquí. De que no soy solo una imagen en su mente.

Mi mano sube instintivamente hasta su cabello y lo acaricio con suavidad.

—Estoy aquí —le digo en voz baja.

Lucien se separa solo lo justo para mirarme. Sus ojos están oscurecidos por algo más que deseo. Hay angustia, hay furia, hay alivio.

—No vuelvas a hacerme esto —gruñe, con la mandíbula tensa.

Su boca encuentra la mía en un beso profundo, lento, cargado de emociones. Posee, reclama, graba su presencia en mí.

Mis dedos se aferran a los pliegues de su camisa, respondiendo a su intensidad. Porque yo también lo he echado de menos.

El coche se pone en marcha, pero nada más existe. Solo nosotros, enredados en este torbellino que no quiero—ni puedo—detener.

Lucien aprieta su mano en mi nuca y profundiza el beso, su lengua invade mi boca con hambre feroz, con una necesidad que casi me consume. Mis dedos se cierran en su camisa con fuerza, mientras su otro brazo me rodea la cintura y me acerca aún más a él.

Su respiración es irregular, caliente contra mi piel. Su cuerpo es una jaula en la que me siento atrapada y protegida al mismo tiempo.

—No sabes cuánto te he necesitado, Carlota —murmura contra mis labios, su voz gruesa y cargada de deseo.

De pronto, Lucien baja sus labios por mi mandíbula y mi cuello, mordiéndome con suavidad, pero con firmeza. Un jadeo escapa de mi boca cuando sus manos descienden por mi espalda, recorriendo mi cuerpo con urgencia, con hambre.

—Mía —gruñe al oído, y su tono me hace temblar por dentro. —Eres mía, ¡Joder!

Sus dedos se deslizan por el borde de mi falda, subiéndola lentamente, descubriendo mi piel centímetro a centímetro. Mi respiración se entrecorta cuando sus manos grandes y fuertes aprietan mis muslos y suben peligrosamente, con la clara intención de hacerme suya aquí mismo.

El coche sigue en marcha, pero Lucien no se detiene. Me aferra con más fuerza y me aprieta contra su dureza, arrancándome un suspiro entrecortado.

—Lucien… —mi voz apenas es un susurro, perdida entre sus besos, entre sus manos que no dejan de reclamarme.

—Dime que me necesitas tanto como yo a ti —exige, su aliento ardiendo contra mi piel.

Lo miro a los ojos, esa intensidad oscura que me devora, que me hace olvidar todo.

—Te necesito —susurro, y Lucien gruñe con satisfacción antes de besarme de nuevo, fuerte, hambriento, posesivo.

No hay espacio entre nosotros, no hay aire, no hay nada más que este deseo descontrolado que nos consume. Porque somos fuego y no sabemos apagarnos.

Lucien me abre las piernas y me sienta a horcajadas sobre él. Sus dedos rozan mis pliegues y retira mis bragas para levantarme un poco y ensartarme de un empujón.

Los dos gemimos a las vez por la intensidad del momento. Entra y sale de manera rápida y brusca. No voy a aguantar mucho.

—Nunca… vuelvas… a pensar…. que estoy…con otra.

Me aprieta contra él y no para de entrar y salir cada vez más fuerte hasta que un orgasmo me invade por completo. Ha sido corto pero intenso. Las estrellas que aparecen en mi mente no me dejan verlo pero siento su intensidad y sus gemidos rápidos y bruscos. Unos minutos después se corre dentro de mi. Su intensidad baja y me va dando besos suaves a la vez que me dice:

—Te quiero…

—Te quiero…

—Te Quiero…

Dios mio. No puedo pedir más.

Me levanta un poco para que salga de él y me acerca unos pañuelos que hay en el lateral para que me limpie a la vez que lo hace él.

Me siento al lado e intento peinarme lo mejor que puedo.

—Espero que siempre me recibas así siempre, Luc…

—Luc…Hace tiempo que no me llamas así.

—Hace tiempo que no me siento yo misma pero eso se ha acabado.

—Me alegra oír eso.

Lucien me arregla la falda con una sonrisa satisfecha mientras recuperamos la compostura. Aún siento el calor de su cuerpo en el mío, su aliento en mi cuello, el pulso acelerado de lo que acabamos de hacer. Me acaricia la mejilla antes de hablar.

—Mi madre te espera en el Brussels Marriott Hotel Grand Place para un aperitivo, ha cambiado el lugar, dice que este hotel le parece más apropiado porque no dejan entrar a cualquier persona —dice con su voz ronca, todavía cargada de deseo. Me observa con esa mirada oscura y posesiva, como si estuviera a punto de volver a atraparme entre sus manos.

Me enderezo y le arreglo la corbata con tranquilidad. Necesito recuperar el control después de

este encuentro salvaje en el coche.

—¿Y tú qué harás? —pregunto, intentando sonar natural.

—Voy a ocuparme de unos asuntos antes de la comida. Te veré en casa de mis padres.

Asiento mientras él me besa una última vez, rápido pero intenso.

Cuando el coche se detiene en la entrada del Hotel Marriot, Alex se da prisa en abrirme la puerta.

—Nos vemos en un rato, mon amour —susurra Lucien antes de que salga.

Alex camina a mi lado mientras entramos al vestíbulo del hotel, elegante y sofisticado, con un ambiente clásico que huele a madera pulida y perfume caro. Siempre me ha impresionado la sobriedad de este lugar, tan acorde con el estilo impecable de la familia Deveraux.

Al fondo del salón principal, reconozco a Clarise Deveraux. Está sentada en un rincón apartado, con una copa de vino blanco en la mano y una postura impecable. Lleva un vestido azul marino de líneas depuradas y un collar de perlas que parece antiguo, probablemente una herencia familiar. Cuando me ve, deja la copa sobre la mesa y se pone de pie con una elegancia innata.

—Carlota, querida —dice con su tono refinado mientras me da dos besos en las mejillas—. Me alegra mucho verte.

—Madame Deveraux, un placer verla de nuevo —respondo con cortesía.

—Oh, por favor, llámame Clarise. Ya somos familia, ¿no crees?

Sonrío con educación y asiento, aunque esa palabra, “familia”, todavía me suena extraña en este contexto.

Nos sentamos y un camarero se acerca de inmediato.

—¿Qué deseas tomar, Carlota? —pregunta Clarise con amabilidad.

—Un vino blanco también, por favor —respondo, sin ganas de nada más fuerte después del torbellino de emociones de la mañana.

Clarise me observa con atención, como si quisiera leer algo en mi expresión.

—Lucien me ha dicho que estos días han sido un poco intensos para ti —comenta con un deje de preocupación—. Espero que no estés dejando que toda la atención mediática te afecte demasiado.

Me mantengo impasible, recordando las fotos, los mensajes anónimos, la ansiedad de los últimos días. No puedo permitir que nadie vea mis grietas.

—Sé cómo controlarlo todo, pero agradezco tu preocupación —respondo con calma.

Clarise asiente, tomando un sorbo de su vino.

—Eres una mujer fuerte, eso me gusta —dice con una leve sonrisa—. Lucien necesita a alguien como tú a su lado.

Me relajo un poco y tomo mi taza de té cuando el camarero la deja frente a mí.

—¿Y cómo vas tú, Clarise? —pregunto, desviando la atención de mí.

—Como siempre, ocupada con eventos y compromisos. Pero dime, ¿Cómo te encuentras en

Bruselas? ¿Te estás acostumbrando a esta vida?

La miro a los ojos y, por primera vez, siento que esta conversación no es solo un protocolo. Clarise realmente quiere saber cómo me siento. Y aunque no todo ha sido fácil, sé que estoy donde quiero estar.

Clarise toma un sorbo de su vino con elegancia antes de posar la copa sobre la mesa. Me observa con esa mirada afilada, propia de alguien que ha pasado toda su vida analizando a los demás.

—Debo decirte algo, Carlota —comienza, con un tono sereno pero firme—. Sé que has visto esas fotos y que, inevitablemente, te han afectado. Pero quiero que entiendas algo sobre Sofía Moreau.

Levanto la vista de mi copa y la miro con atención. Clarise no es una mujer que hable sin un propósito.

—Esa mujer es una arpía manipuladora —dice sin rodeos—. Engatusó a mi hijo con su dulzura fingida, pero nunca lo quiso. Solo quería lo que él podía darle: poder, influencia y un lugar en la élite.

Me sorprende su franqueza. No esperaba que hablara de Sofía de una forma tan directa.

—Lucien estuvo ciego durante años, pero, gracias a Dios, se libró de ella. Y créeme, no fue él quien echó a perder la relación.

La forma en que lo dice, con una certeza absoluta, me hace sentir un leve alivio. Pero a la vez, me molesta que todos parezcan conocer más sobre su pasado que yo.

Clarise me observa en silencio durante unos segundos antes de continuar.

—Me alegra que Lucien te haya encontrado, Carlota. No puedes imaginar cuánto.

Parpadeo, algo desconcertada.

—¿A qué se refiere? —pregunto, midiendo mis palabras.

—A que eres una mujer íntegra, alguien que no necesita su apellido ni su dinero para brillar por sí misma —dice con orgullo—. Mi marido y yo estamos encantados de que nuestro hijo esté contigo. Una científica, una catedrática… No podíamos pedir nada mejor.

Me quedo sin palabras. No esperaba tanta aprobación, ni mucho menos un elogio de este nivel.

—Adoro tu educación, tu estilo, la forma en que te desenvuelves —continúa—. Y créeme, muy pronto todo el país verá lo mismo que yo veo.

Me revuelvo en mi asiento, sintiendo un calor en el pecho que no esperaba. Clarise Deveraux, la mujer más elegante y respetada de Bélgica, me está dando su aprobación de una forma abrumadora.

—Gracias… —murmuro, todavía asimilando sus palabras—. De verdad, gracias.

Ella sonríe, una sonrisa genuina, sin dobleces.

—No hay de qué, querida. Solo quiero que recuerdes quién eres. No dejes que nadie te haga dudar.

Asiento, bastante más animada que cuando llegué. Quizás, después de todo, sí estoy donde debo estar.

—No hagas caso de la prensa, solo buscan vender. Tú, eres la futura primera dama, estás por encima de todo eso.

El coche avanza por un camino privado bordeado de árboles, y al final se alza una mansión impresionante, de líneas clásicas y majestuosas, con una fachada de piedra clara y amplios ventanales que reflejan la luz del sol de mediodía. La casa de los Deveraux no es solo una residencia, es una declaración de poder y elegancia.

Clarise baja primero, con su porte impecable, y yo la sigo, observando los jardines perfectamente cuidados, con rosales en flor y un césped que parece recién cortado. Un pórtico con columnas enmarca la entrada principal, y al cruzar la puerta, un cálido aroma a madera y flores frescas me envuelve.

Nos recibe una chica joven y sonriente, vestida con un uniforme elegante pero discreto.

—Bienvenida, señora —dice con amabilidad—. Si me acompañan, la familia ya las espera en el salón.

Los suelos de mármol reflejan la luz que entra por las enormes cristaleras, y en las paredes cuelgan cuadros de paisajes clásicos, seguramente de pintores belgas reconocidos. Pasamos por un vestíbulo amplio donde una imponente escalera de madera oscura asciende al segundo piso, y seguimos por un pasillo adornado con esculturas y mesas con jarrones de porcelana. Todo en esta casa destila lujo, pero de una forma refinada, sin excesos.

Cuando llegamos al salón, el ambiente es acogedor a pesar del tamaño de la estancia. Una chimenea de mármol domina el espacio, aunque ahora está apagada, y los sofás de terciopelo en tonos neutros invitan a sentarse y relajarse. Sobre una mesa de centro hay una bandeja con copas de vino y aperitivos.

—Disculpe, ¿podría indicarme dónde está el baño? —pregunto a la chica que nos ha recibido.

—Por supuesto señorita, se lo enseñaré —responde con una sonrisa, haciendo un gesto para que la siga.

Nos adentramos en otro pasillo, donde hay varias puertas de madera maciza. Finalmente, se detiene frente a una de ellas y la abre.

—Aquí está. Si necesita algo, estaré en el salón.

—Gracias —respondo con una leve sonrisa antes de entrar.

El baño es amplio y sofisticado, con un enorme espejo enmarcado en dorado y un tocador de mármol con pequeños frascos de perfume perfectamente alineados. Me lavo las manos despacio, mirándome en el espejo. Me siento mejor que esta mañana, más segura, pero sé que aún me queda un largo camino para acostumbrarme a esta vida.

Al salir, regreso al salón, donde ya está el señor Deveraux. Jean-Pierre Deveraux es un hombre alto y de porte distinguido, con el cabello canoso y una expresión serena, aunque sus ojos claros tienen un brillo astuto. Se levanta al verme entrar y me dedica una leve sonrisa.

—Carlota, bienvenida a nuestra casa —dice con voz firme, estrechándome la mano con cortesía.

—Gracias, señor Deveraux —respondo con una sonrisa educada.

Antes de poder decir más, siento que alguien me rodea con un abrazo cálido.

—Carlota, qué alegría verte otra vez —dice Isabelle con entusiasmo.

Su abrazo es sincero, y yo le devuelvo el gesto con una sonrisa. Isabelle es una mujer encantadora, mucho más cercana y espontánea que su madre.

—Lo mismo digo, Isabelle. Me alegra verte.

—Vamos a la mesa, ya está todo listo —dice Clarise con su elegancia habitual.

Nos dirigimos al comedor, una estancia de techos altos con una enorme mesa de madera oscura cubierta con una mantelería blanca impoluta. Los cubiertos de plata y la vajilla fina dejan claro que esta no es una comida cualquiera, sino una reunión familiar formal.

Justo cuando tomamos asiento, escucho pasos firmes entrando en la sala. Me giro y veo a Lucien.

Lleva un traje oscuro perfectamente ajustado, pero su corbata está ligeramente suelta, dándole un aire menos rígido. Su presencia llena la habitación de inmediato.

Nuestros ojos se encuentran, y en su mirada veo algo más que afecto. Hay alivio, deseo y una especie de necesidad contenida.

Se acerca a mí sin decir una palabra y me besa en los labios, un beso breve pero cargado de intención.

—Bonjour, mon amour —murmura, con una sonrisa ligera.

Después se gira y saluda a su madre e Isabelle con un beso en la mejilla, antes de tomar asiento a mi lado.

—Espero no haberme perdido nada importante —dice con un tono relajado, mientras me mira de reojo.

Yo sólo niego con la cabeza, sintiéndome más tranquila con su presencia junto a mí. Pase lo que pase, estoy aquí, con él, y de momento, eso es suficiente.

La comida transcurre con calma, entre conversaciones agradables y comentarios sobre política, arte y viajes. Clarise es una anfitriona impecable, y su elegancia hace que todo parezca perfectamente orquestado. La asistenta nos sirve una crema de calabaza con un toque de jengibre, y el aroma reconfortante me ayuda a mantener la compostura.

Estoy más relajada, disfrutando del ambiente familiar, cuando de repente, Clarise lanza la pregunta que congela la sangre en mis venas.

—Bueno, queridos… —dice con su voz suave pero firme—. ¿Cuándo es la boda?

El aire se me queda atascado en la garganta. El ruido de los cubiertos contra la porcelana parece ensordecedor, y mis manos se tensan sobre el regazo. No lo esperaba. No así.

Lucien reacciona antes de que yo pueda articular palabra. Su mano busca la mía bajo la mesa,

atrapándola con calidez y seguridad.

—Aún no hemos hablado de fechas —responde con una tranquilidad pasmosa—, pero seréis los primeros en saberlo, junto con los padres de Carlota.

Suelto el aire lentamente. Siempre sabe cómo manejar estas situaciones con una facilidad envidiable. No es solo su inteligencia, es su carisma natural, esa capacidad innata de controlar el momento sin que nadie lo note. Se nota que es presidente.

Clarise asiente con una leve sonrisa, satisfecha con la respuesta.

—Me alegra saberlo. Estoy segura de que será un evento maravilloso.

Jean-Pierre, su marido, simplemente asiente en silencio, más reservado en sus opiniones. Isabelle, en cambio, me mira con curiosidad, como si intentara leerme.

Intento recuperar el ritmo de mi respiración mientras tomo un sorbo de vino. No sé qué es peor, la idea de casarme o la de que los demás ya lo den por hecho.

Lucien aprieta mi mano con más fuerza bajo la mesa y, cuando lo miro, me dedica una leve sonrisa. Una sonrisa de complicidad, de calma.

—¿Estás bien? —murmura solo para mí.

Asiento despacio, aunque todavía siento el nudo en el estómago.

—Sí —miento.

Y sigo comiendo, como si nada hubiera pasado.

Capítulo 41

Llego a Lambermont casi al anochecer. Lucien se ha vuelto a ir al Parlamento. Nada más entrar, escucho la voz de Lola resonando alegremente por la casa. Está emocionada, recorriendo las estancias con una energía contagiosa, mirando cada detalle como si aún no creyera que este será su nuevo hogar.

—¡Madre mía, Carlota! ¡Esto es impresionante! —exclama desde el salón—. ¡No sé cómo puedes vivir aquí y no perderte!

Sonrío mientras dejo mi bolso sobre la consola de la entrada.

—Te acostumbrarás —le respondo, quitándome los tacones—. Yo lo he hecho.

Me asomo y la veo tocando las cortinas, observando los muebles con atención. Se la nota ilusionada, y por un momento me alegra que haya decidido venir a Bruselas.

—Voy a darme una ducha —le aviso—. Luego hablamos.

Subo a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí con un suspiro. La conversación de la comida sigue dando vueltas en mi cabeza. Lo de casarnos… No es tan malo, ¿verdad? Ya estamos

comprometidos. En realidad, solo sería hacer oficial lo que todo el mundo ya da por sentado.

Pero organizar una boda… Eso sí que no me apetece nada.

Abro el agua caliente y dejo que el vapor llene el baño mientras me desnudo. Entro en la ducha y apoyo las manos en la pared de mármol mientras el agua recorre mi espalda. Quizá lo mejor sea delegarlo. Clarise estaría encantada de encargarse de todo. Sí. Eso haré. Le diré que busque una organizadora de bodas y que lo resuelva todo.

Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro. Menos mal que he aprendido a simplificar mi vida.

Lucien llega a casa a última hora de la tarde. Lola está en la cocina, organizando algunas cosas, y él la saluda con su encanto habitual antes de dirigirse a mí.

—Bonsoir, mon amour.

Se acerca y me besa con calma, deslizando los dedos por mi espalda. Huele a frío y a su colonia. Me abraza un segundo más de lo normal, como si necesitara cargar energía en mí antes de seguir con su día.

—Voy a darme una ducha rápida y ceno contigo.

—Te espero.

Mientras se ducha, me siento en la mesa del comedor con una infusión. Me dejo caer contra el respaldo y cierro los ojos un momento. Aún siento el peso de todo lo que ha pasado en los últimos días.

Cuando regresa, lleva una camisa blanca remangada y el pelo húmedo. Se sienta frente a mí, con una expresión relajada pero con algo en la mirada.

—Tengo que viajar a Hamburgo tres días.

Lo miro, esperando más detalles.

—Es una convención internacional. Economía, política, relaciones exteriores… y, por supuesto, es hora de que me acompañes.

Levanto una ceja.

—¿Ejercer de primera dama?

—Así es. —Me sonríe, juguetón, pero con ese tono que indica que lo dice en serio. —Es parte del trato, chérie.

Bebo un sorbo de mi infusión, sin dejar de mirarlo. No tengo problema en acompañarlo, pero aún no me acostumbro a la idea de estar bajo el foco público.

—De acuerdo, iré.

Lucien asiente con satisfacción y da otro bocado a su cena.

—Bien. Y otra cosa… —Me mira fijamente cuando le digo: Tu madre se encargará de la boda.

Le sostengo la mirada un segundo. Me conoce demasiado bien.

—Sabía que ibas a delegarlo.

Sonrío de lado.

—Eres el presidente. Tienes instinto político.

Lucien ríe y se inclina sobre la mesa para besarme.

—Y te conozco demasiado.

Nos miramos en silencio. Algo ha cambiado entre nosotros. La tormenta ha pasado, y ahora estamos en la misma página.

—¿Lista para Hamburgo?

Asiento despacio.

—Lista.

Subimos al dormitorio en silencio, pero no es un silencio incómodo. Es de esos momentos en los que no hacen falta palabras, en los que todo está dicho con una mirada, con la forma en la que Lucien apoya su mano en la parte baja de mi espalda mientras caminamos.

Al entrar, se quita la camisa con un movimiento fluido, sin dejar de mirarme. Me quedo de pie junto a la cama, observándolo mientras su piel dorada se descubre bajo la luz tenue de las lámparas. Siento calor en el pecho y en el vientre.

Lucien se acerca despacio, con esa seguridad que siempre tiene, pero con algo más, como si quisiera asegurarse de que yo también quiero esto.

—Ven aquí, amor.

Me atrae hacia él y sus labios encuentran los míos. Su beso es pausado al principio, profundo, explorador. Sus manos recorren mi espalda, mi cintura, deslizando la ropa de mis hombros con una delicadeza que contrasta con el deseo contenido en su respiración.

Me tumba sobre la cama y se toma su tiempo. Su boca traza caminos por mi piel, sus dedos acarician mis costados y mis muslos con una lentitud exasperante, despertando cada centímetro de mi cuerpo. Me susurra cosas en francés, palabras que no entiendo del todo, pero que me estremecen.

Cuando finalmente se hunde en mí, lo hace con calma, con movimientos suaves y controlados, mirándome a los ojos. Quiere que sienta cada segundo, que esté presente en cada embestida. Y lo estoy. Por primera vez en días, mi mente está en paz.

Pero la calma no dura.

Lucien cambia el ritmo, más profundo, más intenso. Su control se resquebraja y yo lo abrazo con fuerza, aferrándome a sus hombros mientras se mueve dentro de mí con esa desesperación que me enciende. Su boca vuelve a la mía, posesiva, reclamándome como si necesitara recordarme a quién pertenezco.

—Carlota… —gruñe contra mi cuello.

El sonido de su voz, rasposa, contenida, casi rota, hace que me arquee contra él.

No hay más pensamientos, no hay inseguridades. Solo estamos él y yo, el ritmo frenético de nuestros cuerpos y esa sensación de que aquí, entre sus brazos, es donde debo estar.

Cuando el placer nos alcanza, él entierra el rostro en mi cuello, jadeando mi nombre, y yo me aferro a él, dejando que me arrastre con él al abismo.

Nos quedamos así, respirando juntos, su piel caliente contra la mía. Sus dedos dibujan círculos lentos en mi espalda, su corazón late fuerte contra mi pecho.

—Dors bien, mon amour, —susurra, besándome la frente.

Sonrío, con los ojos cerrados. Sí, estoy donde debo estar.

El jet aterriza suavemente en la pista privada del aeropuerto de Hamburgo. Respiro hondo antes de desabrocharme el cinturón. La ansiedad se agita en mi estómago, pero la contengo, recordándome que esto es parte de la vida que he elegido al estar con Lucien.

La nueva azafata, una chica sonriente y eficiente, se acerca de nuevo antes de que bajemos.

—Espero que hayan tenido un buen vuelo. Si necesitan algo en la estancia, no duden en avisarme.

—Gracias, muy amable —le respondo con una pequeña sonrisa. Es atenta sin ser invasiva, cosa que agradezco.

Lucien me observa de reojo mientras nos dirigimos a la salida del jet.

—Veo que te llevas bien con la nueva azafata.

—Es profesional y eficiente —respondo sin más.

Él sonríe, divertido, pero no dice nada más.

Al salir del jet, una comitiva oficial del gobierno alemán nos espera. Hombres trajeados con expresión seria, asistentes bien vestidos, coches de seguridad alineados.

Siento una punzada de vergüenza. Sé que esto es parte del protocolo, pero ser recibida con tanta formalidad me incomoda.

Lucien, en cambio, se mueve con una naturalidad absoluta. Baja los escalones con paso seguro y firme, inclinando la cabeza en señal de respeto hacia los funcionarios. Me ofrece su brazo discretamente, como si intuyera que lo necesito.

Me obligo a mantener la compostura. Cabeza alta, pasos medidos.

Uno de los ministros del gobierno alemán se adelanta y nos estrecha la mano.

—Señor Deveraux, es un honor recibirlo en Hamburgo.

—El honor es mío. Permítame presentarle a Carlota Herrera.

Me sonríen y me saludan con cortesía. Respondo con naturalidad, aunque por dentro mi corazón late demasiado rápido.

Nos conducen hasta una comitiva de coches oficiales. Lucien me ayuda a subir al vehículo con la misma calma con la que lo hace todo.

Mientras avanzamos hacia el Fairmont Hotel Vier Jahreszeiten, miro por la ventanilla, tratando

de procesarlo todo.

Lucien me observa de reojo y, tras unos segundos, toma mi mano y la aprieta con suavidad.

—Lo has hecho muy bien.

Lo miro con una sonrisa tensa.

—No he hecho nada.

—Has mantenido la compostura, y eso es más de lo que muchos logran al principio.

Sus palabras me reconfortan más de lo que deberían.

Suspiro y asiento, soltando parte de la ansiedad.

—Es todo un paripé, Carlota. —Se acerca un poco y me susurra con complicidad—. Una coreografía ensayada para que el público se sienta seguro. No te preocupes.

Asiento y apoyo la cabeza en el respaldo, mirando por la ventanilla. Esto es solo el principio.

El coche se detiene frente al Fairmont Hotel, un edificio elegante con una fachada imponente que exhala lujo y tradición. Lucien baja primero y me ofrece la mano para ayudarme a salir.

Apenas pongo un pie en la alfombra roja de la entrada, un equipo del hotel nos recibe con sonrisas impecables y movimientos ensayados. Un botones coge nuestro equipaje mientras un gerente nos guía hacia el vestíbulo, donde una lámpara de araña ilumina con su brillo dorado el mármol reluciente.

Respiro hondo. Todo es tan majestuoso que por un momento me siento fuera de lugar.

Subimos directamente a la suite presidencial. Al entrar, me quedo maravillada. La decoración es clásica, con muebles de madera oscura, alfombras gruesas y enormes ventanales con vistas al lago Alster. La cama es inmensa, cubierta con sábanas de algodón egipcio que parecen invitarme a hundirme en ellas.

Lucien cierra la puerta tras nosotros y se acerca, acariciándome la cintura.

—En media hora tendremos un almuerzo de recepción con todos los mandatarios y sus esposas.

Me giro hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Media hora? Podrías haberme avisado antes.

Él sonríe con calma.

—Mi asistente vendrá enseguida con tu asesora personal de eventos.

Me tenso ligeramente.

—¿Asesora personal? No necesito que nadie me asesore, Lucien.

—Solo quiere ayudarte a elegir un atuendo. —Me acaricia el cuello con suavidad—. Puedo mimarte un poco, ¿o vas a rechazar mi generosidad?

Cruzo los brazos y lo miro con fingida desconfianza.

—Yo traigo ropa, perfectamente apropiada para un almuerzo formal.

Él sonríe, con esa seguridad arrolladora que siempre tiene.

—Lo sé, pero esto es diferente. Quiero que luzcas como la embajadora más destacada de mi firma en cada evento en el que me acompañes.

Mi estómago se encoge con una mezcla de sorpresa y orgullo.

—¿Quieres que sea imagen de tu Maison Deveraux?

—La mejor embajadora posible.

Parpadeo, procesando sus palabras. Sé que Lucien tiene empresas de moda de lujo, pero nunca imaginé que quisiera vincularme a ellas de manera oficial.

Él toma mi mano y me la besa suavemente.

—Eres brillante, elegante y sofisticada. Todo lo que representa nuestra firma.

Mi pecho se hincha de orgullo. No es solo el gesto de darme un papel en su mundo, es la forma en que lo dice, como si realmente creyera que encajo ahí.

Exhalo, rindiéndome.

—Está bien, probaré lo que traigan.

Él me sonríe, satisfecho, y me besa la frente antes de desaparecer en el baño.

Me dejo caer en un sillón, observando la impresionante vista del lago. Hace unos días estaba a punto de perder la cabeza por la ansiedad, y ahora estoy en Hamburgo, en una suite presidencial, a punto de convertirme en la imagen de una marca de lujo.

Definitivamente, mi vida ha cambiado por completo.

Me seco el pelo con una toalla mientras salgo del baño y me encuentro con una chica oriental de apariencia delicada y modales impecables.

—Señora Herrera, un placer conocerla. —Hace una leve reverencia con la cabeza—. Soy Mio y a partir de ahora seré su asistente personal en ropa y maquillaje para los eventos oficiales.

Asiento, observándola. Debe tener más o menos mi edad, aunque transmite una calma y una compostura casi inquebrantables. Va vestida con un conjunto discreto pero elegante, y su expresión es serena y profesional.

—Encantada, Mio.

Me hace un gesto hacia un perchero que han colocado en el pequeño salón de la suite. Está repleto de prendas maravillosas, de cortes elegantes y sofisticados, todas con la etiqueta de la firma familiar de Lucien: "*Maison Deveraux*".

Reconozco algunas piezas, creo que incluso tengo un par en casa. La firma es sinónimo de lujo refinado, líneas suaves y colores elegantes, sin estridencias, siempre en tendencia pero con un aire atemporal.

Lucien, que acaba de vestirse con un albornoz blanco, me rodea la cintura con una mano y me besa el cuello antes de decir:

—Voy a darme una ducha mientras decides.

Asiento sin mirarlo demasiado, centrada en el desfile de tejidos exquisitos que tengo delante.

—¿Qué tono le gustaría llevar hoy? —pregunta Mío con delicadeza.

Recorro las opciones con la mirada hasta que mis dedos rozan un conjunto de mediodía color salmón. Es elegante, fluido y tiene un aire distinguido pero sencillo, con una caída perfecta.

—Este.

Mí asiente con satisfacción.

—Una elección excelente. Su mirada apreciativa recorre mi figura con profesionalismo—. Tiene usted un porte natural muy elegante y refinado. Con esta firma, no hay duda de que será un referente.

Me sorprende su entusiasmo y la forma en que me alaba con total sinceridad.

—Gracias, Mio.

—Su aire español será un gran incentivo para Maison Deveraux. —Sonríe con esa tranquilidad característica—. Las mujeres se rifarán las prendas que use.

La miro con cierta incredulidad. Nunca me he visto como un icono de la moda, pero parece que ahora tengo un papel más allá de mi trabajo en la Universidad.

Cojo el conjunto y lo sostengo frente a mí, mirándolo en el espejo. Es precioso.Y lo más curioso es que me gusta esta sensación.

Me observo en el espejo mientras Mio trabaja con rapidez y precisión. Es increíble cómo en apenas cinco minutos logra resaltar mis rasgos sin que parezca que llevo demasiado maquillaje.

—Tiene una piel preciosa, señorita Herrera. Y esos ojos… —me dice con admiración mientras difumina un poco de iluminador en mis pómulos—. Está perfecta.

Sonrío levemente. Nunca he prestado demasiada atención a estas cosas, pero debo reconocer que el resultado es impecable.

Mí recoge los pinceles con destreza y me observa con satisfacción.

—Estoy muy contenta de trabajar con usted. —Guarda todo en su maleta con una rapidez asombrosa—. Estoy creando un referente de moda. La primera dama de Bélgica. La nueva Lady Di de centro Europa.

La miro con incredulidad y dejo escapar una risa suave.

—No exageres. Ante todo, soy científica y profesora, no un maniquí de moda.

Mio niega con la cabeza y sonríe con esa calma serena que parece envolverla siempre.

—Y por eso la querrá todo el mundo.

Cierra la maleta y se levanta.

—Le deseo suerte en la recepción, aunque no la necesitará.

Me guiña un ojo, hace una leve inclinación de cabeza y desaparece con la misma elegancia con la que llegó.

Me levanto y cruzo la habitación hasta donde Lucien se abrocha la corbata frente al espejo. Viste un traje azul oscuro impecable, y el blanco de la camisa resalta aún más el brillo de sus ojos.

Se gira al verme y su mirada se oscurece un poco. Me observa de arriba abajo, despacio, como si estuviera saboreando cada detalle.

—¡Vaya! Estás preciosa.

Me acerco y le ajusto la corbata con calma.

—Tú tampoco estás mal.

Lucien sonríe con ese gesto suyo, mezcla de orgullo y posesividad, y de repente me agarra por la cintura y me atrae con brusquedad hacia él.

—Sabes lo que haremos cuando acabe la recepción, ¿verdad?

Su voz es grave, rozando lo ronco, y siento su aliento cálido en mi oído.

—Hoy será el día de descubrir nuevos… horizontes, traseros.

Su tono es bajo, íntimo, lleno de promesas. Siento un escalofrío recorrerme la espalda, pero me contengo y sonrío con picardía.

—No hagas planes si luego no puedes cumplirlos.

Lucien suelta una risa suave y me muerde ligeramente el lóbulo de la oreja antes de apartarse.

—Oh… créeme, mi amor, cumpliré cada palabra.

Le doy un leve empujón en el pecho y niego con la cabeza, divertida. Luego le cojo de la mano y lo arrastro fuera de la habitación.

En el pasillo, Jake, Alex y otros dos agentes de seguridad ya nos esperan.

Lucien se coloca las solapas del traje y me dedica una última mirada antes de decir con su tono más presidencial:

—Vamos, madame, la Première Dame.

Y juntos salimos hacia la recepción en el Palacio de Congresos de Hamburgo.

El bullicio y el resplandor de los flashes me deslumbran durante un instante al bajar del coche. El protocolo de seguridad se despliega con precisión, los agentes controlan cada detalle, y las banderas de distintos países ondean imponentes en el aire frío de Hamburgo.

Lucien se adelanta con paso firme hacia el atril donde lo esperan miles de micrófonos. Se mueve con la seguridad innata de alguien que nació para esto. Desde donde estoy, junto a Alex, lo observo con detenimiento. Habla con sencillez, con convicción, y se gana a todos en la segunda palabra. Es hipnótico.

Un periodista levanta la voz por encima del murmullo de la prensa.

—Señor Deveraux, su pareja no ha aparecido con usted en eventos oficiales hasta ahora. ¿Significa esto que a partir de ahora la primera dama de Bélgica tendrá un papel más visible?

Lucien se gira ligeramente y me extiende la mano.

—Significa exactamente eso.

Sus dedos envuelven los míos con firmeza, y en ese instante miles de cámaras capturan el gesto.

—Mi prometida, Carlota Herrera, estará a mi lado en cada evento, como la Primera Dama de Bélgica.

Sonríe con confianza antes de dar por finalizada la intervención y guiarme hacia el interior del palacio de congresos.

Dentro, la sala está llena de gente. Se puede escuchar murmullo de conversaciones, las risas diplomáticas y el tintineo de copas llenan el aire. Es un desfile de trajes elegantes y vestidos de alta costura, un escaparate de poder y relaciones internacionales.

Nada más entrar, nos recibe un grupo de amigos de Lucien. Presidentes, embajadores, diplomáticos, todos acompañados de sus esposas, todas impecables, estudiándome con curiosidad.

Y entonces, una figura conocida se acerca.

—Señor Deveraux.

El Presidente del Gobierno de España.

Nos da la mano a ambos con un gesto firme y una sonrisa cordial. Se dirige a mí en un español perfecto y pausado.

—Señorita Herrera, es un placer verla en este papel. Me alegra que represente a nuestro país por Europa.

Su mirada es cálida y afable, pero su tono no deja de ser político.

—Nos veremos en las próximas recepciones.

—Será un honor, Presidente —respondo con una sonrisa medida.

Lucien me mira con orgullo, como si ya supiera que todo saldría bien.

La velada transcurre con fluidez.

Estoy sentada junto a Anabel, la mujer del embajador de Austria, una mujer elegante, simpática y con una conversación ligera y entretenida. Hablamos de todo un poco: de viajes, de literatura, incluso de la exigencia de estos eventos interminables. Es un alivio encontrar a alguien con quien pueda relajarme en medio de tanta formalidad.

Entre plato y plato, Anabel se inclina hacia mí y me susurra:

—Voy al baño, ¿vienes?

Asiento con una leve sonrisa y nos levantamos discretamente.

El baño es amplio, con una iluminación perfecta y mármol en cada rincón. Mientras ella se

retoca el maquillaje, yo aprovecho para lavarme las manos y refrescarme un poco.

Y entonces, se abre la puerta y aparece *Corine*.

Se me congela la sangre.

Me observa con esa mirada calculadora y una sonrisa torcida en los labios. Su vestido ceñido y su porte seguro me dicen que ha venido con la única intención de provocar.

—Vaya, qué sorpresa, Carlota. —Su tono es sibilino, como si saboreara cada palabra antes de pronunciarla—. No esperaba encontrarte aquí.

—Corine. —Mi voz es fría, contenida.

Se acerca con paso felino y se apoya en el lavabo, cruzando los brazos.

—Estoy aquí con mi pareja, un diplomático de Emiratos.

—Me alegro. —Fuerzo una sonrisa neutra—. Es bueno que sigas con tu vida.

Su expresión se endurece un segundo antes de volver a sonreír. Y entonces se inclina un poco más, acercándose peligrosamente.

—Oh, cariño… No te confundas. —Su voz baja de tono, un susurro venenoso—. Que tenga pareja no significa que vaya a dejar de follar con Lucien cada vez que tengamos una oportunidad. Especialmente cuando tú no estés.

Mi cuerpo entero se tensa. Es un golpe directo, uno que no esperaba y para el que no tengo respuesta inmediata. Mi mente se nubla por un instante, intentando procesar su veneno sin dejarme arrastrar por él.

Pero antes de que pueda reaccionar, la puerta de uno de los cubículos se abre y Anabel sale con una expresión pétrea.

—¿De verdad has dicho eso?

Corine parpadea, sorprendida.

—¿Y tú quién eres?

Anabel da un paso adelante con una elegancia feroz, cruzando los brazos.

—Alguien que tiene suficiente clase como para saber reconocer a una bruja manipuladora cuando la ve. —Su tono es letal—. Y también con suficiente educación como para no callarme cuando veo a una prostituta barata intentando arrastrar a una dama con su miseria.

Corine la fulmina con la mirada, pero Anabel ni se inmuta.

—Olvídate del Presidente de Bélgica. Él ya tiene a una mujer a su lado. No necesita una cualquiera que le caliente la bragueta cuando le conviene.

El baño queda en silencio durante un segundo eterno. Corine aprieta la mandíbula y alza el mentón, fingiendo dignidad, pero veo el destello de furia en sus ojos.

Anabel me coge de la mano sin mirarla más y me saca del baño con una tranquilidad apabullante.

Cuando salimos de nuevo al bullicio del salón, se gira hacia mí con una media sonrisa.

—De nada.

Yo aún estoy pasmada.

Todavía estoy procesando lo que ha pasado cuando Anabel se gira hacia mí con una sonrisa cómplice.

—Definitivamente, eres mi nueva mejor amiga para eventos formales. —le digo.

Anabel se ríe con ganas, como si todo aquello le divirtiera más de la cuenta. Tiene esa seguridad natural que la hace brillar sin esfuerzo.

—Cuando quieras, querida. Vivo en Bruselas, y mi casa no está muy lejos de la tuya.

—Me lo apunto. —Le guiño un ojo, aún con la adrenalina en el cuerpo.

Volvemos a la mesa con total naturalidad. Lucien me mira de inmediato, buscando cualquier rastro de incomodidad en mi expresión. Antes de que pueda decir algo, Anabel se adelanta con su tono ligero y desenfadado.

—Estamos bien. Solo hemos estado sacando la basura.

Lucien entrecierra los ojos, claramente desconfiado. Antes de que pueda preguntar más, siento una presencia a nuestra espalda. Corine pasa por nuestro lado con paso firme y el mentón alzado, dirigiéndose a una de las mesas del fondo donde se sientan los mandatarios no europeos.

No le dedico ni una mirada.

En ese momento, el embajador de Austria en Bélgica, Alexander Von Kleist, le dedica a su esposa una sonrisa socarrona.

—Anabel, amor mío, no puedes evitar meterte en problemas, ¿verdad?

Ella le responde con total calma, tomando un sorbo de su copa.

—No he hecho nada. Solo estaba haciendo amigas. —Hace una pausa teatral antes de añadir con una sonrisa juguetona—. Y… enemigas.

No puedo evitar reír con ella. Me gusta su actitud.

Lucien se inclina hacia mí, su mano buscando la mía bajo la mesa. Su aliento roza mi oído, y su voz es un susurro grave, íntimo.

—No te preocupes por Corine. No es nadie para mí.

Cierro los ojos un instante, dejando que su voz me calme.

—Tú eres mi vida, Carlota.

Me giro hacia él, y nuestras miradas se encuentran. No hay sombra de duda en sus ojos. Solo verdad. Solo amor.

Y, por primera vez en toda la noche, mi ansiedad desaparece por completo.

Entramos en la suite del hotel y Lucien cierra la puerta tras de sí con un gesto decidido. Se quita la chaqueta y la deja caer en el respaldo de una silla mientras se acerca a mí con esa mirada

cargada de deseo.

—Tenemos la tarde libre… y aún tienes que cumplir tu promesa. —Su voz es grave, seductora, con esa mezcla de autoridad y juego que siempre me desarma.

Sonrío, apoyándome contra la cómoda mientras me desabrocho un botón del vestido.

—Oh, ¿esa promesa? No recuerdo haber dicho nada en concreto.

Lucien se acerca aún más, sus manos firmes se posan en mi cintura y me obligan a pegarme a su cuerpo. Su aliento roza mi piel cuando baja la cabeza y deja un beso suave en mi cuello.

—Déjame refrescarte la memoria…

Sus dedos encuentran la cremallera de mi vestido y la deslizan con una lentitud exasperante. Siento su respiración acelerarse cuando la tela resbala por mi piel y se amontona a mis pies. Me quedo solo con la ropa interior y sus ojos recorren cada centímetro de mi cuerpo como si quisiera memorizarlo.

—Eres increíble, Carlota.

Su voz ronca envuelve la habitación, y antes de que pueda responder, me levanta en brazos y me lleva a la cama. Me tumba con cuidado, inclinándose sobre mí, atrapando mi boca en un beso que empieza suave pero se vuelve más profundo, más exigente.

Mis dedos se enredan en su camisa, desabrochandola con torpeza. Quiero sentir su piel contra la mía, la calidez de su cuerpo cubriendo el mío. Él lo nota, sonríe contra mis labios y se deshace de la tela con rapidez, dejando que sus músculos tensos y cálidos se presionen contra mí.

—Dijiste que me dejarías empezar a quitarte la ropa… —murmuro entre besos, perdiéndome en la sensación de sus caricias.

Lucien ríe bajo, con esa mezcla de dulzura y dominio que me enciende aún más.

—Y tú me provocas demasiado.

Sus labios descienden por mi cuello, mis hombros, mi pecho… Su lengua deja un rastro ardiente en mi piel mientras sus manos firmes exploran cada curva, cada rincón de mi cuerpo con la precisión de quien me conoce y sabe exactamente cómo hacerme perder el control.

Los labios de Lucien siguen descendiendo, explorando mi piel con una devoción que me hace temblar. Su aliento cálido se desliza por mi vientre, su boca deja besos ardientes mientras sus manos me sujetan con firmeza, asegurándose de que no escape de su toque.

—Eres mía, Carlota. Solo mía. —Su voz es un susurro cargado de deseo contra mi piel.

Mi espalda se arquea cuando sus labios llegan a mi cadera, y mis manos se aferran a las sábanas, perdida en la sensación de su boca y sus caricias. Cada roce, cada beso, cada presión de sus dedos me consume, haciéndome olvidar todo lo demás.

—Lucien… —su nombre escapa de mis labios como un ruego, como una súplica que él entiende a la perfección.

Se incorpora levemente, sus ojos clavados en los míos, oscuros, hambrientos, llenos de promesas no dichas. Me desliza la última prenda con una lentitud desesperante con sus dedos recorriendo

cada centímetro de mi piel desnuda.

—Voy a hacerte gritar mi nombre, mon amour.

—Habla menos y actúa más.

—Ohhhh…no sabes lo que me acabas de decir —sonríe y se inclina para besar mis pliegues íntimos.

Su lengua recorre mi piel lentamente con devoción mientras yo gimo de place cuando dos de sus dedos entran en mi lentamente.

—Si nena… prepara tu dulce coñito para mí. Hoy vamos a probar una manera más íntima de conectar cariño, verás como te gusta. ¿Es la primera vez? —me dice mientras extiende mis fluidos hacia atrás y uno de sus dedos intenta adentrarse poco a poco.

Gimo con más fuerza y acierto a decir:

—No…

—Oh… vaya… me encanta que mi mujer sea una chica traviesa. Vamos a disfrutar mucho.

Sigue lamiendo y chupando hasta que un orgasmo devastador me recorre todo el cuerpo.

—Eso es nena, dame todo tu placer, dámelo todo de ti.

Me gira bruscamente para darme la vuelta y me dobla las rodillas. Veo que se acerca a la mesita de noche y saca un bote de gel lubricante del cajón. Me extiende un poco por el ano y me dice.

—Por si acaso, mi princesa. Ya sabes que soy muy grande.

Empieza a empujar poco a poco hasta que la barrera se abre poco a poco y grito.

—¿Estás bien, mi amor? —se queda quieto, dentro de mí, muy dentro de mí.

—Ahh….sí.

Lo siento muy dentro, muy muy dentro y las sensaciones se multiplican. No me gusta practicar mucho esta postura porque me parece demasiado íntima, como si entregara parte de mi alma cada vez que lo hago, pero con Lucien la conexión es especial.

—Voy a moverme, mi amor. Madre mía esto es indescriptible y aún no hemos empezado.

—Si, suave, Lucien.

—Claro, mi princesa de hielo. Prepárate para tu dragón de fuego.

No puedo evitar echarme a reír y él me da un azote. Una vez que Lucien empieza a moverse mi cuerpo se deshace. Entra y sale con suavidad, acariciándome lentamente y dándome besos por el cuello a la vez que me lame.

—Si cariño, ¿Te duele?

—¡No! Sigue, por favor.

Un calor y un hormigueo me recorren todo el cuerpo. La conexión con Lucien es extrema. Me trata con suavidad pero a la vez con brusquedad limitada. Siento sus embistes en el alma.

—Lucien….no puedo más… me voy a correr otra vez…

—Si…princesa, dámelo, apriétame la polla hasta que no puedas más, dame tu placer, cariño…

Exploto. Miles de estrellas me recorren, siento que levito y mi mente queda en blanco envuelta en miles de sensaciones placenteras. Si entrar en el cielo es esto, quiero quedarme aquí durante toda la eternidad.

Lucien, junta mis rodillas un poco más y empieza a empujar más rápidamente, se agacha para abrazarme a la vez que entra en mí y en dos empujones más se corre dentro de mí.

Me siento completamente unida a él. Completamente devastada. Soy toda suya.

Para siempre.

—Te quiero —le digo, no puedo evitarlo. —Te quiero mucho, Lucien.

Sale despacio de mí y me gira para abrazarme. Me da mil besos por toda la cara y me dice:

—Te quiero, ma princesse. Eres mi vida, mi alma gemela, mi amor y mi destino —me susurra sin apenas voz, aún no ha recuperado el aliento.

Permanecemos abrazados un rato hasta que caigo dormida, tranquila, en paz.

El agua caliente resbala por mi piel mientras me apoyo un segundo contra la pared de la ducha, intentando recuperar el aliento. El escozor entre mis piernas es una evidencia de lo que ha pasado hace un rato, de la pasión desbordada con la que Lucien me ha hecho suya. Cierro los ojos un instante, disfrutando de la sensación de su amor aún latiendo en mi cuerpo.

Lucien me besa suavemente, sus labios cálidos rozan los míos con ternura, susurrando palabras de amor que me envuelven como una caricia. Me dejo llevar por su voz grave, por la seguridad que me da tenerlo así, cerca, completamente mío.

Entonces suena su teléfono.

Lucien suspira y se aparta, saliendo de la ducha sin demasiada prisa. Lo veo coger la toalla y secarse mientras camina hacia el dormitorio. No me muevo, pero algo en mi interior se enciende, una alerta que no debería estar ahí. No se como definirlo, instinto.

El tono de su voz cambia cuando contesta.

Bajo. Tenso.

Apenas logro captar sus palabras desde el baño, solo fragmentos entrecortados. Mi corazón se acelera.

No debería escuchar. Lo sé. Pero tampoco puedo evitarlo.

Salgo de la ducha y me coloco un albornoz, ajustándolo con rapidez. Me acerco sigilosa a la puerta del baño, apoyando la mano en el marco, sin hacer ruido.

—No —dice Lucien, su voz baja, pero firme—. Olvida este número. No vuelvas a llamarme.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda.

Silencio. Un silencio tenso, lleno de algo que no logro descifrar.

—Está bien —dice finalmente Lucien, con un suspiro—. Nos vemos en diez minutos.

Mi cuerpo entero se queda helado.

Corine.

Tiene que ser ella. ¿Quién más? Ella está aquí en la Convención.

No digo nada. No puedo decir nada.

Me quedo allí, de pie, sin moverme, sin respirar siquiera, mientras el sonido de la llamada terminando resuena en mi cabeza como un disparo.



Capítulo 41

Lucien:

¡Maldita sea!

El sonido del teléfono rompe el silencio justo cuando el agua caliente me cae por la espalda y estoy acariciando el cuerpo de mi preciosa y hermosa mujer. Miro la pantalla y mi mandíbula se tensa al ver el nombre de Corine.

¿Qué demonios quiere ahora?

Respiro hondo, contando hasta tres antes de contestar. No quiero que Carlota me escuche. Salgo de la ducha y cojo la toalla sin siquiera secarme bien. Mis pasos son rápidos y firmes hasta llegar a la salita.

—¿Qué quieres, Corine? —pregunto sin rodeos, la voz baja, pero afilada.

—Lucien… necesito verte. Es urgente.

Cierro los ojos con frustración.

—Te dije que no me llamaras más. No tenemos nada que hablar.

—Por favor, solo escúchame. Si después de lo que tengo que decirte sigues sin querer verme, desapareceré de tu vida.

Una mentira. Otra más.

—Me importa una mierda lo que tengas que decirme.

—Te va a interesar —su voz es tranquila, con ese tono sibilino que siempre ha usado para manipular—. Créeme.

Aprieto la mandíbula.

—Cinco minutos. En una de las salas de abajo.

Y cuelgo.

Paso una mano por mi pelo mojado y exhalo con rabia. Sé que estoy haciendo mal. Lo sé. Pero necesito sacarme a esta mujer de encima de una vez por todas.

Me visto rápido, colocándome la camisa cuando Carlota sale del baño. Nuestros ojos se cruzan.

—Tengo una urgencia de trabajo —digo sin mirarla demasiado—. Vuelvo en media hora.

Odio mentirle. Lo odio. Pero si le digo la verdad, sé que va a pensar lo peor. Y con razón.

Carlota no dice nada. Solo me mira.

Desconfía.

Joder.

Me coloco el reloj y camino hacia la puerta. Esto no volverá a pasar.

Voy a acabar con esto ahora mismo.

Esto tiene que ser una jodida broma.

Entro en la pequeña sala y ahí está ella, enfundada en un vestido ceñido que deja poco a la imaginación. Busca guerra. Pero no la va a encontrar conmigo.

Cruzo los brazos y la fulmino con la mirada.

—¿Qué coño quieres, Corine?

Ella sonríe. Disfruta de esto.

—Estoy embarazada, Lucien —suelta a bocajarro

Suelto una carcajada seca. No puedo evitarlo.

—No me hagas perder el tiempo. Es imposible.

Se acerca un poco, con esa mirada de serpiente.

—Estoy de dos meses. Y es tuyo.

Mi estómago se revuelve.

—Te harás una prueba de paternidad. Si es mío, hablaremos. Si no lo es, te juro que te hundiré en la miseria.

Su expresión cambia.

—No tienes derecho a dudar de mí.

—No tengo argumentos para confiar en ti.

Su cara se enciende de rabia. Pero ya no me importa.

Me giro y salgo de la sala, dando un portazo. Jake está ahí fuera, apoyado en la pared.

Me mira y sé que lo ha escuchado todo.

—Si es cierto, olvídate de Carlota —dice, serio.

Un nudo me aprieta el pecho.

—Cállate.

Camino con pasos largos por el pasillo, sintiendo que el mundo se desmorona a mi alrededor. Esto no está pasando. No puede estar pasando.

Cojo el teléfono y llamo a mi abogado.

—Necesito que solicites una prueba de paternidad a Corine Varlhart. Todo confidencial. Que su abogado se ponga en contacto contigo.

Cuelgo sin esperar respuesta. Esto tiene que resolverse cuanto antes.

Ahora tengo que hacer lo más difícil.

Hablar con Carlota.

Carlota:

Me quedo en la habitación, quieta, con la mirada fija en la puerta por la que ha salido Lucien. Algo no está bien. No me gusta que me dejen fuera, que me mientan a la cara. Y Lucien lo ha hecho. Trabajo. Claro.

El malestar me oprime el pecho. Respiro hondo y busco distraerme.

“No puedes controlar lo que hacen los demás, Carlota. No puedes.”

Cojo el móvil, lleva sonando un rato sin parar. Veo el número de Clarise. Al tercer tono, su voz animada llena la línea.

—¡Carlota, querida! ¿Cómo va la convención?

Intento que mi voz suene normal.

—Bien. Todo está yendo bien.

—Me alegra. ¿Y Lucien?

Aprieto los labios un segundo antes de responder.

—Ha tenido que salir un momento por trabajo.

Clarise suspira con orgullo.

—Siempre tan dedicado. Por eso es el mejor.

No respondo.

—Dime, querida, ¿Sabes ya cómo va a ser la boda? Me muero por saber algún detalle.

Cierro los ojos un instante. Sé que la respuesta que voy a darle cambiará muchas cosas. Pero no tengo ganas ni fuerzas de lidiar con una boda, de organizar nada.

—Prefiero que tú te encargues de todo, Clarise. No tengo tiempo entre los viajes y la Universidad. Confío en tu criterio.

Clarise suelta un gritito de emoción.

—¡Oh, Carlota! ¡Por supuesto! Va a ser la boda más espectacular de todas las que hayan podido hacerse. Una ceremonia de ensueño. Ya tengo en mente el lugar perfecto: el Alcázar de Segovia. ¡Vas a casarte como una princesa de cuento!

Princesa.

Siento que el aire se enrarece a mi alrededor.

Princesa cornuda.

La opresión en el pecho vuelve con fuerza. Muerdo el interior de mi mejilla y me esfuerzo por

que mi voz suene tranquila.

—Seguro que será perfecta.

—No lo dudes. ¡Voy a ponerme en marcha de inmediato!

Cuelgo antes de que pueda decir nada más.

Dejo el móvil en la mesilla y me quedo mirando mis propias manos. Entonces noto la humedad en mi mejilla. Me llevo los dedos y descubro una lágrima solitaria, traicionera.

Me enderezo con rabia. No.

Me levanto de la cama y camino hacia el baño. El vaho sigue pegado a los espejos, el aroma de los productos de Lucien aún flota en el aire. Me miro en el reflejo borroso y paso las manos por mi rostro, como si pudiera borrar lo que siento.

No. No voy a ser esa mujer.

Con movimientos mecánicos, empiezo a vestirme. Me pongo ropa cómoda, nada sofisticado. Aliso la tela con las manos y suelto el aire lentamente. Mi reflejo me devuelve la mirada, serena en la superficie, pero con una tormenta en el fondo de los ojos.

Y entonces, la puerta se abre.

Lucien entra.

Me giro lentamente para mirarlo. Tiene el ceño fruncido, el cuerpo tenso, las manos en los bolsillos.

—Tenemos que hablar.

Su voz es grave, seria.

Cruzo los brazos.

—Ya.

Lo miro fijamente. Sé que lo que va a decir no me va a gustar. No soy estúpida. Sé cuándo alguien miente, cuándo oculta algo. Y Lucien lo ha hecho.

Cruzo los brazos, fría, hermética.

—Habla.

Él respira hondo, se pasa una mano por el pelo y avanza un paso hacia mí. Su mandíbula está tensa, sus ojos oscuros brillan con una mezcla de rabia contenida y frustración.

—He visto a Corine.

No reacciono. Ya lo sabía.

—¿Y?

Lucien aprieta los dientes.

—Dice que está embarazada.

Sigo sin moverme. No parpadeo, no suspiro, no bajo la mirada.

Él espera una reacción. Una explosión, una escena, un grito. Pero no le voy a dar ese espectáculo.

—Bien —digo con frialdad—. Si es tuyo, haz lo correcto.

Lucien frunce el ceño.

—Carlota…

Levanto una mano para silenciarlo.

—Pero yo no me voy a quedar esperando a ver en qué termina esto.

Me giro y camino hacia la habitación. Siento sus pasos detrás de mí.

—¿Qué estás diciendo?

Abro el armario y saco mi maleta sin responder.

—Carlota.

Lo ignoro. Abro la cremallera de golpe y empiezo a meter ropa sin orden ni cuidado.

—¡Carlota! —Lucien me agarra del brazo, pero lo aparto de un tirón, sin mirarlo.

—Me voy a Madrid.

—No puedes estar hablando en serio.

Me rio sin humor.

—¡Oh, créeme!, nunca he hablado más en serio.

Sigo guardando ropa. Él se queda allí, rígido, mirándome como si no me reconociera.

—¿Por qué reaccionas así?

Me detengo un segundo, respiro hondo y me giro despacio para mirarlo a los ojos.

—¡Porque me has mentido! Porque en lugar de venir a hablar conmigo, de contar conmigo, te has escabullido como un cobarde para ver a esa mujer a escondidas. ¿Cómo quieres que confíe en ti?

Él aprieta los puños.

—No quería que te preocuparas.

Lo miro con incredulidad.

—¿Que no querías que me preocupara? ¡Me dejas en la habitación sin una maldita explicación y vuelves con la cara desencajada! ¿Qué esperabas que hiciera?

Lucien pasa una mano por su rostro, frustrado.

—No quería meterte en esto sin saber si era verdad o no.

Lo observo con frialdad.

—Pues ahora soluciona tus problemas solo. Porque, al parecer, no me cuentas como la pareja que tanto dices tener, querer y necesitar.

Él niega con la cabeza, furioso.

—Sabes que eso no es cierto.

Sonrío con ironía.

—¿Ah, no? Porque desde donde yo estoy, parece que sí.

Cierro la maleta de un tirón y la bajo de la cama.

—Carlota…

Me planto frente a él, mirándolo con toda la frialdad que puedo reunir.

—Eres un hipócrita, Lucien.

Lo dejo allí, paralizado, mientras salgo de la habitación con la maleta.

Saco el móvil y llamo a Alex.

—Ven.

No necesito decir más. En menos de un minuto, aparece en la puerta de la habitación, con su expresión seria de siempre.

Lucien también está allí, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, mirándome con el ceño fruncido.

—Carlota…

Lo ignoro y le hago una seña a Alex para que coja la maleta. Él lo hace sin decir nada.

—Carlota, por favor.

Me giro lentamente hacia él y lo miro sin expresión.

—Ya está todo dicho. No me busques. Soluciona tu vida y tus líos amorosos, y tal vez con el tiempo, decida incluirte de nuevo en la mía.

Lucien maldice en voz baja, pero no digo nada más. Simplemente, me alejo de la habitación con la cabeza en alto y entro en el ascensor.

Alex entra detrás de mí y, cuando las puertas se cierran, suspira con resignación.

—Esto me suena. —me dice Alex.

Pongo los ojos en blanco, cruzo los brazos y miro la pantalla de los pisos iluminándose, sin responder.

—Se va haciendo rutina, ¿no? Tus huidas, tus escapes…

Lento, me giro hacia él y lo fulmino con la mirada.

Alex levanta las manos en señal de rendición y cierra la boca.

El ascensor llega al vestíbulo y salimos. Mientras caminamos hacia la salida, lo oigo llamar para reservar un vuelo en business a Madrid.

—Sí, para dentro de dos horas.

Yo sigo avanzando, sin mirar atrás. No voy a derrumbarme. No aquí. No ahora.

Tras cuatro interminables horas, llego a mi casa en Madrid.

Silencio.

Lola sigue en Bruselas. Joder. Hablaré con ella después. Ahora solo quiero meterme en la cama y olvidar todo.

Entro y dejo la maleta junto a la puerta sin molestarse en deshacerla. Me dirijo directamente a mi habitación, sintiendo el peso de todo el día sobre los hombros.

Cojo el móvil de la mesilla. Lo había puesto en silencio antes de subir al avión. Al desbloquearlo, la pantalla se ilumina con notificaciones: llamadas perdidas y mensajes de Lucien.

Suspiro, dejo caer el móvil sobre la cama y me paso una mano por la cara.

Si es cierto lo que dice Alex, la historia se repite… joder.

Dos veces joder.

Pero esta vez no.

No pienso derramar ni una lágrima.

Se acabó.

Las relaciones amorosas no son lo mío. No quiero saber más de Bruselas ni de presidentes ni de promesas vacías.

Lunes. Hasta el lunes no tengo que ir a la facultad.

Podría hablar con mi equipo, preparar clases. Sí, eso haré. También saldré a correr. Mi vida, mi rutina, lo único que realmente puedo controlar.

Decidida, me meto en la ducha. El agua caliente no arrastra la tensión, pero al menos me despeja un poco.

Al salir, me seco rápido y me meto en la cama con una pastilla. El dolor de cabeza es insoportable.

Cierro los ojos.

Que el mundo desaparezca por unas horas.

Me despierto con la boca seca y la cabeza aún embotada. La pastilla me ha dejado aturdida, pero al menos he dormido.

Miro el reloj. Las siete y doce de la mañana.

Me giro en la cama y veo el móvil donde lo dejé anoche. La pantalla iluminada me recuerda su

presencia.

Otra vez.

Decenas de notificaciones.

Lucien.

Cierro los ojos y suspiro. No voy a leer nada. No ahora. No hoy.

Me levanto y me visto con ropa deportiva. Necesito correr. Necesito que el aire frío me despeje la mente.

Salgo a la calle y el frescor de la mañana me golpea en la cara. Le pido a Alex que me lleve a la ciudad. Necesito correr por un sitio más grande donde haya más vida y nadie se fije en mi.

Empiezo a trotar por las calles semivacías de Madrid. Paso por el Retiro, como tantas otras veces. Mis pies conocen el camino, mi cuerpo sigue la rutina sin que tenga que pensar.

Pero mi mente no se calla.

Lucien. Su mirada cuando le dije que me iba. Su silencio antes de que cerrara la puerta.

La odiosa Corine y su embarazo.

Aprieto los dientes y acelero el ritmo.

Él dice que me quiere. Que soy su vida. Hipócrita.

Si realmente creyera eso, me lo habría dicho desde el principio. Me habría incluido en la conversación, en la decisión, en el problema.

Pero no lo hizo. Y ahora yo estoy aquí, corriendo sola por Madrid, mientras él intenta arreglar su desastre.

El pecho me arde, pero sigo corriendo.

Más rápido.

Más fuerte.

Hasta que el dolor en mis piernas supere el que tengo dentro.

Sigo corriendo hasta que el aire me quema los pulmones y el sudor me resbala por la espalda.

Cuando por fin me detengo, mis manos van automáticamente a las rodillas mientras intento recuperar el aliento. El Retiro sigue despertando a su ritmo: gente paseando perros, ciclistas, algún grupo de yoga en el césped.

Pero yo sólo oigo mi propia respiración y el latido furioso en mis sienes.

Me enderezo y camino lentamente hasta un banco. Me dejo caer y cierro los ojos.

¿Qué voy a hacer?

No quiero volver a Bruselas. No ahora. Quizá nunca.

Lucien tomará su decisión, si es que no la ha tomado ya. Yo no puedo quedarme esperando como una idiota a ver qué pasa.

Abro los ojos y saco el móvil del bolsillo. Miro las llamadas perdidas, los mensajes sin leer.

Lucien (23)

Jake (3)

Lola (5)

Mierda.

Marco el número de Lola.

—¡Carlota! Por fin.

Su voz suena entre preocupada y aliviada.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Y Lucien tampoco. ¿Dónde estás?

—En Madrid. En mi casa.

Silencio.

—¿Qué vas a hacer?

Buena pregunta.

—Trabajar. Volver a mi vida.

—¿Y Lucien?

—Lucien tomará sus propias decisiones. Yo ya he tomado la mía.

Lola suspira.

—Él te quiere, Carlota. No tienes ni idea de lo destrozado que está. Volvió anoche de Hamburgo y se metió en su despacho con una botella de whisky.

Me río sin humor.

—Sí, bueno. A lo mejor debería haber pensado en lo que hacía antes de ocultarme cosas.

Silencio otra vez.

—Voy a seguir con mi día, Lola. Hablamos luego.

Cuelgo antes de que pueda insistir más. Me quedo mirando el teléfono en la mano. Todavía está en silencio. Todavía no he leído los mensajes de Lucien. Y todavía no tengo intención de hacerlo.

Me levanto y empiezo a caminar de vuelta al coche donde me espera Alex para volver a casa.

Tengo cosas que hacer. No voy a parar mi vida por alguien que no me incluye. No más.

Lucien:

Estoy solo en la habitación del hotel y la rabia me consume. Me doy cuenta de que Carlota se ha ido y el puto vacío me oprime el pecho. No puedo creerlo. ¿Cómo he llegado a este punto? Tiro el teléfono contra la pared con toda la furia que llevo dentro. El ruido es lo único que puedo escuchar mientras las cosas que tiro al suelo se caen, todo se desmorona. Me siento incapaz de pensar con claridad.

Jake entra corriendo, su presencia me calma solo un poco, pero ni siquiera eso me hace salir de este maldito estado de desesperación.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me grita.

¿Qué me importa ahora ser Presidente? ¿Qué coño me importa todo esto si Carlota ya no está? El puto peso de la realidad me aplasta. Me abandona, como si no valiera la pena. Yo, que he hecho todo lo posible por ella, por nosotros, y aquí estoy, solo, en este maldito hotel. Me siento como un idiota. Soy un idiota que ha caído en una trampa.

—Lucien, basta. —Jake se acerca, mirándome con esos ojos de siempre, tratando de calmarme. Pero nada me calma.

—¡Me importa una mierda la presidencia, Jake! —respondo sin mirarlo, dejando que mi frustración explote. —Carlota se ha ido. Me ha dejado. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Jake me mira fijamente. Otra persona habría dado un paso atrás, pero él está acostumbrado a esto. Se acerca y empieza a recoger las cosas de la habitación con calma, como si todo lo que acaba de pasar no fuera un desastre total.

—Tenemos que irnos a Bruselas, Lucien. Esto no ayuda, no nos ayuda para nada. Carlota necesita espacio, y tú no puedes perderlo.

Me río amargamente, dejando que el sarcasmo se filtre en mis palabras.

—¿Espacio? ¿Ahora qué, la espero?¿Espero a ver que pasa? ¿Y si el hijo que espera Corine es mío?

Lo miro a los ojos. Corine ha ganado. No sé qué fue lo que me arrastró a meterme en todo esto, pero ya no puedo seguir.

Jake me mira y suspira.

—Si es tuyo te harás cargo de él y si no lo es la enterrarás en demandas pero no puedes tirar la toalla. Deja que Carlota tenga su tiempo a solas, la has cagado amigo. Soluciona tus asuntos y búscala. Deja de quedar con mujeres jóvenes sin testigos, ¡qué pareces nuevo! ¡Joder!.

La puta realidad me golpea con fuerza. Empiezo a recoger lo que queda de mí mismo. Enciendo el móvil y veo que no tengo mensajes de Carlota. La llamo y no me lo coge. Le escribo y no me contesta.

Corine. Mi puta ex amante está ganando, y yo no sé cómo evitarlo.

—Vamos a Bruselas —es lo único que puedo decir mientras me concentro en mi respiración.

Y cuando estoy listo para irme, sé que esto no ha terminado. Le dejaré el espacio que necesita pero que no piense que voy a dejarla escapar.

Jamás.

Llego a casa, a la maldita casa vacía, y el aire parece más denso de lo que debería. Lola me recibe en la entrada. Lo veo en su cara, ella sabe que algo está mal. Me mira, un poco confundida.

—¿Carlota? —me pregunta, ya sabiendo que no es una pregunta de cortesía, sino de preocupación.

—Se ha ido a Madrid. Me ha dejado.

Mi voz suena más vacía de lo que quisiera.

Lola no dice nada, pero su silencio es lo que más pesa.

Tiro el abrigo en un sillón y camino directo al mini bar del salón. Abro la botella de whisky, no importa lo que sea, solo necesito algo fuerte para que el puto dolor se disuelva. Un trago tras otro. El ardor del alcohol es lo único que me hace sentir algo en este momento, aunque sea solo por un instante. Pero no me importa. No quiero pensar en nada ahora.

Subo las escaleras arrastrándome, y cuando entro en mi despacho, cierro la puerta de golpe, ignorando el eco de la casa vacía. El despacho es lo único que sigue igual, pero está vacío de todo lo que solía llenarlo. Mi vida se desmorona, todo se reduce a este rincón oscuro y solitario. Me siento frente al escritorio, sin mirar nada en particular, solo bebiendo. Porque eso es lo único que tengo ahora, la botella y este maldito vacío que no puedo llenar.

¿Qué más puedo hacer?

El dolor de cabeza me despierta antes que la luz. Me muevo y noto la mejilla pegada a la mesa de madera. Joder.

Abro los ojos con esfuerzo y me enderezo con un gruñido. Todo me da vueltas. La botella de whisky casi vacía sigue ahí, junto a los vasos que ni recuerdo haber llenado. Me paso una mano por la cara.

Qué puta mierda.

El teléfono suena y el sonido me taladra el cerebro. Lo agarro sin mirar y respondo con voz ronca:

—¡Qué!

Es mi abogado. Me habla con su tono frío y profesional de siempre.

—He hablado con el embajador de Emiratos. Quiere que esto se resuelva rápido y con la máxima discreción. Si el hijo no es tuyo, Corine desaparecerá.

Cierro los ojos y aprieto los dientes. Si el hijo no es mío.

—Dale dos días. No más.

Cuelgo sin despedirme.

Me levanto con torpeza, apoyándome en la mesa. El despacho apesta a alcohol y desesperación.

Joder, Carlota.

Me paso la mano por el pelo y salgo tambaleandome hacia la habitación.

Al entrar, el vacío me golpea otra vez. No está. La cama, las mesillas, el armario todo sigue igual que antes, su ropa, sus cosas, su maquillaje y su ligero aroma que lo impregna todo. Pero falta lo más importante. Ella.

Me meto en la ducha y dejo que el agua fría me golpee en la cabeza. El mareo empieza a ceder, pero el nudo en el pecho sigue ahí. No está.

Cuando bajo, la nueva asistente de Lola me espera en la cocina con una taza de café y una pastilla.

—Presidente… —me la tiende con precaución, como si temiera que le gruñera.

No digo nada. Solo cojo la pastilla, la meto en la boca y la bajo con un trago de café hirviendo.

Miro por la ventana. El cielo gris de Bruselas se extiende ante mí. Todo sigue igual, pero yo… yo estoy jodidamente roto.

Capítulo 42

Lucien:

Miro a Lola con el ceño fruncido, la taza de café caliente aún en la mano.

—¿Sabes algo de Carlota?

Ella asiente despacio.

—Está en Madrid. Me ha dicho que, por ahora, me quede aquí con usted. Que le hago más falta.

Algo en mi pecho se afloja un poco. No ha roto del todo con esto. No del todo. Si aún deja aquí a su asistenta de confianza, significa que no ha cerrado la puerta del todo.

Respiro hondo y miro el móvil. Nada. Ni un mensaje, ni una llamada, solo correos del gabinete, informes, reuniones. Nada de ella.

Aprieto los dientes y marco el número de Alex. Contesta al primer tono.

—Dime, jefe.

—¿Cómo está?

Suspira al otro lado de la línea.

—Anoche salió a correr dos horas. Entró en casa y no ha salido. Aún no la he visto.

Aprieto el puente de la nariz. Correr dos horas. Esa es su manera de sacarse la mierda de la cabeza. Está jodida.

—Mantenme informado.

—Lo haré.

Cuelgo sin más y dejo el móvil sobre la mesa con un golpe seco. Nada. Ni un puto mensaje.

Jake entra con su aire despreocupado y le paso un café.

—Toma, tú también lo necesitas para aguantarme.

Lo miro y lo coge sin discutir.

—Gracias por lo de anoche. —le digo.

—Para eso estoy.

Bebo un trago largo del mío y dejo escapar un suspiro.

—¿El hotel ha puesto alguna queja?

Jake niega con la cabeza.

—No. Todo está bien.

Asiento en silencio y miro por la ventana. El cielo gris de Bruselas me devuelve la mirada. Todo está bien. Todo está jodidamente bien.

Excepto que Carlota no está aquí.

Paso el día enterrado en papeles, revisando documentos, corrigiendo discursos y planificando entrevistas. Trabajo, trabajo y más trabajo. No hay nada más que pueda hacer ahora. Sólo esperar.

Vuelvo a enviar un escrito de disculpas a los organizadores de la Convención en Hamburgo, alegando problemas de salud temporales. Una excusa aceptable, una mentira más.

El teléfono suena y veo el nombre de mi madre en la pantalla. Suspiro antes de contestar.

—Bonjour, maman.

—Bonjour, mon chéri! —Su voz suena exultante—. Carlota me dijo que me encargara de la boda, así que ya he empezado con todo. Pero necesito una fecha para reservar el Alcázar.

Una punzada me atraviesa el pecho. Me paso la mano por la cara. Carlota, la boda… joder.

—Aún no hemos decidido la fecha, maman. Te lo diré en cuanto lo hablemos.

—Está bien, pero que no tarde mucho. Ah, y no me coge el teléfono. ¿Está ocupada?

Me tenso. Me aprieto el puente de la nariz.

—Sí, está fuera haciendo unas gestiones. Le diré que te llame cuando pueda.

—D’accord, mon chéri. Un beso.

Cuelgo y dejo el móvil sobre el escritorio con un golpe seco. Más mentiras. Más mierda.

Me recuesto en la silla y cierro los ojos. He gestionado todo esto de la peor manera posible. Carlota tenía razón. No conté con ella. Creí que podía resolverlo solo, que era mejor no meterla en esto. Y ahora no sé si la he perdido para siempre.

Pero ya no hay vuelta atrás. En dos días todo acabará.

Y cuando termine, iré a por mi mujer. Le pediré perdón una y mil veces, las que hagan falta. Lo que sea necesario para que vuelva a mi lado.

Carlota:

Ha pasado una semana. Silencio absoluto. Ni llamadas, ni mensajes, ni intentos de contacto. Lucien ha respetado lo que le pedí.

Desde la noche que me fui, nada.

Mi vida sigue como siempre. Me levanto temprano, salgo a correr, tomo mi café exacto a la misma hora, voy a la universidad, imparto mis clases, trabajo en el laboratorio. Todo meticulosamente ordenado, todo bajo control. Todo en su sitio.

Y aun así, siento un vacío insoportable.

Me falta algo. Me falta él.

No debería sentirme así. No después de todo lo que ha pasado. No después de haber tenido que soportar, una vez más, el desfile de mujeres reclamando su lugar a su lado. No después de que me ocultara la verdad.

Pero lo echo de menos. Intento no pensarlo demasiado. Intento aguantar. Después de dudar unos minutos, llamo a Lola.

—Carlota… —su voz suena suave, casi con cautela.

—¿Cómo está?

Silencio. Demasiado largo.

—Se pasa el día fuera. Solo viene a dormir.

Cierro los ojos. Siento una presión en el pecho.

—¿Bebe?

—No lo sé.

Lola nunca miente, pero tampoco da más información de la necesaria. Lo sé. Y sé lo que significa su respuesta.

—Gracias.

Cuelgo y dejo el móvil sobre la mesa. Me quedo mirando la pantalla en negro, sintiendo cómo algo dentro de mí se retuerce.

Se me parte el alma. Agarro el móvil con fuerza, como si pudiera sacarle respuestas, como si esperara que él rompiera el silencio.

Pero nada.

Me levanto y camino por el salón, nerviosa, con esa sensación de vacío que no consigo sacudirme. ¿Por qué me afecta tanto? Yo misma le pedí que no me buscara. Yo decidí marcharme.

Y Lucien ha cumplido. Ha respetado mi decisión. No ha insistido, no ha intentado forzarme. Pero saber que se pasa el día fuera, que apenas vuelve a casa, que ni siquiera Lola puede decirme cómo está… me desespera.

Me cruzo de brazos y me detengo frente a la ventana. Madrid está tranquila, la gente camina con su vida perfectamente normal, como si todo siguiera igual. Pero para mí, nada está igual.

Pienso en llamarlo. Solo para saber cómo está. Solo para escuchar su voz, para confirmar que sigue ahí, que sigue siendo él.

Pero no lo hago. Porque si lo hago, todo se vendrá abajo.

Porque si escucho su voz, si él me dice que me necesita, si me pide que vuelva… sé que no voy a poder resistirme. Y aún no estoy lista para eso. Aún no estoy lista para perdonar.

Camino por el salón, con el móvil aún en la mano, sintiendo cómo la ansiedad se mezcla con la necesidad de saber.¿Por qué Alex no me lo dice directamente? ¿Por qué tengo que llamar a Lucien para saber la verdad?

Es sábado por la noche. Acabo de hablar con Alex pero no quiere decirme nada, que hable con Lucien. Joder.

Hace una semana que me fui. Una semana en la que mi vida se detuvo en aquella habitación de hotel, en aquel momento en el que descubrí que me había mentido. Respiro hondo y marco su número.

Uno.

Dos.

Tres tonos.

Cuatro.

Por un momento creo que no va a responder, pero entonces escucho su voz.

—Hola.

Nada más.

Solo eso.

Trago saliva, sin saber qué decir. ¿Me odia por irme o me está esperando?

Pero él rompe el silencio.

—Te quiero. No puedo vivir sin ti.

Cierro los ojos. Sus palabras me golpean con fuerza, pero no puedo permitirme caer. No ahora.

—Lucien… —mi voz sale baja, controlada—. Dime qué ha pasado.

—¿Sobre qué?

—Corine.

Un silencio tenso. Un segundo que se me hace eterno.

Y entonces habla.

—No está embarazada.

Mi pecho se contrae.

—Era una estratagema para retenerme —continúa—. Para joderlo todo.

Sigo sin decir nada, sintiendo cómo el alivio me recorre, pero también el dolor.

—El embajador de Emiratos se la ha llevado. Al desierto. Para que no vuelva a aparecer.

Me apoyo en la mesa, sin saber qué sentir.

Alivio. Rabia. Tristeza. Todo a la vez.

—Carlota… —Lucien murmura, su voz casi suplicante—. Dime algo.

Abro los ojos. Pero no sé qué decir. Cuelgo el teléfono y me quedo en silencio. Mi mente va a mil por hora, procesando todo lo que acaba de decirme Lucien.

No está embarazada. Era una mentira. Otra manipulación.

Debería sentir alivio, pero no puedo evitar que el dolor me siga quemando por dentro. Todo lo que ha pasado, todo lo que he sentido, no desaparece solo porque Corine haya salido del mapa. Me paso las manos por el rostro, necesito hablar con alguien.

Busco el móvil y llamo a Alex.

—¿Señorita Herrera? —contesta al primer tono, con su voz firme y profesional de siempre.

—Alex —suspiro—. Necesito que me hables claro.

—Siempre lo hago, señorita.

—¿Desde cuándo sabías que no estaba embarazada?

Una pausa. Sé que está decidiendo qué decirme. Siempre mide sus palabras.

—Lucien recibió los resultados hace tres días. —Su tono es tranquilo, pero firme—. Lo sé porque yo mismo me aseguré de que todo el proceso fuera limpio. No hay dudas, Carlota. No había ningún hijo.

Tres días. Hace tres malditos días.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no soy yo quien debía hacerlo. —Su voz baja un poco, más cálida—. Él tenía que llamarte. Y lo habría hecho, si no se estuviera volviendo loco intentando darte espacio.

Respiro hondo.

—¿Cómo está?

—Mal. —No se molesta en suavizarlo—. Desde que te fuiste, no es el mismo. Apenas duerme. Apenas come. Está obsesionado contigo.

Su confesión me sacude más de lo que quiero admitir.

—¿Y qué quieres que haga, Alex? —Mi voz tiembla un poco. Odio que lo haga—. ¿Que vuelva corriendo a Bruselas? Que todo quede olvidado como si nada hubiera pasado.

—No —dice, simple—. Quiero que hagas lo que te haga feliz.

Me dejo caer en el sofá, abrazándome las rodillas.

—No sé qué me hace feliz.

Alex suspira al otro lado de la línea.

—Sí lo sabes. Solo no quieres admitirlo.

—No es tan fácil.

—Claro que no lo es. Pero nada que valga la pena lo es.

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque… —Se calla un segundo y cuando habla de nuevo, su tono es más personal—. Porque nunca lo he visto así por nadie. Y porque… aunque me cueste admitirlo, me importas tú también. Sois mi trabajo pero también mi familia.

Me muerdo el labio, tratando de contener las lágrimas que amenazan con salir.

—¿Crees que podemos arreglarlo?

—Lo sé. —Su respuesta es instantánea—. Pero tendrás que decidir si quieres arreglarlo.

Un silencio se extiende entre los dos.

—¿Qué hago, Alex?

—Llámalo. O… mejor aún. Vuelve a Bruselas y míralo a los ojos.

Cierro los ojos. No es tan fácil. No después de todo lo que ha pasado.

—Tómate el tiempo que necesites, Carlota —añade—, pero no te hagas más daño del necesario.

Asiento, aunque sé que no puede verme.

—Gracias, Alex.

—Para eso estoy.

Cuelgo y me quedo en silencio. La pregunta sigue rondando mi cabeza. ¿Puedo perdonarlo? Miro el teléfono en mi mano. Sé que tengo que llamarlo. Sé que no puedo seguir huyendo. Pero

también sé que en el momento en que escuche su voz, todo mi muro se tambaleará. Y no quiero derrumbarme.

Camino por mi apartamento con el móvil en la mano, como si estuviera cargando una bomba a punto de estallar. Es sábado por la noche. Fuera la ciudad sigue con su vida, los coches pasan, la gente ríe. Pero yo estoy atrapada en este maldito bucle.

Respiro hondo. Marco su número otra vez. El tono suena una, dos, tres veces. Por un momento creo que no va a contestar. Pero entonces, lo hace.

—Carlota…

Su voz suena áspera, como si no hubiera dormido en días.

Ninguno de los dos habla. Hay un silencio cargado, espeso. Un hola no es suficiente, pero tampoco sé cómo empezar.

Lucien rompe la quietud primero.

—Te quiero.

Cierro los ojos.

—No puedo vivir sin ti.

Mi pecho se aprieta.

—Carlota, por favor…

Me agarro al borde de la mesa. No puedo dejar que sus palabras me desarmen.

—Lucien. —Mi voz sale más fría de lo que esperaba—. ¿Estuviste con ella después de conocerme?

—No.

Respiro hondo.

—¿Sabías desde hace tres días que no estaba embarazada?

Un segundo de silencio.

—Sí.

Mi estómago se hunde.

—Y no me has llamado.

—No quería presionarte. —Su voz es tensa—. Quería que tuvieras tu espacio.

Me rio sin humor.

—Mi espacio. ¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿En la boda?

—Joder, Carlota, no. —Su tono se endurece—. Iba a llamarte.

—¿Cuándo?

—No lo sé. —Suspira, frustrado—. Me aterraba que no quisieras volver conmigo.

—¿Y crees que ocultándome cosas vas a conseguirlo?

Silencio.

—Me he equivocado muchas veces contigo.

Aprieto los dientes.

—Ya...

Lucien exhala con fuerza.

—Dime qué tengo que hacer.

Mi corazón se acelera.

—No sé si esto puede arreglarse, Lucien.

—No me digas eso. —Su voz se rompe un poco—. Carlota, dime qué tengo que hacer. Lo haré.

Miro por la ventana.

—No lo sé. —Mi voz es un susurro.

Lucien respira hondo.

—Dime una cosa, Carlota. ¿Aún me quieres?

Mi garganta se cierra. Podría mentir. Podría decir que no. Que todo se acabó. Que no hay vuelta atrás. Pero no lo hago.

—Sí.

Lucien deja escapar un sonido ahogado, como si acabara de soltar todo el aire que llevaba reteniendo días.

—Entonces aún hay esperanza.

Yo cierro los ojos. Porque no sé si tiene razón.

—Me voy a dormir, Lucien. Estoy cansada.

Mi voz suena hueca, vacía. No tengo fuerzas para seguir con esta conversación. Al otro lado, él suspira.

—Yo tampoco duermo bien sin ti.

Cierro los ojos con fuerza. No quiero escuchar esto.

—Te echo de menos, Carlota. Nada es igual sin ti.

Mi mano se aprieta alrededor del teléfono.

—Incluso mi trabajo… —su voz suena rota—. Mi carrera, que siempre ha sido mi refugio, ahora no significa nada. Todo está vacío sin ti.

Mi respiración se acelera.

—Voy a darte el espacio que necesites. Voy a esperarte.

No le contesto. No puedo. Mi mente es un torbellino de pensamientos, de emociones que no sé cómo manejar.

—Carlota…

Cuelgo.

Dejo el móvil sobre la mesa y me llevo las manos a la cara. Necesito pensar. Necesito ordenar mi mente. Pero lo único que sé ahora mismo es que estoy cansada. Cansada de todo.

Me dejo caer en el sofá, mirando el techo sin verlo. El silencio de mi casa me envuelve. No hay llamadas, no hay discusiones, no hay disculpas ni promesas. Solo yo y mi cabeza. Cierro los ojos un momento, intentando respirar hondo, pero no funciona.

Lo odio.

Lo odio por mentirme. Por decidir por mí, por pensar que esconderme la verdad era protegerme. Pero lo odio más por hacer que lo eche de menos.

Porque lo hago.Lo echo de menos con cada fibra de mi ser.

Aprieto los dientes y me obligo a levantarme. No puedo seguir aquí sentada, ahogándome en lo que siento. Voy al baño, abro el grifo y me echo agua fría en la cara. Tengo que ser racional. Tengo que pensar en mí misma.

Mañana será otro día. Mañana decidiré qué hacer. Por hoy, solo quiero dormir.

El sonido del despertador me saca de un sueño ligero. Las seis y media.

Me levanto sin pensarlo demasiado, mi cuerpo sigue la rutina de siempre: una ducha rápida, el agua caliente relajando mis músculos aún tensos, un café negro y fuerte mientras reviso correos y mensajes en el móvil. Nada de Lucien. Nada de Alex. Nada de Lola.

Silencio.

El mundo sigue girando, indiferente a mi caos interno.

Me visto con precisión, jeans oscuros y una blusa blanca, el pelo recogido en una coleta alta. Lista. Aunque no tengo clase hasta mañana, necesito salir. Moverme. Justo cuando me dispongo a salir a correr, suena el teléfono. Clarise.

Suspiro antes de descolgar.

—Buenos días, Carlota.

—Buenos días —respondo, intentando sonar neutral.

—¿Has pensado en lo que hablamos ayer? ¿Para cuándo la fecha de boda?

—¿El 20 de mayo? —pregunto a Clarise.

Mierda. He dicho la primera fecha que me ha venido a la cabeza, sin pensar.

—¡Es perfecto! —exclama—. ¡Es el cumpleaños de Lucien! ¡Me encanta que hayas elegido ese

día para sellar vuestro amor!

Me quedo en silencio un momento, congelada. No lo sabía.

—Carlota, ¿sigues ahí?

—Sí… sí, claro —respondo, intentando recomponerme.

Clarise sigue hablando, entusiasmada con los preparativos, pero mi mente se queda atrapada en el número. En lo que significa.

20 de mayo.

—Por cierto, cariño, ¿Qué haces en Madrid?

—Trabajo el lunes —respondo sin darle importancia.

—Deberías cambiar de trabajo —dice de repente—. Buscar algo en Bruselas.

Frunzo el ceño.

—¿Perdona?

—Para estar más cerca de Lucien —continúa, como si fuera lo más lógico del mundo—. Seguirle mejor la pista. Sabes cómo es su vida, siempre de un lado para otro. Y si algo he aprendido en mi matrimonio es que una esposa debe estar cerca de su marido.

Me muerdo la lengua. No sé qué decir.

—Sé lo de Corine —añade, bajando la voz—. Y por eso te digo esto. Tienes que cuidar de tu futura familia. Y eso incluye estar cerca, defendiendo lo que es tuyo.

Cierro los ojos, respirando hondo. No quiero jugar a ese juego.

—Clarise, tengo que colgar. Luego hablamos.

—Carlota, piénsalo. Una esposa debe estar presente.

No estoy preparada para esta conversación. Me llevo la mano a la frente. Empieza fuerte.

—No he tenido tiempo de pensar nada aún.

—Cariño, solo quiero lo mejor para vosotros. Sé que Lucien te ha dejado espacio, pero no podéis estar así eternamente. Y si ya habéis elegido fecha para la boda, ¿por qué seguir con esta distancia absurda?

Aprieto los labios.

—Clarise, no sé qué quieres que haga.

—Quiero que vuelvas a Bruselas. Que estés con él.

—Tengo mi vida aquí.

—Pero tu futuro está con él, ¿O no?

No respondo. No tengo la respuesta.

—Lucien te adora. Pero también es un hombre poderoso, con muchas responsabilidades y

demasiadas tentaciones.

Suelto una carcajada seca.

—¿Me estás diciendo que tengo que mudarme para vigilarlo?

—No, te estoy diciendo que si no lo haces, habrá otra Corine.

Las palabras me golpean en el estómago.

—Clarise…

—Eres una mujer fuerte, Carlota. Pero no seas ingenua.

Me quedo en silencio con el corazón latiendome con fuerza en el pecho.

—Cariño, piénsalo pero tardes demasiado.

Y cuelga.

Empiezo mi paseo, el aire fresco de la mañana despejan un poco mi mente. Necesito moverme, aclarar las ideas, alejar las palabras de Clarise que siguen resonando en mi cabeza.

Apenas llevo un par de minutos caminando cuando veo a Alex acercarse.

—¿Te importa si te acompaño?

Niego con la cabeza.

—Haz lo que quieras.

Caminamos en silencio un rato, el sonido de nuestros pasos acompasados sobre la acera. Él espera, pero yo sé que quiere decir algo.

—¿Cómo está Lucien? —pregunto finalmente, sin mirarlo.

—Hoy tiene una comida en casa de sus padres. —Hace una pausa—. Está jodido, Carlota.

No digo nada, sigo caminando.

—Está triste y furioso. —Su tono es serio, casi acusador—. Ha perdido su carisma para hablar en público. Ya no es el mismo. Rehuye las entrevistas, evita reuniones, todo lo que implique hablar.

Me muerdo el labio.

—Eso no es culpa mía.

Alex suspira.

—No digo que lo sea. Pero… si no quieres nada con él, déjalo. No lo marees más.

Me detengo, lo miro con el ceño fruncido.

—¿Perdona?

—Si quieres algo con él, ve a por él. Ocupa tu lugar. —Cruza los brazos—. Deja de hacerte a un lado para dejar pasar a otras. Es hora de reivindicar lo que es tuyo.

Mi pecho sube y baja lentamente.

—Necesito más tiempo.

Alex asiente con los labios apretados.

—No tardes demasiado.

No digo nada más. Seguimos el paseo en silencio hasta que finalmente me despido y regreso a casa.

Al entrar, todo está en su sitio. En la cocina, Anie, la hermana de Lola, me ha dejado la comida lista. Me ducho rápido y, al salir, veo un mensaje de Lucien en el móvil.

"Tengo comida con mis padres. Te quiero."

Me quedo mirándolo un instante, el pulgar sobre la pantalla. No contesto. Me visto y voy a comer.

Me he quedado dormida. El cansancio me ha vencido, supongo que después de tantos viajes y emociones acumuladas, mi cuerpo ha decidido desconectar por unas horas.

El sonido del teléfono me despierta. Me sobresalto y el corazón me late rápido hasta que veo el nombre en la pantalla: Jon. Descuelgo con la voz aún adormilada.

—¿Sí?

—Hola, dormilona. —Su tono es relajado—. ¿Te apetece un café por los viejos tiempos? No voy a intentar nada, solo como amigos.

Pienso un momento. No tengo ganas de quedarme aquí sola con mis pensamientos.

—Vale, pásame a buscar en una hora.

Me doy una ducha rápida, me visto con ropa cómoda y salgo cuando Jon ya me espera en su BMW. Vamos a una cafetería de Madrid muy bonita, todo un espectáculo visual digno de influencers.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana y Jon me observa con detenimiento mientras movemos el café.

—Te veo seria. Más de lo normal.

Suspiro.

—Estoy bien.

Jon apoya los codos en la mesa.

—Si lo quieres de verdad, deberías mudarte a Bruselas.

Levanto la vista, sorprendida.

—¿Tú también con lo mismo?

—Porque es verdad. Sal de tu zona de confort, Carlota. Arriesga. Si yo fuera Lucien, lo que más querría es que estuvieras a mi lado.

Me quedo en silencio, jugando con la cucharilla.

—No dejes escapar tu vida —añade Jon, más serio.

Le doy las gracias en voz baja.

Después del café, decidimos ir a pasear por El Retiro. Es un día soleado, la brisa fresca de Madrid me despeja un poco la cabeza. Jon me habla de una chica que ha conocido en la facultad.

—Es adjunta y nueva este año. Me gusta mucho.

Me alegro por él, realmente lo hago. Sonrío y aprieto su mano en un gesto cómplice.

—Te lo mereces.

Volvemos juntos hasta mi casa y se despide con un abrazo rápido antes de marcharse.

Apenas entro, el móvil vibra en mi bolsillo. Es un mensaje de Jon.

"Carlota, hay periodistas en la entrada de la urbanización. Ten cuidado."

Respiro hondo y me asomo discretamente por la ventana, aquí no pueden entrar pero seguro que nos han grabado al entrar a la urbanización. Genial. Justo lo que me faltaba.

Estoy sentada en el sofá, repasando unas notas para las clases de mañana, cuando el móvil empieza a sonar. Lucien.

Lo ignoro.

Vuelve a sonar. Dos, tres, cuatro veces.

Un mensaje entra de golpe: *"Cógelo, es urgente."*

El estómago se me cierra. Algo ha pasado. Cojo aire y lo llamo. No me da tiempo ni a saludar.

—¡No puede ser verdad! ¿Cómo has sido capaz?

Su voz retumba en mi oído. Está gritando.

—¿De qué demonios hablas?

—¡Joder, Carlota! ¡Eres mi maldita mujer! No puedes hacerme esto.

Me incorporo de golpe.

—Lucien, cálmate. No sé de qué hablas.

—Enciende el ordenador —gruñe—. Te lo acabo de enviar.

El pulso me tiembla mientras abro el iMac. Tardo unos segundos en ver el correo.

Al abrirlo, mi cuerpo se queda frío.

Las imágenes son claras: Jon y yo en la cafetería sonriendo, cogiéndonos de la mano, paseando por el parque y despidiéndonos con un abrazo.

El titular brilla como un maldito puñal en el pecho.

"La primera dama y sus amores en España."

Mi cabeza da vueltas.

—Lucien, esto no ha sido así.

—¿Ah, no? —se burla con rabia—. ¿Qué intentas? ¿Darme a probar de mi propia medicina?

—¡Lucien! Sólo hemos tomado un café.

—Pues felicidades —escupe con ira—. No te va a funcionar.

Y cuelga.

Me quedo mirando el teléfono en mi mano. No puede terminar así.

Vuelvo a llamarlo y no lo coge. Pruebo de nuevo y esta vez, contesta.

No dice nada. Respira fuerte, furioso.

—Lucien, nada de lo que has visto es lo que parece.

Silencio. Pero sigue ahí.

—Hemos tomado un café, hemos hablado, y me ha contado que está conociendo a alguien. Tiene novia.

—Me da igual —su voz es un gruñido contenido—. Voy a acabar con él.

Cierro los ojos con frustración.

—No seas ridículo. Jon es mi amigo. Nada más.

—No puedo estar sin ti —suelta con rabia—. Vuelve.

Y cuelga.

Me levanto bruscamente del sofá. Empiezo a pasear por la casa, nerviosa, inquieta.

El teléfono vuelve a sonar. Clara.

—¿Has visto las noticias? —pregunta sin rodeos.

—Sí. Lucien está furioso.

—Normal. Te has lucido.

Me dejo caer en una silla.

—Clara, no ha pasado nada.

—Da igual. Si mañana te preguntan los periodistas, di que es un amigo. Y ya que estás, di también que te casas con Lucien el veinte de mayo.

Me quedo callada.

—Carlota, zanja esto de una vez.

Suspiro.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo —se burla—. Ahora ve a dormir y deja de hacer tonterías.

Cuelgo y me arrastro hasta la cama. Antes de dormir, agarro el móvil y le escribo a Lucien.

“Te quiero. Perdóname, no pensé que un simple café tuviese esa respuesta. Te echo de menos.”

Despierto con el sonido del teléfono. Es Lucien.

Leo su mensaje. Solo dos palabras.

“Vuelve.”

No dice nada más, pero es suficiente.

Me levanto con un suspiro y comienzo mi rutina. Ducha rápida, limpieza, maquillaje. Ojeras disimuladas, aunque sé que se notan. He dormido poco, pero hoy es un día importante. Hoy voy a cerrar esto. Termino de arreglarme, agarro el bolso y salgo hacia la facultad. Tengo clara mi decisión. Después del veinte de mayo, me voy.

Camino por los pasillos de la facultad para hablar con el rector, avisarle de mi marcha y escribirle al rector de la Universidad de Bruselas. Aquel trabajo que me ofreció en el congreso sigue en mi mente.

Cuando llego a la cafetería, pido mi desayuno y me siento en una mesa junto a la ventana.

Apenas he dado un sorbo a mi café cuando Jon aparece.

—Carlota, lo siento —dice de inmediato, con cara de culpabilidad—. No pensé que pasaría esto. Mi amiga también se ha enfadado.

Levanto la mirada. Sigue afectado, pero no tengo nada que reprocharle.

—No pasa nada —respondo con calma—. Voy a solucionarlo.

Saco el móvil del bolso y busco el contacto de mi vecino, el periodista.

—¿Sí? —responde con curiosidad.

—Soy Carlota Herrera. Esta tarde, a las cinco, en mi casa. Voy a hacer una declaración.

—¿Oficial?

—Sí. Si te interesa, ven.

Cuelgo antes de que haga más preguntas. Esto se va a acabar hoy.

Llego a casa agotada. La entrada de la urbanización está llena de periodistas. Alex esquiva el coche entre flashes y micrófonos hasta que finalmente pasamos el control de seguridad. Nos siguen con las cámaras, pero no pueden entrar.

Cuando aparcamos en la puerta, suelto un suspiro y miro a Alex.

—A las cinco, ven aquí. Voy a hacer una declaración.

Él asiente, serio. No me pregunta nada.

Entro en casa y dejo el bolso en la mesa del salón. No tengo hambre, pero obligo a mi cuerpo a comer algo. La cabeza me late con fuerza. Necesito estar clara para esto.

Subo a mi habitación, me cambio de ropa por algo sobrio pero elegante y me siento en el escritorio con una libreta. Empiezo a escribir lo que voy a decir. No pueden volver a atraparme en estos juegos de prensa. Esto termina hoy.

A las cinco en punto, suena el timbre. Alex abre la puerta con su presencia amenazante de siempre. Mi vecino, el periodista, entra con una libreta en la mano.

—Gracias por confiar en mí —dice—. Si quieres, a partir de ahora puedo ser tu medio oficial en España.

—Me parece bien —respondo sin rodeos—, pero recuerda que no hay fotos ni vídeos. Solo texto.

Él asiente y saca un bolígrafo. Se sienta frente a mí, preparado.

Tomo aire y comienzo a hablar con voz firme.

—Quiero dejar algo muy claro. El veinte de mayo me casaré con el presidente de Bélgica, Lucien Deveraux.

Él asiente y toma nota rápidamente.

—No haré ninguna otra declaración sobre mi vida privada ni sobre la de mi futuro marido. Nuestra intimidad debe ser respetada.

Hago una pausa y lo miro fijamente.

—Y advierto que me reservo el derecho a emprender acciones legales contra cualquier medio que publique información falsa, especulaciones o cualquier tipo de difamación sobre nosotros.

Él asiente, sin dejar de escribir.

—¿Algo más?

—No —respondo—. Esto es todo.

Se guarda la libreta y me tiende la mano.

—Gracias, Carlota. Publicaré esto tal cual.

Me levanto y lo acompaño a la puerta. Alex se asegura de que se va sin problemas. Cuando la puerta se cierra, me dejo caer en el sofá. Acabo de poner un punto y final. Espero que sirva.



Capítulo 43

Lucien:

Estoy en mi despacho, revisando informes con el ceño fruncido. La furia aún me arde en las entrañas. No puedo controlar la ansiedad que siento. Quiero a Carlota aquí.

Miro el reloj. Reunión con los ministros en cinco minutos.

Me pone en pie con brusquedad y salgo al pasillo, caminando a paso firme hacia la sala ovalada. Todos ya están sentados cuando entro.

—Señores —saludo con seriedad, tomando asiento.

Uno a uno, los ministros presentan sus informes. Asiento, hago preguntas y tomo notas. Pero mi mente no está del todo aquí. Solo quiero que termine el día. Cuando acabamos la reunión, mi vicepresidente Adrien, me observa con detenimiento.

—Lucien, ¿te encuentras bien?

Le sostengo la mirada.

—Estaré bien.

Adrien asiente, aunque no parece convencido.

Vamos a comer pero apenas toco la comida aunque si que me bebo dos cafés expresos. Después, vuelvo a mi despacho. Reunión con inversores extranjeros. Dos largas horas discutiendo cifras, propuestas y acuerdos. A las seis, doy la jornada por terminada. Suspio y empiezo a recoger mi escritorio, agotado, irritable, vacío.

De repente, la puerta se abre. Mi asesora de prensa entra con el iPad en la mano y una expresión de urgencia.

—Señor, esto acaba de publicarse en uno de los periódicos digitales más importantes de España. Mañana estará en prensa escrita. El pulso se me acelera.

—¿Qué es?

Ella se acerca y me da el iPad el cual empiezo a leer con rapidez.

A cada palabra que avanzo, mi respiración cambia. Mi mandíbula deja de estar apretada y mis dedos ya no sujetan el dispositivo con fuerza. Y entonces, sin poder evitarlo, una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Por fin.

Cierro el iPad de golpe.

—Recoge tus cosas y vete a casa.—le digo a mi asesora.— Jake —digo al salir de mi despacho, con la energía renovada—. Nos vamos a casa.

Me siento en el asiento trasero del coche oficial, aún con la sonrisa en los labios. Miro el iPad una vez más repaso las palabras de Carlota. “Me casaré con el presidente el veinte de mayo”. Me lo repito en la cabeza como un mantra. Saco el teléfono y llamo a mi madre.

—¡Lucien! —responde ella con alegría—. Por fin llamas, ya iba a echarte la bronca.

Suelto una risa suave.

—Maman, tengo un pequeño cambio de planes antes de la boda.

—¿Un cambio? —pregunta ella con emoción—. ¿De qué tipo?

Me paso la mano por el pelo y miro a través de la ventana. Me estoy imaginando el lugar, el momento y a Carlota allí, conmigo.

—Voy a buscarla. Quiero que nos casemos en España primero, a solas.

Un silencio y después un grito de emoción.

—¡Oh, mon chéri! ¡Me encanta la idea! ¡Una boda íntima y después una por todo lo alto!¡Qué romántico, cariño!

Sonrío.

—Quiero algo íntimo. Solo ella y yo. Sin cámaras, sin política.

—Dejamelo a mí. Lo organizaré todo —dice mi madre con determinación—. Dime qué necesitas.

Le doy algunos detalles: una ceremonia sencilla, discreta, pero especial. Que sea algo solo nuestro, sin protocolos ni presiones.

—Eres un romántico, como tu padre —ríe mamá—. Carlota va a derretirse cuando lo sepa.

Bajo la voz, como si hablara para mí mismo.

—Solo quiero que vuelva conmigo.

Mi madre se enternece.

—Volverá, mon amour. Y después tendrás tu gran boda aquí, como estaba planeado.

—Merci, maman.

Cuelgo con una sensación cálida en el pecho. Ahora todo empieza a encajar. Abro mi lista de contactos y marco el número de Mio, mi asesora de vestimenta.

—Señor presidente —responde ella con profesionalidad.

—Mio, quiero que estés lista el viernes. Nos vamos de viaje.

—¿Destino?

—Madrid. Voy a buscar a mi mujer.

Carlota:

El aroma a café recién hecho inunda la cocina mientras sujeto mi taza entre las manos. La mañana es tranquila, más de lo que esperaba. Una semana y ni una palabra de Lucien. No sé si eso es bueno o malo.

Miro el móvil, nada nuevo. Suspiro y decido concentrarme en mi desayuno. Hoy es viernes y no trabajo. Tal vez debería salir, caminar un rato por Madrid, distraerme. He hecho todo lo que tenía que hacer: he enviado el mail al rector de Bruselas y he avisado en la Carlos III de que me iré en mayo. No sé qué está pasando.

Justo cuando voy a dar otro sorbo al café, el timbre de la puerta suena. Frunzo el ceño. No espero a nadie. Me levanto con calma y abro.

Mio, la asesora de vestimenta de Maison Deveraux está aquí, impecable como siempre, con su melena moreno recogida en un moño pulcro y una sonrisa que no augura nada normal. Detrás de ella, un auténtico ejército de personas cargadas con maletas, fundas de ropa, cajas y neceseres, entra como una avalancha.

—Buenos días, doctora Herrera —dice con tono divertido mientras se cruza de brazos—. Tenemos trabajo.

Parpadeo, atónita.

—¿Perdón? ¿Trabajo? ¿Qué ocurre?

Mio niega con la cabeza y su sonrisa se ensancha.

—No dispongo de esa información. Solo tengo órdenes de arreglarte.

Me guiña un ojo y chasquea los dedos. De inmediato, varias personas se abalanzan sobre mí con vestidos, zapatos, brochas de maquillaje y todo tipo de herramientas de peluquería.

—¡Pero espera! —protesto, aún confundida.

—Sin preguntas, Carlota. Disfruta el proceso.

Me veo arrastrada al sofá, donde me sientan con suavidad y empiezan a trabajar. Manos expertas recogen mi cabello, lo moldean en ondas suaves, mi piel es tratada con delicadeza, mi maquillaje es sencillo, elegante, casi imperceptible. Y me han puesto una corona de flores blancas y rosas muy delicada.

Entonces, me extienden un vestido. Es blanco roto, de tela crepe, largo y fluido. Lo acaricio con la yema de los dedos y trago saliva. Es suave como de mantequilla.

—Mio… —mi voz es apenas un susurro—. ¿Qué significa esto?

Ella sólo sonríe.

—No lo sé, pero creo que te gustará.

Antes de poder insistir, Alex entra en el salón. Va vestido de traje oscuro, elegante, con ese porte de seguridad y discreción que lo caracteriza.

—Hora de irnos —dice simplemente.

Me levanto, aún en shock, y me miro en el espejo antes de salir. Parezco… una novia.

El corazón me da un vuelco, pero no digo nada. Subo al coche junto a Alex. Mientras él conduce, observo las calles de Madrid pasar rápidamente.

—¿A dónde vamos? —pregunto con cautela.

Alex mantiene los ojos en la carretera.

—No sé nada, sólo cumplo órdenes.

Trago saliva.

Salimos de Madrid. El paisaje cambia. Veo campos, carreteras serpenteantes, el cielo azul sin una sola nube. Hasta que reconozco el camino.

—Alex… —mi voz es un susurro—. Vamos a Toledo.

Él no responde. Sigo mirando por la ventanilla, sintiendo cómo mi respiración se acelera. Pero entonces, algo me descoloca. No paramos en Toledo. Seguimos más allá. El coche avanza hasta que, de repente, lo veo. El Alcázar de Segovia.

El sol brilla sobre la piedra imponente del castillo, reflejando destellos dorados. La explanada de la entrada está decorada con miles de flores blancas y rosas. Todo está impecable. La luz de la mañana irradia una calidez inusual entre las ramas de los árboles y las flores. El olor es maravilloso. Y entonces lo noto. El lugar está cerrado al público. Hay vallas a los lados, seguridad. Es un evento privado.

Bajo del coche con el corazón martilleandome en el pecho. El aire fresco de Segovia me envuelve mientras Alex me guía hasta la entrada.

A cada paso que doy, mi mente intenta encontrar una explicación.

El aire fresco de Segovia me envuelve mientras avanzo por la explanada del Alcázar. Mi corazón late con fuerza, cada paso es más incierto que el anterior. No entiendo nada. Cuando llego a la entrada, una figura elegante me espera.

Mi padre sonriendo. Madre mía.

De pie, en el centro de la explanada, vestido de chaqué, mirándome como si yo fuera lo único que importa en el mundo. Está impecable con un esmoquin negro de corte perfecto. Su pelo, con algunas canas distinguibles, brilla bajo la luz del sol. Sonríe con calidez, pero en sus ojos hay emoción, un brillo especial que me hace tragar saliva.

—Carlota cariño, estás guapísima —dice con voz profunda y orgullosa.

Parpadeo, desconcertada.

—Papá… ¿qué está pasando?

Su sonrisa se ensancha y me ofrece su brazo.

—Ahora lo verás.

Dudo por un segundo, pero luego cojo su brazo. Nos adentramos juntos en los jardines del Alcázar. El sol cae en un ángulo perfecto, iluminando el césped con un tono dorado y suave. Todo está decorado con flores blancas y rosas, dispuestas con una armonía impecable. Hay hileras de sillas alineadas a cada lado de un pasillo central cubierto de pétalos de rosa.

Y entonces los veo.

A mi derecha, mi familia.

Mis padres están allí, de pie tras las sillas, con los ojos vidriosos y sonrisas radiantes. Mi madre se lleva una mano al pecho, visiblemente emocionada, y mis tíos me observa con el rostro serios, pero orgullosos. A su lado está Clara, mi hermana, con una enorme sonrisa, conteniendo las lágrimas.

A la izquierda, la familia de Lucien.

Clarisse, su madre, luce un vestido de gala elegante y sofisticado. Me sonríe con complicidad. A su lado, su esposo Jean-Pierre mantiene una expresión de satisfacción, como si este momento fuera exactamente lo que había esperado ver. Junto a ellos está su hermana, sonriendo con dulzura, y algunas personas que parecen familiares. También reconozco al vicepresidente Adrien y a varios ministros.

Todos me miran.

Todos sonríen.

Pero mi mirada viaja hasta el centro. Bajo un arco de flores blancas y rosas, decorado con hiedra y pequeñas luces, está Lucien.

Vestido de negro impoluto, un chaqué con una camisa blanca y corbata a juego, se gira en ese momento. Y cuando nuestros ojos se encuentran, el mundo deja de girar.

En su mirada hay adoración.

Hay amor.

Hay rendición absoluta.

Mi respiración se entrecorta. El corazón me late tan fuerte que apenas puedo escucharlo todo a mi alrededor.

—Bienvenida a tu boda, hija mía —susurra mi padre, con una voz cargada de emoción.

Las lágrimas me arden en los ojos, pero no las dejo caer.

Porque en este momento, todo es perfecto. Porque en este momento, entiendo que Lucien nunca tuvo intención de esperar al veinte de mayo.

Me ha traído aquí.

Me ha traído a nosotros.

Al inicio nuestra nueva vida.

El viento sopla suavemente en los jardines del Alcázar, moviendo las flores y las hojas como si la naturaleza misma estuviera conteniendo la respiración.

Junto a Lucien, veo a Alex, a Jake y a los hombres de seguridad, formando un discreto pero imponente muro a un lado de la ceremonia. Siempre vigilantes. Siempre protegiendo.

Pero mi atención vuelve a él.

A Lucien.Mi hombre.

De pie bajo el arco de flores, con la mandíbula tensa y los ojos oscuros fijos en mí, parece un rey oscuro esperando a su reina. Su traje negro contrasta con la pureza de las rosas que nos rodean. Su mirada es un incendio que consume y promete.

Y junto a él, un sacerdote.

Empieza a sonar una melodía tenue, etérea, envolvente, casi celestial.

Mi padre, aún con mi mano en la suya, me mira con seriedad. Siento la pregunta en el aire antes de que la formule.

—Carlota, ¿esto es lo que quieres?

El mundo se reduce a un instante. Respiro hondo. Levanto la mirada. Lucien me observa con adoración. Con absoluto amor. Y sé la respuesta.

—Sí.

La sonrisa de mi padre es tenue, pero llena de orgullo. Avanzamos juntos por el pasillo de pétalos de rosa. Siento las miradas sobre mí. Las sonrisas de mi familia, la expectación, la emoción contenida. Suena una melodía suave que me hace casi levitar.

Pero yo solo veo a Lucien.

Cuando llegamos a su lado, mi padre se gira hacia él. Su expresión es solemne, casi desafiante.

—Cuida de ella —dice con voz firme—. Te entrego mi más preciado tesoro.

Lucien sostiene mi mano con fuerza, con posesión. Con devoción.

—Y la trataré como tal —responde con gravedad.

Mi padre me suelta despacio, como si al hacerlo me confiara al universo. Y ahora solo quedamos nosotros. Lucien y yo. Levanto el rostro hacia él, todavía temblorosa por la emoción, y le susurro:

—¿Qué es esto? ¿Estás loco?

Él sonríe, un destello oscuro y travieso en sus ojos. Lleva su mano a la mía y me besa los nudillos, tan suavemente que apenas lo siento, pero el gesto me atraviesa el alma.

—Es nuestra boda, mon amour —susurra—. Nuestra pequeña boda íntima.

Mis labios se entreabren, pero no tengo palabras. Solo emoción. Solo certeza.

El sacerdote comienza a hablar. Y el mundo entero desaparece.

El viento sopla entre los muros del Alcázar, trayendo consigo el aroma de las flores y la promesa de lo eterno.

Lucien no me suelta la mano. Su pulgar roza mi piel en círculos suaves, casi imperceptibles, pero suficientes para hacerme sentir anclada a este momento. A él.

El sacerdote habla con voz serena, su tono reverbera en el aire como un eco antiguo, como si este instante ya hubiera ocurrido en otro tiempo, en otra vida, y solo estuviéramos repitiendo un destino escrito.

—Hoy nos reunimos aquí para unir en sagrado matrimonio a Lucien Deveraux y Carlota Herrera…

Mi pecho sube y baja con respiraciones contenidas. Mi mente intenta entender cómo llegué hasta aquí, pero mi corazón ya lo sabe.

Lucien me mira. No aparta los ojos de los míos. Como si cada palabra, cada voto, cada promesa estuviera grabándose a fuego en su alma.

—El matrimonio no es solo una unión de dos personas —continúa el sacerdote—, sino un lazo que trasciende el tiempo y las dificultades, una alianza construida sobre la confianza, el respeto y el amor.

Amor.

Lucien aprieta mi mano con más fuerza. Mis dedos encajan en los suyos como si siempre hubieran pertenecido a ese lugar.

A un lado, veo a mi familia, conmovida. Mi madre tiene los ojos llenos de lágrimas. Clara sonríe con orgullo.

Al otro, los padres de Lucien observan con una mezcla de emoción y reverencia. Su madre se lleva una mano al pecho, como si temiera que el amor que irradia su hijo fuera demasiado para contenerlo.

Adrien, Jake, Alex. Todos en silencio. Todos testigos de lo inevitable.

—Lucien —dice el sacerdote—, ¿Aceptas a Carlota como tu esposa, para amarla y respetarla, en la prosperidad y en la adversidad, todos los días de tu vida?

Lucien ni siquiera parpadea. Sus labios se curvan en una sonrisa lenta, llena de promesas.

—Oui, acepto.

Su voz es un ancla. Un juramento que me atrapa y me eleva a la vez. El sacerdote se gira hacia mí.

—Carlota, ¿Aceptas a Lucien como tu esposo, para amarlo y respetarlo, en la prosperidad y en la adversidad, todos los días de tu vida?

Mi corazón late desbocado. El pasado y el futuro colapsan en este instante. Respiro hondo, pero en realidad ya lo sé. Miro a Lucien. A sus ojos azules que me han llevado del caos al abismo y de vuelta. A su amor que me consume y me reconstruye.

Sonrío.

—Sí, acepto.

Siempre sí.

Lucien cierra los ojos un instante, como si mis palabras fueran un bálsamo que necesitaba desde siempre. Cuando los abre, están llenos de amor y devoción, de algo tan inmenso que me deja sin aliento.

El sacerdote asiente con una sonrisa cálida y bendice los anillos. Lucien toma el mío primero. Sus dedos, fuertes y cálidos, sostienen mi mano con una ternura reverente.

—Carlota —su voz es baja, íntima, como si solo existiéramos él y yo en este rincón del mundo —, con este anillo te hago mi esposa. Mi compañera. Mi amor eterno.

Su mirada es mi hogar.

Siento el frío del metal al deslizarse por mi dedo, un escalofrío me recorre la piel. Pero no es el oro lo que me estremece, sino lo que significa. Pertenecerle. Pertenecerme.

Cojo su mano con suavidad, mi pulso retumba en mis oídos. Sus dedos son grandes y cálidos bajo los míos.

—Lucien —susurro—, con este anillo yo te desposo. Mi refugio. Mi destino.

Deslizo el anillo en su dedo y lo siento temblar un poco, un gesto mínimo que solo yo noto. Como si este momento lo superara. Como si yo lo superara.

El sacerdote eleva las manos.

—Por el poder que me ha sido concedido, yo os declaro marido y mujer.

El mundo deja de girar.

Lucien no espera un segundo más. Me atrae hacia él con una intensidad voraz, desesperada, como si este instante lo hubiera estado esperando toda su vida.

Su boca encuentra la mía y el beso es profundo, entregado. No hay prisa, no hay contención. Sólo el amor que nos envuelve, que nos consume, que nos hace olvidar todo lo demás.

Escucho aplausos, risas, alguna exclamación emocionada, pero yo solo siento a Lucien. Su aliento, su calor, su promesa silenciosa de que nunca volverá a haber un “tú” y un “yo”. Solo “nosotros”.

Cuando nos separamos, mis labios hormiguean y mi corazón late tan fuerte que creo que podría explotar.

Lucien me sonríe, sus manos aún sujetan mi rostro con una ternura infinita.

—Madame Deveraux —murmura contra mis labios—, enfin, ma femme.

Cierro los ojos, saboreando sus palabras. Sí. Finalmente, su esposa. Su amor. Su siempre.

Lucien me coge de la mano y la aprieta con fuerza, como si temiera que esto fuera un sueño y yo pudiera desvanecerme entre sus dedos. Pero no lo haré. Estoy aquí. Con él. Para él.

Nos giramos hacia nuestras familias, que estallan en aplausos. Las sonrisas son cálidas y los ojos brillan de emoción. Mi madre se seca las lágrimas con un pañuelo, mientras mi padre me observa con orgullo. Los padres de Lucien nos miran con afecto, su madre con un toque de satisfacción como si esto hubiera sido siempre inevitable.

Lucien no me suelta ni un instante. Su pulgar acaricia el dorso de mi mano, un gesto posesivo, reconfortante. Su forma de recordarme que ahora le pertenezco tanto como él a mí.

—Venez —dice bajito, guiándome hacia la salida de los jardines.

Atravesamos el pasillo de flores bajo una lluvia de pétalos blancos y rojos. Cada paso que doy siento que algo dentro de mí se acomoda en su lugar. Como si el caos, la incertidumbre y las dudas hubieran quedado atrás. Solo existimos él y yo, y el futuro que nos espera.

Llegamos a un patio cubierto por una pérgola de luces doradas. Una mesa en forma de U, exquisitamente decorada, nos espera. Estamos rodeados de nuestra familia más cercana y amigos. Lucien tira suavemente de mí para que me siente a su lado. Se acerca y me besa en la sien, su aliento es cálido contra mi piel.

—¿Feliz? —me susurra.

Lo miro, y por primera vez en mucho tiempo, no tengo que fingir.

—Mucho.

Su sonrisa es puro fuego. Puro amor.

La celebración transcurre entre risas, anécdotas y copas de vino alzadas en brindis. Lucien mantiene su mano en mi muslo todo el tiempo, su pulgar dibuja círculos lentos sobre mi piel. Cada cierto tiempo, me susurra algo al oído, pequeñas promesas veladas, caricias en forma de palabras.

La noche avanza, y cuando la última copa se ha vaciado, Lucien se inclina hacia mí, su mirada es oscura y llena de algo primitivo. Algo que promete que esta noche no habrá espacio entre nosotros.

—Il est temps, ma femme —susurra, su voz un susurro áspero contra mi oído.

Mi corazón se acelera. Sé lo que significa. Lucien me coge de la mano y me levanta suavemente. Nos despedimos entre abrazos y risas cómplices, pero yo apenas los registro. Solo siento su mano, fuerte y firme sobre la mía, guiándome.

Cuando salimos del Alcázar, una brisa fresca acaricia mi piel. Frente a nosotros, un mercedes negro con cristales tintados nos espera.

Lucien abre la puerta y me ofrece la mano.

—Vamos a casa, madame Deveraux.

Y sin dudarlo, la sujeto. Para siempre.

FIN

Epílogo

Lucien:

Estoy de pie frente al espejo, ajustándome los puños del esmoquin mientras observo mi reflejo. Hoy es el día.

Han pasado dos meses desde que Carlota y yo nos casamos en Segovia, pero esta vez es diferente. Hoy nos casamos ante el mundo.

La catedral de Saints Michel et Gudule está a rebosar. Jefes de Estado, aristócratas, empresarios y prensa internacional han venido a presenciar nuestro enlace. El presidente de Francia está aquí, además de el de su país, España. La familia real belga también. Incluso el Papa ha enviado su bendición.

Pero nada de eso me importa.

Lo único que me importa es que en unos minutos Carlota entrará por esas puertas y caminará hacia mí.

—Señor, es hora —dice Jake, asomándose por la puerta.

Asiento y me paso una mano por el pelo, intentando mantener la calma. Pero es inútil.

Salgo de la habitación con paso firme. Las puertas de la catedral se abren y la luz inunda la nave central. Avanzo por la alfombra blanca, con Alex y Jake siguiéndome de cerca.

Cuando llego al altar, la orquesta empieza a tocar.

El murmullo se apaga. La gente gira la cabeza.

Y entonces la veo.

Carlota está enmarcada por la luz que entra por las puertas abiertas. El vestido es una obra de arte. Sencillo pero imponente, con una falda de seda que se desliza sobre el suelo como agua. Su cabello cae en ondas suaves, sujetado por una tiara de diamantes que pertenece a la familia real belga.

Pero no es eso lo que me deja sin aire.

Es ella. Su expresión.

Firme. Serena. Mía.

Su padre la sostiene del brazo, pero sus ojos están clavados en mí. No hay dudas. No hay miedos.

Cuando llega hasta mí, su padre me la entrega con una leve inclinación de cabeza.

—Cuídala.

—Con mi vida.

Carlota me ofrece su mano y la sujeto. Está helada. La aprieto suavemente y ella me devuelve la presión.

El arzobispo empieza a hablar, pero yo apenas lo escucho.

Carlota está frente a mí, con los ojos fijos en los míos, y en ese instante todo lo demás deja de existir. No hay políticos, no hay aristócratas, no hay cámaras. No hay Sofía Moreau, ni Corine, ni escándalos. No hay celos, no hay dudas.

Solo nosotros.

La miro y no puedo evitar pensar en estos dos meses. Los mejores de mi vida.

Seychelles.

Dos semanas enteras sin más mundo que el mar y nuestra piel.

No hicimos otra cosa que follar, nadar y explorar arrecifes de coral. Amanecíamos enredados entre las sábanas de lino blanco, con la brisa marina entrando por las ventanas abiertas. Yo la despertaba con besos. Ella me despertaba con sus gemidos.

Por la tarde, comíamos marisco fresco en la terraza de nuestra villa privada y bebíamos vino hasta que el sol se hundía en el océano.

Por la noche, volvíamos a perdernos el uno en el otro. No había prisa. No había fin.

Carlota no dijo que me quería, pero tampoco hacía falta. Lo sentía en cada caricia. En cada mirada.

Después de esas dos semanas, cuando volvimos a Bruselas, nada ni nadie pudo interponerse entre nosotros.

Sofía Moreau intentó un último movimiento, pero fue inútil. Le dejé claro que para mí ya no existía. Y finalmente, desapareció.

Jon también entendió cuál era su sitio. Ha venido con su novia a la boda, sonriendo, sabiendo que entre Carlota y yo ya no había hueco para nadie más.

Solo nosotros.

—Lucien, ¿aceptas a Carlota como tu esposa? —pregunta el arzobispo.

Miro a la mujer frente a mí. Mi esposa desde hace meses, pero hoy, ante el mundo, lo será de nuevo.

—Sí. Mil veces sí.

Ella sonríe. No una sonrisa cualquiera. La sonrisa de una mujer que sabe que es amada, deseada, elegida.

Y cuando dice “sí”, el mundo entero desaparece otra vez. Nos besamos, y sé que esta vez es para siempre.

El estruendo de los aplausos llena la catedral, pero yo solo siento su boca en la mía.

Carlota se aferra a mi cuello y yo la sostengo por la cintura, apretándola contra mí como si pudiera fundirme con ella. Es mi esposa. Mi mujer. Mi vida.

Cuando nos separamos, veo su sonrisa, esa sonrisa de absoluta felicidad que no muestra a menudo pero que cuando lo hace, me deja sin aliento.

Nos giramos hacia la multitud y la catedral entera se pone de pie. Jefes de Estado, ministros, aristócratas, la alta sociedad de Bruselas… todos están aquí. Pero me da igual.

Camino con Carlota del brazo por la alfombra roja, hacia las puertas abiertas de la catedral. El sol de mayo ilumina su cabello, sus ojos, su piel. Está radiante, la imagen de la perfección absoluta.

Al salir, una lluvia de pétalos de rosas blancas cae sobre nosotros. La gente vitorea y las campanas repican con fuerza. Es un espectáculo. Una declaración al mundo de que Carlota y yo pertenecemos el uno al otro.

Pero todo eso es secundario.

Lo único que me importa es que, dentro de unas horas, estaré con ella a solas.

El protocolo nos obliga a una recepción en el Palacio Real, un banquete elegante con discursos y brindis interminables. Tendremos que soportarlo.

Pero después… después, la noche será nuestra.

Nos subimos al coche oficial, decorado con cintas blancas. Alex y Jake nos siguen en otro vehículo, supervisando la seguridad.

Cuando la puerta se cierra y nos quedamos solos, la miro.

—Por fin —murmuro, deslizando los dedos por su mandíbula.

Carlota suspira, apoyándose en mi caricia.

—¿Feliz, Señor Presidente? —pregunta con esa media sonrisa suya que me vuelve loco.

—Solo contigo —le respondo sin dudar.

Me inclino y la beso de nuevo, profundo, hambriento.

Mi esposa. Mi amor. Mi victoria.

Nos dirigimos al Palacio Real para la recepción, pero mi mente ya está en otra parte. En nuestra noche, nuestro viaje, nuestra vida juntos.

Carlota entrelaza su mano con la mía, jugando con mis dedos, y yo la miro con una mezcla de amor, deseo y absoluta devoción. Es mía, y yo soy suyo. No hay nadie más. No hay dudas. No hay sombras del pasado.

Solo nosotros.

Y si tú, querido lector, has disfrutado esta historia y quieres seguir leyendo más de mis relatos, no olvides valorarme en las opiniones. Tu apoyo hace que cada historia cobre vida.

Gracias por acompañarnos en este viaje. Esto no es un final, sino un nuevo comienzo.

Agradecimientos:

Escribir este libro ha sido un viaje increíble, y no habría sido posible sin las personas que me rodean.

A mi familia, gracias por regalarme ratos de vuestro tiempo, por comprender mis silencios cuando estaba inmersa en mis historias y por apoyarme en cada paso. Vuestra paciencia y cariño son el refugio al que siempre vuelvo.

A mis amigas y a quienes me han acompañado en este camino, gracias por cada palabra de aliento, por creer en mí incluso cuando yo dudaba. Vuestra confianza es el empujón que necesito para seguir adelante.

A las autoras que han sido mi inspiración, gracias por enseñarme que las historias pueden cambiar vidas. Leerlas me hizo soñar con contar las mías, y aquí estoy, cumpliendo ese sueño.

Y a vosotros, mis lectores, mis seguidores, gracias por darme motivos para escribir una historia más. Vuestra ilusión, vuestros mensajes y vuestro apoyo hacen que cada página valga la pena.

Por último, gracias a Amazon por ofrecerme un espacio donde compartir mis ideas con el mundo. Sin esta plataforma, muchas historias quizás nunca habrían visto la luz.

Este libro es tan mío como vuestro. Gracias por ser parte de él.

Con todo mi cariño,

Paula ❤

¿Quieres seguir leyéndome? Aquí tienes otras historias:



“Entre el bisturí y el corazón”: https://amzn.eu/d/gki68uG

”Lo que el pasado esconde”: https://amzn.eu/d/gKd9Xv8